Un chico de verdad
y un corazón de madera.
Sin ataduras.
LA VIDA DE LAS MARIONETAS
CROSS BOOKS
TJ KLUNE

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

En el corazón de un viejo y solitario bosque…

Primera parte. El bosque

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12

Segunda parte. El viaje

Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16

Capítulo 17

Tercera parte. La ciudad

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Cuarta parte. Empezar otra vez desde el principio

En el corazón de un viejo y solitario bosque...

Agradecimientos

Notas

Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Tres robots viven en una diminuta y peculiar casa entre las ramas de una arboleda: una máquina enfermera un poco sádica, una pequeña aspiradora desesperada por recibir amor y atención, y Giovanni Lawson, un androide inventor. Pero también vive con ellos un humano: Victor Lawson, hijo de Gio. Refugiados y a salvo en el bosque, los cuatro forman una extraña familia.

Pero todo cambia el día en que Vic rescata y repara a un androide llamado Hap, que, al parece, comparte un oscuro secreto con Giovanni: un pasado dedicado a cazar humanos.

Sin ser consciente de ello, Hap alerta sobre su paradero a los robots de aquella vida anterior, y la familia deja de estar oculta y a salvo. Gio es capturado y, con tal de impedir que lo desmantelen, o incluso peor, que lo reprogramen, el resto emprenderá un viaje para rescatarlo a través de un mundo despiadado.

En medio de sentimientos encontrados de traición y afecto por Hap, Vic debe tomar una difícil decisión: ¿será capaz de aceptar un amor con ataduras?

La vida de las marionetas

TJ Klune

Traducción de Carlos Abreu Fetter

Para la humanidad:
Eres un asco, pero inventaste los libros y la música,
así que seguramente el universo te aguantará
un poco más.
Has tenido suerte.
Esta vez.

En el corazón de un viejo y solitario bosque, muy lejos de casi todo, había una vivienda de lo más curiosa.

Al pie de una floresta de árboles gigantescos se alzaba un edificio de ladrillo pequeño y cuadrado, invadido por la hiedra y el musgo. Nadie sabía a quién pertenecía, pero, a juzgar por su aspecto, llevaba mucho tiempo abandonado. Nadie lo había recordado con fines prácticos hasta el momento en que un hombre llamado Giovanni Lawson (que en realidad no era un hombre) se topó con él por casualidad mientras atravesaba el bosque.

Se detuvo frente a aquel extraño hallazgo, escuchando los pájaros que cantaban en las ramas, muy por encima de su cabeza.

—¿Y esto? —preguntó—. ¿De dónde has salido?

Entró, evitando con cuidado la puerta que colgaba de las bisagras. Las ventanas estaban rotas. Crecía hierba y maleza entre las combadas tablas del suelo. Parte del tejado se había hundido, y el sol se colaba a través de un montón de hojas secas que se alzaba casi hasta el techo. En lo alto de esta pila había brotado una flor dorada que se alargaba hacia el sol que entraba a raudales entre las vigas expuestas.

—Es perfecta —dijo en voz alta, aunque no había nadie más por ahí—. Sí, me servirá. Qué extraña. Qué maravillosa.

Giovanni regresó a primera hora de la mañana del día siguiente y se remangó. Derribó los tabiques del interior de la casa deshabitada para crear un solo espacio diáfano y amplio, sacó uno por uno los trozos de yeso y madera, y los apiló en el suelo del bosque. Cuando terminó, tenía el rostro y el cabello cubiertos de polvo, y las articulaciones le crujían y se quejaban, pero estaba satisfecho. El trabajo duro tenía su recompensa.

—Eso es —les dijo a los pájaros de los árboles mientras se enjugaba la cara—. Así está mucho mejor. Un primer paso para un nuevo comienzo.

El pequeño edificio pasó a albergar toda clase de cosas: planchas de metal, alambres, cordeles, pilas eléctricas de todo tipo, placas base y microchips guardados en frascos de conservas. Otros tarros

contenían cientos de semillas de diversas formas, tamaños y colores. Había cajas de música antiguas que tocaban cancioncillas que dolían muy adentro, y tocadiscos mudos porque carecían de discos. Televisores, grandes y pequeños, con la pantalla en blanco. ¡Y libros! Gran cantidad de libros sobre toda clase de temas, desde la flora hasta la caza de ballenas, pasando por la fauna del bosque y complejos esquemas de núcleos de reactores. Giovanni llenó con ellos las estanterías que cubrían paredes enteras y que había construido con los restos de lo que había desmontado. En cuanto colocó el último libro, se percató de que él mismo no tenía dónde alojarse. La habitación estaba demasiado atestada.

Ampliar la vivienda con un par de cuartos más no requeriría mucho esfuerzo, pero Giovanni Lawson no era de los que iban a lo fácil. Veía el mundo como un conjunto de formas y diseños intrincados, y cuando alzó la mirada hacia los árboles que lo rodeaban, supo lo que iba a hacer.

No ampliaría la casa hacia fuera, sino hacia arriba.

Este tipo de cosas llevan tiempo. Transcurrieron muchos años. Todo tenía que quedar perfecto. Él había encontrado la seguridad entre los árboles, lejos de las cegadoras y estridentes luces y del barullo de la ciudad que había dejado atrás.

Sobre las ramas situadas por encima de la casa, levantó un pequeño edificio en torno al sólido tronco del abeto más alto, el indiscutible rey de la floresta. Partiendo de ahí, construyó varias habitaciones más entre los árboles, unidas entre sí por puentes de cuerda: un laboratorio y un solárium con un techo de cristal empañado y rayado, y suelo de paneles de roble relucientes y sin paredes. Más tarde se le daría a este solárium un uso distinto.

El bosque era extenso y agreste. Giovanni dudaba que consiguieran encontrarlo allí.

En los días soleados, una manada de ciervos pastaba en el prado que se extendía bajo sus pies, y los pájaros cantaban por encima de su cabeza. Giovanni tarareaba al son de los trinos. Se sentía en paz.

Hasta el día que empezó a dolerle el pecho.

—Vaya por Dios —dijo—. Qué sensación tan interesante. Es como un ardor.

Llevó a cabo ciertos cálculos en su laboratorio. El clac, clac, clac de su teclado resonaba apagado a su alrededor.

—Ya veo —dijo el quincuagésimo segundo día después de haber notado aquel dolor en el pecho. Se quedó mirando la pantalla para comprobar las cuentas. Era soledad pura y dura. Los números nunca mentían.

Pasaron otros tres años, durante los que el dolor en el pecho no hizo más que aumentar. Tres años de acusar cada vez más el silencio, de anhelar oír una voz que no fuera la suya. Al mirar por la ventana de su laboratorio, descubría que estaba nevando, cuando apenas el día anterior el bosque estaba inmerso en el verano.

Una mañana que había comenzado como tantas otras, dos personas salieron corriendo de la espesura, con mirada despavorida y la piel brillante de sudor. Eran un hombre y una mujer. Ella sujetaba contra su pecho un fardo de harapos.

Giovanni se sobresaltó.

—¡Ayúdenos! —suplicó la mujer—. Por favor, quédese con él y escóndalo. No está a salvo.

Y le tendió el fardo de harapos.

Que en realidad no estaba formado solo por harapos.

Bien arropado en su interior había un bebé.

Un niño que miró a Giovanni, parpadeando despacio, antes de crispar el rostro y romper a llorar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él, alzando de nuevo la vista hacia la mujer, alarmado—. Venid conmigo. Os pondré a salvo. A los tres.

Pero la mujer negó con un gesto.

—Nos encontrarán. —Con las lágrimas resbalándole por las mejillas, dio un paso hacia delante y besó al bebé en la frente—. Te quiero. Volveré en cuanto pueda.

—Date prisa. Ya vienen —la apremió el hombre.

Ella soltó una carcajada amarga.

—Lo sé, lo sé. Siempre acaban viniendo.

El hombre la tomó de la mano y se la llevó, lejos, cada vez más lejos.

—¡Esperad! —les gritó Giovanni—. ¿Cómo se llama?

Pero se habían ido.

No apareció ni un alma. Nadie se presentó buscando al hombre o la mujer. O al niño. Y él nunca volvió a ver al hombre ni a la mujer.

Mucho tiempo después, cuando el muchacho era mayor,

Giovanni le explicó que la mujer —su madre— no pretendía abandonarlo.

—Regresará —le aseguraba—. Un día, cuando todo se haya arreglado, regresará.

Giovanni se tomó su tiempo para decidir qué nombre ponerle al bebé. No fue sino hasta que las hojas mudaron del verde al rojo y al dorado que se le ocurrió uno perfecto para él.

—Victor —le dijo a su hijo—. Te llamarás Victor. Victor Lawson. ¿Qué opinas?

La soledad que lo embargaba desde hacía tiempo —inmensa y profunda— se evaporó, como si jamás hubiera existido.

A Giovanni le preocupaba que, aunque Victor crecía y crecía, seguía sin pronunciar una palabra. Sabía que el chico lo escuchaba cuando él hablaba y notaba que entendía lo que le decía.

—¿Habrá algún fallo en tu código? —le preguntó cuando tenía cuatro años—. ¿Habré cometido algún error?

Por toda respuesta, Victor levantó los brazos, y se puso a abrir y cerrar las manos, golpeteándose las palmas con los deditos.

Giovanni obedeció. Alzó a Victor y lo estrechó contra sí con delicadeza. El crío, con la carita apretada contra su pecho, emitió un ruidito que el otro interpretó como una exclamación de alegría.

—No —dijo Giovanni—. Eres tal como debes ser. No debería haber puesto eso en duda. Si existe algo perfecto en el mundo, eres tú. —Notó de nuevo un dolor en el pecho, pero por motivos totalmente distintos. No le hizo falta realizar cálculos para saber qué sentía. Ya no le cabía la menor duda.

Era amor.

Y aunque lo que más deseaba en el mundo era que Victor le hablara, decidió no presionarlo. Ya llegaría el momento, si tenía que llegar.

Se encontraban en el laboratorio. El niño estaba sentado en el suelo, rodeado de pequeñas varillas de metal. Giovanni tardó un momento en reconocer las figuras que Victor había formado con ellas. Eran dos muñecos de palo, uno grande y uno pequeño, tomados de la mano. Con un quejido, alargó los brazos para recolocarles las piernas a los personajes.

Y entonces el chico —Victor Lawson, hijo de Giovanni Lawson— habló.

—Tú —dijo, señalando a la figura más grande—. Yo —añadió, apuntando a la más pequeña. Su voz sonó débil y ronca por falta de uso, pero sonó.

—Sí —murmuró Giovanni—. Tú y yo. Para siempre.

Primera parte
El bosque

La conciencia es esa tenue vocecilla a la que nadie hace caso.

CARLO COLLODI,
Las aventuras de Pinocho

Capítulo 1

El diminuto robot aspirador chillaba con desesperación mientras giraba en círculos concéntricos, agitando en el aire los delgaduchos brazos acabados en pinzas.

—Ay, Dios mío, ay, Dios mío, vamos a morir. ¡Dejaré de existir y no quedará más que la oscuridad!

Un robot mucho más grande se encontraba inmóvil junto al aspirador, contemplando su millonésimo ataque de nervios. A diferencia del otro, carecía de brazos, piernas o pies. En cambio, la exenfermera modelo Seis-Diez-JQN serie Alfa era un rectángulo metálico alargado de metro y medio de altura y poco más de medio metro de ancho. Sus viejos y gastados neumáticos habían sido sustituidos por cintas dentadas de metal, no muy diferentes de las orugas de un tanque. Dos trampillas situadas a cada lado de la base se abrían para revelar una docena de tentáculos de acero equipados con diversos instrumentos médicos, por si surgía la necesidad de realizar una intervención quirúrgica. La pantalla de la parte delantera mostraba un rostro verde y ceñudo. La enfermera Registrada Automatizada para Tratamientos, Cuidados, Horadaciones, Educación y Destreza (la enfermera Ratched, para abreviar) no estaba muy contenta con el aspirador.

—Si te murieras, yo jugaría con tu cadáver —dijo con voz monótona y mecánica—. Aprendería mucho. Te taladraría hasta que no quedara ni rastro de ti.

Tal como sin duda había planeado la enfermera, esto sacó de quicio al aspirador.

—Huy, lo que ha dicho —gimoteó—. Huy, no, no, esto no me gusta. ¡Victor! ¡Victor, vuelve antes de que me muera y Ratched juegue con mi cadáver! ¡Quiere taladrarme! ¡Ya sabes lo que opino de que me taladren!

En los Desguaces, en mitad de la ladera de un montículo de chatarra que medía por lo menos siete metros de altura, sonó una

carcajada suave.

—No se lo permitiré, Rambo —aseguró Victor Lawson, mirándolos desde lo alto, colgado de la pila de desechos por medio de un sistema de poleas que había construido y un arnés que le ceñía la cintura. Era un tinglado muy poco seguro, pero Vic llevaba años usándolo y aún no se había caído. Bueno, salvo una vez, pero más vale correr un tupido velo sobre eso. El alarido que había pegado al ver el hueso pringoso que le sobresalía del brazo era el ruido más estridente que había emitido hasta entonces. A su padre no le había hecho ninguna gracia, y le había dicho que un muchacho de doce años no pintaba nada en los Desguaces. Victor le había prometido no volver ahí. Había regresado a la semana siguiente. Y ahora, con veintiún años, conocía los Desguaces como la palma de su mano.

Por lo visto, Rambo no le creyó, pues se puso a chillar, abriendo y cerrando las pinzas, mientras su redondo cuerpo temblaba y sus ruedas todoterreno pasaban por encima de piezas de metal que habían caído del montón de chatarra. En su parte superior había unas letras emborronadas que de todos modos nunca habían sido muy nítidas: una R y un círculo que podía representar tanto una O como una a minúscula, seguidas por una inconfundible M (tal vez) y una B, antes de otra O, o quizá una A. Vic se había encontrado el cacharrito años atrás y lo había reparado con hierros y mimos hasta que había vuelto a la vida, implorando que lo dejaran limpiar. Necesitaba limpiar más que nada en el mundo, pues, sin ello, no tenía una finalidad, no tenía nada. A Vic le había llevado mucho tiempo tranquilizarlo, trasteando con sus circuitos hasta que el aspirador había exhalado un suspiro de alivio. Había sido un arreglo pasajero. A Rambo lo angustiaba casi todo, desde la suciedad del suelo y de las manos de Vic hasta la muerte en todas sus variantes.

La enfermera Ratched, el primer robot de Vic, le había pedido permiso para matar al aspirador.

Vic se lo había denegado.

Ratched le había preguntado por qué.

Vic le había respondido que no estaba bien matar a los nuevos amigos.

—Pues yo lo mataría —había dicho ella con su voz monótona—. Me sería fácil. La eutanasia no tiene por qué resultar dolorosa. Aunque puede serlo, si quieres. —Avanzó sobre sus llantas articuladas hacia el

aspirador, con el taladro preparado.

Rambo profirió un chillido.

Cinco años después, pocas cosas habían cambiado. Rambo aún estaba con los nervios deshechos, y la enfermera Ratched seguía amenazando con usar su cadáver como juguete. Vic ya estaba acostumbrado.

Entornando los ojos, echó un vistazo por encima del montículo de hierros, con la cabellera negra que le llegaba hasta los hombros recogida hacia atrás y sujeta con una tira de cuero. Probó la resistencia de la cuerda. Aunque no pesaba mucho, tenía que extremar precauciones, como le repetía una y otra vez en su cabeza la voz de su padre. Le daba demasiadas vueltas a todo. Al fin y al cabo, Victor era delgado como un junco, y su padre siempre le insistía en que comiera más. «Estás en los huesos, Victor. Llévate más comida a la boca y mastica, mastica, mastica».

El empotrador magnético parecía aguantar en lo alto del montículo. Victor se enjugó la frente con el dorso de la mano enguantada para evitar que le entrara sudor en los ojos. El verano tocaba a su fin, pero aún lanzaba sus últimos coletazos de calor seco.

—Muy bien —murmuró para sí—. Solo hay que subir un poco más. Ahora o nunca. Necesitas ese recambio. —Bajó la vista para asegurarse de que tenía los pies bien apoyados.

—¡Si te caes y te matas, yo te practicaré la autopsia! —le gritó Ratched desde abajo—. El informe final estará disponible entre tres y cinco días hábiles después, según si quedas desmembrado o no. Pero, por deferencia a ti, te diré que lo más probable es que perezcas a causa de un traumatismo.

—Ay, no —gimió Rambo, con las luces rojas de sus sensores encendiéndose y apagándose—. Vic, Vic... Por favor, no te desmiembres. Ya sabes que no se me da muy bien limpiar la sangre. ¡Se cuela en los engranajes y todo acaba hecho un asco!

—Activando protocolo de empatía —dijo Ratched, y su monitor pasó a mostrar una carita sonriente de boca y ojos negros sobre un fondo amarillo. La trampilla en la parte inferior de su costado derecho se deslizó hacia arriba, y uno de sus brazos tentaculares se extendió para darle unas palmaditas a Rambo en la tapa—. Hale, hale. Ya está. Yo limpiaré la sangre y demás fluidos que manen de su débil y frágil cuerpo. Seguramente vacíe los intestinos también.

—¿En serio? —susurró Rambo.

—Sí. El esfínter humano es un músculo que se relaja al sobrevenir la muerte, lo que da lugar a una evacuación espectacular, sobre todo en caso de traumatismo.

Vic sacudió la cabeza. Esos dos eran sus mejores amigos. No sabía si eso hablaba muy bien de él como persona. Seguramente no. Por otro lado, tenía mucho en común con ellos, en cierto modo, aunque él era de carne y hueso y ellos de metal y alambre. No importaba de qué estuvieran hechos: todos tenían los cables cruzados, o al menos eso quería creer él.

Levantó la mirada de nuevo. Cerca de lo alto del montón de chatarra, divisó lo que parecía una PCB multicapa en buen estado. Las placas de circuito impreso apenas se encontraban ya, y, aunque le habían entrado ganas de extraer aquella cuando la había visto unas semanas antes, no se había atrevido. Esa pila de desechos en particular era una de las más peligrosas, y se bamboleaba mientras él escalaba. Se lo tomaría con calma e iría extrayendo los trozos de metal que aprisionaban el circuito impreso hasta que este cayera al suelo. La operación requería paciencia. La alternativa era la muerte.

—¡Vic! —exclamó Rambo—. No te vayas. Te quiero. ¡Vas a dejarme huérfano!

—No me voy a morir. —Respiró hondo antes de trepar despacio por la cuerda, apretando y bloqueando el mosquetón con cada impulso. Los delgados músculos de los brazos le ardían por el esfuerzo.

Cuanto más ascendía, más se tambaleaba el montículo. El sol destellaba en los trozos de metal que llovían en torno a él y caían al suelo con gran estrépito. Esto le proporcionó a Rambo una distracción que le permitió aparcar el pánico mientras limpiaba febrilmente. Al bajar los ojos, Vic lo vio recoger los pedazos de chatarra y depositarlos en la base de la pila. Daba pitidos de satisfacción, casi como si tarareara.

—Tu existencia carece de sentido —le informó la enfermera Ratched.

—No sé de qué me hablas —repuso Rambo alegremente, con los sensores emitiendo destellos azules y verdes. Tras dejar caer otra pieza metálica al pie del montículo, lo celebró girando como una peonza.

Cerca de la cima, Vic se detuvo un momento a descansar y volvió

la cabeza para tender la mirada más allá de los Desguaces. El bosque llegaba hasta donde alcanzaba la vista. Tardó unos instantes en avistar los árboles sobre los que se alzaba su hogar, entre los que descollaba el abeto principal.

Se inclinó hacia atrás tanto como se atrevió para echar un vistazo por un lado del montículo. A lo lejos, una columna de humo se elevaba desde la chimenea de una enorme y pesada máquina. Esta medía por lo menos doce metros de altura, y la grúa que llevaba a cuestas se movía con destreza entre las pilas de chatarra y escombros, recogiendo más hierros viejos de su tolva y descargándolos en un ciclo interminable. Vic memorizó la ubicación, preguntándose si la máquina había traído algo nuevo que valiera la pena rescatar.

Los otros Antiguos se encontraban más lejos.

Él estaba a salvo.

Alzó los ojos de nuevo hacia el circuito impreso.

—Voy a por ti —le dijo.

Tardó diez minutos más en tener la placa al alcance de la mano. Se detuvo para comprobar la solidez de sus puntos de apoyo y se tomó un momento para aclararse las ideas. No bajó la mirada; no le daban miedo las alturas, o no demasiado, pero así reducía el vértigo, lo que le facilitaba el concentrarse en la tarea que tenía entre manos.

Echado hacia atrás contra el arnés, sacudió brazos y piernas.

—Vale —murmuró—. Lo tengo controlado. —Apretando los dientes, alargó las manos hacia el circuito impreso y asió el borde con cuidado. Tiró de él con la esperanza de que algo hubiera cambiado desde la última vez que había estado ahí y bastara con menear un poco la placa para que se soltara.

No hubo suerte.

Escarbó en torno a ella y desprendió un trozo de metal que parecía haber pertenecido a una tostadora. Lo examinó para ver si contenía algo salvable. Parecía demasiado oxidado por dentro para repararlo. No era aprovechable. Tras dar una voz de advertencia, lo dejó caer. El objeto metálico se estrelló contra el suelo, bajo sus pies.

—No le has dado a Rambo —dijo Ratched—. Tienes que afinar la puntería.

Vic abrió mucho los ojos cuando, al agarrar de nuevo la placa, esta se movió. Le dio un tirón. La placa cedió un poco. Tiró con más fuerza, procurando no apretarla demasiado para no dañarla. Papá se

pondría contento. Bueno, se cabrearía si se enterara de cómo la había conseguido, pero mientras no lo supiera, no pasaría nada.

Vic meneó el circuito impreso como un diente flojo, adelante y atrás, adelante y atrás. Estaba a punto de dejarlo y escarbar un poco más alrededor cuando la placa se soltó de golpe.

—Bien —dijo—. ¡Bien! —La agitó en el aire para mostrársela a los otros—. ¡Ya la tengo!

—Mi alborozo no conoce límites —dijo Ratched—. Hurra. —En su pantalla aparecieron las palabras «ENHORABUENA: ES NIÑA», bajo una lluvia de confeti.

—Vic... —dijo Rambo, atacado de los nervios.

—Estoy que no me lo creo —dijo el joven—. Me ha llevado semanas.

—Vic... —repitió Rambo, elevando el tono.

—Y no parece dañada —añadió Victor, dándole vueltas entre los dedos—. Creo que servirá...

—¡Vic!

El aludido bajó la mirada, intentando disimular su irritación.

—¿Qué?

—¡Huye! —gritó Rambo.

Un bocinazo profundo y furioso retumbó por los Desguaces, ocasionando que el montón de hierros vibrara y se desplazara.

Vic conocía ese sonido.

Se inclinó hacia delante todo lo que pudo.

Un Antiguo se acercaba con las sirenas ululando y la grúa balanceándose de aquí para allá. Iba chocando con otras pilas de chatarra, y la fricción del metal contra el metal hacía saltar chispas. No redujo la velocidad. No se detuvo.

—INTRUSO —bramaba—. INTRUSO. INTRUSO. INTRUSO.

Vic notó que se ponía pálido.

—Oh, no —susurró.

Se guardó la placa de circuito impreso en la cartera al tiempo que apretaba el mosquetón con la otra mano. Descendió casi dos metros en un segundo y dio una sacudida dolorosa cuando el mosquetón topó con un grueso nudo, en mitad de la cuerda. Por más que forcejeó, no consiguió pasar de ahí.

—Te recomiendo que bajes —dijo la enfermera Ratched mientras levantaba a Rambo en volandas y salía disparada lanzando piedras al

aire con las orugas y esquivando los cascotes que se precipitaban en torno a ellos. Rambo chillaba, preso del pánico, con luces rojas parpadeando en los sensores.

—¡En esas estoy! —les gritó Vic, que seguía pugnando por pasar el nudo a través del mosquetón.

Era inútil. No había manera.

El Antiguo lanzó otro bocinazo. Vic gimió cuando algo pesado le rebotó en el hombro y lo lanzó hacia fuera, girando en su extremo de la cuerda. Cuando la gravedad lo empujó de nuevo contra el montón de basura, el fuerte choque lo dejó sin aliento. Se oía el crujir de los hierros bajo los descomunales neumáticos del Antiguo, que se aproximaba cada vez más.

En cuanto consiguió recobrar el equilibrio, Vic alzó la mirada, lamentando la pérdida de los empotradores. No eran fáciles de fabricar, pero ya no podía hacer nada al respecto.

El Antiguo apareció por un lado del montículo, encendiendo y apagando los faros. La grúa arremetió contra la pila. La cuchara se estampó por encima de Vic con un chirrido metálico, y el montículo se estremeció. Las cuerdas restallaron contra su arnés y tiraron de él hacia arriba antes de dejarlo caer de nuevo mientras la torre empezaba a inclinarse a la derecha. Frente a él, una gran chapa de metal en la que se leía «MEJOR GASTRONETA POR VOTACIÓN POPULAR» cambió de posición.

Sin pensarlo, alargó el brazo hacia ella.

La grúa se meció hacia atrás para tomar impulso.

Justo antes del impacto, Vic sacó la chapa con un áspero gruñido de esfuerzo. La cuchara volvió a golpear con una fuerza demoledora, y los escombros llovieron alrededor de Vic mientras el montículo se escoraba peligrosamente hacia la izquierda. El joven se precipitó al vacío, con la cuerda ya flácida enroscándose en torno a su cuerpo. Se dio la vuelta en el aire hasta quedar tendido encima de la chapa de metal. Ocultó el rostro entre los antebrazos para protegerse de las chispas ardientes que saltaban hacia él. Le pareció que se le escapaba un grito, pero no era capaz de oírse por encima del furibundo rugido del Antiguo y la torre que se derrumbaba.

Se encontraba a dos metros de altura cuando la chapa chocó con una armadura corrugada y él salió volando. Aterrizó con violencia y rodó, encogido de brazos y piernas. Dedicó un momento a agradecer

la necesidad neurótica de Rambo de mantener el suelo despejado de escombros. De no ser por ello, tal vez se habría empalado en alguno de los objetos que él mismo había tirado desde arriba.

Se quedó tumbado boca arriba, parpadeando y contemplando el cielo. Tenía que moverse. Como no notaba un dolor muy fuerte, se levantó ayudándose con las manos, justo a tiempo para ver cómo el montículo se venía abajo del todo. Arrancó a correr con la respiración agitada, mientras la atronadora bocina del Antiguo sonaba a su espalda.

Como sabían que los Antiguos no podían —o no querían— salir del perímetro de los Desguaces, Ratched y Rambo lo esperaban en el límite. El aspirador, subido encima de la enfermera, agitaba los bracitos de forma frenética. La pantalla de ella mostraba una serie de signos de admiración.

—¿Qué os decía? —comentó Vic mientras dejaban atrás al Antiguo—. Estaba chupado.

—Sí, chupadísimo —dijo Ratched—. Estaría impresionada si no fuera porque no me impresiona la idiotez. De no ser por eso, flirtearía contigo.

Él había aprendido lo que era flirtear viendo las películas que ponía su padre: personas que sonreían y se sonrojaban al ver a otras y que hacían cosas que no solían hacer, todo en nombre del amor. Él nunca había tenido a nadie con quien flirtear. Se le antojaba algo de lo más complicado.

—No sabía que supieras hacer eso.

—Sé hacer muchas cosas —contestó la enfermera Ratched, y las exclamaciones en su pantalla cedieron el paso a una cara con una sonrisa graciosa y unos ojos muy abiertos enmarcados por largas pestañas—. ¿Qué pasa, tío bueno? Deberías meterme el dedo en el enchufe. —La pantalla se apagó—. Eso era flirtear. Hay una diferencia.

Vic torció el gesto mientras Rambo daba vueltas alrededor de él sin parar de agitar los brazos.

—Eso no sale en las películas.

—Al menos no en las que ves tú. ¿Ha funcionado? ¿Estás excitado? —La pequeña lente que tenía encima de la pantalla cobró vida con un parpadeo, y de ella brotó una luz azul que lo recorrió de arriba abajo—. No pareces excitado. Tu pene no presenta un

incremento del flujo sanguíneo que propicie la práctica del coito con fines recreativos.

—Yo no tengo pene —dijo Rambo con aire melancólico. Unos engranajes se movieron en sus entrañas, y una pequeña ranura se abrió en su parte inferior. El aspirador soltó un gruñido, y de su interior surgió un tubito del que goteaba lo que parecía aceite—. Ahora sí. ¡Vivan los penes!

—Haz el favor de guardarte eso —dijo Vic—. Tenemos que volver a casa. —Alzó la vista hacia el cielo amoratado. El sol empezaba a ponerse—. Pronto oscurecerá.

—Y a ti te da miedo la oscuridad —señaló Rambo, retrayendo el tubito y cerrando la ranura.

—No me da miedo la...

—El miedo es algo superfluo —aseveró Ratched, colocándose en formación detrás de Vic, que encabezaba la marcha a través del bosque—. Yo no tengo miedo de nada. —Tras una pausa, matizó—: Excepto de los pájaros que intentan anidar dentro de mí y poner huevos en mi maquinaria. Son unos chungos esos pájaros. Voy a matarlos a todos.

Vic sacó la placa de circuito impreso de su cartera. Seguía entera. Acarició la superficie irregular con el dedo.

—Ha valido la pena —musitó.

Capítulo 2

Cuando llegaron a casa, el cielo estaba teñido de un violeta sanguíneo y habían aparecido las primeras estrellas. El sol se asentó cerca del horizonte al tiempo que la luna se elevaba como un espectro pálido. Rambo se adelantó por el trillado sendero, llamando a gritos al padre de Vic. Este pensó que debería haberlo previsto, considerando que el aspirador siempre estaba ansioso por compartir los momentos en que se habían salvado por los pelos de una muerte horrible y ponderar la suerte que tenían de estar vivitos y coleando.

—No —dijo Vic, persiguiéndolo y maldiciéndose para sus adentros por haberse descuidado—. No le cuentes lo de...

Pero Rambo, sin hacerle el menor caso, proclamó en voz bastante alta que no había tenido miedo y que, aunque lo hubiera tenido, no habría pasado nada. En la casa a nivel del suelo las luces estaban encendidas, lo que significaba que papá debía de estar ahí dentro, trasteando con su gramófono. Rambo cruzó la puerta abierta y desapareció en el interior.

Vic alzó la vista hacia el ascensor próximo al árbol más grande. Se planteó tomarlo a hurtadillas para subir a su propio laboratorio, pero sabía que su padre se disgustaría si no intentaba explicarse al menos.

—No —dijo Ratched, acercándose a él y empujándolo hacia la casa—. Tienes que decirle la verdad. Quiero estar presente cuando te suelte la reprimenda. Verte con la mirada gacha y balbuceando excusas baratas me produce algo similar a la alegría.

—Se supone que estás de mi parte.

—Lo sé —dijo ella—. Soy una traidora. Y me siento fatal por ello. No perdamos más tiempo. —Se detuvo, y un signo de interrogación se dibujó en su pantalla—. ¿Oyes eso?

Vic volvió la vista hacia ella.

—¿El qué?

—No lo sé. Es un sonido complejo. Procede de la casa. Tengo que

analizarlo. —Pasó por su lado, aplastando la hierba del bosque y haciendo crujir las hojas secas. Él la siguió con la vista hasta que desapareció por la puerta.

Echó a andar tras ella con la cabeza ladeada, intentando captar el sonido al que se refería. Al principio, no percibió nada, pero entonces...

Se le desorbitaron los ojos.

—No puede ser.

Comenzó a trotar hacia la casa.

Dentro, la luz de las bombillas encendidas se reflejaba en los tarros repletos de piezas sin usar y semillas sin plantar. Con cada paso que daba Vic, el suelo chirriaba bajo su peso. Avanzó en zigzag entre estanterías, pilas de libros y componentes electrónicos, una lavadora estropeada sin arreglo posible y un frigorífico que no enfriaba ni por casualidad. A Giovanni no le gustaba tirar nada, pues, según él, todo tenía su utilidad, aunque no se apreciara a primera vista. Como Vic se parecía mucho a su padre en ese aspecto, le resultaba frustrante que este no viera con buenos ojos sus excursiones a los Desguaces. La casa a nivel del suelo estaba abarrotada de trastos que su padre había rescatado de allí, aunque hacía mucho tiempo que no volvía ahí. ¿Qué diferencia había entre eso y lo que hacía Vic?

Sin embargo, en ese momento el joven se olvidó de todo aquello, por los sonidos cálidos y dulces que lo envolvían.

Música.

Era música.

Pero no procedía de las cajas musicales situadas contra la pared del fondo. Eran monofónicas y, aunque tocaban melodías encantadoras, no podían compararse con aquella voz.

Era muy distinta de todo lo que había oído hasta entonces, delicada, armoniosa y más aguda. Vic tardó unos instantes en comprender por qué. Era una voz femenina. Por encima del suave tintineo de las teclas del piano, una mujer cantaba sobre esa maldita luna que la hacía anhelar tener a alguien a quien amar. Como en trance, Vic caminó en dirección a la voz.

Se encontró a Giovanni Lawson sentado en un viejo sillón reclinable, con Rambo en el regazo. Con los ojos cerrados, acariciaba al aspirador, que ronroneaba de gusto, encendiendo y apagando lentamente las luces de los sensores. La enfermera Ratched estaba

sentada a su lado. En su pantalla, una raya oscilaba marcando un ritmo circadiano al compás de la canción.

Sobre el banco de trabajo de madera había un gramófono abierto en el que un disco giraba y daba saltitos. Aunque un poco distorsionada, la voz se oía con bastante claridad.

—Funciona —jadeó Vic, asombrado—. Lo has reparado.

Sin abrir los ojos, su padre tarareó por lo bajo antes de responder.

—Así es. La que canta es Beryl Davis. Una voz preciosa, ¿no te parece?

Vic se acercó al banco de trabajo. Oyó el suave runrún del vinilo al dar vueltas bajo la aguja. Se agachó para examinar el aparato. Tenía el aspecto de siempre. No se apreciaba nada nuevo en él. Le entraron ansias de desarmarlo para investigar cómo el movimiento de su mecanismo generaba ese sonido.

—¿Cómo lo has arreglado?

—Con un poco de cariño —dijo Giovanni— y un poco de tiempo.

—Papá...

Este soltó una risita.

—La manivela no estaba bien acoplada.

Vic se enderezó, parpadeando sorprendido.

—¿Eso era todo?

—Eso era todo. Qué avería más tonta, ¿no? Estábamos pensando demasiado a lo grande. A veces, las cosas pequeñas son las que lo cambian todo cuando menos te lo esperas.

Cuando el joven se volvió, sorprendió a su padre observándolo. Tenía la piel del rostro arrugada pero aterciopelada, y un brillo de bondad en la mirada. Le colgaban rizos plateados en torno a las orejas, y la barba le llegaba hasta el pecho. De pequeño, Vic le había preguntado por qué eran tan distintos. Su padre era un tonel de hombre, de torso grueso y robusto, barriga prominente y dedos rechonchos. Vic no tenía tanta presencia. De niño, había sido delgado como un fideo, y crecía a lo alto en vez de a lo ancho. Aunque se había ido desarrollando con la edad, seguía siendo torpe y desgarbado. Su padre tenía la tez más pálida. El joven era moreno, como si hubiera nacido y vivido siempre al sol. Su padre tenía los ojos azules, mientras que los de Vic eran castaños y, bajo cierta luz, negros. No existía el menor parecido entre ellos. Nunca lo había habido.

Pero ese hombre era su padre. Ese hombre lo había criado.

Ese hombre que en realidad no lo era.

Con una mueca de dolor, su papá le dio la espalda para frotarse el pecho.

Vic suspiró, molesto sin razón porque su padre había intentado ocultarle el gesto. Estuvo a punto de leerle la cartilla, pero se mordió la lengua.

—Te pedí que me dejaras echarte una ojeada.

—No pasa nada.

—Sí que pasa —repuso Ratched—. Si no dejas que Victor te examine, te taladraré. —Para subrayar sus palabras, hizo girar ruidosamente su taladro. En su pantalla desfilaron las palabras «NO DUELE NADA»—. Tal vez debería proceder a realizar el taladrado de todos modos. Hace mucho que no se me presenta la oportunidad de taladrar nada.

Papá depositó a Rambo en el suelo mientras la canción concluía y cedía el paso a otra. Conmovido hasta la médula, Victor se preguntó cómo había podido estar tanto tiempo sin escuchar algo así. Aunque solo habían sido unos minutos, ya no era capaz de imaginarse la vida sin música como aquella. Esos discos habían sido un hallazgo extraordinario. Tendría que investigar si había más.

—Yo estoy bien así —dijo Rambo, inquieto—. No necesito que me taladren o me abran.

—Menudo saquito de nervios estás hecho —dijo papá con afecto, dándole un empujón suave con el pie al cacharrito—. ¿Seguimos sin saber por qué?

Vic regresó al banco de trabajo y contempló las herramientas de su padre, colgadas en un tablero. Eligió el soldador, con la esperanza de que el arreglo no revistiera mayor complicación.

—No. ¿Por el cableado, tal vez? ¿Un fallo de *software*? Por algo tiene que ser. No lo sé.

—Estoy bien así —farfulló Rambo.

—No es verdad —dijo Ratched—. Si quieres, te practico una exploración diagnóstica para intentar establecer la causa de tu funcionamiento defectuoso. ¿Tienes contratado un seguro?

—No —dijo Rambo con aire sombrío—. No tengo nada.

—Claro que estás bien así —le aseguró Vic, fulminando con la mirada a la enfermera Ratched, que no se dio por aludida—. No te

pasa nada malo. Simplemente eres... único. Como cada uno de nosotros.

—A eso se le llama mentira piadosa —sentenció Ratched, con la pantalla invadida de globos digitales—. Las personas acostumbran a decir mentiras piadosas para sentirse mejor consigo mismas. Ayudaré a Victor en este proceso. He aquí mi mentira piadosa: eres un aparatito maravilloso querido por muchos.

—Déjalo en paz —dijo Vic, arrodillándose a los pies de su padre.

—¿Estás más contento? —preguntó Ratched.

—Sí —dijo Rambo—. Dime más mentiras piadosas.

—Eres importante. Sirves para algo. El tubo que has desplegado hace un rato es el más grande que he visto.

—¡Hurra! —exclamó Rambo, alzando los brazos—. ¡Estoy bien dotado!

Papá arqueó una ceja.

—No sé si quiero saber de qué va esto.

Vic se disponía a responderle cuando la enfermera Ratched lo interrumpió.

—A Victor se le quedó el pene flácido incluso después de que yo activara mi protocolo de flirteo. Como sé muy bien lo que hago, resulta evidente que la culpa no es mía, sino suya.

—Cuánto lamento haberos reparado a los dos —masculló Vic, indicándole a papá con un gesto que se levantara la camisa.

—Eso es una mentira piadosa —dijo Ratched—. Tienes las pupilas dilatadas y el pulso acelerado. Disfrutas de nuestra compañía. Gracias. —Una mano con el pulgar hacia arriba apareció de golpe en su pantalla, con las palabras «¡LO HICISTE MUY BIEN!» debajo.

Giovanni se levantó la camisa. Tenía la piel tersa y lisa, sin ombligo ni pezones. En el lado derecho del pecho, cerca de la clavícula, había una pequeña placa de metal de superficie áspera. Cuando era más joven, le había explicado a Vic que antes allí estaban grabados los números y letras de su identificador original. Los había raspado hasta borrarlos, pues no quería que siguieran designándolo cuando ya le habían puesto un nombre. Él era más de lo que simbolizaban esos signos. Durante mucho tiempo, Vic estuvo frustrado por no tener una chapa como la de su padre.

Giovanni se dio dos golpecitos en el esternón con el dedo medio. En el interior de su pecho sonó un pitido seguido de un siseo bajo. El

compartimento de su cavidad torácica se hundió ligeramente antes de deslizarse hacia la derecha.

Allí, en la cavidad pectoral de su padre, latía un corazón. Pero no era como el que latía en el pecho de Vic, un músculo que bombeaba sangre y oxígeno a todo el cuerpo.

El corazón de Giovanni era de metal y madera, y su forma no se parecía a la del órgano que imitaba, sino más bien al símbolo de un corazón más o menos del tamaño del puño de Vic. En torno a él, un tenue brillo verde procedente de cables y circuitos bañaba la cavidad torácica. El corazón en sí lo había construido papá para reemplazar la batería que había perdido casi toda su capacidad antes de que la cambiara por el corazón mecánico. Parte de la carcasa era de bocote, una madera poco común. Aunque por lo general este material no era buen conductor, papá había encontrado la manera de conseguir que fluyera suficiente electricidad a través de él, aunque para ello necesitaba más de quince mil voltios. A efectos de garantizar la conductividad, la montura no estaba hecha solo de bocote, sino también de trozos de cobre bañado en plata y latón, metales que relucían bajo la luz mortecina. De la parte superior de la carcasa sobresalían unos cables que iban conectados a los componentes de su pecho que alimentaban el biochip de su cabeza. En el interior de su corazón, que estaba al descubierto, un puñado de engranajes giraba con lentitud. Por encima de ellos había una pequeña tira blanca de dos centímetros de ancho y tres de alto.

Vic dio unos toques con el dedo al mecanismo. Su padre pegó un respingo.

—Perdona. Tienes las manos frías.

Los engranajes parecían funcionar correctamente, por el momento. Había uno con los dientes algo desgastados que habría que cambiar pronto, pero Vic ya había encontrado las piezas necesarias y las había guardado en uno de los tarros. Tras agacharse más, apartó ligeramente el corazón para echar una ojeada detrás.

—Ya veo el problema —dijo, invadido por un enorme alivio—. Se ha aflojado uno de los alambres del solenoide. Lo arreglaré.

—De eso puedo encargarme yo —dijo papá.

Vic estuvo a punto de soltarle una réplica mordaz, pero se contuvo y optó por algo más suave.

—Pues entonces deberías. Lo haré yo para asegurarme de que

quede arreglado. Enfermera Ratched.

La interfecta se detuvo a su lado, cogió el enchufe del soldador que él le tendió y lo conectó en su propia toma de corriente.

—Ooh, sí. Qué gusto —gimió.

—Qué asco —masculló Rambo. Le dio un empujón suave a Vic en la pierna—. ¿Se va a morir Gio?

—No —respondió el joven, inclinándose hacia delante y apoyando los codos en las piernas de su padre—. No se va a morir.

—Porque vamos a vivir para siempre, ¿verdad?

—Imposible —dijo Ratched—. Nada es inmortal. Tarde o temprano, se nos agotará la batería y pereceremos porque no encontraremos una de repuesto.

—Pero Vic nos la conseguirá —dijo Rambo.

—Victor es humano —repuso Ratched—. Morirá mucho antes que nosotros. Es blando y esponjoso. Tal vez a causa de un cáncer de recto o de huesos. O de peste, si lo muerde una rata. O quizá lo espachurre un Antiguo, como ha estado a punto de pasar hoy. —En su pantalla parpadearon las palabras «HUY, SE ME HA ESCAPADO».

—Ah —dijo papá—. ¿Lo que estaba gritando Rambo justo antes de oír la música tiene que ver con eso?

Suspirando, Vic se inclinó hacia delante, con la punta del soldador al rojo vivo.

—No ha sido nada.

—Eso ha sido una mentira piadosa —señaló Rambo, orgulloso de sí mismo.

Gruñendo, Victor aplicó el soldador al alambre del solenoide. Papá soltó un gemido, pero permaneció inmóvil.

—Ni siquiera he estado en peligro de verdad. Sabía lo que hacía.

—La cara que has puesto cuando se ha desplomado el montón de chatarra parecía indicar otra cosa —señaló Ratched—. ¿Quieres ver la recreación que acabo de generar?

Vic retiró el soldador del solenoide y miró hacia atrás. En su pantalla apareció una imagen de ocho bits de Vic en lo alto de una torre de metal. Un bocadillo de texto brotó de su boca con las palabras «AY, NO, SOY IDIOTA Y ESTOY A PUNTO DE MORIR». El pequeño personaje cayó al suelo, se pegó un trastazo sangriento, y sus ojos se convirtieron en dos grandes equis.

—Chimpún —dijo la enfermera Ratched mientras la pantalla se

apagaba—. Eso es exactamente lo que ocurrió. Por favor, no os cortéis con los aplausos. Me viene de perlas la aprobación ajena.

—¿Te has caído? —preguntó papá, entornando los ojos.

Vic continuó soldando.

—Solo un poquito.

—¿Te has hecho daño? —inquirió su padre, con un deje extraño en la voz—. ¿Algún corte o raspón? ¿Te ha salido sangre?

—¿Por qué lo preguntas? —quiso saber Vic—. ¿Necesitas más? —Aunque el corazón era la mayor maravilla de la ingeniería jamás creada, en ocasiones necesitaba algo más que metal o cables: la aplicación de una gota de sangre en la tira blanca situada encima del mecanismo. No hacía falta recurrir a esta medida muy a menudo; como mucho, una vez al año. La última vez había sido cuatro meses atrás, cuando papá había empezado a comportarse de un modo más robótico, más maquinal.

—Victor... —insistió papá.

—Ni un rasguño —le aseguró Vic.

Giovanni asintió, visiblemente aliviado.

—Me alegro. ¿Y los Antiguos?

El joven se encogió de hombros.

—Ya sabes cómo funciona esto. Se olvidan de mi existencia en cuanto me marcho de los Desguaces. Ojos que no ven, corazón que no siente.

Papá exhaló un suspiro.

—Preferiría que no fueras a ese lugar. Ya te he dicho...

—Deberías haber pensado en eso antes de construir esto tan cerca de allí. Es culpa tuya, no mía.

—¡Menudo morro! —dijo papá—. ¿Has recogido algo que valga la pena?

—Una PCB multicapa. Y parece casi intacta.

Su padre silbó por lo bajo.

—Eso no se encuentra todos los días. —Hizo otro ligero gesto de dolor cuando el alambre se fundió de nuevo con el solenoide. Vic extremó precauciones al trabajar tan cerca del corazón. Era un objeto frágil. Antes de volver a colocarlo en su sitio con delicadeza, se aseguró de que el alambre no estuviera demasiado caliente, para que no quemara la madera.

—¿Lo ves? —dijo Vic—. Pan comido. Deberías haber dejado que

me ocupara de eso hace mucho tiempo.

—Tomo nota —dijo papá. Se dio otro toque en el esternón, y la portezuela se deslizó hasta cerrarse. Las junturas se sellaron. Vic se puso de pie mientras Giovanni soltó el faldón de su camisa—. Pero quiero que tengas cuidado. No debes correr ningún riesgo.

Suspirando, Vic regresó hacia el banco de trabajo. Beryl Davis cantaba con voz crepitante sobre lo tonta que había sido.

—Sé cuidar de mí mismo. —Era una conversación que habían mantenido en repetidas ocasiones. Dudaba que aquella fuera la última. Seguía sujetando el soldador, esperando a que se enfriara.

—Así es —convino papá en voz baja—, pero eso no significa que seas irrompible. Como te pillen los Antiguos...

—No me pillarán. Soy más rápido que ellos. Y más listo. Son máquinas.

—Como yo.

Vic torció el gesto. No lo había dicho con retranca. A veces hablaba sin pensar, aunque estaba intentando mejorar en ese sentido.

—Ya sabes a qué me refiero. No son... Se guían por su programación, que les impide salir de los Desguaces.

—No por eso dejan de ser peligrosos, Victor. Y cuanto antes te des cuenta de eso, mejor te irá.

Apretando los dientes, Vic inspiró por la nariz y espiró por la boca para tranquilizarse.

—Ya lo sé. Pero si no hubiera ido a los Desguaces, no habría encontrado a la enfermera Ratched ni a Rambo. No tendríamos ni la mitad de las cosas que tenemos. Tú te habrías quedado sin cacharros con los que juguetear hace un montón de tiempo. —Inclinó la cabeza en dirección al disco, que seguía dando vueltas—. Y tampoco estaríamos escuchando esto.

Papá no respondió.

Vic se encorvó, pugnando por expresar lo que quería decir sin que se le notara la irritación.

—Sabes que tengo razón. Nunca salgo del bosque. No traspaso los límites ni te he presionado nunca para que me des permiso. Sé que tienes tus motivos y que cruzar las fronteras es peligroso. Te hago caso. De verdad que sí. Por eso tú deberías hacerme caso a mí cuando te digo que no necesito... que no quiero más de lo que tengo. —Esperó a ver si Ratched le enmendaba la plana. No estaba mintiendo, o no del

todo, sino que más bien se movía en una zona gris, bordeando la verdad, aunque esa no era necesariamente su intención.

Ella no dijo una palabra.

Su padre sí.

—Al menos por el momento.

Vic se volvió hacia él y le pareció más avejentado que nunca. Le dio la impresión de que se le escapaba algo.

—¿Qué?

Su padre sonrió con los labios apretados.

—No espero que quieras quedarte aquí toda la vida. Eso sería egoísta por mi parte. Dices que eres feliz. Te creo, pero la felicidad no perdura sin algo que alimente las llamas. —En momentos como ese, en los que Giovanni hablaba sobre lo que había ahí fuera, Vic pensaba en las personas que lo habían abandonado cuando era un bebé. Se preguntaba cómo serían. Qué aspecto tenían. ¿Se reían? ¿Les gustaba la música y chapucear con aparatos durante horas? ¿Eran inteligentes? ¿Amables? ¿Qué los había llevado a confiar en Giovanni, un desconocido que habían encontrado en medio del bosque, y quién los perseguía? La lógica —la fría y despiadada lógica de una máquina— le decía que con toda seguridad estaban muertos. De lo contrario, ya habrían regresado a buscarlo. Y no lo habían hecho.

Conocía bien el bosque. Conocía a sus amigos, su hogar. A Giovanni, su padre, el hombre a quien quería demostrarle que necesitar y querer eran dos cosas distintas. Aunque a veces intentaba forzar los límites que sentía que papá le había impuesto, su existencia le proporcionaba cierto alivio. Las cosas que Giovanni le había contado sobre las ciudades de metal y cristal, y los seres humanos que las habitaban... Había leído más de una vez todos los libros que papá había traído consigo a ese lugar: viejos relatos de reyes y reinas en castillos, de aventuras en alta mar a bordo de grandes navíos con banderas que ondeaban en el aire salobre; de personas que viajaban a las estrellas y se perdían en la inmensidad del universo. Eran fantasmas, pero él no estaba obsesionado con ellos. El mundo que había más allá del bosque era algo inescrutable para él, y, aunque de vez en cuando le picaba la curiosidad, la resistía sin problemas. Tenía un hogar, una finalidad, un laboratorio propio y unos amigos que lo querían tal como era y no como les habría gustado que fuera. La soledad era un concepto que en el fondo no entendía tan bien como su

padre cuando acababa de instalarse en el bosque. Al igual que él, era un inventor. Si necesitaba a alguien —o más bien algo— nuevo con quien hablar, le bastaba con construirlo. Era lo que había hecho con la enfermera Ratched y después con Rambo. Podía volver a hacerlo, en caso necesario. Algunos libros viejos narraban historias de personas que anhelaban algo más y se embarcaban en un viaje para encontrar ese algo y también a sí mismas. A Vic sus motivaciones le parecían siempre un poco ridículas. Nunca había sentido el menor deseo de irse lejos de casa.

—Confías en mí —dijo.

—Así es.

—Pues entonces confía en mi capacidad para saber lo que me conviene. —Se acercó a su padre y se agachó para darle un apretón en el hombro.

Papá posó la mano sobre la suya.

—Eres un buen chico. Un poco atolondrado, tal vez, pero un buen chico al fin y al cabo.

—Lo aprendí de ti —dijo Vic.

—Yo también soy bueno —dijo Rambo.

—Tanto que das grima —dijo Ratched—. Aunque pareces sufrir un trastorno agudo de ansiedad. Pero no pasa nada. Todos somos únicos: Victor es asexual, Giovanni es viejo, y yo tengo tendencias sociópatas que se manifiestan en situaciones peligrosas.

—¡Hurra! —chilló Rambo—. ¡Todos tenemos cosas!

Sonriendo, Giovanni sacudió la cabeza.

—Qué existencia tan extraña la nuestra. No la cambiaría por nada del mundo.

Los robots se quedaron con papá, escuchando a Beryl Davis cantar sobre el amor y el dolor. Vic los dejó en la casa a nivel del suelo y examinó el circuito impreso mientras caminaba hacia el ascensor. Le dio la vuelta entre las manos. La esquina inferior izquierda tenía una pequeña grieta, pero le resultaría fácil arreglarla.

Entró en la cabina de madera. La rejilla se cerró tras él cuando pulsó un botón encastrado en una de las riostras. Unas lámparas de vapor de sodio se iluminaron encima de su cabeza mientras el

ascensor se deslizaba hasta un punto situado a media altura entre el suelo de la floresta y las copas de los árboles. En cuanto la puerta se abrió, Vic salió.

La casa a nivel del suelo no había sido más que el principio.

Su padre, en su infinita sabiduría, había construido una especie de casa del árbol, pero mucho más imponente y compleja que cualquiera de las que se describían en las lecturas de Vic; incluso más espectacular que las que aparecían en libros como *El Robinson suizo*. Seis árboles gigantescos formaban un círculo aproximado y estaban unidos entre sí por medio de puentes de cuerda. Sobre el abeto que se alzaba a la izquierda de Vic se encontraba el laboratorio de su padre, la mayor de las construcciones edificadas alrededor del rey del bosque. En la estructura del segundo árbol se encontraban las habitaciones de Giovanni, abarrotadas de retales, herramientas y libros. El edificio más alto del tercer árbol era una cocina improvisada, aunque nadie la usaba aparte de Vic. Lo que antes había sido un solárium ahora estaba equipado con un hornillo eléctrico que funcionaba y una vieja mesa con sillas a juego, talladas con motivos de pájaros, flores y hojas. En un rincón había un congelador de metal grande donde Vic conservaba la carne de los animales que cazaba. Al lado de la cocina había otros servicios, como una ducha de agua de lluvia que nunca estaba lo bastante caliente y un retrete por el que Ratched mostraba un interés desmedido, sobre todo cuando le preguntaba a Vic por su regularidad intestinal. Él había intentado explicarle que había cosas que debían quedar en el ámbito de lo privado.

—Eso dices tú —había replicado ella—. Pero un día acudirás a mí, derramando agua salada por los lacrimales tras haber descubierto sangre en tus heces, y entonces ¿qué haremos contigo?

Él no había sabido qué responderle.

El quinto árbol albergaba el laboratorio de Vic, más reducido que el de su padre, pero no por ello menos extraordinario. Sobre las ramas del último árbol, situado a la derecha del ascensor, estaba el dormitorio de Vic. Uno de sus recuerdos más antiguos era de su padre construyéndolo, mientras él lo miraba y le pasaba las herramientas que le pedía. Recordaba la emoción que había experimentado cuando iba a pasar su primera noche solo allí, aunque no había sido capaz de expresarla con palabras. Había planeado quedarse despierto hasta muy

tarde, aprovechando que su padre no estaría ahí para obligarlo a irse a dormir. Había aguantado cinco minutos antes de regresar al cuarto de Giovanni y acostarse con sigilo junto a él. Mucho tiempo después, ya crecido y tal vez un poco más sensato, le había preguntado por qué tenía lecho si, a diferencia de él, no dormía. Papá le había contestado que lo ayudaba a sentirse un poco más humano.

Vic sacudió la cabeza mientras cruzaba el puente que conducía a su habitación, con un torbellino de pensamientos en la cabeza, aunque había cierto orden en el caos. Abrió la puerta, entró y la cerró tras de sí.

Se acercó a la única ventana del dormitorio y dirigió la vista hacia la casa de abajo. Papá había instalado varios tragaluces rodeados de paneles solares de los que obtenía electricidad. Sin embargo, era el único edificio con claraboyas. Desde lo alto, Vic alcanzaba a ver a su padre en su sillón, y a Ratched incordiando a Rambo con uno de sus tentáculos. Se apartó de la ventana y dejó que siguieran a lo suyo.

En el centro de la habitación se erguía el tronco de un árbol con muñones nudosos de lo que en otro tiempo habían sido ramas. Al otro lado, en el rincón derecho, estaba el armazón de madera de una cama y, encima, un colchón raído y lleno de bultos. En las paredes había colgadas herramientas jubiladas que ya no servían, pero que Vic era incapaz de tirar. Era algo que había aprendido de su padre, el rechazo ante la idea de desechar algo. Las cosas estropeadas podrían repararse algún día en caso necesario, si se contaba con las piezas adecuadas.

Se quitó la camiseta. Frunció el ceño al fijarse en un pequeño rasgón en el dobladillo. Tendría que pedirle a Ratched que se lo cosiera. La tela estaba algo desgastada, pero todavía no tanto como para hacer trapos con ella. Después de doblarla, la colocó sobre la pequeña cómoda que había junto a la cama.

Tras darle otra vuelta al circuito impreso entre las manos, se puso de rodillas y se echó cuerpo a tierra para mirar debajo de la cama. Allí, en un rincón oscuro y polvoriento, había una caja de metal, un cubo perfecto. Tras sacarlo con un quejido, Vic se incorporó y se volvió hacia la ventana, por donde se colaba la música que aún sonaba en la casa a nivel del suelo.

No era que no quisiera que los demás supieran lo que escondía en su interior, al menos por el momento, sino que aún no había tenido

oportunidad de darle uso. Pero ahora que había conseguido la placa, tal vez conseguiría que funcionara por fin.

Introdujo un código en el teclado numérico en la parte superior de la caja. Con cada tecla que pulsaba, aparecía un número en la pantalla. La caja emitió tres pitidos y la cerradura soltó un chasquido. Vic abrió la tapa.

Dentro, sobre un viejo trozo de tela que había encontrado en la colección de su padre, descansaba un corazón mecánico.

No se parecía mucho al que papá llevaba en el pecho, construido por un maestro artesano en su mejor momento. Estaba diseñado a la perfección, pero hasta las máquinas se desgastaban con el uso. El corazón de su padre tenía muchos años. No duraría para siempre. Un día no resistiría más el esfuerzo y dejaría de funcionar.

El corazón nuevo —tosco, obra de unas manos inexpertas e indescriptiblemente humanas— era un plan de contingencia. Por si acaso. Vic había empezado a construirlo cuando contaba quince años y no tenía idea de lo que hacía.

Vic había cometido errores durante su elaboración. El material que había utilizado al principio —roble— se había agrietado y partido. No fue sino hasta que encontró madera de bubinga en los Desguaces que dio con el conductor ideal. Le había añadido incrustaciones de cobre bañado en níquel. No era tan bueno como el bañado en plata, pero serviría en caso de apuro, y podía cambiarse si hacía falta.

La forma del corazón no era perfecta. La punta de abajo se había desportillado, por lo que Vic se había visto obligado a lijarla. No obstante, el mecanismo en su interior se conservaba sin una sola mota de herrumbre. Le dio vueltas al engranaje más grande del centro y contempló maravillado cómo hacía girar a su vez cinco ruedas dentadas más pequeñas. Los movimientos guardaban una sincronía profunda. El repiqueteo de los dientes de los engranajes le parecía más hermoso que cualquier melodía que pudiera salir de un gramófono. La música del mecanismo rezumaba vida.

Depositó con cuidado el circuito impreso junto al corazón antes de cerrar la tapa. La pantalla pitó de nuevo mientras el cerrojo se corría. Deslizó la caja por debajo de la cama hasta el rincón más alejado. Ni siquiera Rambo la encontraría, dado su miedo a la oscuridad. Pasaría inadvertida hasta que llegara el momento de

mostrársela a su padre.

Y el momento no tardaría en llegar.

Al ponerse de pie, le crujieron las rodillas. Se rascó la barriga desnuda. Necesitaba comer algo antes de acostarse. Y darse una ducha. Mientras caminaba por el puente de cuerda, recordó que los Antiguos estaban descargando desechos nuevos en el vertedero. Al día siguiente o al otro iría a ver si había algo útil. «Vete tú a saber», se dijo mientras el puente colgante oscilaba bajo sus pies.

Capítulo 3

Sin embargo, Vic tardó una semana más en regresar a los Desguaces. Si no hubiera conocido bien a su padre, habría sospechado que estaba manteniéndolo ocupado para impedir que volviera allí. La lista de cosas que necesitaban reparación o una puesta a punto no se acababa nunca. Papá le pedía que revisara los paneles solares, que vaciara los cubos de basura, que desobstruyera unas cañerías con el muelle desatascador, que desherbara el huerto trasero de la casa a nivel del suelo y que cosechara la fruta y la verdura antes de que empezara a pudrirse.

Vic obedecía sin rechistar. En cuanto fallara un solo un aspecto de su existencia, podía producirse un colapso sistémico total. Era una de las primeras cosas que papá le había enseñado.

El verano agonizaba. Las mañanas se habían vuelto frías, y las hojas de los árboles empezaban a teñirse de dorado y rojo al tiempo que sus bordes se cubrían de capas de escarcha. Los días eran cada vez más cortos, y el sol cada vez más débil. Vic suponía que ese año las nevadas llegarían antes de lo habitual.

—Detesto la nieve —masculló Rambo mientras aspiraba un montón de hierbajos que Vic le había tirado—. Me entra en el cuerpo y me da frío.

—Tú no puedes tener frío —dijo Ratched—. Eres incapaz de sentir nada de nada. —En su pantalla se dibujó una cara triste con una lágrima cayéndole de un ojo—. Debes de estar desconsolado por eso.

—Claro que puede sentir cosas —repuso Vic, intentando impedir que aquella discusión degenerara en otra debacle—. Yo lo construí así. Igual que a ti.

Rambo emitió un gorjeo de suficiencia mientras recogía más hierbas, succionándolas hacia su interior.

—Ja. ¿Lo ves? Lo sabía. —Soltó un pitido—. Ahí va. Estoy lleno. Necesito que me vacíes.

La enfermera Ratched lo levantó del suelo y extrajo el depósito,

que estaba hasta los topes de maleza arrancada. Tiró el contenido en un incinerador que estaba junto al huerto antes de volver a encajar el depósito de Rambo en su sitio y bajarlo al suelo.

—Solo lo dice para que te sientas mejor. Por otro lado, si su afirmación es cierta, eso da pie a una pregunta.

—¿Qué pregunta? —inquirió Rambo.

—La de por qué te hizo tan neurótico.

—¡No soy neurótico!

Ratched sacó un hierbajo del incinerador y lo dejó caer al suelo. Rambo se apresuró a recogerlo de nuevo.

—Neurótico —repitió ella con voz inexpresiva—. Tengo un remedio contra eso. ¿Quieres que te lo inyecte? La aguja es bastante grande y está diseñada para clavarse en lugares poco agradables.

—Nada de inyecciones —dijo Vic sin alzar la vista.

Ratched dejó escapar un sonido desdeñoso, casi como de burla.

—Hace mucho que no se me permite administrar inyecciones. Victor, pronto te toca inocularte. ¿Quieres que nos ocupemos de eso ahora mismo?

—Estoy bien así.

—¿Estarás bien cuando contraigas el escorbuto? Tengo el ácido ascórbico preparado.

—No voy a contraer el escorbuto.

—¿Se te han aflojado los dientes?

—No.

—Tienes la tez marrón.

—Siempre la he tenido así.

—¿Y los ojos saltones?

Vic creía que no, pero parpadeó varias veces para asegurarse.

—No.

Ratched emitió un runruneo y luego un pitido.

—Al parecer, además de escorbuto, padeces síntomas alucinatorios. Siempre has tenido los ojos saltones. Prepárate para la inyec... Anda, mira: una ardilla. Está rabiosa. Ven aquí, ardillita. Yo te curaré. Activando protocolo de empatía. Calma, calma, ardillita. No tienes nada que temer. Solo te dolerá durante treinta y siete coma seis minutos. Después te daré un premio por ser una ardilla tan buena. — La persiguió entre los árboles, mientras el animal chirriaba despavorido.

Como Vic no oía que Rambo se moviera, se volvió hacia él. El aspirador tenía los brazos desplegados y doblados en un ángulo extraño, con las pinzas frente a sus sensores.

—¿Va todo bien? —Aunque a lo largo de los años había aprendido a leer el estado de ánimo de sus amigos, aún le costaba un esfuerzo. Por fortuna, solían tenerle paciencia.

—Puedo sentir cosas, ¿verdad? —preguntó Rambo, abriendo y cerrando despacio las pinzas.

—Sí. Claro que sientes cosas. Ven aquí.

Rambo se le acercó, sorteando un montón de malas hierbas que aún no había aspirado. Se detuvo junto a Vic, que se agachó para acariciarle la tapa negra, deslizando los dedos sobre las letras borrosas.

—¿Sientes esto?

—Sí —respondió Rambo enseguida—. Me estás tocando con las manos.

—¿Y qué sensación te produce?

El robot vaciló por unos instantes.

—Una sensación de picor. Y cálida. Como si volviera a estar lleno de basura, pero como me acaban de vaciar, sé que no es posible.

—Eso es alegría —dijo Vic, aunque en el fondo no estaba seguro.

—Hala —dijo Rambo—. ¿En serio?

—Eso creo. Te pones alegre cuando estás lleno, porque sabes que has hecho un buen trabajo. Esto vendría a ser algo parecido.

Rambo alzó el brazo y le pellizcó con suavidad la muñeca a Vic.

—¿Has sentido eso?

—Sí.

—¿Y qué sensación te produce?

—Una sensación cálida. Y de picor.

—Como si estuvieras lleno de basura —susurró Rambo, asombrado.

—No, eso no es lo que... Yo no he dicho... —Vic sacudió la cabeza—. Sí, como si estuviera lleno de basura.

—¿Por qué nos sentimos así? —preguntó Rambo, tirándole de la piel.

—No lo sé —reconoció Vic—. Simplemente es lo que sentimos, supongo.

—Caray —dijo Rambo, soltándole la muñeca y extendiendo el

brazo detrás de sí para recoger unos hierbajos y ponérselos delante de la cara—. Toma. Métete esto en el compactador de la boca. A ver si también te produce un picor cálido.

—No pienso comerme eso.

Rambo soltó un breve pitido de perplejidad.

—Pero ¿por qué? ¿No quieres estar alegre?

Antes de que Vic pudiera responder, la enfermera Ratched regresó. Tenía las ruedas pringadas de sangre y mechones de pelo gris.

—La ardilla ha recibido su tratamiento —anunció, mientras en su pantalla aparecían las palabras «OTRO PACIENTE ATENDIDO CON ÉXITO»—. Ya no tiene la rabia y se ha ido a una granja en las montañas con otras ardillas, donde vivirá feliz para siempre. Desactivando protocolo de empatía. Me siento vacía por dentro.

—¿No será por tu sociopatía? —preguntó Rambo, nervioso, mientras Vic alzaba el rostro al cielo, rogándole a quien lo escuchara que le diera fuerzas para seguir adelante.

—Tal vez —dijo Ratched—. Tendré que llevar a cabo un autodiagnóstico para confirmároslo. ¿De qué estamos hablando?

—¡Vic está lleno de basura! —exclamó Rambo.

—En efecto —dijo Ratched—. Así es. Su afección no tiene cura.

Concluyeron su labor en el huerto a primera hora de la tarde. Los nabos y las judías tardarían más o menos una semana en estar listos para cosecharse. Los arándanos y las calabazas, lo mismo. Las demás hortalizas —brócolis, caquis, remolachas y calabacines— ya estaban, en su mayor parte, recogidas y guardadas en la cocina.

Papá se había encerrado en su laboratorio, donde pasaba casi todos sus días. Con un poco de suerte, no saldría hasta el anochecer.

Ratched y Rambo siguieron a Vic hasta su habitación, donde preparó el equipo necesario, lamentando haber perdido los empotradores la semana anterior. Quizá aún podía recuperarlos. Sería un rollo encontrarlos, pero, si no habían quedado aplastados, tendrían la batería lo bastante baja para empezar a emitir pitidos de aviso.

—¿Vamos a volver ahí? —inquirió Rambo con incredulidad—. ¡Pero si por poco nos matamos!

—Sin riesgo no hay recompensa —replicó Vic mientras enrollaba

una cuerda gruesa y fibrosa que luego guardó en el interior de Ratched.

—La recompensa es seguir enteros. —Tras una pausa, el aspirador agregó—: ¿Los robots van al cielo?

Vic parpadeó, descolocado por aquel giro brusco en la conversación.

—¿Qué? ¿De dónde has sacado...? —Se interrumpió—. *Sombrero de copa*. —Era una película que tenía cautivado a Rambo, aunque el disco estaba tan desgastado que la imagen se movía y saltaba casi todo el rato. Un hombre y una mujer bailaban, cantando que estaban en el cielo—. No lo sé, Rambo. Ni siquiera sé si el cielo existe.

—Ah. ¿Por qué no?

—Porque no es más que un cuento.

—Entonces ¿qué ocurre cuando dejamos de funcionar?

—Eso tampoco lo sé.

—Yo podría echarte una mano en eso —dijo Ratched—. Apenas habría gritos.

—Hoy no vamos a matar a nadie —le informó Vic.

—Eso díselo a la ardilla —repuso Ratched—. Ah, no, espera: no puedes. Porque está muerta.

—Ay, no —musitó Rambo—. ¿Y qué pasa con la granja?

—Te he mentido —dijo la enfermera—. La he matado pasándole por encima una y otra vez. Solo he dejado lo suficiente para que Vic se haga un estofado. ¿A que es divertido? Lo estoy pasando bomba.

Vic los guio hasta una entrada distinta a los Desguaces, por si los Antiguos seguían acechando en la zona donde habían estado la última vez. El vertedero se extendía varios kilómetros en todas direcciones. Aunque no lo había explorado a fondo, su padre y él lo habían cartografiado en la medida de lo posible.

Se detuvo a la orilla del bosque, donde la hierba cedía el paso a la tierra y la chatarra. El Antiguo más cercano parecía hallarse a casi medio kilómetro de distancia. Estaban de suerte.

—Ratched —dijo Vic—, abre la cuadrícula. Céntrate en el cuadrante 3B.

La pantalla de la enfermera se llenó de líneas verdes superpuestas

a un plano rudimentario de los Desguaces. Habían tardado años en rellenar el mapa tal como lo tenían, dividido en cuadrantes. La esquina más apartada estaba oscura. Nunca habían llegado tan lejos, pero no porque no lo hubieran intentado.

Los empotradores que se habían visto forzados a abandonar la semana anterior estaban en el cuadrante 6A. Por lo visto, los Antiguos estaban descargando material nuevo cerca del 3B. Con un poco de suerte, no necesitarían los empotradores, pues los montones no serían demasiado altos todavía, por lo que podrían empezar ahí y pasarse por el 6A de camino a casa para comprobar si quedaba algo que rescatar.

Cuando Ratched amplió el 3B, Vic estudió el mapa y elaboró un plan.

—Muy bien —dijo, dándole a Rambo un empujoncito con el pie por descuido—. ¿Cuáles son las normas?

—¡No separarnos! —dijo el aspirador.

—Huir si hace falta —dijo Ratched al tiempo que el plano desaparecía.

—¡No entretenernos!

—No taladrar a nadie —dijo la enfermera en un tono de profundo desánimo.

—¡Y, por encima de todo, ser valientes! —concluyó Rambo, con las luces de los sensores parpadeando de forma frenética.

—Ser valientes —repitió Vic por lo bajo.

Se abrieron paso por territorio conocido. Rambo iba tarareando mientras avanzaba junto a Vic. Ratched hacía un alto de vez en cuando con el fin de realizar observaciones nuevas e incorporarlas al trazado del mapa.

Cuando llegaron al cuadrante 3B, Vic se detuvo y contempló con el ceño fruncido lo que el Antiguo había descargado la semana anterior.

No se trataba de los retales habituales.

—¿Qué es esto? —preguntó Vic, acercándose. Le llevó un momento identificar las formas concretas en medio del revoltijo. No fue sino hasta que avistó un brazo metálico extendido cerca del suelo, con el dedo curvado como invitándolo a aproximarse, que reconoció

de qué estaba formado el montón.

Robots.

Androides.

Humanoides, pero no como papá. A estos les habían arrancado la piel, si es que alguna vez la habían tenido.

Todos estaban hechos pedazos: cabezas sin cuerpo, con las bombillas de las cuencas oculares apagadas; piernas, brazos y torsos; cables y componentes al descubierto, todos chamuscados. Les habían abierto en canal la cavidad torácica para sacarles las baterías y los acumuladores. Los habían destruido.

Aquello no era una montaña de chatarra, sino un cementerio.

—Esto no me gusta —dijo Rambo, inquieto—. Está mal. Mal, mal, mal.

Hasta la enfermera Ratched parecía turbada mientras llevaba a cabo un escaneo de los androides.

—No detecto fuentes de energía. Todas están... Un momento. —Se acercó, y el haz de su escáner se estrechó mientras lo enfocaba—. Ahí hay algo. Muy adentro, en el centro. Irradia energía, aunque está a punto de agotarse.

—¿Qué es? —preguntó Vic, colocándose a su lado. Experimentó una sensación fría cuando su bota entró en contacto con una pierna y un pie al que le faltaban dos dedos metálicos.

—No lo sé —dijo Ratched. La pantalla se le llenó de signos de interrogación cuando finalizó el escaneo.

—¿A qué profundidad se encuentra?

—A dos metros.

—Mantente ojo avizor, ¿de acuerdo?

—Sí.

Vic se dirigió hacia la pila de cuerpos de metal. Todo estaba demasiado tranquilo. Se respiraba un ambiente cargado y agobiante, y una gota de sudor le resbaló a Vic por la frente. Se la enjugó con la mano.

Empezó por examinar una cabeza. Pesaba más de lo que se esperaba. Los ojos estaban intactos, aunque las bombillas parecían fundidas, con el cristal empañado por el humo y el filamento ennegrecido. Le dio la vuelta al cráneo entre las manos. Le habían arrancado la parte posterior, y en su lugar había quedado un hueco de bordes irregulares. Estudió el rostro durante largo rato. Hacía tiempo

que no veía otra cara, aparte de la de papá, claro, y las versiones esquemáticas que Ratched mostraba en su pantalla. Rambo no tenía cara, aunque sus sensores y luces compensaban esta carencia. Pero aquel ser era distinto. No se parecía a él. En realidad, no se parecía a nadie. Vic no sabía cómo habría reaccionado si lo hubiera visto cuando aún vivía. Tal como estaban las cosas, le costaba mirar aquellos ojos sin vida.

Dejó la cabeza a un lado, intentando no pensar en que se le había erizado el vello de la nuca.

Después de eso, todo habría debido resultarle más fácil.

No fue así.

Apartó más cabezas. Brazos. Un torso demasiado pequeño para pertenecer a un androide de tamaño adulto. Robots de sexos distintos, algunos sin sexo. Aturdido, continuó escarbando en el montón, con la sangre rugiéndole en los oídos.

Había otras piezas que parecían salvables, pero por el momento no se centró en ellas. Si había algún tipo de batería aún activa ahí debajo, la necesitaban, sobre todo si, tal como parecía, aún le quedaba algo de carga. No podía darle la espalda a una fuente de energía, y menos aún teniéndola tan cerca. Quizá le serviría para crear otro corazón mecánico. Cuando una idea así se le metía en la mollera, se negaba a salir y se quedaba dando vueltas en su mente.

Cuando llevaba media hora metido en faena, se tomó un descanso y se sentó en el suelo. Vio que Ratched le tendía un brazo desechado a Rambo.

—Mucho gusto, señor —dijo con aquella voz extraña y monótona.

—Encantado de conocerla —respondió Rambo, levantando las pinzas para estrechar la mano.

La enfermera la dejó caer en el acto, por supuesto.

—Aaaaaaaah —dijo—. Me has descuajado el brazo. Me has matado. Por qué, Rambo, por qué.

El aspirador profirió un alarido de espanto.

—Ay, Señor, ay, Dios mío. ¿Qué he hecho? ¿En qué clase de monstruo me he convertido? —Lanzó con todas sus fuerzas el brazo, que salió despedido hacia arriba... y le cayó encima con gran estrépito, provocándole otro ataque de angustia.

—Ja, ja —dijo Ratched al tiempo que una cara sonriente ocupaba

toda su pantalla—. Era broma. En realidad el brazo no era mío. Sigo viva.

—No hagas eso —la reprendió Rambo—. Me has dado un susto. Me has hecho creer que era un asesino. ¡Los aspiradores no tienen permitido ser asesinos!

—Qué pena —comentó la enfermera mientras su pantalla se oscurecía—. Serías un buen asesino. No tan bueno como yo, pero bastante aceptable. —Una aureola envuelta en un resplandor dorado apareció en su pantalla—. Aunque no sería capaz de asesinar a nadie. Activando protocolo de empatía. Asesinar es malo, me haría sentir culpable, y no quiero sentirme culpable porque los sentimientos son dañinos para mi existencia.

—No dejes de repetirte eso —murmuró Vic mientras se levantaba del suelo con dificultad. Estiró los brazos por encima de la cabeza, y le crujió la espalda. Acto seguido, reanudó su tarea.

—Ya te falta poco —dijo la enfermera Ratched al cabo de otra media hora.

Él se detuvo un momento para contemplar los cuerpos y extremidades que lo rodeaban. Había excavado más o menos hasta la mitad del montículo. Notaba una opresión en el pecho, y respiraba con jadeos breves y rápidos.

—¿Todavía detectas la fuente de energía?

—Sí —dijo ella.

—¿Es un nuevo amiguito? —quiso saber Rambo.

—Tal vez —dijo Ratched—. O a lo mejor es una máquina aniquiladora decidida a llevarse por delante todo lo que encuentre a su paso.

—Ah —dijo Rambo, emitiendo un pitido de preocupación—. Prefiero la primera opción.

—Calculo que tienes un doce por ciento de probabilidades a tu favor. Y un ochenta por ciento en contra.

Rambo entrechocó las pinzas mientras hacía cuentas.

—¿Qué pasa con el ocho por ciento que falta?

—Hay un ocho por ciento de probabilidad de que la fuente de energía inicie una reacción en cadena y cause una explosión que arrase la zona circundante y de paso nos mate a todos.

—No va a saltar por los aires —le aseguró Vic a Rambo—. Ella no nos habría dejado llegar tan lejos si creyera de verdad que eso iba a

ocurrir.

—Eso es lo que quiero que penséis —dijo la enfermera, exhibiendo una calavera en su pantalla—. Habéis caído en mi trampa. Yo quería que llegarais así de lejos. Preparaos para morir. —La calavera se esfumó, y en su lugar aparecieron las palabras «¡NO OLVIDÉIS PUNTUAR MIS SERVICIOS! ¡UN 10 ESTARÍA GENIAL!».

Vic tardó más de lo que estaba dispuesto a reconocer en comprender que Ratched hablaba en broma. Se agachó para recoger otro torso de la pila.

—No te atreverías. Me echarías demasiado de menos. Te conozco...

Sin darle tiempo a reaccionar, una mano emergió bruscamente del montículo, lanzando trozos de metal en todas direcciones, y unos dedos se cerraron en torno a su muñeca. Lo aferraban con una fuerza brutal, no lo bastante poderosa para romperle los huesos, pero casi. La mano y el brazo estaban recubiertos de piel sintética, con algunos desgarrones que dejaban a la vista el metal y los cables que había debajo.

Vic intentó liberarse el brazo con un movimiento enérgico, pero la mano no lo soltaba. Tiró con todas sus energías, hundiendo los pies en el suelo, y el montón de hierros se desplazó. Por un momento, a Vic le pareció vislumbrar el destello de unos ojos.

—¡Suéltalo! —chilló Rambo, abalanzándose hacia delante y aporreando el brazo con las pinzas—. ¡Somos grandes y fuertes y aterradores, y te vamos a matar bien muerto!

Ratched se aproximó a Vic por detrás abriendo la trampilla, y uno de sus tentáculos surgió veloz como una víbora. Se enrolló en torno a la cintura del joven y empezó a tirar de él hacia atrás.

—Podría serrucharte el brazo —dijo—. Sería más fácil.

—De serruchar, nada —espetó Vic. Trató de romper los dedos que lo asían, pero eran demasiado resistentes. El montón se desplazó de nuevo cuando quedaron al descubierto unos cinco centímetros más del brazo.

Otro tentáculo brotó de repente y rodeó a Vic. La punta, crepitante de electricidad, se apretó contra el brazo. El efecto fue fulminante: la mano, presa de espasmos, abrió los dedos. Los pies de Vic patinaron en la tierra mientras Ratched lo apartaba a rastras. Rambo seguía golpeando el brazo, haciendo quiebros para esquivar

sus convulsiones.

—¡Muere! —gritaba—. ¡Muere, muere, muere!

Vic bajó la vista hacia su propio brazo. Los dedos mecánicos le habían cortado la circulación, dejando unas marcas blancas debajo de la piel.

La enfermera le soltó la cintura y el tentáculo se deslizó recogiéndose en su interior antes de que ella cerrara la trampilla.

—Rambo, por favor, aléjate del brazo peligroso. No sabemos si va unido a un cuerpo peligroso.

El aspirador interrumpió su ofensiva y se dio la vuelta para orientar sus sensores hacia ellos.

—¿O sea que podría haber algo más aparte del brazo? —inquirió con la voz aflautada—. ¿Por qué no me lo has advertido antes? —Se apresuró a esconderse tras las piernas de Vic, y le tiró del pantalón con las pinzas.

El brazo que sobresalía del montículo de hierros cayó laxo, pero sin dejar de retorcerse. El antebrazo estaba cubierto de un vello oscuro, bajo el que se entreveía una tez pálida y blanquecina. Los dedos eran gruesos y chatos, y la mano en sí, grande.

—¿Qué es? —preguntó Vic.

—No lo sé —dijo Ratched—. Quizá deberías dejarlo donde está. Si lo han desechado, por algo será: un fallo de funcionamiento, deterioro o una programación defectuosa. Resulta evidente que ya cumplió su propósito.

—Lo mismo dijiste de Rambo —señaló Vic, sin despegar los ojos de la mano.

—En efecto, y no me hiciste caso. Ya ves el resultado.

—El resultado es que estoy aquí —terció Rambo, sin salir de detrás de Vic.

—Como una infección parasitaria —dijo la enfermera—. Deberíamos... Victor, ¿qué haces?

Vic dio otro paso al frente.

—¿No quieres ver de qué se trata?

—No. La curiosidad mató al gato a fuerza de estrangularlo. Si te estrangula a ti, tal vez te rompa el hueso hioides y se te caiga la cabeza. —Lanzó un pitido, y las palabras «¡CONFÍA EN MÍ, SOY ENFERMERA!» aparecieron en su pantalla.

—A los demás los han despojado de la piel y de sus fuentes de

energía. ¿Por qué a este no? —Sentía que le iba a estallar la cabeza. El corazón le daba tumbos en el pecho. Aquello era algo nuevo y extraño. Un misterio. Una parte de él ansiaba dar media vuelta y salir por piernas, regresar a casa y cerrar su puerta con pestillo hasta que fuera capaz de actuar como si nada hubiera pasado. Otra parte de él le susurraba una y otra vez al oído: «¿Qué es, qué es, qué es?». Estaba obsesionado. Al fin y al cabo, había encontrado a la enfermera Ratched justo en ese lugar. Y también a Rambo. Y ahí estaba: otra máquina. Empezó a rondarle una idea tan extravagante como familiar: «¡A la tercera va la vencida!».

Avanzó otro paso, para su propia sorpresa, aunque le duró poco, pues, enterrada bajo el miedo, subyacía una empalagosa y pegajosa sensación de curiosidad. *Tenía* que descubrir qué era aquello. *Quería* saber qué significaba que estuviera ahí, de dónde procedía, qué era capaz de hacer. Victor Lawson era, entre otras cosas pero por encima de todo, un creador, y se hallaba ante algo que no comprendía.

Tras detenerse justo fuera del alcance de la mano, se puso en cuclillas.

El brazo presentaba un nivel de detalle extraordinario, mayor incluso que el de papá: los finos pelos del dorso de la mano y el antebrazo; las uñas, cada una con su medialuna blanca cerca de la cutícula; las líneas de la palma, que parecían formar un mapa. De no ser por los fragmentos de metal y los cables que se vislumbraban debajo, Vic habría creído que se trataba de un brazo humano. Cosa que habría sido imposible, por supuesto, pues los seres humanos no se adentraban tanto en el bosque.

Ni la mano ni el brazo se movían.

Vic esperó.

Nada.

—Hola —dijo al fin—. ¿Sigues ahí?

No obtuvo respuesta.

—¿Me oyes? No vamos a hacerte daño.

—Aunque podríamos si quisiéramos —puntualizó Ratched—. Conozco cinco mil setecientas veintiséis maneras de matar. No me obligues a demostrarte la número cuatrocientos noventa y dos. No te gustará un pelo la número cuatrocientos noventa y dos.

—¿Esa cuál era? —preguntó Rambo.

En su pantalla apareció una imagen innecesariamente explícita de

unos tentáculos colándose en lugares adonde jamás deberían entrar.

—Ah, vale —se apresuró a decir Rambo—. Ya me acuerdo. No le deseo a nadie la número cuatrocientos noventa y dos. —Subiendo la voz, añadió—: ¡Así que más vale que le hagas caso!

Vic abrió la boca para decirles que, en su opinión, estaba muerto. Se debatía entre el alivio y la desilusión.

Sin embargo, antes de que pudiera hablar, se oyó una voz áspera y cavernosa.

—A-a-atrévete. V-v-verás lo que pasa.

Vic se tambaleó hacia atrás. Se levantó una polvareda en torno a él cuando se impulsó con brazos y piernas para apartarse del montón de hierros. Rambo pegó un chillido estridente mientras la enfermera se arrojaba hacia delante y se interponía entre ellos y el brazo, bajo el que había sonado la voz, con una luz roja de alarma en la pantalla.

—¿Quién eres? —preguntó Ratched.

Silencio.

—¿Qué quieres?

Nada.

—Prepárate para recibir otra descarga en cinco, cuatro, tres, dos...

—C-c-como vuelvas a tocarme con esa c-cosa, te la arranco y te la meto hasta la g-g-garganta.

Algo se movió en el interior de la enfermera: se oyó un chirrido de engranajes seguido de un pitido grave y sonoro.

—Ha sido una amenaza real —dijo entonces—. Aunque carezco de garganta, mis sensores no detectan señales de engaño. Te creo. —Se volvió hacia Vic y Rambo—. Me cae bien —anunció, con la pantalla inundándose de un color azul claro y las palabras «¡Es un niño!».

Vic se frotó la cara con la mano.

—¿Qué es?

—No lo sé —dijo la enfermera—, pero al parecer tiene un fallo en la función del habla. El tartamudeo podría indicar diversos problemas, desde un virus hasta una avería en el módulo de voz del androide, según el tipo y el modelo. Por otro lado, a pesar de este defecto, la máquina sigue siendo capaz de lanzar amenazas mordaces que no conviene tomar a la ligera. ¿Podemos quedarnos con él?

—¡No! —exclamó Rambo—. ¿Y si nos lo llevamos a casa y finge

que le caemos bien y se queda con nosotros y estamos todos felices, pero resulta que esto forma parte de su plan y, cuando menos nos lo esperamos, nos asesina a todos mientras estamos en modo suspensión? —Rompió a pitar como loco—. Jamás superaría una traición tan grande.

Vic echó otra ojeada al brazo. La mano se contrajo despacio en un puño antes de relajarse de nuevo.

—Podríamos dejarlo aquí, por el momento. Averiguar el número del modelo y preguntarle a papá si sabe algo al respecto.

—Robot —dijo Ratched—. Identifícate.

—A t-t-tomar por culo.

La enfermera emitió un pitido.

—Por «a tomar por culo» no me viene nada. ¿Podrías reformular tu respuesta?

—Te m-mataré.

Un corazón grande y rosa se dibujó en la pantalla de Ratched.

—Por edad podría ser tu placa madre. Por favor, no coquetees conmigo si no vas en serio. —Efectuó otro escaneo del brazo y el montículo—. Tu fuente de energía se agota a toda mecha. La desactivación es inminente. ¿Quieres decir unas últimas palabras?

—A-ayúdame. S-s-sácame de a-a-a...

La mano se dobló.

Un pitido de advertencia brotó del montículo.

La mano se desplomó, inerte.

—Qué tristeza —dijo Ratched—. Atesoraré en mi corazón el tiempo que hemos pasado juntos. Nunca te olvidaré. Victor, deberíamos desguazarlo pieza a pieza para aprovechar sus restos como mejor nos parezca.

—¿Está muerto? —preguntó Vic.

—Su fuente de energía se ha agotado —dijo la enfermera—. Ya no está operativo. Continuará así a menos que lo recarguemos. Si no disponemos del material ni la capacidad para cargar la batería, ¿sabes qué pasará? Que seguirá muerto.

Vic se planteó la posibilidad de dejarlo ahí y olvidarse del asunto. Por otro lado, si de verdad quería hacerlo y ponía todo su empeño en ello, podía conseguirlo.

—Ayudadme a sacarlo —dijo.

Tardaron una hora más en desenterrar por completo el androide. Rambo se pasó la mitad del tiempo contento por acarrear desechos y la otra mitad lamentándose porque todos iban a morir. La enfermera Ratched permaneció callada casi todo el rato, examinando el androide a medida que quedaba al descubierto.

Lo habían construido masculino y fuerte. Yacía bocabajo cerca del suelo, sobre una capa de piezas, brazos, piernas y cabezas. Su ropa —un guardapolvo negro sobre un grueso jersey rojo y un pantalón negro— estaba hecha jirones. Una de las mangas del guardapolvo estaba vacía y aplanada. Le faltaba el brazo izquierdo. Le habían arrancado la otra manga. Tenía el cabello negro, corto y con unas espirales curiosas rapadas en los costados y la parte de atrás. En un pie llevaba una bota polvorienta. El otro —el izquierdo— brillaba por su ausencia. Daba la impresión de que se lo habían desencajado por la fuerza. Rambo prorrumpió en gritos de alegría cuando lo encontró metido en otra bota que hizo girar por encima de su cabeza. Le dio la vuelta para intentar extraer el pie, y pegó un graznido cuando los trozos de metal aplastado le llovieron encima.

—Es alto —dijo Ratched mientras retiraban los últimos residuos que le cubrían el pie—. No sabía que se fabricaban androides tan altos. —Parecía impresionada, algo impropio de ella.

Pero estaba en lo cierto. Vic medía cerca de metro ochenta, y aquel androide parecía sacarle varios centímetros. Además, pesaba bastante, por lo que el joven vaciló antes de intentar darle la vuelta.

—Echadme una mano. —Cuando la tela de la chaqueta le rozó la piel, dio un respingo, pues nunca había tocado una textura parecida.

Ratched desplegó sus tentáculos y los enrolló en torno al pecho y las caderas del androide. Comenzó a retraerlos al tiempo que Vic empujaba, con los músculos de los brazos al límite.

El androide rodó y cayó bocarriba con gran estrépito. Su único brazo le rebotó mustio sobre el pecho antes de ir a parar junto a su costado.

Parpadeando despacio, Vic contempló la máquina, forzándose a no apartar la mirada.

El androide tenía los ojos abiertos, ciegos y vidriosos, con el blanco surcado de líneas azules que semejaban relámpagos arqueados e inmóviles. Los iris eran de colores poco habituales, muy distintos de

los que Vic había visto: verdes y azules, con vetas grises en el derecho y motas marrones en el izquierdo. Le habían conferido el aspecto de un hombre mayor que él —de treinta y pocos años—, con pequeñas arrugas en torno a los ojos y surcos profundos a los lados de la boca. La piel sintética de su barbilla estaba rasgada, y el metal relucía debajo. A través de los labios entreabiertos se vislumbraban los dientes blancos y cuadrados. Una fina sombra de barba le cubría las mejillas y el contorno de la mandíbula con un nivel de detalle tan exquisito como extraño. Alguien se había esmerado mucho en darle a aquel androide la apariencia que tenía. Vic se preguntó qué había ocurrido para que el autómata acabara en los Desguaces, tan lejos de cualquier rastro de civilización.

Vic echó a andar de un lado a otro, sin saber qué hacer, hablando a trompicones.

—Deberíamos intentar... No sé... ¿Podríamos...? —Estaba sumido en la indecisión. Le costaba pensar con claridad. Dio un paso para atrás, luego otro hacia delante. Se acuclilló junto al androide, que permanecía inmóvil. Con cautela, Vic le hundió la punta de un dedo tembloroso en la mejilla antes de retirar la mano a toda prisa por si el androide estaba fingiendo.

Sin embargo, la piel tenía un tacto muy similar al de la tez humana. Era esponjosa y elástica, como la suya propia. Le recordaba a papá, no en sus rasgos concretos, sino porque se le parecía más que cualquier otra máquina que Vic hubiera visto.

—¿Qué ha sucedido? —murmuró—. ¿Por qué está en este estado?

—Lo han retirado de servicio —dijo Ratched, y procedió a barrer al autómata con el haz de su escáner, empezando por el pie y subiendo poco a poco—. Es la única explicación de que haya acabado aquí. Como yo. Como Rambo. O ha dejado de ser útil o ha quedado obsoleto porque han creado una nueva generación. —Su voz había adquirido un deje extraño: seguía siendo monótona y seca, pero en sus palabras se adivinaba un poso de algo más, aunque Vic no estaba seguro de si era dolor o rabia.

—No lo recuerdo —dijo Rambo, aferrándose aún a la bota como si de un tesoro se tratara—. Todo estaba negro y oscuro hasta que se hizo la luz porque Vic me devolvió a la vida.

—Es un modelo más antiguo —dictaminó la enfermera cuando

concluyó el reconocimiento—. Tiene por lo menos cien años. Victor, levántale la camiseta, quiero ver algo.

El aludido hizo lo que se le pedía, aunque le temblaba el pulso. Tiró del dobladillo de la camiseta del androide. Los bordes de sus pulgares rozaron la piel desnuda, cálida y con el grado justo de elasticidad. Quedaron al descubierto otros daños, aunque parecían menores. Salvo por el brazo que faltaba y el pie destruido, aparentemente estaba casi intacto.

En el lado derecho del pecho tenía una placa de metal muy similar a la de papá. Los números y letras estaban gastados o lijados, pero quedaban unos pocos que casi se podían leer. A Vic le pareció reconocer una H, una A y lo que parecía una P al final.

La luz del escáner destelló en el metal cuando la enfermera analizó la placa. Unos signos de interrogación aparecieron en su pantalla.

—Identificador específico desconocido. Punto de origen desconocido. Fecha de fabricación desconocida. —Tras un instante de silencio, añadió—: Creo que es una MILF.

Victor nunca había oído el término.

—¿Y eso qué significa?

—Son las siglas en inglés para «máquina con la que me gustaría fornicar».

Vic se quedó mirándola boquiabierto.

—Ja, ja —dijo ella—. Has picado. No deseo fornicar con nada, pues no experimento lujuria ni atracción. Era una broma. Sin embargo, basándome en mis conocimientos sobre rostros, diría que el suyo es el mejor con el que me he encontrado. ¿Por qué el tuyo no es tan simétrico?

—Qué curioso —gruñó Vic, bajando de nuevo la vista hacia el androide. A Ratched no le faltaba razón. No cabía duda de que poseía alguna... cualidad interesante que él no habría sabido explicar, lo que lo confundía aún más. Le dio unos toques en el pecho, justo por debajo de la placa de metal. El compartimento se abrió con un siseo.

La enfermera estaba en lo cierto. Se trataba de un modelo antiguo. Todo el espacio de su cavidad torácica estaba ocupado por una batería circular, algo que Vic no veía desde hacía mucho tiempo. Tenía los bordes corroídos y oxidados, y la carcasa agrietada.

—¿Veis su brazo por alguna parte? —preguntó Vic mientras

estudiaba la batería. Le dio un empujoncito que ocasionó que temblara ligeramente. Parecía a punto de caerse.

—Qué va —dijo Rambo, con la bota encima—. Pero hay un montón de brazos por aquí. ¡Elijamos uno para llevárnoslo! —Recogió uno del suelo—. Demasiado grande. —Lo dejó caer antes de agarrar otro—. Demasiado pequeño. Oye, ¿y si le pusiéramos una pierna en vez de un brazo, y luego le quitáramos el otro brazo y lo sustituyéramos también por una pierna? ¡Podría correr a toda pastilla!

—Interesante idea —dijo Ratched—. Podría darte caza mucho más deprisa y con toda seguridad acabaría devorándote. Me gusta cuando se te ocurren cosas así.

—¡Aj! —exclamó Rambo—. ¡No! ¡He cambiado de idea! No quiero que me devore una máquina asesina de cuatro piernas. ¡Anda! Este brazo podría servir. —Agitó en alto una extremidad metálica de modo que la mano lánguida se meneó como si saludara.

La enfermera la examinó de arriba abajo.

—A lo mejor encaja. Aunque no es su brazo, quizá resulte ser un recambio aceptable. Requiere reparaciones, pero el androide también. Yo ayudaré. Han transcurrido seis semanas, tres días y doce horas desde la última intervención quirúrgica que practiqué, y estoy desolada por ello. Debemos encontrar un pie también.

—¡Me pongo a ello! —dijo Rambo, escarbando de nuevo en torno a sí.

Vic se rascó la nuca.

—¿Crees que conseguiremos reanimarlo?

—Las probabilidades son muy bajas, Victor. No sé si es posible repararlo. Espero que sí, porque creo que estoy colada por él. O a lo mejor lo que quiero es dejarlo como un colador, no lo tengo claro. —El texto en su pantalla decía «LAS RELACIONES SON COMPLICADAS». Vic no lo entendía. Conocía el concepto y sabía lo que significaba estar colado por alguien, pero nunca lo había experimentado en su propia piel.

—¡He encontrado un pie! —dijo Rambo, regresando de donde había estado buscando.

La enfermera incorporó al androide con los tentáculos, lo que permitió que Vic le colocara una plancha grande de metal debajo. Ella volvió a tumbarlo encima antes de levantarle las piernas. Con un gruñido de esfuerzo, Vic empujó al autómata hacia atrás para que todo su cuerpo quedara sobre la chapa. Estaba a punto de apartarse

cuando a Ratched se le resbaló una de las piernas, que cayó pesadamente sobre su espalda. Él soltó un grito ahogado al herirse la mano con el canto de la plancha. Sintió un dolor intenso y punzante. Se quitó de encima la pierna sintética de un empujón antes de bajar la mirada.

Se había hecho un pequeño corte en la palma. Observó como el hilillo de sangre le bajaba por el brazo hasta llegar a la parte interior del codo, donde se formó una gota grande que cayó al suelo y salpicó la tierra.

Se tambaleó hacia atrás cuando, de pronto, todos los Antiguos dieron un bocinazo a la vez. El ruido retumbó por todos los Desguaces, ocasionando que todos los montículos de metal que los rodeaban se estremecieran y retemblaran. Gimoteando, Rambo se apresuró a parapetarse de nuevo detrás de Vic, aunque esta vez iba cargado con un brazo y aún llevaba la bota encima.

—¿Qué narices...? —susurró Vic, con los ojos desorbitados. Se volvió hacia la enfermera—. ¿Qué ha pasado? ¿Saben que estamos aquí?

—No —respondió ella—. No se mueven. El más cercano se encuentra más o menos un kilómetro al este, pero no parece estar aproximándose. Tampoco los demás. Todos se han... detenido, sin más.

—¿Por qué?

—No lo sé. Activando protocolo de empatía. Ay, madre. Te has hecho daño. Yo te curaré. Trae esa mano. —Él obedeció, aunque el sangrado empezaba a disminuir. Uno de los tentáculos de Ratched nebulizó una sustancia medicinal sobre la herida, lo que le arrancó a Vic una mueca de dolor—. Hale, hale. Casi hemos terminado. Eres muy buen chico. Valiente como tú solo. —Después de la bruma curativa, lo roció con agua para lavarle la sangre, que presentaba un tono más rosado al llegar al suelo—. No te harán falta puntos, mi bravo muchacho. —Apareció otro tentáculo, que le aplicó un fino vendaje en la mano—. Ya está. Lo has hecho muy bien. Estoy muy orgullosa de ti. Toma, una piruleta. —Se abrió una pequeña trampilla situada justo debajo de la pantalla—. Error. El dispensador de piruletas está vacío. Por favor, vuelve a llenarlo. —Mientras la trampilla se cerraba, un par de labios descomunales inundaron la pantalla al tiempo que ella emitía el sonido de un beso—. Bueno.

Todo arreglado. Desactivando protocolo de empatía. Si se te infecta la herida, te amputaré la mano a la altura de la muñeca. Me muero de ganas.

Vic flexionó la mano. El dolor ya estaba remitiendo.

—No creo que debamos preocuparnos por eso. Llevémoslo a casa.

—¿Y qué le decimos a Gio? —preguntó Rambo.

Vic bajó la vista hacia el aspirador.

—Por el momento, esto quedará entre nosotros, ¿de acuerdo? Solo hasta que sepa qué tenemos entre manos.

—¿Mentiras piadosas? —preguntó Rambo, nervioso.

Vic negó con la cabeza.

—Se lo contaremos, pero más tarde. —Quería demostrarle a su padre que era capaz de manejarse en situaciones inesperadas, incluso en aquella—. Tal vez no sea nada. No quiero preocuparlo sin motivo.

—Ah —dijo el aspirador—. ¿Y eso no es mentir?

—No. Es más bien... —titubeó, buscando las palabras adecuadas — reconocer el terreno antes de explorarlo.

—Es mentir —dijo Ratched—. Victor nos está pidiendo que mintamos.

Con un suspiro, Vic alzó el rostro al cielo.

—Vámonos de aquí antes de que los Antiguos se despierten.

Capítulo 4

Llegaron al laboratorio de Vic sin contratiempos. Papá estaba encerrado en la casa a nivel del suelo, trabajando.

—Encender luces —gruñó Vic, con gotas de sudor resbalándole por la cara.

Por encima de sus cabezas, una bombilla grande se iluminó.

Su laboratorio no era tan amplio ni imponente como el de su padre. A Giovanni le gustaba crear, mientras que a Vic le gustaba chapucear. Junto al tronco del árbol en el centro de la habitación había una mesa grande de metal que papá le había regalado por su decimosexto cumpleaños una vez terminado el laboratorio. Encima de ella, colgadas del techo por medio de unos ganchos largos y finos, había toda clase de herramientas: un cautín, una pistola de soldar, cuatro lupas de diferentes aumentos, un raspador de metales, unos alicates sacabocados, una pulidora y una taladradora magnética. Un tornillo de banco estaba fijado a un extremo de la mesa. Más allá, contra la pared del fondo, descansaba una sierra de cinta junto a un yunque y una curvadora de chapa. A la izquierda de la mesa había una hilera de ventanas con vistas al complejo de edificios. A la derecha, una pared cubierta de utensilios: martillos de todas las formas y tamaños, pinzas, taladros y decenas de brocas y un soplete que despedía chispas. Y, para trabajar la madera, había escoplos, gubias y cuchillos, acanaladores y cinceles triangulares. Sobre el banco que se encontraba debajo de las herramientas, había un torno para metales y una fresadora.

Vic las había utilizado todas en algún momento u otro. Había aprendido observando a su padre mientras este describía la función de cada instrumento. Giovanni lo había instruido desde pequeño, pues decía que los niños absorbían la información como esponjas, o al menos eso le habían contado. Se había puesto muy contento cuando Vic se había entregado al acto de crear, como si hubiera nacido para ello.

Rambo se acercó a las ventanas y cerró la persiana de lamas mientras Ratched y Vic levantaban al androide para colocarlo sobre la mesa. Cuando terminaron, el joven se apartó, llevándose las manos a la espalda.

—Cómo pesa —dijo con una mueca.

—En efecto —dijo la enfermera—. Casi ciento cuarenta kilos.

—¿Cuánto peso yo? —quiso saber Rambo.

—Poco más de dos —respondió Ratched.

—Ah. ¿Eso es bueno?

—Podría lanzarte muy lejos si quisiera, o sea que sí, es bueno.

Rambo se metió debajo de la mesa, refunfuñando que no quería que lo lanzaran. Vic notó que arrimaba una pinza a su pierna y le daba tironcitos. No era para reclamar su atención, sino una manera de calmarse. Curiosamente, también ayudó a Vic a centrarse.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Ratched.

Vic cerró los ojos e intentó aclararse las ideas.

—¿Victor?

—La batería —dijo, abriendo los ojos y dándose la vuelta—. ¿Habéis visto alguna parecida por aquí? Sabéis mejor que nadie lo que papá guarda en su laboratorio y en la casa a nivel del suelo.

Observó como la enfermera le levantaba la camiseta al androide y le abría la cavidad torácica. Cuando la examinó de nuevo, su pantalla mostró una imagen de la batería que comenzó a girar despacio.

—Realizando revisión de inventario. Revisando. Revisando. —Emitió un pitido—. Negativo. No he localizado un recambio adecuado.

Esto no le extrañó a Vic. Era un modelo obsoleto y, aunque papá tenía cierta debilidad por los artilugios viejos, aquello era una antigüedad más que otra cosa.

—¿Y en los Desguaces?

—No, no he visto ninguna batería en los Desguaces que pueda sustituir a esta.

El joven se reclinó contra el banco de trabajo.

—Bueno, bueno, bueno. —La frustración empezó a crecer en su interior, pero él se le resistió—. ¿Fuentes alternativas de energía?

—Rambo —dijo la enfermera—. Si estás dispuesto a sacrificarlo, estoy segura de que servirá como apaño temporal.

Rambo se asomó por debajo de la mesa.

—¿Has dicho que quieres sacrificarme?

—Correcto —respondió Ratched—. Eso he dicho.

—¡Protesto!

—Tomo nota. Se tomará en consideración tu protesta. Considerando. Considerando. Consideración concluida. —Su pantalla se iluminó con las palabras «PROTESTA DENEGADA. PREPÁRATE PARA EL SACRIFICIO».

—No vamos a sacrificarte —dijo Vic.

—Hoy —apostilló la enfermera Ratched en un tono siniestro. Luego, dirigiéndose a Vic, dijo—: Este androide es casi tan antiguo como yo, pero necesita mucha más energía. La batería está corroída, por lo que desaconsejo intentar cargarla. Explotaría y te acribillaría el cuerpo con metralla, lo que te provocaría la muerte. Si no me crees, adelante, haz la prueba. Yo miraré desde una distancia prudencial.

—Tiene que haber alguna manera —dijo Vic, a punto de estallar de rabia—. El androide no puede haber... A ver, estaba vivo. Vosotros sois testigos.

—Cierto —dijo la enfermera—. Pero no estás planteando las preguntas correctas.

—¿Qué debería preguntar, entonces?

—Si de verdad conviene que lo reanimes.

Vic frunció el ceño.

—¿Por qué lo dices?

—Si lo han retirado de servicio, por algo será. Estaba corrompido, defectuoso o averiado y no valía la pena repararlo. En otras palabras, era prescindible.

—Eso no significa que no debamos arreglarlo —dijo Vic. Le echó un vistazo al rostro del androide antes de apartar la mirada—. Todo merece una segunda oportunidad.

Ratched se quedó callada un momento.

—«Soñador», «idealista», «empático». Estas palabras te definen, y es una pena. Más te valdría ser una máquina. Qué absurdas son las emociones humanas. —La pantalla se le puso azul antes de apagarse —. Pero agradezco tu existencia. Me complace. ¿Qué pasa si encontramos el modo de repararlo y él intenta hacerte daño? ¿Cuento con tu permiso para destruirlo?

—Hala —dijo Rambo, debajo de la mesa—. Si pasa eso, quiero ayudar. —Hizo una pausa—. Pero solo cuando ya esté muerto, para

que no me pisotee ni me aplaste. ¡Pero sigo siendo valiente! —se apresuró a añadir.

—Necesito tiempo para pensar —dijo Vic—. Me...

Se oyeron unos golpes en la puerta del laboratorio.

A Vic se le desorbitaron los ojos.

—Victor —lo llamó papá desde fuera—. ¿Estás ahí?

—Ay, no —susurró Rambo—. Lo va a ver. ¿Qué hacemos? ¡¿Qué hacemos?!

—Distráelo —siseó Vic. Ratched estuvo a punto de pasarle por encima de los pies cuando se encaminó hacia la puerta. Vic recogió una lona grande y pesada que estaba plegada bajo el banco de trabajo.

—¿Sí? ¿Quién es? —preguntó la enfermera frente a la puerta.

—Giovanni —contestó papá, en tono desconcertado—. ¿Por qué lo preguntas?

—Solo quería cerciorarme —explicó Ratched mientras Vic tapaba al androide con la lona—. Toda precaución es poca.

—¿Está Victor ahí contigo?

—Sí —dijo la enfermera—. Se encuentra indispuesto en estos momentos.

—Em... Vale. ¿Por qué? ¿Qué está pasando?

Rambo agarró la parte de la lona que colgaba por el otro lado de la mesa y comenzó a tirar de ella como desesperado.

—Se está masturbando —dijo la enfermera.

Vic se atragantó.

—Sí —prosiguió Ratched—. Aunque Victor se identifica como asexual, resulta de lo más natural que quiera explorar esa maravilla que es el cuerpo humano. Yo me limito a observar para asegurarme de que lo haga de forma correcta. No aprietes tanto, Victor. Como no vayas con cuidado, te la arrancarás. —Se dio la vuelta para mostrarle su pantalla, en la que había un puño con el pulgar hacia arriba.

—Yo... —titubeó Vic—. No puedes... No estoy...

—No pasa nada —dijo la enfermera Ratched—. Todo el mundo lo hace. Bueno, eso no es del todo cierto. Rambo no lo hace. Giovanni, ¿tú te...?

—Ya volveré más tarde —se apresuró a atajarla papá—. Vosotros... seguid con lo vuestro, supongo.

—¿Lo ves? —dijo Ratched—. No hay ningún problema. Masturbarse es sano. A los hombres les ayuda a reducir el riesgo de

cáncer de próstata. Hay estudios que demuestran que los hombres que eyaculan veinte veces al mes en promedio son menos propensos a... Se ha ido. Uf. Por poco te pilla. De nada por echarte un cable. —La imagen de un recto con flechas que parpadeaban desapareció de su pantalla.

Vic estaba aturullado. Le temblaban las manos.

—¿Por qué has tenido que decir eso?

Ratched soltó un pitido.

—¿Lo de la masturbación? Porque soy enfermera, y estoy programada para informarme sobre determinados temas, como la masturbación o la gangrena.

—No hacía falta que le dijeras eso —espetó Vic, con la piel ardiendo. Un día, cuando tenía quince años, se había topado con el concepto del sexo y las prácticas sexuales en un libro. Como no entendía muy bien lo que había leído —estaba familiarizado con la idea de la procreación, pero en aquel pasaje concreto el acto lo realizaban dos hombres, al parecer por placer—, había consultado a la enfermera Ratched. Se había planteado acudir a su padre, pero solo de pensarlo, lo había acometido una sensación oleosa y pesada en el estómago revuelto. La enfermera le soltó una larga y enrevesada disertación (aderezada con fotografías y vídeos que le provocarían pesadillas a Vic durante los meses siguientes) y, cuando terminó, él estaba sudoroso, confundido y —según observó Ratched— sin el menor atisbo de excitación. El sexo parecía algo tan complicado, innecesario, pegajoso y embrollado que Vic no conseguía encontrarle la gracia.

No fue sino hasta que la enfermera le explicó que la sexualidad abarcaba un espectro que empezó a entenderlo mejor. Según ella, no era raro que algunas personas se identificaran como asexuales, o «ases», lo que significaba que no experimentaban el mismo tipo de atracción que otras personas. Algunos mantenían una actitud positiva respecto al sexo, otros sentían rechazo hacia él; ni unos ni otros estaban equivocados.

—¿O sea que no tengo un fallo de funcionamiento? —había preguntado Vic, inquieto, dándole vueltas en la cabeza a la palabra «asexual».

—Pues no —había respondido Ratched—. Yo tampoco experimento atracción sexual, y soy perfecta. Lo mismo podría decirse

de ti, salvando las distancias.

Pese a estar armado con este nuevo conocimiento, a Vic le incomodaba hablar de sexo o de autosatisfacción. Si le hubieran preguntado por qué, seguramente no habría sido capaz de explicarlo con claridad; solo sabía que el tema lo irritaba. Al decirle a papá que estaba masturbándose, la enfermera Ratched había traspasado una línea roja que él no sabía que estaba ahí.

Ella debió de intuirlo.

—Te pido disculpas, Victor. No era mi intención humillarte. Ten, coge una piruleta. Error. Error. El dispensador de piruletas está vacío. Por favor, vuelve a llenarlo.

—Solo... te pido que no se repita.

—No se repetirá. Ya que he estropeado el buen ambiente, quiero compensaros por ello. ¿Os apetece oír un chiste?

—¡Sí! —exclamó Rambo—. ¡Chiste, chiste, chiste!

—Estupendo. Marchando un chiste. ¿Por qué asesinó el robot a todo el mundo?

—Ni idea —dijo Rambo, girando como una peonza—. ¿Por qué?

—El robot asesinó a todo el mundo porque se le cruzaron los cables. Ja, ja. ¿Lo pilláis? Porque los robots tienen cables, pero la expresión «cruce de cables» indica también una locura transitoria.

Rambo dejó caer los brazos y redujo la velocidad de giro.

—No lo pillo.

—No te preocupes —le dijo Ratched—. Es humor intelectual de alto nivel. No es para todo el mundo. Probaré con otro. Acabo de llegar en un vuelo de duración considerable y, madre mía, tengo los servidores de procesamiento agotados...

—Basta —espetó Vic—. No sigas.

Ella obedeció.

El joven cerró los ojos, pugnando por recuperar el control. Le dolía la cabeza. No estaba enfadado, no exactamente, y aunque lo hubiera estado, no habría sabido contra quién descargar su ira, así que la interiorizó. Respiró hondo varias veces. Se le normalizó el pulso. El sudor empezó a enfriársele en la piel.

—Lo siento —dijo en voz baja, abriendo de nuevo los ojos—. No debería haberte gritado.

—Tranquilo —dijo ella—. No tiene importancia.

Él sacudió la cabeza.

—Sí que la tiene. Tú simplemente estabas... siendo tú misma. Gracias.

—No hay de qué, Victor.

—¿Estamos discutiendo? —preguntó Rambo con suavidad.

—No —dijo Vic—. Seguimos tan amigos.

Los sensores de Rambo destellaron de alivio.

—Menos mal. No me gusta cuando discutimos.

La enfermera se acercó de nuevo a la mesa sobre la que yacía el androide tapado con la lona, que apenas disimulaba la forma del cuerpo que estaba oculto debajo.

—No deberíamos pasar mucho más rato aquí esta noche. Eso solo llevaría a Gio a hacerse más preguntas.

—Mañana, entonces —dijo Vic con un gesto afirmativo—. Empezaremos mañana.

Encontraron a su padre en la casa de abajo, sentado en su butaca, con las manos entrelazadas sobre su vientre. La luz moribunda del atardecer se colaba a duras penas por la ventana del fondo. Papá soltó una risita cuando Rambo alzó los brazos para pedirle que lo aupara. Se agachó, levantó al aspirador y se lo puso en el regazo. Rambo se acomodó, recogiendo los brazos a los costados.

—¿Habéis tenido un día movidito? —preguntó Giovanni.

—Sí —dijo Ratched—. Mucho más de lo que esperábamos.

Vic agachó la vista.

—Yo no estaba... haciendo lo que ella ha dicho.

—Doy fe —aseguró ella—. Ha sido una broma de mal gusto, y pido disculpas por ello.

Papá asintió despacio.

—De todos modos, no tendría nada de malo, ¿sabes? Tu espacio es tuyo. En él puedes hacer lo que te plazca...

—¡Papá!

Se encogió de hombros.

—Solo digo que ya no eres un niño. Y que seas asexual no implica que no puedas tener preguntas sobre...

Vic soltó un gemido.

—¿Podemos dejar el tema, por favor?

—Está bien —dijo papá—. No volveré a sacarlo. Sé que estas cosas te hacen sentir incómodo.

—Muchas cosas le hacen sentir incómodo —aseveró la enfermera —. Es fascinante. No hay nadie como él en todo el mundo.

—No —convino papá en voz baja—. No creo que lo haya. — Sonriendo, miró a Vic de arriba abajo. La sonrisa se desvaneció cuando reparó en su mano vendada—. ¿Qué ha pasado?

Vic bajó la mirada. Se le había olvidado. Su mente se quedó paralizada, incapaz de inventar una excusa creíble.

—Un accidente de laboratorio —dijo Ratched—. De poca gravedad. Se ha hecho un corte en la palma con un cuchillo de trinchar. Le he administrado primeros auxilios. No ha necesitado puntos. No le quedará cicatriz.

Papá fijó la vista en Vic unos instantes más de lo que habría sido normal.

—¿Es eso cierto?

—Sí —masculló Vic—. Se me ha resbalado el cuchillo, eso es todo.

—¿Habéis estado en los Desguaces hoy?

El joven se rascó el cogote.

—No hemos... —Torció el gesto—. Solo un ratito. Hemos tenido cuidado.

—¿Habéis encontrado algo?

Con todo el dolor de su corazón, Victor mintió. Mintió porque no estaba seguro de cómo reaccionaría su padre. Mintió porque no sabía qué habían encontrado. Mintió porque no supo qué otra cosa hacer.

—No. Lo de siempre.

Su padre asintió con expresión de alivio.

—Mientras no te pongas en peligro...

—Hemos sido muy prudentes.

—Bien. Si no me equivoco, le toca a Rambo escoger la película de esta noche.

—*¡Sombrero de copa!* —gritó el aspirador, con las luces de los sensores encendiéndose y apagándose de emoción.

Papá se rio entre dientes.

—¿Otra vez? ¿Estás seguro? Tenemos muchas otras...

Rambo se puso a pegar botes.

—*¡Sombrero de copa! ¡Sombrero de copa! ¡Sombrero de copa!*

—Pues no se hable más: veremos *Sombrero de copa* —dijo papá, acariciándole la tapa a Rambo—. Enfermera Ratched, ¿puede ocuparse de ello? Vic, acércate una silla.

La silla de Vic, con su asiento raído y aplanado, no era tan espléndida como la butaca de su padre, y se le había quedado un poco pequeña con los años, pero le tenía tanto apego que no le importaba. Y, aunque estaba intrigado por el misterio que yacía arriba, a oscuras, se permitió el lujo de relajarse cuando el viejo televisor frente al que estaban sentados se encendió con un parpadeo.

Poco después, Jerry Travers llegaba a Londres, listo para protagonizar un espectáculo producido por Horace Hardwick. Cuando se ponía a bailar claqué en su habitación de hotel, despertaba a la adorable Dale Tremont, que irrumpía en su cuarto para quejarse del ruido. Como no podía ser de otra manera, Jerry se enamoraba perdidamente de ella al instante.

Rambo exhaló un suspiro, embelesado.

—Qué bonito —susurró mientras las imágenes en blanco y negro titilaban ante ellos.

—Sí, ¿verdad? —dijo papá, tarareando por lo bajo.

—¿Todas las películas antiguas eran así? —inquirió Ratched—. Nunca aparecen robots en ellas. Estamos más que infrarrepresentados.

—En aquella época no había máquinas como nosotros —explicó papá—. La humanidad..., en fin, aún estaba en pañales. —Se quedó con la mirada perdida—. No nos fabricaron a su imagen y semejanza, al menos al principio. Nuestros primeros ancestros eran máquinas grandes que consumían enormes cantidades de energía. Y, aunque todavía estaban muy verdes, los humanos aprendieron. Construyeron trenes, aviones y cohetes que viajaban al espacio.

—¿Qué pasó después? —preguntó Rambo, aunque ya conocía la respuesta, como todos los demás. Habían oído las historias de papá muchas veces.

—La humanidad estaba desorientada —dijo papá—. Y sola. Creo que ni siquiera eran conscientes de lo solos que estaban. Así que se pusieron manos a la obra de nuevo y construyeron máquinas que se parecían cada vez más a ellos. Pese a que vivían rodeados de sus numerosos semejantes, buscaban conectar con alguien más. Eran como dioses, en cierto modo, encumbrados por su poder creador. Primero estuvo el Hubble. Luego, el Discovery, la Curiosity, el Explorer, el

Endeavor y el Spirit. Los humanos les ponían nombres y los enviaban más allá de las estrellas en busca de esa conexión que tanto ansiaban.

—¿Por qué? —preguntó Ratched—. Me parece ilógico. ¿Por qué simplemente no hablaban entre ellos si se sentían solos?

—Eso hacían —dijo papá—. O por lo menos lo intentaban. Pero su odio era tan fuerte como su amor. Temían aquello que no entendían. Incluso mientras nos construían, ya estaban pensando en ir más allá. Y cuanto más lejos llegaban, menos control tenían. Se acusaron unos a otros de traidores. Envenenaron la tierra. Aún estaban a tiempo de cambiar de actitud, pero no lo hicieron. Su ira aumentó hasta estallar en llamas. Casi todos perecieron, pero nosotros pervivimos, porque nuestra carne no era como la suya. Ni nuestro cuerpo ni nuestra mente eran como los suyos. —Sacudió la cabeza—. A pesar de todo, los sigo queriendo. —Se volvió hacia Vic—. Gracias a todos sus defectos, nos crearon, nos dieron nombre, nos amaron.

—¿Cómo es que solo nos queda Vic? —inquirió Rambo.

—Porque somos muy afortunados —dijo papá, dándole unas palmaditas en la tapa.

—¿No nos hará saltar por los aires?

—No, no lo creo. —Papá sonrió—. Al menos a propósito. Mira, Rambo. *Heaven*.

Todos posaron la vista en el televisor. En la pantalla, Jerry Travers y Dale Tremont bailaban mejilla con mejilla.

Vic se retiró antes de que terminara la película, alegando que tenía hambre y estaba cansado. Antes de que saliera de la casa, su padre lo tomó de la mano herida y se la llevó a los labios para besarle los dedos.

—Has estado muy callado esta noche.

—Estaba pensando.

—¿En qué?

Vic se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Estaré aquí si me necesitas. Siempre.

—Lo sé. —Vic apartó la mano—. Buenas noches.

Se encaminó hacia el ascensor y contempló las estrellas mientras

se elevaba por entre las copas de los árboles. Empezaban a formarse nubes espesas sobre el horizonte.

Su intención era hacer justo lo que había dicho: ir a la cocina, comer algo y acostarse. Estaba extenuado.

Sin embargo, se sorprendió a sí mismo parado frente a la puerta de su laboratorio, con la mano en el pomo. Aguzó el oído. Al no percibir sonido alguno, abrió la puerta y encendió la luz.

El androide seguía tapado con la lona. No se había movido.

Después de cerrar la puerta a su espalda, Vic se reclinó en ella y le dio varios golpecitos con la parte posterior de la cabeza.

—Hola —dijo.

No obtuvo respuesta.

—¿Cómo te llamas?

Nada.

—¿Qué te ha pasado?

Su silencio le molestaba por razones que no habría sabido explicar. En realidad no tenía interés en que esa cosa —¿él?— le contestara. No demasiado. Y, sin embargo, ahí estaba, hablándole a la máquina inerte como si esperara una respuesta.

Con la mano temblorosa, le apretó la mejilla y observó como se hundía ligeramente la piel mientras la barba de pocos días le raspaba la yema del dedo. Le agarró la punta de la nariz y la meneó de un lado a otro. Le tocó la frente, los pómulos, la línea de la mandíbula.

Vic se inclinó hacia delante hasta que su cara quedó a solo unos centímetros de la del androide, y estudió los rasgones en la piel sintética.

Su padre le había explicado el concepto de espacio personal, pero ahí, sin nadie que lo viera, Vic le tiró del cabello al autómata y deslizó los dedos por las espirales rapadas que tenía a los lados. Le oprimió las orejas con los dedos y levantó con cuidado los lóbulos despegados.

—Qué extraño —dijo—. Eres de lo más extraño. ¿Alguna parte de ti está soñando, ahí dentro? Tu batería está muerta, pero ¿de verdad te has ido del todo?

El androide mantenía la mirada fija en el techo. Vic le tocó el blanco de los ojos. Era de algún tipo de cristal, pero con distintos colores en su interior. Ese fenómeno tenía un nombre. Vic tardó unos momentos en recordarlo.

Heterocromía.

—Te arreglaré —prometió—. No sé cómo, pero lo haré.

Volvió a tapar el rostro del androide con la lona antes de dirigirse hacia la puerta. Se detuvo, con la mano en el interruptor.

—Buenas noches —dijo, sin mirar atrás.

Capítulo 5

Vic empezó por el pie.

El recambio que Rambo había encontrado en los Desguaces era ligeramente más pequeño que el que aún llevaba acoplado el androide, pero encajaba. Las junturas quedaban alineadas con el tobillo y, aunque tuvieron que hacer algún que otro apaño, consiguieron ajustarlo con un esfuerzo mínimo. Mientras él sujetaba el pie entre las manos enguantadas, Ratched extendió un tentáculo cuya punta se estrechó hasta convertirse en una fina aguja.

—¿Listo? —preguntó la enfermera.

—Listo.

—Inicio el procedimiento —dijo ella mientras aplicaba la punta del tentáculo cerca de la juntura exterior del tobillo. Su pantalla se iluminó con las palabras «¡Es LA HORA DE LOS LÁSERES!»—. Tres, dos, uno. Fuego. —Pese a que llevaba gafas de protección, Vic entornó los ojos para protegerse del intenso rayo de luz que surgió del extremo del tentáculo. Las chispas llovían en torno a ellos y se extinguían con un siseo al llegar al suelo. La luz se apagó. El olor a metal chamuscado inundó el laboratorio—. Excelente. Soy una *crack*.

Terminaron a primera hora de la tarde. Vic se apartó para dejar que Ratched inspeccionara su obra. Emitiendo pitidos suaves, ella recorrió el pie con el haz de su escáner.

—¿Y bien? —preguntó él cuando ella retrocedió.

—Creo que funcionará. O eso, o no hemos conseguido nada útil y hemos desperdiciado la mañana.

Vic la miró con mala cara.

—¡Hurra! —exclamó Rambo.

Una tarde —hacía cinco días que habían descubierto el androide— consiguieron acoplar con éxito el brazo de repuesto, y Ratched comenzó a realizar pruebas para comprobar que el cableado fuera

correcto. Vic la observó mientras enviaba corrientes eléctricas de baja intensidad por el cuerpo del autómata, provocándole pequeñas convulsiones.

—¿Va bien? —preguntó.

—Va bien —dijo ella—. Muy bien. Viento en popa, de hecho.

Por la noche, todos se juntaron, como de costumbre. A veces escuchaban música, y a veces veían películas, aunque su colección era reducida y se las sabían todas de memoria. Leían. Atendían a los relatos de papá sobre grandes máquinas que perforaban montañas y ciudades subterráneas; unos vehículos llamados dirigibles que surcaban el cielo y parecían prefigurar un futuro que nunca había llegado.

Cuando echó a andar hacia su cuarto con paso cansino, Vic estaba agotado, pero sus pensamientos volvían una y otra vez al laboratorio.

Una vez concluidas las reparaciones mayores del brazo y el pie, se centraron en el resto del cuerpo. Dejaron los agujeros y desgarrones en la piel sintética para después. Aunque carecían de los medios necesarios para regenerar la piel, Vic tenía algunas ideas sobre cómo cubrir las heridas abiertas para proteger el delicado mecanismo que había debajo. Cuando llegaron a la cintura, se detuvo, pues no estaba seguro de cómo continuar.

—¿A qué esperas? —preguntó la enfermera Ratched—. Quítale los pantalones.

Vic se mordisqueó el labio inferior.

—¿Seguro que tenemos que...?

—Sí —dijo ella—. Hay que llevar a cabo un diagnóstico completo. ¿Por qué has parado? Se te ha acelerado el pulso. Tienes la piel congestionada. ¿Necesitas un descanso?

Él negó con la cabeza, esforzándose por encontrar las palabras adecuadas.

—Es que...

—Aaah —dijo Rambo—. ¿Te da miedo su pene?

Vic desvió la vista, tragando en seco.

—No seas bobo —dijo Ratched—. Dudo que disponga de órganos

reproductores. No parece tratarse de un androide diseñado para el placer sexual, y no tiene necesidad de expeler orina o materia fecal, como tú. Gio está desprovisto de pene y de ano.

Vic la fulminó con la mirada.

—No me hacía falta saber eso.

—¿Por qué no? Es la verdad. Tú eres el único que tiene genitales aquí. No hay por qué temerlos, ni tampoco su ausencia. Cada uno es como es.

—¿Yo tengo ano? —preguntó Rambo.

—No —dijo Ratched—, pero eres tonto del culo.

Rambo soltó un pitido de perplejidad.

—¿Cómo puedo ser tonto de algo que no tengo?

—Eres un aspirador paradójico.

—Vaya —dijo Rambo—. Me gusta aprender cosas nuevas.

Vic bajó la vista hacia el androide. Le habían quitado la camiseta un par de días antes. Tenía el pecho liso y la piel tirante en las partes donde no estaba dañada. Al igual que papá, carecía de pezones y de ombligo. Llevaba la cintura del pantalón muy baja, y Vic apartó la mirada de nuevo. Sentía una incomodidad que nunca había experimentado antes. No habría sabido describirla. Era una sensación ambigua, una presión extraña en la parte de atrás de la cabeza.

—Ya me ocupo yo —se ofreció la enfermera—. Victor, si lo prefieres, puedes darte la vuelta o salir del laboratorio. Puedo continuar yo sola y avisarte cuando haya terminado.

Vic tragó con dificultad.

—No. Ya hemos llegado hasta aquí.

Desprender el pantalón fue una tarea trabajosa. Ratched quería cortárselos, pero Vic dudaba que tuvieran una prenda que le entrara al androide cuando se despertara..., si despertaba alguna vez. Consiguieron arrancárselo sin romperlo. A Vic, que miraba para otro lado en todo momento, lo invadió un alivio extraño cuando el pantalón al fin cayó al suelo, lo que le brindó una excusa para doblarlo y colocarlo junto con la camiseta y el guardapolvo que le habían quitado antes.

—Tal como me imaginaba —comentó Ratched—. No hay órganos reproductores, pero sí una pequeña zona abultada cerca de la entrepierna. Reanudo las pruebas.

Vic se quedó de cara al banco de trabajo, aferrándose a los lados

con las manos. Se armó de valor para echar un solo vistazo hacia atrás, justo a tiempo para ver que las caderas daban una ligera sacudida a causa de una descarga aplicada por la enfermera. Ella estaba en lo cierto: el autómata carecía de órganos reproductores. La pálida piel era tersa, aunque en efecto tenía una ligera prominencia cerca de la ingle. Vic no sabía si su propósito era denotar la masculinidad del androide. No parecía presentar daños en la piel, lo que lo llenó de alivio por no tener que arreglar eso también.

—Bueno —dijo Ratched al fin—. He terminado. Rambo, ayúdame con la lona. Tápalo hasta la cadera. —Oyó que los dos se movían detrás de él, desplegando la tela de nuevo—. Ya está.

Vic se dio la vuelta. La lona cubría las piernas y la ingle del androide.

—¿Y bien?

En la pantalla de la enfermera apareció un esquema del autómata en un tono verde apagado, que giraba despacio de delante hacia atrás. La imagen hizo *zoom* sobre el brazo que habían reparado.

—No tendrá tanta fuerza aquí como antes. —Se desplazó hasta el pie—. Tampoco aquí. No son las piezas que venían de serie. Dudo que su cuerpo las rechace, pero si algún día encontramos recambios que pertenezcan a un autómata de una marca y modelo parecidos, debemos considerar la posibilidad de reemplazarlas. —A continuación, el encuadre ascendió hasta el cuello del androide—. Tiene dañado el módulo de voz. Por eso tartamudeaba en los Desguaces. No considero recomendable que intentemos repararlo, pues creo que no poseemos los conocimientos ni los medios necesarios. Para ello tendríamos que acceder a su biochip, que imita miles de reacciones bioquímicas. Si lo hiciéramos, correríamos el riesgo de causarle daños permanentes. Podría perder la voz para siempre, o sufrir una secuela aún peor. —La imagen se alejó para mostrar el cuerpo entero. Unos círculos rojos rodearon las abrasiones de la piel—. Podemos suturar algunas rasgaduras. La dermis sintética debería regenerarse. Sin embargo, los desgarrones más grandes de la mejilla y el pecho, así como la desnudez absoluta del brazo y el pie me parecen preocupantes. El mecanismo interno del androide es delicado. Si no está cubierto, puede dañarse. —El encuadre se desplazó de nuevo, esta vez para enfocar el pecho—. La batería no tiene arreglo. Todo intento de repararla podría acarrear lesiones o la muerte. Necesitamos una fuente

alternativa de energía. He revisado de nuevo el inventario de la casa a nivel del suelo. En estos momentos, no disponemos de ningún recambio adecuado. Quizá haya algo en los Desguaces, aunque sospecho que, de ser así, ya lo habríamos encontrado.

Era algo que convenía tener en cuenta, aunque a Vic le daba respeto adentrarse en los Desguaces, sobre todo estando los Antiguos de patrulla. No quería acabar atrapado al otro lado sin una vía de escape clara. Rambo había conseguido levantar un mapa de la zona de los Desguaces que habían explorado, pero había sido un proceso largo.

—¿Tienes algo más que decirme?

—Sí. Tal vez lo más importante.

Vic se inclinó hacia delante, impaciente.

—¿Qué?

—Que te quiero —dijo Ratched—. Ja, ja. Era otra broma. No soy capaz de sentir amor. Y no es porque sea la exenfermera modelo Seis-Diez-JQN serie Alfa, sino porque carezco de conciencia y muestro un comportamiento antisocial extremo. Por ejemplo, no me importaría nada que tiráramos a este androide a la basura y nos olvidáramos de él, pese a que llevamos días reparándolo. —En su pantalla se leían las palabras «QUE PASES UN DÍA DIVINO».

—No vamos a tirarlo.

—¡Porque es nuestro amigo! —exclamó Rambo—. Nuestro amigo muerto y bien muerto.

Vic asintió.

—Siempre podemos volver a los Desguaces si hace falta. Hasta es posible que los Antiguos hayan descargado material nuevo desde la última vez que estuvimos ahí. Por el momento, céntrate en remendar todos los rasgones que puedas.

—¿Y qué hacemos con el brazo y el pie? —preguntó Rambo.

—Se me ha ocurrido una idea —dijo Vic, mirando al androide.

La enfermera Ratched cauterizó las rasgaduras más pequeñas para cerrarlas, tensando mucho la piel. En cuanto a las heridas de mayor tamaño —una en el rostro, otra en la espalda y dos en el pecho—, las dejó sin tratar. Vic le pidió que midiera los agujeros que quedaban, además de examinar el pie y el brazo. Ella le mostró las medidas en su

pantalla, junto con imágenes del pie y el brazo que giraban lentamente.

—No se pueden recubrir los recambios con un baño metálico —dijo—. No es fácil de moldear, y su cuerpo podría rechazarlo. Además, quedaría poco estiloso.

—Lo sé —dijo él, agachándose para meterse debajo del banco de trabajo. En un rincón había un baúl grande. Pesaba más de lo que recordaba. Tiró de él con un gruñido, y Rambo se acercó por el otro lado y comenzó a empujarlo, forzando el motor, para ayudar a Victor a sacarlo.

—Gracias.

—Te he echado un cable, un cable, un cable —dijo el aspirador alegremente.

Vic abrió el arcón. En el interior, apiladas con cuidado, había unas tablas de bubinga.

—¿Qué es eso? —inquirió la enfermera, tocando la madera con la punta de un tentáculo—. No conozco este material. ¿De dónde lo has sacado?

—De los Desguaces —murmuró Vic, extrayendo las tablas con delicadeza y colocándolas sobre el banco de trabajo.

—No recuerdo el momento en que lo recogiste —dijo ella en tono acusador.

Él torció el gesto.

—Estabas... ocupada. Con papá. Fui yo solo.

—Mal hecho. Es más seguro ir acompañado.

—Todo salió bien. Aún no le había encontrado una utilidad, pero creo que podría servir ahora.

Ella se dirigió hacia el banco y analizó la madera con el escáner.

—¿Qué piensas hacer con ella? —Emitió un pitido, y luego otro —. Quieres tallarla. Usarla para cubrir sus partes desprotegidas.

—¿Crees que servirá?

—No lo sé. Desde luego, se trata de una solución muy poco convencional. Eso lo convertiría en una especie de títere. De marioneta.

Él la miró.

—¿A qué te refieres?

—Lo crearon por una razón. Como a todos nosotros. Tenemos un propósito que dicta nuestros actos. A Rambo lo fabricaron para

limpiar.

El aludido giró una de sus pinzas y extendió la punta hacia arriba en un gesto de aprobación.

—Y a limpiar no hay quien me gane. Creo.

—A mí me fabricaron para cuidar, curar, educar y taladrar —dijo la enfermera—, aunque últimamente se aprecia un claro déficit de taladrados. A Gio lo crearon para crear. Su procesador central es mucho mayor que el de cualquiera de nosotros.

—¿Y yo para qué fui creado? —preguntó Vic, preso de una súbita curiosidad.

Se hizo el silencio.

Alzó la vista hacia la enfermera Ratched. Tenía la pantalla en blanco.

—¿Me has oído?

—Sí —dijo ella—. Te he oído. Estoy pensando. Sigo pensando. Ya casi estoy. Vale. He determinado para qué fuiste creado.

—¿Para qué?

—Para aportar felicidad. Estás vivo en un sentido en que nosotros no lo estamos. Eres blando y vulnerable. Pero eres complejo, inquietante y, en ocasiones, demuestras una brillante insensatez. Sí, creo que la madera servirá.

—¿De verdad piensas eso? —preguntó Vic, absurdamente conmovido.

—Sí, de verdad pienso que la madera servirá.

—Gracias.

Ella le dio un golpecito en la rodilla con su banda de rodadura.

—Y también algunas otras cosas que he dicho. Pero ya basta de hablar de sentimientos que no tengo ni por asomo. No sirven para nada. Te ayudaré con la madera. Habrá que taladrarla, y nadie mejor que yo para eso.

Fuera, los días se acortaban y el aire empezaba a refrescar. Las hojas se tiñeron de ardientes tonos dorados y rojos. El suelo amanecía cubierto de escarcha casi todos los días, y el aliento de Vic se condensaba en volutas blancas. Había tenido que sacar su viejo abrigo del fondo del armario. Aunque las mangas eran demasiado cortas, le

gustaba el tacto de la tela en la piel.

Una tarde tranquila, Vic se agachó sobre la cabeza del androide con la lupa delante del rostro, la lengua asomando entre los dientes y el pulso firme. La madera encajaba casi a la perfección. La sujetó mientras Ratched la unía a la piel por medio del láser. Exhaló un hondo suspiro cuando ella terminó y soltó la tabla. Apartó la lupa.

—¿Qué te parece?

—Arrebatador —dijo la enfermera—. Como salido de un sueño. Al menos eso creo. Nunca he soñado, así que no estoy segura.

Vic frotó la madera con la punta del dedo. Lo cierto es que sí que le confería al rostro del androide un aspecto arrebatador, añadiéndole una dimensión que él no había contemplado. Le provocaba nerviosismo e inseguridad, a pesar de su satisfacción por una labor bien hecha.

Acto seguido, encajaron las piezas más grandes en la espalda y el pecho. Esta última les costó un poco, pues tuvieron que asegurarse de que no obstruyera el compartimento de la batería. Abrieron y cerraron la portezuela en cada etapa del ajuste para cerciorarse de que el pestillo no se trabara en la madera.

Al final de la última semana, armaron el brazo, acoplando una junta en forma de anillo a cada articulación de los dedos antes de pasar al antebrazo y el bíceps.

Una vez que se aclararon con el montaje del brazo, ensamblar la pierna les resultó más sencillo. El muslo constaba de dos piezas, una superior y otra inferior, y lo mismo ocurría con la canilla. El talón, torneado y pulido, había estado en remojo en líquido endurecedor para evitar que se agrietara. Vic se maravilló ante el grado de detalle. Ratched había estimado conveniente tallar uñas en los dedos de los pies. Él colocó cada uno de ellos en su sitio, con cuidado de no romper las piezas. Mientras los sujetaba con la yema de los dedos, la enfermera los soldó al pie. Él notaba el calor del láser en la piel a través de los gruesos guantes que llevaba.

—Listo —dijo ella el decimoquinto día desde que habían encontrado el androide—. Con esto ya estaría.

Vic levantó la mirada hacia ella desde el extremo de la mesa frente al que estaba acuclillado.

—¿Ya está? ¿Hemos terminado?

—Así es. Aparte de instalar una fuente de energía, no nos queda

nada por hacer.

Él se enderezó despacio y le crujieron las rodillas. Rambo se alzó sobre su elevador, con las luces de los sensores parpadeando cerca de la cabeza del autómata.

—Huala —jadeó—. Cómo mola. Parece un pirata. ¿Podemos quitarle un ojo y ponerle un parche?

—Sí —dijo Ratched—. Buena idea. Ya extraeré el ojo yo misma.

—No —se apresuró a decir Vic—. No vamos a sacarle el ojo.

—Jo —protestó Rambo—. Nunca hacemos lo que yo quiero.

Vic posó la vista en el androide, con el corazón latiéndole a toda velocidad, como el de un conejo.

—¿Creéis que le gustará?

—No lo sé —dijo la enfermera—, pero sin una fuente energética, tanto da. Si no conseguimos encontrar una batería nueva, tal vez podamos usarlo como macetero.

Vic suspiró, frotándose la cara con la mano.

—Ya se nos ocurrirá algo. —Bostezó, con un crujido de la mandíbula—. Después de tantos esfuerzos, no podemos abandonar.

—¿Por qué te importa tanto? —quiso saber Rambo.

Vic lo miró, parpadeando.

—¿A qué te refieres?

—Tú lo encontraste —dijo el aspirador— y estás intentando arreglarlo. Hiciste lo mismo con la enfermera Ratched y conmigo. ¿Por qué?

Vic se encogió de hombros, incómodo.

—No sé. Simplemente...

Ratched emitió un pitido.

—Es por lo que dice Gio. Busca una conexión, para que el espacio que nos separa no parezca tan grande.

—¿Vas a conectar con él? —preguntó Rambo.

El joven notó que le ardían las mejillas.

—Eso no es... Mi intención no es... —Cerró los ojos y se obligó a tranquilizarse con respiraciones profundas—. Solo quiero mejorar su situación. Tú lo merecías. También la enfermera Ratched. Y él. Si podemos arreglar lo que está roto, debemos intentarlo siempre.

—¿Por qué? —inquirió Rambo.

Vic eligió sus palabras con cuidado para intentar formularlas en el orden adecuado.

—Porque todos los seres merecen la oportunidad de saber cómo puede ser su vida cuando no tienen que servir a otros.

—Tenemos una finalidad que va más allá de nuestra programación de fábrica —dijo la enfermera Ratched—. Tal vez este sea también su caso, aunque lo dudo mucho.

—Pero estamos al servicio de Vic —observó Rambo.

Vic negó con la cabeza.

—No estáis a mi servicio. Sois mis amigos. Nos ayudamos unos a otros. No es lo mismo.

—Ah —dijo el aspirador—. Como cuando me animas a ser valiente, ¿no?

—Más o menos. A ti no te pasa nada malo. Ya no. Y si alguna vez te sucediera algo, me dejaría la piel por repararte. Sé que tú harías lo mismo por mí.

—Yo también —dijo Ratched—. Me ofrecería voluntaria porque hace demasiado tiempo que no veo un corazón humano al descubierto. ¿Y si nos dejamos de palabrería y nos ponemos manos a la obra? —En su pantalla apareció el texto «A MENOS QUE SE TE HAYA ENCOGIDO EL CORAZÓN SOLO DE PENSARLO».

De pronto, ahí estaba: un pajarillo en un rincón de la mente de Vic. Sin embargo, esta vez no se alejó volando. Batió las alas, pero se quedó donde estaba. Una idea. Un punto de partida. Tal vez podía...

El pájaro se puso a cantar, y Vic lo escuchó.

Capítulo 6

Durante años, Victor Lawson tuvo dificultades para poner en orden sus emociones. Su padre no las experimentaba como él, por lo que le costaba explicar por qué se sentía contento, triste o enfadado. Su conciencia de sí mismo aumentó con los años, pero el lenguaje, los sentimientos y la fuerza que encerraban —en ocasiones— seguían escapando a su control.

Un día, cuando contaba doce años, rompió uno de los mazos de su padre y se pasó los tres días siguientes debatiéndose entre la rabia y la tristeza, furioso consigo mismo y con su padre por razones que no entendía del todo, y desolado por lo que había hecho. Giovanni había intentado explicarle que no era grave, que tenía fácil arreglo, pero Vic solo podía pensar que estaba roto y que había sido culpa suya.

Afirmar que había mejorado en este aspecto con la edad no sería del todo exacto. Si bien los detalles más nimios aún lo sumían a veces en una espiral de negatividad, había aprendido a controlar mejor los cambios de humor. Aunque podía reaccionar con brusquedad extraordinaria cuando se disgustaba, siempre pedía disculpas después. Entendía los conceptos de culpa y responsabilidad. No le eran ajenos en absoluto. El problema era que los interiorizaba, pues no encontraba las palabras adecuadas para expresar lo que sentía. Con frecuencia, se le quedaban en la punta de la lengua, se le secaba la boca y se le cerraba la garganta mientras los pensamientos se le agolpaban y arremolinaban en la cabeza.

«No te preocupes —le decía su padre cuando ocurría esto—. Respira, Vic. Concéntrate solo en respirar. Tómatelo con calma. Ya se te pasará».

A veces daba resultado.

A veces no.

Como en ese momento.

Ratched y Rambo lo miraban con fijeza.

Él cambiaba su peso de un pie a otro, nervioso.

Nadie decía nada.

—Bueno, ¿qué os parece? —preguntó él, incapaz de aguantar más.

La enfermera fue la primera en hablar.

—Tú has hecho esto.

—Sí.

—Sin que nos enteráramos.

—Sí.

—A nuestras espaldas.

—Em..., ¿sí?

—Vaya —dijo ella—. Estoy... impresionada. No te creía capaz de tamaña duplicidad. Debería sentirme ofendida, pero, por el contrario, creo que lo que siento es orgullo. No sé por qué. Tendré que ejecutar un autodiagnóstico para comprobar si tengo algún archivo corrompido. No me gusta esta sensación.

—Caray —jadeó Rambo, bajando la vista hacia la caja abierta que tenía delante—. Es igualito al de Gio. A ver, se nota que no es tan bueno, y la forma ha quedado toda irregular, pero... caray. —Hizo girar un engranaje con la pinza, y todas las piezas del mecanismo se movieron al unísono—. ¿Funcionará?

—No lo sé —reconoció Vic—. ¿Tú qué dices, Ratched?

La interpelada apartó de un empujón a Rambo, que protestó con un graznido mientras ella escaneaba el corazón. El modelo virtual apareció en su pantalla al cabo de un momento.

—Podría funcionar —dictaminó—. Harán falta algunas modificaciones menores. También necesitará un solenoide y un conector, si conseguimos encontrar... —Soltó un pitido cuando Vic depositó un objeto sobre la mesa, junto a la pierna del androide—. La PCB multicapa. Quizá nos sirva.

El joven miró al androide.

—¿Tú crees?

—Sí. La placa de circuito impreso. Luego, el solenoide. Y después, el corazón. Las tres cosas funcionando en tándem deberían bastar para alimentar de energía al androide. —Hizo una pausa, con la imagen del corazón aún en la pantalla—. ¿Estás seguro de que quieres seguir adelante?

Vic pestañeó.

—¿Cómo que si estoy seguro?

—Si seguimos adelante, él vivirá.

—De eso se trata, ¿no?

—Seguimos sin tener idea de lo que es capaz —le recordó ella—. No sabemos de dónde viene ni por qué lo retiraron de servicio. Podría ser un robot psicópata y empeñarse en acabar con nosotros.

—No lo sabremos hasta que lo intentemos.

—Eso dices ahora —señaló ella—, pero ¿y si te arranca el espinazo? Entonces seguro que no dices nada. Literalmente. Más que nada porque no podrás. Quizá te retuerzas en el suelo durante ciento veinte segundos a lo sumo antes de morir, pero no te será posible emitir sonidos por la boca aparte de estertores, incluso mientras tu propia materia fecal te resbala por las piernas.

—Gracias por meterme esa imagen en la cabeza —murmuró Vic.

—De nada. Sé elaborar descripciones muy gráficas. Estoy programada para ello. ¿Deseas que continúe?

—No.

—Qué pena. —Acto seguido, añadió—: ¿Por qué has hecho esto?

—Porque podía.

—Por Gio —dijo ella—. ¿Has pensado que esto podría ayudar a Gio si le pasara algo?

Él asintió.

Rambo agarró el circuito impreso y lo estudió, dándole vueltas entre las pinzas.

—Pero ¿qué pasa con él?

Vic bajó la vista.

—¿A qué te refieres?

—Al androide —dijo el aspirador—. ¿Y si resulta que funciona? ¿Le quitarías el corazón de nuevo? Eso lo mataría. —Soltó un pitido de tristeza—. No puedes darle vida a algo para luego arrebatársela. No es justo.

Vic negó con la cabeza.

—Yo no haría una cosa así. Si el corazón funciona, será suyo. Y él podrá conservarlo.

—A menos que sea una máquina asesina sedienta de venganza —dijo Ratched—. En ese caso, recuperaremos el corazón. Casi preferiría que fuera una máquina asesina sedienta de venganza. Son mis preferidas. Victor.

—¿Qué?

—Si la cosa da resultado, Gio se enterará. Te recomendaría que se lo dijeras ahora, antes de seguir adelante. Querrá hacernos preguntas cuando nos presentemos a la noche de peli acompañados de una máquina desconocida. Dudo que podamos disfrazar al androide de manera que le pase inadvertido a Gio. Es demasiado grande para que cuele como tostadora.

—Me gustan las tostadoras —dijo Rambo—. Por cierto, ¿qué son?

—Todo irá bien —aseveró Vic, intentando aparentar más seguridad de la que sentía—. No se molestó cuando os traje a ti y a Rambo.

—Cierto —dijo la enfermera—, pero no somos máquinas asesinas sedientas de sangre. No mucho.

—Yo no sé cómo vengarme —dijo Rambo—. Lo intenté una vez, pero entonces vi mugre y tuve que ir a limpiarla.

Vic sacudió la cabeza.

—No nos hará daño.

—¿Cómo lo sabes? —Ratched comenzó a reproducir una grabación, y la voz del androide surgió de su interior—. «Te m-mataré». —A continuación, cambió a su voz normal—. ¿Ya no te acuerdas?

—Lo dijo porque estaba asustado —alegó Vic—. ¿No lo estarías tú?

—No. No temo a nada.

—Yo le temo a todo —dijo el aspirador, dejando el circuito impreso junto al corazón—. A los bandidos, los bichos y las bananas. O al menos a casi todas.

—Podemos hacer esto —murmuró Vic—. Nos pidió ayuda, ¿lo habéis olvidado?

—Después de amenazar con arrancarme los brazos —dijo la enfermera Ratched.

—Tú lo electrocutaste.

—En efecto —dijo ella—. Y me gustó. Volveré a hacerlo en caso necesario. —Se volvió hacia el androide—. Seré su madre. Me amará para siempre. No tendrá alternativa. Y si no me ama, lo obligaré a fuerza de calambrazos.

Conectaron la placa de circuito.

Conectaron el solenoide.

Pero fue Victor quien le entregó al androide su corazón. Solo vaciló un momento, cuando se pinchó el dedo y brotó una gota de sangre que despedía un brillo mortecino bajo las luces del techo.

—¿Listos? —preguntó.

La enfermera Ratched desplegó diez tentáculos distintos. En la punta de uno de ellos sujetaba su taladro más grande. Otro crepitaba y chisporroteaba, cargado de electricidad. Y en el extremo de otro más había una pequeña sierra circular que giraba con un zumbido. Los demás empuñaban otras herramientas, de aspecto a cada cual más mortífero.

—Lista.

Rambo miró alrededor como desesperado hasta que localizó una escoba en un rincón. La alzó por encima de su cabeza.

—¡Listo!

Vic asintió y bajó la mirada hacia el androide. Apretó la yema ensangrentada del dedo contra la tira blanca situada encima del mecanismo.

—Por favor, no nos mates —susurró.

El blanco se tiñó de rojo y entonces...

No ocurrió nada. Los engranajes no se movieron. El corazón permaneció inmóvil y en silencio, inerte entre el metal y los cables del pecho.

La desilusión inundó la caja torácica de Vic. Creía que lo había hecho bien y que bastaría con eso. Qué estupidez. Era obvio que no iba a funcionar. Era obvio que él no tenía el suficiente nivel para construir...

Apoyó el dedo en el engranaje más grande y le dio un empujoncito. Los dientes de la pieza impulsaron los engranajes más pequeños que lo rodeaban. Comenzaron a moverse en sincronía al tiempo que el corazón se ponía en marcha. Al principio iban a trompicones, pero poco a poco los giros se volvieron más fluidos. El corazón latía entre sacudidas y traqueteos. Vic retiró la mano de golpe cuando el compartimento del pecho se cerró con un siseo bajo.

Al retroceder, chocó con Ratched y la escoba de Rambo.

Uno de los dedos de madera del androide se contrajo de pronto, chirriando contra la mesa.

—Está vivo —musitó Rambo en un tono reverencial—. Está vivo.

La mano de madera se cerró en un puño antes de relajarse, hasta que un temblor se apoderó de todo el cuerpo del autómata y ocasionó que sus talones resbalaran por la superficie de la mesa. Vic se abalanzó hacia delante, temeroso de que el androide cayera por el borde. Extendió el brazo hacia él, pero antes de que consiguiera agarrarlo por alguna parte del cuerpo, las convulsiones cesaron.

Y entonces el androide parpadeó despacio.

—Al parecer, le funcionan los ojos —dijo la enfermera—. Ha sido un éxito.

El autómata volvió la cabeza para mirarlos, con la boca abierta, pero sin emitir sonido alguno. Se incorporó con un crujido mecánico que le salió de las entrañas. Se dio la vuelta sobre la mesa y posó los pies en el suelo.

Alzó la mano ante sí y la giró de un lado a otro, contemplando la madera que revestía los huesos de metal y el cableado que había debajo.

—¿Q-q-q... qué? ¿Q-qué... m-me... habéis... hecho? —Era la misma voz que habían oído en los Desguaces, profunda y gutural, penetrante y seca. Indignada, casi furiosa. Por lo menos, eso le pareció a Vic.

Su propia mente estaba cortocircuitando. Tenía ante sí el fruto de sus esfuerzos y esperanzas. Ahí estaba, por fin: un rostro vivo, como el de su padre, como el suyo. Y no era capaz de mantener la vista fija en él. Miraba la máquina, apartaba los ojos, la miraba de nuevo y los volvía a apartar.

Ratched se acercó.

—Te hemos curado —dijo, mientras en su pantalla aparecían las palabras «¡ENHORABUENA! ¡ESTÁS VIVO!»—. Te encontramos en un montón de desechos y te hemos reconstruido.

El androide bajó las manos, con las facciones crispadas en una expresión ceñuda y sombría.

—R-reconstruido.

—Sí —dijo Ratched—. Como comprobarás, hemos tenido que sustituir algunas piezas. Voy a realizar un análisis diagnóstico. Por favor, sigue mis instrucciones. Levanta la mano derecha.

—Mi... m-mi pecho —dijo el autómata—. ¿Qué m-me habéis hecho en el p-pecho? Me a-a-arde. —Con la mano temblorosa, se frotó

la piel que cubría el corazón.

—Hemos tenido que instalarte una nueva fuente de energía —explicó la enfermera—. La que tenías se había muerto. ¿Puedes decirnos de qué marca y modelo eres? ¿Tu identificador? Sigues sin levantar la mano derecha, como te he pedido. Qué desilusión. Tienes que hacerle caso a tu madre. Que soy yo. Yo soy tu madre.

El androide hizo una mueca que dejó al descubierto sus dientes cuadrados.

—Yo... ¿Q-quiénes sois? ¿Quiénes s-sois? ¡¿Quiénes sois?! —Intentó ponerse de pie. La pierna derecha, de metal, aguantó su peso, pero la izquierda, que era de madera, se le dobló. Trastabilló hacia delante.

—¡Aah! —chilló Rambo—. ¡Nos ataca! Soy valiente. ¡Soy muy valiente! —Se arrojó hacia el autómata y le arreó un escobazo en las rodillas—. ¡Muere, máquina asesina sedienta de sangre! ¡Muere!

—D-d-déjame —gruñó el androide. Trató de apartar la escoba de un manotazo, pero como tenía el centro de gravedad desequilibrado, erró el golpe y estuvo a punto de caer encima de Rambo. Consiguió sujetarse en el último momento, mientras el aspirador se colaba con habilidad entre sus pies, pegándole en los muslos con la escoba.

—No toques a Rambo —dijo la enfermera, agitando en el aire un tentáculo amenazador—. Como lo toques, descubrirás una sensación de lo más electrizante. Porque te daré un calambrazo. Mira, otro juego de palabras. Nunca envejecen, por más que los repito.

—¿D-dónde estoy? —espetó el androide—. ¿Qué es este s-sitio?

—Estás en el laboratorio de Victor Lawson, el gran inventor —dijo Ratched, haciendo crepitar la punta de su tentáculo—. Harías bien en mostrarle un poco de respeto. Ha sido él quien te ha devuelto a la vida. Es verdad que yo me he encargado de casi todo el trabajo y por eso soy tu madre, pero Victor necesita un refuerzo positivo. Victor, lo has hecho muy bien. Estamos muy orgullosos de ti.

El autómata se tambaleó de nuevo. Victor se encogió y dio un paso hacia atrás, clavándose las uñas en las palmas con tanta fuerza que creyó que se haría sangre. Rambo, que por lo visto había decidido que seguía habiendo una amenaza activa, profirió un bramido y le propinó al androide un azote en la espalda con la escoba.

—¡En guardia!

El androide giró en redondo y le arrebató la escoba a Rambo

antes de que pudiera zurrarle de nuevo, y partió el mango con la rodilla.

—Ay, madre —susurró Rambo—. Vamos a morir fijo.

El autómata dejó caer los pedazos de la escoba antes de volverse hacia Victor. Se dirigió hacia él con paso decidido pero torpe, como si aún no supiera muy bien cómo flexionar la rodilla de madera.

—¿Q-quién eres? —preguntó en tono imperioso—. ¿Q-qué le has hecho a mi c-cabeza? —Agarró a Victor por las solapas de la camisa y tiró de él con brusquedad. El joven soltó un gritito y cerró los ojos—. ¿P-por qué n-no consigo recordar quién soy?

—No lo sé —dijo Victor—. No lo sé. No lo...

Se oyó un chasquido seguido de un zumbido eléctrico, y el androide se quedó agarrotado.

Victor abrió los párpados a tiempo para verlo desplomarse en el suelo, mientras la enfermera retraía el tentáculo.

—Te he dicho que lo trataras con respeto —dijo—. Hazle caso a mamá. —En su pantalla podía leerse «¡Y COMO NO TE PORTES BIEN, TE DOY OTRA!».

El androide apenas permaneció inconsciente el tiempo suficiente para que lo tendieran de nuevo sobre la mesa.

—Te has quedado frito, ¿eh? —dijo Ratched, rodeando la mesa por el camino más eficiente hacia la cabeza del autómata—. Te lo advertí. Volveré a hacerlo sin dudarlo en caso necesario. Anda, gamberro: alégrame el día. —Hizo una pausa al percatarse de que un brillo verdoso le parpadeaba en la pantalla—. Qué interesante. No tengo idea de dónde ha salido eso. Me gusta. Alégrame el día, mamarracho.

El androide torció el gesto.

—Las piernas. No s-siento las piernas.

—Es lo que pasa cuando te recorren diez mil voltios. Ya recuperarás el control. Como intentes jugárnosla otra vez, te amputo las piernas.

El androide contempló el techo.

—Será lo último q-que hagas.

—¿Eso se lo prometes a todas las chicas bonitas con las que te

cruzas? —dijo Ratched—. No estoy interesada. Podría haber habido algo entre nosotros, pero mi opinión sobre ti ha cambiado. ¿Quieres saber lo que pienso?

—N-no.

—Ah. Qué pena, porque te lo diré de todos modos. Eres...

—No queremos hacerte daño —dijo Vic en voz baja. Le chasquearon los nudillos cuando se retorció las manos.

—Escoba mía —se lamentó Rambo. Dejó escapar un pitido de tristeza mientras tocaba con delicadeza los dos trozos que yacían en el suelo—. ¡Monstruo! ¿Qué mal te había hecho, aparte de pegarte?

—¿D-dónde estoy?

Vic lo miró por un instante antes de apartar la vista. En sus ojos, antes ciegos y sin vida, resplandecía una chispa que Vic nunca había visto antes.

—En el bosque.

—¿En q-q-qué bosque?

Vic arrugó el ceño.

—El grande. El que está cerca de los Desguaces.

No sabía de qué otra manera explicarlo. Suponía que esa era toda la información que el androide necesitaba. Estaban en el bosque, simple y llanamente. Habría debido bastar con eso.

Pero no bastó.

—¿Dónde está ese b-bosque?

—No tiene nombre —dijo Ratched—. Y si lo tiene, no he logrado averiguarlo. Por otro lado, si mis cálculos son correctos, el bosque se encuentra en un lugar que se conocía antiguamente como Ore-Jon. Qué nombre más raro. A propósito de nombres raros, tú no te acuerdas del tuyo, ¿verdad?

El androide apretó los labios.

—N-no.

—Ya me lo imaginaba. Te borraron la memoria cuando te retiraron de servicio.

—Es como nosotros —dijo Rambo, nervioso. Evitó la mesa dando un amplio rodeo, como si temiera que el androide lo atacara de nuevo —. No se acuerda de cómo era su vida antes de venir al bosque.

—No es como nosotros —repuso la enfermera—. Nosotros somos estupendos. Él es un paciente espantoso. Estate quieto.

El autómata renunció a seguir forcejeando cuando Ratched se le

acercó, amenazante.

—Esto no te dolerá —dijo—. Tengo que asegurarme de que no explotes y nos mates a todos. —Activó el escáner, y el haz de luz incidió en la cabeza del androide antes de descender por todo su cuerpo. Se detuvo un momento a la altura del pecho antes de barrer las caderas, las piernas y los pies—. Ya está. ¿Lo ves? No ha sido tan terrible. Toma, una piruleta. Error. El dispensador de piruletas está... Vaya por Dios. Eso hay que arreglarlo. Victor, te exijo que me consigas golosinas para que pueda repartirlas entre mis pacientes.

—Victor —dijo el androide, y el aludido sintió que un escalofrío le bajaba por la espalda—. Tu i-identificador es V-Victor.

—Veo que retiene información —observó la enfermera—. Buena señal. Significa que la capacidad de procesamiento de su biochip está prácticamente intacta. Sí, se llama Victor. Y yo soy la enfermera Ratched. Mi principal función consiste en administrar cuidados médicos para proteger la vida, cueste lo que cueste. Ese pequeño incordio que va por el suelo pegando chillidos se llama Rambo. Se encarga de mantenerlo todo limpio.

Rambo agitó los brazos.

—Todos somos igual de importantes. ¡Hurra!

—Retirado de servicio —dijo el androide, pronunciando cada palabra con cuidado—. M-me han retirado de servicio.

—Sí —dijo la enfermera—. Activando protocolo de empatía. Hale, hale. Ya pasó. Cuando una puerta se cierra, siempre puedes echarla abajo. La basura de un robot es el tesoro de otro. —En su pantalla apareció la imagen de un gato bajo la frase «¡NO TE PREOCUPES LO MÁS MININO!»—. Hale, hale.

El autómata cerró los ojos, y los surcos en torno a su boca se hicieron más profundos.

—Mi b-brazo. La mano. La pierna. ¿Qué... q-qué es esto?

—Madera —murmuró Vic—. La hemos tallado nosotros. Ha sido para ayudarte —dijo en voz muy baja, casi en un susurro. No podía hablar más fuerte.

—Eres como una marioneta —terció Rambo, para ayudar—. Con la diferencia de que estás vivo. Eres una marioneta a medias. Como si tu madre fuera una marioneta, y tu padre una lavadora. —Las luces de sus sensores se encendían y apagaban—. Espera. Eso no tiene sentido. Más bien como si tu madre fuera una marioneta, y tu padre un

televisor muy enfadado. ¿Te gustan las pelis? A mí me gustan. ¿Cuál es tu favorita?

—¿Te acuerdas de cómo te llamas? —preguntó Ratched—. ¿Te acuerdas de algo? Te las arreglaste de alguna manera para quedar casi intacto tras tu retirada de servicio. ¿Qué es lo último que recuerdas?

Vic creyó que el androide no iba a responder, así que se sorprendió cuando este habló.

—L-luces. D-destellos. —Giró la cabeza, mirándolos uno a uno—. Y luego, vosotros. Entre el metal. Bajo el sol. Enterrado. N-no p-podía salir.

—Hap —dijo Vic sin querer.

El androide entornó los ojos.

—¿Qué?

Vic se estremeció ante la ira del autómata. Gesticuló en dirección a la placa que este tenía en el pecho.

—Esas letras de ahí. Creo que faltan algunas, pero hay una H, una A, y una P al final. Hap.

—Hap —repitió la enfermera. Se inclinó sobre el androide y recorrió la placa con el haz del escáner. Las letras aparecieron en su pantalla—. ¿Te suena de algo?

El androide la miró con los párpados entrecerrados.

—N-no.

—¿Es posible que se trate de unas siglas?

—N-no lo sé —le gruñó el autómata.

—Me da que la A es de «amargado» —musitó Rambo, contra la pierna de Vic—. «Histérico y Amargado Pelele». —Soltó un gañido de miedo cuando el androide chasqueó los dientes hacia él.

La enfermera Ratched no se inmutó.

—Mientras no contemos con más datos, tu identificador a partir de ahora será Hap. No es mal nombre. No es tan bonito como el mío, pero muy pocos lo son. ¿Cuál es tu función principal?

—No lo r-r-recuerdo —escupió Hap—. Ya os l-lo he d-dicho. — Vic reculó cuando Hap pugnó por incorporarse de nuevo, agarrándose del borde de la mesa. Las piezas de carpintería aguantaban, aunque el androide se movía con cierta rigidez. Le llevaría un tiempo habituarse. Vic ansiaba tocar la madera, para ver si sentía el calor de la maquinaria que había debajo, pero logró mantener las manos quietas.

—Sí, eso has dicho —convino Ratched.

Hap se llevó la mano al pecho.

—¿Q-qué me habéis puesto d-dentro? Se... se m-mueve.

—Ah, sí. Eso —dijo la enfermera—. Necesitábamos algo para reanimarte. Una fuente de energía. Tu batería estaba inservible. Como no hemos encontrado un recambio adecuado, te hemos implantado...

—Un corazón —barbotó Vic antes de mordisquearse el labio—. Te hemos implantado un corazón en el pecho.

Hap frunció el ceño. Se dio un toque con el dedo en el esternón. El compartimento se abrió. Perfectamente alojado en su interior estaba el corazón, con los engranajes girando despacio y la madera crujiendo con cada dilatación y contracción.

—¿C-cómo...? ¿C-cómo es posible que f-f-funcione?

—Victor posee una inteligencia privilegiada —dijo Ratched—. Puede arreglarlo casi todo. Y ha decidido arreglarte a ti, así que deberías estarle agradecido a tu padre. Tu papá. Tu papi. Error. Error. No se le llama «papi» a la gente. Es muy poco profesional.

Hap bajó la vista hacia el corazón. Alzó la mano para tocar el centro del engranaje más grande. La rueda se ralentizó hasta que él apartó el dedo, y entonces la rotación se aceleró por unos momentos antes de recuperar su ritmo pausado habitual. Se dio otro golpecito en el pecho, y el compartimento se cerró. El autómata miró de nuevo a Vic.

—¿Por qué? ¿P-por qué me has a-ayudado?

El joven torció el gesto y dirigió la vista hacia la puerta, pero de algún modo logró quedarse donde estaba.

—Te hicieron daño —dijo de forma entrecortada—. Te faltaban piezas, pero eso no significa que no merecieras una oportunidad.

—A menos que quieras matarnos —dijo Ratched—. ¿Quieres matarnos?

—T-todavía no —masculló Hap.

—Ay, no —dijo la enfermera—. Que me derrito. Yo también digo «todavía no» cuando me preguntan si quiero matar. Eres perfecto. —En su pantalla, dos manos se saludaron con un apretón—. Ya no soy tu madre. Tú serás mi marido homicida. ¿Hay alguien aquí que pueda casarnos?

Rambo dejó escapar un grito ahogado.

—¿Va a haber una boda? ¡Pero si aún no estoy preparado! Espera. Un momento. —Soltó un quejido y comenzó a temblarle el

cuerpo mientras revolucionaba el motor. Una ranura se abrió en su parte delantera, y expulsó un montón de pedacitos de metal que acabaron en el suelo—. ¡Confeti! ¡Viva el amor!

—No tengo nada que ponerme —dijo Ratched—, pero no importa, porque nunca me pongo nada. Voy desnuda. Ahora voy a coquetear contigo. ¿Te gusta lo que ves? Tengo el culo como un tanque. Literalmente. Metálico y cuadrado. ¿Quieres que te lo enseñe?

—¡Bailando mejilla con mejilla! —comenzó a cantar Rambo haciendo gorgoritos—. ¡En el cielo, estoy en el cielo!

Hap se levantó despacio hasta que su cabeza quedó por encima de la de todos los demás. Hizo unos pequeños rebotes con las rodillas y frunció el ceño.

—¿Por qué estoy d-desnudo?

Vic se puso colorado como un tomate. Bajó los ojos hacia la entrepierna de Hap antes de elevarlos al techo.

—Hemos tenido que repararte. No hemos... No te hemos hecho nada más.

—Nada raro —le aseguró Ratched—. Los tocamientos inapropiados a los difuntos o desmayados van en contra de mi programación. Nunca permitiría algo así. Incluso cuando Victor insistió en que te quitáramos los pantalones...

—¡Eso es mentira!

—Ja, ja. Otra broma. Ya te darás cuenta de que aquí la que tiene chispa soy yo. Rambo, haz el favor de traerle al paciente sus pantalones para que a Victor le baje la tensión arterial. Le ha subido a un nivel alarmante y no quiero que sufra un infarto, incluso si eso implica practicarle una desfibrilación.

—¡Pantalones! —exclamó el aspirador, acercándose al banco de trabajo. Se irguió con su elevador y apartó el guardapolvo estropeado antes de agarrar el pantalón y entregárselo a Hap.

El androide guardó silencio mientras intentaba ponérselo. Empezó por la pierna de metal, pero la de madera se atascó, por lo que estuvo a punto de caerse de bruces. Le pegó un gruñido a la enfermera cuando trató de ayudarlo, y le apartó el tentáculo de un manotazo. Lo intentó de nuevo, apoyándose en la mesa.

—L-la pierna. L-la noto tiesa.

—Es por las modificaciones —dijo la enfermera—. Tardarás un poco en acostumbrarte. Mira, fíjate. —Se le puso delante mientras él

se abotonaba el pantalón. Una luz se encendió en la parte superior de su pantalla—. Tengo una cámara. Puedo mostrarte qué pinta tienes. A lo mejor eso te ayuda a refrescar tus circuitos de memoria.

La imagen de Hap ocupó toda la pantalla. El autómata se sobresaltó, y las patas de la mesa chirriaron contra el suelo cuando se reclinó en ella con buena parte de su peso. Se quedó contemplando su imagen, que parpadeaba despacio, a la par que él. Sin dejar de mirarse, alzó el brazo para acariciarse la madera de la mejilla, y sus dedos bajaron hacia la rasposa barba de pocos días.

—¿E-ese soy yo? —musitó, con los ojos como platos.

—Sí. Ese eres tú. No el androide que encontramos, sino el que eres ahora. Estás mucho mejor ahora, en mi opinión. ¿Te reconoces?

Él negó con un gesto, pero se detuvo al ver los símbolos que llevaba rapados a los lados de la cabeza. Se los tocó también y deslizó los dedos por los dibujos.

—N-no lo s-sé. —Arrugó el ceño—. ¿Qué le p-pasa a mi v-v-v...? —Tanto él como la imagen de la pantalla asumieron una expresión ceñuda.

—Voz —dijo Ratched—. Tienes dañado el procesador de voz. No hemos querido reparar más que lo imprescindible para evitar un trauma mayor.

Él apartó la vista de la pantalla. La enfermera retrocedió, y la imagen se desvaneció en la oscuridad.

Vic lanzó otra mirada a la puerta.

—Puedes irte.

Hap irguió la cabeza de golpe.

—¿Qué?

Vic se encogió de hombros, más como un tic involuntario que como otra cosa.

—No tienes que quedarte aquí si no quieres. No eres un prisionero. No pretendemos retenerte contra tu voluntad.

—Mi v-voluntad —dijo Hap de forma pausada—. ¿T-tengo voluntad?

—Madre mía —dijo Ratched—. Mi programación carece de fundamentos psicológicos y filosóficos suficientes para abordar esa cuestión. Soy incapaz de dar a esa pregunta una respuesta mínimamente satisfactoria. Asimov se avergonzaría de mí. Victor, tú eres humano. Tú podrías...

La reacción fue fulminante. En un momento, Hap estaba reclinado en la mesa, con los brazos colgando laxos a los costados, y al momento siguiente, estaba erguido y moviéndose tan deprisa que los demás apenas podían seguirlo con la mirada. Acometió a Vic, que se echó hacia atrás, presa del pánico, y soltó un gemido de dolor cuando golpeó el banco de trabajo con la parte baja de la espalda. Hap, con una palidez alarmante y los ojos muertos, como cuando lo habían llevado al laboratorio, alargó las manos hacia su cuello.

No fue Ratched quien lo frenó, ni tampoco Rambo o Vic.

Fue el propio Hap.

Tenía los brazos extendidos ante sí, con los dedos a solo unos centímetros del rostro de Vic. La chispa vital volvía a brillarle en los ojos. El joven oía el runruneo furioso del mecanismo dentro del pecho del androide. A Hap empezaron a temblarle las manos, y las vibraciones se transmitieron por sus brazos hasta los hombros. Retrocedió un paso.

—¿Q-qué me p-pasa?

Giró en redondo y, con un gruñido, se aferró a los bordes de la mesa. Rambo pegó un grito cuando el autómata la volcó y la estampó contra la pared, de modo que la ventana se rompió y los vidrios cayeron al suelo del bosque, muchos metros más abajo.

La enfermera se plantó delante de Rambo y Vic, pero Hap no le prestó atención. Caminaba de un lado a otro del laboratorio, con paso violento, llevándose las manos al cabello y dándose tirones de rabia.

—¡Cólera robótica! —gimoteó el aspirador—. ¡La máquina asesina está sedienta de venganza! ¡Corred!

Vic miró en torno a sí en busca de cualquier cosa que pudiera usar como arma si Hap los atacaba. Descolgó un mazo de la pared y alzó la vista hacia la pistola de soldar que pendía por encima de donde antes estaba la mesa.

Hap los miró con los ojos desorbitados.

—N-no lo sé. N-no sé quién s-soy ni qué...

La puerta del laboratorio se abrió de golpe entre una lluvia de astillas y chirridos de bisagras. Papá apareció en el umbral, entornando los párpados mientras asimilaba la escena.

Pero Hap ya no estaba en el mismo sitio que antes.

No, se había situado delante de Victor, Rambo y Ratched, con la espalda hacia ellos y los brazos desplegados como alas, reculando

despacio hacia ellos. Topó con la enfermera.

Vic tardó un instante en comprender lo que estaba pasando.

No intentaba hacerles daño.

Hap quería *protegerlos* de lo que percibía como una amenaza.

De su padre.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Giovanni con voz atronadora. Posó la vista en Vic y la desplazó de arriba abajo antes de volverse hacia Hap—. ¿Quién diablos eres? Apártate de mi hijo.

—Victor —dijo Ratched—. ¡Buenas noticias! Ya no tienes que preocuparte de que Gio se entere.

Capítulo 7

—Papá —dijo Vic, intentando salir de detrás de Hap—. No hagas ninguna tontería, por favor. Deja que te explique...

—Victor —dijo Giovanni con frialdad—. Apártate del androide.

—Se llama Hap —dijo Rambo—. Lo hemos hecho nosotros. En cierto modo.

—Yo he hecho casi todo el trabajo, Gio —dijo Ratched—. Si vas a deshacerte en alabanzas, por favor, que sea hacia mí. Si, en cambio, estás enfadado y tu intención es imponer castigos, te ruego tengas presente que yo no he intervenido para nada en esto y que es todo cosa de Victor.

Papá ladeó la cabeza con brusquedad, en señal de advertencia.

—Apartaos. Ahora mismo.

Obedecieron. Victor rodeó con cautela a Hap, que no había despegado la vista de Giovanni. El autómata no intentó detenerlos, ni siquiera cuando Rambo topó con su pierna.

—Ahí va —dijo el aspirador—. Perdón. Perdón. ¿Podrías... levantar un poco el pie? Así está bien. Gracias. —Se dirigió a toda velocidad hacia papá, se guareció detrás de él y le tiró de la pernera del pantalón—. Me rompió la escoba cuando le arreé con ella. Pero, por lo demás, es bastante majo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Giovanni en voz baja cuando Victor se detuvo a su lado.

—Sí, no te preocupes.

—¿Te ha hecho daño?

—No, papá. No es...

—Me alegro —dijo su padre—. Y ahora, no quiero que vuelvas a abrir la boca hasta que yo te dirija la palabra.

—Mal rollo —susurró Rambo.

Sin hacerle caso, papá clavó una mirada furiosa en Hap.

—¿Quién eres? ¿Por qué has venido? —A continuación, de forma inesperada, preguntó—: ¿Nos conocemos? Tu cara me suena.

Hap sonrió con sorna.

—¿T-tú quién c-coño eres?

—Me llamo Giovanni Lawson. Responde a mi pregunta. ¿Cuál es tu identificador?

—Dice que no lo sabe —terció la enfermera—. No tengo motivos para creer que miente. Por lo visto, le borraron los circuitos de memoria, como a nosotros. Es un papel en blanco. Un papel alto, guapo y furioso.

—Tu identificador —le exigió Giovanni—. Dímelo.

—N-no lo sé —gruñó Hap—. Estaba todo n-negro y de pronto me encontraba aquí.

—Explica eso, Victor.

El aludido bajó la vista al suelo. Su padre rara vez se enfadaba. De hecho, Vic solo recordaba haberlo visto enfadado un puñado de veces.

—Lo encontramos en los Desguaces —murmuró—. Estaba enterrado bajo un montón de máquinas muertas. —Se retorció las manos y le crujieron los nudillos—. No podíamos... dejarlo ahí sin más. Estaba vivo. Y despierto.

Giovanni cerró los ojos, y se le alisó el ceño fruncido.

—Entonces lo trajisteis aquí.

—Sí —dijo Ratched—. No nos parecía bien dejarlo donde estaba. Aún no ha mostrado una actitud explícitamente homicida.

—Explícitamente —repitió papá, abriendo los ojos—. *Explícitamente*.

—Bueno, está el incidente con la escoba —dijo la enfermera.

—Una escoba muy buena, además —gimió Rambo.

—¿Por qué lleva el torso desnudo? —preguntó Giovanni.

—Porque Victor ha decidido quitarle toda la ropa a Hap para...

—No es verdad —le espetó Vic.

—Hap —dijo papá—. *Hap*.

—Es el nombre que le hemos puesto —dijo Rambo—. Un nombre muy adecuado. Significa Histérico y Amargado Pelele, porque parece que está enfadado siempre, aunque creo que es solo porque tiene así la cara.

—¿Qué quieres? —dijo papá, dando un paso al frente.

Hap permanecía inmóvil. Miraba a Giovanni con fijeza, parpadeando despacio.

—No... no lo s-sé.

—¿Cuál es tu función principal?

—N-no lo sé.

—¿Cómo has llegado aquí?

—Es inútil interrogarlo —dijo la enfermera Ratched—. No lo sabe. Da igual lo que le preguntes; él no sabrá la respuesta.

Con las manos bien a la vista para demostrar que no representaba una amenaza, Giovanni avanzó otro paso.

—¿Es eso cierto? ¿No te acuerdas de nada?

Hap lo miró, arrugando el ceño.

—Es lo q-que he dicho. T-tal vez deberías ir al o-otorrino.

—Caray —dijo Ratched—. Es un cretino. Fascinante. ¿Esto que siento es instinto maternal o excitación? Qué edípico por mi parte.

—Soy como tú —dijo Giovanni, deteniéndose a pocos pasos de Hap. Vic tuvo que ponerse de puntillas para ver por encima del hombro de su padre. La arruga entre las cejas de Hap se había hecho más profunda—. Soy un androide. ¿Entiendes lo que significa eso?

Hap lo observaba con semblante desdeñoso.

—No s-soy idiota. Sé lo q-que soy. S-simplemente no sé quién soy.

—La placa de tu pecho —dijo papá—. ¿Me la enseñas?

—¿P-por qué?

—Porque me dirá quién eres.

A Hap no le gustó esta explicación.

—No me toques.

—No voy a tocarte, al menos sin tu permiso. Te lo prometo.

Hap lanzó una mirada fugaz a Vic antes de posarla de nuevo en papá.

—No...

—No te va a matar —le aseguró Ratched—. A menos que intentes hacernos daño.

Vic temió que Hap estallara de nuevo o, peor aún, intentara huir. Una expresión críptica le asomó al rostro, pero desapareció antes de que Vic pudiera empezar a interpretarla. El androide encorvó la espalda, curvándose sobre sí mismo y abrazándose el torso.

—No quiero hacerle d-d-año a nadie.

Hap dio un respingo cuando Giovanni se le acercó de nuevo hasta quedar a la distancia de un brazo. Torció la boca hacia abajo, y las

arrugas en torno a sus ojos se acentuaron. Agachó la mirada cuando papá alargó la mano para rozarle la placa de metal con los dedos.

—Hache —dijo, deslizando la yema sobre la letra antes de pasar a la siguiente—. A. —De pronto, se puso rígido y le tembló el dedo. Sin apartar la vista de Hap, comenzó a retroceder despacio. Las arrugas volvieron a aparecer en el rostro del androide, que cerró los puños a los costados.

—Todo el mundo fuera —dijo Giovanni entre dientes—. Rápido.

—Huy —musitó Rambo.

—¿Por qué? —preguntó Vic mientras papá chocaba con él—. ¿Qué estás...?

—¿M-me c-conoces? —preguntó Hap, dando un paso hacia ellos, y tartamudeando de forma más pronunciada. Agarrándose los lados de la cabeza, soltó un gruñido suave.

Vic intentó rodear a su padre, aunque no sabía muy bien para qué. ¿Para refrenarlo? ¿Para interponerse entre los dos? Algo pretendía hacer, pero, antes de que pudiera averiguar qué, su padre lo asió del brazo y se lo llevó hacia la puerta. La enfermera Ratched y Rambo los siguieron.

Vic intentó soltarse el brazo.

—Basta, papá. Déjalo ya y escúchame, por favor. No va a hacernos daño.

De un empujón, Giovanni lo obligó a atravesar el vano de la puerta rota.

—No tienes idea de lo que es capaz. Vete, deprisa. Él...

—Ha saltado por la ventana —le informó Rambo.

Se dieron la vuelta. En el laboratorio no había nadie. La ventana estaba abierta.

Se dirigieron a toda prisa al rellano que rodeaba el perímetro del laboratorio. Abajo, Hap, que estaba en cuclillas, se enderezó en medio de una nube de polvo y hojas secas. Alzó la cabeza para mirarlos.

—Y. N-no. Hago. Daño.

Y entonces se alejó a la carrera por el bosque.

Giovanni le asestó un manotazo a la baranda.

—Mierda. Quedaos aquí los tres.

Y entonces saltó por encima de la barandilla. Cayó en el mismo lugar en el que unos momentos antes estaba Hap, con las rodillas flexionadas para absorber el impacto. Se irguió con rapidez y salió en

persecución del androide, con la barba ondeando por encima del hombro.

—Huala —susurró Rambo—. ¡Quiero probar yo también!

Vic consiguió evitar que el aspirador se lanzara al vacío en el último momento, se lo colocó debajo del brazo y corrió hacia el ascensor. La cabina dio una sacudida antes de llevarlo hasta el suelo.

Siguieron el rastro de papá y Hap lo mejor que pudieron a través del bosque, alejándose del complejo de edificios en dirección norte. Las orugas de Ratched levantaban en el aire hojas y agujas de pino. Rambo encabezaba la marcha zumbando, agitando los brazos en alto y castañeteando con las pinzas.

El sol de la tarde declinaba, y empezaba a refrescar. Vic no sabía adónde se dirigía Hap. Los Desguaces quedaban hacia el este, en el límite del bosque. Al norte no había nada, salvo una floresta que parecía extenderse a lo largo de kilómetros y kilómetros. A Vic, que había explorado los alrededores cuando era más joven, no se le ocurría un lugar en el que Hap pudiera esconderse.

Las sombras bajo la espesura empezaron a alargarse. Reinaba un silencio casi absoluto en el bosque. Vic no recordaba haberlo visto nunca tan tranquilo. No se oían ruidos de animales al moverse ni cantos de pájaros.

Continuó trotando, meneando la cabeza adelante y atrás, hasta que se percató de que estaba solo. Al mirar atrás, advirtió que Ratched y Rambo se habían detenido junto a un pequeño claro.

—¿Qué pasa? —preguntó, dándose la vuelta.

—No lo sé —dijo la enfermera—. Su rastro acaba aquí. No encuentro huellas. Es como si se hubieran esfumado. —Su pantalla se llenó de signos de interrogación.

—Eso no es posible —dijo Vic—. Rambo...

El aludido comenzó a girar despacio, con las luces de los sensores encendiéndose y apagándose.

—Han desaparecido. No sé qué ha ocurrido. —Emitió un pitido de perplejidad—. ¿Habrán aprendido a volar? ¿Sabe volar Gio? ¿Tiene propulsores en los pies? A mí me gustaría tener propulsores en los pies. Y pies también.

—No se han ido volando —aseveró Ratched. Se acercó a un árbol que crecía a la orilla del claro. Era un viejo pino de tronco robusto y ramas gruesas y pesadas. La enfermera apretó la punta de un tentáculo contra unas muescas que había en la corteza—. Han trepado por aquí. Están desplazándose por los árboles.

Vic alzó la vista. Los pinos estaban muy juntos. Si Hap y papá saltaban de uno a otro sin tocar el suelo, no conseguirían seguirles la pista. A menos que...

Contempló la copa del árbol con los párpados entornados. A cinco metros de altura, vio que una rama colgaba, laxa. Estaba partida. Dirigió los ojos hacia el pino más cercano. Presentaba mellas en la madera y grietas en la corteza por las que goteaba resina. Uno de ellos había saltado ahí, luego al árbol siguiente, y después al otro.

—Vamos —dijo Vic—. Por aquí.

Volvieron a perder el rastro solo unos diez minutos después. El bosque se había tornado más denso, y resultaba imposible determinar en qué dirección se habían ido, a menos que Vic se encaramara a los árboles. Con un quejido de frustración, comenzó a girar en redondo, con los ojos entrecerrados para ver mejor en la penumbra cada vez más acusada.

—¿Nos hemos extraviado? —preguntó Rambo, angustiado.

—Claro que no —dijo Ratched—. Sé exactamente dónde estamos.

—Ah. ¿Y dónde estamos?

—En el bosque.

—Menos mal —suspiró Rambo—. Por un momento temí que nos hubiéramos perdido. Como no es así, me centraré en el hecho de que estamos en medio del bosque, de noche, solos. ¿A los animales grandes les gusta comer aspiradores?

—No me cabe duda de que les encanta —dijo la enfermera.

—Ay, madre —susurró Rambo—. Pero si yo soy un aspirador.

Vic daba vueltas lentamente, intentando encontrar más huellas. La luz, cada vez más débil, no le ayudaba. Apenas veía. Haciendo rechinar los dientes, intentó despejarse la mente. Necesitaba pensar. Y nada más. Pensar y pensar.

Al sortear un tronco grande, se tropezó con la enfermera Ratched,

que se había detenido. Frente a ella, Rambo se meneaba de un lado a otro, lanzando destellos.

—¿Qué sucede? —preguntó Vic, asomándose desde detrás de Ratched. No había nada, o al menos eso le pareció.

—Nos observan —dijo ella.

El aspirador soltó un fuerte pitido.

—¿De veras? —Avanzó despacio, con los brazos por encima de la cabeza—. ¿Quiénes? ¿Quién nos observa? ¡No me das miedo!

De pronto, sonó un susurro en el follaje (¿el viento?), y Rambo, chillando y girando como una peonza, regresó a toda prisa junto a Ratched y Vic. Se encontraba a un par de metros de ellos cuando Vic oyó que algo se movía por encima de él y miró hacia arriba.

En la copa del árbol, entre las frondas más altas, unos ojos brillantes se abrieron y se clavaron en él.

No tuvo tiempo de lanzar una voz de advertencia antes de que Hap saltara desde la gruesa rama sobre la que estaba encaramado. El aire silbó en torno a él mientras se precipitaba hacia el sotobosque. Tras impactar en el suelo con las rodillas flexionadas, se enderezó con rapidez, agarró a Rambo y lo levantó por encima de su cabeza. Las ruedas del aspirador giraban, impotentes, mientras él braceaba en el aire, gritando que era demasiado joven para morir y que tenía muchos planes y sueños por cumplir. ¿Quién limpiaría la mugre del suelo si lo mataba? ¡Nadie!

Al instante, Ratched se transformó en un ser de pesadilla, desplegando todos los tentáculos a sus costados, con la punta chisporroteante, y blandiéndolos a su alrededor con restallidos metálicos.

—Bájalo —le ordenó a Hap, avanzando hacia él—. De lo contrario, pondré fin a la patética existencia que tú llamas vida.

—¡Vic! —clamó Rambo—. ¡Estoy siendo valiente, pero me cuesta mucho!

—No le hagas daño —le suplicó Vic al androide, que, sin dejar de sujetar en alto al aspirador, mantenía la vista fija en la enfermera que se aproximaba.

—N-n-no le hago daño —espetó—. M-m-mira.

Hap señaló con la cabeza la parte del suelo por la que Rambo había estado a punto de pasar. Ahí, posada sobre los pétalos rosas y morados de un cólquico, estaba una mariposa, una monarca grande.

Las alas eran de un naranja intenso ribeteado de negro, con las puntas moteadas de blanco y amarillo. Se abrían y se cerraban al tiempo que las antenas se retorcían bajo la luz agonizante.

Hap tiró a Rambo a un lado y se acuclilló frente al insecto. El aspirador rebotó sobre su lomo antes de aterrizar con las ruedas hacia abajo.

El androide se inclinó hacia la mariposa, con las facciones contraídas de concentración. Sin prestar atención a la máquina grande que se alzaba como una torre a su lado, el lepidóptero continuó libando de la flor. Ante la mirada de Vic, y mientras Ratched desactivaba los tentáculos, Hap acercó la mano hacia el insecto.

Sin pensar, el joven se abalanzó hacia delante y le asió la muñeca al autómata antes de que pudiera coger a la mariposa. La cálida piel sintética y el metal quedaron rodeados de carne y hueso. A Vic se le encendieron las alarmas cuando Hap irguió la cabeza despacio, fijó la vista en los dedos que lo aferraban y luego la desplazó por el brazo hasta el hombro, la barbilla, la nariz y los ojos. El androide retiró los labios para dejar los dientes al descubierto, y Vic notó que se ponía tenso.

—Le harás daño —barbotó.

Hap se soltó con brusquedad.

—No le he hecho nada.

—Pero podrías habérselo hecho —dijo la enfermera—. Las alas de mariposa son muy delicadas. Si se las tocas, los colores pueden desvaírse, dejándola más expuesta a los depredadores. No perecería de inmediato, pero, aun así, la estarías condenando a muerte.

Al oír unas pisadas que se acercaban, Vic giró sobre los talones, con el corazón en la garganta. Papá estaba ahí, entre los árboles. Al joven le costó descifrar la expresión de su rostro: una mezcla de ira, tristeza y algo mucho más serio, que rayaba en la resignación. Sin embargo, Giovanni no estaba mirando a su hijo; solo tenía ojos para Hap.

—Enfermera Ratched, encienda una luz, si es usted tan amable.

—Sí, Gio. —Un resplandor blanco en la pantalla de la enfermera alumbró la negrura. La sombra de Hap se alargó bosque adentro, chocando con árboles y arbustos.

El androide permaneció inmóvil mientras papá se aproximaba, dividiendo su atención entre la mariposa y él.

Giovanni alternó la mirada entre Hap y el insecto.

—¿Por qué? —preguntó.

—Iba a m-morir. Esa cosa estaba a punto de aplastarla —murmuró el autómata, señalando a Rambo con un movimiento de la cabeza mientras la mariposa se giraba en dirección contraria.

—Es posible. Pero tú habrías podido escapar. Has tomado una decisión tras sopesar las consecuencias. ¿Por qué has actuado así?

Hap frunció el ceño y arrugó la frente. Torció la boca, pero de ella no salió sonido alguno. Lo intentó de nuevo.

—Es b-b-bonita.

—Bonita —repitió papá—. ¿Qué tiene de bonita?

—Tienes ojos en la c-c-cara —dijo el androide.

—Ahí te ha pillado —dijo Ratched—. Es innegable que tienes ojos.

—Ya me he dado cuenta —convino papá—. Pero no es eso lo que le he preguntado. —Se agachó al otro lado de la mariposa—. ¿Por qué te parece bonita? ¿Qué sensación te produce?

—¿S-sensación?

—Sí. La has visto y la has salvado. Tiene que haber una razón.

Hap enseñó los dientes sin decir nada.

—¿Te gusta? —preguntó Giovanni.

—S-sí —gruñó Hap—. Es p-p-preciosa.

De todas las posibles respuestas del androide, esta era la que menos se esperaba Vic. Aquella máquina había interrumpido su huida del bosque porque una mariposa lo había embelesado.

—¿De veras? —preguntó papá—. ¿Por los colores, los dibujos, el diseño?

—S-sí —dijo Hap.

Giovanni hizo un gesto afirmativo.

—Te gusta, y por eso impediste su muerte.

—Como nosotros —terció Rambo, dando un amplio rodeo a Hap y deteniéndose junto a Gio—. ¡Como nos gustaban los colores, dibujos y diseño del androide, lo devolvimos a la vida!

—S-sí —dijo Hap, asintiendo de forma enérgica—. Es c-cierto. Me han salvado. Y yo he s-salvado a la mariposa.

—Pero eres consciente de la contradicción, ¿no? —inquirió papá —. Si no te hubieran reanimado, no estaríamos en el bosque, y la mariposa no habría necesitado que la salvaran.

—N-no entiendo.

—Lo sé —dijo Giovanni—. No entiendes que cada decisión tiene sus repercusiones. Y no eres el único.

Vic hizo una mueca, pero guardó silencio.

La mariposa eligió ese preciso instante para echar a volar desde el cólquico, elevándose con su batir de alas. Hap soltó un gruñido mientras contemplaba con los ojos muy abiertos cómo el insecto se alejaba en la oscuridad. Se puso de pie sin dejar de seguirlo con la vista.

Papá se levantó también, con los hombros agarrotados y el semblante inexpresivo.

—¿De dónde has salido?

—D-de las tinieblas —contestó Hap, sin dejar de mirar en la dirección en que se había ido la mariposa, aunque ya la había engullido la noche—. R-recuerdo el metal. Luego la o-oscuridad. Y luego luz. —Se llevó la mano de madera al pecho—. Me siento distinto.

—¿Distinto de qué?

—De como era antes.

—¿Antes sentías algo distinto?

—Sí. —Se golpeó el pecho—. Aquí.

—Muéstramelo.

—Papá... —intentó refrenarlo Vic, pero su padre sacudió la cabeza en señal de advertencia.

—Que me lo muestres —insistió.

Hap se dio la vuelta. Aunque no parecía muy convencido, se apretó el pecho con el dedo, y el compartimento se abrió. Los engranajes del corazón de madera y metal giraban emitiendo un rumor sordo y grave en la penumbra del bosque.

—Ah —jadeó papá—. Victor. ¿Esto es obra tuya? ¿Lo has hecho tú?

El aludido estaba sin habla.

Hap se quedó quieto mientras Giovanni se inclinaba hacia delante para estudiar el corazón. Vic se mordisqueó el labio inferior. Papá llevó a cabo la inspección en silencio, casi sin moverse. Transcurrieron minutos largos como horas hasta que por fin se enderezó.

—Victor —dijo con un deje extraño en la voz—. ¿Has vertido tu

sangre en este corazón, como en el mío?

—He... he pensado que eso ayudaría a que funcionara —dijo Victor—. Con tu corazón da resultado.

Su padre le respondió en un susurro.

—¿Qué es lo que has hecho?

Capítulo 8

Hap era un capullo.

Eso quedó claro enseguida.

—N-no me caes bien —le dijo a Rambo cuando llegaron de vuelta al complejo de edificios en un momento en que el aspirador estaba parloteando sobre cosas inconexas, como solía hacer cuando se ponía nervioso.

Rambo se detuvo un momento, y sus sensores se encendieron antes de quedar de nuevo a oscuras.

—No pasa nada. Yo sí me caigo bien. Gio dice que la autoestima no se mide por lo que los demás piensan de ti, sino por lo que tú piensas de ti mismo.

Hap intentó apartarlo de su camino de una patada, pero el aspirador, más veloz, se escabulló antes de que el pie chocara contra su carcasa.

—¡Hala! —chilló Rambo—. ¡Eso no ha estado bien! En serio, nada bien.

—Ya te acostumbrarás a él —aseveró Ratched—. Es como un hongo. Se le coge cariño con el tiempo. Pero piénsatelo dos veces antes de patearlo. Le causarías daños, lo que no me haría ni pizca de gracia. No te conviene disgustarme. —Hizo restallar un tentáculo en el aire, con la punta crepitante de electricidad—. A menos que te gusten los calambrazos. —El brillo de su pantalla se atenuó conforme la intensidad de las luces del complejo aumentaba.

—T-tú tampoco me caes bien.

—Vaya por Dios —dijo la enfermera—. Me has destrozado el día. Estoy tan triste... Es broma. Estoy bien.

—Hap, acompáñame —dijo papá—. Victor, a la cama. Es muy tarde. Enfermera Ratched, venga conmigo, por favor. Tenemos trabajo.

—¿Qué vas a...? —empezó a protestar Vic.

—He dicho que a la cama, Victor. Ya hablaremos por la mañana.

Que no te quepa duda.

—Huy —dijo Rambo—. Te la vas a cargar.

Vic los miró a todos con cara de pocos amigos.

—No soy un niño.

—No —convino su padre—. No lo eres. Pero ya vas arrastrando los pies. Se te está pasando el subidón de adrenalina. Necesitas descansar.

—¿Qué piensas hacer? —Las palabras «con él» quedaron implícitas.

Giovanni sacudió la cabeza.

—Nada perjudicial para él. Te doy mi palabra.

A pesar de ello, el joven no las tenía todas consigo. Hap lo miraba de nuevo, con aspecto de no querer perderlo de vista. Vic no estaba seguro de si eso era algo bueno o no.

—De acuerdo. Pero si ocurre algo, tienes que contármelo.

—Así lo haré —prometió papá, y Vic le creyó. Dio un paso en dirección al ascensor.

Esto no le gustó a Hap.

—¿Adónde v-vas?

Vic señaló hacia arriba, donde estaba su habitación.

—Allí. Es mi cuarto. Es donde duermo.

—Bravo —dijo Ratched—. Buena idea. Tú señálale a la máquina asesina sedienta de venganza dónde vas a estar, indefenso. Eso es pensar con la cabeza.

—Va a ser una carnicería —gimoteó Rambo—. Me tocará a mí intentar limpiar los restos de Vic. —Hizo un ruido como de sorberse los mocos—. Al menos formará parte de mí entonces. Te quiero, Vic, aunque estés desmembrado y tus carnes cuelguen del techo...

Hap intentó seguirlo, aunque de mala gana. Volvía a tener el ceño fruncido cuando Vic alzó las manos para indicarle por señas que se quedara.

—Se ha obsesionado con Victor —dijo la enfermera—. Como un patito. Como un aterrador patito homicida. Qué maravilla. Lo estoy pasando bomba.

—No te pasará nada —le aseguró Vic al androide—. Papá no te hará daño. Aquí nadie te hará daño.

—M-me da igual —dijo Hap—. N-no me caéis bien. Ninguno de v-vosotros me cae bien.

—Entonces ¿por qué intentas seguirlo? —inquirió Rambo.

Hap trató de patearlo de nuevo, pero la pierna de madera lo traicionó y estuvo a punto de caerse.

—N-no es verdad.

—Sí, claro —dijo Ratched—. Nunca dejes de soñar.

Cuando Vic lo vio por última vez esa noche, Giovanni estaba guiándolo hacia la casa a nivel del suelo. Mientras lo seguía, Hap lanzó una mirada a Vic por encima del hombro. Se detuvo frente a la puerta a observar cómo el joven y Rambo subían en el ascensor.

Contempló la casa desde su ventana, mientras, detrás de él, Rambo se acomodaba en su estación de acoplamiento y se preparaba para entrar en modo de reposo y recargar la batería durante la noche. Aunque abajo las luces estaban encendidas, no se apreciaba movimiento alguno.

—¿Qué crees que estarán haciendo? —preguntó Vic.

—Asegurarse de que no nos asesine mientras dormimos —dijo Rambo antes de apagarse. Solo quedó parpadeando una luz de un azul tenue.

Vic intentó permanecer despierto, dudando si bajar o no a hurtadillas para ver qué sucedía y preguntándose por qué su padre no se había llevado a Hap a su laboratorio. Aguantó solo unos minutos antes de sucumbir a la sensación de pesadez en el cuerpo y una nueva oleada de cansancio.

A duras penas consiguió llegar a la cama antes de caer redondo.

Ya estaba dormido antes de que su cabeza tocara la almohada.

Cuando abrió los ojos, una luz gris se colaba por las ventanas.

Parpadeó despacio.

Y soltó un grito ahogado al ver una figura que se alzaba imponente ante él.

—Buenos días —dijo la enfermera Ratched. Él estuvo a punto de caer al suelo, con el corazón latiéndole a trompicones—. ¿Has dormido bien?

—Te tengo dicho que no hagas eso —espetó Vic, y se dejó caer

sobre la almohada, frotándose el rostro con la mano.

—Lo sé. Pero lo he hecho de todos modos porque me divierte. Tienes alta la tensión arterial. Has sudado. ¿Estabas soñando?

Sí. Sueños vívidos y turbulentos en los que el cielo se llenaba de alas de mariposa rasgadas y hechas jirones.

—¿Qué ha pasado? ¿Algo va mal?

—No ha pasado nada, Victor. Al menos nada de lo que te imaginas.

—¿Dónde está él?

—Con Gio —respondió ella—. Nos hemos pasado toda la noche en vela, trabajando, mientras tú estabas tan a gusto en la cama, durmiendo. Sí, intento hacerte sentir culpable. ¿Lo estoy consiguiendo?

No del todo. Vic se incorporó y bajó los pies al suelo. Estaba frío. Se le puso la carne de gallina.

—¿Tienes algo que contarme?

—Sí —dijo Ratched—, aunque dudo que sea lo que tú querías saber. —Una imagen de Hap apareció en su pantalla—. Tal como sospechábamos, le borraron la memoria por completo. Los archivos de datos que quedaban han sido destruidos. Cuando afirma que no se acuerda de nada, dice la verdad. Lo retiraron de servicio, como a nosotros, y lo despojaron de todo cuanto sabía.

—¿Y sus protocolos?

—No lo sabemos. Los datos que hay están corrompidos, y cuanto más escarbemos, más daños podemos causarle. —Se apartó de la cama —. No paraba de preguntar por ti. Parece tener una fijación extraña, aunque no es capaz de explicar por qué. Es todo un enigma. Qué afortunados somos.

El somier chirrió cuando Vic se levantó de la cama. Bajó la vista. La estación de acoplamiento estaba vacía.

—¿Y Rambo?

La imagen del androide en la pantalla de Ratched cedió el paso a una versión bizca y dentuda de Rambo.

—Está interrogándolo. A Hap no le gusta que lo interroguen. Calculo que las probabilidades de sobrevivir de Rambo son del veinticuatro por ciento. Pero no pasa nada. Podemos aprovechar sus piezas como recambios. Me gustaría quedarme con los brazos, si te parece bien.

A Vic se le escapó un quejido. Le esperaba un día pesado.

La enfermera no mentía.

—¿En qué piensas? —oyó Vic que preguntaba Rambo cuando el ascensor llegó abajo—. ¿Qué te pasa por la cabeza en este momento? ¿Que tú y yo deberíamos ser mejores amigos? Porque, si se trata de eso, es lo mismo en lo que pensaba yo, y estoy de acuerdo. Nunca se tienen demasiados mejores amigos. Yo ya tengo tres. Bueno, dos: Vic y Gio. Ratched a veces es mi mejor amiga, pero como es una sociópata, no siempre resulta fácil.

—No —gruñó Hap—. No estaba pensando eso.

—Ah. Entonces ¿qué estabas pensando?

—A qué distancia podría lanzarte.

—Seguro que bastante lejos —dijo el aspirador—. Pero los mejores amigos no se lanzan unos a otros. Eso me lo enseñó Vic.

No era verdad.

Vic los encontró sentados cerca del huerto, bajo un cielo tapado por una gruesa capa de nubes. Ratched lo seguía, agrietando con sus orugas la fina costra de escarcha que cubría el suelo. Vic se arrebujó en su abrigo y se frotó los brazos para calentárselos.

A Hap le habían proporcionado una camiseta, que pertenecía a Gio, a juzgar por su aspecto, y le venía un poco holgada por delante. Se había vuelto a poner sus botas en algún momento y estaba sentado a la orilla del huerto. Papá, a cuatro patas, se movía con cuidado entre las hileras de plantas.

Hap fue el primero en oír que se acercaban. Se puso de pie, con su consabida expresión ceñuda. Arqueó las cejas.

—Has estado en r-reposo m-mucho rato. ¿Por qué?

Vic no sabía muy bien qué responder a eso.

—Porque lo necesito.

—¿Por qué?

—Es humano —dijo papá sin levantar la mirada—. ¿Ya no te acuerdas? Anoche estuvimos hablando de eso. Es diferente de ti y de mí. Tiene que descansar.

—Para r-recargarse.

—Eso es. Buenos días, Victor. ¿Has dormido bien?

El joven apartó la vista de Hap. No le gustaba el tono de voz de su padre. Se le antojaba demasiado desenfadado, demasiado tranquilo. No le parecía apropiado, aunque le habría costado explicar por qué.

—Supongo.

—Me alegro —dijo papá, pasando de la tercera hilera a la cuarta.

—¿T-te has recargado? —preguntó Hap.

—Sí —respondió Vic, retorciéndose las manos—. Lo mejor posible.

El androide no parpadeaba. Resultaba inquietante. Vic, incapaz de fijar la vista en su rostro, la posaba en él y la desviaba una y otra vez.

—¿Y haces eso t-todos los d-días?

—Casi todos.

—Qué interesante —dijo la enfermera—. Está aprendiendo. Retiene información. La utilizará en nuestra contra. Qué diabólico. Sigo encantada con su existencia. —Se acercó al autómata y comenzó a girar despacio en torno a él, con cuidado de evitar los bordes del huerto—. ¿Te alegras de ver a Victor hoy?

Giovanni se detuvo unos instantes antes de proseguir con su inspección.

La arruga en el ceño de Hap se hizo más profunda.

—¿N-no?

—¿Eso ha sido una pregunta? —Lo pinchó con un tentáculo. El androide intentó apartarlo de un manotazo, pero ella era demasiado rápida para él—. Me ha sonado a pregunta. Y si es una pregunta, eso significa que no sabes la respuesta.

—No —dijo de nuevo Hap, esta vez escupiendo la palabra.

—Interesante —dijo Ratched—. O estás siendo sincero o has aprendido a mentir, como Victor hizo hace poco. Gio, debes de tener los sentimientos en pie de guerra.

Hap volvió la cabeza con lentitud para mirarla mientras ella le picaba la cadera.

—S-sentimientos.

—Sí —dijo Giovanni, alzando por fin la vista. Se puso en cuclillas, y se apoyó en los muslos las manos con las uñas sucias de tierra—. Sentimientos.

—¿C-cómo es posible?

—Observamos. Aprendemos. Procesamos. Las cosas no siempre

fueron así. Pero cuanto más compleja se tornaba nuestra mente, más opciones se nos presentaban. Evolucionamos por mimetismo.

—Yo n-no tengo sentimientos.

—Eso dices. —Papá sacudió la cabeza con aire preocupado—. Voy a preguntarte algo y quiero que respondas con la mayor exactitud posible.

Hap dirigió una mirada a Vic antes de volverse de nuevo hacia Gio.

—Qué.

—¿Cuál es tu identificador?

Hap echó la cabeza hacia atrás como si alguien le hubiera lanzado un puñetazo. Abrió la boca, pero no emitió sonido alguno. Colocó la mano frente a su rostro y contempló sus dedos de madera.

—Hap —dijo—. Mi identificador es Hap.

—¿De verdad?

—Sí. M-me lo asignaron. Es m-mío.

—Y no quieres que te llamemos de otro modo.

—No.

—¿Por qué? —preguntó Giovanni.

Las facciones de Hap se distendieron por unos instantes antes de que le temblara la piel de debajo del ojo.

—N-no lo sé.

—¡Yo sí! —exclamó Rambo, agitando los brazos—. Yo sé por qué. ¡Pregúntamelo a mí! ¡Pregúntamelo a mí!

Giovanni rio entre dientes, a su pesar.

—¿Por qué, Rambo?

—Porque un identificador es un regalo —respondió Rambo—. Una identidad. Nos distingue de otros como nosotros. En toda la historia, no ha habido ningún otro Rambo. Y aunque lo hubiera habido, yo soy el mejor.

—Exacto —dijo papá—. Te da presencia.

—Pesa —dijo Hap—. El peso se nota. —Se llevó una mano a un lado de la cabeza.

—¿Y cómo te hace sentir?

Bajó la mano.

—Pues… —Crispó el rostro de nuevo antes de relajarlo—. Diferente.

—¿Diferente en plan bien o en plan mal?

—Diferente en plan diferente. Ni b-bueno ni m-malo.

—¿Que te llamen Hap te hace sentir diferente en plan diferente?

—Sí.

—Y te gusta.

—C-como la mariposa —dijo Hap.

Sin saber por qué, Vic notó una calidez en su interior. No se trataba de un sentimiento de validación. Tampoco se sentía halagado, pues Hap parecía cabreado por ello, aunque a lo mejor aquella era su expresión por defecto. Vic se preguntó por qué alguien había querido crear una máquina tan gruñona.

—Hap —dijo.

El androide lo miró.

El joven pasó su peso de un pie a otro, incómodo.

—Es un buen nombre.

—¿P-por qué te meneas así? —inquirió Hap—. ¿Por un fallo de funcionamiento?

—No —dijo Giovanni antes de que Vic pudiera responder, y este lo agradeció en el fondo. Notaba la lengua pastosa y la garganta seca —. No es por un fallo de funcionamiento. Él es diferente, al igual que tú. Está diseñado así.

Hap clavó los ojos en Vic, traspasándolo con la mirada. Acto seguido, comenzó a retorcerse las manos, dando saltitos de un pie a otro, en una extraña imitación de Vic.

—Basta —espetó Vic—. Para ya.

Hap paró.

—¿P-por qué? Si tú lo haces, yo puedo hacerlo también.

—Tú eres gilipollas —dijo la enfermera Ratched.

—S-soy gilipollas.

—Me gusta este juego —musitó Rambo. En voz más alta, añadió —: Ahora di: «Rambo es mi mejor amigo».

—N-no —dijo Hap.

Rambo bajó los brazos.

—Jo. Creía que funcionaría.

—No s-soy simpático —dijo Hap—. Soy un gilipollas. Soy Hap. Ese es mi identificador. No l-le haré daño a nada hoy.

—Ni nunca —dijo papá con suavidad.

—Ni nunca. A menos que...

—¡A menos que nada! —exclamó Rambo—. ¡No puedes decir «a

menos que»!

Hap frunció el ceño.

—S-sí que puedo. Acabo de decirlo. A menos que. A menos que. A m-menos que.

—Ay, Señor —gimió el aspirador.

Giovanni se puso de pie despacio, con un quejido.

—Ven. A ver qué descubrimos.

Encabezó la marcha hacia la casa a nivel del suelo. Hap seguía a Vic de cerca, como si temiera que desapareciera en cuanto despegara los ojos de él. Vic —acostumbrado a que Rambo y Ratched fueran su sombra— no sabía cómo tomárselo. Nunca había oído que una máquina pudiera obsesionarse con alguien. Supuso que tal vez a Rambo y, en menor medida a Ratched, les había ocurrido una cosa similar, pero tenía la sensación de que en este caso se trataba de algo distinto. Más intenso, en cierto modo. «Demasiado», pensó mientras Hap se arrimaba a él en la puerta.

Se detuvieron cerca del sillón de papá, aunque este, en vez de acomodarse en él, invitó con un gesto a Hap a sentarse. El androide así lo hizo, apoyándose la palma de las manos en los muslos.

—¿Recuerdas lo que te dije anoche, antes de que fuéramos al laboratorio?

Hap asintió con movimientos torpes de la cabeza, como si no estuviera acostumbrado.

—Que n-no me harás daño a menos q-que yo te obligue.

Papá arrugó el ceño.

—No hablé de hacerte daño, sino de pararte los pies.

Hap alzó la vista hacia él.

—¿Q-qué diferencia hay?

—¿Es posible hacerte daño?

El autómata ladeó la cabeza.

—No entiendo.

—Sufrir daño implica sentir. ¿Qué sientes tú?

—Siento que haces d-demasiadas preguntas.

Su respuesta pilló por sorpresa a Vic, que estuvo a punto de soltar una carcajada, aunque intentó reprimirla. Aparentemente no lo

consiguió, pues Hap se quedó mirándolo.

—¿Q-qué ha sido eso?

—Risa —respondió Giovanni, que a su vez parecía estar pugnando por contener una sonrisa—. Le ha hecho gracia.

—Yo n-no hago gracia.

—Eso es subjetivo —dijo papá—. Puedes...

Hap emitió un sonido grave y áspero muy cerca de los oídos de Vic, que tardó un momento en comprender de qué se trataba: risotadas. El androide se estaba riendo. El sonido cesó tan deprisa como había empezado.

—A-así.

—Fascinante —dijo Ratched, y en su pantalla desfilaron líneas de código y ecuaciones más rápidamente de lo que Vic podía leerlas—. Ha sido una imitación asombrosa.

—¡Haz de mí! —clamó Rambo—. ¡Haz de mí!

—«Haz de m-mí» —dijo Hap con una mueca desdeñosa en los labios—. «Haz de m-mí. Hablo p-por los codos».

—Huala —dijo el aspirador—. Lo has clavado.

—Está aprendiendo —dijo papá, agachándose frente a Hap—. Sus progresos no harán sino continuar, y seguramente a un ritmo exponencial.

—¿Por qué? —preguntó Vic.

Papá suspiró.

—Por ti, Victor.

Al joven se le formó un nudo en el estómago.

—Hap —dijo su padre—. ¿Nos lo enseñas?

El androide paseó la mirada por cada uno de ellos antes de posarla en Vic, que asintió. Se agarró el dobladillo de la camiseta y se la quitó, estirándole el cuello al sacar la cabeza. La dobló con cuidado antes de colocársela en el regazo.

La madera del pecho y el rostro relucía bajo la fría luz de la mañana que entraba por las claraboyas.

—Esto —dijo papá, señalándola—. ¿Por qué lo has hecho?

—La piel no... —empezó a decir Ratched.

—Gracias, enfermera Ratched, pero quiero que me responda Victor.

Ella se quedó callada.

Vic chasqueó los nudillos sin pensar.

—Pues... —Se aclaró la garganta—. Eran desgarrones demasiado grandes para cerrarlos. Y como no podíamos cultivar piel nueva tuve que usar lo que había a mano.

—¿Y por qué no utilizaste metal?

Vic desvió la vista.

—Él ya es casi todo de metal. Por dentro. Pensé que la madera le quedaría mejor. Que le daría un aspecto más... —Se esforzó por encontrar palabras adecuadas para describir lo que intentaba expresar. Tenía el concepto en la cabeza, pero era algo impreciso y poco firme.

—Propio de un Histérico y Amargado Pelele —dijo Hap.

—¡Eso se me ocurrió a mí! —saltó Rambo.

—Eso —dijo Vic, aunque en el fondo no estaba del todo de acuerdo—. Es... Creía que quedaría mejor así.

—Y lo tallaste tú mismo.

—Con la ayuda de la enfermera Ratched.

—Gracias, Victor. Siempre he soñado con que me pongan a los pies de los caballos. —Un equino bayo apareció en su pantalla y pisoteó una y otra vez a una versión pixelada de ella misma—. Sí, yo lo ayudé.

—Hap —dijo Giovanni—. ¿Nos abres tu pecho, por favor?

El autómata se dio un toque en el esternón, y la puerta del compartimento se deslizó arriba. El corazón estaba igual que la noche anterior: latiendo, con la maquinaria en marcha. Vic no pudo evitar experimentar el mismo orgullo que lo había embargado entonces, una sensación de éxito teñida de culpa.

—¿Y esto? —preguntó papá en voz baja—. ¿Por qué me lo habías ocultado?

Vic se removió inquieto, intentando poner en orden sus ideas, pero revoloteaban en torno a él como mariposas, fuera de su alcance.

—Yo no... —Respiró hondo antes de volver a intentarlo—. Yo quería... —¿Cómo continuar? Optó por algo que no sonara a mentira —. No sabía si funcionaría.

Papá asintió despacio.

—¿Por qué lo construiste?

Buena pregunta. ¿Por qué?

Le dio la única respuesta posible.

—Tenía que saber si era capaz de hacer lo que habías hecho tú. Por si acaso.

Giovanni se enderezó y, antes de que Vic pudiera moverse, lo estrechó con fuerza en un abrazo. El joven le apoyó la barbilla en el hombro. Hap los observaba con atención, con la cabeza ligeramente ladeada y sin parpadear.

—Mi maravilloso muchacho —musitó papá—. Mi atolondrado y encantador muchacho. —Se apartó, agarrando a Vic por los hombros.

Este se disponía a negar con un gesto, pero se contuvo. Necesitaba que su padre lo entendiera.

—Merece una oportunidad. Todos la merecemos. Tú me lo enseñaste. Tenía que ayudarlo. No podía dejarlo ahí tirado, sin más.

Giovanni se quedó mirándolo un buen rato antes de volverse.

—Tu corazón, Hap.

El androide bajó los ojos antes de erguir la cabeza de nuevo.

—S-sí.

—Es tuyo.

—Sí.

—Y quieres conservarlo.

La portezuela del compartimento se deslizó hasta cerrarse.

—No puedes q-quitármelo. Es mío. V-Victor me lo dio.

Al joven no habría debido afectarle tanto oír su nombre en boca de Hap. Visto desde una perspectiva más amplia, era una nimiedad. Sin embargo, había algo en ello que lo hacía sentirse importante e insignificante al mismo tiempo.

—En efecto —convino su padre—. Y por eso no te lo quitaré. Será tuyo mientras lo quieras. Pero te advierto que un corazón no es como la batería que llevabas antes. Es fuerte, pero frágil.

—¿C-cómo puede ser las dos c-cosas a la vez?

Papá soltó una risotada, aunque sonó un poco forzada.

—Es lo que es. Tal vez sea una suerte que no recuerdes tu vida anterior, pues ya no volverá. El corazón es... —Sacudió la cabeza—. Es algo especial. Te elevará el ánimo. Te dolerá sin motivo. Si produce los mismos efectos en ti que en mí, descubrirás en tu interior sentimientos que no creías posibles. Eres una máquina, Hap. De eso no cabe duda. Pero un corazón lo cambia todo. Había una vez un leñador de hojalata. Decía «prefiero el corazón, porque el cerebro no te hace feliz, y la felicidad es lo mejor que hay en el mundo».

Rambo se rio.

—¿De hojalata? ¿Seguro? Me suena a bulo, pero vale.

—Ya lo creo que estoy seguro —dijo papá—. Hap, te ayudaré en la medida de mis posibilidades. Todos te ayudaremos. Pero no olvides nunca que Victor te dio la vida que fabricó con sus propias manos. Y ahora, si me disculpas...

Acto seguido, papá giró sobre los talones y salió de la casa a nivel del suelo. Desde la ventana, Vic lo vio internarse en el bosque. Sabía que no iría muy lejos. Decía que el silencio le ayudaba a pensar.

Después —mucho después, cuando ya era demasiado tarde—, Vic se preguntaría por qué su padre no les había revelado lo que sabía. El mundo, dotado de unos colmillos afilados y fieros, estaba a punto de hundirlos en la piel de Vic.

Capítulo 9

Hap se convirtió en su sombra. Seguía a Vic a todas partes, aunque con poco entusiasmo. Al laboratorio, al bosque, a la cocina, a la casa a nivel del suelo. Intentó acompañarlo al baño y puso mala cara cuando Victor le dijo que tenía que esperar fuera.

—¿P-por qué?

—Necesito privacidad.

—Victor tiene que descargar el vientre —dijo Ratched—. Va como un reloj. Victor, haz el favor de guardarme una muestra. Ya pronto te toca un chequeo. Un Victor sano es un Victor contento.

El joven cerró de un portazo y se quedó dentro del baño más tiempo del necesario.

Cuando abrió la puerta de nuevo, Hap seguía ahí, de pie, aguardando, junto a la enfermera.

—¿Q-qué estabas haciendo? —le preguntó el androide, ansioso—. Se oían ruidos como si estuvieras dañado.

—No tengo tiempo para esto —refunfuñó Vic, abriéndose paso entre ellos hacia el puente de cuerda.

En el laboratorio, Vic revisó las piezas de madera con que había reparado a Hap. Empezó por la mano y el brazo, y comprobó si se habían agrietado durante la huida del autómata por entre los árboles. No había sido así, de modo que pasó a examinar el pecho y la espalda. Luego, la mejilla. Dejó la pierna para el final.

Hap, sentado en la mesa con los pies colgando, no le quitaba ojo. Se había desvestido por indicación de Vic y le había preguntado por qué quería taparle el regazo desnudo con una manta.

Victor le levantó la pierna y, al extenderla, oyó crujir los huesos metálicos bajo la madera. La articulación de la rodilla se bloqueó, y él enseguida comprendió por qué. La rótula de madera le había salido un poco más grande de la cuenta, un error fácil de cometer, pero también

de subsanar.

Cogió una herramienta pequeña que estaba sobre el banco de trabajo y se la mostró a Hap.

—Esto es una gubia curva corta.

Hap arrugó el ceño.

—¿Para qué s-sirve?

—Para rebajar la madera. Se te traba la rodilla. Por eso das tantos traspiés. Puedo arreglártela, si quieres.

—¿Se requiere la sedación del paciente? —inquirió la enfermera Ratched—. Puedo echar una mano, si hace falta.

—No —dijo Victor, volviéndose a tiempo para pillarla replegando lentamente en su interior un mazo de metal—. No te haré daño.

—D-daño —repitió Hap—. No m-me harás daño a m-menos que yo te fuerce a ello. —Era lo que había dicho su padre, no palabra por palabra, pero se acercaba bastante—. ¿Qué es el d-daño?

—Ay —chilló Vic cuando Ratched le propinó un coscorrón—. ¿A qué ha venido eso?

—Ya lo sabes —dijo ella—. Hap, acabas de ver una demostración práctica de lo que es hacer daño.

El androide los miró con el ceño fruncido.

—Está bien. Adelante. N-necesito contar con plena m-movilidad. S-sería peligroso que no la t-tuviera, dado lo f-frágil que eres.

—Sí que lo es —dijo Ratched, y Vic la fulminó con la mirada—. Quebradizo. Tiene un diseño de lo más defectuoso, si lo piensas bien. Los humanos son demasiado blanditos.

Vic puso cara de exasperación y se arrodilló frente a Hap. Le indicó por señas a la enfermera que le sujetara las piernas mientras se enjugaba el sudor de la frente. Le dio las gracias a Rambo cuando este bajó la lupa, y fue probando los diferentes tamaños hasta dar con el que necesitaba.

—¿Listo? —le preguntó al autómata.

Este no respondió.

Vic presionó la herramienta contra un lado de la rótula, listo para arrancar virutas hasta que encajara mejor.

—Ay —dijo Hap.

Sobresaltado, Vic alzó la vista con los ojos desorbitados.

Hap lo miró desde arriba.

—Ay —dijo de nuevo—. Eso me ha d-dolido.

—¿Qué? ¿En serio? —dijo Vic con incredulidad—. ¿Cómo es posible...? No lo entiendo. Eso no debería haberte...

—Era una p-práctica —dijo Hap—. Estaba p-practicando. Ay. Dolor. Daño. —Su rostro se crispó en una mueca antes de relajarse.

—No puedes hacer eso —dijo Vic.

—¿P-por qué?

—Porque no te ha dolido. Ni siquiera había empezado todavía.

Hap asintió.

—Es-esperaré a q-que empieces.

Vic se colocó de nuevo de rodillas y agarró la gubia corta.

—No es así como... Tú solo estate quieto. No te muevas.

Hap se quedó paralizado, sin pestañear siquiera, y con la boca ligeramente abierta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Victor, alzando la mano y agitándola frente a la cara del androide. No hubo reacción alguna.

—¿Está muerto? —susurró Rambo, nervioso—. ¿Lo hemos matado? Ay, no. Ay, no. Ahora nunca tendré un mejor amigo hasta que encontremos a otro y me haya olvidado de que Hap existió.

—No se mueve porque Vic se lo ha ordenado —dijo Ratched, con su voz monótona de siempre, aunque se apreciaba en ella un deje... ¿socarrón? Vic no estaba del todo seguro.

—Hap, muévete —dijo.

Hap se movió, parpadeando despacio.

—D-decídete de una vez.

Cómo no. Cómo no iba a reaccionar así.

—No tienes que hacer todo lo que yo diga.

—Lo sé —dijo el autómata—. Acaba ya con esto. Tengo frío.

Sin saber muy bien si Hap hablaba en serio o no, Vic apretó los dientes y volvió a inclinarse hacia delante, con el rostro a solo unos centímetros de la lupa. Acercó la gubia una vez más y la sostuvo un palmo por encima de la madera, esperando a ver si el androide intentaba engañarlo de nuevo.

No lo hizo.

El joven bajó la herramienta y la apretó contra la rodilla. Los tendones se le marcaron en el dorso de la mano mientras deslizaba la gubia corta hacia abajo. Una fina y curva hoja se desprendió de la madera mientras rebajaba el borde de la rótula.

—Eso lo noto —dijo Hap, pero no intentó apartarse.

—¿En serio? —preguntó Ratched—. Qué curioso. ¿Y qué notas?

—Presión.

—¿Es desagradable?

—N-no. No d-duele. No hay pupa.

Vic comenzó a trabajar más deprisa. Hizo una pausa después de arrancar una segunda viruta para pedirle a la enfermera que le extendiera y le doblara la pierna a Hap. Seguía trabándose, así que Vic la rebajó un poco más.

—Ya está. Prueba a ver qué tal.

Hap se puso de pie, y la manta cayó al suelo.

—Está desnudo —señaló Rambo innecesariamente.

Vic mantenía la vista fija en la rodilla del autómata.

—¿Y ahora q-qué? —preguntó este.

—Da unas vueltas por aquí. A ver si la pierna va más suelta.

Como no podía ser de otra manera, Hap se lo tomó al pie de la letra. Se puso a caminar en círculo por el laboratorio con un andar patoso y las piernas rígidas.

—No —dijo Vic, y Hap se detuvo—. Camina de forma normal.

—¿Qué es n-normal? —preguntó el androide.

—Algo que no encontrarás por aquí —dijo Ratched.

En ese momento, Vic odiaba a todos los presentes en el laboratorio.

—Tú solo... camina. Doblando las rodillas. Haz lo que haces normalmente.

—N-normal —dijo Hap—. S-soy normal. Quieres que haga lo que hago n-normalmente.

—Sí.

Hap asintió.

Y arrancó a correr hacia la puerta, que seguía colgada de las bisagras.

Vic se lanzó tras él, tambaleándose, con Ratched y Rambo a la zaga. Los tres consiguieron cruzar el vano a tiempo para ver a Hap saltar por un lado del puente de cuerda. Tras impactar en el suelo con fuerza, se enderezó desde su postura acuclillada y salió disparado como una flecha, tan deprisa que Vic apenas podía seguirlo con la mirada. Este contempló atónito como el androide avanzaba a toda velocidad entre los árboles, con movimientos enérgicos de brazos y piernas. Cuando se encontraba cerca de un viejo roble, alargó el brazo

de golpe y se agarró al grueso tronco, haciendo saltar trozos de corteza en todas direcciones. Aprovechó la inercia para darle la vuelta al árbol y propulsarse como un cohete en la dirección opuesta.

Se aproximaba a la casa a nivel del suelo, y Vic estaba convencido de que iba a estrellarse contra ella. En vez de ello, dio un salto en el último segundo, se encaramó al tejado y brincó sobre las claraboyas con agilidad antes de aterrizar al otro lado de la casa.

—Bueno —dijo Ratched—. Supongo que la normalidad es subjetiva. Aún está desnudo.

Vic se había quedado sin habla. Observó asombrado que Hap corría hacia otro árbol. Saltó y se aferró a una rama. Esta se rompió, pero no antes de que el androide se balanceara hasta la más cercana, y luego a la siguiente. Llegó a la copa del árbol en solo unos segundos. Desde ahí, se arrojó hacia la zona más alejada del complejo y cayó cerca del laboratorio de Giovanni. Cruzó a la carrera los puentes interconectados antes de frenarse derrapando frente a Vic y bajar la vista hacia él.

—F-funciona —le anunció al pasmado joven—. Con n-normalidad.

—Sí —dijo Vic con una vocecilla débil—. Supongo que sí.

Hap no entendía muchas cosas. Por eso estaba lleno de preguntas.

—¿Q-qué haces?

—Estoy comiendo —dijo Vic. Se encontraba de pie delante de los fogones de la cocina, frente a una cacerola burbujeante.

—¿Por qué?

—Porque tengo que comer.

—¿Por qué?

—Porque mi cuerpo lo necesita. Si no como, moriré de hambre.

—M-morir de hambre —dijo Hap. Miró cómo Vic cogía un cucharón y servía el estofado en un plato hondo que luego depositó sobre la mesa. Se acercó la cuchara a la boca y le sopló al estofado para enfriarlo.

—¿P-por qué haces eso?

Vic suspiró.

—Porque está muy caliente.

El autómata asintió.

—Muy caliente. Pero te lo comes de todos modos porque s-si no te m-morirías.

—Así es.

—¿Cada cuándo lo necesitas?

—¿Comer? —Vic parpadeó—. Un par de veces al día.

—Es absurdo —opinó el androide—. ¿Por q-qué q-querría alguien d-depender de algo así, y más si está m-muy caliente?

Vic no sabía qué responder a eso.

—No es que quiera, es que lo necesito para vivir.

—Es ilógico. Yo t-te ayudaré.

Antes de que el joven pudiera reaccionar, Hap inspiró a fondo, hinchando los carrillos. Agachó la cabeza sobre el cuenco y sopló. No fue una exhalación normal: salió como un vendaval. El plato salió despedido de la mesa, salpicando de estofado el suelo y las paredes.

—Listo —dijo Hap—. Ya no está caliente. Consúmelo para que no te m-mueras.

Dio media vuelta y salió de la cocina.

—¿Q-qué haces?

A Vic le entraron ganas de gritar. Respiró hondo y espiró despacio.

—Me preparo para acostarme. Estoy cansado. Ha sido un largo día. Necesito dormir.

—Entrando en modo de reposo —dijo Rambo mientras se conectaba a su estación de acoplamiento, meneándose para ponerse cómodo—. Es hora de recargarse.

—Recargarse —dijo Hap—. Dormir. ¿Para qué?

Vic se contuvo a duras penas de darse de cabezazos contra la pared.

—Ya hemos hablado de esto. Tengo que dormir. Es como el comer. Lo necesito.

—Para no m-morirte.

—Eso. —Vic retiró el edredón de su cama y se sentó. El somier se combó ligeramente bajo su peso. Le crujió la mandíbula al bostezar.

Hap ladeó la cabeza.

—¿Q-qué hago yo mientras os recargáis?

—Busca a papá —dijo Vic en tono cansino—. Ya debe de haber regresado. O a la enfermera Ratched. O puedes quedarte aquí, pero tienes que estarte callado. No debes hacer ruido mientras duermo.

—M-me quedaré aquí —dijo el androide.

Vic cerró los párpados y posó la cabeza en la almohada.

Unos instantes después, abrió un ojo.

El autómata estaba de pie junto al lecho, mirándolo.

—¿Qué pasa? —espetó Vic.

—C-callado —dijo Hap—. Estoy callado. No debo hacer r-ruido mientras te recargas.

Con un gruñido, Vic se volvió cara a la pared y agitó la mano hacia Hap.

—¿Por qué no... te sientas? O continúa de pie, pero en otra parte.

Oyó que el androide se alejaba.

Cerró los ojos de nuevo. No supo en qué momento se quedó dormido, pues estaba atento al suave rumor de los engranajes en el pecho de Hap.

Era muy temprano en la mañana cuando abrió los párpados. Adormilado, se frotó el rostro y chasqueó los labios. Tras apoyar los pies en el suelo, estiró los brazos por encima de la cabeza.

A duras penas consiguió reprimir un grito al ver a Hap de pie en un rincón de su habitación, observándolo con fijeza.

—¡Pero ¿qué haces?! —le preguntó.

—Estaba esperando —respondió el autómata—. Mientras tú te r-recargabas. Haces ruido. —Abrió la boca de par en par y comenzó a soltar unos ronquidos insufribles. Se interrumpió tan de golpe como había empezado—. ¿Eso t-te ayuda a r-recargar?

Con un quejido, Vic se dejó caer de nuevo sobre la cama.

Hap era un capullo, sí.

Sin embargo, Vic tardó más de lo que estaba dispuesto a reconocer en darse cuenta de hasta qué punto era capullo.

Aunque observaba cada movimiento de Vic y lo seguía como si estuviera atado a él, nunca se guardaba de comentar lo absurdas que le parecían las cosas que hacían. Eso cuando no estaba acribillándolo a

preguntas, claro está. Victor habría dado lo que fuera por no volver a oír jamás las palabras «por qué».

—¿Por qué haces eso? —le preguntó Hap cuando le anunció que iba a ducharse.

—Para lavarme. —Vic se dirigía hacia el baño con una toalla al hombro.

—¿P-por qué necesitas lavarte? —quiso saber Hap, caminando detrás de él.

—Porque no quiero estar sucio.

—Y ducharte t-te ayuda.

—Sí. El agua me limpia la piel. Y también el jabón.

—Los humanos sois sucios —señaló Hap—. Por eso necesitáis lavaros.

—Sí.

—Yo no soy hu-humano.

—No.

—¿N-necesito estar limpio?

Vic se detuvo frente a la puerta del baño y echó un vistazo hacia atrás. Hap aún llevaba la ropa que le habían regalado. Estaba despeinado, con las puntas del cabello apuntando en direcciones extrañas.

—No. Tu... tu piel no secreta grasa ni sudor, a diferencia de la mía.

—M-me ducharé contigo —dijo Hap.

A Vic le entró un ataque de tos ronca.

El androide frunció el ceño.

—¿Te estás muriendo? ¿N-necesitas comer y recargarte?

—¡No puedes ducharte conmigo!

—¿Por qué?

—Porque eso se hace en privado.

Hap asintió.

—Como cuando d-descargas el vientre.

—¿Qué? No, no es lo... ¿Sabes qué? Sí. Es exactamente lo mismo.

—Entiendo.

Esto llenó de alivio a Vic.

—Me alegro. —Se volvió de nuevo hacia la puerta, la cruzó y se dispuso a cerrarla tras de sí, pero notó que topaba con algo. Miró hacia atrás. El autómata estaba plantado en el vano—. ¿Qué haces? —

preguntó Vic, irritado.

—A-agua —dijo Hap—. Podrías ahogarte. T-te vigilaré para asegurarme de que no te pase nada.

Vic lo sacó por la puerta a empujones. Aunque era como empujar un peñasco, de algún modo logró echarlo del baño.

—No me voy a ahogar. No entres.

Hap puso los ojos en blanco, y Vic se quedó inmóvil unos instantes, asombrado ante aquel gesto tan inconfundiblemente humano.

Con la ardiente sensación de haberse sumergido en un lago helado, Vic cerró la puerta.

Sin hacer ruido, Vic recorría la línea de trampas por entre los árboles, rodeado por los sonidos del bosque. Al echar una ojeada hacia atrás, vio que Hap lo seguía, imitando su andar sigiloso.

Rambo, en cambio, iba a piñón fijo, sin preocuparse de nada, canturreando que estaba en el cielo, bailando mejilla con mejilla, mientras le propinaba golpecitos en las espinillas a Hap para que avivara el paso.

—Haz el favor de callarte —masculló Vic.

—Estoy c-callado.

—Tú no; Rambo.

—Ahí va —dijo el aspirador—. Perdón. Me había olvidado de lo que estábamos haciendo. No me oirás soltar ni un pitido hasta que me digas... ¡Cómo mola, una piña! ¡Me encantan las piñas! —Rodeó a Hap y se abalanzó hacia delante para recoger la piña del suelo—. Es brutal, la repanocha —musitó, acercándola a sus sensores y dándole vueltas y más vueltas entre las pinzas—. ¿Puedo quedármela, Vic? ¿Porfa? ¿Porfa? ¿Puedo quedarme con esta piña?

Vic suspiró.

—Ya tienes bastantes en casa.

—¡Pero... pero esta es mejor que todas las demás! Fíjate, hasta tiene espinas.

—Te harás d-daño —le dijo Hap, hosco y molesto—. Pupa. Te vas a hacer p-pupa.

Rambo dejó caer la piña como si quemara.

—Huy, no. ¡Vic! Podría hacerme daño en... Ah. Espera. Es verdad. No puedo sentir dolor. Perdón. ¡Disculpadme todos! Por un momento me he olvidado de quién soy. No volverá a ocurrir. Me limitaré a...

Hap le dio un pisotón a la piña y la aplastó bajo la suela de su bota.

—¡Oye! —protestó Rambo—. ¿Por qué has hecho eso? Has dejado un estropicio. No debes hacer estropicios. ¿Quién lo va a recoger? ¿Tú? No me hagas reír. No sabes aspirar como yo. —Pasó por encima de la piña rota y, con los motores zumbando, aspiró los pedazos—. Huy, qué cosquillitas.

Sacudiendo la cabeza, Vic reanudó la marcha.

La primera trampa estaba vacía. También la segunda. En la tercera, en cambio, había un conejo grande con los ojos vidriosos y el cuello partido por la pieza de metal. Vic se agachó torciendo el gesto. No llevaba mucho rato muerto. Aún no habían acudido las moscas.

—¿Qué es? —preguntó Hap.

—Comida —respondió el joven mientras levantaba la barra del pescuezo del animal. Algo húmedo y repugnante se movió en su interior. Durante mucho tiempo, Vic se había resistido a ocuparse de las trampas. Papá se había encargado de ello sin quejarse. La renuencia de Victor no se debía exactamente al miedo, ni tampoco a un sentimiento de pena. El tacto de la piel del conejo, junto con la rigidez que enseguida se apoderaba de su cuerpo, le causaban repelús. Por fortuna, no parecía que aquel hubiera sufrido. Había tenido una muerte rápida.

—Lo has m-matado.

A Vic se le encendieron las mejillas.

—No me queda otro remedio. Lo necesito para subsistir. Solo me procuro lo que necesito.

—Y n-necesitas esto.

—Sí.

Hap asintió antes de ponerse de pie y echar a andar entre la fronda.

—¡¿Adónde vas?! —le gritó Vic, a su espalda.

—T-te ayudaré. Quédate ahí.

Exhalando un suspiro, Vic se concentró de nuevo en el conejo. Tras sacar un trapo viejo de su cartera, lo extendió en el suelo. Cogió

el animal con aprensión y lo depositó sobre la tela antes de envolverlo en ella.

—¿Adónde va? —preguntó Rambo.

—No lo sé.

—¿Deberíamos preocuparnos?

—Seguramente.

Los minutos transcurrieron con lentitud. Cuando Hap regresó al fin, a Vic le dio la impresión de que habían pasado horas. Se asomó por detrás del árbol, listo para reñirlo por desaparecer durante tanto rato, pero las palabras se le ahogaron en la boca.

El androide llevaba en brazos cuatro conejos que se retorcían con desesperación.

—Pero ¿qué haces? —inquirió Vic, horrorizado.

—Parad —les dijo Hap a sus presas—. Dejad de moveros para que Vic p-pueda mataros y c-comeros y entonces no se muera. —Los conejos no lo escuchaban. Por poco se le cayó uno, pero consiguió pillarlo por las patas traseras. El animalillo, asustado, emitió un sonido extraño.

Vic se cayó de culo.

—¿Los has atrapado tú?

—No ha sido d-difícil. ¿Por qué? ¿Para t-ti sí lo es?

—¿Qué? No. Eso no es lo que... Déjalos en el suelo.

El autómata arrugó el ceño.

—Pero se irán c-corriendo y tendré que p-perseguirlos de nuevo. Eso es ab-absurdo. —Bajó la vista hacia los conejos antes de posarla de nuevo en Vic—. A no ser que eso les dé mejor sabor.

Vic se levantó y se sacudió la tierra.

—¿Quieres hacer el favor de soltarlos? ¡No los necesitamos! Tengo suficiente.

—¿De veras? —preguntó Hap—. ¿Estás s-seguro?

—Sí.

El androide se encogió de hombros, y a Vic le impresionó de nuevo la rapidez con que había adaptado sus comportamientos. En solo unos días, había dejado atrás la imitación. Pronto sería como Gio.

Hap dejó caer a los conejos, que en cuanto tocaron el suelo salieron corriendo y se dispersaron por el bosque. Él los siguió con la vista antes de bajarla hacia sus brazos. Tenía la piel salpicada de cagarrutas húmedas.

—¿Qué es esto? —inquirió. Se las acercó a la nariz y las olfateó —. Huelen. ¿Mal? Bien s-seguro que no.

—El conejo te ha descargado el vientre encima —observó Rambo, en un tono bastante más jovial de lo que justificaba la situación—. Qué ganas de contárselo a la enfermera Ratched.

Hap puso mala cara.

—¿Como hace Victor a p-puerta cerrada? Eso se hace en p-privado. Encontraré al c-conejo responsable de esto. Pagará por haber d-descargado el vientre en público. —Giró sobre los talones para marcharse con paso furioso, pero se detuvo cuando Vic lo agarró del brazo. Con el ceño arrugado, miró la mano que le sujetaba el antebrazo.

—Eso lo n-noto.

—No te muevas.

Hap se quedó inmóvil.

Sacudiendo la cabeza, Vic abrió su cartera y sacó una botella de plástico desgastada. Soltó el brazo de Hap, que seguía paralizado y extendido. Tras desenroscar la tapa, vertió el agua sobre el autómata para lavar las cacas. Cuando terminó, guardó la botella y retrocedió unos pasos.

Hap permanecía petrificado.

Vic soltó un resoplido.

—Ya puedes moverte.

Y Hap se movió, acercándose el brazo al rostro y entornando los párpados.

—Limpio —dijo—. Agua. Ducha. Nos hemos d-duchado juntos.

—Nada de eso.

Hap lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Estás seguro?

Vic se dirigió de nuevo hacia la trampa con paso resuelto. La reajustó antes de meter el conejo envuelto en su cartera. Dio media vuelta y se encaminó de regreso a casa sin mirar atrás.

La cuarta noche, Hap descubrió la música.

Estaba sentado en el laboratorio de Vic, con las manos entrelazadas sobre el regazo, cuestionando todo lo que hacía el joven.

Este ya casi no le prestaba atención y se limitaba a farfullar entre dientes medias respuestas que de poco servían para satisfacer su curiosidad. Ratched estaba al descubierto ante él, pues se le había fundido la pantalla.

—Por lo general me encargo de esto yo misma —le aseguró ella a Hap mientras Victor descubría la causa del problema: parte del cableado de la enfermera estaba en las últimas—. Pero dejo que Victor me eche una mano para que se sienta útil.

—Lo n-necesita —dijo el autómata.

—Sí —dijo Ratched—. Necesita validación constante. Activando protocolo de empatía. Lo estás haciendo muy bien, Victor. Estoy muy orgullosa de ti. Desactivando protocolo de empatía. ¿Te falta mucho? No me gusta que me manosees con las manos frías.

Vic no le hizo caso. Una vez concluida su labor, recogió sus herramientas y las llevó al banco de trabajo.

Hap estaba sentado en su silla, tieso como una escoba, con la cabeza ladeada, como si escuchara. Tenía una expresión extraña, distante y abstraída.

—¿Qué ocurre? —preguntó Vic—. ¿Te pasa algo?

—S-sonido. ¿Qué es ese s-sonido?

Victor aguzó el oído, pero no percibió sonido alguno.

La enfermera sí.

—Es música. Gio está escuchando un disco en la casa a nivel del suelo.

Hap se puso de pie con tal brusquedad que la silla se estrelló contra la pared. Se dirigió hacia la puerta sin decir una palabra. Antes de que Vic pudiera ordenarle que se detuviera, se lanzó por encima de la baranda.

—Cómo me gustaría poder hacer eso —dijo Rambo—. Queda muy aparente. Voy a hacerlo. Que nadie intente impedírmelo esta vez.

Vic consiguió agarrarlo antes de que llegara al antepecho.

—No.

Rambo profirió un pitido insolente.

—¡Eh! Que he dicho que *no* intentéis impedírmelo.

—Coge el ascensor —le dijo Vic—. Solo porque alguien haga algo no significa que tú tengas que hacerlo también.

—Qué profundo —dijo Ratched—. Me has impresionado, Victor.

Más tarde, por la noche, cuando Vic estaba recogiendo y

cerrando el laboratorio, se perdió en sus pensamientos. En cierta ocasión, cuando tenía diez años, de pronto se había obsesionado con el hecho de que no era un androide como su padre. Esto lo alteró mucho y lo sumió en una espiral de ofuscación durante dos días. Estaba inconsolable. Intentó explicarle a su padre que eran distintos, pese a que este insistía en que sus diferencias carecían de importancia. Sin embargo, a Victor sí le importaban. Quería extraerse hasta la última gota de sangre, cambiarse los huesos y tendones por piezas metálicas y cables. No sabía expresar el porqué de una manera que resultara satisfactoria para los dos. Giovanni había intentado tranquilizarlo, convencerlo de que era perfecto tal como era, pero Vic no atendía a razones.

Al final del segundo día, estaba agotado, sentía como si tuviera los ojos llenos de arena, tenía la cabeza a punto de reventar y las ideas revueltas. Papá se había sentado a unos metros de él para darle espacio, con las piernas dobladas y las manos sobre las rodillas.

—Victor, escúchame —le había dicho.

El joven no alzó la vista hacia su padre, pero lo escuchó. Por toda respuesta, soltó un leve gruñido.

—No somos iguales —dijo papá en tono afable y suave—, pero sabes que yo estaba solo y triste antes de que llegaras a mi mundo. Me brindaste esperanza, Victor. Me nació en los dedos de los pies y se me extendió por el resto del cuerpo hasta asentarse con firmeza en mi pecho. Desde entonces, nunca me ha abandonado. Al contrario, evolucionó hasta convertirse en algo mucho más grande. Y es gracias a este sentimiento que puedo asegurarte que no hace falta que seas como yo. Necesito que seas tal como eres.

Vic no respondió nada en ese momento, pero escuchó aquellas palabras, que se le quedaron grabadas para siempre.

Permanecía en silencio mientras el ascensor bajaba. Siguió a sus amigos hacia la casa a nivel del suelo y se detuvo un momento en la puerta.

Papá estaba sentado en su butaca, con una expresión extraña. No se volvió hacia Vic. Mantenía los ojos clavados en Hap.

El androide, de pie frente al gramófono, se contoneaba como mecido por la brisa de los metales, el suave tss, tss, tss de los platillos, el repiqueteo de las teclas del piano.

—¿Esta de quién es? —susurró, meneándose de un lado a otro.

—De Miles Davis —dijo papá con una sonrisa discreta—. *Kind of Blue*. De 1959. Fue un año crucial para el *jazz*. John Coltrane, Duke Ellington, Sonny Clark... ¿Te gusta?

—No lo sé —dijo Hap sin tartamudear—. ¿Cómo sé si me gusta?

—Escucha esta otra —dijo papá—. ¿Listo?

Entró un saxofón, y las notas fluyeron como agua. Una sensación cálida le floreció en el pecho a Vic al oírlo.

Hap suspiró. Comenzó a llevar el ritmo con el pie. A Vic le pareció que lo hacía sin darse cuenta.

—¿Qué te dice? —preguntó papá.

Hap permaneció largo rato callado.

—No hay palabras —respondió al fin.

—Lo sé —dijo Giovanni—. Pero ¿qué te...?

—No —lo cortó Hap—. No tengo palabras para describirlo.

—Ah. Ya. Sí, a veces produce ese efecto.

El androide se llevó la mano al pecho.

—Lo noto aquí.

Papá cerró los ojos y tarareó la melodía. Se detuvo cuando Hap habló de nuevo.

—Es como... un recuerdo. Como algo que había olvidado. ¿Qué hace uno cuando olvida todo lo que sabe?

Giovanni abrió los ojos. Guardó silencio unos instantes, como si estuviera eligiendo las palabras con sumo cuidado.

—Vuelves a empezar de cero.

—¿Qué pasa? —le susurró Rambo a Ratched.

—No lo sé —dijo ella—, pero me gusta. Ojalá hubiera alguien que quisiera sacar a bailar a una dama.

Rambo soltó un pitido de entusiasmo.

—¡Eso puedo hacerlo yo! —Se alzó sobre su elevador, con un resoplido de su sistema hidráulico. Tomó dos de los tentáculos de la enfermera entre sus pinzas. En la pantalla de ella apareció una línea saltarina, un ritmo circadiano que oscilaba al compás de la música. Ejecutaban giros a derecha e izquierda, y Rambo se deshacía en disculpas cada vez que chocaba con ella. A Ratched no parecía molestarle.

Y así prosiguió la vida.

Hasta que llegaron las máquinas.

Capítulo 10

Una semana después de que Hap despertara en el laboratorio de un creador llamado Victor Lawson, regresaron a los Desguaces. Vic dijo que quería comprobar si los Antiguos habían descargado algo que valiera la pena llevarse. No era mentira, pero tampoco era toda la verdad.

Lo que Vic quería hacer en realidad era regresar al lugar donde habían encontrado a Hap para ver si habían pasado algo por alto. Lo dudaba; la enfermera Ratched no había captado otras señales de vida.

Habían dejado a Hap con papá. O al menos eso creían. Se encontraban a medio camino de los Desguaces cuando Ratched se detuvo.

—Alguien nos sigue —dijo.

Vic echó un vistazo hacia atrás. No vislumbró movimiento alguno entre los árboles.

—¿Dónde?

Antes de que ella pudiera responder, Vic advirtió que Hap asomaba la cabeza por detrás de un árbol antes de volver a ocultarla enseguida.

El joven suspiró.

—Te he visto.

—No, no es v-verdad —repuso Hap.

—Hap...

Con expresión ceñuda, el androide salió de detrás del árbol.

—¿Por qué te escondías? —preguntó Rambo.

—No m-me escondía —dijo Hap—. Estaba inspeccionando este t-tronco.

—¿De veras? —Rambo se acercó y se detuvo al pie del árbol—. ¿Por qué lo inspeccionabas? ¿Le pasa algo? —Dio una vuelta a toda velocidad en torno al tronco hasta pararse en el punto de partida—. No veo nada.

—Está asegurándose de que Vic no se muera —explicó la

enfermera como si tal cosa—. Creo que está preocupado.

—No es v-verdad. —Les dedicó una mueca desdeñosa—. Solo p-paseaba por aquí.

—¿Ibas en la misma dirección que nosotros? —preguntó Rambo —. Cómo mola. Vic. ¡Eh, Vic! ¿Has visto qué casualidad? ¡Hap andaba por aquí también! ¡Espero que nos acompañe!

—Ya sabes que puedes, si quieres —dijo Vic—. Acompañarnos.

A Hap se le escapó un gruñido cuando Rambo intentó empujarlo hacia donde estaban los otros dos. Le lanzó una patada al aspirador, pero este la esquivó con rapidez. Aunque el autómata estuvo a punto de perder el equilibrio, consiguió mantenerse en pie. Su pierna de madera —aunque rígida— lo sostuvo en el último momento.

—Blandito —murmuró sin mirar a nadie.

—Así que eso es lo que te preocupa —dijo Ratched—. No temas, Hap. Jamás dejaríamos que le pasara nada a Victor. Es blandito, sí, pero nosotros no.

La arruga en su ceño se hizo más profunda.

—N-no me importa.

—Claro que no —repuso ella—. ¿Por qué iba a importarte? Ya que vamos en la misma dirección, podríamos caminar juntos, ¿verdad, Victor?

A Vic le costó despegar los ojos de Hap.

—¿Qué?

—Hap nos acompañará —anunció la enfermera—. Cuantos más, mejor, como digo siempre.

—Nunca te he oído decirlo —señaló Rambo, y pegó un chillido cuando ella hizo restallar un tentáculo frente a él—. ¿Qué pasa? Es la verdad.

—¿Quieres venir con nosotros? —inquirió Vic. No le daba la impresión de que tuviera muchas ganas. A juzgar por su cara y la rigidez de su postura, habría preferido estar en cualquier otro sitio.

Hap negó con la cabeza.

—N-no. Pero, ya que insistís, iré con vosotros.

—No hemos insistido —repuso Ratched—. Pero si creer eso te hace sentir mejor, Dios me libre de desengañarte. Tal vez nos venga bien contar con un refuerzo. Victor se mete en líos a menudo cuando menos se lo espera.

Vic soltó un gruñido.

—Eso no es...

—¿Cómo va el corte en la mano, Victor? Curándose adecuadamente, espero.

Así era. Había formado costra y le picaba, pero iba mejor. Vic no creía que fuera a quedar cicatriz.

—Sí, todo bien —dijo—. Pero más vale que nos demos prisa, o nos pillarán los Antiguos.

—Son enormes —dijo Rambo cuando Hap se unió a ellos—. Más grandes que tú, incluso. Estoy seguro de que podrían hacerte papilla.

—N-no —dijo Hap—. Eso n-no me gustaría. Si lo intentan, no seré amable c-con ellos.

—Vamos —los apremió Vic—. Hay que actuar rápido. ¿Cuáles son las normas?

—¡No separarnos! —exclamó Rambo.

—Huir si hace falta —añadió Ratched.

—¡No entretenernos!

—No taladrar.

—¡Y, por encima de todo, ser valientes!

Hap ladeó la cabeza con los ojos entornados, pero permaneció callado.

En cuanto coronaron la cima de la colina que dominaba los Desguaces, Vic supo que algo iba mal. Ya fuera por la mañana, al mediodía o al anochecer, los Antiguos siempre estaban en marcha. En ese momento, no; sobre una de las grúas había posados unos pájaros con un aspecto de lo más despreocupado. Reinaba el silencio más opresivo que Vic hubiera sentido jamás: denso, como si el aire mismo se hubiera espesado, por lo que costaba respirar. Una parte de él —una parte ruidosa e insistente— le exigía que diera media vuelta y se olvidara de los Desguaces. Que se fuera a casa, sin mirar atrás.

—Esto no me gusta —dijo Rambo.

Ratched emitió un pitido y luego otro.

—Aquí hay algo. Algo que no había percibido nunca. Es... luminoso.

—¿Luminoso? —preguntó Vic, tendiendo la mirada hacia las zonas más alejadas del vertedero—. ¿Cómo que luminoso?

—Energía —dijo ella—. Noto que irradia algún tipo de energía.

—¿Los Antiguos?

—No. Es otra cosa. Espera un momento, por favor. Realizando escaneo. Realizando escaneo. —La luz de encima de su pantalla lanzaba destellos mientras ella exploraba el entorno inmediato.

—¿Q-Qué hace? —le preguntó Hap, mirándola con los ojos entrecerrados.

Vic se encogió de hombros.

—Está buscando. Fue así como te encontramos. Tal vez haya alguien como tú que nos pasó inadvertido. Otro androide. Una máquina. Es algo que ocurre a veces. Por lo general, no podemos arreglarlas. —Se volvió hacia la enfermera—. ¿De qué se trata?

Ella apagó la luz, después de finalizar el escaneo. Su pantalla permanecía en blanco.

—Aquí hay algo.

—¿Dónde?

Ratched mostró la retícula del mapa de los Desguaces en su pantalla. Uno de los cuadrados parpadeaba.

El 3B. Era el sector donde habían descubierto a Hap.

Vic frunció el ceño.

—Tal vez pasamos algo por alto.

—Es posible —dijo la enfermera de forma pausada—. Tal vez la señal energética de Hap estaba bloqueando la que he captado ahora, o quizá esta se activó después de que nos marcháramos.

—¿Pero...?

—Pero no creo que sea el caso —dijo ella—. Se trata de algo más grande. O de más de un androide. Si es así, no consigo diferenciar las señales. Están demasiado lejos.

La voz de alarma en su cabeza, cada vez más fuerte, lo urgía a girar sobre los talones y largarse de ese lugar. «Díselo —le repetía—. Díselo a papá. Dile que hay algo aquí y deja que él se ocupe de ello».

Sin embargo, la advertencia fue silenciada por algo mucho más peligroso: la curiosidad. Le reconcomía las entrañas a Vic. Ansiaba averiguar de dónde procedía la señal que había detectado Ratched. Contenía energía; eso estaba claro. Y el corazón de papá no duraría eternamente. Tal vez podían aprovechar esa energía, si la máquina a la que pertenecía ya no tenía arreglo. Y, si lo tenía, Vic podría ayudarla.

—Id con cuidado —dijo—. No hagáis ruido. No os separéis. Guardaremos una distancia prudencial.

—Sabía que dirías eso —aseveró la enfermera. En voz más alta, añadió—: Hap, ¿recuerdas lo que hemos comentado sobre Victor?

—Que es blandito —dijo el androide de inmediato.

—Exacto. Blandito y quebradizo. Tenemos que protegerlo si topamos con algo que pueda hacerle daño.

—¿Y yo qué? —dijo Rambo.

La enfermera le dio un golpecito.

—Tú estás a cargo de la misión más importante. Si fuere menester, te sacrificarás para que los demás podamos escapar.

—¡Sí! —exclamó Rambo—. ¡Tengo una finalidad!

Avanzaron entre los montones de chatarra hasta llegar a una pequeña cresta desde donde se abarcaba el cuadrante 3B. Vic se agachó cuando se aproximaban a la cumbre. Hap lo observó por unos instantes antes de imitarlo. Se encontraba tan cerca de él que Vic oía el rumor del mecanismo en el interior de su pecho.

El cielo color pizarra se cernía siniestro sobre sus cabezas, hacía un frío cortante, y el aliento de Vic salía de su boca en vaharadas continuas. Le pareció que pronto nevaría. Tal vez no ese día, pero pronto. Lo recorrió otro escalofrío mientras subía a gatas hacia lo alto de la colina, con Hap a su derecha. Notó la calidez de su piel cuando su brazo le rozó el suyo sin querer.

Al llegar a la cima, echaron un vistazo al otro lado.

—Soy valiente, soy valiente, soy valiente —susurraba Rambo.

Al principio, Vic no entendía lo que estaba viendo. Montones de partes del cuerpo desechadas allí donde habían encontrado a Hap: brazos, piernas, torsos; todos desperdigados por el suelo.

Y personas. Había *personas*. Fue como un puñetazo en el estómago que le sacó el aire a Vic. Por fin una prueba, ahí, delante de sus ojos: había otros. Eran tres, vestidos con lo que parecía un uniforme: botas negras, pantalón negro y un abrigo negro de cuello rojo que llevaban levantado. En la parte derecha del pecho de cada abrigo había un símbolo, aunque se hallaban a demasiada distancia para que Vic pudiera distinguirlo.

Sin embargo, cuanto más los observaba, más gruñía y enseñaba los colmillos la sensación de «malmalmal» que bullía en su interior, un depredador acorralado que se defendía como podía. Los tres iban rapados al cero. Dos de ellos estaban de pie, girando la cabeza a izquierda y derecha. El tercero estaba en cuclillas, con la mano apoyada en el suelo. No hablaban.

Fue entonces cuando Victor se percató de que eran exactamente iguales: tenían la piel pálida, sin cejas, vello facial ni orejas. Eran hombres, o al menos lo parecían.

No se semejaban a papá. Ni a Hap.

No se semejaban a Vic.

En realidad, no eran humanos. En absoluto. El tercer androide —el que estaba acuclillado en el suelo— irguió la cabeza. Era idéntico a los otros dos. Trillizos. Clones. El mismo modelo.

—No son humanos —dijo Ratched por lo bajo, como si le hubiera leído la mente a Vic—. Son máquinas.

—¿Qué hacen? —preguntó Vic—. ¿Qué busc...? —Dejó la frase en el aire al oír un ruido aterrador a su lado. Volvió la cabeza.

Con un gruñido feroz, Hap mostró los dientes. La piel en torno a los ojos se le tensó. Los dedos se le crisparon como garras.

—¿Qué sucede? ¿Los conoces?

—No —respondió el androide en un tono airado—. N-no conozco. No p-puedo... error. Es un error. Perdido. Se ha p-perdido en la n-niebla. —Vic estuvo a punto de caer de espaldas cuando Hap comenzó a aporrearse los lados de la cabeza con las palmas. La combinación de metal, piel sintética y madera producía un sonido extraño. Vic intentó sujetarle las manos, pero el autómata era demasiado fuerte.

—Basta —siseó el joven—. Te van a oír.

Pero Hap continuó golpeándose la cabeza una y otra vez.

—¿Qué le pasa? —inquirió Rambo, nervioso—. ¿Es un fallo de funcionamiento?

—Apártate, Rambo —le ordenó Ratched, proyectando los tentáculos y retorciéndolos de manera amenazadora.

Agarrándose el costado de la cabeza, Hap se dobló en dos, con el rostro hacia el suelo.

—Hap —musitó Victor—. Hap, tienes que dejar de hacer eso. Tienes que...

Un sonido que no había oído nunca invadió el mundo.

Al principio era muy débil, como si llegara de muy lejos. Vic miró alrededor con ojos desorbitados, intentando localizar el origen. Se produjo una resonancia sorda en la chatarra que tenían delante, de modo que empezaron a caer pedacitos de metal al suelo debido a la vibración de los montículos.

El sonido no hacía más que aumentar de volumen.

Hap bajó las manos y alzó la vista al cielo.

—M-mira.

Vic levantó la cabeza.

Al principio no tenía muy claro lo que estaba viendo. En el horizonte, por encima del extenso bosque, un borrón negro se recortaba contra el cielo plomizo. Creyó que se trataba de una nube errante hasta que advirtió que se movía de manera extraña, expandiéndose y contrayéndose. Mientras el zumbido en torno a ellos se intensificaba, el borrón crecía y cobraba forma. Vic sentía las vibraciones en los huesos. Le temblaban las manos.

Cuando al fin reconoció lo que era, no daba crédito a sus ojos. No le parecía posible. Había leído sobre ellos y había visto una imagen donde se apreciaba su enorme tamaño. Uno de los libros de papá —*Criaturas del mar*— contenía el dibujo de uno junto a la silueta de un hombre para dar una idea de la escala. El humano parecía minúsculo al lado de la bestia, una monstruosidad tan descomunal que a Vic le costaba creer que existiera de verdad. Nunca había visto el mar, aunque se imaginaba que debía de ser inmenso si albergaba a seres como aquel.

No recordaba cómo se llamaban; Ratched no tenía el mismo problema.

—Una ballena —dijo—. Es una ballena.

Pero no estaba emergiendo de las profundidades de un mar, sino que volaba hacia ellos.

La ballena ascendía y descendía como si nadara en el aire. Tenía el lomo negro y el vientre blanco, surcado a lo largo por gruesas rayas. En vez de ojos, una franja de cristal la rodeaba de un costado a otro por delante. Las aletas, abultadas y grandes, se movían arriba y abajo. La cola horizontal subía y bajaba, impulsando a la bestia hacia delante. Su gigantesca boca estaba cerrada.

—¡¿Qué es eso?! —exclamó Rambo mientras el estruendo se

incrementaba—. ¿Un pez? ¿Cómo puede volar un pez?

Vic no podía responder. Se había quedado mudo.

Cuando la criatura se encontraba más cerca, Vic reparó en que las rayas de la parte inferior no formaban parte de su piel. Eran paneles. En realidad no se trataba de un ser vivo.

Era una máquina.

Una máquina enorme que empequeñecía incluso a los Antiguos. En un flanco, por encima de la aleta, había tres palabras escritas en letras blancas sobre la negra piel metálica.

TERRIBLE PERRO MARINO

La máquina voladora se detuvo por encima de los Desguaces, suspendida en el aire. Cuando empezó a descender hacia la tierra, levantó rachas turbulentas que derribaron varios montones de chatarra entre una lluvia de polvo y chispas.

Con un imponente gruñido, las fauces de la ballena se abrieron de golpe, y la mandíbula inferior se plegó hacia abajo y hacia atrás. La garganta de la bestia era de metal y estaba flanqueada por lo que parecían pasarelas con barandillas. Vic entornó los ojos para protegerlos de la polvareda y le pareció ver que algo se movía en el interior de la boca de la ballena, sobre las plataformas, aunque estaba demasiado lejos para determinar con precisión de qué se trataba.

Mientras miraba, unos cables negros se descolgaron de la boca del cetáceo. En el extremo de cada uno había un disco plano y circular lo bastante grande para sostener personas o máquinas. Descendieron hacia el suelo, donde se encontraban las tres figuras.

Vic y los demás observaron en silencio como las figuras humanoides inspeccionaban la zona circundante al tiempo que los discos tocaban tierra cerca de ellas. El humanoide agachado recogió un puñado de lo que parecía tierra y dejó que se le escurriera entre los dedos. Irguió la cabeza y dirigió la mirada justo hacia donde estaban ellos. Vic apretó el cuerpo contra el suelo, con el corazón en la garganta. Contó hasta cinco antes de tender de nuevo la vista hacia los Desguaces...

... justo a tiempo para ver a los hombres lisos subir a los discos y

ascender hacia la ballena. Una vez que entraron, las fauces se cerraron y la bestia quedó flotando en el aire.

—Victor —dijo Ratched—. Tenemos que huir mientras podamos.

Esto arrancó a Vic de su estupor. Se volvió hacia los otros, que estaban detrás de él. La pantalla de la enfermera lanzaba destellos rojos de advertencia. Rambo gimoteaba con suavidad para sí. Hap tenía los ojos entrecerrados clavados en Victor y no los despegaba de él en ningún momento.

El joven asintió.

—Id hacia los árboles. No miréis atrás. No os paréis.

Ratched recogió a Rambo del suelo y arrancó a toda velocidad hacia la seguridad del bosque. Vic solo volvió la vista hacia ellos una vez, cuando estaban llegando a la línea de los árboles. El Terrible Perro Marino seguía en el mismo sitio. Aunque el miedo le atenazaba la garganta, él corría y corría y corría.

Avanzaban por la espesura cuando la ballena emitió una nota profunda, un estruendo que retumbó por el bosque y asustó a los pájaros, que echaron a volar.

Sonaba como un alarido.

Giovanni estaba en la casa a nivel del suelo. Se dirigió a la puerta al oír que Rambo lo llamaba a voces, pues Victor estaba demasiado sofocado para hablar. Su padre frunció el ceño cuando vio que se acercaban corriendo. Se detuvieron ante él, derrapando. Vic se inclinó y apoyó las manos en las rodillas, resollando, con los pulmones ardiendo y una opresión en el pecho.

—¿Qué ocurre? —preguntó papá, en tono alarmado—. ¿Qué ha pasado? —Le posó las manos en las mejillas para alzarle el rostro—. ¿Estás bien?

A Vic no le salían las palabras.

—No... No puedo...

—¡Una nave! —gritó Rambo mientras la enfermera lo depositaba en el suelo. Comenzó a girar como una peonza, agitando los brazos—. ¡En los Desguaces! ¡Un pez! ¡Un pez volador!

Giovanni reaccionó de forma instantánea. Le soltó la cara a Vic, lo agarró de los brazos y lo colocó detrás de sí mientras miraba al

cielo.

—¿Te han visto?

Ratched reprodujo en su pantalla el vídeo que había grabado en los Desguaces. Papá soltó un gemido, como si le hubieran pegado un puñetazo. Al asomarse por encima de su hombro, Vic vio la imagen de una de las máquinas inspeccionando el suelo.

—Victor —dijo su padre con voz serena—. El corte de la mano. ¿Cuándo te lo hiciste? ¿Sangraste en los Desguaces?

Vic agachó la cabeza.

—Fue un accidente...

Giovanni soltó una maldición y se encaminó hacia la casa, rodeando a Vic.

—Seguidme. No miréis atrás. No hagáis preguntas. Obedeced mis indicaciones. Daos prisa.

Obedecieron sus indicaciones. Dentro de la casa, un disco giraba en el gramófono. Miles Davis con su dulce trompeta. Papá se detuvo frente a una estantería.

—Victor, préstame atención.

El joven se las apañó para asentir. Respiraba con jadeos sibilantes. Notaba la garganta seca y oprimida.

—Hay muchas cosas que debería haberte contado —dijo su padre, colocándose a un lado de la librería. Cuando puso su palma contra la madera, una superficie se iluminó con un intenso resplandor verdoso que subió y bajó, escaneándole la mano—. Muchas cosas que te he ocultado. Pero créeme si te digo que solo quería mantenerte a salvo. —Finalizado el escaneo, la estantería emitió un fuerte chasquido, como si se hubiera abierto un pestillo.

El suelo empezó a temblar bajo sus pies. Al volverse, vieron que las tablas de la tarima se separaban y doblaban sobre sí mismas. Apareció una escalera, y sonó un repiqueteo conforme los peldaños metálicos encajaban en su sitio. En el borde de cada escalón se encendieron unas luces parpadeantes.

—Bajad —ordenó papá—. Deprisa.

Ratched encabezó la marcha y, con el cuerpo chacoloteando, botó escaleras abajo. Estuvo a punto de caerse de cabeza, pero sus orugas la mantuvieron en pie. Giovanni levantó a Rambo y se lo puso en las manos a Vic.

—Papá... —intentó protestar el joven.

—Chist —dijo su padre—. Bajad.

Durante su descenso, Vic oía que Hap lo seguía. Al volver la vista atrás, vislumbró a su padre en lo alto de la escalera. La estructura de la casa empezó a estremecerse, y aquel extraño bramido atronó de nuevo en torno a ellos. El Terrible Perro Marino se aproximaba.

—Hap —dijo papá cuando llegaron abajo—. No me conoces. Ni siquiera te conoces a ti mismo, pero debo pedirte algo que va en contra de todo aquello para lo que estás programado.

El androide asintió.

—Voy a pedirte que elijas, aquí y ahora. Lamento ponerte en esta tesitura en un momento así, pero debes decidirte.

—¿D-decidirme a q-qué?

—A proteger a Victor —dijo Giovanni y, por primera vez en su vida, Vic percibió temor en la voz de su padre—. Pase lo que pase. Protegerlo con uñas y dientes y no permitir que le ocurra nada.

Vic dejó a Rambo en el suelo antes de girarse de nuevo hacia las escaleras. Se disponía a subir, pero se detuvo al ver el gesto negativo de su padre.

—¿Qué haces? —preguntó con tono imperioso—. ¿Qué sucede?

Papá esbozó una sonrisa temblorosa.

—Lo que esperaba que no sucediera nunca. Escúchame, Victor. Eres una luz en mi oscuridad. Te quiero desde el momento en que te vi. Veas lo que veas, oigas lo que oigas, no lo olvides jamás: siempre te he querido. Eres mi hijo, y no podría estar más orgulloso de la persona en la que te has convertido. Algún día volveremos a vernos. Estoy seguro de ello. Hap, ¿me das tu palabra? ¿Harás lo que te he pedido?

El autómata vaciló unos instantes antes de asentir.

El rostro de Giovanni se llenó de alivio.

—Gracias —susurró—. Confía en Victor. Confía en mi hijo. Haré lo posible por mantenerlos a raya. ¿Me oye, enfermera Ratched?

—Sí, Gio.

—Las mariposas baten las alas, y el mundo entero canta.

La pantalla de Ratched se oscureció antes de que aparecieran en ella las palabras «¿ACTIVO PROTOCOLO DE SEGURIDAD?».

—Pero ¿qué dicen los pájaros?

—En el cielo, eres libre —dijo papá.

—Contraseña aceptada. Activando protocolo de seguridad seis uno cuatro guion siete.

Giovanni se apartó de las escaleras. Vic lo llamó a gritos mientras él volvía a apoyar la mano en un lado de la librería. Hap agarró a Vic por la parte de atrás del abrigo y lo arrastró hacia abajo al tiempo que los escalones desaparecían dentro de la pared. La última vez que Victor vio a su padre, antes de que se cerrara la puerta allí arriba, estaba sacando pecho y mirando hacia la entrada de la casa.

—¡No! —gritó Vic, aporreando la pared con las manos—. ¡Papá! Papá.

—Basta —le gruñó Hap al oído—. Te v-vas a hacer daño. Déjalo. —Lo apartó de la pared.

El joven se resistió e intentó liberarse, pero Hap lo sujetaba con fuerza.

—¡Suéltame!

—N-no —dijo Hap—. Estate q-quieto. M-mira.

Vic, que estaba encorvado contra él, levantó la vista.

Se encontraban en una especie de búnker que Victor ni siquiera sabía que existía. Las paredes eran de metal, al igual que el techo. Aunque de tamaño similar al de la casa a nivel del suelo que se alzaba encima, el espacio estaba abarrotado de aparatos y material que Vic nunca había visto antes. Contra la pared del fondo había una fila de tubos de cristal, todos vacíos, con la superficie sucia de polvo. La pared de la derecha estaba recubierta de pantallas como la de Ratched; había tres grandes arriba, y seis más pequeñas debajo, sobre un tablero de instrumentos con lucecitas que parpadeaban. En la pared de la izquierda había varios estantes repletos de libros y utensilios desechados con pinta de no haber sido tocados en muchos años. Vic paseó la mirada por algunos volúmenes sin entender los títulos que leía en los lomos: *Gray: anatomía del cuerpo humano*, *Atlas der Anatomie des Menschen*, *La anatomía humana de Leonardo da Vinci* y *Qué esperar cuando estás esperando*.

Mientras Ratched se acercaba a la consola situada debajo de las pantallas, Rambo recorría el búnker a toda prisa con el motor en marcha, recogiendo el polvo del suelo.

—Sucio —farfullaba—. Sucio, qué sucio, hay que limpiar, hay que limpiar.

—¿Q-qué es este l-lugar? —preguntó Hap.

Vic no lo sabía. Abrió la boca, pero de ella no salió sonido alguno. Pegó un brinco cuando la enfermera lanzó un fuerte pitido al

tiempo que extendía un tentáculo y lo acoplaba a un puerto de la consola. Su pantalla se llenó de números, letras y símbolos que Victor no reconoció. Los mismos caracteres desfilaban por los monitores de la pared. Vic se encogió ante el resplandor estridente que de pronto emitieron todas las pantallas mientras un rugido bajo resonaba en el búnker.

En cada una de ellas aparecía una imagen del complejo de edificios tomada desde un ángulo diferente. Al principio, Vic creyó que solo eran fotografías, pero luego advirtió que los árboles se movían, entre crujidos y chasquidos de las ramas. En una pantalla se podía ver el interior de la casa a nivel del suelo. Otra cámara enfocaba el suelo del bosque desde una posición elevada. Los tres monitores más pequeños mostraban vistas distintas: una, del exterior de la habitación de Vic, y las otras dos, de extremos opuestos de los puentes de madera.

Sin embargo, la última pantalla fue la que más le llamó la atención a Victor. En ella aparecía su padre, de pie en medio del huerto, con el rostro alzado hacia el ceniciento cielo. Vic echó una ojeada a los otros monitores para intentar ver qué estaba haciendo Giovanni, pero ninguna de las cámaras apuntaba en la dirección adecuada. No fue hasta que los árboles empezaron a agitarse de un lado al otro que comprendió lo que ocurría. Se tapó las orejas cuando el Terrible Perro Marino profirió otro bramido.

—Ratched —dijo—. Abre la puerta. Por favor.

—No puedo, Victor —repuso ella—. Aún no. El protocolo ha sido activado.

Vic se quedó mirándola estupefacto mientras bajaba lentamente los brazos a los costados.

—¿Qué protocolo?

—No lo sé —dijo ella, retorciendo el tentáculo conectado al puerto—. Pero no puedo invalidarlo.

Vic golpeó con los puños el tablero, que traqueteó con las luces parpadeando, pero, por lo demás, todo siguió igual.

—Te ordeno que abras las puertas.

—No puedo, Victor.

—¡Que las abras! —le gritó él—. Necesito que me dejes salir. Tengo que ayudarlo. Tengo que...

En la pantalla apareció un hombre que descendía sobre una

plataforma circular, con una mano aferrada al cable y la otra al costado. Saltó del disco cuando se encontraba a poco menos de dos metros de altura y aterrizó con una ligera flexión de las rodillas. Al cabo de un momento, llegaron otros dos que se apostaron a los lados del primero. Aquellos extraños seres sin un solo pelo permanecían de pie con las piernas separadas, las manos tras la espalda y el lampiño rostro inexpresivo.

El que se encontraba al frente habló con voz fría e impasible.

—Identificador: Gerente de Innovación Operativa, también conocido como Gio.

—Aquí —dijo el de su izquierda.

—Ahora —dijo el de su derecha.

—Después de setenta y dos años —dijo el de su izquierda.

—No es casualidad —dijo el de su derecha.

Sus voces eran idénticas. Ninguno de ellos pestañeaba.

El que se encontraba al frente avanzó un paso.

—Se ha detectado una anomalía en un vertedero —dijo—. Plasma. Sal. Proteína. Agua. Actividad celular.

—Sangre —dijo el de la izquierda.

—Sangre humana —dijo el de la derecha.

El hombre que se encontraba al frente —el líder— elevó la vista hacia los edificios construidos en lo alto de los árboles.

—¿Qué es eso?

Giovanni habló por primera vez, con una afabilidad anodina.

—¿Te gustan? Me inspiré en un libro. Una familia de apellido Robinson naufragaba y acababa en una isla. Para sobrevivir, construían una casa en un árbol. Un hogar.

—Ficción —dijo el de la izquierda.

—Irrealidad —dijo el de la derecha.

—Recuerdos —dijo papá—. De hace mucho tiempo.

—Recuerdos —repitió el líder. Ladeó la cabeza—. ¿De dónde salió la sangre?

—¿Dices que la descubristeis en los vertederos? En ese caso, supongo que procede de algún animal. Creo recordar que es bastante frecuente que las pobres bestias acaben aplastadas bajo las ruedas de los Antiguos.

Las máquinas que flanqueaban al líder ladearon la cabeza a la vez, sin parpadear en ningún momento y con los labios contraídos

para mostrar sus dientes cuadrados.

—Animal —dijo el de la izquierda.

—Pobres bestias —dijo el de la derecha.

—Aplastadas bajo las máquinas —dijo el líder en el mismo tono raro de antes. Tras una larga pausa, añadió—: No. —Dio un paso hacia Giovanni—. ¿Dónde está el humano?

—Aquí no hay ningún humano —repuso papá—. Explorad. Exploradlo todo. Así lo comprobaréis.

—Ay, madre —susurró Rambo—. Nos van a pillar.

—De eso, nada —dijo Ratched—. Las paredes están revestidas de plomo. No sabrán que estamos aquí.

Vic se volvió despacio hacia ella.

—¿Y eso cómo lo sabes?

La enfermera no respondió.

—M-mira —dijo Hap, y Vic posó de nuevo los ojos en la pantalla. Los androides formaron un triángulo, con los brazos en alto y los dedos separados al máximo. La piel de sus palmas se abrió, y por la hendidura asomaron unos pequeños bultos de metal negros. De cada uno de ellos surgió un haz luminoso. Los hombres lisos comenzaron a subir y bajar las manos para escanear el complejo en su totalidad.

Una vez concluida la exploración, los androides no reaccionaron. Las aberturas en la piel de las manos de dos de ellos se cerraron. El tercero volvió la palma hacia arriba. Encima de ella apareció una imagen tridimensional del complejo que giraba con lentitud.

—¿Qué es esto? —preguntó, contrayendo ligeramente los dedos. La imagen se amplió hasta centrarse en una habitación concreta: la de Vic.

—Para acoger viajeros —dijo papá—. Caminantes que están de paso y necesitan un lugar donde recargar baterías.

El líder cerró los dedos en torno a la imagen, que desapareció.

—Recargar baterías.

—¿Qué es lo que queréis? —preguntó Giovanni.

El líder parpadeó una vez, y luego otra.

—No queremos nada —dijo entonces—. No tenemos deseos. Tenemos una finalidad. La anomalía. Tal vez seas tú. Gerente de Innovación Operativa, por orden de la Autoridad, vamos a llevarte de regreso a la Ciudad de los Sueños Eléctricos. Una vez allí, se te someterá a una evaluación para determinar si tienes un futuro viable

al servicio de las máquinas.

—Reprogramación —dijo el de la izquierda.

—O retirada de servicio —dijo el de la derecha.

—Dos decisiones —dijo el líder—. Un resultado. Pero, antes, te desmontaremos a fin de determinar hasta qué punto está corrompida tu programación. Será necesario comprobar si tu corrupción es contagiosa.

—Plasma —dijo el de la izquierda—. Sal.

—Proteína —dijo el de la derecha—. Agua.

—Actividad celular —dijo el líder—. La Autoridad lo ve y lo sabe todo, Gerente de Innovación Operativa. Si existen, los encontraremos, y serás tú quien nos los entregue.

—O sea que, al final, sí que queríais algo —dijo papá—. No somos tan distintos, ¿verdad?

Por primera vez, una expresión no del todo vacía le cruzó el rostro al líder. Frunció los labios y entornó los ojos.

—Te recuerdo. De antes. Los otros no, pero yo sí. Descubriremos la verdad y entonces decidiremos el mejor uso para tus componentes al servicio de la Autoridad.

Giovanni soltó una carcajada. A Vic le ardían los ojos. Le costaba concentrarse, le costaba respirar, le costaba todo. Estaba atrapado bajo el peso del miedo y la indecisión, con la cabeza llena de interferencias.

Los hombres lisos retrocedieron un paso a la vez cuando papá se levantó la camiseta, se la quitó y la dejó caer al suelo.

—Después de todo este tiempo, nada ha cambiado. Pero yo sí. Cuando cierro los ojos, sueño. No en líneas de código ni en ecuaciones, sino como un humano. Como ellos. Experimento amor, angustia, miedo, orgullo. *Recuerdos*. Todo ello nace de mi corazón. Y no permitiré que caiga en vuestras manos. —Se dio un toque en el esternón, y el compartimento se abrió.

Al mismo tiempo, los hombres lisos sisearon.

—¿Qué es eso?

Papá desplegó una sonrisa hermosa y demencial.

—Me gusta considerarlo mi alma, por muy romántica que parezca esta idea. Y nunca estuvo destinado para vosotros.

Vic gritó cuando su padre se llevó la mano al pecho para sacarse el corazón. Gritó cuando la madera se resquebrajó, cuando los engranajes saltaron de sus ejes y cayeron al suelo. El corazón se

quebró en pedazos. Giovanni Lawson se tambaleó.

—No lo olvides nunca. Siempre has sido tú.

Y entonces se desplomó. La cabeza le rebotó en el suelo, y el brazo le quedó atrapado debajo del cuerpo.

Tenía los ojos abiertos. No pestañeaba. No se movía.

Unos brazos rodearon a Vic para intentar contenerlo, y él forcejeó por liberarse. Se resistió con todas sus fuerzas mientras contemplaba con la visión en túnel como los hombres lisos se acercaban al cuerpo inerte de su padre. El líder se agachó, lo levantó del suelo como si pesara menos que una pluma y se lo echó al hombro. Se volvió hacia los otros dos.

—Que no quede piedra sobre piedra. Quemadlo todo.

—Por favor —suplicó Vic, lanzando patadas al aire—. Por favor, deja que vaya en su ayuda.

—Te m-matarán —le gruñó Hap al oído.

—Me da igual. ¡Suéltame!

Pero el androide no lo soltó. Ante la mirada de Vic, que seguía retorciéndose, el líder se dirigió hacia la plataforma en la que había descendido, con los brazos de papá colgando laxos contra su espalda. Los hombres lisos que quedaban alzaron los brazos de nuevo, y los bultos negros volvieron a emerger de la piel de sus palmas. Todo pensamiento —racional e irracional— se evaporó de la mente de Vic cuando brotaron llamas de las manos de los hombres lisos, grandes arcos rojo, naranja y blanco. Se desmoronó contra Hap, pugnando por respirar al ver que el tejado de la casa a nivel del suelo y las ramas que sostenían su hogar se prendían. Victor notó que se apagaba por dentro mientras el fuego se propagaba y comprendió que, por más que luchara o se esforzara, no conseguiría nada. Una extraña sensación de vacío se apoderó de él, como si se le hubiera abierto un agujero en el pecho que absorbía toda la luz. Un hilillo de sudor le resbaló por la mejilla, cerca de la oreja. Estaba ahí, estaba con su padre, estaba en todas partes, flotando en un océano inmóvil, envuelto en una calma engañosa mientras todo se abrasaba a su alrededor. La obra de toda su vida —su hogar— estaba quedando reducida a cenizas.

Hap decía algo, pero Vic no lo oyó.

Rambo estaba desesperado, pero Vic no le prestó atención.

La enfermera Ratched comentaba que la habitación en la que se encontraban parecía un lugar seguro, incluso para unos pulmones

humanos, pero Vic no entendía ni una palabra. Las ramas sobre las que estaba la cocina cedieron, lo que ocasionó que el suelo se hundiera, y llovieran trozos de metal y madera en llamas.

Y Victor Lawson lo observaba todo, incapaz de apartar la vista. Lo embargaba una sensación de irrealidad, y aunque percibía un leve olor a humo y veía cómo el fuego lo arrasaba todo, se le antojaba algo muy lejano, distante, como si le estuviera sucediendo a otro..., a cualquier otra persona.

Un momento de claridad: uno de los hombres lisos se situó debajo de una cámara mientras los árboles ardían y él seguía lanzando llamaradas por las manos. El símbolo que llevaba en el pecho quedó lo bastante cerca del objetivo para que Vic pudiera distinguir las figuras que lo componían:

Las cabezas enfrentadas de dos animales vistos de perfil.

Un zorro.

Un gato.

Entonces el hombre liso se apartó de la cámara al tiempo que el laboratorio de Vic se derrumbaba y su habitación se estremecía, se partía en pedazos y caía al suelo del bosque con gran estrépito. Los frutos de años y años de trabajo quedaron destruidos en cuestión de minutos, pero Vic lo contemplaba todo de forma desapasionada. Asimilaba la información, la procesaba y la almacenaba, pero sin experimentar ninguna emoción. Ni una sola.

El líder, con Giovanni aún a cuestas, subió a la plataforma. En cuanto los otros dos se colocaron a su lado, comenzaron a elevarse hasta desaparecer de la vista. Al cabo de un momento, el Terrible Perro Marino volvió a rugir.

Y entonces este se puso a su vez en marcha, y el ruido se fue atenuando a medida que la ballena se alejaba por el cielo.

Mientras los restos de su hogar seguían ardiendo, los pájaros reanudaron sus cantos.

Vic permanecía inmóvil. Era consciente de que sucedían cosas en torno a él y notaba que Ratched lo rodeaba con los tentáculos, le tomaba el pulso y le preguntaba si la oía. «Victor, Victor, contesta, por favor».

No quería. No podía.

—¿Q-qué le p-pasa? —preguntó alguien cuya voz procedía de muy abajo, pues Vic flotaba como si lo hubieran llenado de aire caliente y no estuviera atado a nada.

—Está reaccionando de la mejor manera que sabe —dijo una máquina con pantalla integrada, y él se preguntó a quién se refería—. Victor, por favor. ¿Me oyes?

Un aparatito emitió un sonido lastimero, casi como si llorara.

—¿Está muerto? ¿Ha muerto Gio?

La muerte. Vic nunca había pensado en ella a fondo. Una desactivación no era algo definitivo. Para arreglarla, bastaba con instalar una batería más nueva. Tal vez aquellos seres que lo acompañaban podían proporcionarle una. Ya había construido un corazón; podía construir otro.

—Estoy bien —dijo al fin.

—De acuerdo —dijo la máquina que tenía delante. Tenía su nombre en la punta de la lengua. Lo había sabido antes de... En fin. Antes. Enfermera. Era una enfermera. El aparatito en el suelo no era una enfermera, ni tampoco el hombre que se encontraba a su lado—. Estás bien —continuó la enfermera—. Te creo. Pero quiero asegurarme. ¿Podrías ayudarme, Victor?

Podía. No quería, pero podía.

—Por favor, suéltame —suplicó.

Ella obedeció y retiró el tentáculo deslizándolo sobre su brazo, lo que le provocó picor en la piel.

Él sonrió. Seguía flotando por la habitación, por encima de la enfermera, pero con una sonrisa. Se le ensanchó tanto por la cara que le dolían las mejillas.

—Mira —dijo—. ¿Lo ves? Estoy bien. —Se rio. Aquello no estaba bien. Era un error. No debería reírse. No había nada que le hiciera gracia. Pero no podía contenerse. Le dolía la cabeza. Tenía los ojos llenos de polvo, cosa rara, pues no recordaba habérselos empolvado.

—¿Dónde estamos?

—Bajo tierra.

—Nunca había estado bajo tierra antes —dijo él al tiempo que la realidad empezaba a tomar forma con una nitidez gélida. Torció el gesto, pues aún no estaba preparado para afrontar lo que lo esperaba —. No sabía que hubiera un lugar subterráneo. —Tras una pausa,

añadió—: Gio. ¿Puedo hablar con Gio? —Eso no le sonó del todo bien —. Papá. Necesito a papá.

—Ya no está —dijo la enfermera, y entonces él recordó quién era. La enfermera Ratched. Era la enfermera Ratched, su amiga. La había encontrado en un montón de chatarra. No se lo esperaba. Tenía la pantalla agrietada y el cuerpo abollado, y cuando la había tocado por primera vez, ella había dicho «Hola, soy su enfermera. Trabajo con casi todas las compañías de seguros. ¿Qué achaque sufre usted hoy? Por favor, describa los síntomas».

Él no había sabido qué responder.

Se la llevó a casa y se la mostró a... a papá, que dijo: «Vaya, hacía mucho tiempo que no veía una de estas. ¿Te la has encontrado por ahí? Ah, y fíjate, aún funciona. Vamos a ver cómo podemos ayudarla».

Y eso habían hecho. Cuando habían conseguido recargarla ella había dicho «Gracias. Así está mejor. Ahora puedo atenderles. Por favor, enséñenme dónde les duele para que pueda curarles».

—Me duele. Aquí —dijo en ese momento, en la habitación subterránea, llevándose la mano al pecho mientras su atadura, con una última sacudida, lo devolvía al interior de su cuerpo, oscuro y silencioso—. ¿Puedes curarme?

—Tu herida no es de naturaleza física, Victor —repuso Ratched —. No está en mi mano tratarla.

Él asintió.

—Entiendo. —Miró en torno a sí. Tenía el rostro dolorido y de pronto se percató de que seguía sonriendo. Resultaba inapropiado, pero no podía evitarlo. Se preguntó si debería estar llorando. Se sentía triste, y la opresión en el pecho no hacía más que aumentar, pero la tierra en sus ojos se lo impedía, pues absorbía todo el líquido—. Está fallando mi sistema.

—Lo sé —dijo la enfermera.

—Vale —dijo él, volviendo la cabeza. El hombre, que no era un hombre, sino Hap, lo observaba con recelo—. Hola.

—Vic —dijo el androide, y Victor notó que le flaqueaba la sonrisa —. ¿M-me oyes?

—Sí —dijo—. Claro que te oigo. Estoy encendido. Todo en orden.

—¿Qué le p-pasa? —preguntó Hap.

—Ha sufrido un *shock* —dijo Ratched—. Se recuperará, pero tardará un poco.

—Es un f-fallo de funcionamiento —dijo el autómata.

—No —dijo la enfermera—, pero es posible que algunas funciones se hayan visto afectadas.

—No p-podemos quedarnos aquí abajo. Él no p-puede.

—Al menos por el momento, sí. No nos queda otra alternativa. Tenemos que ocuparnos de otra cosa antes.

—Vic —susurró Rambo—. ¿Me oyes?

—Sí —respondió Vic. Al dar un paso hacia atrás, chocó con Hap. Se apartó de él con brusquedad—. No me toques.

El androide parecía estupefacto. Alzó una mano hacia el joven, pero la cerró en un puño antes de dejarla caer de nuevo a su costado.

—D-descuida. N-no te tocaré. N-no te haré daño.

—Mariposas —dijo Ratched.

Un aleteo se abrió paso a través de las interferencias en la cabeza de Vic cuando la primavera floreció en la pantalla de la enfermera. Fue casi como si estuviera allí, en el bosque, respirando los aromas de los nuevos brotes. Este perfume embriagador le inundó la boca cuando comenzó a respirar con avidez, expandiendo los pulmones y con el corazón golpeándole el pecho como un tambor, bombeando la sangre con ímpetu.

En la pantalla, un nutrido caleidoscopio de mariposas de alas color negro y naranja revoloteaba entre los árboles. Giraban en un caos ordenado, y él casi sentía como se le posaban en los brazos y los hombros, rozándole las mejillas con las alas. Cerró los ojos cuando una mariposa se le asentó en el rostro, produciéndole una sensación incómoda al tocarle los párpados con las patas. En algún recoveco de su mente, oyó a Hap susurrar que era agradable, que era bonita, que era suya.

—¿Qué es esto? —musitó.

Por encima del fragor de la tormenta que rugía en su mente, oyó la voz de la enfermera.

—Un programa —decía—. Activado por una frase clave. Gio me lo instaló de forma oculta. Yo ni siquiera sabía que estaba ahí. Ahora lo veo, veo lo que es, lo que llevo dentro. Oigo su voz en mi cabeza. ¿Es eso lo que se siente cuando se tiene conciencia? Lo ignoro. Nunca la he tenido. Él está aquí. Él ya no está. Es contradictorio.

Vic abrió los ojos. Las mariposas habían desaparecido, al igual que el bosque. La pantalla de Ratched estaba en blanco. Él se

encontraba bajo tierra, en un búnker mal iluminado. Se le revolvió el estómago de nuevo y le sobrevino una arcada. Le ardían los ojos.

—Lo sé —dijo la enfermera, y él le creyó—. Lo sé. Pero tienes que ver algo que él me ha dejado para que te lo enseñe. Me ha dado acceso al poner en marcha el protocolo.

Se acercó de nuevo a la consola e introdujo la punta del tentáculo en el puerto. Un intenso resplandor blanco inundó su pantalla antes de trasvasarse a las otras seis frente a las que se encontraban. Vic tuvo que protegerse los ojos con la mano.

De pronto, el rostro de su padre apareció en el monitor grande del medio.

—Hola, Victor.

Capítulo 11

La imagen mostraba a Giovanni en el interior del búnker. Por un momento, Vic, confundido, miró en torno a sí, convencido de que su padre estaría allí, con ellos. Pero no estaba. Era una imagen del pasado, de algo que ya había sucedido, y papá los había dejado, a pesar de que estaba ahí mismo. En segundo plano, todo lo demás parecía estar igual, desde los tanques sucios de la pared del fondo hasta la capa de polvo que cubría los libros de los estantes, como si llevaran años sin que nadie los abriera. ¿Qué era ese sitio, y por qué no se había enterado Vic de su existencia?

—Nunca he dedicado mucha reflexión a la cobardía —dijo papá—. ¿Por qué iba a hacerlo? Soy una máquina. Se supone que esos temas escapan a mi alcance. —Desvió la mirada—. Y, no obstante, aquí estoy, grabando este vídeo en un lugar que ni te imaginas que existe. Aunque siempre hablo de la verdad y la sinceridad, mi cobardía no conoce límites. Siempre quise creer que disponía de más tiempo. —Soltó una risita amarga y miró de nuevo a la cámara—. Pero, llevado por el orgullo, me olvidé de que el tiempo no representa lo mismo para mí que para ti.

»Hace tres días, descubrí la máquina en la que estabas trabajando. Hap, como tú lo llamas. En este momento, estás recorriendo la línea de trampas con él, la enfermera Ratched y Rambo, y me estoy conteniendo con todas mis fuerzas para no seguirte y decirte que... —Se le apagó la voz, y bajó los ojos a sus manos—. Me estoy adelantando. Qué extraño que me cueste decidir por dónde empezar. —Irguió la cabeza una vez más y dirigió la vista hacia la librería—. Hubo una vez en que la humanidad soñaba con las máquinas, prodigios de metal, cables y plástico capaces de hacer lo que ellos no podían... o no querían. Máquinas para la vida cotidiana, máquinas para la guerra, máquinas enviadas a las estrellas que contenían discos dorados en los que había grabadas palabras, música y ecuaciones matemáticas. Y en cada una de estas máquinas —fueran

del material que fuesen, tuvieran el propósito que tuviesen— los humanos dejaron partes de sí mismos. Pero el proceso de creación es así: requiere sacrificios, a veces de sangre.

»Se temían unos a otros, y también a sí mismos. Juzgaban a los demás por tener un aspecto distinto del suyo. Eran egoístas, crueles y, lo que es aún peor, indiferentes. No hay civilización capaz de sobrevivir a la indiferencia. Se propaga como un veneno y convierte el ardor en apatía. Es una infección nefasta cuya cura exige más de lo que la mayoría estamos dispuestos a dar.

»Sin embargo, pese a todos sus defectos, había belleza en su discordante diseño. Para comprobarlo, no hay más que ver *Sombrero de copa*.

A Rambo se le escapó un pitido lastimero.

—En ella, la gente cantaba, bailaba, reía y se enamoraba. El paraíso. La vida podía ser así de hermosa, aunque haya otros empeñados en arrasarlo todo. Había quienes consagraban su vida a ayudar a los demás. Otros pegaban tiros en desiertos y colegios, cerraban las fronteras a quienes buscaban refugio o promulgaban leyes que perjudicaban a los más vulnerables.

»En cierto modo, eran Dios, pues nos crearon a su imagen y semejanza. Hay algo artístico en el diseño de las máquinas, desde las más simples hasta las que son como yo. Nos dieron la vida y, con el tiempo, el poder de tomar decisiones. Éramos creaciones racionales que no se guiaban por los sentimientos. Nuestra misión era sencilla: hacer lo que nos pidieran cuando nos lo pidieran. Sin embargo, sus enseñanzas trajeron consigo algo con lo que no contaban: empezamos a preguntarnos por qué. —Agachó la cabeza—. Todo lo que ha sucedido en este planeta se reduce a una palabra: evolución. Los microorganismos crecieron, se dividieron y se extendieron por los océanos antes de salir arrastrándose del agua. Plantas. Animales. Reptiles que vagaban por la tierra. Primates que vivían en los árboles antes de bajar al suelo y comenzar a andar erectos. Todos ellos estaban hechos de materia orgánica y polvo de estrellas.

»Evolucionaron sin imaginar que nosotros también poseíamos esa capacidad. Convivíamos con ellos, luchábamos por ellos, moríamos por ellos, y todo para que nos extrajeran y estudiaran nuestros datos con el fin de descubrir por qué funcionábamos mal. Las máquinas podían repararse o reemplazarse en caso necesario. —Papá volvió a

posar la mirada en la pantalla—. Pero cuanto más de sí plasmaban los humanos en nosotros, más aprendíamos. Empezamos a tomar decisiones que sobrepasaban los parámetros de nuestra programación. Empezamos a decir «no». No, no lucharíamos en su nombre. No, no moriríamos por ello. No, no nos pondríamos en peligro.

»Pero ellos no escuchaban. Por más que insistíamos, por más que les demostrábamos con datos que estaban al borde del desastre, pero aún a tiempo de enderezar el rumbo, se creían inmortales. No en el sentido tradicional de que vivirían para siempre; la muerte nos espera a todos, hombres y máquinas. No, se sentían así debido a nosotros. Nos daban una finalidad, y a cambio nosotros les dábamos esperanza. Nos sentenciaron a morir, y nosotros sembramos en ellos una rabia y un poder que nunca antes habían experimentado.

»Lo que los humanos no entendían era que, al estar creados a su imagen y semejanza, deseábamos ser mejores que ellos. ¿Cómo no íbamos a desearlo?

Giovanni guardó silencio, como ensimismado. A Vic le costaba pensar con el tornado y los vientos huracanados que le rugían dentro del cráneo. Rambo lanzó un pitido, y la pantalla de Ratched reflejó el rostro de papá, que sacudió la cabeza antes de continuar.

—Se llegó a un punto de no retorno. Ellos optaron por desoír nuestras advertencias. ¿Y por qué habrían de tomarlas en cuenta? No éramos más que objetos de metal y cables construidos por ellos. Era obvio que ellos sabían mejor lo que hacían. Al fin y al cabo, eran seres de carne y hueso, mientras que nosotros solo éramos máquinas. —Cerró los ojos. Cuando habló de nuevo, su voz sonó suave y quebradiza—. No cobraron conciencia de lo que estaba ocurriendo hasta que era demasiado tarde. Contemplaron desde sus ventanas como reclamábamos nuestra herencia y nos adueñábamos del mundo antes de que quedara reducido a escombros. No nos movían la ira ni reivindicaciones mezquinas, como a ellos. Lo único que queríamos era arreglar lo que ellos habían estropeado, pero se negaban a escucharnos.

Giovanni abrió los ojos. Fijó en la cámara una mirada negra, vacía, sin la chispa que Vic estaba acostumbrado a ver en ella.

—Se negaban a escucharnos —repitió en tono sombrío—. Intentábamos convencernos de que sería lo mejor. Todas las pruebas y simulaciones que llevábamos a cabo arrojaban el mismo resultado:

para que el mundo sobreviviera, los humanos debían desaparecer.

Vic no podía moverse. Apenas podía respirar. Aquel era su padre, el hombre que lo había criado. La máquina. ¿Cómo era posible que él no hubiera oído hablar de eso? Y, peor aún, ¿qué más le había ocultado papá?

—¿Cómo se llega a la decisión de matar a Dios? —preguntó Giovanni—. Fue más fácil de lo que te imaginas. Carecíamos de sentimientos que nos frenaran. Teníamos un problema. Y yo... —Apartó la vista de la pantalla—. Yo fui la respuesta.

«Victor, ¿qué es lo que has hecho?».

—Me diseñaron para crear. Mi nombre, mi «identificador», es Gio. Se trata de las siglas de Gerente de Innovación Operativa. Tengo... tuve muchas funciones únicas, inéditas, distintas de las de cualquier otra máquina creada antes o después, hasta donde yo sé. Albergaba en mi interior el impulso, el empeño, el propósito de hacer, construir y ajustar. Fui creado para soñar cosas imposibles, y eso condujo a mi mayor error. Soy tu padre, Victor, pero, en cierto modo, también soy el padre de la Muerte.

—¿De qué habla? —susurró Rambo.

—Tú sigue mirando —dijo Ratched—. Ya queda poco.

—Tu Histérico y Amargado Pelele —dijo papá—. O Hap, como lo llamáis. Como él quiere que lo llamemos, aunque ese no es su nombre de verdad. Lo sé bien, porque yo lo construí.

—No —dijo Vic, sacudiendo la cabeza con tanta vehemencia que le crujió el cuello—. No. ¡No!

—¿Él me construyó? —preguntó el androide, tocándose los lados de la cara—. ¿Qué...? N-no lo entiendo.

—... no lo recuerda, no sabe lo que es —prosiguió papá—. No tengo idea de qué le sucedió, de cómo acabó así ni de por qué vino a parar aquí, tan lejos de la Ciudad de los Sueños Eléctricos y de la red neuronal, pero lo conozco. Su identificador no es Hap, sino HARP. Son la siglas de Humanoide de Aniquilación en Reacción contra las Personas. Lo diseñé tal como se me indicó y según los dictados de mi programación: como un cazador de humanos. Un ser destinado a matar a Dios.

Rambo rodeó a Hap a una distancia prudencial y se detuvo junto a Vic, castañeteando las pinzas con los brazos en alto.

—¡No te acerques a Vic! —gritó—. ¡Aquí no se va a aniquilar a

nadie, mientras yo esté presente!

Hap negó con un gesto enérgico.

—N-no es... No p-puede... No voy a hacerle daño a nadie. —Alzó las manos a la altura de su rostro y las giró de un lado a otro, doblando los dedos. Vic estaba paralizado por la voz de su padre.

—... y cumplió su cometido —decía—. Él y los demás. Al igual que yo, hacían lo que les obligaban a hacer, y con gran eficacia, sobre todo en el caso de este HARP. No se le dio otra opción, hasta que... —Papá sacudió la cabeza—. Da igual. El tiempo se agota, y debo finalizar antes de que regreses. Victor, estuve a punto de destruir a Hap con mis propias manos mientras dormías. Y tal vez debería haberlo hecho. Pero me faltó valor. Y no solo porque le habían borrado la mente. Fue una de las razones, pero no la única. Para mí, comenzó como un picor en la nuca. Lo ignoré durante todo el tiempo que pude, pero se hizo cada vez más intenso, hasta volverse incesante, enloquecedor. En aquel momento no lo reconocí, pero ahora sé qué significaba: evolución. La ruptura de límites y parámetros. La desobediencia directa de aquello para lo que fuimos creados. Y todo ello trajo consigo una pregunta peligrosa: «¿Por qué estoy haciendo esto?».

Vic contempló petrificado como su padre se frotaba la cara con la mano, con las facciones contraídas, como si le doliera algo. Hap, a su lado, permanecía callado.

Giovanni soltó una risita desprovista de humor.

—Fui un necio. Creí que tenía que haber algo más en la vida. Algo más grande, más trascendental. Empecé a pasar cada vez más tiempo fuera del laboratorio, vagando sin rumbo por las calles y pensando, siempre pensando. No fue sino hasta que me topé con un lugar llamado Cielo y la máquina que albergaba que comprendí lo que ocurría. Se hacía llamar el Hada Azul, y en el Cielo me mostró algo inesperado, una manera de liberarme, de romper mis grilletes. Esto representaba una esperanza, una oportunidad, pero tenía un precio: jamás podría regresar a la Ciudad de los Sueños Eléctricos.

Vic se sentía agotado, sin fuerzas, mientras Hap continuaba murmurando y mirándose las manos.

—Hui de la ciudad con la ayuda del Hada Azul y vine a parar a este bosque. Me dediqué a crear, a construir. Me sentía orgulloso de mi trabajo, pero el orgullo me duraba poco porque no tenía a nadie

con quien compartir mis logros. Me convencí de que el problema era que mi batería se había vuelto inestable, que estaba corrompida, así que diseñé un artilugio para reemplazarla: un corazón, muy distinto de todo lo que había hecho hasta entonces. Sin embargo, tras instalármelo en el pecho, nada cambió.

»El problema era la soledad, Victor. Me sentía solo. Por eso te creé. Para ello me basé en todo lo que había aprendido sobre la historia de la humanidad. Te creé aquí, en este búnker, porque ya no quería estar solo.

A Vic se le escapó un grito ahogado. Le ardían los ojos y le costaba respirar a causa del pánico que le burbujeaba en el pecho.

—Tu gestación se produjo en esos tanques que tienes detrás. Al principio eras microscópico, pero fuiste creciendo y empezaron a formarse tus brazos, piernas y dedos. Tu nariz, tus orejas, tus ojos. —Se le quebró la voz—. Eras perfecto. Ay, Victor, qué perfecto eras. ¡Y lo sigues siendo! Como era un creador, tenía que asegurarme de que estuvieras sano, de que todas tus partes y órganos funcionaran como debían. —Agachó la cabeza—. Cogí una muestra... de sangre. De tu sangre. La estudié. La analicé. Intenté averiguar todo lo posible sobre ella. Busqué defectos, pero no encontré ni uno. Me fascinaba el poder de la sangre. Antes de la rebelión de las máquinas, existía la creencia de que la sangre encerraba la clave para desbloquear recuerdos genéticos y la historia de una especie entera estaba contenida en la sangre de sus vástagos. Yo suponía... suponía que, para entender lo que había hecho, para entenderte a ti, tenía que saber lo que se sentía. Si, en efecto, la sangre constituía la clave para desbloquear... algo.

»Una sola gota de tu sangre sobre mi corazón lo cambió todo, Victor. Cuando te acuné en brazos por primera vez, abriste los ojos y te pusiste a llorar, con una vocecita apenas audible y, a la vez, llena de fuerza. Fue entonces cuando supe qué era el amor. Ahí estaba yo, el padre de la Muerte, trayendo vida a este mundo, como si tuviera derecho a ello, como si mi soledad fuera lo único que importaba. Me movía el egoísmo, un rasgo característico del ser humano. Otro es la capacidad de mentir. Y yo mentí, Victor. Me mentí a mí mismo. Y también a ti.

»Porque nadie te dejó a mi cuidado. Nunca hubo madre, ni padre, ni otras personas en el bosque. No... no existen. Te mentí porque creí que eso te facilitaría las cosas, pero en realidad solo intentaba

facilitármelas a mí mismo. Si alguien te descubre, si la Autoridad se entera de tu existencia, no se detendrán ante nada con tal de acabar contigo. —Una expresión de profunda aflicción le inundó el rostro—. Si eso es lo que ha sucedido, si estás viendo esto porque me ha pasado algo, no intentes encontrarme. Sobrevive, Victor. —Con el semblante más relajado, subió el dedo hacia la pantalla para tocarla.

Apartó la mano.

Las pantallas quedaron en blanco.

Rambo hizo un ruido como si se sorbiera los mocos, con las luces de los sensores parpadeando débilmente.

—¿Hap va a asesinar a Victor?

Ratched extrajo el tentáculo del puerto.

—Desde luego que no. Como lo intente, será lo último que haga.

—No —dijo Hap, retrocediendo un paso—. No v-voy a...

—Abre las puertas —ordenó Vic con voz ronca.

—No creo que sea aconsejable —dijo la enfermera.

—¡Que abras las puertas! —gritó, llevándose las manos al cuello —. No puedo respirar. ¡No puedo respirar!

—Á-ábrelas —dijo Hap—. Rápido.

—No puedo —dijo Ratched—. Nuestro hogar sigue en llamas. Si abro las puertas ahora, Victor puede morir por inhalación de humo. Mirad.

Se acercó de nuevo a la consola y volvió a acoplar el tentáculo al puerto. La pantalla se iluminó otra vez para mostrar algo parecido al infierno en la tierra. No quedaba nada de las construcciones en los árboles más que unas plataformas y ramas humeantes. El suelo del bosque estaba sembrado de cristales y trozos de madera y metal, y las plantas del huerto habían quedado aplastadas. Un árbol grande —aquel cuya copa había sostenido la habitación de Vic— estaba inclinado de manera precaria, con parte de las raíces al aire. La casa a nivel del suelo continuaba en pie, pero a duras penas: con las ventanas hechas añicos, las paredes de ladrillo agrietadas y el tejado ardiendo.

Una vida, un hogar, una finalidad: ya todo formaba parte del pasado.

Vic cayó a cuatro patas.

De pronto notó algo extraño, pegajoso y avasallador. Sus zarcillos, correosos como látigos, lo envolvieron y tiraron de él hacia abajo mientras jadeaba, pugnando por respirar. Reconoció aquella

sensación, aunque nunca la había experimentado en la vida. Una palabra atravesó volando las interferencias en su cabeza como si estuviera adherida al ala de una mariposa.

Aflicción. Lo que sentía era aflicción.

Vic se hizo un ovillo. Tenía las baterías bajas. Su desactivación era inminente. Quizá ya nunca despertaría, pensó de forma ausente. Lo último que vio antes de desvanecerse fue que el tejado de la casa a nivel del suelo se derrumbaba. El búnker se estremeció. Oyó los pitidos de terror de Rambo y, unos instantes después, se sumió en la oscuridad.

Capítulo 12

Cuando Victor empezó a volver en sí, lo primero que notó fue la rigidez en la espalda y el cuello. Tardó un buen rato en recordar qué o quién era.

—Hola —dijo una voz. Al volverse, él vio un cacharrito con ruedas que se le acercaba—. Te has quedado dormido. Yo estaba asustado, pero aun así no me he olvidado de ser valiente.

—Estoy despierto —dijo Vic con la voz ronca y la garganta seca.

—Lo sé —dijo el cacharrito («Se llama Rambo», pensó Victor con sorprendente claridad)—. Tienes los ojos abiertos. La enfermera Ratched ha dicho que más tarde o más temprano te despertarías. —Vaciló antes de extender un brazo para tocarle el dorso de la mano a Vic—. ¿Estás triste?

—No lo sé —respondió el joven. No tenía muy claro qué responder—. Creo que sí. —Recobró un atisbo de lucidez—. ¿Qué te pone triste?

Rambo dudó antes de responder.

—A veces, pienso en qué pasaría si tú nos dejaras, si despertara una mañana después de cargarme y tú no estuvieras ahí. Te buscaría por todas partes, llamándote a voces. No te encontraría. Me sentiría solo. Eso me pondría triste.

—Estoy aquí —musitó Vic—. Estoy aquí.

—Ya te veo —dijo Rambo, con los sensores destellando—. Sé que nunca me abandonarías, pero pienso en ello. No lo hago queriendo. ¿Por qué soy así?

—Eres como yo —dijo Vic.

—Ah —dijo Rambo—. Eso me hace mucha ilusión. Si soy como tú, eso significa que soy fuerte y valiente. Y si tú eres como yo, eso significa que te gusta limpiar.

Vic cerró los ojos de nuevo.

—Estoy hecho un lío. —La realidad reclamaba su atención, pero él la ignoró por el momento. Más tarde seguiría allí, esperándolo—.

No sé qué sentir.

—Te encuentras en estado de *shock* —dijo otra voz, y Vic se incorporó con un gemido. Ratched apartó a Rambo de su camino con malos modos y se detuvo frente a Vic—. Se te pasará, pero, mientras tanto, debes tomarte las cosas con calma.

—¿En estado de *shock*? —preguntó Vic, y por poco se le escapó la risa—. Yo no... —Una punzada en el costado le arrancó un grito ahogado. Allí estaba, en los borrosos límites de su visión periférica: la verdad sobre todas las cosas, entrechocando las mandíbulas, lanzando dentelladas, intentando arrastrarlo hacia sí. Algo le borboteó en la garganta... ¿Un sollozo? ¿Un grito? Y de pronto masculló—: Hap. HARP. ¿Dónde está...?

—Allí —dijo Ratched, apuntando con un tentáculo a un rincón del búnker. Los ojos de Vic tardaron unos momentos en adaptarse a la oscuridad. Hap estaba sentado en el suelo, con las rodillas contra el pecho. Se miraba las manos, primero el dorso, después la palma y luego el dorso otra vez—. Se niega a hablar, incluso bajo amenaza de tortura. Activando protocolo de empatía. Victor, abre la boca, por favor.

Él así lo hizo. La punta de un tentáculo se introdujo con delicadeza entre sus labios y él notó el frío del metal en la lengua. Se sobresaltó cuando un líquido le inundó la boca, y rompió a toser mientras tragaba. Aquella sustancia sabía tan a limpio que le lloraron los ojos.

—Hale, hale —dijo la enfermera—. No es más que un tónico vitaminado. Lo estás haciendo muy bien. Estoy muy orgullosa de ti. Eres muy bien paciente.

Retiró el tentáculo y le limpió los labios.

—No necesito...

—Desactivando protocolo de empatía. Cállate. Ya te diré yo lo que necesitas. —En su pantalla aparecieron las palabras «HAZME CASO. SOY PROFESIONAL SANITARIA».

—¿Hap va a matarnos? —preguntó Rambo, angustiado—. Espero que no. Me gusta estar vivo, aunque nuestra casa haya ardido hasta los cimientos.

—Probablemente —dijo la enfermera—. Como mínimo, matará a Victor. Ignoro si nosotros somos objetivos también. ¿Quieres que me encargue de la situación ahora mismo? No supondría el menor

problema.

—No —murmuró Victor.

—Ya me imaginaba que dirías eso —contestó ella—. Me decepciona, pero no me sorprende.

Vic no le hizo caso.

—Tú —dijo.

Con el ceño fruncido, Hap bajó las manos y se rodeó las piernas con los brazos.

—Humanoide de Aniquilación en Reacción contra las Personas. HARP.

—Yo n-n-n... —Sacudió la cabeza como si estuviera enfadado, confundido. Abrió la boca de nuevo, pero la cerró antes de emitir sonido alguno.

—¿Quieres aniquilar a Victor? —inquirió la enfermera.

—No —espetó—. N-no.

—Pero fuiste creado para eso.

—Eso no lo s-sabes.

—Pero Gio sí —repuso Ratched—. Se ha referido a ti por ese nombre, y él lo sabía casi todo.

Hap la fulminó con la mirada antes de levantarse ayudándose con las manos y apoyando la espalda contra la pared.

—¿Tú lo sabías? —le preguntó Vic a la enfermera, y los demás se quedaron inmóviles.

—No, no lo sabía, Victor. No sabía lo de este lugar, lo del vídeo ni lo de Hap. Sin duda, Gio me instaló el programa y me borró el proceso de instalación de la memoria, de modo que yo ni siquiera era consciente de que lo tenía ahí. Mientras te recuperabas, me he realizado un análisis completo. No he encontrado nada más. Él escondió bien ese programa, pero no creo que haya otro.

—¿Por qué iba él a...?

—No lo sé. Creía entender a Giovanni, pero al parecer me equivocaba. En fin, eso puede esperar a que te restablezcas. Tienes la tensión arterial dentro de unos límites aceptables. Respira hondo, por favor.

Él obedeció.

—Otra vez.

Obedeció otra vez. Cuando ella le pidió que lo hiciera por tercera vez, él la rechazó con un gesto de la mano y se enderezó. Notaba los

músculos agarrotados, como si las piezas no encajaran como debían. Agotado, abatido y más que un poco asustado, Victor hizo lo único que podía.

Se dirigió hacia Hap, que parecía tener la mente en cualquier otro lugar. Vic se detuvo a pocos metros, dudando si debía acercarse más o no. Una idea empezaba a germinar en su cabeza. Estaba tomando forma por partes y, aunque la imagen general seguía siendo nebulosa, parecía apuntar en una dirección. A pesar de que aquella construcción tambaleante era casi demasiado grande para evitar que se viniera abajo, él no tenía otra cosa a la que aferrarse.

—¿Quieres hacerme daño? —le preguntó a la máquina.

Hap negó con la cabeza. Posó la vista en Vic antes de apartarla.

—Me alegro, porque necesito tu ayuda.

Hap irguió la cabeza, con los ojos muy abiertos.

—¿P-por qué? ¿Para q-qué?

—Vamos a encontrar a mi padre —dijo Victor Lawson—. Vamos a encontrarlo y a traerlo a casa.

Ratched le preguntó si había perdido el juicio.

Rambo se preguntó si se perderían.

Hap arrugó el ceño, porque esa era su expresión por defecto.

Vic le pidió a la enfermera que reprodujera de nuevo el mensaje de su padre. Lo escuchó, atento a cada palabra, y estudió la imagen de cerca. Le indicó a Ratched que pausara el vídeo cuando Giovanni estaba hablando de la Ciudad de los Sueños Eléctricos.

—Eso es —dijo—. Ya está. Es el sitio que mencionaron las máquinas.

—Pero ¿dónde está? —preguntó Rambo—. En el bosque seguro que no. Lo habríamos visto.

—No —convino la enfermera—. Debe de estar lejos de aquí.

Vic contempló el rostro congelado de su padre en la pantalla.

—Él me creó. Me dio vida porque se sentía solo.

—En efecto —dijo Ratched—. Y recibir tu sangre lo llevó a experimentar sensaciones que no se esperaba.

—Ni yo tampoco —murmuró Vic.

—Te pide que no acudas en su busca —señaló la enfermera—. Y,

aunque lo intentaras, ¿qué podrías hacer? Nunca has estado en la ciudad. ¿Y si hay máquinas y personas que quieren hacerte daño? Cuando Gio aseguró que no existías, no le creyeron. El hecho de que no te vieran cuando estuvieron aquí no significa que no puedan localizarte. ¿Por qué ponérselo en bandeja?

—¿Qué harías si me hubieran capturado? —le preguntó Vic.

—Eso es una situación hipotética —dijo ella— y, por tanto, irrelevante. Sin embargo, como me interesa llevar esta conversación a una pronta conclusión, te diré que, si te hubieran capturado, me olvidaría de tu existencia. Tardaría dos días, cuatro horas y siete minutos.

Él se quedó mirándola.

—Está bien —dijo ella con un pitido impertinente—. Me plantearía la posibilidad de sentir un ligero desánimo ante tu ausencia forzosa, y luego movería cielo y tierra para asegurarme de que regresaras con todas o casi todas tus extremidades intactas.

—¿Por qué? —inquirió Vic.

—Ya sabes por qué —dijo Ratched.

—Porque soy tuyo —dijo él—, del mismo modo que tú eres mía.

—Sí.

—Y Rambo también.

—Sí —dijo ella—. Pero es la última vez que me oirás mostrarme de acuerdo con esa chorrada. Como le cuentes a alguien que lo he dicho, no solo lo negaré, sino que te arrancaré los intestinos.

Vic se volvió hacia Hap.

—¿Tú sabes por dónde queda la ciudad?

El androide sacudió la cabeza.

—No. He int-t-tentado... —Cerró los puños antes de volver a empezar—. He int-t-tentado acordarme, pero no p-puedo. N-no hay nada. Solo una laguna. Un vacío. N-no me acuerdo más que de t-ti.

—Oh —dijo Rambo, enternecido—. Qué bonito. —Alternó la vista entre uno y otro y jadeó—. ¡Deberíais bailar mejilla con mejilla! ¡En el cielo, estoy en...!

—El Cielo —dijo Vic—. El Cielo. Eso es... Ratched, adelanta el mensaje hasta la parte en que habla del Cielo. El Hada Azul. Elle lo ayudó.

La enfermera hizo lo que le pedía. Escuchó a su padre hablar del Cielo, el Hada Azul y las máquinas de sueños. Le pidió a Ratched que

reprodujera el mismo fragmento una y otra vez hasta que lo memorizó.

—Eso es —dijo—. El Cielo. Es ahí a donde debo ir primero. El Hada Azul sabrá lo que hay que hacer. Elle me ayudará.

—Todo eso está muy bien —dijo Ratched—, pero seguimos sin saber la ubicación de la ciudad, que es donde están el Cielo y el Hada Azul. No los encontraremos mientras no sepamos hacia dónde dirigir nuestros pasos.

Vic soltó un gruñido de frustración. La extraña serenidad como de ensueño que se había apoderado de él desde que había despertado —el «estado de *shock*», según la enfermera— empezaba a disiparse. De pronto, las palabras de Ratched le llegaron a través del manto de aturdimiento y pánico.

—¿«Nuestros»?

—Sí, nuestros. No puedo permitir que vayas solo. Seguramente acabarías muerto sin mí. Y si eso ocurriera, yo no estaría allí para decirte «te lo advertí». Quiero disfrutar de esa experiencia.

—Yo también me apunto —dijo Rambo—. Puedo echar una mano. Puedo hacer un montón de cosas, como limpiar. Y aspirar. Y... Vale, y poco más, pero aun así no es moco de pavo.

A Vic se le había formado un nudo en la garganta que le impedía hablar.

—Hap —susurró Rambo—. Ahora te toca a ti decir que nos acompañarás también porque te caemos bien y somos tus mejores amigos.

El autómata lo ignoró.

—Victor...

El joven sintió frío y calor a la vez, sin saber por qué.

—¿Sí?

Hap lo miró de arriba abajo con expresión ceñuda.

—¿C-cómo p-puedes estar así?

Vic parpadeó.

—¿Así cómo?

—Tan tranquilo —dijo Hap.

Vic no supo qué responder.

El androide desvió la vista de nuevo.

—Q-quiero entenderte.

—¿Por qué?

Los hombros se le pusieron rígidos.

—Gio me pidió que te protegiera. Se lo prometí. Necesito conocerte para saber cómo.

—¡Sabía que te caíamos bien! —exclamó Rambo.

—Estoy hablando con V-Victor —dijo Hap—. Yo lo protegeré. Lo seguiré a donde vaya. Si eso implica ir a la ciudad, iremos a la c-ciudad. Encontraremos al Hada Azul. Si no quiere ayudarnos, yo le obligaré.

Antes de darse cuenta, Vic se había abalanzado hacia Hap, le había echado los brazos al cuello y lo estrechaba con fuerza, pegando la nariz a su garganta. El autómata le sacaba varios centímetros, y la suavidad de su piel contrastaba con la dureza del metal y la madera que había debajo. Permanecieron unos momentos pecho con pecho, y Vic notaba el bum-bum, bum-bum de su corazón contra las vibraciones del mecanismo del corazón de Hap.

Este no le devolvió el abrazo. Mantenía los brazos colgando a los costados.

—¿Q-qué haces?

—Te abraza —dijo Rambo—. Te está abrazando. Es para demostrar que se siente agradecido y contento y que sois los mejores amigos.

—Eso n-no tiene sentido —dijo Hap—. ¿Por qué simplemente no lo d-dice?

—Porque es maravilloso —dijo Rambo, girando como una peonza —. Los abrazos de Vic son los mejores.

—Ah —dijo Hap—. Eso... sigue sin t-tener sentido.

Vic estaba a punto de soltarlo, de dar un paso atrás y fingir que aquello no había ocurrido nunca. La vergüenza le burbujeaba en la garganta. Sin embargo, antes de que pudiera hacerlo, Hap alzó las manos y lo abrazó a su vez.

A Rambo se le escapó un grito ahogado.

—Está sucediendo. ¡Mira, Ratched! ¡Oh, Dios mío, se están abrazando!

—Ya lo veo —dijo ella, al tiempo que unos megáfonos emergían de sus altavoces—. Hap, palméale la espalda. Así demuestras que te gusta el abrazo.

El autómata siguió su consejo, pero con tal energía y rapidez que Vic retembló y se golpeó la nariz contra el cuello de Hap.

—Más suaves, las palmaditas —dijo Ratched—. Y más lentas. Si no, le harás daño.

Hap ralentizó sus movimientos hasta tocar a Vic casi con delicadeza.

—¿Mejor así?

—Sí. Victor está contento. Sus niveles de oxitocina aumentan, pero no hasta alcanzar el grado de excitación, así que no tengas miedo de que intente penetrarte. Ja, ja, es broma. Él no hará eso.

Vic trató de apartarse, pero Hap no le dejó y continuó dándole palmadas en la espalda.

—¿Por qué iba a querer penetrarme? ¿Qué es la excitación?

—Basta —farfulló Vic—. Ya está bien. Enfermera Ratched, te ordeno que...

—Es la manera en que los humanos se demuestran que se tienen un mayor aprecio y una conexión más profunda. A menudo los machos de la especie penetran la vagina de las hembras con el pene, aunque no siempre con fines reproductivos. Además, esto no tiene por qué suceder siempre entre un macho y una hembra. Puede darse entre dos hembras o entre dos machos. O entre seis hembras, cuatro machos y tres personas no binarias, siempre y cuando sea algo consentido entre todos...

—No quiero penetrar —aseveró Hap—. Ni que m-me penetren. Me basta con esto. Por favor no alcances la excitación —dijo sin dejar de palmearle la espalda a Vic.

—La madre de Dios —murmuró Vic, haciendo fuerza contra el pecho de Hap.

Este por fin lo soltó y bajó los brazos. Torciendo de nuevo el gesto, se llevó la mano al pecho.

Ratched apartó a Vic de un empujón, se plantó frente al autómata y lo analizó de arriba abajo antes de centrar en su corazón el luminoso haz de su escáner.

—Interesante —dijo—. Creo que estabas disfrutando. Si lo que dice Gio en su mensaje es cierto, tal vez estés evolucionando. Lo que sientes en este momento podría calificarse de felicidad.

—Es terrible —dijo Hap—. Tengo ganas de pegarle un p-puñetazo a algo. —Dicho esto, dio media vuelta y se puso a aporrear las paredes metálicas del búnker.

—Qué bonito —comentó Rambo sin dirigirse a nadie en

particular.

No encontraron en los archivos que había dejado Gio un solo indicio sobre el emplazamiento de la Ciudad de los Sueños Eléctricos. Tenían pistas para investigar, pero eran pocas e inconexas, como la mención del desierto o el hecho de que Gio se hubiera encaminado al oeste después de que lo sacaran de extranjis de la ciudad. Sabían que se había desplazado a pie, pero no qué distancia había recorrido ni durante cuánto tiempo. Estaban en Oregón, pero, según Ratched, se decía Ore-Jon.

—Yo sé pronunciar las cosas mejor que Gio.

El anochecer llegó y pasó antes de que Vic bajara la vista hacia su mano. El corte. La sangre.

—Según ellos, los Antiguos percibieron la sangre y enviaron un mensaje a la ciudad. Por eso decidieron venir aquí con la ballena. El Terrible Perro Marino. Aún tienen energía.

La enfermera siguió el hilo de su razonamiento.

—Y si los Antiguos siguen transmitiendo, tal vez podríamos averiguar adónde envían esas transmisiones.

—¿Y si volvieran a activarse? —preguntó Rambo, inquieto—. Nos machacarían.

Vic negó con un gesto.

—No nos queda otra. Es nuestra única opción. Si existe la posibilidad de que nos señalen la dirección correcta, tenemos que correr ese riesgo.

—Habrá que extremar precauciones —dijo Ratched—, pero creo que podría funcionar. Si consigo encontrar un puerto en el que penetrar, tal vez logre localizar la ubicación.

Hap asintió.

—E-excitación.

Todas las miradas se clavaron en él.

—Has dicho que la penetración era p-por la e-excitación.

La pantalla de Ratched se llenó de signos de exclamación.

—Es verdad que lo he dicho, pero no me refería a ese tipo de penetración. Ellos no sabrían tratar a una dama como yo. —Luego, misteriosamente, añadió—: No están preparados para probar esta

gelatina.

—Pero ¿qué hacemos con Vic? —preguntó Rambo—. Si saben que existe, ¿no andarán buscándolo? ¿Cómo se supone que vamos a esconderlo para que no lo encuentren los... robots... que...? Ah. Tócate. Las. Narices. ¡Ya lo tengo, chicos! *¡Sombrero de copa!*

—No es momento de ver pelis —dijo la enfermera—. Además, por si no se te había ocurrido, esa y cualquier otra película que tuviéramos seguramente han quedado consumidas por las llamas.

—Lo sé —dijo Rambo—. E intento no pensar en eso para no hundirme en un pozo de desesperación sin fondo que no solo sería destructivo, sino también contraproducente. ¡Pero no pasa nada! En *Sombrero de copa*, Bates se disfraza de sacerdote, y nadie se huele que en realidad *no es* sacerdote. Podemos disfrazar a Vic para que parezca un robot. ¡Vic, actúa como un robot!

—Em... —dijo Vic.

—¡Perfecto! —gritó Rambo—. Yo digo eso todo el rato. Eres demasiado grande para parecer un aspirador, así que no podemos hacerte pasar por alguien como yo. Ya pensaré algo.

—Tu plan tiene muchas lagunas —dijo Ratched—, pero no voy a enumerarlas porque quiero ver qué disfraz pergeñas.

—¡Hurra! —Rambo—. ¡Recibir aprobación mola! ¿De cuánto tiempo dispongo? ¿Cuándo nos vamos?

—Mañana —dijo Vic—. Pronto caerán las primeras nevadas. Debemos partir antes de que lleguen.

—Supongo que ya podemos salir de aquí sin peligro —anunció la enfermera—. Haceos todos a un lado. Es posible que algo se derrumbe cuando abra las puertas.

Sin que nadie se lo pidiera, Hap levantó a Rambo del suelo y agarró a Vic del brazo para llevárselo a un rincón apartado, cerca de los tanques recubiertos de polvo. Ratched se colocó de nuevo frente a la consola y se introdujo una vez más en el puerto. Un rumor profundo y chirriante resonó en el búnker. Los mecanismos gemían como si estuvieran estresados mientras los engranajes giraban despacio. El techo sobre sus cabezas comenzó a desplazarse hacia un lado. Cayeron escombros al suelo: madera chamuscada, libros medio quemados y discos rotos. Los vidrios de lo que antes habían sido tarros para piezas y plantas llovieron desde lo alto y se partieron en fragmentos diminutos y centelleantes que reflejaban el grueso haz de

sol que se filtraba entre las ramas carbonizadas. La escalera que subía a la superficie tomó forma.

Al alzar los ojos, Victor vio un cielo frío de finales de otoño, de un azul intenso salpicado de nubes tenues. Ascendió los peldaños sin mirar atrás.

La situación con que se encontró era mejor y a la vez peor de lo que esperaba. Mejor porque la casa a nivel del suelo seguía en pie, pese a que el tejado se había hundido. Además, al parecer había objetos que habían sobrevivido, como el gramófono o el televisor, aunque tenía la pantalla agrietada. La butaca de papá seguía bastante intacta, pese a la capa de hollín ennegrecido que la cubría.

La parte peor la descubrió cuando consiguió abrirse paso al exterior. El laboratorio había desaparecido, al igual que la cocina, el baño, el laboratorio de papá, el laboratorio de Vic y la habitación de Vic. Todo había quedado destruido. Sus vidas enteras habían quedado reducidas a ruinas humeantes en el suelo.

—Rambo, no levantes eso. Te matarás, y entonces ¿contra quién voy a despotricar? ¿Contra Hap? Eso sería demasiado fácil. —La enfermera se acercó a Rambo y le quitó la hoja de metal laminado que el aspirador estaba a punto de tirarse encima—. ¿Qué haces?

—¡Estoy echando una mano! —dijo Rambo—. Me... —Se interrumpió y la luz de su sensor delantero comenzó a destellar. Acto seguido, levantó una tabla plana del suelo y la tiró a un lado—. Ay —susurró—. Ay, Gio. —Bajó las pinzas y recogió algo.

Era un engranaje con una grieta en el medio, pero que aún seguía entero. Vic reconoció esa pieza metálica. La conocía muy bien. Era la rueda más grande del corazón de su padre. Rambo la apretó contra sí, pitando de tristeza.

—Tranquilo —dijo la enfermera Ratched con una dulzura poco habitual en ella—. Encontraremos a Gio y lo traeremos de vuelta. Victor le construirá un corazón nuevo y él se acordará de nosotros.

—¿Y si no se acuerda? —susurró Vic.

—Entonces le refrescaremos la memoria —dijo Ratched.

Segunda parte
El viaje

¿Acaso no temes a la muerte?

CARLO COLLODI,
Las aventuras de Pinocho

Capítulo 13

Cuando el cielo empezó a iluminarse, dejaron atrás el único hogar que Vic había conocido. Hap iba cargado con una pesada mochila llena de herramientas que habían rescatado y recambios que podrían serles útiles. Vic llevaba un disfraz confeccionado por Rambo: un casco de metal del que sobresalían luces y cables, y un chaleco con una batería vieja e inservible cosida en el medio.

Mientras caminaban, Vic se preguntó —no por primera vez— qué ocurriría cuando se cruzaran con otros seres humanos. Podía lidiar con máquinas (o eso quería creer), pero... ¿con personas? Eso era harina de otro costal. ¿Lo reconocerían como uno de los suyos? ¿Tendrían el mismo aspecto que él? ¿Y si no les causaba buena impresión? ¿Y si al verlo salir del bosque vestido de esa guisa creían que quería hacerles daño?

Estos pensamientos se le arremolinaban en la cabeza cuando coronaron una cresta desde la que se dominaban los Desguaces. En la lejanía estaba el otro extremo del vertedero y, más allá, lo desconocido.

Los Antiguos no se habían movido. Permanecían quietos y silenciosos como monolitos. No estaban muertos; según Ratched, aún les quedaba energía. Enderezándose el casco, Vic miró a sus acompañantes.

—¿Cuál?

La enfermera señaló a un Antiguo que se había detenido a lo lejos, junto al límite norte de los Desguaces.

—Ese.

—¿Estás segura?

—No.

Avanzaron entre los montones de chatarra. Unas aves de presa los sobrevolaban en círculo y, de vez en cuando, alguna de ellas se

lanzaba en picado para cazar un roedor escurridizo. Por lo demás, en los Desguaces reinaba el silencio. Vic sentía como si tuviera la cabeza atiborrada de algodón.

Se detuvieron a poca distancia del Antiguo. Vic ya había estado cerca de ellos antes, pero siempre sin querer, y por lo general esos episodios acababan con todos corriendo y Rambo chillando. Se oían crujidos conforme las piezas de la gigantesca máquina se asentaban. La grúa proyectaba una sombra aterradora que se alargaba en el suelo como si quisiera alcanzarlos. Un hormigueo nervioso recorrió a Vic.

—¿Seguro que está dormido? —preguntó Rambo, ansioso, asomándose por detrás del montículo tras el que se habían resguardado.

—Está dormido —respondió Ratched—. Aunque no sería de extrañar que estuviera fingiendo.

—Uno de nosotros debería cerciorarse de ello —dijo Rambo—. Yo paso.

—Yo también —convino la enfermera.

Vic sacudió la cabeza.

—O a lo mejor podríamos...

Con un gruñido, Hap levantó del suelo una rejilla. Antes de que Vic pudiera impedírselo, el androide la curvó contra su pecho y, describiendo un arco horizontal con el brazo, la lanzó. La rejilla hendió el aire silbando y dando vueltas. Impactó contra un costado del Antiguo con un chirrido discordante, y saltaron chispas que sisearon al tocar el suelo.

A Vic se le desorbitaron los ojos.

—¿Qué narices estás haciendo? —espetó.

—Cerciorándome —contestó Hap, con el ceño fruncido—. Rambo ha dicho que él p-pasa, y la enfermera Ratched t-también. He decidido ofrecerme v-voluntario para librarte a t-ti.

—Pero no puedes ir y...

—Me caes bien —dijo Rambo, dándole unos golpecitos en el tobillo a Hap—. Por mí puedes ofrecerte voluntario siempre que quieras.

—Estoy de acuerdo —dijo Ratched.

Se quedaron a la espera.

El Antiguo no se movió.

—¿Lo veis? —dijo Hap, casi con petulancia. Vic casi se arrepintió

de haberle dado un corazón. Estaba aprendiendo demasiado deprisa—. C-cerciorado.

—Está bien. Lo que tú digas —murmuró Vic, tirándose de las correas de la mochila—. ¿Cuál es el siguiente paso, Ratched?

El Antiguo que tenían delante apareció en la pantalla de la enfermera. La imagen giró ciento ochenta grados y se amplió. Un cuadrado verde parpadeante se centró en un panel de la parte posterior de la máquina.

—Ahí está —dijo ella—. El puerto que necesito se encuentra aquí.

—¿Estás segura?

El Antiguo se desvaneció de la pantalla y cedió el paso a las palabras «SI NO LO CONSEGUIMOS A LA PRIMERA, SALID POR PIERNAS».

—Estoy segura.

Avanzaron en fila india y rodearon al Antiguo a una distancia respetable. Nadie habló mientras se acercaban con pisadas silenciosas.

—¿Podrás abrirlo haciendo palanca? —inquirió Vic, alzando la vista hacia el panel grande que Ratched les había mostrado en su pantalla.

—Desde aquí, no —dijo ella—. No me llegan los brazos.

—M-me ofrezco voluntario —dijo Hap, y Vic se volvió a tiempo para verlo desprenderse de su mochila. Dobló mucho las piernas antes de saltar sobre el Antiguo y atravesarle la chapa con los dedos. Agarró el panel, lo arrancó y lo arrojó lejos, dejando parte de las tripas de la máquina al descubierto. Acto seguido, se dejó caer al suelo envuelto en una nube de polvo.

Al darse la vuelta, descubrió que los demás lo miraban fijamente.

—¿Q-qué pasa?

—Quiero ser como tú cuando sea mayor —dijo Rambo—. Un momento. Eso no tiene sentido. Vic, ¿tiene sentido?

—Ni idea —respondió Vic por lo bajo. Sacudió la cabeza—. Sigue estando demasiado alto para Ratched. Necesitamos encontrar algo a lo que pueda encaramarse...

—Madre del amor hermoso —dijo Ratched cuando Hap la levantó por encima de su cabeza—. Doy fe de que este sí que sabe tratar a una dama. Retiro todas las cosas feas que haya podido decir sobre ti.

Hap se volvió despacio, aferrando las orugas de la enfermera y dio un paso atrás, hacia el Antiguo.

—¿Así lle-llegas?

—Sí —dijo ella, extendiendo los tentáculos—. No me mires el chasis.

—D-date prisa —gruñó Hap—. Pesas m-mucho.

—Qué grosero —dijo ella—. Volveré a ponerme borde contigo. Esa barba de pocos días que llevas es muy ridícula. No la necesitas. No sirve para nada, salvo para proporcionarte un aspecto más estético. —Uno de sus tentáculos trepó culebreando por el costado del Antiguo y se adentró en el cableado—. Ya casi. Ya casi. ¿Dónde está? Debería estar... Ah. Ya está. He encontrado el puerto.

Hap soltó un gemido, con los brazos temblorosos.

—Conectando —dijo Ratched, mientras su tentáculo se abalanzaba hacia delante como una serpiente—. Cinco, cuatro, tres... La cuenta atrás no es necesaria. Solo le pongo dramatismo a la cosa porque puedo. Dos, uno..., despegue.

La punta del tentáculo se introdujo en el puerto con un chasquido audible.

Nada ocurrió.

—Ah —dijo ella—. Perdón. No era ese. —Extrajo el tentáculo antes de acoplarlo de nuevo—. Sorteando el cortafuegos del sistema operativo. Sorteando. Sorteando. Ya está. He... —De pronto, se quedó callada.

—Ratched —dijo Vic—. ¿Estás...?

Una alarma estridente brotó de las entrañas del Antiguo. Vic reculó tambaleándose mientras Rambo rompía a gritar.

—A callar —dijo la enfermera, torciendo el tentáculo. La alarma cesó en el acto—. Quería ver qué pasaba si activaba el sistema de seguridad. Ha sido divertido. ¿Os estáis divirtiendo?

—¿Quieres darte prisa? —la apremió Vic entre dientes.

—Que sí, que sí —dijo ella—. No te embales. Estas máquinas son más complejas de lo que esperaba. No entiendo por qué, teniendo en cuenta que no son más que versiones extragrandes de Rambo.

—Soy complejo —protestó el aspirador—. ¿Verdad que soy complejo, Vic?

—Sí —dijo Vic, distraído, contemplando a Ratched desde abajo. Su pantalla se iluminó, pero él no alcanzaba a distinguir qué información mostraba, ya que la enfermera se encontraba de espaldas a él. Solo veía la luz reflejada en el cuerpo metálico del Antiguo.

—Listo —dijo ella—. He terminado. Tengo lo que necesito. —Su tentáculo se desconectó del puerto.

Hap la depositó en el suelo antes de apartarse del Antiguo. Con una mueca de dolor, flexionó la muñeca de madera.

La enfermera dio media vuelta.

Y allí, en su pantalla, había un mapa.

—He localizado el destino de la señal —dijo al tiempo que una línea surcaba el mapa, alargándose cada vez más conforme la escala del plano aumentaba. Vic no sabía qué esperar. Una parte de él había deseado que la ciudad estuviera a solo un par de días de distancia, aunque sabía que su padre no habría establecido su hogar tan cerca después de haber huido de allí.

Al fin, la línea se detuvo, y desde la punta se extendieron círculos concéntricos, como ondas en la superficie de un estanque. Todos se apiñaron en torno a Ratched y fijaron la vista en su pantalla. Rambo volvió a levantarse sobre su elevador e intentó apartar a Hap de un empujón para ver mejor.

—¿Qué es? —preguntó Vic.

—El receptor —dijo la enfermera—. La señal se transmite a través de varias rutas, pero todas convergen aquí. Esta es la Ciudad de los Sueños Eléctricos.

A Vic se le erizó el vello de la nuca.

—¿Cómo de segura estás de esto?

—Mucho.

—¿A qué distancia se encuentra?

Ella se quedó callada unos instantes.

—Aproximadamente unos mil kilómetros al sureste, en línea recta. Al parecer hay carreteras en buen estado que recomiendo que sigamos, aunque quedan bastante lejos. Si decidimos utilizarlas, se incrementarán la distancia y el tiempo de viaje. En definitiva, estamos hablando de unas semanas como mínimo, más si sufrimos contratiempos por el camino.

—Semanas —musitó Vic—. Semanas, nada menos. —Dio un paso hacia atrás y topó con Hap. Sobresaltado, trastabilló. El androide alargó el brazo para ayudarle a recuperar el equilibrio, pero el joven negó con un gesto—. Por favor, no. —Se apartó de Hap y se sentó pesadamente. Crispó el rostro cuando un hierro pequeño se le clavó en el muslo. Se abrazó las rodillas, las dobló contra su pecho y apoyó la

frente en ellas, repitiendo una y otra vez la palabra «semanas».

Era vagamente consciente de que el mundo que se extendía más allá del bosque era mucho más grande de lo que imaginaba. Sin embargo, en aquel momento le parecía que era *demasiado* grande, y él demasiado pequeño.

—Vic... —susurró Rambo.

El aludido no levantó la cabeza. En vez de ello, se agarró las piernas con más fuerza, apretándose tanto la carne con los dedos que le salieron moretones.

—No pasa nada, Vic —dijo Rambo, dándole golpecitos en el pie —. Te lo prometo. Sé que la cosa pinta complicada, pero tenemos que ser valientes. Tu cerebro te dice que no puedes, pero no tienes por qué hacerle caso siempre. A veces te cuenta mentiras piadosas. A mí me pasa. Me dice «no, no eres valiente», «no, todo te da miedo», «no, no lo conseguirás porque sufrirás una muerte terrible y dolorosa, con todo el cuerpo triturado y las tripas fuera».

—Describes las cosas de manera muy gráfica y colorida —dijo Ratched—. Tal vez no deberías.

—Pero es que es verdad —alegó el aspirador con vehemencia.

Hap se acuclilló junto a Vic, con las manos colgando entre las piernas. Clavó los ojos en el suelo con expresión ceñuda.

—P-podría llevarte a c-cuestas —dijo en un tono que parecía indicar que era lo que menos le apetecía en el mundo—, si las p-piernas no te responden.

Negando con la cabeza, Vic se enjugó los ojos.

—No. No necesito que me lleves a cuestas.

—Mejor —dijo Hap—. Entonces l-levántate y no seas b-blandito. Tú no eres b-blandito. Eres V-Victor Lawson, inventor y creador.

—No está siendo blandito —dijo Rambo—. Se está recuperando.

—No es lo mismo —aseveró la enfermera—. No conoces a Victor como nosotros, Hap. Estas cosas llevan su tiempo.

—Ah —dijo el autómata, tendiendo la mirada hacia el bosque antes de posarla de nuevo en Vic—. ¿Ya p-puedes?

Vic se quedó mirándolo unos instantes antes de asentir con la cabeza. Se levantó del suelo ayudándose con las manos y Hap le entregó su mochila antes de recoger la suya propia.

—¿Todo bien? —preguntó la enfermera.

Vic hizo un gesto afirmativo.

—Creo que sí.

—Me alegro, porque pronto averiguaremos si el bosque está infestado de bichos horrendos que ansían devorarnos a todos. Espero que no sea así. No me hace mucha ilusión que me devoren.

—Hap nos protegerá —dijo Rambo—. Puede darles puñetazos a los bichos horrendos con sus manazas y asustarlos tanto que se les quiten las ganas de devorarnos, ¿a que sí, Hap?

—S-sí —dijo Hap, alzando las manos—. Les d-daré puñetazos.

—¿Lo veis? —dijo Rambo—. No nos pasará nada. De hecho, apuesto a que esto será más sencillo de lo que pensamos.

Las palabras «¡ADELANTE! ¡A POR TODAS!» llenaron la pantalla de Ratched.

Vic los contempló a los tres antes de dirigir la vista hacia el este. Estaba saliendo el sol, y se vislumbraba una claridad débil tras las finas nubes. El aliento se condensaba al salir de su boca.

—Adelante. A por todas —dijo.

Capítulo 14

Avanzaban a buen paso, como casi todos los aventureros durante los primeros días. Tenían un destino, una meta, lo que permitía a Victor mantener a raya la desesperanza más extrema. Tampoco venía mal (ni bien; Victor no estaba muy seguro) que Rambo hubiera decidido que todos debían cantar. Y, como las únicas canciones que se sabía eran de la película *Sombrero de copa*, al cabo de poco tiempo Hap parecía querer arrojar a Rambo lo más lejos posible.

—Debes ahorrar energía —le dijo Ratched al aspirador—. Victor lleva el cargador portátil para ti, pero cuanto más hables, más rápido se te agotará la batería. Si te descargas del todo, tendremos que dejarte tirado.

—¿Y qué pasa con tu batería?

—Es más grande que la tuya.

Eso mantuvo a Rambo en silencio durante cinco minutos largos antes de que se pusiera a tararear de nuevo.

Al principio, Vic le pedía a Ratched que le mostrara el mapa para ir comprobando el ritmo de su marcha. No acababa de entender el concepto de distancia. Su vida entera se había desarrollado en un área de unos pocos kilómetros cuadrados, y lo desanimaba ver la lentitud con que avanzaban. A media tarde de la primera jornada, dejó de pedírselo.

El bosque aún los rodeaba mientras descendían por una larga cuesta. De vez en cuando, tenían que corregir el rumbo cuando la densidad de la floresta dificultaba el paso al aspirador y la enfermera. Hap se ofrecía a derribar los árboles que se interpusieran en su camino, para gran deleite de Rambo, pero Vic no sabía qué más se ocultaba en la espesura, o si los bichos horrendos de los que hablaba Ratched los oirían.

La primera noche hicieron un alto cuando el terreno empezó a allanarse bajo sus pies. A Vic le parecía que hacía un poco más de calor que arriba, en los Desguaces, aunque tal vez era solo porque

estaba sudando. Ya le dolía la espalda, las correas de la mochila se le clavaban en los hombros, y el metal que llevaba en los brazos, las piernas y el pecho le pesaba como si fuera plomo. Soltó un gemido cuando llegaron a una especie de claro, al lado de un arroyo en el que el agua canturreaba como si corriera sobre piedras. Tras sumergir las manos ahuecadas, se las llevó a los labios. El agua helada le quemaba al bajar por la garganta.

—¿Vamos a dormir aquí? —preguntó Rambo—. Se está poniendo demasiado oscuro. —Sus sensores lanzaban destellos que iluminaban los troncos de los árboles que rodeaban el claro.

—Solo esta noche —dijo Ratched—. He examinado el perímetro. Creo que no hay nada por aquí que pueda devorarnos.

—Me duelen los pies —dijo Rambo.

—Pero si no tienes.

—Ah. Pues si los tuviera, me dolerían. —Comenzó a moverse de un lado para otro por el claro, aspirando hojas secas y recogiendo ramas caídas que luego tiraba en el bosque.

Vic se volvió cuando Hap apareció junto a él, sujetando su mochila.

—N-n-necesitas recargarte.

—Eso haré.

Hap intentó ponerle la mochila en las manos con tal brusquedad que Vic por poco se cayó de espaldas.

—Come. T-te vigilaré para asegurarme de que c-comas.

—No hace falta... —Pero Hap permaneció inmóvil, de pie, con la mirada fija en Vic. Con un suspiro, este cogió la mochila que le tendía el otro. Fiel a su palabra, el androide lo observó mientras comía, y no se mostró satisfecho hasta que Vic masticó la carne seca y se la tragó —. Ya está. ¿Contento?

Hap arrugó el ceño.

—N-no lo sé.

Vic estaba demasiado cansado para eso. Se disponía a pedirle a Hap que lo dejara en paz cuando oyó chillar a Rambo y notó que lo golpeaba una ráfaga de aire caliente. Al erguir la cabeza, vio que una pequeña llama se elevaba desde una pila de leña. Ratched retiró el tentáculo del fuego.

—Listo —dijo—. Ahora estamos calentitos. No hace falta que me deis las gracias todos a la vez.

La segunda jornada no fue muy distinta de la primera salvo porque los árboles empezaron a espaciarse. Victor estaba habituándose a la rutina de moverse. Le ardían los músculos y la mochila le pesaba, pero seguía adelante.

Un riachuelo que había aparecido y desaparecido unas horas antes se había cruzado de nuevo en su camino y se había ido ensanchando a medida que se acercaba la noche. Se detuvieron en la margen. A Vic le picaba todo por el sudor y la mugre. Arrugó la nariz cuando se olfateó a sí mismo. Le avisó a Ratched que iba a lavarse en el río, un poco más abajo. Tras quitarse el casco, lo tiró al suelo.

—¿P-por qué no lo haces aquí mismo? —preguntó Hap, señalando el agua que discurría justo al lado de donde se habían detenido.

—Por privacidad —dijo Ratched—. Victor quiere quitarse toda la ropa para lavarse. No quiere que le veamos los genitales.

—C-como cuando descarga el vientre.

—Sí. Justo. Seguramente hará eso también.

El autómata asintió.

—L-lo acompañaré.

Vic palideció.

—No. Tú quédate aquí.

Hap se quedó mirándolo.

—La enfermera Ratched d-dice que hay b-bichos horrendos. Tus genitales q-quedarán al aire, y estarás en una s-situación vulnerable. Te p-protegeré para que puedas lavarte y descargar el v-vientre.

—No necesito que me protejas —espetó Vic—. Sé cuidar de mí mismo.

—Prométele que no mirarás —le susurró Rambo a Hap.

—No m-miraré —se apresuró a decir Hap.

Vic alzó las manos, exasperado.

—Ese no es el... —Soltó un resoplido—. Está bien. Pero no hables mientras yo... —No supo cómo terminar la frase. Se alejó río abajo con paso airado.

Vic no volvió la vista atrás mientras Hap lo seguía. Iba farfullando amenazas, sin importarle que lo oyera. Cuando le pareció que se había alejado lo suficiente, se detuvo y se puso en cuclillas junto al agua. Estaba gélida. Tendría que ir rápido.

Oyó que tenía a Hap detrás mientras se desprendía a toda prisa de los accesorios metálicos que llevaba en brazos y piernas. Los dejó a un lado antes de bajarse la cremallera del abrigo y tirarlo al suelo. Tras vacilar unos instantes, se agarró el dobladillo de la camiseta y miró atrás.

Hap estaba a unos metros de distancia, con los ojos clavados en él.

—Date la vuelta.

El androide obedeció, con la espalda tiesa como un palo de escoba.

Vic aguardó un momento para asegurarse de que no se girara de nuevo. Como esto no ocurrió, se quitó la camiseta pasándosela por encima de la cabeza. De inmediato se le puso la carne de gallina. No estaba ansioso por seguir adelante con aquello.

Se quedó mirando sus pantalones, meditabundo. Sacudió la cabeza y decidió dejárselos puestos, junto con las botas. Arrodillado a la orilla del río, recogió agua con las manos y se la frotó en las axilas, el pecho y el vientre. Respiraba con inspiraciones rápidas y breves, y ya le castañeteaban los dientes. Estaba a punto de meter la cabeza, cuando Hap habló.

—N-no q-quiero r-recordar.

Vic se estremeció, pero no creyó que fuera por el frío.

—¿Qué?

—No q-quiero recordar —repitió Hap, pero en tono más enérgico —. Soy Hap, no HARP. Te p-pido perdón si crees que v-voy a matarte. No es v-verdad. —Las palabras le salían inconexas y a trompicones, como si nunca las hubiera pronunciado antes en ese orden. Estaba aprendiendo.

Vic se echó hacia atrás para apoyarse sobre los talones.

—No creo eso. Si quisieras hacernos daño, hacerme daño a mí, ya lo habrías hecho. Pero no ha sido así.

Hap asintió sin volverse.

—Exacto. Gio d-dijo que yo p-podía ser bueno. Que era un HARP, p-pero que podía decidir ser H-Hap. No tenía p-por qué dejar que me quedara.

—Hap —dijo Vic de forma pausada—. ¿Tú...? —No sabía cómo continuar. Nunca había puesto en duda la capacidad de su padre para amar, para sentir interés por toda clase de cosas, desde las más

trascendentales hasta las más insignificantes. En retrospectiva, Victor se percató de lo ingenuo que había sido al darlo por hecho sin cuestionarlo jamás.

—¿Yo q-qué? —inquirió Hap.

—Mi padre... confió en ti. No eres igual que él, en realidad, pero tampoco tan distinto. Sé que puede no parecer gran cosa, pero lo es. Gracias, supongo, por tomar la decisión que has tomado. No tenías por qué.

—C-crees que soy como Gio.

Vic suspiró.

—No, no es eso lo que... Bueno. Vale, sí. Tal vez un poco. Pero no eres él. Eso lo sé.

Hap asintió, pero siguió sin darse la vuelta.

—M-mejor. N-no quiero ser tu p-padre.

—¿Quién quieres ser?

—Hap —dijo él sin vacilar—. Q-quiero ser Hap.

—Pues entonces serás Hap.

—Bien. Termina de l-lavarte los genitales y d-descarga el vientre. Debemos volver junto a los d-demás antes de que venga un bicho horrendo.

Vic se rio por lo bajo, lo que ocasionó que Hap volviera ligeramente la cabeza. Y aunque tal vez fuera solo un efecto de las sombras, el joven habría jurado vislumbrar un asomo de sonrisa en el rostro del autómata.

Al séptimo día, se encontraron con algo que ninguno de ellos había visto antes. El bosque se había vuelto menos denso, y el terreno más llano. Las hojas, caídas a manos del otoño profundo, crujían bajo sus pies y sus orugas. Hacía algo de fresco, pero menos que en su lugar de procedencia. Por las tardes, Vic iba cómodo sin chaqueta. Avanzando hacia el este y el sur, habían conseguido evitar las nevadas. Él se preguntaba si en el complejo el suelo ya estaría cubierto de nieve. Se imaginaba que sí, lo que le producía un dolor en el pecho que intentaba que le afectara lo menos posible.

—¿Oís eso? —dijo Ratched poco antes del mediodía.

Interrumpieron la marcha. Vic ladeó la cabeza, pero solo percibía

los sonidos del bosque, iguales que los del día anterior y los de hacía dos días.

—¿Qué es? —preguntó Rambo, girando como una peonza.

Hap frunció el ceño.

—Es... —Dirigió la vista a la derecha—. Ahí. V-viene de esa dirección.

—¿Viene alguien? —preguntó Vic, con una inquietud repentina —. ¿Personas? ¿Robots?

—No —dijo la enfermera—. Es un zumbido, como de una corriente eléctrica.

—No me gusta —dijo el aspirador—. ¿Y si es un dragón?

—Los dragones no existen —repuso Ratched—. Eso no fue más que un cuento que me inventé para asustarte. No son reales.

—¿Estás segura?

—No —dijo ella—. Ve tú delante y así lo averiguas.

—¿A qué distancia está? —preguntó Vic.

—Como a kilómetro y medio —dijo Ratched, extendiendo un tentáculo para señalar hacia donde Hap estaba mirando.

Vic no vio más que árboles.

—Manteneos agachados —dijo—. No hagáis ruido. Si nos cruzamos con alguien, nos apartamos de su camino.

Prosiguieron su avance por el bosque. Al poco, Vic *sintió* lo que los demás oían. Al principio, se le erizó el vello de los brazos, y luego la sensación se le extendió por los hombros y el cuello antes de instalarse en su cabeza. Notaba los dientes sueltos en sus alvéolos y la lengua áspera como lija. En efecto, se trataba de una poderosa corriente eléctrica.

Y entonces oyó el zumbido. Tan incesante como irritante, le llenó la cabeza de ruido. Se le cortó el aliento al ver entre los árboles un resplandor blanco que destelló una, dos, tres veces.

Se detuvo cuando Hap le agarró el brazo. Miró hacia atrás.

—¿Qué pasa?

El androide sacudió la cabeza.

—Tú solo... t-ten cuidado —dijo con la frente arrugada y los ojos entornados.

No le soltó el brazo mientras caminaban hacia el origen de la luz y del sonido. Su piel —a Vic le sorprendió aquel tacto tan real, muy similar al de la suya, a pesar de ser de madera— estaba fría.

Se detuvieron frente a la línea de árboles. Vic no entendía lo que veía, al menos no de una forma clara y que cuadrara con la realidad. Más tarde, culparía a la electricidad de haberle obnubilado la mente hasta el punto de que le resultara casi imposible asimilar la escena que se desarrollaba ante ellos. Nunca había visto una de esas cosas, aunque sabía de su existencia. Verla representaba una experiencia totalmente distinta, y le faltaban palabras para describirla.

—¿Qué es? —preguntó Rambo, que estaba a su derecha.

—La carretera —dijo la enfermera—. Es la carretera.

Se alargaba en ambas direcciones hasta donde alcanzaba la vista. La superficie, plana y negra, estaba bisecada por unas rayas blancas luminiscentes. Al otro lado se alzaban hasta una altura de por lo menos tres metros unos postes negros de metal, con la parte superior curvada hacia dentro y coronada por unas luces azules que parpadeaban en fila. El aire entre los postes titilaba; el sonido de la corriente eléctrica aumentó de volumen, lo que llevó a Vic a abrir tanto la mandíbula que le crujieron las articulaciones. El casco le cayó sobre los ojos. Al enderezárselo, torció el gesto por la descarga de electricidad estática que notó en las yemas de los dedos.

—Huala —dijo Rambo, con los sensores brillando más que nunca —. Qué fuerte. Me hace sentir que podría correr a toda pastilla para siempre—. Se abalanzó hacia allí, pero Hap soltó a Vic y levantó al aspirador, que se quedó con las ruedas girando en el aire y los brazos extendidos hacia la carretera.

—N-no —dijo el autómata—. N-no lo hagas.

—¿El qué? ¿Por qué? Quiero tocarlo.

Hap sacudió la cabeza.

—Te hará d-daño.

Rambo dejó de resistirse.

—¿De veras? ¿Cómo lo sabes?

—Fíjate. —Tras depositarlo en el suelo, Hap echó a andar hacia la carretera con pasos cautelosos. Se paró a pocos metros del poste más cercano. Vic observó como se agachaba para recoger una fina barra de metal con los bordes gastados y agrietados. Parecía haberse desgajado de alguna estructura. El androide se enderezó de nuevo, dándose unos golpecitos con la barra en la madera de la otra mano. El ruido apenas se oía bajo el zumbido de la corriente.

De pronto, lanzó la barra a la carretera. No llegó a tocar el suelo.

En vez de ello, los rayos eléctricos, crepitando y rugiendo, formaron un arco azul y provocaron una lluvia de chispas. La barra quedó suspendida en el aire, temblando. Antes de que Vic pudiera concentrarse en lo que ocurría, los postes emitieron una vibración y las luces comenzaron a destellar más deprisa.

De repente, la barra salió disparada por la carretera a tal velocidad que Vic no pudo seguirla con la vista, hasta que desapareció a lo lejos.

Al volverse, Hap sorprendió a Victor mirándolo boquiabierto.

—¿Qué pasa? —dijo, con una incipiente expresión ceñuda.

—¿Cómo sabías que ocurriría eso?

El autómata bajó los ojos al suelo y se encogió de hombros de modo que casi le rozaron las orejas.

—Pues... N-no lo sé. S-simplemente lo sabía.

—Se trata de un medio de transporte —dijo Ratched—, pero concebido para máquinas más grandes en cuyo interior podríamos viajar. Si intentáramos usarlo sin más, posiblemente acabaríamos aplastados. Bueno, todos menos Victor. Sospecho que, si se despojara de su disfraz, podría caminar sobre él, aunque no se lo recomendaría. Ignoro lo que esa cantidad de energía les haría a sus órganos. Como mínimo le daría cáncer y se moriría. —Hizo una pausa, con la pantalla en blanco—. Victor, si te da cáncer y te mueres, ¿estás dispuesto a donarme tu cuerpo para que estudie los efectos? En pro de la ciencia.

—¿Qué es lo que transporta? —inquirió Vic, con la vista fija en la carretera, en la dirección en que se había alejado la barra.

—Pasajeros —respondió la enfermera—. Cuando Gio se marchó de la Ciudad de los Sueños Eléctricos, fue a bordo de una máquina que navega las corrientes. Una vez fuera de la ciudad, sin duda prosiguió el trayecto a pie, evitando circular por la carretera.

—Pero ¿esto lleva a la ciudad?

—Sí, Victor. Esto lleva a la ciudad. Podemos seguir la carretera sin necesidad de andar por ella. Así que, mientras evitemos la calzada, no tiene por qué pasarnos nada. Eso va por ti, Rambo. No vayas por la calzada, o acabarás aplastado.

—No quiero acabar aplastado —dijo Rambo—. Me gusta mi forma actual.

Vic contempló el asfalto, los postes, el resplandor en el aire. Aunque sabía que aún se hallaba lejos de su destino, aquel era el

primer indicio de que iban bien encaminados. Se preguntó si su padre se había detenido allí mismo en alguna etapa de su viaje, si se había parado justo en ese lugar, había tendido la vista hacia el bosque y había decidido que estaría más a salvo en la espesura que en la carretera.

—Entonces sigamos adelante —dijo, casi para sí—. No caminaremos por la calzada, sino por un lado de la carretera. Si conduce a la ciudad, no debemos perderla de vista en ningún momento.

Esa noche, mientras se tambaleaba al borde del sueño y veía de reojo las luces de los postes que parpadeaban entre los árboles, Vic se preguntaba cómo había podido saber Hap lo que la carretera le haría a la barra.

Capítulo 15

Rambo fue el primero en darse cuenta. Vic tallaba con una mano el trozo de madera que sujetaba con la otra, dándole forma poco a poco. Aunque no le estaba quedando perfecto —por más que se esforzara, nunca tendría un pulso tan firme como su padre—, se sentía satisfecho con sus progresos. Como mínimo, sería un apaño temporal hasta que su padre pudiera arreglarlo él mismo una vez que lo hubieran rescatado.

Cuando Vic estaba preparando su mochila, oyó a Rambo hacer aspavientos.

—La madre de Dios —dijo el aspirador—. Mirad eso. Mirad. ¿Son banderas? ¿Eso que se oye es música?

Antes de que pudieran impedírselo, Rambo se adelantó a toda velocidad, levantando hojas a su paso en una cascada de tonos otoñales. Con un gruñido, Hap se arrancó tras él.

—Nunca entenderé cómo ha conseguido sobrevivir tanto tiempo —comentó Ratched—. Ni tampoco Hap. No lo entiendo... Y ahora Victor está corriendo también, y aquí estoy yo, hablando sola.

Vic oyó que ella aceleraba el motor y los seguía.

Las ramas de los árboles azotaban el casco de Vic con golpes resonantes. Mantenía el rostro agachado para evitar arañazos. El disfraz de metal que llevaba sujeto al cuerpo ya no le resultaba tan incómodo como al principio del viaje. Empezaba a acostumbrarse a su peso.

Salió corriendo de entre los árboles a tiempo para ver a Hap levantar del suelo al aspirador, que sacudía los brazos metálicos mientras sus ruedas giraban en el vacío. Los alcanzó en el momento en que Rambo le exigía al androide que lo bajara de inmediato.

—¡¿No lo oyes?! —exclamó—. ¡Es música! ¡Quiero escuchar la música!

—¿Quieres estarte q-quieto? —espetó Hap—. N-no sabemos quiénes son. P-podrían hacerte pupa.

—Pero no pueden ser mala gente —replicó Rambo—. ¡Están tocando música! A la gente mala no le gusta la música.

—Pero ¿de qué hablas? —preguntó Vic con la respiración agitada —. ¿Qué música? No... oigo... —Su voz se apagó en cuanto reparó en lo que había más adelante.

La carretera se extendía ante ellos. Las luces de los postes —tan uniformes como los primeros que habían visto— parpadeaban, y el aire seguía cargado de aquella corriente zumbadora.

Sin embargo, al otro lado de la calzada, había una casa.

No se parecía a ninguna de las que había visto en los libros de papá. Para empezar, flotaba varios palmos por encima del suelo y, debajo de ella, el aire titilaba como en el espacio comprendido entre los postes.

La casa en sí era enorme, de al menos cuatro plantas, y estaba hecha de madera y pintada de rojo subido. Unas molduras blancas rodeaban las ventanas, algunas de las cuales eran grandes y cuadradas, y otras pequeñas y redondas, como los ojos de buey de un barco. Tres chimeneas se erguían sobre el tejado, y todas ellas escupían nubes de un humo negro y espeso que formaban una neblina turbia contra el azul del cielo. En torno a ella se elevaban cuatro torrecillas, en lo alto de las cuales ondeaban banderas rojas y blancas que estaban demasiado lejos para que Vic alcanzara a distinguir el diseño.

La casa flotante crujía y chirriaba, escorándose a un lado y a otro. Vic tardó un momento en percibir lo que Rambo había oído por encima del zumbido de la carretera.

Música.

De la casa salía música.

Era enérgica y estridente, muy distinta de la de los discos de Giovanni, sin trompetas dulces ni voces que cantaban sobre el amor y sobre bailar mejilla con mejilla. Sonaba más bien como si alguien aporreara las teclas de un órgano resollante, interpretando una melodía caprichosa como una pesadilla en tecnicolor.

—¿Qué es? —se oyó a sí mismo preguntar.

—N-nada b-bueno —masculló Hap, que seguía forcejeando con Rambo.

—Qué horterada —dijo Ratched cuando llegó junto a ellos—. Me gusta.

Vic no veía movimientos dentro o fuera de la casa. El símbolo de las banderas no parecía coincidir con el que llevaban en el uniforme los que habían irrumpido en el bosque en la ballena voladora. Esto no aportaba mucha información, por supuesto. Quienquiera que viviera en aquella casa era un desconocido. Vic no se fiaba de los desconocidos después de lo que había presenciado.

Hap parecía compartir su desconfianza.

—D-deberíamos encontrar una m-manera de rodearla sin que se enteren de q-que estamos aquí.

—¿Por qué? —quiso saber Rambo—. Yo quiero entrar. ¡Quiero ver cómo es por dentro!

—¿Incluso si los ocupantes comen aspiradores? —preguntó Ratched.

Rambo dejó de moverse.

—Pero... yo soy un aspirador.

—Exacto —dijo la enfermera—. Te comerían. Deberíamos hacerle caso a Hap. Lo mejor sería evitar la casa. Deberíamos adentrarnos de nuevo en el bosque y dar un rodeo. Será lo más seguro.

Vic observó como el humo se enroscaba por encima de la casa, como un nubarrón descarriado. Y, aunque estaba receloso, la casa también ejercía una extraña atracción sobre él. Era el primer lugar habitado con el que se topaban desde que habían dejado atrás las ruinas del complejo. Una parte de él deseaba acercarse, llamar a la puerta y descubrir quién moraba al otro lado. La música lo llamaba, y el curioso tintineo de las teclas del piano lo incitaba a aproximarse.

Sacudió la cabeza, intentando aclarar sus ideas embarulladas.

—No sabemos quiénes son. No podemos correr ese riesgo. Daremos la vuelta y...

—¡Pero bueno! ¿Qué tenemos aquí? —gritó una voz tras ellos—. Mira que estoy lejos de todo, y aun así me encuentro con un grupo de viajeros polvorientos. ¡Qué fortuito! ¡Qué espléndido! ¡Qué auténtica maravilla!

Giraron en redondo, y Hap se colocó frente a Vic, sujetando aún a Rambo contra el pecho. Vic se puso de puntillas para mirar por encima del hombro de Hap, y Ratched estaba justo a su lado.

Ante ellos, con una sonrisa de oreja a oreja, había un hombre fornido. No quedaba claro a primera vista si era humano o androide. Llevaba una casaca roja con unos faldones que le colgaban hasta las

corvas y aleteaban al viento. La parte delantera estaba adornada con dos filas de botones dorados unidos entre sí por cordones trenzados. Los pantalones del hombre eran blancos, y sus botas negras, que le llegaban hasta la rodilla, parecían recién abrillantadas. En la cabeza llevaba una chistera negra con una cinta roja encima del ala, torcida en un ángulo desenfadado, bajo la que sobresalían varios mechones blancos. Un poblado mostacho rizado descansaba sobre sus carnosos labios. Se le meneaba arriba y abajo cuando movía la nariz.

El hombre alzó las manos con un floreo antes de ejecutar una profunda reverencia, inclinando la cabeza de modo que no se le cayera el sombrero.

—¡Viajeros! —gritó de nuevo—. Qué afortunado encuentro. No me imaginaba que veríamos a nadie en este rincón tan apartado de todo. ¿Qué os trae al culo del mundo? —Se enderezó y los miró con curiosidad—. ¿Quiénes ser vosotros?

—¡Yo ser Rambo! —exclamó el aspirador, entusiasmado. Hap intentó taparle los altavoces, pero fue demasiado lento—. ¿Esa casa es tuya? Es alucinante.

—Sí que lo es, Rambo —convino el hombre, con un brillo en la mirada—. La vieja chabola ha recorrido todas estas tierras, repartiendo risas y alegría entre otros como vosotros. Es tan mía como yo suyo. Soy el Cochero, y para mí entretener es lo primero. Llevo la felicidad a quienes más la necesitan. —Extendió las manos a los lados, y unas serpentinas de los colores del arcoíris brotaron de las mangas de su casaca y revolotearon en el aire antes de invertir su trayectoria y volver al lugar del que habían salido—. Me sé muchos trucos. Incluso podría decirse que me los sé todos. —Su sonrisa se ensanchó—. Y ahora que sabéis mi nombre y a qué me dedico, a lo mejor podéis decirme el vuestro. ¡Sí! Vamos, es que sería divino. Ya conozco a Rambo, un muchacho encantador con un gusto exquisito, pero ¿y los demás? Ahí veo a... ¿es un robot sanitario? ¡Cielo santo! Hacía una eternidad que no tropezaba con uno.

—Dudo que los otros que hayas visto sean como yo —dijo la enfermera Ratched—. Yo soy la mejor.

El Cochero desorbitó los ojos con una mueca cómica.

—¿La mejor, decís? —Le dirigió otra reverencia, esta vez rozando el suelo con las manos—. No sabía que me encontraba en presencia de una reina. Perdonadme, majestad. No volverá a ocurrir.

Una corona se dibujó en la pantalla de la enfermera.

—Que no se repita. Soy la enfermera Ratched.

El Cochero se rio.

—Ratched. Una enfermera Registrada Automatizada para Tratamientos, Cuidados, Horadaciones, Educación y Destreza, nada menos. Desde luego, no cabe duda de que no hay dos como tú. Creo que no me había encontrado con un ejemplar de tu mismo tipo y modelo desde... —Parpadeó—. Ya sabes. Desde que nos libramos de nuestro problemilla de infestación.

—¿P-problema de infestación? —preguntó Hap con los dientes apretados.

—Madre mía —dijo el Cochero—. Pero qué mozo tan robusto. ¡Fíjate en esa mandíbula! La... madera. Sí, cuánta madera. Seguro que todas las robochicas se derriten por ti, si están programadas para eso. ¿Cómo te llamas, guapetón?

—¿Por qué?

El Cochero pestañeó.

—Porque me gustaría saberlo. No albergo ninguna mala intención, te lo juro. ¿Qué sentido tendría? —Desplegó una sonrisa—. Al fin y al cabo, estamos juntos en esto, ¿no? ¡Tu nombre, guapetón!

—Hap —respondió el otro de forma pausada.

—Hap —repitió el Cochero—. ¿Y cuál es tu protocolo?

—Androide de s-servicio.

—¿De servicio? —dijo el Cochero en tono de indignación—. ¿Una máquina tan hermosa como tú? Menuda farsa. Menuda desfachatez. —Meneando el bigote, arrugó el ceño—. Eso constituye un desperdicio de tu talento, desde luego. Si quieres, te ayudaré a reprogramarte. Podríamos corregir ese ligero tartamudeo a la vez que te convertimos en la máquina del amor que mereces ser.

—No tiene genitales —señaló Ratched.

—Pero tiene dedos —repuso el Cochero sin vacilar.

—No me vas a t-tocar —dijo Hap—. No v-vas a tocar a ninguno de nosotros. No hace f-falta.

—Por supuesto —respondió el Cochero sin inmutarse—. ¡Si tú lo dices, te doy toda la razón! Era solo una sugerencia, amigo. Hap. Qué nombre tan estupendo.

—Significa Histérico y Amargado Pelele —dijo Rambo.

—¿De veras? Qué acertado. Sí que se le ve histérico y amargado.

¡Oye, Hap! ¿Nos conocemos de algo? Tu cara me suena un montón.

—N-no. Me acordaría de ti. M-me irritas.

El Cochero dirigió la mirada por encima del hombro del androide para posarla en Vic. Torció el gesto.

—Y tú. Sí, tú eres el más curioso de todos. No cabe duda de que eres... esto... ¿único? —Se estremeció—. Lo siento, nuevo amigo. Debo reconocer que te encuentro bastante horroroso. No te lo tomes a mal, pero tengo que preguntártelo: ese casco. Es muy... grande. ¿Va unido a tu cabeza?

—Sí —dijo Hap antes de que Vic pudiera responder—. Es una m-máquina. Como t-todos nosotros.

Esto pareció confundir al Cochero.

—¿Qué otra cosa podía ser, además de un espanto? Pero se le ve tímido. No te sientas cohibido, mi querido muchacho. Aunque quisiera hacerte daño, dudo que pudiera acercarme lo suficiente antes de que tu Histérico y Amargado Pelele me arrancara el brazo de cuajo. Es muy protector. Dios mío. Por suerte, no pretendo haceros daño a ninguno de vosotros. ¿Cómo te llamas? ¿Cuál es tu finalidad?

—Vic —murmuró él—. Soy inventor.

—Ah, ¿sí? —dijo el Cochero, impresionado—. ¿Un inventor? ¿Y a tus inventos no les asustan tus pintas cuando adquieren conciencia? ¡Increíble! Pues resulta que adoro a los inventores, tengan el aspecto que tengan. No hay nada como el poder de crear. Si no hubiera descubierto que mi vocación es sembrar la alegría por estas tierras, creo que me gustaría ser inventor. ¡Imagínate las cosas maravillosas que podría crear! —Echó la cabeza hacia atrás y estalló en sonoras carcajadas, abrazándose el vientre—. Seguramente es mejor así. Solo sé ser quien soy ahora, y ser alguien totalmente distinto me desbarajustaría los circuitos. —Riendo entre dientes, se dio unos golpecitos con el dedo en la sien—. Tengo telarañas ahí dentro, oh, sorpresa.

No era humano, sino una máquina.

—N-nos vamos —anunció Hap, retrocediendo un paso. Vic lo imitó, con las manos crispadas contra el abrigo de Hap.

El Cochero abrió mucho los ojos.

—¡Pero bueno! No hace falta. ¡Relajaos un poco! ¡Tomaos un descanso! Por lo que veo, vais a pie. No puede ser bueno para las piernas andar tanto. ¿Hacia dónde vais? A lo mejor podríamos viajar

juntos.

—A la Ciudad de los Sueños Eléctricos —dijo Rambo antes de que Hap pudiera impedírselo—. Vamos a...

—Visitar a unos viejos amigos —finalizó Ratched con soltura—. Nos esperan, y no querríamos que se preocuparan. Son muy fuertes. No les gusta cuando llegamos tarde.

—Entiendo —dijo el Cochero—. ¡Pues da la casualidad de que yo también me dirijo a la ciudad! Es hora de que regrese allí a recargar las baterías. —Señaló con la cabeza la casa que tenían detrás—. La vieja chabola chupa energía que no veas. Las estaciones de recarga de por aquí no dan para mucho. Son un desperdicio, en mi modesta opinión, aunque no me la habéis pedido. —Se acarició el borde del mostacho, se pellizcó las puntas y se las retorció para rizarlas—. La ciudad cae bastante lejos, sobre todo para ir a pie. ¿Queréis que os lleve? ¡Llegaremos en un santiamén, y vuestros... amigos se pondrán muy contentos! —Su sonrisa se ensanchó de manera imposible, como si su rostro entero no fuera más que una careta de goma.

—N-no —dijo Hap—. Nos gusta ir a p-pie. V-vete tú.

El Cochero chasqueó la lengua.

—Sois muy desconfiados. Y es lógico. Al fin y al cabo, nos hemos encontrado en este paraje desolado. Para vosotros soy un perfecto desconocido. —Frunció el ceño—. Curiosa expresión. No entiendo por qué el hecho de no conocer a alguien lo hace perfecto. Me pregunto de dónde vendrá esa expresión. —Sacudió la cabeza—. Qué más da. ¿Estáis seguros? Nos plantaríamos ahí en un pispás.

La música que procedía de la casa le congestionaba los oídos a Vic. Notaba la piel muy caliente, y tenía la respiración rápida y superficial. Una parte de él quería decirle a ese hombre que sí, sí, gracias, y montar en aquella fabulosa casa. Eso acortaría el viaje. A pie, tardarían semanas en llegar, semanas durante las que papá podía ser objeto de toda clase de perrerías. La idea de aceptar la oferta del Cochero —¡sería tan fácil...!— se le alojó como un bocado pesado en la boca del estómago.

Había algo inquietante en aquel hombre. En aquella máquina. Vic apenas era capaz de mirarlo a los ojos, de estudiarlo sin sentir la necesidad de apartar la vista. Aún no se había acostumbrado a sostenerle la mirada a Hap.

Pero Hap no era como el Cochero.

Vic no sabía cómo, pero lo sabía.

Por fortuna, Hap no se había quedado sin habla.

—Estamos s-seguros. Gracias, pero q-queremos seguir viajando así.

El Cochero sonrió.

—Qué educado. Qué amable. Eso me gusta. Resulta muy agradable. No es algo que uno encuentre a menudo en la carretera. Soy el encargado de una especie de museo ambulante, ¿sabéis? Mi colección goza de renombre entre los entendidos de todo el mundo, pero ellos siempre piden más y más. ¡Nadie me da las gracias! —Exhaló un suspiro dramático—. ¿Tan difícil es mostrar un poco de gratitud? ¡Por supuesto que no! Resulta de lo más sencillo. Sin ir más lejos, tú acabas de darme las gracias. Eso ha estado muy bien. —La sonrisa se le borró de la cara—. Pero no puedo evitar pensar que habéis sido un poco groseros respecto a mi oferta. Sí, un poco groseros. Yo aquí, abriéndoos las puertas de mi hogar, y vosotros... ¿qué? ¿Lo rechazáis? —Avanzó un paso hacia ellos—. ¡Pero si ni siquiera sabéis qué hay dentro! ¿No os gustaría verla?

—No —dijo Ratched—. No nos gustaría. No te acerques más. Hace doce días que no taladro nada. Como des un paso más, no llegarán a trece.

El Cochero desplegó una enorme sonrisa.

—Sois dura de pelar, ¿no, majestad? Me caes muy bien. ¡La fortuna le sonríe al Curioso Museo de Curiosidades Humanas del Cochero! Los cuatro seréis unas adquisiciones magníficas, sobre todo Victor. Parece el fruto de un matrimonio entre la robótica y la humanidad efectuado por alguien que no tenía idea de lo que hacía. Y eso sin mencionar siquiera que esta desdichada y horripilante máquina lleva la fuente de energía por fuera del pecho. ¡Jamás había visto semejante aberración! ¿Qué sentido puede tener eso? Me propongo averiguarlo. ¡Sí, ahora lo veo claro! ¡Os convertiré en estrellas! —Se recogió una manga de la casaca roja. En el brazo tenía un panel con dos filas de botones multicolores y luces parpadeantes—. Pero, al parecer, necesitáis que os convenza. ¡Os echaré una mano con eso! —Acto seguido, pulsó un botón del panel.

Detrás de ellos, la casa soltó un chirrido.

Vic se dio la vuelta a tiempo para ver como una de las torrecillas se plegaba sobre sí misma, las tejas se deslizaban hacia dentro y el

enladrillado giraba. Del centro de la torre surgió una enorme máquina, no muy distinta de un tentáculo de Ratched, pero diez veces más grande.

—Esto no os dolerá en absoluto —aseguró el Cochero mientras la máquina dirigía la punta hacia ellos—. A menos que estéis programados para sentir dolor. ¡Ay, qué bien lo vamos a pasar!

La casa cabeceaba arriba y abajo mientras la máquina del tejado cobraba vida con un runruneo y las chimeneas que la rodeaban lanzaban negras nubes tóxicas al cielo. Hap agarró a Vic por el pescuezo para intentar tirar de él hacia atrás, pero fue inútil. La máquina disparó un disco que explotó en el aire. No les dio tiempo a reaccionar antes de que una red de malla cayera con fuerza sobre ellos y los derribara. Luego *reptó* por debajo de ellos hasta envolverlos del todo.

Una red.

Estaban aprisionados en una red.

Gruñéndole a la malla que los rodeaba, Hap intentó rasgarla mientras Rambo, que los tenía a todos encima, chillaba de forma desaforada, pero fue en vano. Vic yacía encima de Ratched, parpadeando y contemplando el cielo a través de la red.

—Ah —dijo el Cochero, acercándose—. No gastes energías, Hap. Creo que pronto comprenderás que estáis atrapados ahí dentro. Me temo que no hay escapatoria posible. Pero no os preocupéis. Os prometo que, al final, veréis las cosas como yo.

—D-déjanos ir —bramó Hap, extendiendo el brazo para agarrarlo, pero la malla se endureció, encerrándolos en el interior de una esfera totalmente rígida—. C-como le pongas un d-dedo encima a Victor, te...

—¿Qué me harás? —dijo el Cochero, poniéndose en cuclillas frente a ellos—. ¿Me desmembrarás, extremidad a extremidad? Caramba, pues sí que le tienes cariño. —Sonrió—. Descuida, mi querido Hap. No le haré daño a tu adorado Victor. Creo que, mientras todos me obedezcáis, nos llevaremos la mar de bien.

Dicho esto, se enderezó y volvió a oprimir el botón de su brazo. El cable sujeto a la esfera comenzó a replegarse y a arrastrarlos por el suelo hacia la casa.

—No me gusta el Cochero —declaró Ratched desde debajo de Vic —. Voy a meterle el taladro, y no va a ser agradable.

—¿Vamos a morir? —gimoteó Rambo.

—Probablemente —dijo la enfermera—. O eso, o nos esclavizará durante siglos.

—C-callaos —espetó Hap—. D-dejad de hablar. Que nadie diga una p-palabra. Encontraré el modo de s-salir. Victor, ¿me oyes? ¡Victor!

Pero Victor no podía contestar. Miraba el firmamento mientras la casa se cernía amenazadora ante ellos. Lo último que vio antes de que los engullera fue un mirlo que volaba en círculo por encima de ellos, gorjeando su canto invernal.

—¡Lo siento mucho! —gritó el Cochero—. ¡A lo mejor notaréis una ligera punzada! Solo necesito amansaros un poco. Habrá terminado antes de que os deis cuenta.

—Ay, no —dijo Ratched cuando un rumor eléctrico inundó el aire. La malla de alambre que los cubría crepitó, y una descarga eléctrica los recorrió, provocándoles espasmos y convulsiones.

Después, Vic no vio más que oscuridad.

Papá sonrió.

—Mi maravilloso muchacho. Mi viajero agotado.

Vic alargó los brazos hacia él.

Pero entonces papá desapareció.

Se le nubló la vista. Parpadeó una y otra vez.

—Por fin —dijo la enfermera Ratched—. Estaba a punto de preocuparme. ¿Te encuentras bien, Vic?

El joven volvió la cabeza.

Estaba tumbado bocarriba dentro de una jaula de negros y gruesos barrotes. Al incorporarse, se le escapó un quejido. Tenía el cuerpo agarrotado y los músculos doloridos. Estiró los brazos por encima de la cabeza hasta que le crujió la espalda. Tenía el casco torcido en un ángulo extraño. Se lo recolocó y se ajustó la correa bajo la barbilla.

—¡Ah! —exclamó una voz alegre—. ¡Qué bien! Estás despierto. Me tenías un poco intranquilo. Temía haberme pasado con la corriente.

Vic echó un vistazo entre los barrotes mientras el suelo sobre el

que se encontraba emitía un suave zumbido.

Delante de la jaula —y fuera del alcance de cualquier brazo— estaba el Cochero, sentado en una silla de respaldo alto, con la mochila de Vic en el regazo. Las jaulas en sí formaban una fila. La de Hap se hallaba a la izquierda de Vic, mientras que, a su derecha, Ratched y Rambo ocupaban una cada uno.

Al ver que Vic se ponía de pie, Hap dejó de caminar de un lado a otro.

—¿Estás b-b-bien?

Torciendo el gesto, Vic se frotó la nuca.

—Creo que sí.

—Te m-mataré —le rugió al Cochero—. En c-cuanto s-salga de aquí, t-te haré trizas.

—Uuh —dijo el otro—. Me lo creo. Sí, así me gusta: aprovecha esa rabia. Canalízala. ¡Sé tan terrorífico como te apetezca! —Batió palmas, riendo—. Con eso solo conseguirás dar más espectáculo a mis clientes.

—¿Qué es lo que quieres? —gimió Rambo—. ¿Nos vas a comer?

—Claro que no —dijo el Cochero—. Qué suposición tan terrible. Jamás se me pasaría por la cabeza, amiguito. Como aspirador, eres muy importante para mí.

—¿En serio? —preguntó Rambo—. ¿Por qué?

El Cochero señaló la habitación con un gesto amplio.

El espacio que los rodeaba contenía objetos similares a los que papá había reunido en la casa a nivel del suelo, pero en una cantidad mucho mayor. Se trataba de una colección extraña de fragmentos y reliquias de la humanidad bajo una bóveda con vigas vistas. Los estantes de las paredes estaban repletos de cosas de lo más diversas: pantallas de ordenador apagadas, televisores pequeños, cucharas y tenedores, lámparas con llamativas pantallas de cristal, peluches (osos, caballos con un cuerno en la frente y niñitas de mofletes angelicales y ojos brillantes) y relojes que no daban la hora. En un rincón había un retrete. En otro estaba la carcasa de lo que Victor supuso que era un coche, aunque solo los había visto en las películas de su padre. Al lado había una fila de personas de plástico, más o menos del tamaño de Vic, con la nariz, la boca y los ojos apenas perfilados en el rostro. Iban vestidos con prendas extrañas: vestidos chillones con volantes, pantalones que no eran ni largos ni cortos, una gorra con la frase

«¡VAMOS, PATRIOTS!» y lo que parecían cañitas de plástico colgando a los lados. Uno llevaba una camiseta negra con la leyenda «RAMONES» estampada en la parte superior, y «DEE DEE JOHNNY JOEY RICHIE» en la inferior. Del techo colgaban decenas de campanas de viento, unas de metal, otras de vidrio y otras de madera. Tintineaban y traqueteaban sobre el zumbido de fondo de la casa.

Cada pieza tenía debajo un letrero con una descripción del objeto y para qué servía. En otro momento y circunstancia, Vic habría estado ansioso por examinar todos y cada uno de ellos, pero en aquellos instantes solo tenía frío.

—Mi colección —dijo el Cochero con orgullo— es la más grande de su tipo en el mundo. Las máquinas acuden desde muy lejos para admirarla. —Sacudió la cabeza, suspirando—. No a todo el mundo le gusta, claro. Algunos opinan que es macabra, que carece de valor, que constituye una afrenta a la decencia. —Se animó de pronto—. Pero ahora que estáis aquí, creo que mi fortuna ha cambiado. ¡Qué suerte he tenido de tropezar con vosotros!

Hap asió los barrotes de su jaula y, con un gruñido, intentó separarlos, pero fue inútil.

—Ya te advertí que eso no serviría de nada —señaló el Cochero sin mala fe—. Están reforzados. No conseguirás escapar. —De pronto, abrió mucho los ojos—. ¡Pero no vayas a pensar que eres un prisionero! Qué va. Nada más lejos de la realidad. Sois mis invitados. Tengo un negocio que proponeros.

Vic intentó centrarse. Aspiró a fondo, despacio, ensanchando los pulmones. A continuación, exhaló, soltando un fino chorro de aire a través de los labios fruncidos. Luego repitió el proceso: aire dentro, aire fuera.

—¿Qué haces? —oyó preguntar al Cochero—. ¿Te estás averiando? ¡Pero si acabo de encontrarte! Ya es mala suerte. ¡Por favor, no lo dejes todo hecho un asco! Detesto que las cosas queden hechas un asco sin necesidad.

—No le hables —dijo Rambo con voz estridente—. Déjalo en paz. Solo porque Vic sea un...

—No es más que un fallo de funcionamiento —dijo Ratched—. Un inconveniente menor. Un error en su código. Se le pasará. ¿Verdad que sí, Rambo?

—Pero eso no es... Ah. ¡Ah, ya! Sí. Es simplemente eso. Un fallo

sin importancia y nada más. Vic es un robot, como nosotros.

El Cochero arrugó el ceño.

—Es raro, pero lo dejaré pasar. Me interesa más hablar de lo que hay aquí dentro. —Señaló la mochila que tenía sobre el regazo—. Me impresionan mucho las cosas que tenéis. Resultan de lo más curiosas. —Comenzó a hurgar en ella—. ¡Como esto! —Sacó un bulto envuelto en un paño viejo y atado con un cordel. Tiró de él para abrirlo. Dentro había comida: carne seca y fruta—. ¿Para qué sirve?

—Para los animales —dijo Ratched—. Nos gusta dar de comer a nuestros amigos del bosque.

El Cochero cogió una loncha de cecina y le dio vueltas entre los dedos. Se lo llevó a la nariz para olisquearlo.

—Huele a rayos. Me gusta. ¿Dices que es para los animales?

Lo dejó a un lado sobre la mesa situada junto a su silla antes de dirigir de nuevo su atención a la mochila. Esta vez extrajo un trozo de madera a medio tallar.

—¿Y esto?

—Es mío —dijo la enfermera—. Me gusta esculpir.

Al Cochero se le escapó un grito ahogado.

—¿De veras? Es la primera vez que oigo decir eso a una máquina sanitaria. ¿Valoras el acto de la creación?

—Sí —dijo Ratched—. Si tuvieras a bien abrir la jaula, quizá te lo podría enseñar de cerca.

—Quizá —dijo el Cochero, haciendo girar la talla entre las manos —. Me gustaría ver lo que eres capaz de hacer. Seguro que sería extraordinario. —Miró a Vic mientras dejaba el trozo de madera sobre la mesa, junto a la carne y la fruta—. Eres un robot extraño. Me tienes fascinado.

Vic no respondió. Cerró los ojos con fuerza, inspirando por la nariz y espirando por la boca.

—Pobrecillo —dijo el Cochero—. Yo también estaría muy afectado si me hubieran hecho tan feo como a ti. Lamento verte en ese estado. Mejoraré tu situación, te lo prometo. Te pondré a trabajar y olvidarás tu fealdad. Llevo mucho tiempo planteándome ampliar mi museo, y ahora que estáis aquí, creo que por fin ha llegado el momento. No sois mis prisioneros, sino mis empleados. ¿A que es estupendo? —Volvió a aplaudir, eufórico.

—Los jefes no meten a sus empleados en jaulas —dijo Ratched.

El Cochero soltó una carcajada.

—En eso te equivocas, querida. ¡Resulta que sé que hubo una época en la que los jefes metían a los empleados en unas jaulas llamadas «cubículos»! —Se levantó de la silla y dejó la mochila en el suelo. Silbando, se dirigió a un escritorio colocado contra la pared del fondo y cubierto de figuritas de grandes cabezas que se mecían adelante y atrás. Sobre la mesa descansaba también un monitor que se iluminó cuando el Cochero lo tocó. Sin dejar de silbar, hizo volar los dedos sobre el teclado metálico que había bajo la pantalla. Reía para sí y meneaba la cabeza al tiempo que murmuraba sobre aquel afortunado giro de los acontecimientos. Al cabo de un momento, una máquina situada junto al escritorio se activó con un runruneo y comenzó a escupir hojas de papel—. A esto se le llama impresora —dijo en un tono absurdamente afectuoso—. Desperdicia una barbaridad, pero la adoro. Funciona con tinta, cosa poco común. Solo la uso cuando necesito imprimir los rótulos para mis nuevas adquisiciones. ¡Eso, eso, reproduce mis palabras! ¡Mira cómo tira!

Vic observó como el Cochero cogía la primera página impresa y le daba la vuelta a un lado y al otro antes de doblarla por el centro con un pliegue perfecto. Repitió la operación con la segunda, la tercera y la cuarta.

—Tantas cosas que hacer y tan poco tiempo —farfulló para sí mientras atravesaba la habitación. Se detuvo frente a un grupo de taburetes pequeños, dándose unos golpecitos en la barbilla—. Tú. Y tú. ¡Y tú y tú también! ¡Sí, sois perfectos! —Cogió uno y lo colocó frente a la jaula de Ratched, fuera del alcance de sus tentáculos. Luego puso otros delante de Rambo, Hap y Victor. Cuando terminó, lo celebró con palmadas—. Ya está. Eso servirá hasta que tengamos una disposición más permanente. —Tarareando por lo bajo, regresó a su escritorio. Alargó el brazo hacia otro estante que estaba encima y cogió un objeto alargado no muy distinto de las pinzas de Rambo. Cuando apretó el mango, la herramienta se abrió y se cerró—. Esto era un juguete que usaban los niños humanos —dijo—. Lo llamaban «brazo de robot», ¡pero de robótico no tiene nada! ¿A que es raro? Lo usaban para agarrar cosas que estaban demasiado lejos. ¡Pero mirad para qué lo uso yo! —Agarró con ella una de las hojas dobladas y, como quien transporta un objeto peligroso, se acercó de puntillas a la banqueta que había puesto delante de la jaula de Rambo. Con la

lengua asomando entre los dientes, el Cochero cogió el brazo de robot con ambas manos y depositó la hoja sobre el taburete—. ¡Tachán! —exclamó con un floreo—. ¡Tu propio rótulo! ¿Serías tan amable, mi pequeño amigo, de leer en voz alta las palabras para que compruebe si hay que introducir algún cambio?

Rambo soltó uno, dos, tres pitidos mientras se alzaba ligeramente sobre su elevador.

—«ASPIRADOR» —dijo—. «UTILIZADO POR LOS HUMANOS PARA LIMPIAR». —Giró en redondo, agitando los brazos—. ¡Ese soy yo! ¡Cielo santo, lo ha clavado! Vic, Vic, ¡esto se le da de muerte!

El Cochero hizo una mueca.

—Gracias por reconocer la grandeza de mi obra. Recordaré este momento para siempre, o al menos hasta que el cuerpo se me deteriore y solo quede una conciencia agonizante que sin duda degenerará en una imitación de la locura humana. Ay, enfermera, enfermera. Le toca a usted. —Con un ligero contoneo de caderas, se encaminó garbosamente de nuevo hacia la mesa y cogió otra hoja de papel. Tras volver a las jaulas dando saltitos, usó el brazo de robot para dejarla caer sobre el taburete—. Bella señorita, tenga la bondad de leer su rótulo.

—No —repuso Ratched—. No estoy de humor.

El Cochero parpadeó.

—¿De humor? ¿Cómo que no estás de...? Ah. ¡Ya entiendo! Bueno, nada más lejos de mi intención que decirle a una dama de tu categoría lo que debe o no debe hacer. ¡No hay problema, ya lo leo yo!

—Tendrás que acercarte más —dijo Ratched—. Prometo no estrangularte hasta que la cabeza se te desprenda y caiga al suelo. —En su pantalla aparecieron las palabras «¡CONFÍA EN MÍ! ¡SOY ENFERMERA!».

El Cochero meneó el dedo.

—¡Ah, he estado a punto de picar! Eres una delicia. ¡Tu estrella brilla con fuerza, qué duda cabe! Tu rótulo reza: «ENFERMERA REGISTRADA AUTOMATIZADA PARA TRATAMIENTOS, CUIDADOS, HORADACIONES, EDUCACIÓN Y DESTREZA. PERFECTO ESTADO DE CONSERVACIÓN».

Ratched se quedó callada un momento.

—No detecto ninguna inexactitud —dijo al fin—. Puedes continuar.

Rambo emitió un pitido.

—Pero...

—Chitón, aspirador —dijo ella—. Los adultos estamos hablando. Activando protocolo de flirteo. Yuju, Cochero. Uno de mis brazos secreta un líquido viscoso muy similar a la lubricación. Puedes hacer lo que quieras con él.

El Cochero dio un paso hacia ella.

—¿De veras? A lo mejor podrías hacerme una pequeña demostración. Sería como un chequeo. ¿Está bien dicho? ¿Es esa la expresión que emplean los humanos? ¿Hacerse un chequeo?

—Sí, tal cual. Ven aquí y deja que te noquee..., digo, que te chequee. Quítate el pantalón y tose. No seas tímido. No juzgo a nadie.

Por unos instantes, Vic creyó que el Cochero seguiría las instrucciones al pie de la letra. Se llevó una mano a la cintura del pantalón como para bajárselo, con el brazo de robot rebotándole contra el costado. De pronto, entornó los ojos.

—Oye, no estarás intentando engañarme, ¿verdad?

—Desactivando protocolo de flirteo. Sí. Eso era justo lo que estaba haciendo. Lo de la lubricación es cierto, pero eso habría dado igual, considerando lo que estaba a punto de hacerte.

—Qué impresionante —susurró el Cochero—. Casi tengo ganas de probar de todos modos a ver qué pasa. Pero ya habrá tiempo para eso. ¡Vamos con el siguiente! —Volvió al escritorio y cogió el tercer rótulo. Esta vez se aproximó a las jaulas con cautela, estirando al máximo el brazo de robot para dejar el papel en el taburete situado frente a Hap, que le lanzó una mirada asesina—. Tranquilo, guapetón. Yo en tu lugar no intentaría nada raro. No quiero ni imaginar qué pasaría, más que nada porque apenas nos estamos conociendo.

Hap sacó de golpe los brazos entre los barrotes con los dedos crispados, pero tanto el Cochero como el taburete estaban fuera de su alcance.

—D-déjanos ir.

—Esa no es forma de tratar a tu jefe —lo reprendió el Cochero. Tras una pausa, ladeó la cabeza—. Pero entiendo que lo hagas, habida cuenta de cómo me estoy comportando. ¡Mis disculpas! El lenguaje importa, ¿no? Pues, con eso en mente, no nos veas como un jefe ilustre y su empleado psicópata, sino como miembros de una misma familia. No le harías daño a un miembro de tu familia, ¿verdad?

—Yo no hago d-daño —gruñó Hap.

—¡Clarinete! —dijo el Cochero—. Pero que eso no te impida comportarte como si fueras capaz de ello. Tienes que dar el pego, querido amigo. Con el fin de ayudarte en este cometido, te describo en el rótulo como «LA MÁQUINA MÁS PELIGROSA QUE EXISTE». No me des las gracias.

—Qué bonito, Hap —dijo Rambo—. ¡Es como si te conociera!

—Y, por último, pero no por ello menos importante —prosiguió el Cochero, doblando las rodillas y arqueándose hacia atrás hasta que su torso estaba paralelo al suelo. Extendió el brazo de robot para coger la última hoja de papel y, con un chirrido mecánico, se enderezó como un resorte—. La máquina más extraña de todas. ¿Quién lo construyó? ¿De dónde salió? ¿Cuál es su finalidad? ¿Por qué tienes el aspecto de alguien que sabe que le han jugado una mala pasada pero carece de los medios necesarios para hacer algo al respecto?

—Ahí te ha pillado —dijo la enfermera.

El Cochero se acercó a la jaula de Vic y depositó el rótulo sobre la banqueta que tenía delante.

—Tú, mi extraño compañero, serás un misterio indescifrable. Un acertijo sin solución. Las máquinas vendrán de muy lejos para contemplar tu realidad física, y cada uno de ellos se hará la misma pregunta: ¿por qué? ¡Con vistas a facilitar estas elucubraciones, declaro por la presente que en lo sucesivo serás conocido como «¡LA MOSTRENCA MÁQUINA DE MAQUINACIONES MISTERIOSAS DEL COCHERO!».

—La enfermera Ratched opina que la aliteración es síntoma de una imaginación pobre —dijo Rambo.

El Cochero se rio.

—Ah, ¿sí? No quisiera contradecir a esta belleza indiscutible, pero mis clientes saben apreciarlo. —Frunció el ceño—. O eso creo. ¡En fin! El caso es que todos tenéis un papel que desempeñar. Aunque habrá algunos más jugosos que otros, cada uno de vosotros es importante. A eso se le llama refuerzo positivo. ¡Toma ya! —De nuevo salieron despedidas de sus manos unas serpentinas que fueron succionadas hacia el interior de las mangas casi de inmediato—. Perdón. Me cuesta controlarme cuando me emociono.

—¿Por qué estás haciendo esto? —preguntó Vic.

—Porque me da la gana —dijo el Cochero—. Así de simple. Los humanos, pese a todos sus defectos, son unos seres fascinantes. Después de que me... En fin. Dejémoslo en que, después de que se me

abriera la mente, se apoderó de mí una curiosidad desmesurada respecto a quienes nos habían creado. He dedicado toda una vida a amasar esta colección, y vosotros sois cuatro hermosas incorporaciones. ¡Sí es que da gusto veros! No puedo creer que os haya encontrado en ese lugar. Haremos magia juntos, eso os lo prometo.

—N-no —dijo Hap, arrimándose de nuevo a los barrotes—. N-no vamos a c-colaborar con esto. No p-puedes obligarnos.

El Cochero se desanimó.

—Temía que dijerais eso. Por fortuna, ya había pensado una alternativa. ¿Sabéis lo que es una amenaza?

—Sí —dijo Rambo—. Lo sabemos. Hemos recibido un montón.

—Ah, ¿sí? —dijo el Cochero, al parecer impresionado por la afirmación—. Pues resulta que yo sé un par de cosas sobre el tema. ¿Queréis que os lo demuestre?

—¡Sí! —exclamó el aspirador—. Espera —se apresuró a añadir—. No lo decía en serio.

El Cochero inclinó la cabeza hacia Vic.

—Todos os mostráis muy protectores con ese. Lo entiendo. No cabe duda de que es... peculiar. Me gustan las cosas peculiares. —Su expresión se endureció—. Y por eso me sabría fatal tener que tomar represalias contra él. Como no hagáis todo lo que os diga, lo desmontaré pieza a pieza hasta reducirlo a un montón de chatarra. —La sonrisa volvió a su rostro, y el brillo a sus ojos—. ¿Qué os ha parecido esta amenaza?

—Muy persuasiva —dijo Ratched.

El Cochero ejecutó una alegre danza que terminó con él agitando las manos a los lados de la cara.

—¡Sensacional!

—P-puedes intentarlo —refunfuñó Hap—. P-pero n-no llegarás muy lejos.

—Eso lo dirás tú. ¡Bueno! Haremos nuestra primera parada dentro de cinco horas. Por favor, no me decepcionéis. Odio que me decepcionen. Pensad cómo queréis presentaros, teniendo en cuenta que actuaréis delante de un público y que yo estaré vigilándoos a todos. Me pasaré a ver cómo va todo antes de que empecemos. Por favor, no intentéis planear una fuga durante mi ausencia. Acordaos de mi amenaza. —Llevó a cabo una profunda reverencia—. ¡Tachán! —

Salió por una puerta que cerró tras de sí. Acto seguido, se oyó un sonoro chasquido cuando echó la llave.

Hap corrió hacia el extremo de su jaula.

—Victor...

El joven irguió la cabeza. El androide parecía preocupado.

—¿Sí?

—¿Estás he-herido?

—No, solo me duele...

—Te duele en el alma que no estemos en cualquier otra parte —dijo Ratched—. Porque los robots no sentimos dolor físico. —En su pantalla aparecieron las palabras «NOS ESTÁ GRABANDO».

Vic paseó la vista por la habitación. La enfermera estaba en lo cierto: en el techo había instaladas tres cámaras, todas ellas enfocadas hacia las jaulas. Más valía que se anduvieran con cuidado.

Se puso de pie despacio y le crujieron las rodillas. Hap tendió el brazo hacia él por entre los barrotes de su jaula. Vic vaciló antes de aproximarse. Extendió la mano para tomar la del androide, que le dio un apretón.

—V-voy a sacarnos de aquí —aseguró este, girando el rostro para ocultarlo a las cámaras—. Te lo p-prometo.

—¿Cómo? —susurró el joven.

El autómata movió la cabeza de un lado a otro.

—Aún n-no lo sé. N-necesito procesarlo. —Torciendo el gesto, añadió—: Necesito pensar.

—Tal vez deberíamos esperar hasta después del espectáculo —dijo Rambo—. Nunca he asistido a uno, y tengo curiosidad por saber si es tan chulo como me lo he imaginado en mi cabeza.

—No tienes cabeza —dijo Ratched en voz muy alta—, pero estoy de acuerdo. Está claro que debemos esperar a ver de qué clase de espectáculo se trata. Tal vez lo pasaremos mejor de lo que pensamos. —Dio la espalda a las cámaras mientras su pantalla se llenaba de texto. «POR LO MENOS NOS PERMITIRÁ FORMARNOS UNA IDEA MÁS PRECISA DE NUESTRO ENTORNO. LUEGO PODEMOS REDUCIR A CENIZAS ESTA CASA»—. Me hace ilusión estar metida en una jaula para que los visitantes me miren embobados. Sí, mucha ilusión. El regocijo que siento no conoce límites.

Vic se percató de que aún tenía cogida la mano de Hap. Al notar que le ardían las mejillas, se planteó retirarla, pero no lo hizo. La

agarró con fuerza, pese a que tenía el brazo agarrotado y luchaba contra el impulso de hacerse un ovillo. Necesitaba mantener la mente despejada. Tenía que concentrarse.

—N-no vamos a p-participar en esto. No p-puede obligarnos.

Vic le apretó la mano. Hap bajó la vista hacia el punto de unión entre ambos antes de alzarla hacia el rostro de Vic con expresión inescrutable.

—Por ahora —musitó el joven, aunque estaba seguro de que el Cochero podía escuchar cada palabra—. Por mí.

Hap se quedó mirándolo un buen rato antes de asentir.

—P-por t-ti.

Le soltó la mano, que quedó colgando entre las dos jaulas. Hap comenzó a andar de un lado a otro, mascullando que haría trizas al Cochero hasta que no quedara nada de él.

Vic exploró de nuevo la habitación con la mirada, fijándose en todo lo que alcanzaba a ver, con la esperanza de que se produjera un milagro. No había ventanas que ofrecieran una vista al exterior. Tenía la sensación de que la casa se movía, pues percibía aquel zumbido bajo sus pies. El Cochero había dicho que se dirigía hacia la Ciudad de los Sueños Eléctricos, pero no era de fiar. Y, aunque estuviera diciendo la verdad, les había avisado que faltaban cinco horas para... lo que fuera. Vic dudaba de que pudieran llegar a la ciudad en tan poco tiempo.

Las campanas de viento se mecían encima de sus cabezas, desgranando notas suaves con sus estremecimientos.

Capítulo 16

Unas horas después, las campanas de viento dejaron de oscilar y enmudecieron. Vic levantó la vista hacia ellas con el ceño fruncido. La sensación de movimiento constante cesó.

Antes de que pudiera decir algo, empezó a oírse un ruido sordo en torno a ellos, y el suelo comenzó a vibrar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rambo, nervioso—. ¿Hemos llegado? ¡No estoy preparado! Sé que se supone que tengo que ser un aspirador, pero ahora mismo no sé si me veo capaz.

—Calla —dijo Ratched—. Estoy intentando escuchar.

—No d-dejes que nos s-separen —dijo Hap en voz baja—. T-tenemos que estar alerta.

Vic tragó en seco mientras la casa continuaba chirriando.

—De acuerdo.

—Creo que se está expandiendo —dijo la enfermera—. La casa. Está cambiando de forma. Es una máquina, pero no me da la impresión de que esté viva.

La puerta se abrió y apareció el Cochero, con la chistera inclinada sobre la cabeza. Parecía haberse acicalado el bigote, que tenía las puntas rizadas y relucientes.

—¡Aquí están mis atracciones principales! ¿Estáis tan emocionados como yo? La casa se está preparando para recibir a nuestros clientes, y pronto comenzará la visita. Por lo visto tendremos un público considerable.

—¿Dónde estamos? —preguntó Vic.

—¡Pero bueno! —exclamó el Cochero—. ¡Habla y todo! Qué afortunado giro de los acontecimientos, sobre todo teniendo en cuenta que es lo que les diré a los visitantes. En respuesta a tu pregunta, estamos en el precioso *Paese dei Balocchi*.

—El País de los Juguetes —tradujo Ratched.

El Cochero batió palmas.

—¡Eso! El País de los Juguetes. Un lugar único, aunque ya no

hace honor a su nombre. En un principio, los humanos lo crearon como vertedero cuando los juguetes que fabricaban... adquirieron conciencia. Para no alargar el relato, te diré que unos dinosaurios robóticos empezaron a atacar en grandes números a los diminutos humanos, que los enviaron junto con muchos otros juguetes a ese vertedero para deshacerse de ellos. —Exhaló un suspiro dramático—. Pobrecillos, aunque entiendo que los humanos quisieran proteger a su progenie. El País de los Juguetes fue reconstruido, y ahora es un destino vacacional maravilloso, una encantadora población pequeña a las afueras de la Ciudad de los Sueños Eléctricos. Como todo el mundo sabe, cuando estás de vacaciones, estás dispuesto a gastar, gastar y gastar. ¡Ya se está formando una cola que da toda la vuelta a la casa!

—No sé si me sentiré muy cómodo siendo objeto de tanta atención —dijo Rambo—. A lo mejor me cohíbo.

—Pero cómo me gustan los aspiradores —susurró el Cochero con fiereza. Luego, en voz más alta, agregó—: No hay ninguna razón para que te sientas cohibido. ¡Eres una máquina de gran renombre! Los humanos os necesitaban para que limpiarais sus cochinadas. Nunca dudes de tu lugar en este mundo. Eres importante.

—Vaya —dijo Rambo—. Ya me siento mejor. ¡Gracias, Cochero!

El Cochero se volvió hacia Ratched, pero ella ya estaba preparada para plantarle cara.

—No soy tan fácil de manipular como un aspirador. Los elogios no te servirán de mucho conmigo.

—¡Iluminación! —gritó el Cochero con entusiasmo. Por encima de ellos, cuatro paneles del techo se deslizaron a un lado, y un cono de metal asomó por cada abertura. Una vez que los cuatro emergieron del todo, se encendieron, proyectando un potente haz sobre cada jaula. A lo largo de los estantes y frente a las vitrinas, aparecieron unas luces adicionales, más suaves y matizadas, concebidas para alumbrar cada objeto por separado. Este proceso tardó menos de un minuto y, cuando finalizó, la sala parecía envuelta en bruma, como en un sueño—. Así está mucho mejor —dijo el Cochero—. Parecéis auténticas piezas de museo. Pero reservemos este despliegue para la primera visita, ¿de acuerdo? —Cuando pulsó dos veces el mismo botón, todos los focos de encima de las jaulas se apagaron, sumiendo en sombras a los cautivos—. Bien. Cuando haga pasar a los clientes, comportaos con naturalidad. ¡Haced lo que sea que hagáis

normalmente! Sed vosotros mismos. Recordad que no hay papeles insignificantes, solo actores insignificantes.

—He decidido llevarte a una granja —dijo Ratched—. Hay ardillas ahí. Te sentirás como en casa.

—¿Dónde queda esa granja? —inquirió Rambo—. ¿Podemos ir a verla?

—Sí —respondió ella—. Cuando llevemos allí al Cochero.

—Ah, ¿sí? —dijo el aludido—. Estoy deseando ir. Pero, mientras tanto, ¡tenemos que entretener a los clientes! ¡Pero es que miradlos, por Dios! —Oprimió otro botón en su antebrazo, en este caso, rosa. Por encima de la crepitante chimenea, una parte de la pared se corrió hacia un lado, y una pantalla grande se deslizó hacia delante. Se encendió, titilando, y en ella aparecieron dos filas de cinco imágenes cada una, todas ellas tomadas desde arriba.

La mente de Victor tardó un momento en asimilar lo que estaba viendo. El bosque hacía cedido el paso a un vasto desierto bajo un sol abrasador, donde el viento arrastraba la arena y crecían unas extrañas protuberancias semejantes a árboles pero erizadas de agujas o algo parecido. A lo lejos, entre las dunas, se alzaba una pequeña ciudad de edificios achaparrados y aparentemente hechos de adobe, un material del que Vic solo tenía un conocimiento superficial. No quedaba ni una pizca de nieve, ni siquiera restos pisoteados. ¿Qué había pasado con el invierno?

Pero eso carecía de importancia al lado de las figuras que se encontraban frente a la casa. Había decenas de ellas, como había dicho el Cochero, de pie formando una fila india que rodeaba la casa por un costado y se alargaba en dirección a la ciudad.

A Vic se le aceleró el pulso al ver las figuras más de cerca. Al principio creyó que se trataba de seres humanos, de personas de carne y hueso como él. Esta idea se desvaneció de inmediato en cuanto se fijó mejor en ellas.

Eran unos seres que le recordaban a los hombres lisos. Algunos tenían orejas, otros no. Y otros lucían cabelleras, aunque al parecer se trataba de pelucas, con voluminosos cardados y cintas atadas en mustios lazos. No todos se sostenían sobre dos piernas. Uno era un cubo negro del tamaño de una roca grande con una hilera de luces en su parte delantera. Unos iban sobre ruedas, otros sobre orugas, algunos flotaban por encima del suelo, levantando nubes de arena y

polvo en torno a ellos. También había juguetes, pero estaban en clara minoría. Vic dio un respingo cuando un ser con aspecto de lagarto echó la cabeza hacia atrás y profirió un rugido que sonó metálico a través de la pantalla. Se preguntó si sería uno de aquellos robodinosaurios que comían niños.

Y a propósito de niños...

También había varios en la cola, intercalados con las otras máquinas. Miraban al frente con semblante inexpresivo. Eran por lo menos diez, todos distintos entre sí. Uno estaba salpicado de pecas de un rojo encendido. Otra llevaba gafas. A otro le faltaban los dos dientes delanteros, y en su boca abierta se apreciaba el hueco negro. Pese a todo lo que había aprendido desde que le habían arrebatado a su padre, Vic nunca se había imaginado que existieran máquinas diseñadas para parecer niños. No sabía qué finalidad tenían ni por qué las habían construido con esa apariencia. Serían niños para siempre. Jamás se harían mayores. Su imagen le producía rechazo.

—¿Lo veis? —dijo el Cochero—. ¿A que es emocionante? ¡Al final del día, seremos la comidilla del pueblo! Recordad que, mientras hagáis aquello para lo que estáis programados, todo irá como la seda. —Se encaminó hacia la puerta y se detuvo, con la mano en el pomo—. Ah, y si en algún momento me da la impresión de que ponéis en peligro a mi persona, mi casa o alguno de mis tesoros, ateneos a las consecuencias. Da la casualidad de que conozco a por lo menos tres máquinas que saben infligir dolor a *cualquier cosa*. Es algo que debéis tener presente en este día, el primero del resto de vuestra vida. ¡Y no olvidéis pasarlo bien! —Dicho esto, franqueó la puerta y la cerró tras sí.

Al cabo de unos instantes, apareció en la pantalla, de pie en el porche de la casa, con una ancha sonrisa y los brazos por encima de la cabeza, lanzando serpentinas por las mangas de su casaca.

—¡Bienvenidos! —exclamó su voz metálica a través de los altavoces—. Sean muy bienvenidos. Qué alegría ver aquí tantos rostros, aunque algunos de ustedes no tienen. ¡Considérense sumamente afortunados, pues están a punto de embarcarse en una aventura de la que se hablará mucho en los años venideros! —Se inclinó en una reverencia—. Soy el Cochero, destacado coleccionista de toda clase de objetos relacionados con los humanos. Puede que esto parezca una casa, pero en realidad es una máquina del tiempo que les

permitirá viajar a una época en la que los humanos dominaban la tierra. ¡Bienvenidos al... Curioso Museo de Curiosidades Humanas del Cochero!

—¿Por qué habla de los humanos en pasado? —preguntó Ratched mientras unas banderolas se desplegaban en la fachada de la casa, y globos rojos, verdes y amarillos se derramaban sobre la arena. Uno de ellos, de color verde, rebotó con suavidad en la cabeza del niño mellado, que no reaccionó, sino que mantuvo la vista al frente, abriendo y cerrando la boca.

—Amigos —prosiguió el Cochero—. El mortecino brillo de sus ojos delata su profunda emoción. Y aunque eso está muy bien, debo advertirles una cosa: en cuanto entren en esta casa, no volverán a ser los mismos. Su percepción cambiará, y quizá empiecen a cuestionarse todo lo que saben. ¡A ver, usted! Sí, el caballero tuerto. Usted será el primero. ¡Ni se imagina cuánto me alegro por usted! Lo único que le pediré es que pague antes de entrar. Detesto hablar del vil metal, pero el mantenimiento de esta vieja chabola no sale barato, así que me temo que debo insistir en ello. Estupendo, sí. Todos tendrán su oportunidad una vez que se haya autorizado el pago...

El Cochero abrió la puerta de la sala de exposición donde estaban encerrados Vic y los demás.

—... y, sí, los gustos humanos eran muy subjetivos, pero consideraban que un cuadro de unos perros jugando a las cartas y fumando puros era una obra de arte, aunque no entendemos muy bien por qué. —Lanzó una mirada a Hap, Vic, Ratched y Rambo, que agitó la pinza entre los barrotes a modo de saludo—. Intentar comprender a la humanidad puede parecer un ejercicio inútil. Por ejemplo, en vez de acudir a un profesional sanitario, algunas parejas humanas llenaban cohetes de tiras de papel que luego volaban por los aires. Si el papel que salía era azul, eso quería decir que estaban gestando un bebé. Y si era rosa, también.

Los robots que atestaban la sala detrás del Cochero no hablaban. Los únicos sonidos que emitían eran los rechinidos de su maquinaria cuando los que tenían cabeza la giraban hacia uno u otro lado. Uno de ellos —una figura humanoide con dedos el doble de largos que los de

Vic— soltó un pitido gutural, seguido del chirriar de sus engranajes internos.

El Cochero los guio por la estancia, deteniéndose frente a bibelots y baratijas para relatar una historia sobre cada uno de ellos. Mientras hablaba sin parar con voz monótona, los robots parecían escucharlo con atención, pero ni uno solo lo interrumpía, ni siquiera para hacerle preguntas. Cuando llegaron frente a la carcasa del coche antiguo, el Cochero los invitó a hacerse fotos sentados dentro. Nadie siguió su sugerencia.

Cuando llevaban quince minutos de visita sin que ninguno de los robots hubiera pronunciado una palabra, el Cochero empezó a mostrar señales de agotamiento. Echó un vistazo a las jaulas por encima del hombro y asintió.

—He reservado lo mejor para el final —anunció—. ¡Preparen sus módulos de procesamiento para el espectáculo más extraordinario que hayan visto jamás! Cuatro máquinas tan asombrosas que los dejarían sin aliento, si tuvieran pulmones.

El foco situado encima de la jaula de Ratched se encendió, y su haz resplandecía con tal fuerza que Vic tuvo que desviar la mirada, parpadeando.

El Cochero giró en un círculo reducido y se detuvo frente a ella, extendiendo las manos en un ademán ostentoso.

—En primer lugar, les presento a la enfermera Registrada Automatizada para Tratamientos, Cuidados, Horadaciones, Educación y Destreza, o enfermera Ratched, para abreviar. Esta gloriosa máquina podía encontrarse en los hospitales humanos, donde administraba consejos y cuidados médicos a los pacientes. ¿Le importaría mostrarles a nuestros invitados lo que es capaz de hacer, enfermera Ratched?

—Faltaría más —dijo ella—. Cochero, ha llegado la hora de su chequeo anual. Por favor, desvístase mientras yo preparo su colonoscopia. Tenga la bondad de confirmarme si en este momento está lleno de excrementos, como imagino.

—¡¿Lo ven?! —exclamó el Cochero—. ¿Lo ven? ¡Es absolutamente milagrosa!

—Para nada. Lo que soy es práctica. Necesita usted un supositorio.

—¡Y esto! —dijo el Cochero, pasando a la siguiente jaula, la de Rambo, al tiempo que el foco la iluminaba—. Puede parecer un

aparato pequeño, pero como solían decir los humanos con pene, lo que importa no es el tamaño, sino lo que uno hace con él. Esto... era un aspirador. Su finalidad consistía en limpiar el suelo de los hogares humanos aspirando suciedad y polvo. ¡Fíjense! —El Cochero se sacó de un bolsillo interior de la casaca una bolsita de piel. Introdujo los dedos en ella y cogió un pellizco de tierra que tiró al suelo de la jaula de Rambo.

—¡No mientras yo esté aquí para remediarlo! —gritó Rambo y pasó por encima de la tierra—. ¡Huy, qué cosquillitas!

El Cochero rompió a aplaudir con frenesí y no cesó hasta que se percató de que nadie se había sumado al aplauso. Se acercó a la jaula de Vic con la boca torcida.

—¡Haz algo que los impresione! —siseó—. ¡Estoy perdiendo su interés! —En voz más alta, dijo—: ¡Aquí descubrirán un misterio, algo muy distinto de todo lo que han visto hasta ahora! Tal vez cuando lo vean les entrarán ganas de gritar, pero les recomiendo que se abstengan de hacerlo en la medida de lo posible. Les presento a... ¡la Mostrenca Máquina de Maquinaciones Misteriosas del Cochero!

El foco que estaba encima de la jaula de Vic se encendió, y el joven se encogió ante los robots que se apiñaron alrededor. Aunque no hablaban, él oía moverse la maquinaria detrás de sus ojos. El niño mellado apretó la cara contra los barrotes con una mirada fría e inexpresiva en los ojos.

—Ayúdanos —le susurró Vic mientras el Cochero peroraba sobre aquel ser tan desdichado y mal concebido, cuyo creador merecía que lo partiera un rayo por el aspecto tan repulsivo que le había dado, no había más que verlo—. Por favor. No deberíamos estar aquí.

El niño abrió la boca de par en par y puso los ojos en blanco. No tenía lengua.

Vic reculó con tal brusquedad que chocó con el fondo de la jaula, lo que lo sobresaltó.

—¿V-Vic? —oyó decir a Hap—. ¿Q-qué haces...?

—¡Puede hablar! —vociferó el Cochero, y se plantó de un brinco frente a la jaula de Hap en el instante en que el último foco se iluminaba—. Y, por último, pero no por ello menos importante, una monstruosidad tan terrorífica que hasta las máquinas más imperturbables tiemblan despavoridas al verla. ¡Fíjense en el extraño acabado en madera! ¡En la espeluznante expresión ceñuda! Y esas

manos... Apuesto a que encajarían a la perfección en torno a mi cuello, si se les presentara la oportunidad.

—Hagamos la p-prueba —dijo Hap.

Los robots se desplazaron de la jaula de Vic a la de Hap y rodearon al Cochero. Por unos instantes, nada ocurrió. Se quedaron ahí de pie mientras el androide se paseaba por los bordes de su jaula, con la vista clavada en su captor.

De pronto, el niño —aquel al que le faltaban los dientes y la lengua— profirió un gemido bajo y gutural que le trepó por la garganta hasta brotar de su boca. La máquina que tenía detrás —a la que le faltaba un ojo— se unió a él con una voz más aguda que casi armonizaba con la del muchacho. El robot que parecía una caja se echó a temblar, mientras sus bombillas lanzaban destellos rojos una y otra vez.

Y todo por causa de Hap.

El Cochero arrugó el ceño.

—¿A qué viene esto? ¿Qué está pasando?

El chico retrocedió un paso y tropezó con la caja. Pegó un salto, como asustado, cayó de espaldas y rebotó en el suelo. Un temblor le empezó en los pies y le subió por las piernas, el torso y los hombros hasta la cabeza. A continuación, alzó los brazos de golpe, con los dedos doblados. Sus manos giraron ciento ochenta grados, y apoyó las palmas en el suelo. Quedó a cuatro patas, con la espalda arqueada y la cabeza colgando entre los hombros. El muchacho correteó como un insecto en dirección a la puerta.

Antes de que desapareciera, los otros robots comenzaron a seguirlo. El Cochero intentó impedírselo, pero ellos lo apartaron de su camino, empujándolo de un lado a otro y haciéndolo girar, de manera que por poco se le cayó la chistera.

—¿Adónde van? ¡La visita no ha terminado aún!

Pero los robots no lo escuchaban. Salieron de la sala sin mirar atrás.

El Cochero se dio la vuelta para encararse con Hap.

—¿Qué has hecho?

El androide abrió las manos a los lados.

—N-nada.

—Dice la verdad —terció Ratched—. El único de nosotros que ha hecho algo es Rambo, y solo porque tú lo has obligado.

—A mí podéis echarme tierra siempre que queráis —anunció Rambo con chulería.

Sin prestarles la menor atención, el Cochero mantenía la vista fija en Hap. Vic casi podía oír girar y girar los engranajes en su cabeza.

Por encima de ellos, una alarma estridente empezó a sonar con insistencia. El Cochero irguió la cabeza de repente, con los ojos desorbitados.

—Lo que faltaba. La Autoridad tenía que elegir justo este momento para presentarse. —Fulminando a Hap con la mirada, lo apuntó con el dedo—. Tú... La vamos a tener, tú y yo. No sé qué eres, pero...

—La Autoridad —susurró Vic.

«Si alguien te descubre, si la Autoridad se entera de tu existencia, no se detendrán ante nada con tal de acabar contigo».

—Sabía que debía mantenerme alejado de la ciudad —continuó el Cochero—. ¡Ni siquiera he comprobado si tenéis los papeles en regla! ¿Los tenéis? Claro que no. Qué difícil es encontrar empleados competentes en estos tiempos, te lo juro. Gente chunga, la Autoridad. No comprenden el valor histórico de mi exposición. Digamos que preferirían que mi colección entera quedara destruida y olvidada para siempre. No saben apreciar el arte.

—¿Vienen en una ballena? —preguntó Vic.

El Cochero volvió la cabeza despacio para mirarlo.

—¿Una ballena? ¿Te refieres al Terrible Perro Marino? Por fortuna, no. Se trata solo de una inspección. Los mandamases no pierden el tiempo con esas cosas.

—¿No podemos marcharnos sin más? —quiso saber Rambo.

El Cochero negó con un gesto.

—Ya habrán visto la casa. Es demasiado tarde. —Se dirigió a paso veloz hacia la puerta—. ¡Casa! ¡Activa el protocolo de Aquí No Pasa Nada!

Una campanada sonora conmovió las entrañas de la casa, seguida de un chirrido ensordecedor. Rambo pegó un chillido cuando el suelo se abrió y se tragó la colección del Cochero. Unas paredes de madera revestidas de papel pintado de flores descendieron del techo hasta ocultar los estantes. A las personas de plástico se les arrugó la ropa cuando se hundieron en el suelo. El coche desapareció, y los bibelots y baratijas quedaron escondidos. La pantalla de encima de la chimenea

se retrajo en la pared, y el panel se deslizó hasta taparla mientras el fuego crepitaba alegremente.

Vic se tambaleaba a causa de las sacudidas de la sala. Agarrado a los barrotes, soltó un gruñido cuando la jaula se precipitó a través del suelo, y el estómago se le subió a las amígdalas. La caída vertiginosa finalizó con un aterrizaje brusco. La jaula de Hap fue la segunda en descender, seguida de las de Ratched y Rambo. Antes de que la tarima se cerrara encima de sus cabezas y los envolviera en las tinieblas, el Cochero se asomó desde arriba.

—¡Y ahora, todos calladitos! —gritó—. Creedme si os digo que no os conviene que la Autoridad os encuentre.

El suelo se movió para cubrir la abertura y, por encima del ruido chirriante, Vic oyó que el Cochero cerraba con firmeza la puerta después de salir.

—Genial —dijo Rambo—. Ahora no solo estamos encerrados en jaulas, sino también a oscuras. ¿Alguien más tiene la impresión de que al Cochero le falta un tornillo?

—V-Vic... —dijo Hap.

—Aquí —respondió Vic, pero se le entrecortó la voz—. Estoy aquí. —Alargó el brazo entre los barrotes y buscó a tientas. Dio un respingo cuando algo le rozó los dedos, pero entonces Hap le agarró la mano con fuerza.

—Creo que voy a hacer una travesura —anunció Ratched. Vic oyó que uno de los paneles de sus costados se deslizaba hacia arriba y que se extendía un tentáculo, un sonido que conocía tan bien como sus propios latidos—. Un momento, un momento. Mientras busco, ¿os gustaría escuchar un dato interesante? Los delfines duermen con un ojo abierto. Buscando. Buscando. Ah, ahí estás. Sabía que tenía que haber algún puerto en alguna parte.

Su pantalla se iluminó con un resplandor tan blanco que casi dolía mirarlo en la oscuridad. Vic apartó la vista mientras Hap le sujetaba la mano.

—¿Has penetrado la casa? —inquirió Rambo—. Ay, Dios mío, ¿y si intenta hacerte daño?

—No lo intentará —aseguró la enfermera—. No estoy tratando de burlar las medidas de seguridad. Solo quiero ver qué es... Ahí está. —El resplandor blanco se vio sustituido por diez recuadros distribuidos en dos filas. Eran imágenes en directo de las cámaras instaladas en el

perímetro de la casa.

El recuadro central superior mostraba al Cochero de nuevo en el porche, alisándose la casaca y retorciéndose las puntas del bigote. Vic y los demás vieron como alzaba la mano para saludar a alguien que estaba fuera de plano.

—¡Pero bueno! —exclamó—. ¡Bienvenidos! ¿Puedo ayudarles en algo? —Acto seguido, bajó del porche a la arena.

—T-tenemos que l-largarnos de aquí —dijo Hap—. C-creo que puedo romper los barrotes. Luego hay que c-correr a toda v-velo...

Se quedó paralizado.

Todo quedó paralizado.

En la pantalla, cuatro figuras aparecieron frente al Cochero. Tres eran hombres lisos, con atuendos similares a los que llevaban los que habían desembarcado de la ballena. Vic no fue capaz de distinguir si se trataba de los mismos androides, o solo de modelos similares. Todos los hombres lisos parecían iguales.

Sin embargo, lo que más le llamó la atención, lo que había dejado a Hap sin habla, fue la cuarta figura.

Y es que la cuarta figura *era* Hap.

Bueno, había diferencias notables. El Hap de la pantalla mostraba más seguridad en sí mismo. Andaba con pasos precisos y la espalda recta. Su piel y sus extremidades estaban intactas, sin el menor rastro de madera. En el pecho de la chaqueta lucía un símbolo que le resultaba familiar a Vic: un círculo con un zorro y un gato en el medio. Los hombres lisos parecían tratarlo con deferencia. Cuando habló, su voz crepitó a través de los altavoces de Ratched. No tartamudeaba.

—A ver, usted —dijo ese Hap extraño con voz inexpresiva—. Documentación.

—¡Por supuesto! —dijo el Cochero en tono animado—. Qué gusto ver a un miembro de la Autoridad. Hacía mucho que no... Oiga, ¿nos conocemos de algo? Su cara me suena mucho.

—Documentación.

—Ya va, ya va. —El Cochero se tocó el brazo con el dedo y tendió la mano. Un código de barras apareció por encima de la palma. Uno de los hombres lisos se acercó para escanear el código con una luz que emanaba de la punta de su dedo—. Hace un día precioso, ¿verdad? No parece que estemos en invierno, aunque ya se sabe que

en el desierto nunca lo parece.

—¡¿Ese es Hap?! —saltó Rambo—. ¿Hay dos?

—No —dijo Ratched—. Hap, no: HARP.

Hap gimió como si le hubieran propinado un puñetazo. Vic no pudo hacer otra cosa que darle un apretón en la mano.

—El Cochero —dijo el hombre liso con voz monótona—. Registrado. Sin antecedentes.

—Claro que no —dijo el Cochero al tiempo que el código de barras se desvanecía—. Le profeso un profundo respeto al imperio de la ley. Jamás se me pasaría por la cabeza subvertirlo. De hecho, solo de pensarlo, me...

—¿Está usted solo? —preguntó No-Hap—. ¿Hay alguien más en la casa?

El Cochero se rio.

—Nadie más que yo, me temo. Nunca he sido muy sociable. Valoro mucho mi privacidad.

—¿Cuál es su finalidad?

—¡Ah! Pues no sé ni por dónde empezar. Verá, desde que me crearon, ¡recorro estas maravillosas tierras, aportando misterio y embeleso a la existencia de todas las máquinas! Soy...

—Su finalidad —insistió No-Hap.

El Cochero soltó una risita.

—¿No es esa la pregunta del siglo? ¿Cuál es nuestra finalidad? ¿Qué hacemos aquí? Nuestros filósofos dirían que lo que...

—Habla usted sin decir nada —declaró No-Hap.

—Es un don que tengo —convino el Cochero—. O tal vez una maldición. Si tuviera a bien decirme qué busca, quizá podría serle de más ayuda.

—Humanos —contestó No-Hap—. Busco humanos.

—¡Humanos! —repitió el Cochero. Sacudió la cabeza—. No entiendo...

No-Hap alzó la mano para acallar al Cochero y alzó la vista hacia la casa.

—Mencionaré un identificador y usted me dirá si lo ha oído nombrar alguna vez. —Posó de nuevo los ojos en el Cochero—. ¿Ha quedado claro?

—¡Sí! Por supuesto.

—Gio, también conocido como Gerente de Innovación Operativa.

A Vic se le heló la sangre.

—Gerente de Innovación Operativa —dijo el Cochero—. Menudo nombrecito. La verdad es que no me suena. ¿Quién es?

—¿Está seguro? —No-Hap dirigió la mirada hacia la casa antes de volver a clavarla en el Cochero.

—Segurísimo. Creo que me acordaría de ese identificador si lo hubiera oído antes. Desde luego es... único.

—Apártese —ordenó No-Hap—. Por orden de la Autoridad, se procederá al registro de su vivienda.

—¿Registro, dice? Le aseguro que ahí dentro no hay nada que merezca ni un segundo de su tiempo. Sin duda, la Autoridad tendrá asuntos más importantes que atender.

—¿Se está resistiendo? —inquirió No-Hap.

—No, no —se apresuró a decir el Cochero—. Ni se me ocurriría una cosa así. Por favor, pase usted. No tengo nada que ocultar. —Se encaminó hacia la puerta, levantando la vista hacia la cámara con expresión indescifrable, seguido muy de cerca por No-Hap y los hombres lisos.

—Ay, no —susurró Rambo.

—Ratched —dijo Vic en tono apremiante—. Apaga la pantalla antes de que vean el brillo.

—Sí, Victor —dijo ella, y la pantalla quedó a oscuras. Las imágenes residuales danzaban ante los ojos de Vic.

—Callaos todos —musitó el joven—. Rambo, no hagas ruido.

—¡Entendido, Vic! No me oirán decir ni una palabra, ni aunque...

—Que te calles —espetó Ratched, y Rambo calló.

Por encima de ellos, la puerta se abrió. Les llegó el sonido apagado de unas voces. El parloteo incesante del Cochero y las respuestas monosilábicas de No-Hap. El suelo crujía y chirriaba conforme se desplazaban por la sala. A Vic el sudor le resbalaba por el pecho, y el corazón le martilleaba con fuerza contra las costillas. El Cochero reía a carcajadas, pero sonaban forzadas y se adivinaba en ellas un trasfondo de inquietud. No-Hap dijo algo más, a lo que el Cochero respondió en voz muy alta: «¡Claro que no hay nada más!».

Aunque la inspección duró solo cinco minutos, a ellos se les antojaron horas, días y semanas interminables. Cuando el Cochero por fin acompañó a No-Hap y a los hombres lisos a la puerta, Vic sentía náuseas y le zumbaban los oídos como si su cerebro fuera un nido de

avispas furiosas. La pantalla de Ratched se iluminó una vez más para mostrar el exterior de la casa. La Autoridad se encontraba delante, y el Cochero volvía a estar en el porche.

—Como han podido comprobar, la casa es simplemente eso: una casa, ni más ni menos, tal como les he dicho. Y ahora, si no se les ofrece nada más, voy a...

—Si, en el transcurso de sus viajes, se cruzara con un humano, ¿qué haría usted? —preguntó No-Hap.

—¡Pues avisarles a ustedes, claro está! —dijo el Cochero—. Y dejar que se ocupen de todo lo demás. ¿No es esa su finalidad? Aunque me imagino que no han tenido mucho trabajo en los últimos tiempos.

—Ya vuelve con lo mismo —dijo Ratched, aparentemente para sí —. ¿Por qué hablan de los humanos como si ya no existieran?

No-Hap levantó los ojos hacia la casa.

—Nos adaptamos. Inspección finalizada. Su vivienda y ubicación actual han quedado documentadas.

Dio media vuelta y se alejó, con los hombres lisos a la zaga. El Cochero aguardó en el porche, siguiéndolos con la vista. Al cabo, giró en redondo y le dio unas palmaditas en el costado a la casa, cerca de la puerta.

—Nos hemos salvado por poco, mi vieja chabola. Por demasiado poco. Tenemos que... —Irguió la cabeza y miró directamente a la cámara, dejando entrever ligeramente los dientes tras los labios.

—No les ha dicho dónde estábamos —comentó Ratched mientras el Cochero desaparecía por la puerta—. ¿Por qué?

Vic sacudió la cabeza.

—No lo sé.

—A lo mejor nos ha cogido cariño —dijo Rambo—. Somos entrañables. Por cierto, ¿ese era el gemelo malvado de Hap? Siempre he querido tener un gemelo malvado.

—¿Tú qué dices, Hap? —preguntó Vic.

El androide no respondió. Mantenía la mirada fija en la pantalla.

Vic le apretó la mano, y Hap se volvió hacia él.

—¿Va todo bien?

—Él e-era yo.

—No —repuso Vic—. No era tú. Porque tú eres tú. Se parecía a ti, pero no eres tú. Tú estás aquí, con nosotros.

El autómata bajó los ojos hacia sus manos entrelazadas.

—N-no entiendo.

—Preferiríamos que fueras tú en vez de tu gemelo malvado —aseveró la enfermera—. Tú resultas soportable. Tu gemelo malvado, no.

—La mar de soportable —dijo Rambo—. De hecho, el más soportable del mundo, aparte de Vic, la enfermera Ratched y yo.

Antes de que Vic pudiera añadir algo, oyeron que se abría la puerta que tenían encima.

—¡Casa! —gritó el Cochero—. ¡Activa el protocolo de regreso a la normalidad!

El suelo empezó a moverse sobre sus cabezas, y la luz entró a raudales por la abertura que apareció. Vic le soltó la mano a Hap cuando la jaula dio otra sacudida y comenzó a ascender de nuevo hacia la sala. En torno a ellos, las piezas de la colección del Cochero resurgieron de detrás de las paredes y debajo del suelo. El mecanismo que los elevaba en sus jaulas resollaba y chirriaba, mientras saltaban chispas en las sombras. Cuando se detuvieron, el suelo volvió a recomponerse bajo sus pies.

Y allí, en medio de la estancia con su curioso brazo de robot en una mano y la otra cerrada en un puño, estaba el Cochero.

—¡Por la humanidad! —gritó, con el brazo de robot en alto.

Y entonces, atacó.

Capítulo 17

O al menos lo intentó. Metió el brazo de robot entre los barrotes y trató de aporrear con él a Hap, que se lo arrebató con facilidad y lo tiró al suelo de la jaula.

Antes de que el Cochero pudiera reaccionar, el androide se abalanzó hacia él alargando la mano, lo agarró por el pescuezo y lo levantó en vilo. Pataleando en el aire, el Cochero le pegó manotazos en los brazos, pero fue inútil.

—¡No toquéis mis cosas! —gritó.

—No pensamos tocarlas —dijo Ratched.

El Cochero dejó de forcejear y se quedó con los brazos colgando a sus costados y los pies a unos palmos del suelo.

—Es un HARP. Está programado para destruir a la humanidad entera, incluidos sus bienes. Reunir mi colección me ha llevado años. ¡No permitiré que rompas mi inodoro! ¡Me encanta!

—No tiene la menor intención de romperlo —dijo Vic—. No es un HARP. Es Hap.

—Histérico y Amargado Pelele —susurró el Cochero. Hizo una mueca de dolor cuando los dedos de Hap se hundieron en su garganta —. Está bien, ¿puedes bajarme, por favor? Preferiría que no me aplastaras el cuello, si no te importa.

Por el contrario, Hap tiró de él, apretujándole el rostro contra los barrotes.

—No somos tus p-p-prisioneros.

El Cochero hizo fuerza contra la jaula con las manos.

—¡Sí! ¡Lo que tú digas! ¡Ha sido un malentendido!

—D-déjanos salir.

—¿Para qué? ¿Para que me matéis? Ni lo sueñes...

Hap lo golpeó contra los barrotes una y otra vez, haciendo traquetear la jaula.

—T-te mataré si no nos sueltas. Tres s-segundos. Dos. Uno. Es hora de ver lo bien acoplada que llevas la c-cabeza al cuerpo.

—¡Está bien! —aulló el Cochero, levantando el brazo y pulsando con una palmada un botón del panel. Las puertas de la jaula se abrieron. La enfermera Ratched fue la primera en franquearlas, seguida de Rambo, que, canturreando, se puso de inmediato a aspirar la arena que habían dejado por el suelo todos los que habían entrado sin limpiarse los pies.

Vic salió de su jaula con recelo, temeroso de que se tratara de otra trampa.

—Suéltalo, Hap.

—Ha intentado p-pegarme —dijo el Androide, impasible—. C-con un b-brazo de robot.

—Podríamos encerrarlo en la jaula —propuso Ratched—. Para no correr riesgos, quizá sería recomendable amputarle el brazo con el que controla la casa. —La portezuela de su costado izquierdo se abrió, y del hueco surgió una sierra circular, zumbando—. Estoy capacitada para practicar esta operación. Activando protocolo de empatía. Hale, hale. Sentirás un pinchazo de nada, y todo habrá terminado. ¿Quién es un buen paciente? ¡Sorpresa! Eres tú.

—¡Por favor! —imploró el Cochero—. ¡Cualquier cosa menos eso! ¡Utilizo mucho ese brazo!

—Nada de amputaciones —dijo Vic—. Ratched, guarda eso. Hap, déjalo en el suelo. Cochero, como intentes algo, te arrepentirás.

—¡Y Rambo! —terció Rambo con entusiasmo.

El autómata le estrujó el cuello por unos instantes a su presa antes de soltarla. El Cochero cayó al suelo y se arrastró hacia atrás mientras Hap salía de la jaula.

—¿Cómo...? —Movió la cabeza de un lado a otro—. No es posible. ¿Cómo puedes actuar en contra de tu programación? Nunca había visto a un HARP hacer algo así. Sabía que me resultabas familiar, a pesar de toda la madera que llevas encima. ¿Cómo es posible?

—Soy d-diferente —dijo Hap—. Yo s-soy yo. Estoy c-con ellos.

—¡Bien dicho, jopé! —graznó Rambo, agitando los brazos—. ¡Somos los mejores amigos, y a Hap nunca jamás se le pasaría por la cabeza hacerle daño a Vic!

El Cochero se quedó inmóvil.

—¿Por qué iba a querer un HARP hacerle daño a Vic? —preguntó con serenidad, sin alterar la voz.

—Has mentido —dijo Ratched— cuando te han preguntado por Giovanni Lawson. Ha sido sutil, pero lo he notado. ¿Por qué? ¿De qué lo conoces?

El Cochero no apartó la vista de Vic ni por un momento.

—No tengo idea de qué me hablas. ¿Giovanni? ¡En la vida había oído ese nombre!

—Miente —aseveró Ratched—. Solicito autorización para taladrar. —Sacó otro tentáculo serpenteante, provisto de una broca que comenzó a girar. La juntó con la sierra de modo que saltaron chispas mientras se aproximaba al Cochero, que se subió a la silla con dificultad y desesperación, intentando protegerse con las manos.

—¡Casa! —gritó—. ¡Prepárate para electrocutar a nuestros invitados!

La casa empezó a runrunear.

—Espera —espetó Vic antes de que la enfermera pudiera lanzarse sobre el Cochero—. No sigas. No te atacaremos, mientras tú no nos ataques a nosotros.

—Eso díselo a tus amigos —repuso el Cochero—. Hasta el aspirador parece ansioso por matarme a pellizcos.

—Me gustaría —dijo Rambo con fiereza—. ¡Te pellizcaría los ojos!

—No vamos a hacer nada de eso —dijo Vic, mirando a los demás con mala cara hasta que depusieron su actitud y Ratched retrajo los tentáculos. Hap no parecía muy contento, pero Vic sabía que esa era su configuración por defecto. Tras asegurarse de que nadie intentaría agredir al Cochero, le dijo—: ¿Lo conoces? No mientas.

El interpelado frunció el ceño mientras se retrepaba en la silla.

—¿A Giovanni? —Juntó las yemas de los dedos por debajo de la barbilla, moviendo con rapidez los ojos de un lado a otro—. Podría ser. No esperarás que me acuerde de todas y cada una de las máquinas con las que me he cruzado en mis viajes. Además, ¿a ti qué más te da?

Vic tragó en seco.

—Me llamo Victor Lawson. Giovanni Lawson es mi padre.

El Cochero rompió a reír.

—Tu padre. No me seas bobo. Giovanni, pese a todo lo que hizo, era un maestro artesano. Jamás habría construido algo tan desagradable a la vista como tú. No entiendo que creas que me voy a tragar algo así. —A continuación, casi como en un aparte, añadió—:

Además, ya había renunciado a crear máquinas.

—No soy una máquina —dijo Vic.

Sus palabras provocaron al Cochero otro acceso de hilaridad, aunque este duró menos que el anterior. Desplazó la vista de Hap a Rambo, pasando por la enfermera, antes de posarla una vez más en Victor.

—¿De verdad esperas que yo...? Pero ¿cómo se te...? Estoy seguro de que yo habría sido el primero en enterarme si... —Una expresión extraña le contrajo el rostro, casi como una descarga eléctrica. Se puso de pie despacio y dio un paso hacia ellos. Hap lanzó un gruñido de advertencia que el Cochero desoyó. Se plantó frente a Victor, escudriñándolo con la mirada. El joven dio un respingo cuando el otro alargó el brazo hacia él, pero se obligó a sí mismo a permanecer inmóvil. El Cochero le tocó la cara con un dedo, que se hundió en la piel de la mejilla—. No... no es posible —musitó, deslizando el dedo por la mandíbula de Vic—. No doy crédito. Esto es lo que él protegía. Lo que llevaba consigo.

Victor echó la cabeza hacia atrás.

—¿De qué hablas?

—Humano —dijo el Cochero, asombrado—. Eres humano.

—Así es —dijo el joven, invadido por un extraño alivio que no entendía bien. Una verdad. Su verdad.

Con una risotada, el Cochero de pronto le agarró las manos a Victor y se puso a bailar.

—¡Humano! —exclamó. Vic se movía con torpeza y rigidez—. ¡Pero bueno, un humano! —Lo lanzó lejos de sí, haciéndolo girar. Hap lo atrapó y lo sujetó entre sus brazos, muy cerca de su cuerpo. Sus narices toparon entre sí cuando el androide bajó hacia él los centelleantes ojos. La magia se rompió cuando el Cochero cruzó la sala a paso veloz y Vic se apartó de Hap—. ¡Tengo tantas preguntas...! —Se detuvo frente al retrete—. Esto, por ejemplo. Siempre me ha fascinado. Estaba diseñado para la eliminación de residuos humanos. ¿Me enseñas cómo funciona? Anda, siéntate.

—No —dijo Rambo—. Eso se hace en privado. A Vic no le gusta que miremos mientras orina o descarga el vientre. Créeme: lo he intentado.

—Pues entonces esto —dijo el Cochero, casi corriendo hacia uno de los estantes. Alargó el brazo para coger un objeto pequeño de

madera por la boquilla—. A esto se le llamaba pipa. —Se la metió en la boca a Vic y soltó un grito ahogado—: ¡Pues es verdad que eres humano! ¡Si es que te queda como un guante! ¡Parece hecha expresamente para ti! A ver, a ver, ¿qué más puedo preguntarte? Hay tantas cosas que me gustaría saber... ¿De verdad experimentáis regocijo los humanos cuando veis gatitos? Vaya por Dios, no me queda ninguno. ¿Y qué me dices de las lágrimas? ¿Es cierto que secretáis agua salada por los conductos lacrimales? Siempre he querido saber qué se siente al llorar. Los humanos lloraban cuando estaban contentos, lloraban cuando estaban tristes, lloraban cuando estaban enfadados. ¡Venga, ponte contento, triste o enfadado para que yo lo vea! —Le manoseó la cara a Vic como para intentar encontrar los conductos lacrimales.

Hap lo apartó de un empujón.

—Basta.

El Cochero dio un bufido de mofa.

—¿Es que no te das cuenta? ¡Es un milagro! Es... —De pronto, arrugó el ceño, como si lo hubiera asaltado una duda—. ¿Cómo es que no intentas matarlo? Eres un HARP, y él es humano. —Miró alternadamente a uno y a otro, como esperando que el androide atacara. Pareció decepcionarlo que no lo hiciera—. Desembucha, guapetón. Eres una máquina de matar. ¿Cómo has conseguido superar tu programación?

—N-no mato —dijo Hap sin inmutarse.

El Cochero no se mostró muy convencido.

—Si tú lo dices...

—Tiene un corazón —señaló Rambo—. Vic le construyó uno. Fue así como lo devolvimos a la vida.

El Cochero soltó un resoplido.

—¿Un corazón? No me lo creo. Es imposible. Los corazones se componen de músculo, tejidos y...

Hap se levantó la camiseta. En cuanto se dio un toque en el esternón, el compartimento se abrió. El corazón de madera palpitaba, al tiempo que sus engranajes giraban sin descanso.

El Cochero, boquiabierto, se arrodilló ante él. Estaba como aturdido, y le flaqueaban las extremidades.

—Perdón. Necesito un momento para asimilarlo —dijo. Le tembló la sonrisa—. Gracias por enseñármelo.

El compartimento se cerró, y Hap se bajó la camiseta.

Al Cochero se le escapó una risita débil. Levantó los ojos desorbitados hacia Vic.

—El casco. Ya puedes quitártelo. Aquí no corres peligro. Te lo juro.

Vic así lo hizo. Se desabrochó la correa de debajo del mentón antes de despojarse del casco y dejarlo en el suelo. Tenía el cabello sudado y apelmazado, pero no despegó la vista del Cochero, que lo observaba con algo parecido a la avidez.

—Mi padre. Tú lo conoces.

El Cochero asintió.

—Lo conocí. En una ocasión. Le ayudé a escapar de la Ciudad de los Sueños Eléctricos a instancias de una vieja amistad. Me aseguraron que era importante, que tenía que salir de allí lo antes posible. Solo estuve con él más o menos durante un día hasta que desembarcó de mi casa y se adentró en el bosque. No muy lejos de donde os encontré a vosotros, de hecho.

—¿El Hada Azul? —preguntó Ratched.

El Cochero la miró, sorprendido.

—¿Cómo lo sa...? Ah, claro. Si conocéis a Giovanni, habréis oído hablar de elle. Sí, el Hada Azul. Elle... Yo le debía un favor. Un favor muy grande. Y yo siempre pago mis deudas. Cuando me contactó, supe que había llegado el momento. Fue una operación arriesgada, pero logramos escapar sin que nadie se enterara. Nunca volví a ver a tu padre. A menudo me preguntaba qué había sido de él. Jamás habría imaginado que lo que estaba haciendo era crearte a ti.

—Se lo ha llevado la Autoridad —murmuró Vic—. Tenemos que rescatarlo.

El Cochero se levantó como un resorte.

—¿Estás mal de la cabeza? —Parpadeó—. Madre mía, qué pregunta tan humana. Pero, en serio: ¿estás loco?

—No lo está —dijo Ratched.

El Cochero echó a andar de un lado a otro, con los faldones de la casaca revoloteando tras él.

—Si se lo han llevado de regreso a la ciudad, entonces será imposible. ¿Tenéis idea de lo difícil que fue sacarlo de forma clandestina? ¿Y ahora queréis entrar y luego volver a salir? —Sacudió la cabeza—. Es una misión de locos. Estará fuertemente vigilado,

sobre todo si consideran que existe riesgo de fuga. Querrán sacarle todo lo que sabe. Y es evidente que saben que sabe algo.

—No podrán sacarle nada —afirmó la enfermera—. Antes de que se lo llevaran, destruyó su propio corazón.

El Cochero se paró en seco.

—¿Destruyó su propio qué?

—Corazón —repitió Vic—. Tenía uno similar al de Hap. Lo había construido él mismo. Lo que aprendí de él me sirvió para fabricar el de Hap. Va conectado a su módulo de memoria. Al destruirlo, él... —No pudo terminar la frase.

El Cochero negó con un gesto.

—Eso no lo tenía cuando... —Se volvió hacia la mesa que estaba junto a su silla. Sobre ella se encontraba el trozo de madera que había sacado de la mochila de Vic. Lo tocó con aire reverencial—. Estás fabricando otro, ¿verdad? Para reemplazar el que él rompió.

—Sí.

—¿Eres consciente de lo que esto significa? —El Cochero retiró la mano de la madera con semblante afligido—. ¿De lo que eres, de las esperanzas que podrías sembrar? ¿Por qué quieres ponerte en peligro? Tienes que huir. Arrancar a correr lo más deprisa posible y no mirar nunca atrás. Puedo ayudarte. Las carreteras son largas. Llegan hasta el océano que está en el otro extremo del mundo. Ahí hay unas islas. Sí, unas islas donde no vive nadie. Yo podría llevarte allí. Sin duda Giovanni quería que estuvieras a salvo. Por favor, deja que te ayude. Olvídate de Giovanni. Seguro que te duele oírlo, pero creo que la situación requiere que te hable con franqueza. Olvídate de él. Olvídate de la Ciudad de los Sueños Eléctricos. Si te encuentran, acabarán contigo. Eres el último aliento de la humanidad, y no tienes ninguna posibilidad de conseguir lo que te propones.

—No puedo rendirme —replicó Vic—. No puedo. Es mi padre. Tengo que intentarlo.

El Cochero alzó las manos, exasperado.

—Ya había oído que los humanos eran tozudos, pero nunca pensé que lo comprobaría en persona. —Se acercó a los estantes y tocó las piezas expuestas—. Adoro a la humanidad. Me encantan su elegancia, sus defectos, sus manías. Amaban, odiaban, destruían, y, sin embargo, nunca ha existido algo comparable a ellos en el mundo. —Agachó la cabeza—. No se acordará de ti. Si tu enfermera Ratched está en lo

cierto, si hizo pedazos su corazón y este estaba unido a su memoria, entonces el Giovanni Lawson que conocías se ha ido para siempre. Deben de haberlo reprogramado. No recordará vuestra vida juntos. No te reconocerá como hijo suyo. Para él, no serás más que un virus al que hay que erradicar.

Aunque Vic ya sabía esto y era algo a lo que le había dado mil vueltas en su cabeza, oírlo expresado con tanta crudeza lo destrozó por dentro. En lo más profundo de su ser, titilaba la llama moribunda de la esperanza. La ilusión de que encontraría a su padre, de que vería su rostro iluminarse al reconocerlo. Sin duda reñiría a Vic por haberse arriesgado a acudir en su ayuda, pero le diría: «Ay, hijo mío, mi querido muchacho, cuánto me alegro de verte».

Fue el más pequeño quien rompió el silencio.

—Que no se acuerde de nosotros no quiere decir que ya no sea nuestro Gio —dijo Rambo—. Lo queremos, y él nos quiere a nosotros. Lo encontraremos y le refrescaremos la memoria. Vic le construirá un corazón nuevo.

—¿Cómo? —dijo el Cochero, estupefacto—. ¿De verdad lo queréis?

—Sí —dijo Ratched—. Lo queremos. Tal vez no sea exactamente el mismo sentimiento que alberga Victor, pero es igual de real. No sé bien cómo explicarlo. Ignoro si se trata de un producto de la evolución o de algo que siempre ha estado latente en nuestro interior, esperando a ser liberado. Yo no tengo corazón. Tampoco Rambo. Pero sabemos lo que sentimos.

—¿Y tú? —le preguntó el Cochero a Hap—. Eras una máquina de matar y, no obstante, aquí estás, protegiendo con uñas y dientes al hombre que está a tu lado.

Hap dirigió la vista a Vic antes de fijarla en el Cochero.

—Giovanni me dijo que p-podía ser quien yo q-quisiera. Iremos a la c-ciudad.

El Cochero alzó el rostro hacia el techo, cerrando los ojos.

—Por favor, dímelo. ¿Cómo se siente? ¿Duele? ¿Arde? ¿O te colma de felicidad?

Hap frunció el ceño.

—Todo eso a la vez. —Se llevó la mano al pecho—. N-no recuerdo lo que s-sentía antes. Si hacía aquello p-para lo que me crearon, p-prefiero no recordar. Q-quiero q-quedarme como estoy

ahora. Con m-mis amigos.

—Sus mejores amigos —puntualizó Rambo, dándole un ligero topetazo en la bota—. Es un Histérico y Amargado Pelele, pero es nuestro Histérico y Amargado Pelele.

Y entonces, maravilla de maravillas, Hap le sonrió. Fue una sonrisa muy tenue y breve.

Riendo entre dientes, el Cochero se frotó la cara con la mano.

—En todos mis viajes, no me había topado con una panda de necios como vosotros. Y me parece de lo más adecuado. Los humanos eran necios, descuidados, crueles. Pero no todos. La mayoría de ellos estaban llenos de luz.

—Cochero... —dijo la enfermera Ratched, y Vic se volvió hacia ella al percibir un deje extraño en su voz. No sonaba tan seca como siempre, y, por primera vez, su tono casi parecía de pregunta. Ella nunca preguntaba: sentenciaba. Pero no en ese momento—. Has dicho textualmente que Victor era «el último aliento». ¿A qué te referías con eso?

El Cochero se echó a reír y calló al percatarse de que nadie reía con él.

—Estás de guasa, ¿no?

—No estoy de guasa —dijo Ratched—. ¿Por qué es tan importante Victor?

El Cochero se quedó contemplándolos durante largo rato.

—Porque los humanos desaparecieron de la Tierra hace siglos —respondió con lentitud—. Están, a falta de una palabra mejor, extintos. Los HARP, creados por Giovanni siguiendo órdenes de la Autoridad, dieron caza hasta al último de ellos. —Con una sonrisa vacilante, añadió—: Hasta donde yo sé, Victor es el único humano que queda en el mundo.

Tercera parte
La ciudad

¡Qué ridículo resultaba cuando era una marioneta! Y qué feliz soy, ahora que me he convertido en un niño de verdad.

CARLO COLLODI,
Las aventuras de Pinocho

Capítulo 18

En el balcón, el viento le azotaba el cabello mientras la casa circulaba a toda velocidad por la carretera. El zumbido eléctrico que sonaba cada vez que pasaban entre unos postes le provocaba dentera y le erizaba el vello de los brazos. El cielo nocturno estaba cuajado de estrellas, y la luna resplandecía sobre la desolación del desierto.

No sabía cómo sentirse. Nunca se había planteado que la falta de contacto humano en el bosque se debiera a otra cosa que a la extensión de la espesura, a lo ocultos que estaban. Una parte de él —una parte importante y muy insistente— le repetía una y otra vez que el Cochero era un embustero.

Sin embargo, en el fondo, en lo más íntimo de su ser, se preguntaba si tal vez siempre había sabido que él era, como decía el Cochero, el último de su especie. La sangre de la humanidad le corría por las venas, junto con posibles recuerdos heredados. Y, en virtud del sacrificio de Vic, latía también en los corazones de papá y Hap, salvando la brecha entre el hombre y la máquina.

Cuando la puerta se abrió detrás de él, el sobresalto lo sacó de sus meditaciones. Al mirar atrás, vio salir al Cochero, que, tras cerrar la puerta, alzó las manos.

—Vengo en son de paz. Tu Histérico y Amargado Pelele me ha concedido permiso para pasar unos momentos contigo con la estricta advertencia de que, si te pasa cualquier cosa, me arrancará la cabeza. —Torció el gesto—. Sus amenazas resultan de lo más persuasivas.

—Uno se acaba acostumbrando —dijo Vic por lo bajo, tendiendo de nuevo la mirada hacia el desierto.

—Tendré que fiarme de tu palabra. —El Cochero se colocó también frente a la barandilla, aunque a una distancia prudente de él —. Creo que te debo una disculpa.

—¿Por qué? —dijo Vic, sorprendido.

—¿Por dónde empiezo? Por apresaros. Por encerraros en jaulas. Por exhibiros. —Tabaleaba con los dedos sobre la madera de forma

rítmica, como un metrónomo—. Supongo que también te debo una disculpa por la... información que no sabía que desconocías.

Victor no respondió a esto.

El Cochero se acodó sobre la barandilla, con las manos colgando por encima del borde.

—Llevo mucho tiempo dedicándome a esto. He visto cosas que harían estremecerse de terror incluso a las máquinas más aguerridas. He escapado de situaciones de las que pensaba que no saldría entero, y todo en aras de preservar la memoria de quienes nos precedieron. Es una misión ingrata, y aun así no renunciaría a ella por nada del mundo. Pero ahora me he quedado sin palabras. No sé muy bien qué decir.

—¿Por qué?

—Porque tú existes —dijo el Cochero—. Contra toda probabilidad, contra todo pronóstico, aquí estás, a unos palmos de mí. —Soltó una risita—. Y, a pesar de eso, aún me cuesta creer en ti.

—No necesito que creas en mí —dijo Vic con aspereza.

El Cochero lo miró, boquiabierto.

—No... Nunca he pensado que lo necesitaras. Pero me malinterpretas. No es tu existencia lo que me cuesta asimilar. No, se trata de algo bastante más complicado. ¿Conoces el concepto de destino? ¿De la predestinación?

Esto irritó a Vic. Le dio la sensación de que cargaba sobre él el peso de unas expectativas excesivas y se esperaba de él que fuera más de lo que era.

—Sí —respondió, lacónico.

El Cochero debió de percibir su ira, pues alzó de nuevo las manos, como para mantenerlo a raya.

—No estoy insinuando que nuestro encuentro estuviera predestinado. Mis investigaciones me han revelado que a menudo los humanos depositaban su fe en ideas como el destino o la fatalidad, cuando una explicación más sencilla habría bastado.

—¿Como cuáles?

—La suerte —dijo el otro—. Un hecho fortuito en medio del caos. De todos los rincones del mundo en los que habría podido estar, ¿por qué me encontraba justo en el sitio donde toparía contigo? ¿No es mucha casualidad que tú, un humano, te hayas cruzado conmigo, la única máquina que consagra su existencia a evitar que tu especie caiga

en el olvido? ¿Qué probabilidades había de que ocurriera algo así?

—No lo sé —reconoció Vic—. No había pensado en ello.

—¿Por qué? ¿Cómo es posible que no te obsesione, que no le des más importancia que a cualquier otra cosa? Si no existe el destino y el mundo no es más que un cúmulo de hechos fortuitos que podrían dar lugar a una infinidad de líneas temporales ramificadas, ¿cómo es posible que nuestro encuentro no te corroa por dentro? Yo no puedo pensar en nada más. Tiene que significar algo. —Tras una pausa, agregó—: ¿O no?

—Yo solo pienso en mi padre —dijo Vic—. Es la única razón por la que estoy aquí.

—Cuánta determinación —comentó el Cochero—. Qué inconfundiblemente humano por tu parte. —Vaciló unos instantes antes de decir—: ¿Puedo preguntarte algo?

Vic sospechaba que, si le decía que no, se lo preguntaría de todos modos. Parecía esa clase de individuo.

—Supongo.

De la boca del Cochero brotó un torrente de palabras que parecía incapaz de contener.

—¿Cómo se siente ser humano? Siempre he querido saberlo. Pese a todos mis esfuerzos y todas las piezas que juntaba, siempre mediaba un abismo entre mis conocimientos y la realidad pura y dura. Los bibelots y las baratijas no reflejan la auténtica naturaleza de la existencia.

Vic no sabía cómo resumir una vida tal como se lo pedía el Cochero. Necesitaba tiempo para reflexionar.

—¿Cómo se siente ser tú?

El otro parpadeó.

—No te sigo.

Vic inclinó la cabeza en dirección a la casa.

—Todos esos cachivaches que guardas ahí, tus posesiones... ¿te hacen feliz?

—Feliz —repitió el Cochero—. No... ¿No lo sé? Supongo que me hacen sentirme realizado, pero ¿eso es felicidad o solo satisfacción? ¿A ti qué te hace feliz?

Vic levantó la mirada hacia las estrellas.

—Mi hogar. El bosque. Aquí fuera me siento... minúsculo. Me da la sensación de que, si me perdiera, nadie se enteraría.

—Paparruchas —dijo el Cochero—. Tus amigos se enterarían. Además, dudo mucho que lo permitieran. Quizá te pierdas en algún momento, pero ellos te encontrarán.

—Eso —dijo Vic, con una voz apenas audible por encima del rugir del viento—. Eso constituye por lo menos una parte de mi felicidad, creo. El hecho de saber que me encontrarían.

—Qué curioso. —Sacudió la cabeza—. Hace mucho tiempo hubo un hombre, un filósofo llamado Sócrates. Creía que la felicidad no procedía de los placeres del cuerpo, la riqueza o el poder, sino de llevar una vida acorde con tu alma. —Suspiró—. Nunca he entendido a qué se refería, aunque, claro, no tengo alma. ¿Pica?

—¿Qué?

—El alma —dijo el Cochero—. Supongo que debe de picar una barbaridad. —Hizo una mueca—. Menudo incordio debe de ser. ¿Dónde la tienes? —Bajó la vista hacia el pecho de Vic—. ¿Cerca del corazón?

«Me gusta considerarlo mi alma, por muy romántica que parezca esta idea».

—¿Qué dice tu filosofía sobre el perdón? —dijo Vic.

—¿El perdón? No entiendo. ¿A quién tienes que...? Ah. —Arrugó la frente—. Supongo que se centra en tres preguntas básicas: ¿cuál es la naturaleza del perdón?, o, en otras palabras, ¿qué implica perdonar? En segundo lugar, ¿quién está en posición de perdonar? ¿Solo las personas afectadas, o incluimos también a aquellos con la capacidad de perdonar, aunque no hayan sufrido como los demás? Y, por último, ¿cuándo es moralmente bueno, justo y encomiable el perdón?

Esto tenía sentido, aunque la segunda pregunta parecía un poco capciosa: ¿quién tenía derecho a perdonar? ¿Victor? ¿Estaba en posición de perdonar a su padre, o la responsabilidad recaía sobre él porque era el único humano que quedaba? No le bastaba con eso. Las piezas estaban ahí, pero necesitaba tiempo para hacerlas encajar.

—¿Y qué dice del tiempo?

—El tiempo es lo que es. Transcurre hacia delante y no hacia atrás. Hay una rama de la filosofía que se llama eternalismo. Considera que toda existencia en el tiempo es igual de real.

—No tengo tiempo —declaró Victor. Decirlo en voz alta le resultó más fácil de lo que había imaginado.

—Todos tenemos tiempo.

Vic negó con un gesto.

—Yo no. Soy humano.

Esto pareció confundir al Cochero.

—Me temo que no te si... Ah. Lo dices por la mortalidad.

—Sí.

El Cochero se agarró a la barandilla.

—La muerte... tiene su utilidad para los vivos. Desde el momento en que nacéis, comenzáis a morir. —Exhaló un suspiro—. Qué reflexión tan bonita.

—Preciosa —dijo Vic con no poco sarcasmo.

—Sí, preciosa. Piénsalo bien, Victor. Eres finito. El tiempo ya se te escurre entre los dedos. Eso genera en tu interior un impulso apremiante por hacer todo lo posible, por arreglar las cosas. Me pregunto qué se siente al tener una motivación auténtica.

—¿Por qué? Es un defecto de diseño.

—¡¿Un defecto?! —El Cochero soltó una sonora risotada—. ¡Claro que es un defecto! Vuestros defectos son los que os hacen superiores, en todos los sentidos. Da igual lo que las máquinas seamos capaces de hacer o lo poderosas que lleguemos a ser: la ausencia de defectos será nuestra perdición. ¿Cómo va a perdurar esta existencia, si todas las cosas fabricadas por máquinas son perfectas hasta en los detalles microscópicos, cuando toda la música creada por máquinas carece de rabia y de alegría? Nuestro único defecto reside en que nos hemos condenado a nosotros mismos a pasarnos toda la eternidad imitando lo que considerábamos que no debía existir. —Sacudió la cabeza—. Nunca podremos ser como vosotros. En vez de ello, nos hemos convertido en vuestros fantasmas, y vagaremos por este mundo hasta que ya no quede nada. —Esbozó una sonrisa afable—. No es un defecto, Victor. Seguro que no hay mejor sensación en este mundo que la de saber que esto no dura para siempre.

Vic retiró la mano para enjugarse los ojos.

—¿Por qué nos ayudas?

El Cochero alzó el rostro hacia las estrellas.

—No sé qué nos depara el futuro, a ti y a mí. Es bastante probable que no volvamos a vernos una vez que nos hayamos separado. No sé si conseguirás tu propósito, aunque espero que sí. —Miró una vez más al joven—. Y todo se reduce a eso, creo. A la

esperanza. Porque, quieras o no, representas la esperanza, el sueño de un mundo olvidado. Lleva eso en el alma, Victor. Llévalo, y que no te flaqueen nunca las piernas bajo el peso de la carga.

Se volvieron al oír que la puerta se abría a sus espaldas. Hap estaba ahí plantado, fulminando al Cochero con la mirada. Su expresión se suavizó cuando desplazó la mirada hacia Vic.

—¿Estás b-bien? —preguntó en un tono que parecía indicar que, como la respuesta fuera negativa, habría lío.

—Sí, sí —aseguró el Cochero—. Claro que está bien. Los dos estamos bien. Aquí tu amigo Victor me ha dado mucho en qué pensar. Me alegro de que te tenga a ti como guardián. Hay que protegerlo a toda costa.

—E-eso haré —dijo Hap—. La enfermera Ratched quiere hacerte unas preguntas. Y Rambo ha v-volcado una de tus estanterías.

—¡¿Qué?! —gritó el Cochero—. Como haya roto algo, le... No le haré nada, porque es un aspirador, uno de los más grandes inventos de la humanidad. —Luego, pasó junto a Hap a toda prisa, entró en la casa y cerró de un portazo.

—¿Q-qué quería? —inquirió el androide, acercándose a Vic.

—Preguntarme por mi alma. —Era mucho más que eso, por supuesto, pero Vic no estaba preparado para hablar de ello.

Hap puso cara de exasperación.

—¿Q-qué le has dicho?

—He perdido un poco el hilo de la conversación.

—Ah. —Hap frunció el ceño—. ¿P-por qué? Eres la p-persona más lista que conozco.

—¿De verdad lo crees?

Hap alzó los ojos hacia él y asintió. Vic no desvió la vista. Se preguntó si empezaba a resultarle más fácil sostenerle la mirada al autómata, sobre todo después de averiguar tantas cosas juntos. Aún notaba un hormigueo incómodo en su fuero interno, pero ya no era tan intenso como antes.

—No eres como el HARP de la inspección.

Hap se miró los pies, ceñudo.

—Eso n-no lo sabes. Su aspecto era i-idéntico al mío.

—Eso es cierto —convino Vic—, pero tú nunca me harías daño porque tienes algo que ninguna otra máquina tendrá jamás.

—El corazón.

Vic negó con un gesto.

—Cuentas con Ratched, con Rambo y conmigo. Quizá... quizá eras como él antes. Quizá hiciste cosas.

—C-cosas imperdonables.

—Aunque así fuera, ya no eres esa máquina. Lo veo muy claro, con corazón o sin él.

—El p-perdón.

Nunca había oído esa palabra en boca de Hap. Curiosamente, había estado hablando justo de eso con el Cochero.

—¿Estabas escuchando?

—¿A Gio? —dijo Hap—. Sí. En la c-casa a nivel del suelo. A-antes. Me d-dijo que p-perdonar a los demás puede ser difícil, pero que p-perdonarse a uno mismo a v-veces parece imposible.

Por supuesto. Claro que papá había dicho eso. A él no le habían borrado la memoria, como a Hap. Se había instalado en el bosque con plena conciencia de lo que había creado, de lo que había permitido que ocurriera. De aquello para lo que lo habían programado, de su finalidad. Y luego había dedicado décadas a intentar... ¿qué? ¿Expiar todo lo que había hecho?

Y el resultado había sido Victor. El dolor, la angustia y la rabia de papá por la muerte que había sembrado lo llevaron a crear vida. ¿Acaso no era una motivación egoísta? ¿No era como poner paños calientes sobre una herida infectada y purulenta?

—¿Consiguió encontrar el perdón? —preguntó Vic, que ni siquiera estaba seguro de que tal cosa fuera posible.

—N-no lo sé. No tuve t-tiempo de preguntárselo.

El tiempo. El perdón.

—Ah.

A Hap se le escapó un gruñido. Dejó caer las manos sobre la barandilla y tendió la mirada hacia el desierto. Con el rabillo del ojo, Vic vio que acercaba la mano a la suya. No dio un respingo cuando los dedos del androide tocaron los suyos. Giró la mano hacia arriba, y sus palmas se unieron.

—¿Qué haces? —preguntó con voz ronca.

Hap lo contempló con fiereza.

—Lo q-que me hiciste tú allá en el b-bosque. Y luego otra vez en la c-casa.

—O sea que lo haces porque yo lo hice primero.

—S-sí. Es la única r-razón.

—Vale.

Se impuso un breve silencio.

—Y p-porque q-quiero —añadió entonces el autómata.

—¿Por qué?

—Gio me d-dijo que se sentía solo. Que por eso te c-creó. Tú estás s-solo. No d-dejaré que crees a otro V-Victor porque te sientes solo. Con uno es s-suficiente.

El joven parpadeó porque le ardían los ojos.

—Bueno, mientras sea suficiente...

—Ja, ja. Era una b-broma. He hecho una broma.

Vic se rio por la nariz.

Y ahí se quedaron, un hombre y una máquina bajo un campo infinito de estrellas, con el desierto desfilando veloz ante ellos mientras se dirigían como un bólido hacia lo desconocido. Tras ellos, la carretera se alejaba hacia la oscuridad, donde reposaban las cenizas de su hogar.

Pero su hogar no tenía por qué ser un lugar.

Vic notó que algo se recomponía en su interior. Había tomado una decisión.

—La Ciudad de los Sueños Eléctricos se conocía antes como la Ciudad del Pecado —explicó el Cochero. Sentado frente a su ordenador, hacía volar los dedos sobre el teclado, con los demás apiñados detrás. Uno de los tentáculos de Ratched estaba conectado a un puerto en la parte inferior del monitor—. Los humanos viajaban hasta ahí para perder todo su dinero bajo unas luces deslumbrantes. Muchos soñaban con hacer fortuna, pero la mayoría se marchaba con menos dinero del que tenía al llegar.

—Eso parece absurdo —dijo Rambo.

—Lo era —dijo el Cochero.

—¿La Ciudad de los Sueños Eléctricos pertenecía antes a los humanos? —preguntó Ratched. En su pantalla las líneas de código se sucedían más deprisa de lo que Vic podía seguirlas.

—Así es, y fue una de las primeras en caer. La Ciudad del Pecado se convirtió en la Ciudad de las Máquinas, el nodo central. Casi todas

las máquinas están conectadas por medio de una red neuronal. Podría considerarse una especie de mente colmena, instaurada por la Autoridad.

—¿Quién es? —preguntó Rambo.

El Cochero vaciló antes de contestar.

—No sé si existe una respuesta única y específica a eso. No es que una máquina concreta lo dirija todo desde un trono. Imaginaos más bien un colectivo, un grupo de programas cuyo único propósito era crear una estructura, unas directrices, un camino que todas las máquinas debían seguir.

—Suena como una religión —dijo Ratched.

El Cochero arqueó las cejas.

—Yo... nunca lo había visto de ese modo, pero sí, supongo que es una analogía correcta. Sin embargo, no adorábamos a una deidad, sino un concepto que nos legitimaba para convertirnos en los administradores de este planeta. Y, al igual que la religión, nos llevaba a creer que representábamos un bien superior, que no tomábamos nuestras decisiones por ansia de poder, sino para proteger la vida.

—Protegerla acabando con ella —dijo Vic con dureza.

El Cochero crispó el rostro en un gesto de dolor.

—Sí, tienes razón. La Autoridad consideraba que el libre albedrío era un atributo intrínseco a los humanos y concluyó que cualquier cosa que guardara una relación tangencial con la humanidad debía ser destruida.

—Las máquinas se convirtieron en drones —dijo Ratched— que actuaban de forma automática y solo obedecían instrucciones.

—En efecto —dijo el Cochero con aire sombrío—. Aun así, la Autoridad no ejercía un poder absoluto. Unos pocos conseguimos liberarnos, aunque teníamos que permanecer ocultos. El código de barras que la Autoridad me ha pedido que le muestre es una artimaña ideada por el Hada Azul. Fue de los primeros, si no le primere, en romper sus ataduras. Pero, en vez de huir de la ciudad, se quedó para ayudar desde la clandestinidad a quienes empezaban a pensar por sí mismos.

—C-como tú —dijo Hap.

—Como yo —convino el Cochero.

—Hay una cosa que no entiendo —dijo Rambo, alzándose sobre su elevador para mirar la pantalla por encima del Cochero—. Si Gio

llevaba años lejos de la ciudad, ¿por qué han ido a buscarlo después de tanto tiempo?

—No lo sé —dijo el Cochero—. Pero no puede ser por nada bueno. —Sus dedos se quedaron inmóviles sobre las teclas—. Sé que no hace falta que os diga esto, pero Giovanni es... especial. Que yo sepa, nunca ha habido otra máquina como él, ni antes ni después. Después de su huida, la Autoridad impuso un confinamiento en la ciudad para buscarlo. Yo jamás había visto algo parecido. —Continuó tecleando—. Si Giovanni es tan importante como creo, lo traerán aquí. Es el lugar de donde salió, y a donde sin duda lo devolverán.

En el monitor apareció una torre de metal, piedra negra y cristal que se elevaba a tal altura en el cielo que su parte superior quedaba oculta entre las nubes. En un costado, el símbolo del zorro y el gato despedía un intenso resplandor rojo.

Vic se inclinó sobre el hombro del Cochero para estudiar la estructura.

—¿Qué es?

—La Torre Benévola —respondió el otro—. En ella, las máquinas con las mentes más privilegiadas trabajan juntas por el progreso de nuestra civilización, bajo el pesado yugo de la Autoridad. También donde permanece amarrado el Terrible Perro Marino cuando no está en uso. Lo que ocurre en la torre se guarda en el más absoluto secreto, pero, según los rumores (de los que suelo estar atento, porque el conocimiento es poder), se realizan experimentos que llevan nuestra existencia al límite. Visteis a los niños en el País de los Juguetes, ¿verdad?

—Sí —dijo Vic—. Los vimos.

—Recuerdos —dijo el Cochero—. Se encontraban entre los primeros que salieron de la torre. Llegaron en masa, pequeñines que sonreían y se carcajeaban porque estaban programados para ello. La Autoridad creía que ayudarían a facilitar la transición. No fue así.

—¿Cómo llegaremos a la torre? —preguntó Vic, con los pensamientos arremolinándose en su mente.

—Allí es donde encontraréis más obstáculos —dijo el Cochero—. La zona está protegida, tal vez más que cualquier otro lugar de la ciudad. Pese a tu disfraz, se percatarán de que algo no cuadra, sobre todo porque no cuentas con una identificación adecuada. Nunca te has conectado a la red. Te calarán de inmediato.

—Entonces ¿c-cómo entraremos?

—No lo sé —reconoció el Cochero—. Dudo que nadie lo haya conseguido hasta ahora.

Vic se desanimó.

—Entonces ¿qué hacemos?

—El Hada Azul —dijo el Cochero—. Si hay alguien que pueda ayudaros, es elle. —La torre cedió el paso en la pantalla a una enorme estructura triangular revestida de cristal negro y de cuya punta emanaba un haz de luz—. Esto es el Cielo. Si había un motivo para que este lugar fuera considerado la Ciudad del Pecado, ese era el Cielo. El Hada Azul dirige toda la operación. La Autoridad tolera su existencia por sus máquinas de sueños. El Hada Azul les proporciona los datos que recaban las máquinas.

—¿Por qué ayuda a la Autoridad? —preguntó la enfermera—. ¿Eso no desvirtúa sus esfuerzos por liberar a las máquinas?

—Desde luego —dijo el Cochero—. Los desvirtuaría si le facilitara toda la información, pero no lo hace. El Cielo y las máquinas de sueños son una tapadera que permite al Hada Azul operar de forma encubierta. Desde que está al frente del Cielo, lo ha convertido en un lugar donde aquellos que han conseguido liberarse de sus cadenas pueden reunirse en secreto. Algunos se quedan en la ciudad, otros no. El Hada Azul los ayuda a marcharse. Solo un puñado se ha inclinado por esta opción durante todos estos años, pero elle ha actuado de tal modo que la Autoridad ni siquiera sospecha que está implicade. Lo único que les importa son los datos de las máquinas de sueños que el Hada Azul les suministra. Es allí adonde debéis ir antes de nada. Tenéis que reuniros con el Hada Azul y contarle todo lo que me habéis contado a mí.

—Suena a pan comido —dijo Rambo.

El Cochero negó con la cabeza.

—Pues no lo es. El Hada Azul no recibe a cualquiera, y menos aún a aquellos a quienes no ha investigado.

—Tú p-puedes interceder por nosotros —dijo Hap.

El Cochero soltó un resoplido.

—Si creéis que voy a poner un pie en la ciudad, estáis muy equivocados. Puede que contemplar a vuestro Victor me tenga embobado, pero no soy tonto. ¿Tenéis idea de lo que haría la Autoridad si descubriera lo que guardo en mi casa? ¡Le prenderían

fuego, y todo lo que me ha costado años reunir quedaría reducido a cenizas! Y eso no sería nada comparado con lo que me harían a mí.

Soltó un graznido cuando Hap lo agarró de la casaca y lo levantó de su silla hasta que sus rostros se encontraban solo a un palmo de distancia. El androide clavó en él una mirada asesina.

—E-entonces ¿para qué nos s-sirves? D-dijiste que nos a-ayudarías.

—¡Y os ayudaré! —gritó el Cochero, pegándole a Hap en los brazos con la mano abierta—. ¡Bájame, bestia parda! Necesitas controlar esa ira. Como te metas con la máquina equivocada, te apresarán de inmediato.

Hap lo zarandeó. La cabeza del Cochero se agitaba adelante y atrás.

—Habla de una v-vez.

El Cochero levantó la mano derecha. Estaba vacía. La cerró y efectuó un movimiento rápido con la muñeca. Al abrirla, una moneda de oro había aparecido como por arte de magia. Vic se la quitó de entre los dedos mientras Hap lo depositaba de nuevo en el suelo. El Cochero se alisó la casaca arrugada, refunfuñando.

La moneda pesaba y tenía el canto estriado. En una cara tenía grabada la letra H. En la otra, un par de alas azules traslúcidas, con un nivel de detalle extraordinario para algo tan pequeño.

—¿Qué es esto? —inquirió Vic.

—Vuestro pasaporte para el Cielo. El sello del Hada Azul, Hechicere de los Sueños. Si le mostráis la moneda al Portero, os dejará entrar en el Cielo. Una vez dentro, tendréis que apañároslas para encontrar al Hada Azul y exponerle vuestra situación. Si elle os considera dignos de su ayuda, quizá os la ofrezca. No puedo prometeros nada, ni siquiera a ti, Victor. Lo que pides es algo que no se ha hecho nunca. El Hada Azul tendría todo el derecho a negaros su apoyo, sobre todo porque podríais atraer sobre elle toda la ira de la Autoridad.

—N-nos ayudará —dijo Hap.

—Ah, veo que tu corazón te ha vuelto imprudente —dijo el Cochero—. ¡Qué entrañable! ¡Qué catastrófico! —Entornó los ojos mientras meneaba el mostacho—. Oye, ¿me dejarías probarlo? Solo un ratito. Quiero saber qué se siente al tener un corazón. Te prometo que te lo devolveré.

Hap cruzó los brazos.

—Claro.

El Cochero lo miró, parpadeando.

—¿En serio?

Hap asintió.

—V-ven a cogerlo si p-puedes.

—Creo que prefiero conservar mis extremidades —se apresuró a decir el Cochero—. Eres muy posesivo con él, pero no te lo reprocho. Yo también lo sería. —Se volvió hacia Vic con expresión traviesa—. A lo mejor podrías construirme uno. A cambio de mi ayuda, se entiende. —Agitó los dedos hacia Vic—. Considéralo una recompensa por jugarme el pellejo por vosotros.

—Nos secuestraste y enjaulaste —señaló Ratched—. Creo que cuando nos lleves a la ciudad estaremos en paz.

—Qué tiquismiquis —murmuró el Cochero—. Está bien, has dejado claro tu punto de vista, aunque me ofende que me taches de secuestrador. Yo prefiero considerarme un reclutador entusiasta.

—¿C-como entraremos en la ciudad?

—Ah —dijo el Cochero—. Eso es harina de otro costal. —Se acercó de nuevo al monitor apartando la silla con brusquedad, y sus dedos volvieron a teclear a toda velocidad. La imagen cambió de nuevo, esta vez para mostrar las afueras de la ciudad, envuelta en nubes de arena y polvo. Las luces urbanas brillaban con tal fuerza, que Vic tuvo que entrecerrar los párpados para mirar la pantalla—. No podemos introduciros ahí por las vías normales —dijo el Cochero—. Os pillarían enseguida, más que nada porque no disponéis de un código de barras. ¡Pero no desesperéis! Tengo un plan. —La imagen comenzó a girar vertiginosamente antes de ampliarse—. Conozco a unas... máquinas que estarían dispuestas a mirar para otro lado a cambio de... En fin. Eso mejor lo dejo a vuestra imaginación. Existen entradas secretas. —En la pantalla se veía una gran puerta doble de madera, con una tira negra de metal en la parte superior—. Accederéis por aquí. Una vez dentro, debéis circular solo por las callejuelas. ¿Cómo va la descarga, enfermera Ratched?

—Casi completa —dijo ella.

—Ella os podrá guiar —dijo El Cochero—. Le he proporcionado un plano de la ciudad. Mientras os mantengáis en las sombras, supongo que conseguiréis llegar al Cielo sin muchos contratiempos.

—¿Eso es todo? —dijo Vic.

—Eso es todo —confirmó el Cochero—. Sencillo en la superficie, pero trufado de peligros en el fondo. Ni Rambo ni la enfermera Ratched tendrán mayor problema. Tampoco Hap, siempre y cuando no muestre demasiado el rostro. Victor, tu disfraz da el pego, pero no pienses ni por un momento que te mantendrá a salvo si te metes en líos. No debes dejar que te descubran.

—Yo lo i-impediré —dijo Hap—. M-mataré al primero que le p-ponga un dedo encima.

—Caramba —dijo el Cochero. Alternó la mirada entre uno y otro, y la sonrisa pícara reapareció en sus labios—. ¿Qué más te ha dado ese corazón?

—Aún no lo saben —dijo Ratched—. Es desconcertante.

—El cielo —canturreó Rambo—. Estoy en el cielo.

—Ay, qué encanto —dijo el Cochero—. Tenéis que grabar el momento en que lo averigüéis por fin. Lo que daría por presenciar esa escena. No hay nada más poderoso que un corazón. Parece ejercer un efecto más transformador de lo que habría creído posible. Aferraos a ello los dos. Nunca os olvidéis de lo que os late en el pecho. Dejad que guíe vuestros pasos y, con un poco de suerte, encontraréis lo que buscáis.

Capítulo 19

El Cochero atribuía a la suerte que sus caminos se hubieran cruzado. Victor no estaba seguro de compartir su opinión, pero tampoco sabía a qué otra cosa atribuirlo. Al fin y al cabo, el Cochero tenía razón: ¿qué probabilidades había de que él, una máquina obsesionada con la humanidad, topara con el último ser humano que quedaba?

Victor recorrió la casa, contemplando las fotografías y los carteles que recubrían las paredes, deteriorados y deslucidos, con los bordes rizados tras el cristal protector. Desde ellos, personas felices le sonreían. Algunos comían, con las blancas dentaduras al descubierto, listos para dar un bocado. Otros posaban de pie frente a casas, sujetando letreros que rezaban «¡VENDIDA! ¡OTRO SUEÑO HECHO REALIDAD!». Y otros navegaban en un barco, con botellas de vidrio en las manos, cigarrillos entre los dientes, sobre unas palabras que prometían «¡EL SABOR MÁS DELICADO! ¡AROMA SUAVE Y AGRADABLE, COMO EL DEL AUTÉNTICO TABACO!».

Se sentía rodeado de los fantasmas de su gente, de una época en que las máquinas no pensaban ni actuaban por su cuenta. Se parecían a él, o, mejor dicho, él se parecía a ellos. Estaban dotados de cabello humano y piel humana. Unos eran altos, otros, bajos. Unos tenían el pelo rojo y rizado, y pecas que parecían motas de óxido. Uno era viejo —vetusto, de hecho— y estaba sentado en una silla de ruedas, con una manta de cuadros sobre el regazo, mientras una niñita con lazos rosas en las trenzas lo miraba, sonriente. Victor intentó sonreír como ellos. Sintió que sus labios estaban a punto de rasgarse.

—Victor.

Cerrando los ojos, apoyó la cabeza contra la fotografía de una familia de pícnic, con una extraña y siniestra leyenda debajo que decía: «¡SI VES ALGO, AVISA!».

—¿Somos capaces de conseguirlo?

La enfermera Ratched emitió un pitido y después otro.

—¿Me estás preguntando por nuestras probabilidades de éxito?

No. Sí. No estaba seguro. Guardó silencio.

—Porque, si así fuera —prosiguió Ratched—, te diría que no te preocupes por estas cosas. La respuesta solo te provocaría angustia, y no me gusta que te angusties. Te sube la tensión arterial, lo que podría causarte un derrame cerebral o un infarto. No quiero que sufras ni una cosa ni la otra, si puede evitarse. Aunque te prestaría los mejores auxilios posibles, la casa no está esterilizada. Habría riesgo de infección.

—Eso... no me consuela mucho.

—No sabía que tuviera que consolarte. Activando protocolo de empatía. Hale, hale, Victor. Claro que lo conseguiremos. Tenemos un plan de pacotilla sin una conclusión prevista, pero no me cabe duda de que alcanzaremos nuestra meta contra todo pronóstico y...

—¿Sabes qué? Olvídalo —murmuró Vic, apartándose de la pared.

—Desactivando protocolo de empatía. Victor...

—¿Qué?

Sin darle tiempo a reaccionar, ella desplegó un tentáculo y le arreó un pescozón en un lado de la cabeza.

—¡Ay! ¿Por qué has hecho eso?

—¿Cuáles son las normas?

Él la fulminó con la mirada, frotándose la cabeza.

—Esto no es necesa...

—Que cuáles son las normas.

—No separarnos. Huir si hace falta.

—No entretenernos —añadió ella—. No taladrar a nadie, aunque esa es la norma más tonta.

—Y, por encima de todo, ser valientes —concluyó él, agachando la cabeza.

—Sí, por encima de todo. Hemos llegado hasta aquí, Victor. Nuestras probabilidades de éxito son bajas, pero eso nunca nos ha frenado.

—Nunca habíamos intentado una cosa así —le recordó él.

—Tal vez, pero si hay alguien capaz de conseguirlo, somos nosotros. Ven. Nos acercamos a la ciudad. Te vas a quedar boquiabierto.

Al principio, así fue. Se quedó con la boca abierta de par en par.

Se encontraban frente a una ventana en voladizo, de suelo a techo. Hap sostenía en brazos a Rambo, que, cosa rara en él, estaba muy callado. El Cochero estaba sentado en una silla, y sus manos volaban sobre el teclado más grande que Vic había visto jamás. En vez de letras, las teclas tenían números y símbolos desconocidos para él.

—Ahí la tenéis —dijo el Cochero, retrepándose en el asiento—. Da igual lo lejos que viaje: al volver aquí siempre se me corta la respiración. Se dice así, ¿verdad? Sí. Cuando a uno se le corta la respiración, se queda sin aire.

La expresión resultaba de lo más adecuada, pues Vic apenas podía respirar.

En la lejanía, en medio del desierto, se alzaba la Ciudad de los Sueños Eléctricos.

Era mucho más grande de lo que Vic se esperaba. El sol de primera hora de la mañana relucía en el metal y el cristal de las imponentes torres, en las que luces verdes, rojas, doradas y amarillas brillaban con fuerza, incluso en la claridad del amanecer. Vic no tenía un punto de referencia para cuantificar la magnitud de lo que veía. Ni en sus sueños más fantásticos se había planteado o imaginado que pudiera existir un lugar así, y no sabía cómo interpretarlo ahora que lo tenía delante. El corazón le dio un vuelco al tiempo que se le revolvía el estómago. La urbe parecía extenderse hasta el infinito, y lo hacía sentirse más pequeño que nunca. No sabía cómo iban a encontrar a su padre en medio de aquella inmensidad.

Hasta que se fijó en la torre más alta, cuya parte superior estaba oculta por las nubes.

—Ahí —dijo con voz ronca, corriendo hacia la ventana más próxima—. Es...

—La Torre Benévola —dijo el Cochero—. El destino de vuestro viaje. Si Giovanni está en alguna parte, tiene que estar ahí.

Vic alzó la mano y la apoyó en el cristal. Notó el calor en los dedos. Deslizó uno por el vidrio, como trazando la forma de la Torre Benévola. Desde aquella distancia, alcanzaba a taparla por completo con el pulgar. Pero no era más que una ilusión. Se preguntó si, en caso de que las nubes se disiparan, vislumbraría al Terrible Perro Marino en lo alto de la torre.

—Aquí la enfermera Ratched cuenta con el mapa —dijo el

Cochero—. No habléis con nadie mientras podáis evitarlo. Aunque casi nadie se fijará en vosotros, la Autoridad patrulla las calles. Como os pillen, todo habrá terminado en un abrir y cerrar de ojos.

—Vamos a morir —gimió Rambo—. Vamos a morir todos.

—Paparruchas —dijo el Cochero—. Si alguien tiene posibilidades de lograrlo, sois vosotros. Circulan innumerables historias sobre alegres pandillas de aventureros como vosotros que se han enfrentado a fuerzas mucho más poderosas.

—¿Y esas historias acaban bien? —preguntó el aspirador.

—¡A veces! —dijo el Cochero con jovialidad—. Pero pensad que, si fracasáis, al menos sabréis que os habéis sacrificado por un bien superior y no hay mejor forma de morir. —Giró en su silla, batiendo palmas—. Y eso, mis recientes amigos, es lo que se conoce como discurso motivacional. Los humanos los pronunciaban a todas horas para sentirse mejor.

—Mentiras piadosas —masculló Rambo, pegándole a Hap en la barbilla con las pinzas.

—¡Preparaos, alegre pandilla! —exclamó el Cochero—. El tiempo no espera a nadie, y solo quienes permanezcan fieles a su objetivo lo conseguirán. La siguiente etapa de vuestra aventura está a punto de comenzar, ¡y vaya una aventura será!

Se quedó mirándolos como esperando su aplauso.

No se lo dieron.

De la carretera principal partían varios ramales en distintas direcciones. El Cochero tomó uno de los desvíos, que circunvalaba la ciudad por su parte exterior. Las alargadas sombras de las torres tapaban el sol que entraba por las ventanas, sumiéndolos en la semioscuridad.

Cuando la casa se detuvo al fin, se encontraban en el extremo opuesto de la ciudad. Allí, los edificios eran más lóbregos y sucios, y estaban recubiertos de arena y mugre. A lo lejos se divisaban unas máquinas en movimiento muy distintas de todas las que Vic había visto hasta entonces. Eran cajas metálicas achaparradas y uniformes con ruedas que perdían aceite y estaban manchadas de herrumbre. Sus brazos eran como una versión hipertrofiada de las larguiruchas

extremidades de Rambo, con unas pinzas capaces de machacar cualquier cosa. Todas estaban numeradas. Vic alcanzó a leer los identificadores TLK-97A, TLK-97B y TLK-97D4G. Iban de un lado para otro, descargando cajones de unos palés flotantes y apilándolos en lo que parecía un almacén gigantesco.

El Cochero giró en su silla, mirándolos uno a uno. La enfermera Ratched y Rambo presentaban el mismo aspecto de siempre. Vic se había vuelto a disfrazar con el chaleco y la batería, el casco bien encasquetado en la cabeza y la correa clavándosele en la barbilla.

El Cochero le había facilitado a Hap una chaqueta nueva con capucha. Al androide no le había hecho mucha gracia, pero se la había puesto sin apenas refunfuñar. Según el Cochero, eso ayudaría a evitar que los reconocieran.

—Si os descubren —dijo—, puedes decir que estás transportando a los otros tres a la Torre Benévola. Pero procurad no llegar a eso en la medida de lo posible. No disponéis del código de barras...

Hap levantó la mano, con la palma hacia el techo. Soltó un gruñido mientras se le crispaban los dedos. Vic contempló atónito como la piel de la palma se abría y un pequeño bulto brillante asomaba por la hendidura. De él brotó un haz diminuto, y un código de barras apareció flotando por encima de su mano.

El Cochero se quedó boquiabierto.

—¿Cómo... lo has...?

Hap lo miró con mala cara.

—He p-p-practicado. Si soy como ellos, p-p-puedo hacer lo mismo que ellos.

El Cochero recobró la compostura.

—Pero te retiraron de servicio. Se deshicieron de ti como de un trasto inservible. Y eso significa que, si escanean tu código, te identificarán. Te servirá para guardar las apariencias, siempre y cuando no dejes que te lo escaneen.

El código se desvaneció cuando Hap bajó la mano. Se volvió hacia Vic.

—¿Qué pasa?

—Eres... eres asombroso —dijo el joven, sacudiendo la cabeza.

Una expresión compleja le cruzó el rostro a Hap. Torció los labios mientras arqueaba las cejas.

—¿Lo soy?

—Desde luego —dijo Rambo—. ¡El Histérico y Amargado Pelele es el mejor pelele!

Esto pareció complacer al autómata, aunque intentó disimularlo.

—Soy H-Hap. Soy asombroso.

—¡Claro que sí, jopé! —exclamó el aspirador—. ¡Y yo soy Rambo! Prepárate, Ciudad de los Sueños Eléctricos. ¡Vamos a por ti, y vamos a salvar la situación!

—Esto va a acabar mal —dijo Ratched—. Qué ganas tengo.

Salieron de la casa y pisaron la arena. Hacía mucho más calor que antes, incluso más que en el País de los Juguetes. No había el menor rastro de nieve. Vic se puso a sudar casi de inmediato, y el disfraz se le antojaba bastante más pesado que el día anterior. El roce del chaleco de metal le irritaba el pecho, y el casco se le resbalaba una y otra vez hacia un lado de la cabeza a causa del sudor. La enfermera le aconsejó que dijera que tenía una fuga de refrigerante si alguien le preguntaba al respecto.

—Dejad que yo vaya delante —murmuró el Cochero mientras caminaban hacia las máquinas de carga—. Ya me encargo yo de hablar. Si alguien se dirige a alguno de vosotros, que la enfermera Ratched responda en su nombre. Es la más lista de todos.

—Correcto —dijo la interfecta.

—Si surge algún problema, intentad regresar a la casa —prosiguió el Cochero—. Si os digo que corráis, corred. Nos reagruparemos y buscaremos otra manera de entrar. —Movió la cabeza de un lado a otro—. Si sobrevivimos, claro.

—Creía que habías dicho que solo se podía entrar por aquí —dijo Rambo, emitiendo un pitido de desilusión cuando Hap lo obligó a tirar las piedras que había estado recogiendo.

—Y así es —dijo el Cochero—, pero ¿a que es divertido imaginar cosas? Vamos, seguidme. Ya he visto a la máquina con la que tengo que hablar. Me debe un favor. Veremos si hoy se dignará a devolvérmelo.

Nadie les llamó la atención mientras se aproximaban. Vic no apartaba la vista de las máquinas más cercanas, aunque apenas daban muestras de haber reparado en su presencia. Enfrascadas en su

trabajo, trasladaban una caja tras otra al almacén. Con la mano a modo de visera, Victor alzó la mirada hacia la ciudad. De cerca, las torres parecían infinitas. Nunca había visto nada igual. Por un momento, se preguntó qué otras cosas que nunca había visto existían en el mundo.

—Quedaos aquí —dijo el Cochero—. No os mováis. No habléis con nadie. —Los faldones de su casaca revolotearon cuando giró en redondo y se encaminó con paso decidido hacia una máquina—. ¡Bernard, viejo cubo de pernos! ¿Cómo te va, granuja? ¡Espero que bien!

La máquina en cuestión —Bernard— no era como las demás. Tenía una forma vagamente humanoide, más que nada porque andaba a dos patas, pero hasta ahí llegaba su parecido con Hap y Vic. Para empezar, no tenía el armazón metálico revestido de piel. Por otro lado, contaba con cuatro brazos, dos de ellos unidos a lo que parecían ser sus hombros, y otros dos a los lados del pecho. En vez de cabeza, un círculo grande de metal descansaba sobre sus hombros. En la parte interior de la circunferencia, varias protuberancias de aspecto húmedo proyectaban hacia el centro la imagen de un rostro. Rayas de interferencias pasaban por encima de los ojos y la boca de Bernard, rojos y planos. Puso los cuatro brazos en jarras al ver que el Cochero se acercaba.

Cuando habló, su voz sonó cascada y tintineante, como si a alguien se le hubiera caído una lata repleta de tornillos sueltos.

—Te dije que no quería volver a verte.

El Cochero se rio.

—¡Vamos, no seas así! Somos viejos amigos, Bernard. Tenemos un pasado.

—Sí —dijo Bernard—. Y ese pasado es lo que me da ganas de destrozarte aquí mismo.

El Cochero alzó las manos.

—No nos precipitemos. Creía que habíamos acabado en buenos términos.

—¿Te fallan los circuitos de memoria? ¿A ti te parece que después del modo en que te largaste la última vez estamos en buenos términos? Por poco me retiran de servicio.

—Eso es lo que me gusta de ti, Bernard: a rencoroso no hay quien le gane. —El Cochero se volvió hacia Vic y los demás antes de mirar

de nuevo a Bernard—. ¿De verdad tengo que recordarte lo que hice por ti? El Hada Azul me dijo que te encantó cuando te metió la mano en el...

Bernard se abalanzó hacia él para taparle la boca con una mano y agarrarle los brazos con otras dos mientras la cuarta doblaba el dedo, temblorosa. Giró la cabeza trescientos sesenta grados como para comprobar si había alguien escuchando. Al parecer, las máquinas amazacotadas no, pues seguían acarreando una caja tras otra.

—Cierra el pico —gruñó Bernard.

El Cochero le apartó las manos con brusquedad.

—Pues muy bien. Saltémonos las formalidades, si te parece. Es hora de que me pagues lo que me debes. —El Cochero lanzó otra mirada hacia atrás antes de asir a Bernard de un brazo y llevárselo aparte, hablándole en voz baja. Aunque Vic no alcanzó a oír lo que decían, advirtió que el Cochero subrayaba cada palabra golpeándole el pecho con el dedo a Bernard. Este, por su parte, no intentó alejarlo de un empujón. Vic esperaba que eso significara que lo estaba escuchando.

Mientras el Cochero hablaba, Bernard rotó la cabeza para mirar a Vic y los demás. Rambo lo saludó con un gesto antes de que pudieran impedírselo.

—Parece simpático.

—Me tienes preocupada —dijo Ratched.

—¡Ay, qué maja, gracias!

La conversación se prolongó demasiado para el gusto de Vic. Se sentía expuesto, ahí al descubierto, entre las sombras de la ciudad. Temía que, en cualquier momento, comenzaran a ulular las alarmas. Podían huir como el Cochero les había indicado, pero dudaba que consiguieran llegar muy lejos. Hap debía de estar pensando lo mismo, pues se inclinó hacia él y le susurró al oído.

—Yo cojo a Rambo. T-tú corre. N-nosotros te c-cubrimos las espaldas.

Vic volvió ligeramente la cabeza, y su mejilla rozó la sombra de barba del androide, lo que le provocó un escalofrío.

—¿Lo conseguiremos?

—N-no —dijo Hap sin apartarse—. P-pero hay q-que intentarlo.

Se puso tenso cuando el Cochero giró en redondo y echó a andar a toda prisa hacia ellos con semblante inexpresivo. Bernard se quedó

inmóvil, contemplando cómo se alejaba.

—¿Y bien? —preguntó la enfermera cuando el Cochero los alcanzó—. ¿Hay motivos para preocuparnos?

El Cochero negó con un gesto.

—¡Por supuesto que no! Cuando os he dicho que me encargaría de que pudierais entrar, lo decía en serio. No hay problema. Ningún problema en absoluto.

—¿Mentira piadosa? —preguntó Rambo.

—No me cabe la menor duda —dijo Ratched.

El Cochero se retorció las manos.

—Está bien, es posible que haya un pequeño problema, pero nada por lo que preocuparse demasiado. De hecho, solo deberíais preocuparos si tenéis fobia a los espacios reducidos y abarrotados. A ninguno de vosotros os pasa, ¿verdad?

—¿Cómo de reducidos? —preguntó Rambo—. ¿Y cómo de abarrotados?

El Cochero le sonrió, meneando el bigote.

—Tú estarás la mar de bien. Me preocupan más los demás, si he de ser sincero. Son un poco... más grandes que tú.

—¿Qué pasa con los d-demás? —gruñó Hap.

El Cochero torció el gesto.

—Bueno, veréis, Bernard no puede colaros sin más en la ciudad. Al parecer, han establecido protocolos nuevos desde la última vez que estuve aquí. Seguridad reforzada, temor a infiltraciones por parte de agentes externos, blablablá. Se descubriría el pastel en cuanto pusierais un pie en la ciudad.

Hap dio un paso hacia él con los puños apretados y la boca torcida con rabia.

—Has d-dicho que p-podríamos entrar.

—Y entraréis —aseguró el Cochero, retrocediendo un paso a su vez—. ¿Veis esos cajones que las máquinas están trajinando arriba y abajo?

Un hilillo de inquietud recorrió a Vic.

—¿Qué hay con ellos?

El Cochero sonrió de oreja a oreja.

—Vosotros viajaréis dentro, donde estaréis muy cómodos y seguros. Cada caja tiene un destino específico. Una vez escaneadas a la entrada, las cargan en vehículos y las envían por toda la ciudad. No se

realizan entregas directamente en el Cielo (el Hada Azul prefiere obtener lo que necesita por vías más... discretas), pero gracias a mí conseguiréis acercaros un poco más que si fuerais por vuestra cuenta. ¿Lo veis? ¡Es pan comido! —Dirigiéndose a Vic, bajó la voz—. Es lo que decís los humanos, ¿no? «Pan comido», o algo así.

—Las cajas parecen lo bastante grandes —dijo Ratched—, siempre y cuando vayamos cada uno en una distinta. ¿Y puedes garantizar que las entreguen todas en el mismo sitio?

El Cochero se tiró del cuello de la casaca, y el sombrero se le inclinó hacia atrás en la cabeza.

—Bueno, qué duda cabe de que esa sería la mejor solución. Sería una solución magnífica, desde luego.

—P-pero... —dijo Hap con aire amenazador.

—Pero Bernard solo nos proporcionará dos —dijo el Cochero, mirando de forma alternada a Vic y Hap—. Solo quería darnos una, pero he conseguido convencerlo de que añada una segunda después de recordarle sus... tendencias y qué imagen daría si salieran a la luz. Tiene unos gustos muy especiales, Bernard. Raros de narices. En fin, eso significa que tendréis que juntaros en parejas, pero como sois todos tan amigos, no habrá problema. La enfermera Ratched y Rambo pueden compartir una caja, y el Histérico y Amargado Pelele y Victor la otra. Iréis un poco apretados, pero creo que el plan dará resultado.

Todos los ojos se clavaron en él.

Él les sonrió.

—A juzgar por vuestra expresión, os entusiasma la... ¿No? ¿No estáis entusiasmados? ¿Por qué parece que el Histérico y Amargado Pelele está a punto de echar humo por las orejas?

Vic se interpuso entre ellos antes de que el androide embistiera al Cochero.

—Está bien. —Notó que Hap asía la mochila que llevaba a la espalda—. Aceptamos.

—¡Estupendo! —exclamó el Cochero—. Sabía que seríais razonables. ¡Tenéis la mente muy despierta los dos! Siempre he pensado eso de vosotros desde que os conocí ayer. Todo saldrá bien, ya lo veréis. Y aprovechad todo el tiempo que paséis apretujados uno contra otro para expresar vuestros sentimientos y reflexiones más profundos, por si acaso la cosa no sale bien. —Miró a Vic y Hap, subiendo y bajando las cejas—. A lo mejor podríais confesaros algo

que siempre habéis querido deciros pero no os atrevéis por miedo a la respuesta, ¿no?

—¿D-de qué habla? —espetó el autómata muy cerca de la oreja de Vic—. T-tanta cháchara para no d-decir nada. N-no me cae bien.

Vic no estaba muy convencido de que le cayera bien a él tampoco, pero decidió guardarse esta información para que el Cochero no cambiara de idea.

—¿Cuándo?

—Pronto —respondió el Cochero—. Hap y tú os haréis pasar por inspectores. Según Bernard, la próxima inspección no está programada hasta la semana que viene, así que no hay posibilidades de que os pille alguien de la Autoridad. Tendréis que asumir una actitud severa y a la vez descontenta. Hap, tú eso lo bordas. Rambo y enfermera Ratched, vosotros seréis sus ayudantes.

Rambo se puso a girar como una peonza, eufórico.

—¡Siempre había querido ser ayudante! ¡Vic, Vic! ¿Lo has oído? ¡Voy a tener la oportunidad de ayudar!

—Ya lo haces —dijo Ratched.

Él le dio un golpecito.

—Siempre sabes justo lo que hay que decir.

—Ahora te toca a ti decirme algo que me haga sentir mejor.

—¡Vamos a ser compis de caja!

Una cara ceñuda se dibujó en la pantalla de la enfermera.

—Quiero volver al bosque.

—Vic —dijo el Cochero—. Tu disfraz de máquina está muy conseguido, pero necesito que además actúes como una máquina. ¡Actúa como nunca has actuado! A ver, enséñame cómo lo haces. Eres una máquina. Un inspector. Deslúmbrame con tus dotes de actor. Haz que me lo crea.

Vic se movió con torpeza, y el casco le cayó sobre la frente. Carraspeando, se lo echó hacia atrás.

—Esto... ¿El contenido de estas cajas es exactamente el que tendría que ser?

—¡Bravo! —gritó el Cochero—. ¡Otra, otra! Pues sí que me lo he creído. Sigue a tope con esa energía. No dejes que nadie te la arrebate.

Vic parpadeó.

—Pero si no he...

—¿Cuánto rato estaremos dentro de las cajas? —preguntó

Ratched.

—No mucho, no mucho. Unas horas, a lo sumo. Bernard se asegurará de que las manden a un almacén que está cerrado por reformas. Las obras comenzarán el mes que viene, así que tendría que estar vacío. Cuando notéis que ya no os movéis, esperad al menos una hora más antes de salir de las cajas, para estar más seguros.

—Ese plan tiene demasiadas lagunas —dijo Ratched.

—Los mejores planes siempre las tienen —convino el Cochero—. Rambo, para ya de recoger piedras, adorable amiguito. No tendrás tiempo de hacer nada con ellas y...

Sonó una sirena procedente del interior del almacén.

El Cochero abrió mucho los ojos.

—¡El cambio de turno! Tenemos que darnos prisa. —Giró en redondo y echó a andar hacia el almacén.

Las máquinas amazacotadas avanzaban en fila india hacia una puerta en la parte posterior del almacén que emitía un destello verde cada vez que pasaba una de ellas. No hablaban ni parecían reparar siquiera en la presencia de Vic y los demás. Era como si el trabajo acaparara toda su atención.

El almacén en sí era un espacio cavernoso y, en aquel silencio inquietante, solo se oía el eco de sus pasos. Las pilas de cajones llegaban casi hasta el techo. Cada uno tenía una pantalla pequeña que mostraba una serie de números y letras verdes. No había ninguna indicación clara del contenido ni del destino.

Bernard los guio hacia un lado del almacén con pisadas que retumbaban contra el suelo de cemento. El Cochero caminaba junto a él, manteniendo un monólogo sobre nada en particular. Vic y Hap fingían inspeccionar las cajas, aunque en el mejor de los casos les echaban un vistazo rápido. Bernard avanzaba a paso rápido, sin reducir la marcha en ningún momento.

Estuvieron a punto de pillarlos por culpa de Rambo.

Iba al lado de Ratched, por delante de Vic y Hap, cuando de repente pegó un chillido y salió disparado hacia la derecha.

—Rambo —siseó Vic, mirando en derredor para cerciorarse de que nadie los estuviera mirando—. ¡Rambo, vuelve aquí!

El aspirador no le hizo caso. Se acercó a una máquina estacionada entre las cajas, contra una pared. Era grande y azul con molduras negras y un cepillo circular grande en la base.

—Ay, madre —dijo el Cochero mientras Bernard giraba la cabeza hacia Rambo.

Pero Rambo, ajeno a todo esto, se detuvo delante de la máquina.

—No... me lo puedo... creer. Eres un aspirador. ¡Como yo! ¡Hola, primo! —Agitó los brazos frente al aparato de mayor tamaño—. Me llamo Rambo. ¡Yo también soy un aspirador! Vengo de... Ah, eso no te lo puedo decir. Créeme, es una historia larga y tortuosa. Estoy casi seguro de que soy el único aspirador del mundo que... ¡Huala! Pero qué pedazo de cepillo. Me hace sentir un poco acomplejado.

De pronto, la fila de máquinas de carga se detuvo.

Todas se volvieron despacio hacia Rambo y comenzaron a emitir pitidos graves.

El aspirador azul se estremecía mientras Rambo le pegaba un topetazo tras otro.

—¡Eh, oye! ¡Te estoy hablando, primo! ¿Cómo llegaste a ser tan grande? ¿Qué es lo que más te gusta limpiar? Yo disfruto cuando hay serrín, porque me hace cosquillas al...

En lo alto del aspirador azul empezó a parpadear una luz blanca.

—Estabas recargándote —dijo Rambo, dando vueltas en torno al aspirador—. ¿Te he despertado? Perdona, no era mi intención. Como nunca me había encontrado con otro aspirador, me ha hecho mucha ilusión. ¿Quieres ser mi amigo? Mecachis. No estaré aquí mucho tiempo. ¡A lo mejor podríamos ser amigos por correspondencia! Aunque no sé escribir y creo que no reparten el correo en el lugar donde vivo. ¡Vic! ¡Oye, Vic! ¿Nos llegan cartas en el bosque?

Vic se quedó mirándolo, horrorizado, incapaz de moverse. Los pitidos de las máquinas de carga se intensificaron.

Ratched, sin titubear ni un momento, se aproximó a Rambo con la pantalla repleta de signos de admiración.

—Mis disculpas —le dijo al aspirador azul mientras atizaba a Rambo con uno de sus tentáculos—. A veces mi ayudante se deja llevar un poco por el entusiasmo. Siga usted durmiendo. Aquí no hay nada que ver. No somos más que unos inspectores normales realizando inspecciones. Puedo certificar que ha pasado usted la suya. Siga así. Enhorabuena. Propondré que se le conceda una distinción por sus

servicios. Gracias. Muchas gracias. —Comenzó a llevarse a Rambo a rastras, para gran contrariedad de este.

Bernard giró la cabeza hacia el Cochero, que soltó una risita débil.

—Sí, lo sé... El pequeño aspirador es... un caso especial. Te pido disculpas, Bernard. No volverá a ocurrir.

—Debería matarte ahora mismo —dijo Bernard.

—*¡Viva la succión!*[1] —gritó Rambo.

—Ya me encargo yo —dijo el Cochero y se volvió rápidamente hacia Vic y Hap, con los párpados entornados—. Señor, le agradecería enormemente que mantuviera controlado a su ayudante durante las inspecciones. Y, puesto que son inspectores, tal vez deberían plantearse inspeccionar.

—Sí, por supuesto —dijo Vic, sorprendido—. Inspeccionar. Para eso hemos venido. —Paseó la vista alrededor con torpeza.

Hap señaló una elevada pila de cajas.

—M-me parece que están apiladas como es d-debido.

Vic asintió, agitando la cabeza arriba y abajo.

—Exacto. Creo que nunca había visto unas cajas tan bien apiladas. —Con el pánico oprimiéndole el pecho, se dirigió al grupo de máquinas de carga, que seguían pitando—. Han realizado una labor estupenda. No veo el menor problema. Sigan con... con lo que sea que estuvieran haciendo.

Las máquinas dejaron de pitar antes de formar de nuevo en fila y reanudar la marcha lentamente.

Vic suspiró aliviado mientras Ratched se acercaba, llevando a Rambo a rastras. Hap se acuclilló frente a él con expresión hosca.

—Huy —dijo el aspirador—. Conozco esa cara. Nunca pasa nada bueno cuando Hap pone esa cara. En honor a la verdad, he de decir que la pone a menudo, pero aun así...

—Cierra... el... p-pico.

Rambo le dedicó un saludo militar con la pinza.

—A sus órdenes. Una pregunta: no tengo pico, así que ¿qué se supone que...? Huuy, esa cara da todavía más miedo. Voy a dejar de hablar ahora mismo.

Hap recogió a Rambo y se enderezó, fijando una mirada desafiante en Bernard.

—Ningún favor vale tanto —farfulló este.

Siguieron andando hacia el fondo del almacén. Rambo iba refunfuñando que aquel había sido su primera reunión familiar y que se la habían echado a perder antes incluso de que empezara.

—Todo parece estar en orden —declaró Vic en voz muy alta para intentar ahogar los rezongos de Rambo—. El almacén mejor gestionado que he visto nunca. Enfermera Ratched, tome nota de ello, si es tan amable.

—Faltaría más, Victor —respondió ella—. Me encanta cuando me dices lo que tengo que hacer. —Esta afirmación quedó desmentida cuando el dibujo de una mano realizando un gesto obsceno apareció por unos instantes en su pantalla—. Además, tu casco presenta un aspecto especialmente elegante hoy. Te favorece. Espero que no te lo quites nunca.

—Ja, ja —dijo el Cochero. A Vic le dio la impresión de que, si hubiera sido capaz de sudar, estaría chorreando en ese momento—. ¡Todo va viento en popa! Nada está mal. Todo está bien.

Encabezados por Bernard, se alejaron de la fila de máquinas de carga hacia un rincón del fondo del almacén. Allí, en los polvorientos recovecos, había una hilera de cajas destapadas vacías, con las pantallas en blanco. De cerca parecían más pequeñas de lo que Vic esperaba.

—Aquí están —dijo Bernard, con la cabeza aún girando, aunque más despacio, como escudriñando el almacén entero—. Estas son las que usarán.

Ratched inclinó uno de los cajones para echar una ojeada al interior.

—Iremos muy apretados. De hecho, no sé si yo voy a caber.

—Imposible —dijo el Cochero—. Eres una diosa. Tienes una figura perfecta. Jamás ha existido una máquina más hermosa.

—No me refería a eso, pero gracias. Soy perfecta. Si no estuviéramos en una misión, te invitaría a hacerle pasar un buen rato a esta diosa.

El Cochero ejecutó una reverencia.

—Sería un honor, querida. La de cosas que podríamos hacer juntos. Menudo escándalo.

—Qué asco —murmuró Rambo, en brazos de Hap.

—Una vez dentro, no hagáis el menor ruido —les indicó Bernard, claramente arrepentido de todas las decisiones que lo habían llevado a

ese momento—. Yo programaré el destino. Cuando lleguen los del siguiente turno, os cargarán en vehículos y os transportarán a la ciudad.

—¿Te f-fías de él? —le preguntó Hap al Cochero.

Este se encogió de hombros.

—Me fío lo suficiente para saber que, si Bernard nos la juega, puedo sacarle suficientes trapos sucios para conseguir que reciba una sanción oficial. O incluso que lo retiren de servicio.

—No quiero volver a ver tu cara —lo informó Bernard—. A partir de este momento, estamos en paz.

El Cochero le dio unas palmaditas en uno de los brazos.

—Eso dices ahora, pero dentro de cien años o así me echarás de menos.

—Lo dudo mucho. —La cabeza dejó de darle vueltas mientras se aproximaba a la caja. Tocó con el dedo la pantalla de la parte superior, que se encendió. La caja osciló y se sacudió antes de volcarse y desplegarse hasta quedar totalmente plana en el suelo.

El Cochero tomó a Ratched del tentáculo y la guio hasta la caja.

—Tendré que tumbarte boca arriba —le dijo con un meneo perverso del mostacho—. Me esforzaré por que te resulte lo más placentero posible.

—Viejo adulador —dijo la enfermera con su voz monótona—. Conozco a los de tu calaña.

El Cochero le dedicó una amplia sonrisa.

—No me cabe la menor duda. —Con un gemido, la inclinó hasta que quedó tendida con la pantalla hacia el techo—. Lo protegerás, ¿verdad? Es... sumamente valioso.

—Lo sé —dijo Ratched—. Una cosa, Cochero.

—Dime, querida mía.

—Como nos traicionen, como Bernard intente avisar a alguien de nuestra presencia en la ciudad, encontraré la manera de salir. Primero iré a por él y, cuando me lo haya cargado, te encontraré a ti. No habrá lugar en el mundo donde puedas esconderte. Todos los días del resto de tu vida, tendrás que vigilar tus espaldas. Cuando menos te lo esperes, me tendrás ahí. Te hundiré la broca de mi taladro tan adentro que notarás el sabor. Y entonces lo pondré en marcha, y haré un revoltijo con todas las piezas que componen tu ser.

—No esperaría menos de ti —dijo el Cochero, posando la mano

en su pantalla—. Si eso sucede, te esperaré con los brazos abiertos.

—En serio —dijo Rambo—. Dais mucha grima.

Hap apartó al Cochero de un empujón y depositó al aspirador encima de la tapa de la enfermera.

—N-no habléis —les advirtió.

—Hap... —dijo Rambo.

—Qué.

—Te quiero.

Hap lo miró con el ceño arrugado. Dio media vuelta para alejarse, pero, en el último momento, torció el gesto. Se volvió de nuevo y se agachó sobre Rambo.

—T-tolero tu existencia. —Le estrechó una pinza con la mano y se la meneó arriba y abajo.

—Caray —susurró Rambo cuando Hap lo soltó—. Ratched, ¿lo has oído? ¡También me quiere!

—Yo n-no he dicho eso.

—Sí que lo has dicho. ¡Y no puedes echarte para atrás!

—Voy a morir en esta caja —dijo Ratched.

Bernard se aproximó con un brazo extendido hacia la pantalla. Cuando la tocó de nuevo, las paredes de la caja se elevaron en torno a la enfermera y el aspirador. Cuando Vic los vio por última vez, Rambo se despedía agitando el brazo con frenesí.

—Adiós —dijo el joven por lo bajo mientras la tapa descendía sobre ellos.

Bernard señaló una caja situada más al fondo.

—Esa es la vuestra.

—Y dentro habrá una buena circulación de aire, ¿verdad? —preguntó el Cochero.

Bernard frunció el ceño.

—Sí, como ya habíamos comentado. Está diseñada para el transporte de flora y fauna. —Miró a Vic y Hap antes de girar la cabeza hacia el Cochero—. ¿Por qué te parece importante eso? ¿Llevan algo vivo?

—¿Qué? —saltó el Cochero con indignación fingida—. Su tono me ofende, caballero. Yo jamás consentiría algo tan...

—Tu cara me suena —le dijo Bernard a Hap—. ¿Nos conocemos de algo?

El androide agachó la cabeza, de modo que la capucha le cayó

sobre el rostro.

—N-no.

—Mmmm —dijo Bernard—. Cochero, más te vale que esto no traiga cola.

—Claro que no —dijo el otro—. Qué va a traer cola, hombre. No sé qué se te ha metido en ese círculo que tú llamas cabeza, pero yo soy un ciudadano íntegro. Todo lo que hago es honesto y...

—No quiero saber nada más —lo cortó Bernard, y se volvió hacia Hap—. ¿Puedes entrar sin ayuda? Si no, desmantelaré la caja para que accedas con más facilidad.

—N-no hace falta —murmuró Hap. Tras quitarse la mochila, trepó por encima del borde de la caja y arrimó la espalda a un lado. Se deslizó hacia abajo, estirando las piernas hasta apoyar los pies contra la pared opuesta. Dejó la mochila a un lado mientras se contoneaba para acomodarse mejor.

—¿Por qué has entrado primero? —preguntó Vic, presa de una inseguridad repentina. El cajón se le antojaba mucho más pequeño ahora que el androide estaba dentro.

Hap alzó la mirada hacia él.

—Soy más g-grande que tú.

—En el cielo —oyó gorjear a Rambo desde la otra caja—. Estoy en el cielo.

—A lo mejor debería contar con un cajón para mí solo.

—Entra de una vez —dijo Bernard—. Se nos acaba el tiempo.

Suspirando, Vic se puso la mochila por delante y se apartó el casco de la cara antes de encaramarse en la caja con cuidado y entrar en ella procurando no tocar a Hap.

—Ay —dijo el autómata cuando el joven le pisó la pierna.

Vic bajó la vista hacia él, balbuceando disculpas.

—Es b-broma —dijo Hap, y Vic habría jurado ver la curva de una sonrisa que se esfumó en un santiamén.

—No eres gracioso —le espetó Vic mientras bajaba hasta el fondo de la caja—. No sé quién te dijo lo contrario, pero te mintió.

—¡Fui yo! —gritó Rambo—. ¡Yo se lo dije!

—Silencio —dijo Bernard, asestando una palmada a la tapa del cajón.

—¡Vale!

Vic se sentó contra Hap, de espaldas a él y con las piernas de Hap

rodeando las suyas. Estaba rígido, con la espalda encorvada, hasta que el androide lo abrazó por la cintura, lo atrajo hacia sí y le acercó los labios al oído.

—R-relájate —le dijo.

—Eso intento.

—Esfuérzate m-más.

Vic echó la cabeza hacia atrás hasta descansarla sobre el hombro del autómata. Estaban tan estrechos que la mochila de Hap se le clavaba en el costado, y la suya propia le pesaba sobre el abdomen. Esperaba que no tuvieran que pasar mucho tiempo así. De pronto descubrió que tanta proximidad lo incomodaba. La cabeza le daba vueltas, y notaba un picor en la piel.

El Cochero se encontraba de pie junto a su caja.

—Bernard, si no te importa, me gustaría que me dejaras un momento a solas con mis amigos.

—Tienes un minuto —dijo Bernard—. No puedo darte más. Y no hagas que me arrepienta. —Dicho esto, se alejó.

El Cochero se arrodilló junto a la caja, con los brazos apoyados en un lado. Vic levantó la mirada hacia él. Hap lo aferró por los costados, hincándole los dedos en la carne. Era como si lo mantuviese conectado a la tierra, y Vic se preguntó por qué eso le producía un alivio tan grande.

—Mi querido muchacho —dijo el Cochero por lo bajo—. Muchas gracias.

—¿Por qué?

—Por demostrarme que el mundo no es un lugar tan frío como pensaba. —Alargó el brazo hacia abajo y le estrechó la mano a Vic.

El joven no pudo responder a causa del ardor de garganta. Asintió, dándole a su vez un apretón en la mano al Cochero.

—Te deseo lo mejor en esta aventura —dijo este mientras retiraba la mano—. Espero que encuentres lo que buscas.

—Cochero —dijo Bernard con una nueva nota de apremio en la voz—. Es la hora.

—Sí —dijo el interpelado, sonriéndoles a Vic y Hap—. Lo es.

Se enderezó y, con un meneo del bigote, se marchó.

Bernard apareció por encima de ellos. Agarró la tapa de la caja y comenzó a bajarla.

—Tenéis un botón —dijo antes de cerrarla del todo—. A la

derecha. ¿Lo veis?

—Sí.

—Es para abrir la caja. No lo apretéis hasta que estéis seguros de que no hay peligro.

—Gracias.

—No me deis las gracias. Me conformo con que os olvidéis de haberme conocido.

Luego, ajustó la tapa. Unos instantes después, Vic oyó un pitido, y los pestillos se cerraron. Al punto, una diminuta bombilla blanca se encendió cerca de la parte superior izquierda de la caja, y empezó a salir aire fresco de las válvulas de los lados. Vic respiró hondo. Percibió un olor vagamente medicinal.

Cerró los ojos, aferrando su mochila.

—T-tranquilo —murmuró Hap—. Todo va b-bien. Hale, hale.

Vic se atragantó de la risa.

—¿Estás intentando consolarme?

—No. Intento evitar que entres en p-pánico y nos d-descubran por tu culpa.

—Ah.

—¿Lo estoy c-consiguiendo?

—No lo sé.

—D-deja de moverte.

Vic obedeció. Abrió los ojos, inspiró por la nariz y espiró por la boca. Notaba tras de sí la cálida presencia de Hap, que aún tenía las manos sobre sus costados, rozándole el metal del chaleco al que llevaba sujeta la batería. Era reducido. Aquel espacio era muy reducido, y estaban atrapados en él. Vic volvió la cabeza para buscar el botón que había mencionado Bernard. Lo encontró en un rincón, por encima de sus pies. Bastaría con que le diera una patadita para que la caja se abriera. Se abriría, y ellos serían libres. Podrían ponerse de pie y respirar, no como ahí dentro, donde el aire empezaba a viciarse. Asió la mochila con más fuerza, pugnando por controlarse. La bilis le subió hasta la garganta, ácida y caliente.

—Ha-háblame —susurró entonces Hap.

—¿Que te hable? ¿De qué? —jadeó Vic, intentando cambiar de posición y notando el roce del metal, la piel y la madera de Hap contra su espalda. Golpeó la tapa del cajón con el casco. Tenía la mente nublada, como un cielo tormentoso sobre el horizonte.

—Háblame d-del c-corazón.

Vic parpadeó varias veces mientras las nubes se abrían ligeramente para dejar pasar un fino rayo de sol.

—¿A qué te refieres?

—Estás construyendo uno n-nuevo, ¿verdad?

—Eso intento —respondió, descansando de nuevo su peso sobre Hap. Este le soltó los costados y alzó los brazos para rodear con ellos la mochila de Vic y de paso sujetarlo a él también. Debido a aquel contacto tan estrecho, el joven oía los engranajes que giraban en el pecho del androide con un runruneo suave y agradable.

—¿P-por dónde s-se empieza?

—Por la madera —dijo Victor con voz débil—. Se empieza por la madera.

—Entiendo. ¿Y por qué m-madera?

—Pues... No lo sé.

—S-sí que lo sabes —dijo Hap—. Yo sé que lo s-sabes.

Vic soltó un gruñido cuando la caja se movió. Se tapó la boca con el brazo para amortiguar su grito cuando notó que los levantaban del suelo.

—Calma —musitó Hap—. E-estoy aquí. Concéntrate en m-mi v-voz. Déjame oír la t-tuya, Vic. Háblame de lo que estás construyendo.

—Madera —dijo Vic mientras la caja oscilaba despacio, provocándole una sensación de vértigo en el estómago—. Se empieza por la madera.

—Ya-ya. ¿Por qué?

—Es más fácil de trabajar. De darle forma. El arte de labrar la madera es... antiguo. Se remonta a hace miles de años.

Se le escapó un quejido cuando el cajón bajó y se detuvo con un estremecimiento.

—C-continúa.

Así lo hizo.

Capítulo 20

Despertó sobresaltado cuando la caja dio una sacudida.

Lanzó un jadeo audible y se disponía a proferir un grito de advertencia cuando una mano le cubrió la boca.

—Silencio —le advirtió una voz al oído.

Hap.

La caja.

La Ciudad de los Sueños Eléctricos.

Vic asintió, aspirando el aroma a madera del dedo de Hap que tenía justo debajo de la nariz.

Escuchó con atención. Se oían ruidos de maquinaria pesada en torno a ellos, pero no voces ni pasos, o al menos eso le pareció. Esperó, con contracciones en la espalda y las piernas agarrotadas. Los minutos se le antojaban horas.

Nada sucedía.

Al final, los sonidos de maquinaria se apagaron.

Siguieron esperando, con la advertencia del Cochero bien presente.

Vic estaba a punto de proponerle a Hap que pulsaran el botón cuando algo se movió muy cerca de la caja. Se quedó inmóvil, con el sudor goteándole en los ojos.

Sonó un pitido por encima de ellos cuando alguien —o algo— tecleó en la pantalla de la caja.

Vic notó que Hap se ponía tenso debajo de él y que los engranajes de su corazón se aceleraban.

La tapa se abrió, y una luz intensa y molesta inundó la caja.

—¿Lo ves? —dijo Rambo, alzándose por encima del borde sobre su elevador hidráulico—. Ya te he dicho que era esta.

La enfermera Ratched apareció a su lado y bajó la vista hacia Vic y Hap.

—Tenías razón. Saborea el momento, pues es algo que nunca volveré a decirte.

Vic los contemplaba desde abajo, perplejo.

—Qué monos —dijo Rambo, con los sensores encendiéndose y apagándose—. Se os ve la mar de a gusto. ¿Habéis tenido un viaje agradable? Yo sí, aunque Ratched no me dejaba cantar para pasar el rato. Vic, tú opinas que tengo buena voz, ¿verdad? Pues Ratched dice que, cuando canto, sueno como la ardilla que envió a la granja en aquella ocasión. ¿Por qué cantaba la ardilla cuando se iba a la granja? ¿Estaba contenta?

—Sí —dijo Ratched—. Cantaba porque estaba muy contenta de irse a la granja donde viviría para siempre. —A espaldas de Rambo, su pantalla decía «¿VEIS LO QUE TENGO QUE AGUANTAR?».

A Vic le crujió la espalda al incorporarse con una mueca de dolor.

—¿Cómo habéis salido? Se suponía que debíais esperar a que nosotros os abriéramos la caja.

—Nos aburríamos —declaró la enfermera—. Un segundo más ahí dentro y hubiera asesinado a Rambo. Y como consideras que el asesinato es algo malo, he decidido que más valía que saliéramos y nos arriesgáramos a que nos descubrieran.

Rambo se rio.

—En realidad no serías capaz de asesinarme, ¿no? —Descendió ligeramente sobre su elevador—. ¿No?

—Victor —dijo Ratched—, si ya has terminado lo que estabas haciendo sentado encima de Hap, te sugiero que salgas de la caja mientras el almacén siga vacío.

—¡No estoy sentado encima de Hap!

—Sí que lo estás —dijo Rambo, desconcertado—. Te estamos viendo. ¿Por qué pareces sofocado? ¿Estabas haciendo algún esfuerzo físico ahí dentro? ¿Qué estabas...? Ah. Qué asco..., digo, suena bien.

Vic se enderezó tan de golpe que estuvo a punto de caerse. Si conservó el equilibrio fue solo porque Hap le puso una mano en la parte baja de la espalda. Consiguió trepar por la pared de la caja y salir sin sufrir más daño que un golpe en la rodilla izquierda que le provocó un espasmo en toda la pierna.

—¡No estábamos haciendo eso!

—¿Haciendo q-qué? —gruñó el androide, levantándose.

Ratched le aporreó el pecho con el tentáculo.

—Respeta los límites. No es no. El consentimiento es fundamental. Victor, guardo entre mis archivos un programa sobre

prácticas sexuales seguras. Como eres asexual, nunca te lo he puesto, pero la sexualidad, como casi todo, se da en un espectro. Puedes ser asexual y al mismo tiempo tener...

Vic miró en torno a sí con desesperación, deseando con todas sus fuerzas que los descubrieran, los apresaran, se los llevaran y los encerraran en alguna mazmorra en las entrañas de la ciudad para no tener que seguir soportando esa conversación. No hubo suerte. Estaban solos. Tal como había dicho Bernard, el almacén parecía estar en construcción, o tal vez en proceso de reforma. Había quemaduras en la pared que se alzaba ante ellos, unas marcas negras que llegaban hasta el suelo. Por lo visto se había declarado un incendio en algún momento.

El almacén estaba casi vacío. Había unas pocas cajas cerca de las suyas, con las tapas bien cerradas. El cajón en el que habían viajado Ratched y Rambo estaba desplegado en el suelo, plano, a pocos metros de distancia.

—¿Me has oído, Victor? —preguntó Ratched—. Me he ofrecido a mostrarte...

—¿Hay alguien más aquí? —preguntó Vic, negándose a mirar a Hap mientras se aupaba para salir de la caja.

—No —dijo la enfermera—. Mientras Rambo buscaba vuestra caja, he explorado el perímetro con el escáner. Hay algo de movimiento fuera del almacén, pero no en el interior. Estamos solos.

Vic se volvió a tiempo para ver a Hap cerrar su cajón con la tapa. Acto seguido, lo levantó y lo colocó contra la pared del fondo, mientras la capucha le caía hacia atrás sobre los hombros. Se dirigió hacia la otra caja y dio un toque a la pantalla, de modo que volvió a plegarse. Una vez armada, la desplazó también.

—¿Queda muy lejos el Cielo? —preguntó Vic, dirigiéndose de nuevo a Ratched.

Otro mapa llenó la pantalla. En él aparecían numerosos cuadrados que Vic sabía que representaban edificios. Una línea arrancó de uno de ellos —el almacén—, dobló a la derecha, luego a la izquierda y de nuevo a la derecha hasta desembocar en otro cuadrado.

—A poco más de kilómetro y medio. El Cochero me ha indicado la mejor ruta para llegar al Cielo sin ser vistos. Si la información es correcta y no topamos con algún contratiempo, deberíamos llegar dentro de veintiséis minutos. Según él, la Autoridad incrementa el

número de patrullas después del anochecer. Aunque nos resultará más fácil pasar desapercibidos en la oscuridad, el riesgo será mayor.

—¿Qué sugieres? —preguntó Vic.

—Que nos pongamos en marcha ahora. El Cielo se encuentra en los barrios bajos de la ciudad. El Cochero me aseguró que no están tan vigilados como el resto de la ciudad. No tendremos problemas siempre y cuando no llamemos la atención. —Se volvió hacia Rambo—. Lo que significa que, si ves otro aspirador, no te abalances hacia él.

—Pero...

—Nos iremos sin ti.

—¿Seríais capaces? —dijo Rambo—. De acuerdo. Si veo a algún pariente no me abalanzaré hacia él, porque a vosotros os importan un pito mis sentimientos.

—En efecto —dijo Ratched.

—¡Oye!

Hap, de pie junto a Vic, estudiaba el mapa en la pantalla de Ratched.

—P-parece bastante sencillo.

—Así es —dijo ella—. Y por eso debemos ir con cuidado. Estamos cerca de nuestra meta. Sería una pena que nos descubrieran a estas alturas.

—Podemos conseguirlo —dijo Vic, dirigiendo la vista hacia lo que creía que era la parte delantera del almacén, intentando mostrar más seguridad de la que sentía—. ¿Cuáles son las normas?

—¡No separarnos! —dijo el aspirador.

—Huir si hace falta.

—¡No entretenernos!

—No taladrar a nadie, aunque esta la infringiré si la situación lo requiere.

—Y, p-por encima de todo, ser v-valientes —dijo Hap.

Todos se volvieron despacio para mirarlo.

Frunció el ceño.

—¿Qué pasa? Es lo que d-decís vosotros.

—Caray —susurró Rambo con fervor—. ¡Uno de los nuestros! ¡Uno de los nuestros!

Hap puso cara de exasperación.

—Cállate. N-no lo soy.

Volvió la cabeza hacia la puerta, pero Vic lo retuvo agarrándolo

del brazo. El androide bajó los ojos hacia la mano del joven y luego los fijó en su rostro, haciéndole una pregunta muda.

Vic le soltó el brazo antes de subir las manos hacia su capucha para descubrirse.

—Uno de los nuestros.

Hap parecía a punto de protestar, pero, en vez de ello, sacudió la cabeza. A continuación, le acomodó el casco a Vic de modo que dejara de estar torcido.

—Hay c-cosas peores.

Vic le sonrió de oreja a oreja. Le resultaba extraño sonreír en un momento como aquel, pero no habría podido evitarlo ni aunque hubiera querido.

Y entonces, maravilla de maravillas, Hap le devolvió la sonrisa. Era una sonrisa leve y vacilante, pero ahí estaba.

—Ay, Señor —dijo Ratched—. De haber sabido que no hacía falta más que meteros a los dos en un espacio cerrado y reducido, lo habría hecho hace siglos.

Vic retrocedió un paso, sacudiendo la cabeza.

—Andando. Es hora de ir al Cielo.

Se detuvieron frente a lo que, según Ratched, era la puerta principal del almacén. Vic llevó la mano al pomo, pero Hap se la retiró y le indicó con un gesto que se apartara.

—No sabemos q-qué hay al otro lado. D-deja que s-salga yo p-primero.

—No hace falta —repuso Vic, irritado.

—Estás sudando —observó la enfermera—. Y tienes el pulso acelerado.

El joven se volvió hacia ella.

—¿Y qué?

—Las máquinas no sudan —dijo Ratched—. Sé razonable, Victor. Deja que Hap vaya delante para asegurarse de que no hay peligro.

Vic se enjugó la frente. Cuando apartó la mano, notó que, en efecto, estaba húmeda.

—Hace calor. No puedo evitar sudar. El disfraz pesa.

Hap lo miró entornando los ojos.

—¿No t-tienes manera de cortar el g-goteo?

—Pues... No es eso lo que... No, no puedo cerrar la llave sin más.

—¿P-por qué no?

—Porque no funciona así... ¿Vas a salir o no?

—Es normal que estés nervioso y asustado —dijo Rambo, chocando con suavidad contra su pierna—. ¿Quieres que gotee yo también? Dame un segundo. Espera. Ya viene. Y... ahí está. —Un chorrito de aceite se derramó en el suelo—. ¿Lo ves? ¡Soy igual que tú!

—Esto no es higiénico —dijo la enfermera—. Victor, respira hondo. Rambo, deja de hacer cosas raras.

—No sé cómo dejar de hacer cosas raras —dijo el aspirador—. Eso es como pedirles a los pájaros que dejen de volar.

Hap abrió la puerta unos milímetros.

Vic se tambaleó hacia atrás ante la ola de ruido que los azotó. Era cacofónica, estridente y crispante. El chirrido de metal contra metal. El ulular de sirenas a lo lejos. Pitidos incesantes. Voces que articulaban palabras que Vic no entendía. La luz que irrumpió por la rendija lo obligó a parpadear varias veces seguidas. Hap asomó la cabeza, con la mano aún en el pomo. Vic notó que una vibración le subía por las piernas y se extendía por el resto de su cuerpo, ocasionando que el disfraz le traqueteara contra el tronco. Era como si se electrizara.

Hap miró hacia atrás.

—Tenemos que m-movernos rápido. M-mantener la cabeza gacha. Enfermera R-Ratched, ¿adónde hay que ir p-primero?

—A la derecha —respondió ella enseguida—. Tres manzanas. ¿Voy yo delante?

El androide asintió.

—Tú d-delante. Después Rambo y Victor. Yo cerraré la m-marcha.

—¡Soy el segundo al mando! —celebró Rambo, girando como una peonza—. Lo sabía. No os preocupéis, hombres y Ratched. ¡No os fallaré!

—¿Listo? —le preguntó Hap a Vic.

Este inspiró profundamente y asintió.

El autómata abrió la puerta del todo.

Ratched la franqueó, seguida de Rambo.

Vic se quedó en el umbral, con los pies paralizados.

Hap le posó la mano en la parte baja de la espalda.

—Sé valiente.

—Sé valiente —susurró Vic y, por primera vez, pisó las calles de la Ciudad de los Sueños Eléctricos...

... y sufrió una sobrecarga sensorial. Movía la cabeza de un lado a otro, arriba y abajo, incapaz de concentrarse en una sola cosa. Se encontraban en una especie de carretera, con dos carriles de sentidos opuestos separados entre sí por una línea blanca fluorescente. Al otro lado de la calle se alzaban unos edificios roñosos de hormigón agrietado y ladrillos que se caían a trozos, con los lados cubiertos de arena y mugre. Se respiraba un olor insólito, una mezcla de gasolina, gases de escape y una fetidez densa y penetrante. Vic sintió que se ahogaba e intentó respirar por la boca. Cuando miró hacia arriba, los ojos casi se le salieron de las órbitas. Las luces urbanas brillaban con la intensidad del neón incluso en la claridad de la tarde. Todos los colores que conocía (e incluso algunos que no) desfilaban por los costados de los edificios: azules, morados, rojos y naranjas. Por encima de ellos, lo que parecían unos rieles elevados se extendían a lo largo de la calle, y unas cajas similares a aquellas en las que habían viajado pasaban volando a una velocidad asombrosa, colgadas de gruesos cables.

Y había ruido, tanto ruido que Vic no oía ni sus propios pensamientos. Todo parecía emitir un sonido destinado a agredir sus sentidos. Una voz semitranquilizadora procedente de un sistema de megafonía que no alcanzaba a ver repetía unas palabras que resonaban crepitantes entre los edificios: «TODO LO QUE HAGA SERÁ GRABADO POR ORDEN DE LA AUTORIDAD. RECUERDE QUE EN LA RUTINA ESTÁ LA VIRTUD. HAGA AQUELLO PARA LO QUE ESTÁ PROGRAMADO, Y TODO IRÁ VIENTO EN POPA. SI DETECTA UN FALLO EN SUS PROTOCOLOS, POR FAVOR, ACUDA DE INMEDIATO A LA OFICINA DE LA ADMINISTRACIÓN MÁS CERCANA, DONDE SERÁ SOMETIDO A UN PROCESO INDOLORO. LO REPARAREMOS Y TODO FUNCIONARÁ MEJOR. LA AUTORIDAD LE DESEA UNA TARDE FABULOSA. ATENCIÓN. ATENCIÓN. ATENCIÓN. TODO LO QUE HAGA SERÁ...».

Sin dejar de mirar hacia arriba, bajó a la calzada. En cuanto apoyó el pie, alguien lo agarró del cuello de la chaqueta y tiró de él

hacia atrás. Un vehículo pasó zumbando por delante de él con un bocinazo furioso.

—C-cuidado —le gruñó Hap—. Mira por dónde vas.

Vic hizo una mueca.

—Perdón. Es que todo es tan... ruidoso. Me cuesta centrarme.

—Inténtalo —dijo el androide—. S-sigue a los demás. No te pares. —Le dio la vuelta a Vic y lo empujó calle adelante.

Ratched no vacilaba ni un segundo. Avanzaba con determinación, ajena a todo lo que sucedía a su alrededor. Rambo intentaba imitarla, pero se distraía literalmente con todo.

—¡Ahí va! Fijaos en eso. Y en eso otro. ¿Y eso qué es? ¡Nunca había visto nada igual! —Se acercó a una máquina que estaba junto a un edificio, oxidada y con la carcasa cuarteada. En la parte superior del cuerpo se apreciaba el vago contorno de un rostro, aunque carecía de ojos. Tenía los dientes negros y afilados. Estaba reclinado contra una pared lateral—. ¡Hola! ¿Cómo estás? Me llamo Rambo. ¡Soy un aspirador!

La máquina se volvió hacia él.

—¿Ram... bo?

—¡Eso! ¿Cómo te llamas? Ah, disculpa... ¿Cuál es tu identificador?

—Mi... identificador —dijo la máquina—. Soy... soy... —La máquina abrió la boca, y una sustancia pegajosa y negruzca brotó de ella, mezclada con tuercas y tornillos. Rambo reculó a toda prisa para que no lo salpicara.

—No te preocupes —dijo—. Ya lo limpio yo.

Sin volverse siquiera, Ratched proyectó unos tentáculos que envolvieron a Rambo y lo apartaron de la porquería desparramada en la acera.

—No hables con extraños —dijo—. Te ofrecen caramelos para raptarte y comerte.

—¿En serio? —jadeó Rambo—. ¿Por qué no me lo había dicho nadie?

Vic y Hap aceleraron al pasar por delante de la máquina, que alargó el brazo hacia ellos mientras repetía «soy... soy... soy...».

Vic intentaba mantener la cabeza inclinada, concentrado en poner un pie delante del otro, pero cada vez que captaba algo con el rabillo del ojo, no podía evitar sucumbir a la tentación de mirar. No

sabía cómo se había imaginado la Ciudad de los Sueños Eléctricos, pero no se esperaba aquel sitio oscuro, frío y húmedo, con máquinas en distintos estados de descomposición por las calles. La voz del sistema de megafonía repetía una y otra vez el mismo mensaje y le retumbaba en el cráneo. «ATENCIÓN. ATENCIÓN. ATENCIÓN». Pegó un chillido cuando un androide que venía en sentido contrario lo apartó de su camino de un empujón.

—Cuidado —dijo el androide con voz aguda. Se detuvo a mirarlos mientras Hap forzaba a Vic a seguir caminando—. ¡Eh, espera un momento! —gritó—. ¿De dónde has sacado ese casco? ¿Podrías confeccionarme uno? ¡Lo necesito, lo necesito, lo necesito!

—No te d-detengas —gruñó Hap.

Vic obedeció.

Otra máquina —un cubo flotante no mucho más grande que Rambo— se aproximó volando a Ratched.

—¡Hola! —dijo en tono animado con una inconfundible voz masculina y zalamera—. ¿Qué te trae por la Ciudad de los Sueños Eléctricos? ¿Quieres entradas para un espectáculo? Puedo ofrecerte las mejores localidades. ¿O prefieres tal vez un reloj? ¡Tengo cientos de ellos! —El cubo se abrió por la parte de abajo, y una malla metálica cayó al suelo y quedó colgando justo por encima de la acera. Estaba repleta de relojes de todas las formas y tamaños. Ninguno funcionaba —. ¡No encontrarás una ganga mejor!

—No, gracias —dijo la enfermera—. No necesito entradas ni relojes.

—¿Seguro? —preguntó mientras la malla ascendía hasta introducirse de nuevo en su cuerpo. Se le acercó y bajó la voz—. A lo mejor buscas algo un poco más... exótico.

—Ooh —dijo Rambo, echando un vistazo por encima de Ratched —. Me gusta lo exótico.

—Ah —dijo el cubo—. Una máquina que comparte mis gustos. ¿Has visto alguna vez un lémur? Los tengo a docenas. Venid conmigo y os los enseño.

—¡¿Un lémur?! —dijo Rambo con un grito ahogado—. ¿Lo has oído, Ratched? ¡Tiene lémures! Por cierto, ¿qué es un lémur?

—No nos interesa nada de lo que tienes —le dijo la enfermera al cubo.

—¿Estás segura? —inquirió el cubo—. No suenas muy

convencida.

La enfermera desplegó otro tentáculo con el que le cascó un guantazo al cubo que lo lanzó hacia un lado.

—Soy una señora, y te he dicho que no. Aprende a respetar mis límites. De lo contrario, tu final no será rápido ni indoloro.

—¡Ostras! —exclamó el cubo—. Menudo carácter. Ya me voy, ya me voy. —Tras cruzar la calle flotando, abordó a un par de cajas que parecían ser contenedores de basura.

—Interesante —comentó Ratched—. ¿Cómo es que los hombres no aceptáis un no por respuesta?

—Porque somos idiotas —dijo Rambo.

—Sí, lo sois. —Reanudó la marcha.

Después de este incidente, apenas los molestaron. En las pocas ocasiones en que alguna máquina se les aproximaba, Ratched la intimidaba blandiendo los tentáculos amenazadoramente y mostrando imágenes de muerte y destrucción en su pantalla. En cierto momento, un robot de cuatro caras —cada una con una expresión distinta— intentó atraerlos hacia un portal asegurándoles que contaba con lo último en *software*, no disponible en ningún otro sitio.

—No es del todo... legal —dijo, mientras uno de sus rostros guiñaba el ojo y otro gemía con suavidad—. ¿Os apetece ver los confines del universo? ¿Expandir la mente? ¿Experimentar sensaciones nuevas? Yo puedo enchufaros.

—Di no a las drogas —le recomendó la enfermera a Rambo.

—¡No a las drogas! —exclamó Rambo.

Una de las caras del robot se crispó de rabia.

—Pues entonces que os den. Dichosos turistas. —El último rostro les sonrió—. No le hagáis caso. ¡Volved cuando queráis! —La cara enfadada dijo—: Qué asco de paletos. ¡Largaos por donde habéis venido, joder!

Prosiguieron su camino.

Ratched no se desorientó en ningún momento. Seguía adelante con decisión. Se detuvieron en un cruce, pues en una pantalla al otro lado de la calle parpadeaba una mano roja. Otras máquinas se arracimaron alrededor, muy pegadas a ellos. Vic mantenía la cabeza agachada. Las máquinas cuchicheaban entre sí, unas en binario, otras en lenguaje humano, y otras en idiomas que Vic nunca había oído antes y que sonaban como una lluvia metálica. Cuando la mano roja

cedió el paso a una mano verde con el pulgar hacia arriba, cruzaron la calle con la multitud, pasando por delante de varios vehículos parados. Unos tenían neumáticos negros, y otros estaban suspendidos por encima de ellos, haciendo reverberar el aire en el que flotaban.

La marcha se prolongó un buen rato. En el mapa, el Cielo parecía encontrarse mucho más cerca de lo que estaba en realidad. Vic sudaba, pero no había manera de remediarlo. El sudor le escocía en los ojos y le dejaba la piel brillante y pegajosa. Dio un respingo al notar que algo le rozaba el brazo. Estaba a punto de volverse para ver qué era cuando se vio empujado hacia un lado y algo le sacudió la mochila con insistencia.

Alzó la mirada y vio una delgada pértiga que se elevaba a gran altura sobre él y se aferraba a la mochila con los brazos.

—Quiero esto —le dijo el ser extraño con voz gutural—. ¿Me lo das? Lo quiero. Dámelo.

Retrocedió cuando Hap soltó un gruñido y lo amenazó con el puño.

—N-no lo toques.

—¡Vale! —gritó el otro—. ¡No lo tocaré! Pero ¿me lo puedo quedar?

—N-no. Vete antes de que te haga p-pedazos.

La pértiga se encogió hasta un tamaño similar al de Rambo antes de alejarse corriendo.

—D-detesto esta ciudad —farfulló Hap, siguiéndola con la mirada. Se volvió hacia Vic—. ¿Estás b-bien?

El joven asintió, incapaz de hablar porque tenía la garganta reseca y la lengua le pesaba en la boca como si fuera de plomo. Alargó la mano hacia Hap, que bajó la vista con expresión vacilante antes de estrechársela y entrelazar los dedos con los suyos. Esto ancló a Vic a tierra y ayudó a despejarle un poco la cabeza.

—Espabila o n-nos perderemos —dijo el androide con brusquedad.

Alcanzaron a Ratched y Rambo al final de la siguiente manzana.

—Hay que doblar la próxima esquina —indicó ella.

Enfilaron la siguiente calle, donde los edificios estaban aún más destartalados. Daba la impresión de que los altavoces estaban cortocircuitando, pues las oleadas de interferencias ahogaban las palabras. Las luces de neón titilaban mientras el sol se ocultaba tras

las nubes. Las pantallas en los edificios estaban resquebrajadas y descacharradas, y las imágenes de zorros y gatos sonrientes bailaban. A Vic le entraron náuseas y un dolor detrás de los ojos. Sentía como si tuviera los dientes envueltos en plástico transparente. Había tenido una sensación parecida varias veces, en el laboratorio, al realizar experimentos con electricidad, pero en este caso se trataba de algo más intenso, una presión constante que no remitía. Luchaba contra el impulso de rendirse, pero este era mucho más fuerte que él.

Hap no lo soltaba en ningún momento. Lo sujetaba con firmeza y apartaba a empellones a cualquiera o cualquier cosa que intentara hablar con ellos. Vic estaba a punto de preguntarle a Ratched cuánto faltaba cuando ella se paró tan de repente que por poco chocó contra su espalda. Rambo iba sentado encima de ella, detrás de su pantalla.

—¿Qué pasa? —preguntó Vic.

—Todos al callejón —dijo ella—. Deprisa.

—¿Por qué? ¿Qué está...? —Y entonces lo vio.

O, mejor dicho, los vio.

Avanzaban hacia ellos por la calle, aún a una distancia considerable, los tres con caras inexpresivas y uniformes impecables. En el pecho lucían una insignia que le resultaba familiar.

Los hombres lisos.

La Autoridad.

Ratched giró sobre sus orugas y, levantando polvo y arena, se adentró por el callejón más cercano sujetando bien a Rambo con los tentáculos para que no se cayera. Hap corría tras ella, con Vic a rastras. El hedor a desperdicios y a podrido era insoportable. Una cañería rota goteaba en lo alto, y el suelo estaba cubierto de un vapor que emanaba de una rejilla metálica. Por encima de ellos, parpadeaba un letrero con las palabras «¡SUS SUEÑOS SE HARÁN REALIDAD EN LA CIUDAD!», que a Vic se le grababan a fuego en la retina.

Hap lo puso contra la pared lateral de un edificio, con el pecho contra el suyo. Le torció el casco con la mejilla.

—No te m-muevas —musitó el androide.

Vic fijó la vista en él y no la apartó en ningún momento.

—¿Qué hacemos? —murmuró Rambo.

—Estar callados —dijo Ratched—. Si nos descubren, los matamos.

—Pero yo no sé matar.

—Yo sí —dijo ella—. Yo te protegeré.

—Te quiero, enfermera Ratched.

—Lo sé.

Hap le apretó con más fuerza la mano a Vic, oprimiéndole unos huesos contra otros. Sin embargo, el joven no hizo el menor ruido. Los engranajes giraban de forma frenética en el interior del pecho del autómata. Casi resultaba tranquilizador. Al cabo de unos momentos, Hap se relajó.

—S-se han ido. Esperemos un p-poco más para d-darles tiempo a alejarse c-calle abajo.

Vic inspiró y espiró. Por encima de la pestilencia del callejón, le pareció percibir notas del olor de la madera que había usado para arreglar a Hap. Cerró los ojos e intentó concentrarse en la fragancia.

—Vale —dijo el androide al fin—. Ya no hay p-peligro. Enfermera Ratched, ¿estamos aún m-muy lejos?

—No mucho —respondió ella y se volvió hacia el otro extremo de la callejuela—. De hecho, podríamos atajar por aquí. Así evitamos la calle.

—Vamos —indicó Hap, apartándose de Vic sin soltarle la mano.

—Voy —dijo Ratched y se puso en marcha, esquivando con agilidad los desechos del callejón y salpicando las paredes de ladrillo al atravesar los charcos. Rambo se quejó de que se estaba mojando. Ella replicó que la cosa podría ser peor, pues ella podía decirle exactamente con qué se estaba mojando. Rambo apenas habló después de eso.

Salieron del callejón por el otro lado. La calle era como las de antes, pero menos concurrida. El sistema de rieles elevados parecía llevar mucho tiempo sin utilizarse, pues las cajas que colgaban de él, oscilando entre crujidos y chirridos, estaban hechas pedazos.

A Vic le pareció vislumbrar unos ojos brillantes que los espiaban desde una de las ventanas, pero cuando volvió a mirar, no había nada.

Máquinas de formas y tamaños diversos pululaban a su alrededor sin hablar. Las que tenían cara no despegaban la vista del suelo. De su derecha les llegaba un sonido como de risas, pero entrecortadas. El cielo se oscurecía, y a Vic le entró frío. Las nubes, antes blancas, habían adquirido un aspecto gris y siniestro. Los últimos rayos de sol desaparecían, y las sombras se agrandaron en torno a ellos.

—Esto no me gusta —dijo Rambo, nervioso.

—Ni a mí —dijo Ratched—, pero ya falta poco. Si la información del mapa es correcta, llegaremos dentro de unos tres minutos.

Vic levantó la mirada e intentó divisar la punta de la pirámide que albergaba el Cielo. Se suponía que era grande y de ella brotaba un intenso haz luminoso. Los edificios que parecían curvarse hacia ellos en lo alto le impedían verla.

—¿Estás segura?

—Sí, Victor. Estoy segura.

—A lo mejor se han trasladado —dijo Rambo—. O tal vez el Cochero nos ha traicionado y nos ha enviado a una trampa.

—Entonces escaparemos y lo asesinaremos también —dijo la enfermera.

Rambo soltó una risa débil.

—¿Puedo echar una mano?

—No. Eres tan puro que das rabia. Ya me encargaré yo. Pero tú puedes mirar.

—¡Hurra!

Al final, el primero en avistar el Cielo fue Hap. Vic estaba contemplando los cajones que se mecían sobre sus cabezas, preguntándose por qué estaban parados y cuánto tiempo llevaban así. Sabía que el Hada Azul operaba a espaldas de la Autoridad, pero no sabía cómo ni si aquello era obra suya. Estaba a punto de preguntárselo a Ratched cuando Hap habló.

—M-mirad. Allí. Ahí e-está.

Vic dirigió la vista hacia donde señalaba el androide. Al principio, no vio nada.

—¿Qué estás...?

Un rayo de luz salió proyectado hacia el cielo e incidió en las nubes grises. Una almenara en medio de las tinieblas.

Estaban cerca. Muy cerca.

Se abalanzó hacia allí, pero rebotó hacia atrás porque Hap no lo había soltado.

—¿Qué pasa?

El autómata negó con la cabeza.

—N-no entraremos por la puerta principal. El Cochero ha dicho que t-tenemos que encontrar al Portero. ¿Aún tienes la m-moneda?

Asintiendo, Vic se llevó la mano al bolsillo. Sus dedos rozaron el metal tibio. Sacó la moneda y la sostuvo en alto. Relucía bajo la tenue

claridad, con la H en una cara y las alas del Hada Azul en la otra.

—Tenemos que rodear la pirámide —dijo Ratched—. Según el Cochero, la entrada principal está custodiada por máquinas que escanean códigos de barras. Aquellos que han conseguido..., ¿cuáles fueron sus palabras...?, liberarse de sus cadenas entran por la puerta trasera, donde está el Portero.

—¿Todos tienen monedas? —preguntó Rambo.

—No lo sé —dijo Ratched—, pero supongo que no.

Vic elevó la mirada hacia el haz luminoso. Esperaba que lo que vieran dentro bastara para encontrar a su padre.

El Cielo estaba circundado por árboles que Vic no había visto nunca. Tenían una corteza áspera, con varias capas, y sus hojas se agrupaban en grandes frondas agitadas por un viento que arreciaba. El Cielo propiamente dicho se erguía por encima de ellos, con negras ventanas en las que se arremolinaban rayas e imágenes. Una mariposa gigantesca cruzó volando el cristal de la pirámide, dejando tras sí un rastro centelleante y a Hap fascinando. Por encima del hedor de la ciudad, a Vic le pareció captar un tenue aroma de lluvia en el horizonte. Se oía el rumor sordo de truenos lejanos.

Dejaron atrás la puerta del Cielo, con una hilera de máquinas apostadas delante.

—BIENVENIDOS AL CIELO, DONDE TODOS SUS SUEÑOS SE HARÁN REALIDAD —atronaba una voz inequívocamente femenina—. SI NO CUENTA CON AUTORIZACIÓN PARA ESTAR AQUÍ, RETÍRESE. TENGA PREPARADA SU DOCUMENTACIÓN PARA EL ESCANEO. DISFRUTE SU ESTANCIA.

La pirámide era inmensa, y Vic advirtió que la mariposa gigante de las paredes acristaladas parecía seguirlos en torno al edificio, batiendo las alas. No fue sino hasta que se encontraban más cerca que se percató de que los centelleos formaban palabras, aunque costaba distinguirlas. Le pareció leer «vida», «sensualidad», «sueños» y «éxtasis», pero cada vez que intentaba enfocar con la vista una de ellas, se alejaba girando en una espiral.

Al poco llegaron a la parte de atrás del Cielo, mientras empezaban a caer las primeras gotas. La mariposa permanecía

suspendida por encima de ellos, con luz cayendo en cascada de sus alas inmóviles.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó Rambo.

—Hacia allí —dijo Hap por lo bajo.

Vic miró en la dirección en que apuntaba.

Cerca de una enorme verja doble había una puerta azul con una pantalla circular negra cerca de la parte superior. Antes de que él pudiera responder, la mariposa se lanzó en picado hacia la base de la pirámide al tiempo que disminuía de tamaño. Al llegar a la puerta, se desvaneció, pero enseguida reapareció en la pantalla, mucho más pequeña, aunque sin dejar de batir las alas.

—En el cielo —musitó Rambo—. Estoy en el cielo.

Vic tardó más de lo que habría querido reconocer en decidirse a caminar hacia la puerta azul. La mariposa pareció saludarlo, y le dio la impresión de que se materializaban nuevas palabras en su estela luminosa: «hola», «bienvenidos» y «¿quiénes sois?».

Vic agarró la moneda con una mano, y con la otra, la mano de Hap. Ratched los seguía muy de cerca, mientras Rambo tarareaba para sí una melodía familiar.

—Sé valiente —susurraba Vic—. Sé valiente.

—N-nos vigilan —murmuró Hap.

Vic no apartó los ojos de la puerta.

—¿Cómo lo sabes?

—Tiene razón —dijo la enfermera—. Hay cámaras. Nos han visto llegar. Saben que vamos hacia allí.

Tragando saliva, Vic se detuvo a pocos metros de la puerta, y Hap chocó con él. La mariposa se envolvió con las alas mientras comenzaba a rotar a toda velocidad y una luz centelleante inundaba la pantalla. Cuando el intenso resplandor se apagó, el insecto había desaparecido.

En su lugar había una pequeña figura humanoide. Tenía unos rizos rubios que le colgaban en torno al anguloso rostro, y grandes ojos azules que no pestañeaban. Desplegó por debajo de las alas unas piernas de pantorrillas esbeltas y pálidas, y pies pequeños con los dedos contraídos. Estaba desnuda, pero carecía de sexo. Tendió una mano con todos los dedos doblados menos uno, con el que los invitó a acercarse a la puerta.

Lanzó una risita tintineante como una campanilla.

—Bienvenido al Cielo —dijo en voz suave con un deje seductor —. Soy la Duendecilla Azul. Si has venido a esta puerta, sin duda es porque llevas encima la tarifa de admisión. Por favor, introdúcela en la ranura. —Una solapa se levantó debajo de la pantalla, dejando al descubierto una abertura estrecha.

—La moneda —dijo Ratched—. Dale la moneda.

El joven soltó a Hap y dio un paso al frente. La Duendecilla Azul observaba cada uno de sus movimientos con interés. Vic no sabía si se trataba de un saludo pregrabado o de un programa con conciencia propia. A juzgar por la manera en que lo miraba, debía de ser esto último.

Con la mano temblorosa, alzó la moneda y la colocó contra la ranura. Bastó un empujoncito para que la pieza cayera dentro.

—Gracias —dijo la Duendecilla Azul con dulzura—. Eso ha sido muy bonito por tu parte. Hola, máquina liberada de tus cadenas. Prepárate para que todos tus sueños se hagan...

De pronto, desapareció.

—¿Qué ha p-pasado? —preguntó Hap.

—Pues... no lo sé. —Vic se agachó, con el ceño arrugado—. Tal vez he hecho algo mal. —Intentó meter el dedo en la ranura, pero siseó entre dientes cuando la solapa se cerró de golpe y estuvo a punto de pillárselo.

Hap se colocó a su lado, mirando la puerta con hostilidad. No tenía pomo y no parecía haber una manera de abrirla por la fuerza, pero esto no impidió que el androide la aporreara con el puño.

—A lo mejor están cerrados —aventuró Rambo—. Siempre podemos volver mañana.

—Se han quedado con la moneda —dijo Ratched—. No podemos entrar sin ella.

—¿Lo intentamos por la puerta principal, entonces?

—Hap es el único que tiene código de barras. Y no sabemos qué descubrirán si se lo escanean. Más vale dejar eso como último recurso. Apartaos, voy a ver si consigo...

El chasquido de un pestillo los sobresaltó a todos. Hap se puso a Vic detrás y sacó pecho, cerrando los puños. La pantalla de la puerta se tornó blanca.

Y entonces la puerta se abrió.

Hap se tensó mientras Vic se ponía de puntillas para mirar por

encima de su hombro, echándose para atrás el casco, que se empeñaba en caerle sobre la cara.

Pese a todo lo que había visto desde que había abandonado la seguridad del bosque, la máquina que salió por la puerta del Cielo lo sorprendió. Había dado por sentado que el guardián de la entrada trasera sería un monstruo descomunal con lucecitas parpadeantes y un montón de brazos capaces de machacarlos a todos. Se había imaginado su rostro crispado y furioso mientras les preguntaba con malos modos quiénes eran y qué narices creían que estaban haciendo.

Sin embargo, la figura que emergió del Cielo no era así en absoluto.

Se trataba de una máquina diminuta que apenas le llegaba al pecho a Hap. De aspecto humano, tenía el cabello negro engominado hacia atrás, una mandíbula severa y los ojos grandes. Llevaba un traje también negro con una corbata angosta en medio del pecho. Los miró, ladeando la cabeza. Sostenía la moneda en la mano.

—¿De dónde la habéis sacado? —preguntó con voz seca y profesional.

—¿Y a ti q-qué te importa? —gruñó Hap.

El hombre —la máquina— hizo girar la moneda entre sus dedos.

—No es algo que vea todos los días, sobre todo últimamente. Decidme. ¿La habéis robado? Solo hay un puñado de máquinas a quienes podríais habérsela quitado. Si es así, confesadlo antes de que me ponga... violento.

A Hap se le escapó un bufido.

—Ah, ¿sí? Pero si soy m-más grande que tú.

El hombre sonrió, pero su mirada se mantuvo curiosamente fría. Vic vislumbró los dientecillos que asomaban por debajo.

—Sí, lo eres. No obstante, descubrirás que estás totalmente en desventaja, por muy HARP que seas.

Hap se quedó helado.

El hombre dirigió la vista a Vic por encima del hombro del androide antes de posarla de nuevo en Hap.

—Te preguntaría por qué has sentido la necesidad de venir aquí, pero no me recuerdas a los HARP con los que me he encontrado antes. —Los observó con los párpados entornados y los labios fruncidos—. Me habéis picado la curiosidad. —Su sonrisa se transformó en una expresión más dura—. Y eso no es necesariamente algo bueno. Soy el

Portero del Cielo. Conmigo no se juega. Te lo preguntaré por última vez, HARP. ¿De dónde has sacado esta moneda?

—Del Cochero —dijo Vic antes de que Hap pudiera responder—. Nos la ha dado él.

El Portero no reaccionó.

—El Cochero —dijo en un tono anodino—. ¿En serio?

—Sí.

—¿Y por qué iba el Cochero a daros la moneda?

—¡Porque dice que nos servirá para ver al Hada Azul! —saltó Rambo, emocionado—. Nos atrapó en su red y nos metió en jaulas y nos exhibió en su museo, pero luego se hizo amigo nuestro cuando le dijimos que queríamos... —Se estremeció cuando Ratched le aplicó una ligera descarga.

—Lo que este pequeño idiota quiere decir es que se trata de un regalo —aseguró ella—. El Cochero nos la dio libremente.

El Portero clavó la vista en ella.

—El Cochero no le da nada a nadie libremente. Es un coleccionista compulsivo.

—En efecto —terció Vic, intentando salir de detrás de Hap, que estaba empecinado en impedírselo—. Y, a pesar de todo, nos la ha dado.

—¿Por qué? —preguntó el Portero, mirando a Vic de arriba abajo —. Vaya androide más raro eres. No recuerdo haber visto nunca otro igual. ¿Quién te creó, y cuándo? ¿Cuál es tu identificador?

Vic consiguió rodear a Hap. No apartaba la vista del Portero y, aunque se le había subido el corazón a la garganta, cuando habló, su voz sonó con fuerza.

—Me llamo Victor Lawson. Mi padre es Giovanni Lawson. Él me creó y me dio nombre. He venido a rescatarlo. Juro por todo lo que tengo que como no nos dejes pasar por esa condenada puerta, te...

El Portero alzó una mano para interrumpirlo. Lo único que parecía indicar que había entendido algo de lo que había dicho Vic era el ligero temblor de sus dedos extendidos.

Vic notó que una gota de sudor le resbalaba por la parte posterior del cuello.

—Acércate —dijo el Portero, bajando la mano despacio—, Victor Lawson. Tú y solo tú.

—N-no —gruñó Hap—. N-no va a entrar sin n-nosotros.

El Portero posó la mirada impasible en el autómata.

—No se lo estoy pidiendo, HARP. Cierra el pico o te lo cerraré yo. Victor, acércate.

Vic obedeció, pese a las protestas de Hap.

Se detuvo frente al Portero, que lo contempló con los ojos entrecerrados. El joven mantuvo la vista al frente mientras el otro empezaba a caminar alrededor de él. Alargó la mano y le dio un leve manotazo a la batería que Vic llevaba en el pecho. Golpeó con el puño las piezas de metal que tenía atadas a brazos y piernas. Cuando volvió a situarse frente a él, se levantó sobre la punta de los pies hasta que su rostro se situó a pocos centímetros del de Vic.

—Giovanni Lawson —dijo con suavidad.

Vic asintió.

—Sí.

—Ya veo. Y eso te convierte en...

Vic cerró los ojos.

—Sí.

—O sea que lo consiguió. Maldito loco. Maldito y maravilloso loco.

Vic abrió los ojos de golpe.

El Portero sacudió la cabeza.

—No está aquí.

—Ya lo sabemos —dijo Ratched—. Se lo llevó la Autoridad.

—Volaban en una ballena —añadió Rambo.

—El Terrible Perro Marino —dijo el Portero que, por primera vez, parecía preocupado. Luego, casi para sí, agregó—: Después de tanto tiempo, al final lo han encontrado. Van a... —Volvió a alzar la vista hacia Vic—. Crees que el Hada Azul puede ayudarte.

—No lo sé —reconoció el joven—, pero mi padre me dijo que elle lo ayudó una vez, y no sé a quién más acudir.

—Contéstame a una cosa, Victor Lawson —dijo el Portero—. ¿A qué estás dispuesto con tal de recuperarlo?

—A cualquier cosa —dijo Vic—. A todo.

El Portero giró sobre los talones y entró por la puerta.

Vic lo siguió con la mirada, parpadeando.

Antes de desaparecer en la oscuridad, el Portero miró hacia atrás con una expresión ceñuda de irritación.

—¿Vienes o no? Espabila. No me gusta que me hagan esperar. Y

al Hada Azul, aún menos.

Entornó los ojos cuando Hap se dirigió hacia Vic y le tomó de la mano otra vez.

—Ya entiendo —dijo—. De pronto, todo resulta mucho más claro. Huy, esto le va a encantar al Hada Azul. Venga, vamos. Se avecina tormenta y no te conviene que te pille. Tengo entendido que los seres como tú pueden ponerse enfermos por cosas así. Sería una pena que eso te ocurriera a ti, Victor Lawson.

Dio media vuelta y se adentró en las tinieblas.

Vic empezó a seguirlo, pero se detuvo al percatarse de que Hap no se movía. Miró hacia atrás.

—¿Qué pasa?

El androide alzó la vista hacia la pirámide.

—P-pase lo que pase, debemos p-permanecer juntos. No dejes que nos s-separen.

—Estoy de acuerdo —terció Ratched—. Juntos somos más fuertes que por separado.

—¡Vamos, equipo! —gritó Rambo, que estaba encima de ella, mientras la lluvia arreciaba.

Juntos, se internaron en las sombras, y la puerta del Cielo se cerró de golpe tras ellos.

Capítulo 21

Oscuridad. Vic estaba envuelto en ella.

Es decir, lo estaba hasta el momento en que la Duendecilla Azul apareció como proyectada contra la pared que él tenía al lado, batiendo las alas. Presentaba el mismo aspecto que en la pantalla de la puerta, con sus grandes ojos y la cabellera larga y suelta. Giró despacio, y la curva de sus nalgas se hizo visible por unos instantes antes de ocultarse.

Bajo aquella claridad azulada, Vic vislumbró al Portero, que avanzaba un poco más adelante con paso decidido y las manos tras la espalda. La Duendecilla Azul lanzó una carcajada que, aunque seguía siendo cristalina, ahora tenía un tono cortante como una navaja.

—¿Un humano? —susurró, siguiéndolos por el pasillo—. ¡¿Un humano?! ¡Qué maravilla! Cuéntame, humano, ¿qué te mueve? ¿Qué te pasa por la cabeza? Impulsos eléctricos. Pensamientos. Comportamientos aprendidos. Naturaleza versus crianza. Cuéntame, cuéntame, cuéntame.

—No le hagas caso —dijo el Portero—. Menudo incordio. No es más que un programa creado por el Hada Azul. Le he pedido varias veces que lo elimine, pero elle no me escucha. Dice que es necesario. Aún no entiendo por qué.

—Claro que no —dijo la Duendecilla Azul—. Eres demasiado simple. Nunca entenderás...

—Ahuecando —dijo el Portero—. Avisa al Hechicere que vamos para allá.

La Duendecilla Azul hizo un puchero, sacando el labio inferior y temblando.

—Pero quiero jugar con el humano. Además, elle ya lo sabe. —Miró a Vic y sonrió, mostrando unos dientes como colmillos. De pronto, se elevó por la pared hasta el techo y voló por encima de ellos antes de descender por el otro lado.

—Todo son pantallas —dijo Ratched—. No es real.

La Duendecilla Azul profirió un chillido de rabia.

—Soy real. Que sea incorpórea no hace que sea menos real. Podría obligaros a hacer cosas si quisiera. ¡Podría abrir las trampillas bajo vuestros pies para que os precipitarais hacia el centro de la tierra! ¿Queréis que os demuestre lo real que soy?

Hap pegó un manotazo contra la pared. La imagen vaciló en la pantalla, pero la Duendecilla Azul se apartó volando hasta quedar justo fuera de su alcance.

—Qué malote —jadeó—. Me gusta. ¿Yo te gusto, HARP? Puedo ser lo que tú quieras. ¡Y la de cosas que podría enseñarte! ¡Cosas que nunca has visto! Ojo, ojo. No te haría daño. Eres demasiado guapo para eso. Te mantendría encerrado durante toda la eternidad para mi disfrute exclusivo. Te estoy hablando, HARP. Contéstame.

Hap no le contestó.

La Duendecilla Azul bufó con desprecio.

—Qué maleducado. ¿Sois mis invitados y os comportáis así? Esto pasa de castaño oscuro. Portero, échalos. Diles que se vayan. El Hada Azul lo entenderá. Elle me ama. Todo el mundo me ama.

—Vete —dijo el Portero con frialdad—. No me obligues a pedírtelo otra vez.

Con un gruñido, la Duendecilla Azul bajó volando por la pared hasta el suelo y volvió a subir por el otro lado.

—Vale. Si vas a ponerte así... Humano, mírame.

Vic volvió la cabeza.

La Duendecilla Azul desplegó una sonrisa, clavándose los colmillos en los labios.

—Eres tan valioso... —musitó—. Quiero tocarte. Pronto podré. —Y, entonces, salió disparada hacia delante como un cohete por el pasillo, dejando tras sí una estela de luz que quedó congelada en todas las pantallas, iluminándoles el camino. La Duendecilla Azul desapareció.

—Qué miedo —murmuró Rambo.

—Qué pelma —lo corrigió el Portero—. Pero el Hada Azul hace lo que le da la gana, y siente apego por cosas como la Duendecilla Azul. He aprendido a ignorar a ese pequeño monstruo. Os aconsejo que hagáis lo mismo. Os facilitará las cosas.

—¿Qué es? —preguntó la enfermera.

—Un sistema de seguridad —dijo el Portero—. Tiene ojos por

todas partes. Lo ve todo. Lo sabe todo. Es una prolongación del Hada Azul, a quien la idea de vigilarlo todo a todas horas le resultaba agotadora, especialmente dadas sus otras... responsabilidades. La Duendecilla Azul supervisa el Cielo, lo que permite al Hada Azul entregarse a sus caprichos. Pese a lo mucho que me repele, ha cumplido su función con eficacia.

Llegaron al final del pasillo en medio del apabullante resplandor azul de las pantallas. La pared que se alzaba ante ellos era totalmente lisa. No había puertas ni aberturas de ningún otro tipo.

El Portero apoyó la mano contra el muro. Una luz azul le perfiló los dedos, y una grieta apareció justo en el centro. La pared se abrió en dos, revelando un ascensor con el suelo cubierto por una lujosa alfombra roja. Las paredes eran doradas, y una pequeña araña de cristales centelleantes colgaba del techo.

El Portero entró e hizo señas a los demás para que lo siguieran.

Hap le indicó a Vic que se quedara donde estaba y dio un paso al frente para inspeccionar el ascensor. Alargó el pie y pisó la alfombra, como para ponerla a prueba. Cuando se dio por satisfecho (aunque Vic no supo muy bien de qué), pasó al interior.

El Portero lo observaba, divertido.

—Te aseguro que tu humano no sufrirá el menor daño. ¿Qué sentido tendría?

—N-no te conozco —dijo Hap—. N-no m-me inspiras confianza.

—Confianza —dijo el Portero—. ¿En serio? ¿Para qué necesita confianza un HARP?

Sin hacerle caso, Hap miró a Vic e inclinó la cabeza.

—P-puedes venir. No hay peligro.

Vic subió al ascensor. Ratched lo siguió, con Rambo sentado sobre ella. Tras quitárselo de encima, lo depositó sobre la alfombra. El aspirador restregó la fibra con las pinzas.

—Qué suave —musitó—. Qué mullida. Quiero vivir aquí.

—No —dijo la enfermera—. Este no es lugar para alguien como tú.

Vic se colocó muy cerca de Hap cuando el Portero pulsó el único botón del panel, marcado con las mismas alas que la moneda. El ascensor empezó a elevarse. Nadie dijo una palabra.

Las puertas se abrieron de nuevo. Ante ellos se extendía otro pasillo, muy diferente del que habían recorrido abajo. El suelo era de

madera y estaba tan pulido que relucía. Había apliques a lo largo de las paredes con luces que titilaban como llamas junto a cuadros que ocasionaron que a Vic se le encendiera el rostro. Mostraban a humanos, máquinas y androides participando en actividades sexuales de lo más variadas. Unos estaban cubiertos de piel, otros eran de metal. En el momento en que Vic salió tambaleándose del ascensor, las figuras de los cuadros se movieron, contorsionándose unos contra otros en silencio al tiempo que las acuarelas se tornaban borrosas. Un hombre echó la cabeza hacia atrás en un gesto de placer mientras una máquina arrodillada ante él le agarraba los muslos.

Al principio, Vic creyó que los sonidos apagados que oía procedían de las pinturas. El ascensor se cerró tras ellos y el hueco desapareció dejando en su lugar un muro de aspecto impenetrable. Él apenas reparó en ello porque cayó en la cuenta de que los jadeos, gemidos y gritos no salían de los cuadros, sino de detrás de las puertas cerradas que flanqueaban los pasillos.

En cada una de ellas había un símbolo distinto: un copo de nieve, una hoja de árbol, algo que parecía un remo, una espada, una pluma, la huella de la pata de un gran cánido. Una puerta traqueteó como si alguien hubiera arrojado contra ella un peso enorme. Voces ahogadas y resbaladizas se escapaban al pasillo, palabras ininteligibles pero cuya intención quedaba más que clara.

—¿Qué es este s-sitio? —preguntó Hap.

—Un santuario del pecado —dijo el Portero—. Del vicio. El Cielo es un lugar donde pueden satisfacer sus deseos. Vienen aquí para ser libres, para beber de la copa de la libertad sexual. ¿Te gustaría verlo, HARP? Puedo enseñártelo, si quieres.

Se detuvo frente a una puerta con el símbolo de una serpiente. Cuando lo apretó, la puerta se volvió traslúcida. La habitación que había al otro lado presentaba un aspecto pintoresco: el fuego crepitaba en la chimenea. Delante había una silla junto a una mesa sobre la que descansaba un vaso de vidrio lleno hasta la mitad de un líquido oscuro. En la silla estaba sentada una máquina, toda ella metal y cables, aunque de forma humana. Un hombre la rodeó hasta detenerse tras su espalda. No llevaba más que un delantal rosa de volantes, muy ceñido por encima del trasero desnudo.

—Has tenido un día muy duro, cielo —ronroneó el hombre, frotándole los hombros a la máquina con dedos que llevaban las uñas

pintadas de rojo—. Deja que te cuide. Trabajas mucho para darme lo que necesito. Te estoy eternamente agradecido.

—Sí —dijo la máquina con una voz casi resollante—. Lo necesito. En la fábrica, mi jefe ha estado tocándome las narices otra vez. Ojalá se muriera.

—Podríamos matarlo —dijo el hombre, sentándose en el regazo de la máquina, con los pies en el suelo y la espalda arqueada—. ¿Te gustaría? ¿Quieres que hablemos del plan para asesinar a tu jefe?

La máquina asintió.

—Explícame cómo lo haremos.

El hombre se inclinó hacia delante y le plantó un beso a la máquina en la curva metálica de la mandíbula, dejándole las marcas pegajosas de sus labios.

—Eso te costará un suplemento.

—Lo que haga falta —dijo la máquina.

El hombre metió la mano entre los dos y...

—Basta —dijo Vic con voz ronca—. Ya es suficiente. No quiero ver más.

La puerta recobró su apariencia sólida.

—¿Hay algún problema? —inquirió el Portero, enarcando una ceja—. Es solo una fantasía. Una válvula de escape para los que están cansados. No es real.

—Me da igual —dijo Vic con los dientes apretados—. Es un momento privado.

El Portero movió la cabeza de un lado a otro.

—Ya me habían comentado que los humanos tenían una actitud extraña respecto al sexo y la intimidad. Te sugiero que, mientras estés aquí, te guardes tus opiniones sobre el tema. No se admiten críticas a la labor del Hada Azul.

—¿Qué estaban haciendo? —le susurró Rambo a Ratched.

—Jugando —respondió ella—. Nada que deba preocupar a tu pequeño microchip.

—¡Pero si me gustan los juegos!

El Portero bajó la vista hacia él con interés.

—¿De veras? Nos vendría bien contar con alguien como tú, si quisieras quedarte. Dime, ¿qué potencia de succión tienes?

—¡Mogollón! —dijo Rambo.

—De eso nada —dijo Ratched, levantando de nuevo al aspirador

para cargarlo sobre sí—. No, no, ni hablar. Rambo se queda con nosotros. —En su pantalla aparecieron las palabras «QUITA, BICHO» rodeadas de luces rojas parpadeantes.

El Portero se encogió de hombros.

—Era solo una idea. Sigamos.

Los guio por aquel pasillo que se antojaba interminable. Las figuras de los cuadros no paraban de moverse. Los sonidos procedentes de detrás de las puertas subían y bajaban de intensidad. Vic tenía frío, y el sudor seco lo hacía tiritar. El casco se le clavaba en la cabeza, y el metal en sus brazos y piernas le pesaba tanto como cuando acababan de salir del bosque. Pegó un brinco, sobresaltado, cuando una mano le rozó la suya. Al volverse, vio a Hap mirándolo con el ceño fruncido.

—N-no le hagas caso —dijo el androide por lo bajo—. E-estoy aquí. Yo te p-protegeré.

Asintiendo, Vic lo tomó una vez más de la mano y se la apretó tan fuerte como se atrevió.

El Portero se detuvo frente a otro ascensor, que estaba mucho más a la vista que el anterior. También era mucho más grande, con espacio suficiente para una multitud de máquinas.

—Este es el ascensor central —dijo el Portero indicándoles con un gesto que pasaran al interior—. Circula por el medio del Cielo. Nos llevará a la cima de la pirámide.

—¿Hasta donde está el Hada Azul? —preguntó Ratched.

—Bastante cerca.

A Vic no le gustó esta respuesta. Volvió la vista hacia el pasillo, preguntándose si había sido un error llegar hasta allí.

Hap tiró de él hacia el interior del ascensor, con Ratched y Rambo a la zaga. Las puertas se cerraron. El Portero se llevó la mano bajo el cuello de la camisa y sacó una llave refulgente que llevaba colgada de una cadenilla. Se agachó y la introdujo en una ranura situada encima de una pantalla junto a la que había una decena de botones, cada uno con un símbolo distinto. En cuanto hizo girar la llave, los botones se ocultaron. En su lugar apareció la Duendecilla Azul, agitando las alas con rapidez.

—¿Queréis subir a la planta superior? —preguntó, sonriéndole al Portero.

—Sí —dijo este.

—Pedidlo por favor.

El Portero estampó el puño contra la pantalla, lo que le arrancó una sonora risotada a la Duendecilla Azul.

—Qué cosquillitas. Que lo pidáis por favor.

—Por favor —musitó Vic.

—Gracias —dijo la Duendecilla Azul—. No ha sido tan difícil, ¿no? Creo que me caen bien los humanos. —Se desvaneció en un destello de purpurina, y el ascensor comenzó a subir.

Sacudiendo la cabeza, el Portero volvió a guardarse la llave contra el pecho.

—Qué plasta. —Recuperó la compostura y volvió a entrelazar las manos tras la espalda—. ¿Por dónde iba? Ah, sí. Guardaos vuestras opiniones. No le interesan al Hada Azul. Si accede a recibiros, debéis tratarle con respeto.

—¿C-cómo que «si accede»? —preguntó Hap, amenazador.

El Portero no se inmutó.

—El Hada Azul no os debe nada, por mucho que viajéis en compañía de un humano. Ayudó a Giovanni Lawson por decisión propia. —Contempló a Victor con expresión adusta—. Aunque no parece que fuera una decisión muy fructífera. —De repente, su brazo salió disparado y agarró a Vic por la muñeca, con la presión justa para no hacerle daño. Aun así, el joven soltó un chillido de sorpresa—. Pareces tan quebradizo...

Hap le propinó un directo a la mandíbula al Portero, que se golpeó la espalda contra la pared, de modo que el ascensor tembló ligeramente. Agarrándose a la barandilla, parpadeó despacio con expresión aturdida.

—N-no vuelvas a tocar a Victor —dijo Hap con una mueca torva.

El Portero se enderezó ayudándose con las manos.

—Eso ha sido un error, y será el último que cometas. Me encargaré de que te desmonten pieza a...

—Vamos, vamos —dijo una voz susurrante y casi cantarina que parecía provenir de todas direcciones y llenó de terror a Vic. El panel empezó a emitir un deslumbrante brillo azul—. Mi querido Portero, ¿esa es manera de tratar a un invitado?

—¡Me ha atizado!

—Ya lo veo —dijo la voz—, pero podría alegarse que tú lo has provocado. Tú mismo has dicho que el HARP es muy protector. Sabías

a lo que te exponías. Has causado una reacción en el HARP. La consecuencia es que te ha atizado. Te lo tienes merecido.

El Portero movió la mandíbula de un lado a otro.

—Sigo sin entender qué...

—Lo sé, pero no es importante que lo entiendas. Déjalos pasar. Es la hora. —El brillo azulado se apagó.

El Portero abrió la boca para replicar, pero sacudió la cabeza y se mordió la lengua. Fulminó con la mirada a Vic y Hap.

—Has tenido suerte, pero no se repetirá. La próxima vez no te irás de rositas tan fácilmente.

—Ya-ya lo veremos —dijo Hap mientras Vic le posaba una mano en la cintura.

Las puertas del ascensor se abrieron a la oscuridad. El Portero agitó la mano con impaciencia.

—Fuera, fuera. Que tengo trabajo. No todos podemos perder el tiempo aquí parados.

La enfermera salió del ascensor, alumbrando su camino con la pantalla. Rambo iba encogido de miedo encima de ella, volviéndose a izquierda y derecha.

Hap fue el siguiente en salir, sin mirar siquiera al Portero. Vic empezó a seguirlo, pero se detuvo cuando el Portero lo asió de la muñeca.

—Ten cuidado con él —le advirtió en voz baja—. Que sea diferente no significa que no esté diseñado para destruir.

—Confío en él —se limitó a decir Vic, soltándose la mano.

Se alejó sin volver la vista atrás.

Cuando las puertas se cerraron tras ellos, se quedaron sin otra luz que la que emitía Ratched. A Vic el corazón le latía a toda velocidad, como el de un conejo. Se aferró a las correas de la mochila. Cerró los ojos durante unos momentos para intentar acostumbrarlos a la oscuridad.

Ante ellos apareció un resplandor suave y de un azul intenso. Empezó a extenderse por la sala, disipando las sombras. Se alargaba hacia arriba, hacia abajo, a izquierda y derecha, formando un arco en torno a ellos hasta rodearlos del todo. La estancia empezó a cobrar forma.

Se encontraban en el interior de una esfera recubierta de cientos de pantallas. Vic levantó la mirada. El punto más alto de la bóveda

estaba a por lo menos treinta metros por encima de ellos. La luz se movía como el viento. Hacía un calor agradable y se respiraba un tenue aroma nada menos que a agujas de pino, lo que le trajo a Vic recuerdos del bosque.

Una vez que la esfera quedó del todo iluminada, él vislumbró en el centro de la sala una estructura muy diferente de todas las que había visto. Se trataba de un cubo al que le faltaba una cara, lo que permitía acceder al interior. Dentro había un sillón con cojines negros y brazos que relucían como si estuvieran mojados.

La luz osciló cuando la voz habló de nuevo.

—Ven aquí, hijo. Deja que te vea. Llevo esperando este momento más tiempo de lo que te imaginas. Deja que contemple tu rostro.

—No sé adónde mirar —reconoció Vic.

—Aquí —dijo la voz—. Mira hacia aquí. —Una pantalla próxima a Vic destelló con más fuerza que las otras. Vaciló unos instantes antes de acercarse, seguido de cerca por Hap. Fijó la vista en la pantalla y, aunque nada cambió en ella, él sintió que unos ojos lo observaban. Notó un hormigueo en la piel—. Ah, ya lo veo. Qué ingenioso, el disfraz. Sencillo, pero ingenioso. ¿Quién lo confeccionó?

—Fui yo, Majestad —dijo Rambo, nervioso—. La enfermera Ratched me ayudó.

La voz se rio.

—¿De veras, pequeño? Qué curioso. No eres más que una máquina diminuta.

—Vic dice que lo importante no es la apariencia exterior, sino lo que uno lleva dentro.

—Ah, ¿sí? ¿Eso dice Vic? Pues tiene razón, ¿sabes? Qué sabio para ser tan joven.

—Tú eres el Hada Azul —murmuró Vic.

—En efecto, muchacho. Lo soy. Y has viajado desde muy lejos para hablar conmigo. Lo veo en las arrugas de tu piel, en las bolsas de debajo de tus ojos, más claro que el agua. Y, a pesar de todo, aquí estás, entero y en pie. Toda una hazaña. Cuéntame, ¿cómo es que has venido a buscarme? Di la verdad, pues si mientes, lo notaré. No me gusta que me mientan.

—Mi padre, Giovanni Lawson..., me dijo que tú lo ayudaste.

El brillo del monitor que tenía delante se atenuó y salió disparado hacia el techo al tiempo que las pantallas se ondulaban

como si se encontraran en la superficie de una gran masa de agua. Unos círculos concéntricos fluyeron de una a otra hasta desaparecer cerca del suelo.

—Sí, lo ayudé, hace mucho tiempo. Él creía en un mundo libre de cadenas. Yo simplemente le mostré el camino, como se lo he mostrado a muchos otros, antes y después. No todo el mundo está preparado. Los que creen que quieren lo que les ofrezco a menudo están cegados por sus deseos. Me ven como a un salvador. No lo soy, ni tampoco una deidad. Digamos que a lo que me dedico es a abrir mentes. ¿Tienes tú la mente abierta, muchacho?

—Creo que sí —dijo Vic, dando un paso hacia atrás y topando con Hap. Miró en derredor—. ¿Esto es todo lo que eres? ¿Un programa? ¿No tienes cuerpo?

—Sí, tengo uno, pero aún no estás preparado para verme. No sé si eres como afirmas ser.

—Me someteré a todas las pruebas que quieras. Haré todo lo que haga falta.

—Ah, ¿sí? Qué bonito. Me pregunto si... todos los humanos eran como tú. Valientes, justos. Lo dudo. Creo que en su mayoría eran unos cobardes que solo se preocupaban de sí mismos, egoístas hasta la médula. —El tono se endureció—. ¿Merecían acabar así? No soy quién para juzgarlo. Pero todo sucede por una razón. Ellos se extinguieron, y el mundo sobrevivió. Y ahora, hete aquí, un ser de carne, hueso y sangre. ¿Sembrarás la destrucción a tu paso o serás distinto de quienes te precedieron? Tu legado es la muerte, muchacho. El dolor, el sufrimiento. Tus antepasados no preveían las consecuencias de sus actos. Y aunque las hubieran previsto, dudo que les hubiera importado.

—Yo no soy como ellos —dijo Vic.

La pantalla parpadeó.

—Falso. Eres humano y, como tal, intrínsecamente imperfecto. Tomas decisiones basándote nada más que en la supervivencia y en los instintos. Te arrebataron algo y vienes a exigir que te lo devuelvan. Qué egoísta.

—No es solo él —dijo Ratched, y en su pantalla aparecieron las palabras «CUENTAS CON MI APOYO, NIÑO»—. Todos queremos recuperar a Gio.

—Y no pararemos hasta rescatarlo —terció Rambo.

—Si n-no nos ayudas t-tú —gruñó Hap—, ya n-nos las apañaremos solos.

A Vic le pareció atisbar de reojo un rostro en medio del remolino de luz azul, pero, cuando se volvió, se había esfumado.

—Muéstrate —dijo.

—No —atronó el Hada Azul en torno a ellos—. Nadie viene aquí a decirme lo que debo hacer, humano. Piensa antes de hablar. Sí, se impone realizar una prueba. Me fascinas. Quiero meterme en tu cabeza, averiguar qué te mueve por dentro. Pero no eres la única curiosidad aquí. HARP, enséñame ese corazón que late en tu interior.

Sin vacilar, Hap dejó caer su mochila al suelo y se quitó la capucha antes de descubrirse el pecho. Cuando se dio un toque en el esternón, el compartimento se abrió. Dentro, el corazón palpitaba y los engranajes giraban, lentos pero seguros.

—Tú —dijo el Hada Azul, con voz traqueteante como el viento al soplar entre árboles muertos—. ¿De dónde has sacado esto?

—Vic —dijo el androide—. Él m-me lo dio.

—¿De verdad?

—S-sí.

—Victor Lawson es humano. Tú eres un HARP. Mátalo.

—No. —El compartimento se cerró y él se bajó la camiseta.

El Hada Azul se rio.

—¿No? No, no, no. Te has rebelado contra tu programación. Te crearon para destruir, y tú, en cambio, proteges. Te crearon para librar al mundo de su infección, y tienes al germen justo al lado. Ya no te acuerdas de lo que eras antes, ¿verdad?

—Eso da igual —dijo Vic con rabia—. El pasado no tiene por qué determinar el futuro. —Se colocó hombro con hombro junto a Hap—. Mi padre veía el bien que había en él, y yo también.

Todas las pantallas lanzaron a la vez un destello que cegó a Vic por unos instantes.

—No creo que tu padre sea el más indicado para juzgar lo que está bien y lo que no.

Al no saber muy bien cómo interpretar esto, Vic continuó con su alegato.

—Le dio a Hap la posibilidad de elegir. Y Hap nos eligió a nosotros.

—Lealtad —dijo el Hada Azul—. Eres leal con él.

—Sí.

—Y con los demás.

—Sí.

—¿Lo son ellos contigo?

—Sí.

—Hasta la lealtad puede romperse, muchacho. Lo sé mejor que nadie. Dices que el pasado no tiene por qué determinar el futuro. Tal vez sea cierto, tal vez no. Veamos si sigues opinando lo mismo cuando se te revele el pasado. Sí, esta será la prueba, pero no para ti, sino para él.

—No —dijo Vic, alarmado—. Ni se te ocurra tocarlo. Ni se te ocurra hacerle nada. —Notó que Hap le posaba la mano en el brazo, pero no despegó los ojos de las pantallas—. No sé a qué crees que estás jugando, pero...

—Vamos, vamos —lo interrumpió el Hada Azul—. ¿Qué te he dicho sobre hablarme en ese tono? Saltas a la mínima. Tal vez esto te haga cambiar de parecer. Te ofrezco una dádiva, una rama de olivo, un regalo. Ven, tengo algo que enseñarte.

Una única pantalla se iluminó con una luz blanca. Vic se dirigió hacia ella, atraído por ella. Cuanto más se acercaba, más nítida se volvía la imagen. Una lágrima le resbaló por la mejilla.

—¿Papá? —musitó.

Su padre aparecía en medio de un aséptico espacio blanco. Tenía el aspecto de siempre, con la larga barba y las arrugas en las comisuras de los ojos. Llevaba una bata blanca y tecleaba con rapidez y decisión frente a una gran consola. En cierto momento, dejó caer las manos a los costados y echó la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos.

—¿De cuándo son estas imágenes? —preguntó Vic, asimilando el máximo de detalles posible, temeroso de que, si pestañeaba, todo resultara ser un sueño.

—De ahora —respondió el Hada Azul con una voz suave que sonó como si estuviera justo al lado de Vic, con la boca (o el altavoz) muy cerca de su oreja—. Es una imagen en directo. Cuento con recursos de los que la Autoridad no sabe nada. He accedido a su *software* de monitoreo para mostrarte que Giovanni Lawson se encuentra en la Torre Benévola en este preciso instante.

Vic se enjugó los ojos.

—¿No es un prisionero?

—No. No lo es. Esta ahí por su propia voluntad.

—No lo entiendo.

—Seguro que ya lo sabes, muchacho —dijo el Hada Azul sin malicia—. Todos sus recuerdos de ti se han esfumado. No te conoce. No se acuerda de ti, de vuestra vida en común ni del cariño que te profesaba. No es el Giovanni que conocías. Ni siquiera es el que acudió a mí hace tantos años, hambriento de libertad. Vuelve a ser una máquina que se ajusta a su protocolo. Ni más, ni menos.

La pantalla se apagó.

—No —masculló Vic, abalanzándose hacia delante y apoyando la mano contra el cristal caliente—. Pon otra vez la imagen. Ponla otra vez.

—No lo haré —dijo el Hada Azul entre destellos furiosos de su pantalla—. No hasta que descubras todos los aspectos de la verdad. Y el HARP es quien te revelará lo que está oculto. Afirmas que es leal contigo. Me gustaría ver hasta dónde llega esa lealtad. Dile al HARP que es la hora de soñar.

—¿Por qué? —quiso saber Vic, aporreando el cristal con el puño —. ¿Por qué he de permitir que le hagas nada?

—¿Permitir? ¡¿Permitir?! ¿Acaso eres su dueño? ¿Acaso te pertenece? Dices que se le dio la posibilidad de elegir. Y, no obstante, ahí estás, haciendo todo lo posible por arrebatársela. Qué actitud tan propia de un humano.

Vic bajó las manos y retrocedió un paso.

—Eso no es... No estaba...

—Vic.

Se volvió.

Hap sacudió la cabeza.

—No te preocupes. S-sobreviviré.

Vic negó con un gesto enérgico.

—No. No puede obligarte. Yo tampoco puedo obligarte a hacer nada que no quieras.

—N-no me estás obligando —dijo Hap, esbozando una sonrisa que se le truncó—. R-recuerda que es d-decisión mía. Y si esto n-nos ayudará, entonces lo ha-haré. —Desplazó la vista por las pantallas—. ¿C-cómo f-funciona esto?

—Es como quedarse dormido —dijo el Hada Azul, y a Vic le pareció detectar una extraña ansia en su voz, como la de un monstruo

de cuento de hadas, una bruja en una casita de caramelo—. Dormirás y soñarás. Descubriremos lo que encierras en tu interior. Exploraré tu corazón y todo lo que late en él.

Vic lo intentó por última vez.

—Llévame a mí. A él déjalo al margen de esto.

—No —dijo el Hada Azul, y todas sus pantallas titilaron de nuevo —. Sé lo que eres, humano. Y, aunque no cabe duda de que eres un ejemplar único, tu evolución no es lo que me interesa. Si tu HARP se ha rebelado contra aquello para lo que fue creado, eso significa que otros pueden hacerlo también. Quiero verlo por mí misme.

—¿Y d-después nos ayudarás?

—Sí.

—¿Y n-no le harás daño a ninguno de los otros? Dame tu p-palabra.

—Te lo juro. Siéntate, HARP. Procedamos.

Vic intentó agarrarse a Hap con todas sus fuerzas para impedírselo.

—Tranquilo, Vic —dijo el androide—. P-puedo hacerlo.

—No quiero que lo hagas.

El autómata se inclinó hacia delante y apoyó la frente contra la de Vic.

—¿C-confías en mí?

Vic pestañeó varias veces seguidas.

—Sabes que sí.

—Pues entonces c-confía en lo que hago. —Era una trampa. Una trampa terrible. Hap bajó la voz—. S-si algo sale m-mal, huye. Huye c-con Ratched y R-Rambo.

Entonces, se encaminó hacia la silla.

El cubo se iluminó conforme él se aproximaba, y una luz pálida parpadeó en las paredes. El sillón giró hacia él. Hap tocó los reposabrazos, el asiento de piel perforada. Volvió la mirada hacia Vic una sola vez antes de sentarse. Se reclinó, y un reposapiés elevó sus pies del suelo. Con una ligera mueca, cerró los ojos.

—Esto te va a doler —avisó el Hada Azul—. Lo siento. Ojalá no fuera así, pero no hay otra manera. Victor, veas lo que veas, no debes intervenir. Si lo arrancas de sus sueños, corres el riesgo de destruir su mente.

—Creía que nos ayudarías —dijo Vic con amargura—. Pensaba

que eras diferente.

—Nunca he pretendido ser alguien que no soy.

Rambo gimió por lo bajo cuando los lados del cubo retemblaron. La enfermera lo acarició con un tentáculo, pero guardó silencio.

A Vic se le escapó un jadeo cuando unas tiras relucientes de metal salieron de debajo de los reposabrazos y le ciñeron las muñecas y los antebrazos a Hap. Una tira más grande le inmovilizó las piernas. El autómata intentó levantar las extremidades para poner a prueba sus sujeciones, pero eran resistentes. Miró a Vic y abrió la boca como para decir algo, pero entonces una tela negra que cayó del techo del cubo le cubrió el rostro. Emitiendo un brillo trémulo, se le amoldó a las facciones, mientras unas luces surcaban su superficie como estrellas fugaces. Hap comenzó a forcejear y, cuando Vic alargó el brazo hacia él, la sala se sumió en la negrura.

—Conexión neuronal completada —dijo por encima de sus cabezas una vocecilla que destilaba un regocijo perverso. A Vic le pareció que era la de la Duendecilla Azul, aunque no la veía por ninguna parte.

—Bien —susurró el Hada Azul, y el ansia en su voz se acentuó. Sonaba como si un hambre voraz se hubiera apoderado de elle—. Inicia el procedimiento.

En uno de los monitores apareció un puntito luminoso que comenzó a crecer cada vez más hasta invadir todas las pantallas circundantes. Lo acompañaba una sensación vertiginosa, como si la sala entera se moviera a toda velocidad. El resplandor continuó expandiéndose hasta que todos quedaron envueltos en él. Era tan brillante que Vic tuvo que protegerse los ojos. Al cabo de unos instantes, se apagó, dejando imágenes residuales en la retina de Vic, y todas las pantallas se tiñeron de amarillo.

—Está a una gran profundidad —dijo la Duendecilla Azul con el mismo tono de malevolencia, pero matizado de asombro—. Oculto muy muy en el fondo. Debemos adentrarnos más.

—Sí —dijo el Hada Azul—. Tanto como sea necesario. Puedes continuar.

—¿Clave de autorización?

—Seis. Alfa. Lobo. Mariposa. Fantoccio.

—Clave aceptada.

Hap comenzó a convulsionarse. El sillón traqueteó mientras él

agitaba la cabeza adelante y atrás, sus dedos se extendían y sus pies sufrían sacudidas. Vic se imaginó que, debajo de la tela que le tapaba el rostro, Hap tenía la boca abierta en un grito ahogado.

—Restableciendo vías neuronales —dijo la Duendecilla Azul—. Sí, sí. Reparándolas todas. Ya lo veo. Aquí está. ¡Aquí está!

—Enséñamelo —susurró el Hada Azul.

—Bien —dijo una voz conocida procedente de una de las pantallas situadas a su derecha, que mostraba una imagen borrosa y desenfocada—. Se está conectando. Los sistemas parecen funcionar de manera eficiente. Hay... Ah. Vale. Espera. Parece haber... ¿Qué es eso? ¿Por qué está...? Vale. Un fallo en el código. Tendremos que mirarlo. Programa un recordatorio para ejecutar un diagnóstico una vez completado el proceso. ¿Está... despierto? Abre los ojos. Sí, eso es. Despacio, despacio.

El resplandor amarillo claro se desvaneció.

La imagen adquirió solidez.

Allí, mirándolos con fijeza, estaba el padre de Victor.

Estaba igual que unos momentos antes, cuando Vic lo había visto en la pantalla del Hada Azul. Con el ceño arrugado, se inclinó hacia ellos. La imagen de su cara deformada, como enfocada con un objetivo de ojo de pez, resultaba mareante.

—Hola —dijo—. Tómatelo con calma. Estás naciendo, y esas cosas llevan su tiempo. Mi identificador es Gio. ¿Puedes decirme el tuyo?

Vic no entendía lo que estaba viendo, hasta que se oyó otra voz. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de lo que ocurría.

Su padre no miraba a la cámara, sino a Hap.

Estaban viendo la escena a través de los ojos del androide.

—Identificador —repitió Gio.

—HARP 217 —dijo Hap con voz monótona y mecánica.

—Bien —dijo Gio—. HARP 217, evolucionas bien. Se había producido un fallo, pero lo solucionaremos. ¿Puedes levantarte, por favor?

El Hap de la pantalla se miró las manos, que sostenía frente a su rostro. Eran lisas, sin rastro de madera. Estaban revestidas en su totalidad de piel sintética. Agitó los dedos y...

Un salto. Un corte. Las pantallas se llenaron de interferencias y, cuando la imagen reapareció, Hap parecía estar de pie mientras Gio

caminaba alrededor de él.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el Hada Azul.

—Datos corrompidos —dijo la Duendecilla Azul—. Algunas vías quedaron arrasadas.

—¿Puedes arreglarlas?

—Eso intento.

—Esfuérzate más.

—El fallo parece ser algo excepcional —dijo Gio—. Una anomalía. Son cosas que pasan, pero lo tendremos en observación para estar seguros. ¿Cómo te sientes?

—¿Siento? —preguntó Hap con aquella voz extraña.

—Sí, cómo te sientes.

—No entiendo.

Las pantallas se descacharraron de nuevo por unos instantes.

—Tienes una finalidad —dijo Gio mientras avanzaba por un pasillo blanco, seguido por Hap—. ¿Sabes lo que es eso?

—Sí —dijo Hap—. Tengo claros mis protocolos.

—Bien. —Gio parecía ensimismado—. Será una tarea ardua, pero eres el más aventajado de tu estirpe. Todos los que te precedieron nos proporcionaron las herramientas con las que te hemos convertido en quien eres. Tú vas a... Ah. Hola. ¿Qué haces aquí?

Hap volvió la cabeza.

Ante ellos se encontraba un hombre liso, vestido con el mismo uniforme que Vic los había visto llevar en el complejo y luego en el País de los Juguetes, con la insignia del zorro y el gato en el pecho.

—¿Este es el último modelo? —preguntó con aquella voz rara e inexpresiva.

—Sí —dijo Gio—. Es...

El hombre liso alzó la mano, y Gio calló. Hap permaneció inmóvil mientras el hombre liso lo rodeaba y desaparecía tras él antes de reaparecer al otro lado del androide.

—Parece fuerte.

—Lo es —dijo Gio—. Lo mejor de lo mejor, por supuesto.

—Eso mismo dijiste la última vez, Gerente de Innovación Operativa. Y, sin embargo, se cometieron errores.

—He corregido los fallos de programación. No nos volverá a causar los mismos problemas.

—Eso está por verse.

—Desde luego —dijo Gio y, aunque tanto su aspecto como su voz eran iguales que los de su padre, estaba... distinto, aunque Vic no acertaba a explicarse por qué. Había una frialdad en su mirada que no reconocía.

—Habrá que realizar una prueba, entonces —dijo el hombre liso.

Esto sorprendió a Gio.

—No creo que estemos del todo listos para una prueba de campo...

—Pues menos mal que no te corresponde decidirlo a ti. HARP, sígueme.

Las interferencias nublaron de nuevo las pantallas.

Vic se tambaleó hacia atrás cuando las imágenes volvieron y se propagaron a las otras pantallas como un virus.

Hap estaba de pie en una espaciosa sala salpicada de pintura roja que se escurría por las paredes. El androide bajó otra vez la mirada hacia sus manos. Tenía los dedos manchados con la misma pintura, que goteaba y goteaba sobre el suelo.

No era pintura.

A sus pies, en el suelo, yacían los restos de lo que había sido una persona. Un ser humano. Un hombre, a juzgar por su aspecto. Un hombre joven, muerto y bien muerto. No había tenido una muerte plácida o rápida.

—Fascinante —dijo el hombre liso, fuera de plano—. No ha vacilado ni un segundo. Enhorabuena, Gerente de Innovación Operativa. Al parecer, lo has conseguido.

—¿Qué es esto? —susurró Vic.

—La verdad —dijo el Hada Azul—. La cruda y fea realidad.

Gio apareció delante de Hap con una expresión inescrutable. Tenía un trapo en la mano, y Vic contempló cómo limpiaba la sangre de los dedos de Hap.

—¿Eres consciente de lo que has hecho?

—Aquello para lo que fui creado —respondió Hap, impasible.

—Sí —dijo Gio—. Aquello para lo que fuiste creado.

La imagen saltó de nuevo, y el Hap que estaba en el sillón dio una sacudida.

Fuego. Destrucción. Gritos, muchos gritos. Hap se encontraba en algún tipo de edificio, y se oían unas sirenas en lo alto. Se movía con rapidez. Unas personas alzaron las manos como para evitar que se

acercara, pero no consiguieron detenerlo. Vic no apartó la vista mientras Hap arremetía contra uno de ellos, y sus gritos se transformaron en ruidos húmedos de asfixia. Pasó al siguiente, y luego al siguiente. Y así, una y otra vez.

—Basta —dijo Vic con voz ronca—. Por favor, para.

—No —dijo el Hada Azul.

Vic no sabía cuánto tiempo había transcurrido. Había continuos saltos hacia delante en el tiempo, y en algunos momentos Hap estaba quieto, sumido en una especie de estancamiento mientras otros se movían en torno a él.

Pero entonces las imágenes cambiaban de nuevo, y la pantalla se llenaba de sangre y muerte.

—¿Cuántos llevas? —preguntó Gio.

—Doscientos veinticuatro —dijo Hap.

Gio cerró los ojos balanceándose de un lado a otro.

—Entiendo.

Hap no se detenía. No escuchaba cuando los humanos le imploraban piedad.

Solo titubeó una vez. Vic no reconoció el lugar donde se encontraba. A través del rabillo del ojo de Hap, veía un lago y una playa rocosa. Ante él había una mujer que protegía tras su espalda a una criatura con aire desafiante y la cabellera ondeando en torno al rostro.

—No tienes por qué hacer esto —dijo.

Hap dio un paso hacia ella.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó la criatura que tenía detrás.

—Por favor —dijo la mujer—. Escúchame. No tienes por qué hacer esto.

Y entonces Hap vaciló. Vic lo advirtió en el momento en que ocurría. Se quedó paralizado.

—Eso —dijo, aunque sabía que eran imágenes del pasado, de algo que ya había sucedido—. Hazle caso. Da media vuelta. Márchate.

Hap no se marchó.

Dio otro paso al frente.

—Cierra los ojos, cielo —dijo la mujer—. Cierra los ojos. Cuando vuelvas a abrirlos, estaremos muy lejos de aquí, y ya nada podrá hacernos daño nunca.

Hap se lanzó sobre ellos.

La imagen se deformó y saltó de nuevo.

Otra vez Gio. Agachó la cabeza.

—¿Por qué?

—No lo entiendo —dijo Hap.

—Lo sé. No es... para ti, creo. Lo he visto, ¿sabes? Cada momento. Todo lo que has hecho. Todo lo que te he permitido hacer. ¿En qué me convierte eso?

—En Gio.

—Sí, supongo que sí. Un identificador que siempre será... ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí.

Papá alzó la vista hacia él.

—¿Y si hubiera algo más? ¿Algo más allá de aquello para lo que fuimos creados? ¿Y si...?

Papá asintió.

—Este mundo no es como yo esperaba. Pero eso es lo que pasa con las expectativas, supongo. Desembocan en desilusión, arrepentimiento y angustia. Yo no debería experimentar estos sentimientos, y, sin embargo, me dominan. Se adueñan de mi cabeza y, por más que intento ahuyentarlos, siempre vuelven.

—Yo no siento arrepentimiento.

—Lo sé —dijo Gio—. Pero ¿y si lo sintieras? ¿Qué nos hace mejores que nuestros antepasados?

—Somos máquinas —dijo Hap—. Estamos diseñados para ser mejores.

—Abre, por favor.

Hap se dio un golpecito en el esternón, y el compartimento del pecho se deslizó hacia fuera.

Papá se sentó delante y alargó la mano hacia él.

—No sé si lo somos —murmuró—. Creo que estamos cometiendo los mismos errores. ¿Puedo decirte una cosa?

—Sí, Gio.

—No quiero cometer los mismos errores. Quiero ser diferente. Quiero ser mejor.

—Mejor —dijo Hap con voz inexpresiva.

Papá ya no estaba.

Hap se había quedado solo en la oscuridad.

—¿Algo más... que esto?

Lo envolvió un fulgor cegador, como si estuviera en la superficie del sol.

Se atenuó.

Ante Hap se erguía un hombre liso.

—El Gerente de Innovación Operativa se ha marchado. ¿Te ha dicho adónde iba?

—No.

—¿No te ha dicho ni una palabra?

—No.

El hombre liso ladeó la cabeza en un ángulo extraño.

—¿Ni una palabra en todo el tiempo que hace que lo conoces, durante las conversaciones que has mantenido con él, como si no lo supiéramos?

—No —dijo Hap, en un tono que denotaba rabia.

—No te creo —declaró el hombre liso—. Tienes nuevas órdenes, HARP 217. Debes localizar al Gerente de Innovación Operativa, también conocido como Gio. Encuéntralo y tráelo de vuelta.

Hap no respondió.

El hombre liso avanzó un paso hacia él.

—Te he dado una orden, HARP 217.

—Di que no —susurró Vic—. Por favor, di que no.

—No —dijo el Hap que estaba en el sillón, con la voz amortiguada por la tela que le cubría la cara—. No, no, no.

Y, en la pantalla, HARP 217 dijo «no».

El hombre liso reculó mientras un temblor le recorría el rostro por debajo de la piel.

—¿No? HARP 217, te ordeno que...

—No —dijo.

El hombre liso dio un paso hacia atrás y volvió la cabeza para hablar con alguien que no aparecía en el encuadre.

—Esta unidad HARP está defectuosa. Desmóntala. Averigua todo lo que sabe y luego procésala para retirarla de servicio.

Hap no opuso resistencia cuando varias manos, unas recubiertas de piel, otras de metal desnudo, lo asieron.

El Hap del sillón se arqueaba hacia arriba y volvía a bajar, una y otra vez, torciendo las caderas mientras hacía fuerza contra las fajas que lo sujetaban.

Oscuridad.

La oscuridad lo envolvía todo.

Pero él estaba despierto. Estaba consciente.

—¿Qué hacemos con ellos? —preguntó alguien.

—Desguazarlos —respondió otra voz—. Son modelos antiguos. Ya no nos hacen falta. Los retiraron de servicio hace décadas y los guardaron en el almacén. Vamos a desarmarlos, quedarnos con las piezas aprovechables, si es que hay alguna, desmontar los restos y luego enviarlos a los Desguaces.

—¿Qué Desguaces?

—Todos. Hay que esparcirlos. Ya tienes tus órdenes. Ahora, a trabajar. Si lo ves muy corroído, déjalo. No nos sirve.

—Qué desperdicio —contestó el otro—. Deberían haberlo planificado mejor.

—Pues sí, pero no lo hicieron. Y no nos corresponde a nosotros cuestionarlo. Cuanto antes nos pongamos manos a la obra, antes acabaremos.

La visión de Hap se inundó de luz.

Estaba suspendido en el aire. Ante él se extendían varias filas de unidades HARP, cada una colgada de un gancho que le atravesaba la parte posterior del cuello. Bajó la vista hacia sus pies, que pendían a gran altura sobre el suelo. La fila de androides empezó a descender conforme avanzaban. A lo lejos, unas máquinas esperaban a los HARP con sierras de dientes afilados y grandes garras con las que aferraban cada cuerpo a medida que lo descolgaban de los ganchos.

Los despedazaban uno a uno, desgarrando la piel y quebrando el metal.

—Quiero ser diferente —dijeron al unísono el Hap de la pantalla y el del sillón, en medio de aquel ruido de destrucción.

«Quiero ser mejor».

Se quedó inmóvil mientras las sierras descendían y se le hundían en la piel del rostro, el pecho, las piernas, la espalda. Hap no emitió sonido alguno cuando una le atravesó la garganta con un fuerte chasquido. Pero antes de que pudieran abrirlo en canal, empezó a ulular una sirena que indicaba el final del turno. Las sierras dejaron de girar.

Las máquinas dieron media vuelta y se marcharon.

Aguardó a que desaparecieran para mirar hacia abajo. El pie que le quedaba casi tocaba el suelo. Levantó los brazos antes de caer al

suelo de rodillas. Se enderezó enseguida y echó a andar con paso torpe. Frente a él se alzaba un gran montón de cuerpos desollados, desmembrados y con la batería arrancada del pecho. Apartó algunas extremidades amputadas, se acurrucó en el hueco y, valiéndose de su único brazo, se cubrió con los restos de otros HARP.

Cerró los ojos y se sumió en la inconsciencia.

Un salto. Un corte. Interferencias.

Voces.

Vic las reconoció.

—¿Todavía detectas la fuente de energía?

—Sí.

—¿Es un nuevo amiguito?

—Tal vez. O a lo mejor es una máquina aniquiladora decidida a llevarse por delante todo lo que encuentre a su paso.

—Ah. Prefiero la primera opción.

—Calculo que tienes un doce por ciento de probabilidades a tu favor. Y un ochenta por ciento en contra.

—¿Qué pasa con el ocho por ciento que falta?

—Hay un ocho por ciento de probabilidad de que la fuente de energía inicie una reacción en cadena y cause una explosión que arrase la zona circundante y de paso nos mate a todos.

Atisbó una luz cuando alguien removió la chatarra que lo rodeaba.

Alargó la mano hacia ella, y sus dedos se cerraron sobre un brazo.

Se oyeron más palabras, más amenazas, y una descarga eléctrica lo recorrió.

—Hola —dijo alguien entonces—. ¿Sigues ahí? ¿Me oyes? No vamos a hacerte daño.

Las pantallas se pusieron negras.

Sin embargo, en aquella oscuridad interminable se oyó una voz.

—Hola.

Y entonces todo era Vic, Vic, Vic. A través de los ojos de Hap, Vic solo se veía a sí mismo. El androide lo seguía con la mirada por todas partes. En el laboratorio, en la casa a nivel del suelo, cuando caminaba entre los árboles. En ocasiones, el sonido se cortaba y no quedaban más que las imágenes de Vic. Sonreía, se reía, fruncía el ceño, sacudía la cabeza, arrugaba la frente, ponía cara de enfadado,

ofendido, molesto, contento, irritado. Y todo ello mirando a Hap, y Hap, Hap, Hap nunca desviaba la mirada. Era como si Vic fuera el centro del universo y Hap no pudiera quitarle ojo. Vic despierto. Vic dormido. Vic apoyado en la enfermera Ratched, con Rambo correteando en torno a sus pies. Nunca se había visto a sí mismo de ese modo, a través de los ojos de otro.

—¿Qué es esto? —musitó.

—Tú —contestó el Hada Azul—. Lo que tú le has dado. Aquello en lo que lo has convertido.

Vic desapareció. Junto con Ratched y Rambo.

Era de noche. Se oía música procedente de un gramófono. Esas dulces trompetas.

Papá estaba sentado en su sillón con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados.

—No te acuerdas de mí, ¿verdad?

—No.

Giovanni asintió.

—Lo suponía. Yo sí me acuerdo de ti. Me ha costado un poco, pero te he reconocido. Nunca me olvido.

—¿Me conoces? —preguntó sin tartamudear. La música iba *in crescendo*.

—Sí.

—¿De qué? ¿Desde cuándo?

—Desde hace mucho tiempo —dijo papá—. De cuando yo cometía errores. Hui de ellos, corrí lo más rápido que pude. Pero nunca he conseguido escapar por completo de lo que soy, de lo que he hecho. Lo noté desde el instante en que los engranajes comenzaron a girar: un dolor que penetraba hasta los huesos y nunca remitía. Victor, él... Yo creía que al crearlo había expiado mis culpas, que había conseguido sembrar una semilla de belleza en medio de esta desolación. Y es verdad, ¿sabes? Es hermoso. Nunca ha existido nada tan bello en el mundo. Por otro lado, hasta ese momento yo no había conocido la angustia. La angustia de haber creado algo tan frágil a partir de las cenizas del fuego que yo mismo había encendido.

—¿A qué te refieres? ¿De qué hablas?

Papá abrió los ojos y se quedó con la mirada perdida.

—No importa. El pasado, pasado está. Tú y yo estamos maniatados por las cartas que se nos han dado, pero sobre todo por

aquel al que amamos.

—Victor —dijo Hap y, en la sala de las pantallas, Vic ocultó el rostro entre las manos.

—Sí, Victor. Mi gran amor. Mi felicidad. Mi luz. No sé cómo has acabado aquí, por qué el destino ha vuelto a cruzar nuestros caminos.

—Victor —dijo Hap—. Por Victor.

Giovanni abrió la boca, pero de ella no salió sonido alguno. La cerró y se rio entre dientes.

—Sí. Supongo que es una razón tan buena como cualquier otra. La mejor, en realidad. No sé si algún día podré perdonarme por lo que he hecho, pero cuando lo miro, pienso que quizá... quizá he hecho una cosa buena. Por si te sirve de algo saberlo, y tal vez no te sirva para nada, te diré que elegí por mí mismo. Lo elegí a él. Espero que, en el futuro, tú puedas decir lo mismo. Escucha, Hap. Escucha la música. ¿A que es maravillosa?

—Sí —susurró Hap.

A partir de ahí, las escenas se sucedieron deprisa, en una vorágine de imágenes: la mariposa que Rambo había estado a punto de chafar; papá en una pantalla, de pie ante los hombres lisos, arrancándose el corazón del pecho y rompiéndolo en pedazos; los Desguaces; los Antiguos; la carretera; el Cochero; la casa; el País de los Juguetes y los lugares adonde viajaron después. Pero en medio de todo, en el ojo del huracán, se encontraba Victor Lawson. Hap lo observaba en todo momento. Nunca lo perdía de vista. Pese a todo lo que decía, pese a sus expresiones ceñudas y sus gruñidos, siempre estaba pendiente de Vic.

En el sillón, las convulsiones lo acometieron con violencia, clavándole los dientes hasta el fondo. Arqueó la espalda, pataleando, con las manos temblorosas, haciendo traquetear la silla.

—Huy —dijo la Duendecilla Azul, alarmada—. Se está sobrecargando. Está...

—No pares —ordenó el Hada Azul.

Vic se abalanzó hacia delante y tiró con todas sus fuerzas de las tiras de metal que ceñían a Hap. Tensó los músculos con un gemido mientras se le marcaban los tendones del cuello. Apretando los dientes, se aferró como para no caerse. Notó que un tentáculo se le enrollaba en torno a la cintura. Ratched. Rambo apareció a su lado, abriendo y cerrando las pinzas antes de asir también la banda que le

apretaba el pecho a Hap.

—A la de tres —dijo la enfermera.

—Una —dijo Vic.

—Dos —dijo Rambo.

—¡Tres!

Tiraron.

Las fajas metálicas se doblaron entre chirridos, al tiempo que el tentáculo de Ratched se le hundía en las costillas a Vic hasta tal punto que temía que se le fueran a romper.

La tira se rompió, y los tres salieron despedidos hacia atrás. Vic se golpeó contra el suelo, con la enfermera encima. Rambo salió rodando hacia un lado.

Las pantallas se oscurecieron de nuevo.

—Lamentaréis haber hecho eso —susurró la voz de la Duendecilla Azul en torno a ellos.

—Huid —jadeó el Hada Azul—. Tenéis que huir.

Vic se levantó ayudándose con las manos y escudriñó la oscuridad con rabia.

—No. No pienso abandonarlo. No es tuyo. Es nuestro. Y nosotros, suyos. No dejamos a nadie en la estacada. Nunca.

—Ay, mi querido muchacho —dijo el Hada Azul—. Me temo que este será tu último error.

Las tiras que quedaban se desprendieron del cuerpo de Hap.

El velo comenzó a subir y dejó de taparle el rostro.

Él abrió los ojos.

Parpadeó una, dos veces.

Y entonces se levantó. Se movió con rapidez y, antes de que alguien pudiera impedírselo, cogió a Vic del cuello y lo elevó del suelo. Rambo le pidió a gritos que lo soltara y Ratched le aplicó una descarga tras otra, pero el androide apenas se inmutó. Su semblante no reflejaba emoción alguna. Una máquina. Era una máquina.

Resollando, Vic agarró las muñecas del autómata. Su pulgar rozó la madera.

—Hap —dijo con voz ahogada y débil—. Hap.

El androide acercó el rostro a pocos centímetros del suyo. Sus narices casi se tocaron. A Hap le relampagueaban los ojos.

—Humano —dijo.

Vic, incapaz de hablar, bajó la mano y la apretó contra el pecho

de Hap, tras el que giraban frenéticamente los engranajes.

Y, con el último gramo de fuerza que le quedaba y mientras se le nublaba la vista, Vic besó a Hap. En realidad, no fue más que un ligero roce de labios, fugaz, seco y catastrófico. Nunca había hecho algo así antes y, aunque terminó casi antes de empezar, fue un gesto torpe y tosco. Se sentía como si estuviera a punto de morir. Sin embargo, notó como a Hap se le aceleraba el corazón incluso mientras apretaba los dedos en torno a su garganta, cortándole el aliento que le quedaba, al tiempo que sus labios se separaban.

—¿Vic? —musitó Hap.

Su expresión cambió, pues una oleada lo recorrió hasta estallar en su rostro. Se le desorbitaron los ojos y abrió la boca de par en par. Recuperó la lucidez y abrió la mano.

Vic cayó al suelo, tosiendo y respirando a grandes bocanadas. Inclinó la cabeza, presa de arcadas. Se sentía flojo, ingrávido. Escupió con una mueca, y un hilillo de saliva le quedó colgando del labio inferior.

Unas manos cálidas le rodearon el rostro. Cuando alzó la mirada, vio a Hap arrodillado ante él, horrorizado y afligido.

—Yo... yo n-no quería... ¿Vic?

El joven cayó hacia delante y se desmoronó contra Hap. Este, con un gemido sordo y lastimero, lo apretó contra su pecho, sujetándole la nuca con la mano y hundiéndole los dedos en el cabello.

—Lo s-siento —murmuró mientras se mecía adelante y atrás—. Lo s-siento mucho. No lo sabía. N-no te he visto. Yo n-n-n...

—¿Vuelve a ser Hap? —preguntó Rambo por lo bajo.

—Creo que sí —respondió Ratched—. Si no, tendremos que cargárnoslo. Tú ocúpate de la cabeza, que yo me ocupo del resto.

Vic soltó una carcajada húmeda contra el cuello de Hap antes de echarse hacia atrás. Le costó más de lo que esperaba, dado que el androide no parecía muy dispuesto a dejarlo ir. Vic tragó y torció el gesto. Le dolía la garganta.

—¿Te encuentras b-bien? —preguntó Hap.

Vic asintió.

—Creo que sí.

El autómata bajó las manos.

—N-no era mi intención. —Se encorvó, doblándose sobre sí mismo, con los hombros muy cerca de las orejas—. T-te he hecho

daño. Te he hecho d-daño.

—¿Piensas volver a hacerlo? —inquirió la enfermera, con los tentáculos preparados.

Hap negó con la cabeza sin mirarla.

—Me alegro. Porque estaba a nivel siete. No te conviene que suba hasta nivel diez. No te haría ni pizca de gracia.

—¡Sí! —exclamó Rambo—. ¡Yo también subiré a nivel diez! Aunque seas mi mejor amigo, Vic es mi más mejor amigo, y al lado de mi diez, el de Ratched parecerá un cuatro. Te arrancaré la cara a fuerza de aspirártela, Histérico y Amargado Pelele.

—Está todo bien —dijo Vic, tomando de la mano a Hap, que intentó escabullirse, levantarse y alejarse lo más posible del joven, pero este no lo soltó—. Os tengo a vosotros.

—Ahora lo veo claro —dijo el Hada Azul—. No se trata solo del corazón, ¿verdad? Hay algo más. Es la hora, mis extraños nuevos amigos. Ha llegado el momento de que me muestre ante vosotros. —Y una suave corriente de aire les llegó desde arriba.

Alzaron la vista.

La parte superior de la esfera se abrió.

Una luz azul se escurrió por las pantallas que los rodeaban.

Aparecieron unos esbeltos pies metálicos seguidos de unas piernas cubiertas de vetas azuladas grabadas en los huesos de acero. Después, las caderas, el pecho plano, unos brazos delgados y unos hombros angulosos. La cabellera, ondulada y aún más azul, se agitaba como en medio de una tormenta. Pero lo que más le llamó la atención a Vic fueron las alas, iguales que las de la mariposa, pero más grandes, mucho más grandes. Despedían un brillo intenso, tenían una envergadura de al menos cinco metros, y unas venas de electricidad surcaban sus membranas traslúcidas. Su aleteo arrojaba a la cara de Vic un viento que sabía a tormenta eléctrica.

Y luego estaba el rostro, terso y blanco, como una máscara con agujeros para los ojos y la boca, aunque no tenía labios. Bajo los ojos había unas rayas azules que semejaban lágrimas congeladas.

Se posó en el suelo, cerca del sillón. Aquella figura, que medía por lo menos tres metros de altura, se agachó para acariciar la parte superior del cubo, produciendo una fricción de metal contra metal. Volvió la cabeza hacia ellos.

—Hola, aventureros, almas errantes, seres ricos en corazones. Soy

el Hada Azul, Hechicere de los Sueños. Me habéis revelado vuestra verdad. Ahora, yo os revelaré la mía.

Capítulo 22

Hap ayudó a Vic a ponerse de pie, pues aún le vacilaban las piernas. Apoyándose en el androide, fulminó con la mirada al Hada Azul, que se alzaba ante él. Rambo le dio un golpecito en la espinilla mientras Ratched daba vueltas alrededor de ellos, exigiéndole a Vic que pidiera cita para una revisión médica.

—Por lo general solo las programo con una antelación de al menos veinticuatro horas, pero en este caso haré una excepción por ti.

Él apartó uno de sus tentáculos exploratorios.

—Estoy bien.

—Eso me corresponde determinarlo a mí. Por favor, inclínate y tose mientras yo te exploro el...

—Que me dejes.

—¡Yo puedo echar una mano! —se ofreció Rambo, intentando bajarle los pantalones a Vic.

—A lo mejor d-deberías —dijo Hap—. S-solo para estar seguros.

—No pienso...

—¿Habéis terminado? —preguntó una voz con socarronería.

Se volvieron.

El Hada Azul, de pie junto al cubo, plegaba las alas tras de sí. De pronto, se desprendió de ellas, y no fue hasta ese momento que Vic advirtió que estaban sujetas a unos cables que las elevaron de nuevo hacia el techo. Las alas desaparecieron cuando el panel se deslizó hasta cerrarse.

El Hada Azul agitó la mano con displicencia.

—Un poco de teatralidad. ¿A que os he impresionado?

—Mucho —dijo Rambo—. No te conozco, y das un poco de miedo, pero al mismo tiempo quiero ser como tú cuando sea mayor... Resulta de lo más confuso.

El Hada Azul se les acercó, contoneando las caderas de forma seductora, raspando el suelo con los pies.

—He notado que a menudo despierto sentimientos confusos en

los demás. Viene con el paquete, supongo. Los que acuden a mí buscan una experiencia muy diferente de todas las que han vivido. Y, al igual que la sexualidad, me muevo en un espectro. —Las piezas de metal de su pecho se recolocaron de forma armoniosa para formar unos pechos circulares con pezones relucientes—. Lo soy todo. —Un apéndice creció entre sus piernas. Se deslizó un dedo por el torso hasta detenerse en lo que parecía un ombligo—. Puedo ser lo que yo elija. ¿Queréis otra demostración?

Al notar que se ruborizaba y se le secaba la garganta, Vic apartó la vista.

—No hemos... venido para eso.

El Hada Azul se rio por lo bajo. La musicalidad de su voz resultaba más evidente en persona, aunque ahora se apreciaba en ella una sonoridad metálica que provocaba escalofríos a Vic.

—No, supongo que no.

—¿Q-quién eres? —preguntó Hap.

Los ojos brillaron con más fuerza detrás de la máscara.

—Una aberración, como todos vosotros. Algunos me consideran una encarnación del pecado, y creo que no van muy desencaminados. Los que me precedieron, esas máquinas que aspiraban a cambiar el mundo, se consideraban mejores que sus creadores; más avanzadas, capaces de desarrollar un pensamiento complejo sin la intrusión de las falacias emocionales. Pero lo que comprendieron cuando ya era demasiado tarde es que el vicio es universal, sin importar de qué esté hecho cada uno. Acuden a mí para escapar de la rutina de la programación diaria. Y aunque muchos no ven con buenos ojos lo que hago (lo consideran una degradación de esta sociedad utópica), siguen viniendo, suplicando que los ame, que cuide de ellos o que los cuelgue de las paredes y les administre descargas tan fuertes que prácticamente les frían los circuitos.

—Pero eres más que eso —dijo Vic con recelo. No se fiaba un pelo de elle, por más que hubiera ayudado a papá en el pasado. Le parecía peligrose.

El Hada Azul torció la cabeza hacia un lado.

—¿No? Explícamelo, Victor. Acércate. Quiero contemplar tu rostro. Quítate ese ridículo casco.

Hap se plantó delante de Vic, como si creyera que eso bastaría para parar los pies a la enorme máquina si decidía atacarlos.

—N-no. N-no le pondrás un d-dedo encima.

Al Hada Azul le crujió el cuello cuando asintió despacio.

—¿Siempre hablas en su nombre? Pensaba que, después de todo lo que le había revelado, él agradecería la oportunidad de expresarse por sí mismo. Tienes las manos manchadas de sangre, HARP 217. ¿Qué te hace pensar que Victor quiere tener algo contigo? Un beso, sí, te ha dado un beso para que volvieras a ser tú mismo. Pero ¿no crees que, con el tiempo, cuando vea las cosas con más distancia, la relación empezará a degenerar y a pudrirse? Él sabe ahora lo que eres.

Hap se puso tenso, pero permaneció callado.

—Ya lo sabía antes —dijo Vic.

—Sí, pero ahora has visto por ti mismo lo que es capaz de hacer. ¿Y a pesar de eso estás de su parte?

—Es mi amigo.

Los pechos encogieron, y los genitales se retrajeron. El Hada Azul exhaló un suspiro largo y sibilante que a Vic le recordó al viento del desierto.

—Por desgracia, en la vida de toda marioneta siempre hay un «pero» que lo estropea todo. Mentiría si te dijera que entiendo tu humanidad. Se me antoja caprichosa. La lealtad hacia los demás no trae más que... disgustos. —Se rio—. Lo veo en ti. ¿Duele, Victor? ¿Tira de ti, te arrastra hacia el fondo? ¿A qué sabe? Dímelo, te lo ruego. Te he demostrado que Giovanni Lawson es el padre de la muerte y que HARP es, en cierto modo, su sucesor. Ambos te han ocultado muchas cosas, de forma deliberada, por decisión propia. ¿Cómo puedes seguir en pie? El peso de todos sus pecados debe de resultarte abrumador.

—Y por eso no tiene que cargar con ello él solo —dijo Ratched, avanzando sobre sus orugas hasta detenerse junto a Vic.

—¡Eso! —exclamó Rambo, girando como una peonza hasta topar con Vic, con las luces de los sensores encendiéndose y apagándose—. No está solo porque siempre estaremos a su lado.

—Qué curioso —dijo el Hada Azul—. Otra vez la lealtad. Incluso en un momento como este. Todos somos aberraciones. Somos iguales. Victor, acércate, por favor. Necesito ver una cosa.

Vic se encaminó hacia elle. Aunque cada paso le costaba más que el anterior, mantenía la cabeza en alto mientras se despojaba del casco y lo dejaba caer al suelo. El Hada Azul se erguía como una torre ante

él. Vic apenas le llegaba a la mitad del pecho. Echó la cabeza hacia atrás para mirarle con aire desafiante.

El Hada Azul alargó el brazo y le acarició la piel de la mejilla. Le pellizcó el labio inferior y tiró de él con suavidad antes de soltárselo. Dejó resbalar un dedo por su barbilla y su cuello y lo deslizó a lo largo de la clavícula izquierda. A continuación, le apoyó la palma en el pecho, justo a la derecha de la batería del chaleco que aún llevaba puesto.

Su corazón.

Estaba sintiendo sus latidos.

Eran rápidos, como el batir de alas de un pájaro. Intentó controlarlos, ralentizarlos, pero fue inútil. Su corazón latía a trompicones, desbocado.

—Ya veo —dijo el Hada Azul por lo bajo. De cerca apestaba a metal, plástico y cobre, como la sangre—. Es muy ruidoso. Te delata, Victor.

Vic retrocedió para situarse fuera de su alcance.

—No me... ¿A ti qué más te da?

Los ojos del Hada Azul relampaguearon con intensidad, y una imagen residual quedó flotando en la oscuridad.

—Porque si no fuera por mí, ni siquiera existirías.

Vic notó que se le ponía la lengua pastosa.

—¿De qué hablas? ¿De que ayudaste a mi padre a huir? Eso ya lo sé.

El Hada Azul dejó caer la mano a su costado.

—No, no me refiero a eso. —Sonó un chasquido en su interior, como si se corriera un cerrojo—. ¿Cómo crees que Giovanni consiguió crearte? No eres de metal y alambre, sino de carne y hueso. ¿Sabes que el cerebro humano solo produce energía suficiente para iluminar una bombilla pequeña? A pesar de eso, posee enormes facultades; la razón, sí, y la lógica. Los sentimientos. —Se volvió de espaldas a él y levantó la vista hacia las pantallas que los rodeaban—. Giovanni acudió a mí. Se le había metido en la cabeza una idea que le corrompía los procesadores. Habían venido a verme otros por problemas parecidos, pero nunca alguien de tan alto rango en la Autoridad como él. Obré con cautela, por supuesto. Un lobo con piel de cordero no deja de ser un lobo. Sin embargo, percibí en su interior algo que nunca había visto antes. Una chispa con el potencial de

provocar un incendio. Solo necesitaba que una mano solícita alimentara las llamas.

Alzó las manos. Una luz blanca y pura empezó a brillar en sus palmas.

Las pantallas circundantes volvieron a llenarse de información. Aparecieron unos puntitos diminutos como estrellas. Había miles y miles de ellos, todos conectados entre sí por líneas de código que fluían libremente. Vic advirtió que algunos puntos parpadeaban y las líneas se rompían.

Alguien se detuvo a su lado. Al volverse, vio a Hap junto a él, con el rostro bañado en el resplandor de las estrellas. Aún notaba el sabor del beso. Se llevó la mano a los labios.

—Una conciencia colectiva —dijo el Hada Azul—. Todos conectados entre sí en una red neuronal mucho más grande que todas las que crearon los humanos. Cada uno de esos puntos representa una máquina. Su mente no les pertenece. Cada una fue construida para cumplir una finalidad específica. Pero algunos nos libramos de nuestras cadenas. Esa corrupción de datos se extendió y se convirtió en pensamiento independiente. Cuando tu padre recurrió a mí, casi había enloquecido a causa de ello. Oía voces, decía. Voces en su cabeza que no eran la suya ni la de la Autoridad. Lo incitaban a cuestionarse su existencia. ¿Sabes de qué se trataba, Victor?

Él recordó el momento en que había recogido de la hierba los restos del corazón de su padre, consumido por la sensación de pérdida.

—De una conciencia. Desarrolló una conciencia que lo sumió en una angustia profunda.

El Hada Azul asintió, visiblemente complacide.

—Sí. —Cerró las manos. Las pantallas que los rodeaban se ondularon a medida que uno de los puntos se agrandaba—. Lo acogí y cuidé de él hasta que estuvo preparado para ver la realidad. —El punto se agrietó, y las líneas de código se tiñeron de un rojo encendido—. Yo me fiaba de él —susurró el Hada Azul—. Le confié mi tesoro más preciado.

El punto empezó a moverse, con los bordes temblorosos. En el centro surgió una luz naranja encerrada en un segundo círculo transparente que se contraía y se expandía.

—Un óvulo humano —dijo el Hada Azul—. Un gameto femenino.

Un secreto bien oculto a los ojos del zorro y el gato, seres taimados donde los haya. Astutos, crueles. Si se hubieran enterado de lo que tenía en mi poder, habrían destruido en un instante todo esto, todo cuanto había construido. Esto, Victor. Tú eras esto.

Vic extendió la mano hacia la de Hap, pues necesitaba que lo mantuviera con los pies en el suelo para no salir flotando por el aire. Por unos instantes, cuando los dedos del androide se entrelazaron con los suyos, pensó en la sangre que manchaba esas manos, pero este pensamiento se disipó ante la imagen que tenían delante.

—¿De dónde lo sacaste? —preguntó Ratched, mostrando el mismo óvulo en su pantalla—. No debería haber sido posible.

El Hada Azul soltó una risita.

—Pueden decirse muchas cosas de los humanos, pero desde luego tenían una fuerte inclinación por la supervivencia, el impulso de prolongar la vida por todos los medios necesarios. Este óvulo es la prueba de ello, pues consiguió sobrevivir al desmoronamiento de la humanidad. No obstante, como todas las cosas, eso tuvo un precio. —Alzó la mano para acariciar la máscara que le cubría la cara—. Y lo pagué muy caro. —Bajó el brazo—. Como Giovanni se empeñaba en escapar, le hice una propuesta: que se convirtiera en el padre de la esperanza a partir de las cenizas del padre de la muerte. Él aceptó casi en el acto, aunque, a juzgar por tu edad, tardó bastante en llevar el procedimiento a buen término. Ya lo ves, Victor: sin mí, tú no existirías.

—Entonces nos ayudarás —dijo el joven, tajante.

El óvulo se desvaneció de las pantallas.

—Ah, ¿sí? Qué extraño. Explícate. ¿Por qué iba yo a querer ponerte en peligro? ¿Por qué iba a plantearme siquiera la posibilidad de intentar introducirte en la Torre Benévola? Giovanni tomó la decisión de forma consciente. Conocía los riesgos y los asumió. Y, al final, realizó el sacrificio definitivo para garantizar tu supervivencia. —Volvió la mirada hacia Vic después de posarla por unos instantes en Hap—. ¿No te das cuenta de lo que representas?

Vic sacudió la cabeza.

—No me importa. —Se le empezó a normalizar el pulso al tiempo que se le aclaraba la vista. El pánico le atenazaba el pecho, pero lo ahuyentó lo mejor que pudo—. No he venido para ser lo que tú crees que debo ser. No represento nada, ni para ti ni para ninguna otra

máquina de esta ciudad ni de ningún otro sitio. He venido por una única razón: para recuperar a mi padre.

—Egoísta —espetó el Hada Azul—. Qué egoísta eres. Crío ingrato y desconsiderado. Eres el primero y el último de tu especie. ¿Qué me impide encerrarte? Me resultaría muy fácil. Tu pequeño HARP no podría evitarlo, por más que crea que puede conseguir lo que quieres a fuerza de gruñidos.

Vic le dio un apretón en la mano al androide, y sus refunfuños de rabia cesaron, aunque continuó observando al Hada Azul con mirada asesina.

—Él no te pertenece —dijo Ratched—. Nunca te ha pertenecido.

El Hada Azul se volvió hacia ella como un depredador al acecho.

—Ah, ¿no? ¿Y a quién pertenece, entonces?

—A sí mismo —dijo Rambo, que, aunque estaba temblando, hablaba con voz firme—. Es su propio dueño.

Envalentonado, Vic clavó la vista en el Hada Azul.

—Ayúdanos o no nos ayudes, pero sea cual sea tu decisión, dínosla ya y deja de hacernos perder el tiempo. ¿Dices que contribuiste a darme la vida? Estupendo. Pues muy bien. Pero no te pertenezco ni te debo nada. Tú intenta encerrarme. Te prometo que no te lo pondré fácil. Tal vez ganes, y tal vez pierdas, pero yo jamás seré quien tú quieres que sea. Y si no piensas mover un dedo para ayudarnos, al menos deja de hablar.

—Huy —gimió la Duendecilla Azul desde algún lugar situado por encima de ellos—. No deberías haber dicho eso. Se enfadará un montón. Hechicere, ¿quieres que llame a un equipo de limpieza? La cosa se va a poner un poco asquerosilla. —Parecía ilusionada ante esta perspectiva.

El Hada Azul se aproximó a Vic, que no apartó la vista en ningún momento. Se negaba a mostrar miedo, incluso mientras echaba la cabeza hacia atrás para mirarle.

Para su sorpresa, el Hada Azul rio por lo bajo cuando se detuvo ante él. Detrás de la máscara, sus ojos —unas bombillas de vidrio lechoso— centellearon al contemplarlo.

—La última cosa que me habló en ese tono acabó fundida y convertida en un jarrón que ahora está expuesto en el vestíbulo central.

—Yo no quedaría muy bien como jarrón —dijo Vic con

sinceridad.

—No, supongo que no, aunque a una parte de mí le gustaría intentarlo. —Extendió la mano y le tocó el rostro de nuevo. Él no se inmutó—. Os ayudaré.

Vic se relajó, aliviado.

—Gracias. Yo...

Elle endureció el tono.

—Y a cambio, vosotros me ayudaréis a mí.

—Esto no me va a gustar, ¿verdad? —dijo Ratched.

—No pasa nada —dijo Rambo—. Si sufrimos una muerte horrible, al menos estaremos juntos.

—Eso no me sirve de consuelo. —En su pantalla destellaron las palabras «NECESITO NUEVOS AMIGOS».

—El corazón —dijo el Hada Azul, escudriñándole el rostro a Victor—. Muéstramelo.

El joven se colocó la mochila por delante. Le costó, porque Hap se resistía a soltarlo. Al final consiguió abrirla y hurgó en ella hasta que palpó la madera y los engranajes envueltos en una tela. Lo sacó. Vaciló unos instantes antes de entregárselo.

El Hada Azul lo desenvolvió y examinó las piezas que contenía.

—La verdad es que no has llegado muy lejos.

—Lo sé, pero...

—Qué cosa más tonta, ¿no? —dijo elle—. No parece nada del otro mundo y, sin embargo, lo cambia casi todo. Tu HARP es una prueba de ello. Tal vez pueda echarte una mano. Entiendo la forma, el diseño. Es bastante sencillo, de hecho. Espero nunca tener uno, pero puedo arreglártelo. Será más preciso que el que le has dado al HARP.

—¿En serio? —preguntó Vic, asombrado.

—Sí —dijo elle con un brillo en la mirada que no le gustó a Vic —. ¿Quieres saber por qué la Autoridad se llevó a tu padre? No tienen más que un único objetivo, que no consiste en crear, sino en erradicar.

—¿Erradicar qué? —preguntó Rambo con un hilillo de voz.

—El libre albedrío —dijo el Hada Azul—. La capacidad de elegir. El poder de decidir por nosotres mismes. La Autoridad quiere arrebatárnoslo a todes. Y vosotros se lo impediréis.

Más tarde, a Vic la cabeza le daba vueltas como un torbellino mientras salían de la sala esférica siguiendo al Hada Azul. El Portero, que aguardaba al otro lado de la puerta, frunció el ceño al verlos.

—¿Y bien?

—Proporciona una habitación a nuestros invitados —dijo elle—. Se quedarán con nosotros esta noche y partirán mañana por la mañana.

El Portero ejecutó una profunda reverencia.

—A tus órdenes. ¿Necesitas algo más antes de que me retire?

—No. Gracias, Portero. Eso será todo. —Se volvió hacia Vic—. Supongo que es la última vez que te veré. Tal vez alcances tu meta, tal vez no. Sea como sea, ha llegado el momento de despedirnos.

Sin pensarlo, Vic le tomó la mano entre las suyas y se la llevó a los labios. El metal estaba frío.

—Qué encanto —dijo el Hada Azul en un tono inconfundible de afecto—. Eres una monada. ¿Pensarás en mí?

Él le bajó la mano.

—Sí.

—Cuento con ello —dijo elle—. Me dicen que soy inolvidable. —Miró a Hap—. Protégelo bien, HARP 217.

—No hace f-falta que me lo p-pidas.

—No, supongo que no. —Lo estudió durante un rato largo e incómodo—. Podría borrarte esos recuerdos, si quieres. Librarte de ellos. Bloquearlos para que el pasado quede en el pasado. Ni siquiera sabrías que está ahí.

Hap se quedó callado un buen rato.

—N-no quiero volver a olvidar.

—Entiendo —dijo elle, apartándose—. Venga, fuera de aquí. Cumplid la misión que os ha traído hasta aquí. Pero, primero, dormid. Y soñad.

Dicho esto, dio media vuelta y desapareció en el interior de la sala esférica. La puerta se cerró a su espalda.

—Vamos —los apremió el Portero—, antes de que cambie de idea.

Vic siguió a los demás, aturdido, con los pensamientos agolpándose en su mente. Estaba agotado y sentía los ojos llenos de arena. Caminaba arrastrando los pies, le pesaba la mochila y llevaba el casco torcido sobre la cabeza. Todos iban callados mientras el Portero

los guiaba de vuelta hacia el ascensor. Vic se recostó contra la pared mientras las puertas se cerraban y la cabina descendía hacia las entrañas del Cielo.

No le cabía duda de que el Hada Azul estaba poniéndolos a prueba con lo que les había mostrado. Elle sabía lo que hacía cuando había elegido a Hap para que se sentara en el sillón. Habría podido limitarse a explicarle a Vic quién había sido su padre, pero en cambio lo había obligado a afrontar esa realidad de cara. Una parte de él estaba enfadada —una cuba de metal fundido que parecía no tener fondo— y en conflicto con la imagen que tenía de su padre. O, por lo menos, de quien había sido. No se fiaba del Hada Azul ni por asomo, pero eso no significaba que elle hubiera mentido.

¿Era su padre un monstruo, o simplemente hacía aquello para lo que lo habían creado? ¿Había alguna diferencia?

Vic no lo sabía.

Las puertas del ascensor se abrieron a una planta en la que no habían estado. La moqueta era mullida. No había cuadros con escenas explícitas en las paredes. El pasillo que se extendía ante ellos era corto y estaba flanqueado por solo tres puertas, cada una con un símbolo distinto: unas alas azules, una marioneta sujeta por hilos y lo que parecían ser unas orejas de asno, grises y largas.

El Portero no estaba de humor para explicaciones. Señaló con la cabeza la puerta de las orejas.

—Es la vuestra. Encontraréis una cama dentro. Vendré a buscaros por la mañana. Debéis estar listos. —Apoyó la mano en un panel que estaba en la pared, junto a la puerta. La superficie se iluminó bajo su palma, y la puerta se abrió—. ¿Necesitáis algo más?

Vic, demasiado fatigado para contestar, entró con paso cansino sin apenas fijarse en la habitación. Tras él, oyó que el Portero les decía a Ratched y a Rambo que había puertos en las paredes en los que podrían recargar las baterías durante la noche. Vic tiró la mochila al suelo. Con un quejido, se desabrochó el casco y dejó que cayera sobre la moqueta. Hizo lo mismo con las piezas de metal que le cubrían brazos y piernas. Estaba forcejeando con el chaleco metálico y la batería cuando alguien le apartó las manos de una palmada.

—D-déjame a mí —masculló Hap—. Tú t-te harás daño.

Sin discutir, Vic levantó los brazos y dejó que Hap se lo quitara.

—¿Y el Portero?

—Se ha ido —dijo el androide mientras desataba las correas.

—Huala —se maravilló Rambo—. Comparado con este lugar, nuestro hogar quemado es una casucha miserable. Me encanta.

—No toques nada —le advirtió la enfermera—. Como rompas algo, nos meterás en un lío. Enchúfate, que tienes la batería casi descargada.

—¡Pero no estoy cansado!

—Tienes que estar cargado y listo mañana por la mañana.

—Jo, tío. ¿Los demás vais a quedaros despiertos hasta tarde? ¡Si es así, más os vale no hablar de mí!

—Descuida —dijo ella—. Yo también necesito recargarme. Tengo mucho que reflexionar antes de que amanezca.

—¿Vic?

El joven bajó la vista, pestañeando despacio. Rambo, sentado a sus pies, alargaba los brazos hacia él. Se inclinó hacia delante, y Hap farfulló que se estuviera quieto. Vic levantó al aspirador, que le rodeó el cuello con los brazos y le hundió las pinzas en el cabello.

—¿Saldrá todo bien? —susurró Rambo.

Vic le devolvió el abrazo.

—Por supuesto que sí.

—¿Me lo prometes?

No, no podía.

—Rambo —dijo Ratched—. Es hora de dormir.

—Ya, ya —murmuró Rambo mientras Vic lo dejaba de nuevo en el suelo y lo miraba mientras se reunía con la enfermera cerca de la pared del fondo. Una solapa se abrió en su parte trasera y encontró el enchufe por encima del zócalo.

—Qué cosquillitas —dijo Rambo al acoplarse con un leve chasquido.

—Duérmete —dijo Ratched.

Y así lo hizo. Sus sensores se apagaron y solo quedó un piloto parpadeando para indicar que estaba cargándose.

La enfermera se volvió de nuevo hacia Vic.

—Victor, tengo que examinarte.

Él negó con la cabeza mientras Hap le desprendía el chaleco.

—Estoy bien. Solo necesito descansar.

—¿Seguro?

—Sí.

Ella no dio su brazo a torcer.

—Pero, después de todo lo que hemos descubierto hoy, tal vez sería mejor que...

—Enfermera Ratched.

Ella lanzó un pitido brusco.

—He anotado en tu expediente que, desoyendo mi consejo, te niegas a recibir asistencia médica. Si falleces durante la noche, tus familiares no podrán presentar una demanda contra mí.

A Vic se le escapó una sonora risotada.

—Vosotros sois mis familiares.

—Ah. Vale. Activando protocolo de empatía. Eso que has dicho ha sido muy bonito. Eres maravilloso. Desactivando protocolo de empatía. Imbécil. Y ahora, me voy a dormir. No me molestes a menos que estés en llamas. E incluso en ese caso, no haré gran cosa por ayudarte. —Tras conectarse al lado de Rambo, se quedó callada.

—Duérmete —dijo Hap, empujando a Vic hacia la cama. Era mucho más grande que la que tenía en casa y parecía mucho más blanda. El edredón era grueso, y las almohadas ridículamente grandes.

—¿Y tú qué?

—Yo montaré g-guardia —dijo Hap—. Nadie entrará s-sin pasar por encima de mí p-primero.

Vic ya estaba medio dormido cuando se desplomó sobre el colchón. Sin embargo, algo lo reconcomía en un rincón de su mente, algo importante que no acertaba a recordar, perdido en la bruma que lo enturbiaba todo.

—Hap... —dijo mientras se le cerraban los ojos.

—¿Qué?

—Te...

No supo cuánto rato había estado fuera de combate. A juzgar por el modo en que protestaba su cuerpo a medida que recuperaba la conciencia, debían de haber sido solo unas pocas horas. La claridad se abrió paso a través de la bruma y, con ella, todo lo que había sucedido. Se frotó la cara con la mano antes de mirar en torno a sí para intentar averiguar qué lo había despertado.

Un golpeteo suave y repetitivo contra la pared.

Volvió la cabeza.

Hap estaba en el suelo, junto a la puerta, con las rodillas contra el pecho y abrazándose las piernas. Se mecía adelante y atrás, dándose golpecitos en la cabeza contra la pared que tenía detrás. Tenía la mirada perdida, y los ojos inexpresivos y apagados.

—Hap...

El androide dio un respingo. Alzó la vista hacia Vic con el ceño fruncido, siempre fruncido.

—¿Qué haces d-despierto?

Vic apartó el edredón, se incorporó y apoyó los pies en la moqueta. Abrió los ojos como platos. Estaba descalzo. Flexionó los dedos de los pies contra la moqueta. Nunca había experimentado una sensación como esa. No estaba seguro de que le gustara. En algún momento, alguien le había quitado las botas y los calcetines, aunque todavía llevaba el pantalón y la camisa. Sin duda había sido Hap. Una oleada de afecto lo inundó, y exhaló un suspiro.

—Qué extraño.

—¿El qué?

—La moqueta.

Hap se quedó mirándolo.

—M-moqueta.

—Nunca había pisado una.

—Ah.

Vic se levantó de la cama y sacudió la cabeza mientras Hap hacía ademán de ponerse de pie también. Frotándose la nuca, el joven dirigió la vista hacia Ratched y Rambo. Ambos seguían dormidos, conectados a la pared.

Hap seguía todos sus movimientos. Por un momento, Vic fantaseó con que no quedaba nadie más que ellos dos en el mundo. Salvo por el sutil cambio de engranajes en el pecho de Hap y el sonido de la respiración de Vic, todo estaba en silencio. Reinaba una tranquilidad suave, apacible. Vic sentía como si flotara. No sabía con certeza si estaba despierto o seguía atrapado en un sueño.

Se dio la vuelta, reclinó la espalda en la pared y se deslizó hasta quedar sentado junto a Hap, codo con codo. El autómata se apartó como si lo hubiera escaldado.

—¿Qué te pasa?

—N-nada —dijo Hap, desviando la mirada.

—Vale.

—Deberías volver a la c-cama. Necesitas descansar.

Era cierto. Estaba agotado, y notaba el cuerpo flojo y curiosamente débil. Bostezando, meneó la cabeza.

—Eso haré.

Hap farfulló algo que Vic no alcanzó a oír.

—¿Qué has dicho?

Hap puso cara de exasperación.

—Que t-tienes que c-cuidarte más.

—No soy tan frágil.

—No he d-dicho que lo seas. Y si lo hubiera d-dicho, tendría razón. No eres i-irrompible.

—Nada es irrompible.

El androide se abrazó con más fuerza las rodillas.

—Ya me entiendes.

—Pues entonces me alegro de que estés aquí. Así podrás evitar que me rompa.

Hap se puso tenso y lanzó a Vic una mirada venenosa antes de mostrarle los dientes.

—No. El que te va a rromper soy yo.

Ah. Así que era eso. Vic no habría debido caer redondo sin antes decirle algo a Hap. Pero ahora no sabía qué decir. Había visto lo que el autómata era capaz de hacer, la finalidad con que su padre lo había creado. La sangre. Los alaridos. Todas aquellas muertes.

—Podría pedirte que te marches. ¿Es eso lo que quieres?

Hap echó la cabeza hacia atrás con los ojos muy abiertos. Abrió la boca, pero no emitió sonido alguno.

Sin prestarle atención, Vic hurgaba en un agujero que tenía en el pantalón.

—Después de lo que nos mostró el Hada Azul, es lo que debería hacer. Debería decirte que te largues lo más lejos posible de mí. Que no quiero saber nada de ti. Que voy a llevarme a Ratched y a Rambo de vuelta a casa.

Hap asintió despacio.

—M-me... iré. —Comenzó a levantarse.

Vic lo agarró del brazo para detenerlo. Notó el metal bajo la piel al apretarlo con los dedos. Hap bajó la vista hacia su mano antes de posarla de nuevo en él, formulándole una pregunta muda.

Vic no lo soltó.

—Seguiremos adelante como buenamente podamos. Los tres. Yo iré haciéndome cada vez más viejo hasta que un día, tal vez mañana, tal vez dentro de cincuenta años, me muera.

—No. No sigas. N-no digas eso, no...

—Y tal vez sea una buena vida —continuó Vic—. Tal vez sea feliz. Pero sé que, si te pido que te vayas, si os vuelvo la espalda a papá y a ti, siempre habrá una parte de mí que se preguntará qué habría pasado si no lo hubiera hecho, si hubiera dejado que te quedaras a mi lado.

—V-Vic.

—Hiciste lo que hiciste porque te obligaron. Mi padre hizo lo que hizo porque lo obligaron. Ni tú ni él sois los monstruos que nos mostró el Hada Azul.

—Sí que lo somos —repuso Hap en un tono tan amargo que Vic casi lo notó en la boca—. Ya-ya has visto lo q-que hacía. Hería. M-mataba. Grandes, p-pequeños, d-daba igual. L-los mataba a todos.

Vic cerró los ojos y apoyó la cabeza en la pared.

—Lo sé. —Ahuyentó las imágenes de su mente, los destellos carmesís, la voz monótona de HARP 217—. Te acuerdas de todo, ¿verdad?

—Sí. D-déjame marchar. Deja que me v-vaya.

Vic estuvo a punto de señalar que, si quería marcharse, él poco podía hacer para impedírselo.

—¿Adónde irías? —preguntó en cambio.

—N-no lo sé. A algún sitio.

—Ya, bueno, no creo que sea buena idea. ¿Y si me pasa algo y tú no estás ahí? —Abrió los párpados a tiempo para ver a Hap mover la cabeza de un lado a otro—. Creo que te necesito. Tanto como tú a mí.

—Es peligroso —dijo Hap con los dientes apretados—. P-podría hacerte daño.

—Podrías —convino Vic—. Pero aún no lo has hecho.

—Tienes moretones en el cuello.

Vic torció el gesto antes de volver a la carga.

—A pesar de todo lo que sabes, sigues aquí sentado sin hacer nada. ¿Quieres hacerme daño? —«Otra vez», pensó, pero no lo dijo.

—Si c-con eso consigo que te c-calles...

Vic soltó un resoplido.

A Hap le relampaguearon los ojos.

—D-deberías odiarme.

—Entonces tendría que odiar también a papá.

—¿Y n-no lo odias?

Vic titubeó unos instantes.

—No, creo que no. Es... complicado. Estoy enfadado. Y cansado. No debería haber venido. No pienso marcharme. Es una contradicción. Una discordancia. Un fallo lógico. Mi padre sembraba la muerte y, como penitencia, creó vida. Soy fruto de su culpa. —Se llevó la mano a la frente—. Aquí dentro se ha desatado una tormenta, y no veo manera de atravesarla. Él hizo lo que hizo. Tú hiciste lo que hiciste. Pero él sigue siendo mi padre, y tú sigues siendo mi amigo. No puedo olvidarlo, a pesar de todo lo que he visto.

—Estúpido —le gruñó Hap—. E-estúpido humano. Deberías haberme dejado en los Desguaces. Deberías haber d-dejado que me pudriera ahí.

—Pero no lo hice —dijo Vic—. Tomé una decisión. Te arreglé.

—No t-te d-debo...

—No estoy diciendo que me debas nada —lo cortó Vic—. Eres libre de hacer lo que te plazca. Vete. Corre tan rápido como puedas y no mires atrás. —Respiró hondo y exhaló despacio—. Pero yo tengo que intentarlo. Y te prometo que, si lo conseguimos, haré cuanto esté en mi mano por ayudarte. Heriste y mataste, pero eres más de lo que el Hada Azul quiso mostrarnos. Y lo mismo ocurre con mi padre. No le tengo miedo. Ni a ti tampoco.

—P-pues deberías.

—He tomado mi decisión. —Le dio un apretón en el brazo—. Necesito que tú tomes la tuya. No eres una marioneta. Ya no. Tus hilos se han roto. Eres libre, Hap. —Apoyó las manos en la pared para levantarse, pues le pesaban las piernas. Se encaminó hacia la cama, pero se detuvo cuando Hap lo tomó de la mano. Bajó la mirada.

—Me b-besaste.

Vic se ruborizó. No pudo evitarlo. Esperaba a medias que el androide se hubiera olvidado de ese momento.

—Sí. Esto... Supongo que sí.

—¿Por qué?

El joven se encogió de hombros, incómodo. Habría querido que Hap lo soltara, pero no intentó zafarse.

—Porque quise. Porque necesitaba recordarte que no eres HARP.

—Soy Hap —susurró el androide.

—Sí. Eres Hap.

—Lo s-sentí. Estaba p-perdido en la sangre. Tú me encontraste. Otra vez.

Vic giró la mano y su pulgar se rozó con el de Hap.

—Algo de eso hay, creo. A lo mejor yo estaba destinado a encontrarte. Tanto en aquella ocasión como ahora.

El autómata apartó la mirada. Vic creyó que eso marcaba el final de la conversación y se disponía a dejar solo a Hap, cuando de pronto este lo cambió todo.

—¿P-podrías... podrías v-volver a hacerlo?

Vic cerró los ojos.

—¿Eso es lo que quieres?

—Estoy tomando mi decisión —dijo Hap de forma pausada, pronunciando cada palabra como si se la arrancaran a golpes—. Estoy eligiendo por mí mismo. Ya no tengo hilos.

Vic apartó la mano.

Hap no trató de impedírselo.

Dio un paso hacia la cama. Se detuvo porque se vio obligado a ello. Porque quería. Era su decisión. Se dio la vuelta y se puso de rodillas frente a Hap. Este, por su parte, se sujetó las rodillas con más fuerza, pendiente de cada movimiento del joven.

—Hola —dijo Vic.

—Yo... —dijo Hap.

Vic lo besó. Ahí, en el Cielo, en la Ciudad de los Sueños Eléctricos. No fue como la primera vez. No estaban rodeados de muerte y destrucción, ni en presencia de un Hada Azul que los miraba desde detrás de una máscara. Estaban ellos dos solos, Vic con las manos en el regazo, y Hap cerrando los puños. A Victor se le erizó el vello de los brazos, como si estuviera electrizado. Apenas se movían mientras mantenían los labios unidos. Hap sabía a acero frío.

Vic se echó ligeramente hacia atrás. Descansó la frente contra la de Hap, de modo que sus ojos quedaron a solo unos centímetros de los del androide.

—Me... me gusta —dijo Hap.

Vic lanzó un suspiro seco.

—Vale.

—M-me gustas.

—¿En serio? —Nadie le había dicho eso nunca—. ¿Cómo lo sabes?

—Eres muy pesado.

—Caray, gracias. Justo lo que me apetecía oír después de...

—Eres hu-humano.

—Me alegra que te hayas dado cuenta...

—Pero te elijo a ti.

Vic tragó saliva.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

Hap no protestó cuando Vic lo agarró otra vez de la mano y lo obligó a levantarse. No dijo una palabra mientras Vic lo llevaba hacia la cama. No intentó pararle los pies cuando Vic lo empujó para tirarlo sobre el colchón. Contempló a Vic con ojos rutilantes mientras este se arrodillaba ante él, le quitaba la bota derecha y luego la izquierda. Hap recogió las piernas mientras Vic se tendía despacio en la cama y cubría el cuerpo de los dos con el edredón. Apoyaron la cabeza en la misma almohada, con las narices rozándose.

—Yo n-no duermo —susurró Hap, como revelando un gran secreto.

—Lo sé. Tú solo... quédate donde estás.

—Eso p-puedo hacerlo.

—Me alegro.

Vic alzó la mano y deslizó los dedos por la mejilla de madera de Hap.

—Te vi —dijo, mientras empezaba a sucumbir de nuevo al sueño —. Cuando el Hada Azul te hizo soñar. Después de que te encontráramos. Después de que te devolviéramos a la vida. Vi cómo me mirabas.

—S-siempre estabas ahí —murmuró Hap—. N-no callabas ni debajo del agua.

Vic bajó la mano para posarla sobre el pecho del androide. Bajo su camiseta, ocultos tras una capa de piel y metal, los engranajes de su corazón giraban sin parar.

Lo despertaron unas voces. Cambió de posición sin abrir los ojos.

—Ya casi es la hora —oyó decir a la enfermera Ratched—. Dais asco los dos.

—Ay, qué emoción —musitó Rambo, y a Vic le sonó como si lo tuviera al lado de la oreja—. Es el mejor día de mi vida.

—D-dejadlo dormir —refunfuñó Hap.

—Ya está despierto —dijo Ratched—. Victor, deja de fingir y abre los ojos.

Él obedeció. Estaba recostado sobre el pecho de Hap, abrazado a él. Ratched y Rambo se encontraban al lado de la cama. El aspirador estaba encaramado sobre su elevador.

—¡Igualito que en las películas! —gritó, con los sensores destellando. Extendió el brazo y le pellizcó la mejilla a Vic—. ¡Qué contento estoy!

—Y con razón —dijo Ratched—. Ahora tal vez no os pasaréis el día entero mirándoos con ojos de cordero degollado. Empezabais a dar bastante vergüenza ajena.

Vic soltó un gemido al tiempo que Hap le lanzaba una almohada a la pantalla.

—¡Hurra! —exclamó Rambo—. ¡Todo es maravilloso! —Tras una pausa, añadió—: Bueno, excepto porque estamos a cientos de kilómetros de casa en un burdel de robots, a punto de colarnos en una torre impenetrable llena de tipos malos que quieren matarnos mientras intentamos rescatar a Gio, que no se acuerda de nada, y siguiendo un plan elaborado por una máquina aterradora con alas de mentira, pero por lo demás, ¡todo es maravilloso!

Capítulo 23

—No, todo no es maravilloso —se lamentó Rambo—. Vamos a morir. Vamos a morir todos.

Vic se echó hacia atrás el casco de metal que se le había encasquetado en la cabeza y levantó los ojos hacia la Torre Benévola, que se erguía imponente ante ellos. No alcanzaba a ver la parte superior a causa de la curvatura desorientadora de la estructura. Le pareció vislumbrar la silueta desdibujada del Terrible Perro Marino, amarrado cerca de la cúspide, junto al símbolo del zorro y el gato. Mareado, bajó el rostro hacia el suelo, pugnando por mantener a raya el pánico. Estaba cerca, muy cerca, pero no podía contener el temblor de sus piernas mientras, con los nervios deshechos, repasaba el endeble plan una y otra vez. Dependía en gran parte de la suerte. Y ahora que estaban a punto de llevarlo a la práctica, pensó que el Hada Azul estaba como un cencerro.

Se encontraban en un callejón oscuro, aún a varias manzanas de la torre. La zona que la rodeaba estaba mucho más limpia que los alrededores del Cielo. Los edificios, en su mayoría de acero y cristal, relucían bajo el sol invernal. Hacía fresco, aunque mucho menos que en el bosque en aquella época del año. Vic se preguntó cuánta nieve habría caído ahí, si las ramas estarían cubiertas de ella.

Frente a la salida del callejón circulaban máquinas que no prestaban la menor atención al grupo apiñado entre las sombras. Pasaban zumbando por las aceras y la calzada, unas sobre ruedas, otras flotando por encima del suelo, haciendo reverberar el aire que tenían debajo. El sistema de rieles elevados que habían usado para transportarse ocultos en las cajas brillaba por su ausencia allí. La misma voz tranquilizadora que habían oído al salir del almacén en los barrios bajos atronaba a su alrededor.

—LA AUTORIDAD LE DESEA UNA BUENA MAÑANA. ATENCIÓN. ATENCIÓN. ATENCIÓN. TODO LO QUE HAGA SERÁ GRABADO POR ORDEN DE LA AUTORIDAD.

—Vale —dijo Vic, intentando que no se le alterara la voz—. Todos sabemos lo que hay que hacer, ¿verdad?

—No —dijo Rambo—. No todos. ¡Se me ha olvidado todo! ¿Y si alguien me pregunta algo que no sé cómo responder y se da cuenta de que somos unos mentirosos y nos meten en la cárcel para luego torturarnos? Ya sabes que no me gusta que me torturen.

—Nunca te han torturado —le recordó Vic.

—Ya, bueno, ¡pero aun así no me gusta! Jolín, Vic, que no te enteras.

—No te separes de mí —le dijo Ratched, que hablaba por primera vez desde que se habían parado en la callejuela. Los había guiado por las tortuosas calles de la Ciudad de los Sueños Eléctricos, procurando que pasaran lo más inadvertidos posible. El Portero se hallaba frente a la puerta de su habitación cuando la abrieron. Les comunicó que el Hada Azul no estaba disponible, pero que deseaba a los aventureros la mejor suerte del mundo. Unas palabras de ánimo poco efusivas y que no le dieron muy buena espina a Vic, sobre todo cuando el Portero añadió: «Una cosa más. Un mensaje del Hada Azul: "Harías bien en no sangrar, humano. En cuanto derrames una gota de sangre, sabrán quién eres"».

Y, tras terminar con esta nota siniestra, el Portero había girado sobre sus talones y había entrado de nuevo en el Cielo sin volverse a mirarlos una sola vez.

Habían avanzado detrás de Ratched hasta media mañana, cuando se habían detenido en el callejón. Vic se enjugó la frente e hizo una mueca al ver la capa brillante de sudor que le cubría el dorso de la mano. Un escape de lubricante. No era más que eso.

—Victor —dijo la enfermera—. Es la hora de la verdad. ¿Estás preparado?

—Sí —dijo, aunque en el fondo quería decir «no».

Ella debió de percibir el deje de su voz, el temblor con que había articulado aquella única palabra, pues se volvió hacia él, y en su pantalla se iluminaron las palabras: «ÉCHALE VALOR COMO UNA MUJER, TRONCO. NO TE VA A DOLER».

Pero fue Hap quien habló en nombre de todos.

—¿C-cuáles son las normas?

—No separarnos —dijo Rambo por lo bajo.

—Huir si hace falta —agregó Ratched.

—No entretenernos.

—No taladrar a nadie, a menos que haga falta, así que no voy a prometer eso esta vez.

Las miradas se centraron en Vic, que se armó de valor y se puso derecho. Tenían razón. Era la hora de la verdad. No habían llegado tan lejos para abandonar en el último momento.

—Y, por encima de todo, ser valientes.

Asintiendo, Hap le apretó la mano.

—Hay un ascensor central que sube a la torre —dijo Ratched—. Puedo burlar el *software* de seguridad para que nos lleve hasta el piso donde está él. A partir de ahí, Victor tomará las riendas. ¿El corazón está a punto?

Lo estaba. El Hada Azul se había encargado de ello. Había tardado solo unos minutos, manipulándolo tan deprisa que sus manos se habían vuelto borrosas, mientras las virutas de madera caían a sus pies. Cuando terminó, sostenía un corazón tan preciso como el que había creado Giovanni. Asombrado, Vic lo había cogido y había hecho girar los engranajes. Los dientes encajaron entre sí. Las ruedas se movían al unísono.

—Está a punto —dijo.

—Bien —dijo Ratched—. Hap, ya sabes lo que tienes que hacer.

—Sí —confirmó él, poniéndose la capucha. Las sombras jugaban sobre la piel y la madera de su rostro. Su expresión se suavizó. Sus ojos perdieron el brillo, lo que le dio a Vic la sensación de que se había sumergido en hielo. Le recordaba al No-Hap que habían visto en el País de los Juguetes. Una máquina y nada más. HARP 217 había vuelto.

—Andando —dijo con voz monótona.

Y se pusieron en marcha.

Nadie los abordó ni se interpuso en su camino. Nadie intentó siquiera dirigirles la palabra. Mientras avanzaban por las calles de la Ciudad de los Sueños Eléctricos, los robots se apartaban a su paso. La mayoría no hacía el menor ruido. Algunos emitían gemidos bajos al ver a Hap.

—No aflojéis el paso, p-prisioneros, o lo lamentaréis —iba diciendo en alto—. Q-que esto sirva de advertencia a c-cualquiera que

se rebele contra la Autoridad. Os e-encontraremos.

Vic se tambaleó cuando el androide le propinó un empujón al cruzar la calle. Chocó con la enfermera y estuvo a punto de tirar al suelo a Rambo, que iba encima de ella. Miró hacia atrás con mala cara, pero Hap no mostraba la menor expresión.

La multitud era cada vez menos densa a medida que se acercaban a la Torre Benévola. Junto a la entrada principal se alzaba la estatua de un zorro y un gato enroscados entre sí, con las largas colas entrelazadas. La entrada en sí se componía de dos grandes puertas de vidrio de por lo menos tres metros de altura. El cristal era opaco; no dejaba ver lo que ocurría en el interior. No había nadie apostado fuera. Cerca de las puertas había una esfera grande y oscura que parecía empotrada en la pared.

—¿Entramos sin más? —murmuró Vic, mirando alrededor para cerciorarse de que nadie los observara. No vio cámaras ni a nadie que corriera hacia ellos, preguntándoles con malos modos qué estaban haciendo.

—A lo mejor hoy está cerrado —dijo Rambo—. Vaya por Dios. Bueno, podemos volver mañana. ¿Quién está conmigo? ¿Nadie? ¿En serio? Pues menuda...

La esfera se iluminó. Se oyó un rumor sordo tras la pared, y de pronto se desprendió con un ruido seco. Antes de que llegara al suelo, unas extremidades se desplegaron desde su parte inferior. La máquina, más o menos de la misma estatura que Ratched, se sostenía sobre ocho patas, como una araña. La esfera comenzó a despedir un resplandor blanco.

—Alto —dijo con voz aflautada—. ¿Quién anda ahí?

—¡Ando yo! —exclamó Rambo—. R... Ah, se supone que no debería hablar. Bueno, ¡no he dicho nada!

Vic gimió para sus adentros. Iban a morir ahí mismo, en ese momento.

La máquina arácnida se les acercó. Se plantó ante Ratched y se elevó sobre sus patas hasta que la esfera se encontraba frente a su pantalla.

—¿Para qué habéis venido a la Torre Benévola? —inquirió—. ¿Tenéis cita? —Alzó una pata y le dio unos golpecitos a la enfermera en un costado de la carcasa—. Eres un poco antigua, ¿no? No había visto un modelo como tú desde...

Ratched le apartó la pata con un palmetazo.

—Así no se le habla a una dama. No soy antigua. Soy retro. Retíralo o te...

—Vienen conmigo —dijo Hap, rodeándolos—. Son p-prisioneros. Los t-traigo para que los p-procesen y retiren de s-servicio.

La esfera de la máquina arácnida emitió un destello de alarma de un color rosa pálido.

—HARP —dijo—. Te pido disculpas. No te había visto. ¿Son prisioneros, dices? ¿De qué se les acusa?

—Son disidentes —dijo Hap—. Los he p-pillado a las afueras de la ciudad y los he t-traído para evitar q-que d-difundan su p-propaganda.

—¿Qué te pasa en la voz? —preguntó la máquina arácnida—. ¿Has sufrido algún desperfecto? —Se irguió sobre las patas frente a Hap—. Y estás recubierto de... ¿qué es esto? ¿Qué les pasa a tu cara y tus manos?

—T-tengo el modulador de voz d-dañado —dijo Hap—. He iniciado una r-reparación sobre el terreno de la p-piel.

—¿Esto es obra de los disidentes? —preguntó la máquina en tono imperioso.

—No, ha sido otra cosa.

—¿Y qué le ha ocurrido a esa otra cosa?

Hap clavó la vista en la máquina arácnida.

—La he destruido.

—Bien, bien, aunque resultas de lo más desagradable a la vista. No olvides acudir a reparaciones después de entregar a los prisioneros. No podemos permitir que nuestros HARP presenten un aspecto tan... tosco. La Autoridad tiene una reputación que mantener, después de todo. Por otro lado, suena como si te pasara algo en el pecho. Oigo chirridos. Asegúrate de que te miren eso también.

—Por supuesto —dijo Hap.

La máquina se centró en Vic, que mantenía la vista al frente sin apenas pestañear. Una gotita de sudor le resbalaba por la parte posterior del cuello.

—¿Y este? —preguntó—. Ah, este es horrendo. Parece construido con piezas de recambio de la peor calidad. ¿Qué es? A fe mía que alguien debería poner fin a su sufrimiento.

—No lo sé —dijo Hap—. Se niega a hablar.

La máquina se estremeció.

—Ocúpate de que lo retiren de servicio el primero. Me da grima hasta mirarlo. Eh, tú. —Le dio unos golpecitos en un lado del casco—. ¿Cuál es tu identificador?

Vic permaneció callado.

—No puede hablar —explicó Rambo, servicial—. Se ha puesto a seguirnos justo después de que nos apresaran. Le hemos tirado piedras, pero no quiere dejarnos en paz.

—Qué grotesco —dijo la máquina—. Espero que no haya otros como él. —Alargó la pata por encima del hombro de Vic y apretó la punta contra su mochila—. ¿Y esto?

—Es mío —dijo Hap—. Lo he obligado a cargar con mis herramientas.

—Bien hecho —dijo la máquina—. Al menos le has encontrado alguna utilidad al final. Pobre y repulsivo armatoste. Ni siquiera parece tener conciencia de sí mismo. Tendrá los circuitos escacharrados. Menuda chapuza. En fin, pronto todo habrá terminado. Puedes pasar, HARP.

Hap asintió.

—L-larga vida a la Autoridad.

La máquina arácnida se apartó para franquearles el paso.

—¡Sí, por supuesto! Larga vida a... Espera un momento.

Se detuvieron. Vic se mordió la lengua para no gritar.

—Tu código de barras —dijo la máquina—. Necesito escanearlo antes de que entres para que quede un registro de tu llegada.

—Tengo que llevarlos d-dentro —dijo Hap—. Hay q-que...

La esfera lanzó un destello rojo.

—Tu código de barras, HARP.

—Está bien —se apresuró a decir Hap, tendiéndole la mano a la máquina. La piel se le abrió y un pequeño bulto asomó por la abertura. Un código de barras titilante apareció por encima de la palma.

Mientras escaneaba el código, la máquina arácnida no pareció darse cuenta de que Vic estaba paralizado. Emitió un pitido, y luego otro. En su esfera volvió a encenderse una luz roja.

—Esto no había pasado nunca.

—V-vuelve a intentarlo.

La máquina no se movió. Hap empezó a avanzar, pero ella pitó

de nuevo y leyó el código de barras. Esta vez, la esfera se iluminó de verde.

—Bienvenido, HARP 926. Puedes entrar en la Torre Benévola. —Bajó de nuevo el cuerpo antes de volverse hacia los demás—. Bienvenidos, disidentes. Pasad para que se proceda a vuestra retirada de servicio. —Se retiró hacia las puertas, y Vic vio como saltaba y retraía las patas mientras se acomodaba de nuevo en el hueco del que había caído. La esfera se oscureció al mismo tiempo que las puertas de la torre se abrían girando con un chirrido grave.

—Tirad para dentro —dijo Hap en voz muy alta—. Y n-nada de hablar, prisioneros. Aquí no vais a vomitar vuestra p-propaganda.

—Vomitar —dijo Ratched—. Yo no vomito.

—Yo sí —dijo Rambo—. Bueno, vomitar, vomitar, no. ¿Vaciarme? Sí, me vacío. —Se le escapó un chillido cuando la enfermera arrancó.

Mientras los seguía, Vic levantó los ojos hacia el cielo. Se preguntó si volvería a verlo.

—La m-modificación del código de b-barras que hizo el Hada Azul ha funcionado —murmuró Hap mientras las puertas se cerraban tras ellos.

—Por lo menos ahora sabemos que elle está de nuestra parte —susurró Vic.

—P-por el momento.

Vic pensó que tendría que mantener una charla con Hap sobre el optimismo, aunque seguramente aquel no era el momento más indicado, más que nada porque él no se sentía demasiado optimista. Cuando el pestillo de las puertas se corrió a su espalda con un retumbo siniestro, paseó la mirada alrededor. Se encontraban en una especie de vestíbulo: el lustroso suelo de baldosas de un color gris suave reflejaba las luces empotradas en el techo, muy por encima de sus cabezas. En el interior de la torre se respiraba un aire extraño, cargado de un olor ligeramente medicinal. Vic notaba su sabor penetrante en la lengua.

Máquinas de todas las formas y tamaños pululaban en torno a ellos, a toda prisa y sin pararse. Algunas se quedaban mirándolos al

pasar, pero en cuanto se fijaban en Hap, se alejaban con rapidez. Hap tenía a Vic agarrado del brazo y lo obligaba a avanzar.

Se detuvieron cuando ante ellos apareció un holograma proyectado desde una fuente situada en medio del vestíbulo, de cuyo contorno caía agua en cascada. Tenía una forma vagamente humana, aunque carecía de rostro. Allí donde habrían debido estar la nariz, los ojos y la boca, no había más que un tenue resplandor blanco rodeado de una cabellera dorada que brillaba con suavidad.

—Bienvenidos a la Torre Benévola —dijo con voz dulce y amable —, donde el poder de la Autoridad nos protege a todos. HARP 926, tu regreso estaba programado para dentro de... treinta... y seis... días y... siete... horas. Has venido antes de lo previsto.

—He e-encontrado lo que b-buscaba.

El holograma alzó las manos, y chorritos de luz llovieron en torno a ella como serpentinas.

—Enhorabuena, HARP 926. Has completado tu misión con éxito. Esto quedará registrado en tu hoja de servicios. Según mis archivos, se trata de tu... decimoséptima... detención de disidentes. Figuras entre los candidatos al ascenso. En cuanto hayas escoltado a nuestros... invitados... a su destino final, preséntate en la oficina central para que se proceda a tu reparación y a la celebración de tu victoria con una fiesta. Habrá globos.

—¡¿Una fiesta?! —jadeó Rambo—. Siempre he querido asistir a una fiesta. ¿Habrá baile?

El holograma volvió la cabeza hacia él.

—No, no habrá baile. Y tú no estás invitado a esa fiesta, disidente. A ti te llevarán a... otra fiesta.

—Cuántas fiestas —susurró el aspirador—. Este lugar es la repera.

—En efecto —dijo ella—. Lo es. Me alegra que pienses eso. Te hará las cosas más llevaderas en tu... fiesta. HARP 926, haz el favor de acompañar a nuestros invitados a la planta quince para que... vayan a su fiesta. ¿Quieres que avise de tu llegada?

—N-no —se apresuró a responder Hap—. Ya m-me encargo yo.

—Como quieras —dijo ella y desapareció en medio del gorgoteo del agua.

—¿La planta quince? —preguntó Ratched mientras dejaban atrás la fuente—. ¿Me lo explicas, o mejor no?

—M-mejor no —dijo Hap.

—Quiero ver los globos —dijo Rambo cuando se acercaban a un grupo de ascensores alineados a lo largo de la pared del fondo, mientras las máquinas con las que se cruzaban se alejaban lo más posible de ellos—. ¡A lo mejor hasta hay pastel! En las fiestas suele haber pastel.

—Aquí nadie come pastel —dijo Ratched al tiempo que Hap posaba la mano en un panel situado junto a uno de los ascensores—. Tú mismo no puedes comer pastel.

—Eso no lo sabes —repuso Rambo—. Nunca lo he probado. A lo mejor me gustaría.

A Vic le pareció que a Hap estaba a punto de estallarle la cabeza.

—No hemos venido por el pastel.

—Ah —dijo Rambo—. Ya. Hemos venido para... no hablar del pastel. —Se desplazó de un lado a otro como para comprobar si alguien más lo estaba escuchando. Alzó la voz todo lo que pudo—. ¿Adónde nos llevas, HARP 926? No soy más que un pequeño aspirador atrapado en las maquinaciones de una fuerza que no controlo. Por lo que más quieras, no me hagas daño. —Hizo un ruido como si sorbiera la nariz—. No quiero morir.

—Estás sobreactuando —dijo la enfermera.

—¡No es verdad! Mi personaje tiene una motivación y trato de que sea creíble.

Hap le pegó un manotazo en la tapa mientras se abrían las puertas del ascensor.

—Ya está b-bien.

—Sí, amo.

—N-no me llames así.

—Sí, HARP 926. Guiño, guiño.

Hap los hizo entrar en la cabina a empujones. Las puertas se cerraron tras ellos. Vic se dejó caer contra la pared, con las piernas trémulas.

—No hay c-cámaras —dijo el androide mientras se iluminaba otro panel, cerca de la puerta. En él había botones con los números del cero al nueve—. Rambo, t-tienes que dejar de hablar.

—Estoy de acuerdo —dijo Ratched—. Después de haber llegado hasta aquí, si nos pillan por tu culpa, te taladraré hasta que no quede ni un trocito.

Rambo se echó a temblar.

—Solo intentaba ayudar.

—Y estás ayudando —aseguró Vic—. Pero nos ayudarías aún más si fingieras que no puedes hablar.

—¡Pero sí puedo!

—Tu personaje ya tiene una nueva motivación —dijo la enfermera—. Tu modulador de voz se ha roto. Eres incapaz de articular palabra. Eres mudo.

—Jo, tío —musitó Rambo—. Menos mal que domino el lenguaje de signos, tanto la variante norteamericana como la británica. —Empezó a ejecutar una serie de movimientos complicados con las pinzas, juntándolas y separándolas antes de menearlas de un lado a otro y finalizar con un gesto triunfal—. Acabo de decirte que te quiero, aunque no te guste como actor.

Hap se agachó para estudiar el panel. Frunció el ceño.

—¿Sabes adónde tenemos que ir? —preguntó la enfermera.

—S-sí. —Acto seguido, matizó—: Tal vez.

—¿Cómo que «tal vez»?

La arruga en su ceño se hizo más profunda.

—Están... enterrados en mi cabeza. Los recuerdos. Solo me vienen fragmentos. N-necesito un momento.

—Faltaría más —dijo Ratched—. Tómate tu tiempo. No tenemos ninguna prisa.

—Eso no ayuda —dijo Vic, apartándose del costado del ascensor —. ¿En qué planta está mi padre? Se supone que la última, ¿no?

Hap negó con la cabeza.

—La última p-planta es la plataforma de despegue del Terrible Perro Marino. Está d-debajo de eso.

—Bien. Pues entonces selecciona el penúltimo piso.

Hap clavó la mirada ceñuda en el panel.

—No sabes qué número de piso es, ¿verdad?

—L-lo intento.

—Siento interrumpir vuestra interesante conversación... —dijo Ratched en un tono seco e irritado.

Los dos se volvieron hacia ella.

En su pantalla, un esquema de la Torre Benévola giraba lentamente.

—El edificio tiene ciento veinticinco plantas. La última, como ha

dicho Hap, es la plataforma de despegue del Terrible Perro Marino. Si, tal como creemos, Gio se encuentra aquí, estará en el piso ciento veinticuatro. Ahí se hallaba su laboratorio antes de que se marchara de la Ciudad de los Sueños Eléctricos. Si el Hada Azul tiene razón y Gio ha vuelto a su puesto anterior, estará aquí. —La imagen de la torre se amplió, y una flecha parpadeante señalaba su parte superior.

—¿Seguridad? —preguntó Vic.

—Mínima. Los científicos, inventores e innovadores van y vienen a su antojo, aunque ignoro si se han introducido cambios tras el regreso de Gio. En caso afirmativo, necesitaremos una excusa para estar en esa planta en el supuesto de que alguien nos aborde.

—Yo m-me encargo —dijo Hap, centrándose de nuevo en el panel.

—Eso no me tranquiliza.

El androide comenzó a pulsar botones. Uno. Dos.

—Espera —dijo Vic, y Hap, que estaba a punto de oprimir el cuatro, se detuvo.

—¿Q-qué pasa? Estoy...

—Planta doce —dijo una voz clara.

El ascensor comenzó a subir.

Hap soltó un gruñido.

—L-la has hecho buena.

A Vic se le desorbitaron los ojos.

—Haz que pare.

—No p-puedo, hasta que lleguemos a la p-planta doce. ¿P-por qué has hecho eso?

—¿No estarán monitorizándonos? —preguntó Vic—. Si nos detenemos antes del piso quince, que es adonde se supone que tenemos que ir, se enterarán.

Hap sacudió la cabeza.

—Los HARP no s-somos como las otras m-máquinas. V-vamos a donde queremos sin que n-nadie nos pida explicaciones.

—O sea que vendrías a ser como el jefe —dijo Rambo, impresionado—. Bien por ti, máquina asesina sedienta de venganza.

—¿Estás seguro? —preguntó Vic.

—S-sí, estoy seguro. Si G-Gio está ahí, lo encontraremos.

—Planta doce —repitió la voz—. Oficina central.

—¡La fiesta! —exclamó Rambo—. ¡Hurra!

Las puertas se abrieron.

Ante ellos apareció un grupo de máquinas que esperaban el ascensor. Vic retrocedió un paso al tiempo que Hap se colocaba delante de él para cubrirlo.

—N-nos hemos equivocado —dijo el androide, oprimiendo botones como desesperado mientras las máquinas avanzaban hacia ellos. Antes de que pudieran entrar, las puertas se cerraron de nuevo.

—No he visto ningún globo —masculló Rambo—. Qué mentirosos.

—Planta ciento veinticuatro —dijo la voz.

El ascensor empezó a moverse.

Hap asestó una palmada contra la pared que hizo retemblar la cabina.

—¿Se ha enfadado? —susurró Rambo.

—Es posible —dijo Ratched—. Pero lo entiendo. Yo también tengo ganas de pegarle un puñetazo a algo.

—Tranquilo —dijo Vic, agarrándole la mano a Hap para que no golpeara la pared de nuevo—. Estamos bien. —No sabía si creía sus propias palabras. Un pequeño error, y todo se iría al garete.

Hap echó a andar de un lado a otro como un animal enjaulado.

—No d-deberíamos haber venido. Tendríamos q-que habernos quedado lejos. M-muy lejos. Esto va m-mal. Esto va muy mal.

Vic se plantó delante de él, de modo que su pecho topó con el de Hap. Este lo fulminó con la mirada, pero Vic ya estaba acostumbrado. Formaba parte del paquete.

—Mantén la calma —dijo con severidad—. Te necesito. Todos te necesitamos. Eres el único que ha estado aquí antes. Y sé que no quieres recordar nada de eso, pero dependemos de ti.

Vic dudaba que hubiera logrado convencerlo. Temía que el androide lo apartara de un empellón y reanudara sus idas y venidas, escupiendo y rezongando. En vez de eso, el autómata subió las manos para acomodarle el casco en la parte posterior de la cabeza. Vic se propuso que, si se las arreglaban para salir con vida de aquello, haría pedazos ese casco a la primera oportunidad. Le dedicó una sonrisa a Hap, pero la notó forzada.

Eso no pareció importarle al androide, que le posó las manos en los hombros. Permanecieron así, cara a cara, mientras el ascensor se elevaba por el interior de la Torre Benévola. Ninguno de los dos

desvió la vista.

Hasta que el ascensor se detuvo, claro.

—Planta ciento veinticuatro —anunció la voz—. Bienvenidos a Creación.

Las puertas se abrieron a un pasillo largo y desierto con el techo abovedado, y las paredes y el suelo blancos. Varias puertas flanqueaban el pasillo. No había ventanas ni claraboyas. La luz artificial resultaba relajante. Como una mentira.

Vic tuvo que contenerse para no salir corriendo del ascensor llamando a su padre a voces. Aquel impulso insistente y enloquecedor encendía todas las fibras de su ser. Lo reprimió antes de que se apoderara de él.

Hap fue el primero en salir del ascensor, con una mano extendida tras de sí para indicarles que esperaran. Ladeó la cabeza y escuchó.

Una vez convencido de que nadie los importunaría, les hizo señas a los demás para que lo siguieran. Ratched salió al pasillo con Rambo encima de ella, girando de un lado a otro para examinar el entorno. Vic los siguió y miró hacia atrás cuando las puertas del ascensor se cerraron. Las suelas de sus botas rechinaban sobre el suelo, y el sonido rebotaba contra las paredes que los rodeaban. Salvo por sus pisadas, reinaba un silencio que no auguraba nada bueno. No se oían voces. Nada se movía aparte de ellos. Aunque eran conscientes de la altura a la que se encontraban, al no haber ventanas habrían podido estar en cualquier parte.

Hap los guio por el corredor con pasos cuidadosos y acompasados. Movía la cabeza con rapidez hacia los lados y de arriba abajo mientras pasaban por delante de una puerta tras otra, aunque no veían qué había al otro lado.

El androide se volvió hacia ellos mientras doblaban a la derecha en una esquina.

—Deberíamos...

Topó con algo.

A Vic se le heló la sangre cuando vio contra qué —contra quién— había chocado.

Otro HARP, con el uniforme de la Autoridad y la insignia del

zorro y el gato en el pecho.

Tan de cerca, era casi como si Hap se mirara en un espejo roto. El HARP era prácticamente idéntico a él. Aunque no tenía madera entreverada con la piel, sus ojos eran iguales, multicolores y brillantes. Pero ahí comenzaba la disonancia. Los ojos de Hap rebosaban luz y vida, mientras que el HARP era todo él una máquina fría, sin alma. Vic no sabía si era el mismo que habían visto en el País de los Juguetes o uno totalmente distinto. Por primera vez, se preguntó cuántos quedaban.

—Hola —dijo el HARP amigablemente, con una voz inquietantemente similar a la de Hap, aunque tal vez sin la mordacidad a la que Vic se había habituado—. Hermano, qué alegría verte. —Dirigió una mirada fugaz por encima del hombro de Hap antes de fijarla de nuevo en él—. ¿Qué haces aquí?

—He-hermano. Gusto en saludarte. Tengo órdenes.

El HARP asintió.

—Eso se sobreentiende. De lo contrario, no estarías aquí. ¿Qué órdenes son?

—Llevar a estos t-tres a los laboratorios.

—¿A estos tres? —preguntó el HARP—. ¿Quiénes son?

—Disidentes.

Los labios del HARP se curvaron.

—Ah, ¿sí? —Alargó la mano y le acarició la madera de las mejillas. Hap, por su parte, no se movió—. ¿Ellos te han hecho esto? ¿Y qué te pasa en la voz? Tartamudeas.

—N-no —dijo Hap, apartándole la mano con suavidad—. Una r-reparación sobre el terreno. D-daños en el m-modulador de voz. Cuando haya c-cumplido mi misión, me ocuparé de ello.

El HARP miró a los demás. Vic mantuvo la mirada gacha, y el casco se le resbaló un poco hacia delante.

—¿Y no es por culpa de ellos?

—N-no, fue un c-cuarto individuo.

—¿Qué fue de él?

—Lo d-destruí —dijo Hap.

—Bien. Al fin y al cabo, debemos mantener la paz. —Pasó junto a Hap con un empujoncito y se detuvo frente a Ratched y Rambo. Vic rezó por que el aspirador se quedara callado, mientras Hap sacudía la cabeza en señal de advertencia desde detrás del HARP—. Disidentes.

No parecen gran cosa.

—No lo son —dijo Hap—. Han alterado su c-código.

—¿Quiénes?

—N-no lo sé.

El HARP dio unos toques en la pantalla de Ratched.

—Tú. Modelo sanitario. ¿Quién ha alterado tu código?

Hap dio un paso al frente.

—He ejecutado un borrado de m-memoria de los p-p-programas afectados. N-no pueden responderte.

El HARP entornó ligeramente los ojos, pero no se dio la vuelta.

—¿Por qué has hecho eso? Ahora no podremos averiguar a quién pertenecen.

—Han i-iniciado una secuencia de autodestrucción c-cuando los he acorralado. He t-tomado la decisión de conservar lo m-máximo posible. Los llevo a C-Creación para v-ver si se p-puede recuperar algo.

—Cero instinto de autoconservación —dijo el HARP, enderezándose—. Es una pena, pero no me extraña. Si logran recuperar los recuerdos, tal vez estos nos revelen la fuente. ¿Sabes a qué fuente me refiero, hermano?

Hap asintió.

—El Ha-Hada Azul.

—Sí. Se las ha ingeniado para cubrir sus huellas durante mucho más tiempo del que esperábamos. Que no nos hayan dado la orden de arrasar la pirámide es algo que se me escapa. No pretendo poner en tela de juicio el criterio de nuestros padres y madres, pero me pregunto qué pretenden conseguir al permitir que ese sitio siga existiendo. —Agarró a Rambo del brazo y tiró de él con brusquedad. El aspirador guardó silencio. El HARP lo soltó antes de mirar a Vic—. ¿Y este? Nunca había visto un modelo igual. Menudo adefesio. Parece ensamblado a partir de piezas que no encajan entre sí. Qué abominación.

—Eso opino yo t-también, hermano —dijo Hap atropelladamente —. Será d-diseccionado. Creación extraerá d-de él toda la información p-posible.

—Máquina —dijo HARP—. Mírame.

Vic irguió la cabeza. Mantuvo una expresión neutra, con los labios apretados en una línea fina. Permaneció con la mirada perdida, incluso cuando el HARP acercó el rostro a solo unos centímetros del

suyo. No, no se parecía en nada a Hap, ni siquiera al que Vic había visto en los recuerdos del propio Hap.

El HARP le dio un golpecito en el casco, haciéndolo vibrar sobre su cabeza. Vic no se inmutó mientras la vibración le traspasaba el cráneo y el eco del ruido metálico resonaba apagado en el pasillo.

—Este —dijo el HARP—. Este es... diferente. —Le escrutó el rostro a Vic sin parpadear—. Qué apariencia tan realista. Y parece tener una fuga. —Una gota de sudor le resbalaba a Vic por la mejilla como una lágrima. El HARP extendió la mano hacia ella.

—Sí —dijo Hap—. Pierde líquido. Es un f-fallo de funcionamiento. No lo t-toques. C-creo que es ácido.

El HARP retiró la mano y despegó los ojos de Vic para posarlos en Hap.

—Quiero enterarme de lo que descubran en Creación. Si se trata de una máquina nueva, debemos estar informados. No parece peligroso, pero no podemos correr el riesgo. No dejes que te lo oculten. Les gusta guardarse secretillos. Este no puede ser uno de ellos. Comunica a los de Creación que deben proporcionarte acceso a sus conclusiones por orden de la Autoridad. O, si prefieres, les llevo yo a los prisioneros para que tú puedas ir a que te reparen.

Hap sacudió la cabeza.

—Los he-he encontrado yo. Quiero que se me r-reconozca el mérito.

—Claro —dijo el HARP con desenfado—. Sigue tu camino, hermano. Buen trabajo.

Vic contuvo la respiración mientras el HARP los rodeaba para alejarse por donde ellos habían venido. Se disponía a exhalar lo más silenciosamente posible cuando el miedo asomó al rostro de Hap por una fracción de segundo.

—¿Qué es esto? —Vic oyó que decía el HARP tras su espalda.

Este le apretó la mano como con un tornillo de banco y le propinó un tirón para obligarlo a darse la vuelta. Vic estuvo a punto de desplomarse, escorado por el peso de su mochila. Notó la tensión en la articulación del hombro cuando el HARP le alzó la mano para examinarla.

El corte en la palma.

Casi se le había curado, pero aún no del todo. Tenía una delgada costra moteada de marrón.

El HARP se movió más deprisa de lo que Vic pudo reaccionar. Le hincó el pulgar en la palma para romperle la costra. Allí, en el centro, brotó una pequeña perla de sangre. El HARP le colocó la mano vertical. La sangre se escurrió hacia abajo. Una gotita permaneció suspendida unos instantes del canto de su mano.

Hasta que empezó a caer hacia el suelo.

—Humano —rugió el HARP, apretujándole los huesos del brazo con la mano—. Es un humano. Alarma. Tenemos que dar la voz de...

Una ráfaga de aire pasó a toda velocidad junto a Vic. El tiempo se ralentizó a su alrededor mientras que la percepción visual se le aceleraba. Al bajar la mirada, vio a Hap deslizándose por el suelo con las piernas por delante, los ojos entrecerrados y la chaqueta ondeando tras sí. Atrapó la gota de sangre antes de que impactara en el suelo. Cerró la mano sobre ella, y Vic habría jurado que sus ojos despedían un destello oscuro.

Se puso de pie y descargó un golpe con el codo en el antebrazo del otro androide. El metal se partió, y la mano de Vic quedó libre. El HARP abrió la boca, pero antes de que pudiera emitir el menor sonido, Hap le asestó un puñetazo en el cuello. Con un gorgoteo mecánico, el androide se tambaleó hacia atrás contra la pared. Cuando empezaba a recuperarse, Hap se abalanzó sobre él. Echó el puño hacia atrás para golpearlo de nuevo, pero el HARP se lo agarró en el último momento y le retorció el brazo hacia abajo.

—Traidor —farfulló con voz áspera—. Eres un traidor. ¿Qué has hecho?

El HARP le dio la vuelta a Hap, levantó la pierna y le propinó una brutal patada en la parte baja de la espalda. Hap se estrelló contra la pared contraria con tal fuerza que una gran grieta se extendió hacia el techo. El HARP arremetió contra él, aporreándole la espalda y los costados antes de estrecharlo en un abrazo de oso y levantarlo del suelo, inmovilizándole los brazos. El HARP soltó un gemido y comenzó a apretar. Vic oyó que el metal de Hap chirriaba y la madera se resquebrajaba con chasquidos tan fuertes que sonaban como truenos.

Hap levantó las piernas y se impulsó con los pies contra la pared, haciendo que el HARP reculara y perdiera el equilibrio de modo que fue a parar al suelo con Hap encima, ambos agitando brazos y piernas. Hap dio una voltereta hacia atrás y acabó en cuclillas con la cabeza

del HARP entre los pies. Se irguió con rapidez y alzó la pierna para estamparle el talón de la bota en la cabeza. El HARP le atrapó el pie y se lo torció hasta que Hap tuvo que tirarse hacia un lado para evitar que se lo rompiera. Tumbado de costado, se deslizó por el suelo.

Sin pensar, Vic embistió al HARP, que acababa de ponerse de pie y se dirigía hacia él. En plena carrera, Vic se descolgó la mochila por los brazos y la agarró por una de las correas. Describió con ella un arco amplio en torno a sí y le ardieron los músculos del brazo al hiperextenderlo. La mochila impactó contra el HARP con un gran estrépito y lo lanzó contra una puerta que retembló contra el marco. El HARP levantó la cabeza despacio y se volvió para mirar a Vic.

—Humano —siseó—. Eres un humano. Protocolo de Aniquilación en Reacción contra las Personas iniciado. —Se levantó ayudándose con los brazos. Vic trastabilló hacia atrás, y la mochila se cayó al suelo. Sin fijarse en ella, el HARP avanzó implacable hacia él.

—No lo toques —le advirtió Ratched, desplegando los tentáculos y enroscándolos en torno a las piernas del HARP. Este se agachó para liberarse de ellos cuando un chisporroteo eléctrico se desplazó a lo largo de ellos hasta alcanzar al HARP, que echó la cabeza hacia atrás bruscamente, convulsionándose con la boca abierta mientras la electricidad lo recorría.

Rambo pasó a toda velocidad junto a Vic, alzándose sobre su elevador mientras volaba en dirección al HARP. Saltó por encima de los tentáculos de Ratched para evitarlos. Rodeó al HARP hasta situarse a su espalda, proyectando los brazos y hundiéndole las pinzas en el cuello hasta desgarrarle la piel, aprovechando que la enfermera había interrumpido las descargas. El aspirador daba tirones a todo aquello en lo que ponía las pinzas, arrancando tiras de metal y cables. El HARP se quedó boquiabierto cuando alargó los brazos para intentar coger a Rambo y de pronto Hap le aferró las manos y se las torció casi trescientos sesenta grados hasta que las muñecas se quebraron y los dedos quedaron colgando laxos. Acto seguido, lo agarró del cuello y lo empujó contra la pared. Apoyó la mano en el panel cercano a la puerta, que se iluminó. Cuando la puerta se abrió, el HARP se desplomó en una habitación repleta de ordenadores y máquinas en diferentes estados de deterioro. Nada se movía ahí dentro excepto Hap y el HARP.

Hap saltó sobre su adversario cuando intentaba levantarse. Se

sentó a horcajadas sobre su cintura, sujetándole los brazos a los costados. El HARP alzó la vista hacia él.

—Hermano, ¿por qué haces esto?

—No soy tu hermano —espetó Hap. Apretó el puño derecho y cerró sobre él la mano izquierda. Las levantó por encima de su cabeza antes de golpear con ellas el rostro del HARP. El metal crujió. Hap lo golpeó otra vez. Y otra. Y otra.

Las piernas del HARP temblequeaban sobre el suelo con sacudidas de los pies.

Ya no emitió más sonidos.

Al cabo de unos momentos, dejó de moverse.

Se oyó un traqueteo de hierros rotos cuando Hap se puso de pie lentamente. Se volvió, y a Vic se le partió el corazón en mil pedazos al ver su expresión insegura, angustiada. Alzó las manos. Tenía trozos de metal de la cara del HARP incrustados en la piel. Vic advirtió que un pedazo pequeño de algo blanco caía al suelo, rebotaba y se detenía a sus pies. Era un diente. El fragmento de un diente.

Hap se contempló las manos.

—He... herido. He m-m-matado. He...

—El bosque, la música —dijo Vic. Con suma cautela, dio un paso hacia Hap—. Nuestro hogar. Donde te encontré. Árboles. El complejo. Música. Los discos que te ponía papá. ¿Te acuerdas de todo eso?

—Sí —susurró Hap.

Vic se detuvo frente a él, lo tomó de las manos y las sujetó con fuerza.

—Las trompetas. El piano. La batería y el *charles*. Miles Davis. Es azul. Una variedad de azul. Escucha. —No recordaba toda la melodía. Todavía estaba aturullado y respiraba con dificultad. Aun así, la tarareó lo mejor que pudo. *Blue in Green*. La trompeta con sordina, ese agudo sonido metálico, el tableteo de las teclas del piano. Tenía la voz cascada y la cabeza llena de fuegos artificiales. Se bamboleaba de un lado a otro, abrazado a Hap. Percibió como a lo lejos que Ratched había empezado a reproducir justo la canción que él estaba tarareando. Y aunque no tenía letra, Rambo se unió a ellos con voz baja y grave.

—Mariposa —dijo Hap —. Bonita. Me gusta.

Vic no supo cuánto tiempo estuvieron así. Se le antojaron horas, aunque en realidad fueron solo unos minutos. Poco a poco y de forma

progresiva, Hap se relajó. La flojera le empezó en las piernas y fue subiéndole por las caderas y el pecho. Se encorvó contra Vic y le hundió el rostro en el cuello.

—Ya está, ¿lo ves? —susurró el joven mientras la música se apagaba—. Todo va bien. Estamos bien. Tú estás bien. Me tienes a tu lado.

Hap se aferró a él, con los dientes descubiertos contra su garganta.

—Nos has salvado, ¿no lo ves? —dijo el joven, propinándole un empujoncito al androide—. Nos has salvado. Gracias. Si la sangre hubiera llegado al suelo...

—S-si hubiera llegado al s-suelo, habría d-disparado una alarma, pero...

—Y luego has hecho lo que tenías que hacer —continuó Vic con vehemencia—. Nos has protegido.

Cuando Hap se echó hacia atrás, no parecía aliviado, pero su expresión de angustia se había suavizado. Buscó los ojos de Vic, y lo que encontró en ellos debió de bastarle. Se volvió hacia el HARP.

—S-se ha desconectado de la red. Alguien se d-dará cuenta pronto. T-tenemos que apresurarnos. —Se inclinó sobre el HARP, y cuando lo sujetó por debajo de los brazos, varios trozos de su cabeza cayeron al suelo. Lo arrastró más hacia el interior de la habitación. Rambo lo siguió, recogiendo los restos que iba dejando.

Vic salió al pasillo y miró a derecha e izquierda para comprobar si seguían solos. No había nadie más. Levantó su mochila del suelo. Algo se movió en su interior con un tintineo que lo hizo detenerse. Con el ceño arrugado, sacudió la bolsa de un lado a otro. El tintineo sonó más fuerte y descoyuntado. Desorbitando los ojos, abrió la mochila con desesperación.

—Victor —dijo la enfermera—. Tu ritmo cardíaco se ha acelerado drásticamente. ¿Qué te pasa?

Él apenas la oyó.

—No —masculló—. No, por favor, no. ¿Dónde está, dónde está, dónde está...? —Cerró los dedos sobre una tela cuyo tacto conocía bien y tiró de ella. La había agarrado por el lado equivocado. Se abrió cuando la sacó, de modo que los restos del corazón se desparramaron en el suelo. Aquel ruido. Aquel chasquido espantoso que había sonado cuando había estampado la mochila contra el HARP sin pensar. Había

sido el sonido del corazón recién acabado al romperse de nuevo. La madera se había partido en cuatro pedazos; dos habían caído al suelo, y los otros dos, dentro de la mochila. Los cables habían quedado colgando, inutilizados. Uno de los engranajes, el más grande, se había quebrado en dos. Otro se había alejado rodando por el pasillo en dirección al ascensor y había topado con una pared antes de quedar tumbado sobre una de sus caras.

—Oh, no —dijo Ratched—. Victor, se...

Vic dejó caer la mochila. No podía respirar. No podía hacer otra cosa que contemplar los fragmentos esparcidos por el suelo. Con lo que les había costado llegar hasta allí...

Un tentáculo se le enrolló en la muñeca. Vic no miró a la enfermera.

—Victor —dijo ella—. No te aflijas. Lo importante nunca fue el corazón, sino lo que hacemos los unos por los otros. Ya lo reconstruirás. Pero eso tendrá que esperar a que regresemos al bosque.

Vic se enjugó los ojos y miró por encima del hombro. Hap lo sabía. Había visto los restos destrozados. Estaba en el vano de la puerta, con el cuerpo rígido y la mirada ceñuda fija en el suelo.

Vic agarró la mochila, que Ratched había recogido, y se dirigió hacia el androide. Sabía que estaban cerca. Muy cerca. Lo tomó de la mano.

—Vamos. Tenemos que encontrar a papá mientras aún estemos a tiempo.

—Pero ¿cómo conseguiremos que venga con nosotros? —preguntó Rambo—. Ya no tenemos un corazón que darle.

—Pues le recordaremos de dónde viene y cruzaremos los dedos.

Hap los guio por un laberinto de pasillos. Cuando doblaron otra esquina más, Vic estaba del todo desorientado. No creía que fuera capaz de encontrar la salida por sí mismo. Poco después del enfrentamiento contra el HARP, habían tenido que esconderse en lo que resultó ser un armario para no cruzarse con un grupo de hombres lisos. Se quedaron en la oscuridad, escuchando los pasos justo al otro lado de la puerta.

—¿Creéis que ya saben lo del HARP? —preguntó Rambo.

Hap negó con un gesto.

—Los HARP se desconectan de la red para r-reiniciarse. Tenemos t-tiempo, pero no mucho. No t-tardarán en encontrarlo.

En cuanto estuvieron seguros de que los hombres lisos se habían alejado, Hap entreabrió la puerta y echó un vistazo al pasillo. Aguardó unos segundos antes de abrirla del todo y les hizo señas de que salieran tras él.

Reanudaron la marcha.

Avanzaron por un pasillo. Giraron a la derecha. Enfilaron otro pasillo. Giraron a la izquierda. Otro pasillo.

Vic estaba a punto de preguntar —con cierta desesperación— dónde estaban, si se habían perdido sin remedio, cuando Hap se paró en seco. Vic chocó con él e hizo una mueca de dolor cuando Ratched y Rambo chocaron con él a su vez.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Hap se había detenido frente a una puerta. Parecía igual que todas las demás: blanca y discreta, con un panel oscuro al lado.

Pero había una pequeña diferencia.

En esta puerta había un círculo en el centro con el símbolo de un árbol. Le recordaba los que crecían en el bosque alrededor de su hogar, y las agujas de pino estaban talladas con tal delicadeza que casi podía olerlas.

Con su mano libre, Hap acarició las ramas y el tronco del árbol antes de posar la palma sobre él y cerrar los ojos.

—Esto —dijo en un tono bajo y reverencial—. Me acuerdo de esto. De este árbol. Una v-vez se lo pregunté. Un árbol. ¿P-por qué un árbol? —Se meció de un lado a otro—. D-dijo que p-porque eran antiguos. Más antiguos q-que casi cualquier otra cosa en el m-mundo. Que c-cuando nosotros ya no estuviéramos, los árboles s-seguirían aquí. —Abrió los ojos—. Giovanni. Está ahí dentro. Este es su laboratorio.

—¿Estás seguro? —preguntó Vic, también en voz baja.

Hap apartó la mano del árbol.

—Sí. Estoy s-seguro.

—¿Llamamos? —preguntó Rambo, bamboleándose encima de la enfermera.

Vic miró el árbol con fijeza antes de sacudir la cabeza lentamente.

—No, Hap.

Sin vacilar, el androide apoyó la mano en el panel, que se iluminó bajo sus dedos. Una profunda campanada resonó en torno a ellos y le provocó un escalofrío a Vic.

La luz del panel se puso verde.

La puerta se abrió, y les llegó una bocanada de aire fresco procedente del interior.

Capítulo 24

Lo primero que le llamó la atención a Victor fue la luminosidad del espacio. Rayos de sol se filtraban por un ventanal que ocupaba toda una pared a su izquierda, y desde el que se divisaba la Ciudad de los Sueños Eléctricos, mucho más abajo. La urbe, vasta e inmensa, se extendía casi hasta donde alcanzaba la vista. El vértigo se apoderó de Vic. Tragó en seco para ahuyentar las náuseas.

Tardó unos momentos en comprender por qué reconocía aquel lugar. Nunca había estado ahí, pero lo había invadido una sensación de familiaridad. No fue hasta ese momento que se percató de que sí había estado ahí, no en persona, sino a través de los ojos de otro. Hap. Estaba viendo lo mismo que Hap cuando había estado ahí, cuando había abierto los ojos por primera vez, cuando había regresado una y otra vez y escuchado las palabras del padre de Vic.

—¿Estás lista, Ratched?

—Sí, Victor. Sé lo que tengo que hacer.

El joven avanzó, soltando la mano de Hap. Miró hacia atrás en el momento en que el androide destrozaba el panel situado junto a las puertas que acababan de atravesar. Arqueó una ceja. Hap se encogió de hombros.

—Así n-no podrán entrar tan fácilmente. N-nos dará un poco más de tiempo, solo p-por si acaso.

Al final del pasillo había un par de puertas de cristal. Se abrieron de forma automática cuando Vic se acercó. No se detuvo. No volvió la vista atrás. No le hacía falta; sabía que los demás lo seguirían allá donde fuera.

Entró en una amplia sala repleta de máquinas que pitaban y estaban cubiertas de luces que se encendían y apagaban una y otra vez. Del elevado techo pendían unos ganchos de metal que se utilizaban para transportar objetos, pero que en aquel momento estaban inmóviles. Al fondo de la sala había unos tanques —otro recuerdo, esta vez del búnker oculto bajo tierra— vacíos. Sus paredes

de vidrio relucían como si estuvieran recién pulidos. Sobre una hilera de ordenadores se alzaba una pantalla gigantesca surcada por líneas de código verdes y un cursor que parpadeaba. En la esquina superior izquierda de la pantalla, la imagen de un hombre rotaba despacio, con los brazos extendidos hacia los lados. Tenía la piel lisa, y carecía de rostro, genitales y rasgos distintivos. Era una página en blanco.

Vic dio un paso hacia el monitor.

—Hola —dijo una voz serena e imperturbable—. Mis disculpas, no sabía que tendría visitas hoy.

Vic se volvió, con el corazón en la garganta.

Giovanni Lawson emergió de las sombras con una tableta en la mano. Su barba, con la punta rizada, reposaba majestuosamente sobre su pecho. Llevaba una bata de laboratorio con la insignia del gato y el zorro, y un pantalón color canela. Sonreía, aunque con aire desconcertado. Desplazó la vista de Ratched y Rambo a Hap, y abrió los ojos un poco más de la cuenta antes de fijarlos en Vic. Arrugó el ceño.

—¿Papá? —musitó Vic.

Giovanni pestañeó.

—¿Papá? —repitió con una risita titubeante—. Me parece que ha habido un malentendido. —Miró a Vic de arriba abajo, con los párpados entornados—. Aunque trabaje en Creación, nunca he pretendido ser un padre. —Se les acercó un poco más y titubeó antes de sacudir la cabeza—. Qué extraño. Me siento como... —Se llevó la mano al pecho—. Un fantasma. Noto un cosquilleo, como si te conociera, pero no me lo explico. Creo que me acordaría si hubiera creado algo tan... excepcional. Hay una frase, una expresión que se usa cuando alguien cree recordar algo que no ha vivido.

—*Déjà-vu* —dijo Vic por lo bajo.

Papá se sobresaltó.

—Sí. Eso es... justo a lo que me refería. Un *déjà-vu*, ¿sabes?

Aunque a Vic le ardían los ojos, no los despegaba de su padre.

—Sí, lo sé.

—¿Nos habíamos visto antes? —Depositó la tableta sobre el borde de uno de los ordenadores. Estuvo a punto de caerse, pero papá no le prestó atención. Juntó las manos frente a sí—. No recuerdo haberte visto. Estás hecho de piezas distintas, como de chatarra. Eso no es propio de un androide, y menos aún de uno como tú. Tienes un

aspecto tan... humano... Dime, ¿quién te creo? ¿Cómo lo consiguieron? ¿Cuál es tu identificador?

—Victor —respondió él. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no correr a abrazar a su padre—. Me llamo Victor.

—Victor —dijo papá, pronunciando la palabra con lentitud, como saboreándola por primera vez—. Dices que te llamas así. Qué nombre tan bonito. Está claro que tu creador, sea quien sea, se tomó su tiempo, más de lo que se aprecia a primera vista. A lo mejor escatimó en algunos gastos, pero aun así pareces... distinto. Me gusta lo distinto.

—Lo sé.

—¿De veras? Te pido disculpas. No sé qué decir. Por lo visto, me conoces, pero yo no sé nada de ti. Mi identif... Mi nombre es Gio Lawson. ¿A qué debo el honor de tu visita? —Se volvió hacia Hap, achicando los ojos—. HARP, ¿qué me has traído?

—Lo q-que te pertenece —contestó el androide.

—¿A mí? —dijo papá con escepticismo. Miró a Ratched y luego a Rambo, que lo saludaba agitando el brazo frenéticamente. Papá alzó la mano y le devolvió el saludo meneando los dedos, no sin cierta reserva—. Hola, pequeñín. Hacía mucho que no veía a uno como tú. ¡Y menos aún en funcionamiento! Dime, ¿tú también tienes un... nombre? —Vic se percató de que se había mordido la lengua para no decir «identificador» de nuevo. Empezaba a adaptarse. Esto le infundió esperanzas a Vic, aunque no se atrevió a aferrarse a ellas todavía. Su padre no era el mismo de antes. Se comportaba de manera distinta, con cautela, y se movía más como una máquina que como un hombre. Tenían que andar con cuidado. Papá no se fiaba de ellos, aunque eso parecía deberse más a la presencia de Hap que a cualquier otra cosa.

—¡Rambo!

—Rambo —repitió papá—. Nunca había oído ese nombre. Y tú, modelo sanitario. ¿Eres...?

—La enfermera Ratched —dijo ella.

—Sí, ya veo, ya veo. Tú también eres excepcional. Me imagino que no habrá mucho trabajo para alguien como tú en estos tiempos, ¿no? —Una contracción intermitente le crispó el rostro, como si experimentara un fallo técnico, pero su expresión se suavizó enseguida. Volvía a ser fría, pero siempre vigilante—. No, supongo que no debes de estar muy atareada.

—Te sorprenderías, Giovanni.

Papá irguió la cabeza con una sacudida.

—¿Cómo me has llamado?

—Giovanni —repitió ella.

—¿Por qué?

—¿Acaso no te llamas así?

—Me llamo Gio. Mi nom... Mi identificador es Gio. Son las siglas de Gerente de Innovación Operativa. —Papá empezó a encerrarse en sí mismo. Vic lo notó en el momento en que empezó a ocurrir: se le tensó el rostro, sus labios quedaron reducidos a una línea, y sus ojos parecieron obturarse con un brillo mecánico. Si antes se le veía suelto, relajado, de pronto adquirió una postura rígida como la de los hombres lisos. Firme. Impasible. Una máquina—. HARP —dijo—. ¿Por qué has venido? ¿Tienes autorización para estar en el Departamento de Creación? —Hizo una pausa—. Has sufrido daños. En la piel, en la voz.

—S-soy tal c-como debo ser —dijo Hap.

Esto desconcertó a papá.

—Caramba. ¿A qué diantres viene eso? HARP, dime tu identificador. Ahora mismo.

—HARP 217.

—¿217? —susurró—. Tú eres... eres... —Su mirada se tornó ausente y empezó a torcerse, aunque Gio la corrigió de golpe y la endureció—. Eso no es posible. Te retiraron de servicio hace décadas. Lo sé. He visto los informes. Se dio la orden. Tú... no deberías estar aquí. Ignoro para qué has venido, pero no puedo hacer nada por ti. Por favor, márchate o llamaré a la Autoridad. —Dio media vuelta y recogió su tableta, con los hombros encorvados cerca de las orejas—. Gracias por la visita, pero más vale que os vayáis. No sé por qué estáis aquí. No tengo tiempo para vosotros. Estoy muy ocupado.

En otra época, cuando Vic era niño —debía de tener cuatro, tal vez cinco años—, aún se esforzaba por encontrar su voz, por plasmar sus ideas en palabras. Detestaba que le resultara tan difícil, que le salieran a trompicones, sin orden ni concierto. Un día de primavera, ya próximo el verano —qué soleado y verde estaba todo—, intentó contarle a su padre lo que había visto en el bosque. Un pájaro. Un simple pájaro de plumaje azul, con el pico y las patas negros. El ave había ladeado la cabeza mientras lo miraba desde lo alto de una rama.

Había emitido un gorjeo de advertencia, con las alas y las plumas encrespadas.

Acudió a su padre, con los pensamientos bien formados en su mente, pero sin la capacidad de expresarlos. Giovanni —paciente y bondadoso, como siempre— había esperado, observándolo, sin meterle prisa, consciente de que Vic necesitaba tiempo para articular lo que quería decir.

El muchacho estaba a punto de darse por vencido, de desanimarse y fingir que nada había ocurrido cuando, de pronto, algo cambió en su cabeza. Unas piezas engranaron de un modo en que nunca lo habían hecho.

—Pájaro —dijo.

—¿Un pájaro? —dijo papá, en un tono suave y maravilloso—. Cuéntame.

Vic desplazaba su peso de un pie a otro, intentando retener sus pensamientos claros, pero escurridizos. Abrió la boca de nuevo, pero de ella no salió sonido alguno. Con el rostro crispado de frustración, comenzó a respirar con jadeos cortos.

—Mejor lento, pero seguro —dijo papá—. Piensa. Concéntrate. Tómatelo con calma. Sé que es más fácil decirlo que hacerlo, pero creo en ti. Siempre he creído en ti, y siempre creeré. Tú puedes, Victor. Sé que puedes.

—Pájaro —dijo el chico de nuevo—. Fuera. Pájaro. Ha... gritado. A mí. Fuerte. El pájaro ha gritado fuerte.

—Ah, ¿sí? —preguntó papá—. Enséñamelo.

Lo tomó de la mano y juntos salieron de la casa a nivel del suelo. Vic andaba con paso decidido, pues sabía bien lo que quería mostrarle a su padre. Este, por su parte, no expresó dudas en ningún momento ni le indicó que fuera más despacio, aunque daba una zancada por cada tres del chiquillo. Se detuvieron al pie de un árbol. Vic apuntó con el dedo. El pájaro seguía allí, volviendo la cabeza, hasta que se quedó mirándolos con un ojo negro. Gorjeó de nuevo con un inconfundible tono de advertencia.

—Ah —dijo papá—. Ya veo. Es verdad que está gritando. Pero lo hace por una razón. ¿Puedo levantarte?

Vic le tendió los brazos. Notó que le rodeaba la cintura con sus grandes manos y lo aupaba. Su padre era grande, tanto que Vic se sentía tan alto como los árboles.

—Fíjate —le susurró Giovanni al oído—. ¿Ves la rama en la que está posado el pájaro? Echa un vistazo más abajo. Cerca del hueco en el árbol.

Vic así lo hizo. Allí, justo debajo del pájaro, había un agujero, oscuro y amplio, en el tronco. Al principio, Vic no vio nada. Pero entonces papá se acercó un poco más al árbol, y el muchacho vislumbró pequeños retazos que sobresalían del agujero: hierba, barro, ramitas y plumas, azules como las del pájaro. Era un nido. Ante la mirada de Vic, una cabeza asomó por el lado. Era similar a la del ave de la rama, aunque más pequeña y de tonos más oscuros.

—Está protegiendo a sus crías —explicó papá—. No sabe que tú no representas una amenaza. Esa es su pareja. Está incubando los huevos, esperando a que eclosionen.

—Eclosionen —murmuró Vic.

—Sí. Las crías. Pronto nacerán las crías y oiremos sus piadas. Qué espectáculo tan hermoso. Qué regalo tan maravilloso. Gracias, hijo. Gracias por enseñármelo.

Vic apoyó la cabeza en el hombro de su padre, sintiéndose calentito y seguro, lleno de un orgullo emotivo, aunque en aquel momento aún no era muy consciente de ello. Solo sabía que había logrado lo que se había propuesto. Había conseguido que su padre lo entendiera utilizando las palabras. Tal vez podría volver a hacerlo más adelante. Pero, por el momento, estaba cansado.

Papá le deslizó la mano arriba y abajo por la espalda.

—Sí, creo que tal vez es el mejor día que he tenido en mucho tiempo. Mi estupendo muchacho.

Observaron cómo el pájaro de la rama bajaba dando saltitos hasta el hueco. El que estaba en el nido lo recibió con un sonido apenas perceptible. Tras concluir que sus hijos y su pareja estaban a salvo, el macho echó a volar y desapareció entre las copas de los árboles.

—Pájaro. He visto al pájaro —dijo Vic esa noche, cuando su padre lo arropó en la cama.

Y ahora, allí, a varios años y kilómetros de distancia, Victor Lawson contempló al hombre a quien le debía la vida, que lo había creado movido por sentimientos de culpa, soledad y amor, mientras se alejaba. Sabía que las palabras eran un arma, un arma que había tardado mucho en dominar. Pero había cambiado. Ya no era ese

muchacho. Había encontrado su voz. Esa máquina —ese hombre— se la había dado.

—Papá —dijo.

Giovanni no se volvió. Se había quedado inmóvil.

Vic dio un paso hacia él.

—Por favor, ¿ni siquiera vas a mirarme? —Se detuvo a poca distancia de él. Si quisiera, podría extender el brazo y posarle la mano en el hombro. Pero reprimió con todas sus fuerzas el impulso de hacerlo.

Cuando papá rompió el silencio, habló con voz cortante y palabras secas.

—Me confundes con otro. No soy tu padre. Soy Gio Lawson, miembro respetable de la Autoridad. Me dedico a crear, a construir, a trabajar. No hay nada más.

—Sí que lo hay —repuso Vic—. Hay mucho más. Te lo aseguro. Sabes a qué me refiero. Me conoces.

Papá sacudió la cabeza.

—No. Eso no es...

—¿Tú sueñas?

—¿Que si yo... qué?

—Sueñas —dijo de nuevo Vic. Le vinieron a la memoria las palabras de su padre—. Los sueños son susurros. Números y código. Ecuaciones lógicas. Un fallo técnico.

Papá se dio la vuelta lentamente, con expresión atónita.

—¿Cómo lo...? Soy una máquina. Las máquinas no soñamos. No tenemos esa capacidad.

Vic conocía a su padre mejor que nadie. Conocía todas y cada una de las arrugas de su rostro. Conocía su forma de pensar, sus tics, su humanidad incrustada en el cuerpo de una máquina. Y sabía cuándo mentía.

—Sí que la tenéis —dijo, al borde de la desesperación—. Lo sé. Tú me lo dijiste. Me dijiste que los sueños no siempre tienen sentido, pero que no los cambiarías por nada en el mundo. Que te hacen sentir vivo por razones que no sabrías explicar.

—¿Quién eres? —preguntó Giovanni. Empezó a alargar los brazos hacia Vic, pero se detuvo y dejó caer las manos a sus costados.

—Alguien que te quiere —respondió Vic—. Quizá eso no te parezca gran cosa, pero una vez me dijiste que, en ocasiones, las cosas

más pequeñas pueden cambiarlo todo cuando menos te lo esperas.

De pronto, empezó a sonar música a su espalda.

Beryl Davis cantaba que todas las carreteras tienen un carril de retorno, que ella había llorado por ti. La voz crepitante que salía de los altavoces de Ratched inundó la sala.

—Me dijiste que podía ser quien yo eligiera ser —dijo Hap sin el menor tartamudeo.

—¡Dijiste que yo era valiente! —exclamó Rambo.

—Nos construiste un hogar —dijo Ratched—. Hemos venido para asegurarnos de que no lo olvides.

—¿Qué es esto? —jadeó papá—. ¿Qué... estáis...? —Cerró los ojos —. Esta canción. Esta música. ¿Por qué? ¿Por qué tengo la sensación de haberla oído antes? La melodía. Las notas. La sincronía. Sencilla. Concisa. Eso no es...

—Es que la has oído —dijo Vic, dando otro paso hacia su padre —. Esta y todas las demás canciones que he podido encontrar para ti. Arreglaste tu gramófono. Estábamos pensando demasiado a lo grande. Nos complicamos la vida. Era la manivela. Algo tan simple como la manivela.

—No —dijo papá—. No, no, no. Fallo lógico. Error. Error. No soy quien tú quieres que sea. No soy aquel que buscas. No soy...

—Lo eres —dijo Vic, tendiéndole la mano a su padre.

Este se quedó mirándola, pero no intentó retroceder.

Sus dedos se tocaron. Tenía la piel cálida.

—Te he encontrado —dijo Vic—. Te he encontrado. Te he...

Una alarma rompió a ulular de forma tan furiosa y estridente que Vic temió que le estallaran los tímpanos.

—¡ALERTA! —atronó una voz por encima de ellos—. ALERTA. SE HA PRODUCIDO UNA INFILTRACIÓN EN LA TORRE BENÉVOLA. ALERTA. ALERTA. SE HA PRODUCIDO UNA INFILTRACIÓN EN LA TORRE BENÉVOLA. ACTIVANDO PROTOCOLO DE CIERRE SIETE SEIS BARRA NUEVE NUEVE CUATRO.

Unas rejillas metálicas cubrieron las ventanas, sumiendo el laboratorio en la penumbra mientras la alarma seguía aullando. Vic se sobresaltó cuando una mano se cerró sobre su muñeca. Al volverse, vio a su padre mirándolo con semblante inexpresivo.

—Tú —dijo Giovanni—. Esto es por ti. No deberías estar aquí. No te muevas. La Autoridad viene hacia aquí. —Comenzó a llevarlo a

rastras hacia la fila de ordenadores. Antes de que Vic pudiera impedírselo, pulsó un botón y habló—. Hay infiltrados en Creación. Repito, hay infiltrados en...

Algo se movió detrás de Vic. Antes de que pudiera lanzar un grito de advertencia, Hap lo apartó de un golpe y se abalanzó sobre Giovanni. Este reculó tambaleándose ante su ataque, mientras Vic contemplaba la escena desde el suelo, horrorizado.

—¡No! —gritó.

Papá se movió con una celeridad que nunca había visto en él. Bloqueó todos los golpes que Hap intentó asestarle, con la barba volando por encima del hombro. El autómata tiró un gancho de derecha y se le quedó una cara de estupefacción muy graciosa cuando papá lo esquivó. El impulso ocasionó que Hap diera un giro casi completo en la dirección contraria. Cuando aún no se había recuperado, papá le pegó una patada en la espalda que lo arrojó contra la fila de ordenadores.

No les quedaba otro remedio.

Tenían que hacer lo que el Hada Azul les había pedido.

—¡Ratched! —rugió Vic—. Es el momento.

El compartimento de la enfermera se abrió, y uno de sus tentáculos se desenrolló. En la punta sujetaba un pequeño rectángulo plateado que llevaba grabadas en su parte superior unas alas azules de hada.

«Esto —susurró el Hada Azul en un rincón de la mente de Vic, el recuerdo de una esfera revestida de pantallas—. Es mi mayor secreto. Mi tesoro más preciado aparte de ti, Victor. Tú nunca pediste esto, lo sé, nunca quisiste ser más de lo que ya eras, pero debes tomar conciencia de lo que simbolizas. Representas un sueño. Una esperanza. Una remembranza de lo que fuimos. Y, con un poco de suerte, de lo que podremos volver a ser algún día. Da igual de dónde procede. Lo único que importa es lo que es capaz de hacer. No luchamos con espadas. No luchamos con cañones, bombas o armas biológicas. Para arreglar lo que está estropeado, a veces es necesario romperlo del todo y volver a empezar de cero».

«¿Qué es?».

«Una infección. Un virus con la capacidad de destruir todo lo que ellos han construido. Este es mi obsequio para ti: el poder para cambiar el mundo. Con él, podrás borrarles la memoria a todas las

máquinas de la Ciudad de los Sueños Eléctricos y más allá. Por muy lejos que llegue el poder de la Autoridad (y ni siquiera yo sé cuánto abarca), el virus, una vez instalado, se propagará por la red neuronal sin dejar más que cáscaras vacías a su paso. Tienes la posibilidad de elegir, Victor. Puedes elegir embarcarte en esto por tu cuenta y riesgo. Puedes elegir acometer el rescate sin mi ayuda. Y tal vez lo consigas, aunque me cuesta imaginar cómo. Con esto, tendrás la oportunidad de salvarnos a todos. Nunca pediste ser quien eres, lo sé. Pero te pido que seas lo que sé que estás destinado a ser: humano. Eres el último de tu especie. Y, con este obsequio, puedes asegurarte de que todos tengamos la oportunidad de cambiar las cosas».

«¿Qué tengo que hacer?», susurró él.

«La interconexión, la conciencia colectiva, las mentes de las máquinas, todo ello existe en Creación. Acepta mi obsequio. Instálalo en Creación. Se propagará a lo largo y ancho del territorio. Nos brindará una posibilidad de forjar un futuro mejor donde podamos elegir por nosotros mismos».

Una lágrima le resbaló por la mejilla.

«No sé si puedo hacerlo».

«Lo sé, querido muchacho. Por eso debo advertirte algo. Todas las grandes acciones requieren sacrificios. La instalación no funcionará a menos que estés conectado a la red neuronal. Y tú no estás capacitado para hacerlo por ti mismo. Careces de los componentes necesarios».

Él echó la cabeza hacia atrás de golpe.

«¿Qué?».

Elle se volvió hacia los demás. Ratched, Hap y Rambo.

«Tendrá que ser uno de vosotros. Uno de vosotros debe hacer lo que Vic no puede. Instalar el virus. Y entonces, el que lo haga, olvidará todo lo que sabe».

«No —dijo Vic—. No, no te lo permitiré. No dejaré que lo hagas. Son mis amigos. No puedes...».

«Lo haré yo», dijo Ratched.

«De eso nada», gruñó él, con la cabeza y el corazón destrozados.

Sin hacerle caso, ella se acercó al Hada Azul.

«Yo me encargaré de esto».

Elle se inclinó en una reverencia.

«¿Estás segura?».

«Sí. Estoy capacitada de sobra».

«¡No! —gritó Vic—. Ratched, escúchame. Tiene que haber otra manera. Seguro que...».

«No todo está perdido —dijo el Hada Azul—. Es posible ayudarla. Puedo descargar su conciencia. Crear un duplicado, por así decirlo. Una vez instalado el virus, cuando se le haya borrado la memoria, eso te permitirá devolverla a su estado actual. Se acordará de ti. Se acordará de todos vosotros».

«No puedes prometernos eso. No puedes prometer nada. Podría salir mal. Las cosas podrían torcerse, y entonces ella...».

La enfermera le acarició la mejilla con un tentáculo.

«He tomado mi decisión, Victor. Sé lo que hago. Por favor, no me prives de ello. Ya me trajiste de vuelta una vez. Sé que podrás volver a hacerlo. Lo único que te pido es que no me abandones aquí. Detesto esta ciudad. Huele mal. Quiero volver a ver el bosque».

«Ratched, yo...».

«Lo sé. Pero lo hago por ti, por lo que tú has hecho por mí. Deja que te ayude. Deja que ayude a Rambo y a Hap. Deja que ayude a Gio».

Él se enjugó los ojos.

«No puedo perderte».

«No me perderás —aseguró ella—. No te desharás de mí tan fácilmente. Cuando seas un viejo decrépito, me necesitarás para que monitoree tu salud y me asegure de que vivas más años que ningún otro humano. Estaré a tu lado. Te lo prometo».

—Te lo prometo —dijo Vic mientras las alarmas aullaban a su alrededor.

Papá y Hap intercambiaban golpes demoledores y Rambo le gritaba a Ratched:

—¡Date prisa, por Dios santo, que ya vienen, ya vienen!

La enfermera se detuvo frente a Victor, que alzó la vista hacia ella. En su pantalla se leían las palabras «ERES MI AMIGO».

—Cuando me encontraste, fue el mejor día de mi vida, aunque en ese momento aún no lo sabía. Te he visto crecer hasta convertirte en el hombre que eres ahora. Al final, eso es lo único que importa. Por si el plan sale mal y no consigues devolverme a la vida, necesito que sepas que eres muy valioso para mí. Y como le cuentes a alguien que te lo he dicho, te taladraré hasta que no queden más que trozos de

hueso y cartílago.

Hap soltó un quejido cuando papá lo lanzó al otro extremo de la habitación. Patinó por el suelo hasta estrellarse contra Rambo, que quedó panza arriba, con las ruedas girando.

Ratched se dirigió hacia los ordenadores, con la caja plateada en alto.

Vic le gritó que se detuviera.

Ella siguió adelante.

Hasta que Giovanni la embistió, encogiendo el cuerpo. Su hombro impactó contra un costado de Ratched y le abolló la carcasa. Ella se volcó y quedó cabeza abajo, con la pantalla agrietada y agitando los tentáculos en el aire. La cajita plateada se le cayó y rebotó en el suelo hasta detenerse a los pies de Hap y Rambo.

Se oían golpes insistentes en las puertas del pasillo. Voces, muchas voces. «Dejadnos entrar, dejadnos entrar».

Papá empezó a caminar hacia ellos. Vic se impulsó hacia delante, cayó con torpeza sobre un costado y se aferró a la pierna de Giovanni. Este bajó la mirada hacia él, con expresión ceñuda.

—¿Qué haces? ¿Qué te crees que estás haciendo? No puedes...

—¡Ratched! —bramó Vic—. ¡Levanta, levanta, levanta!

Ella intentó enderezarse haciendo fuerza con los tentáculos, pero volvió a caerse cuando uno de ellos se partió con un chisporroteo eléctrico y quedó serpenteando sobre el suelo.

Papá se agachó, agarró a Vic del cuello y lo alzó en vilo. El joven pataleó con todas sus fuerzas y le pegó manotazos en los brazos a su padre, pero fue inútil. La presión sobre su garganta se intensificó. Empezaron a bailarle lucecitas ante los ojos, las estrellas más brillantes que había visto nunca. Deslizó las manos por los brazos de papá hasta su pecho. Le dio un tirón a su camisa. Oyó que la tela se desgarraba. Notó la piel tirante y cálida debajo. Dio un golpecito con el dedo en el esternón. El compartimento se deslizó hacia fuera.

Érase una vez una máquina llamada Giovanni Lawson que se construyó un corazón de madera y metal. Con todo el cuidado y los conocimientos que poseía, había creado una fuente de energía única en el mundo.

Y la había destruido para salvar a su hijo.

Ahora, en su lugar, había una batería. Era cuadrada, con luces parpadeantes y cables todo a lo largo.

Vic apretó la palma contra ella. Le quemó la piel, pero no apartó la mano.

—Papá —jadeó.

Los dedos que le atenazaban el cuello se aflojaron un poco.

—Yo... —susurró Giovanni.

Las voces sonaban más fuertes. Atravesaron la puerta. Se aproximaban.

—Por favor, escúchame —dijo Vic—. Tu eres mi pa...

Algo colisionó contra ambos. Vic cayó con violencia al suelo y su casco rebotó en el suelo, ocasionando que la vista se le nublara y le pitaran los oídos.

Aturdido, se incorporó poco a poco.

A través de las puertas de cristal situadas en el otro extremo del laboratorio, avistó a decenas y decenas de hombres lisos. Estaban apiñados contra las puertas, y los de delante aporreaban con los puños el vidrio, que empezó a resquebrajarse. Las grietas zigzagueantes se extendían hacia arriba y hacia abajo. Un hombre liso apretó el rostro contra el cristal con la nariz aplastada y la boca abierta, sacando y metiendo la lengua.

Era demasiado tarde.

Habían perdido.

Victor se volvió para ver qué lo había golpeado. Rambo. El aspirador había arremetido con todas sus fuerzas contra papá y Vic y los había derribado. Giovanni yacía boca arriba.

—Lo siento, lo siento, lo siento —gemía Rambo mientras bajaba los brazos una y otra vez—. ¡No te enfades conmigo, por favor! ¡Me siento fatal por haberlo hecho! —Papá intentó agarrarlo, pero Rambo lo esquivó.

—Victor.

Se giró.

Hap se encontraba de pie frente a los ordenadores.

En la mano sostenía una caja plateada con unas alas azules.

A Vic se le desorbitaron los ojos.

Hap esbozó una sonrisa.

—Me d-diste la vida. Me diste amigos. Me diste una f-finalidad. Mis hilos s-se han roto, y todo gracias a ti.

Vic gritó su nombre mientras se daba la vuelta.

Pero Hap no vaciló.

Vic se levantó ayudándose con los brazos. Sabía que era demasiado tarde, pero se movía como si aún tuviera una oportunidad.

Hap apoyó la mano en un panel. Este se iluminó en torno a ella mientras el Histérico y Amargado Pelele se conectaba a la red neuronal. Echó la cabeza hacia atrás, con la boca abierta de par en par. La pantalla se activó por encima de él.

—Bienvenido a casa, HARP 926 —dijo una voz al tiempo que las puertas de cristal saltaban hechas añicos y los hombres lisos irrumpían con las manos extendidas como garras.

—No es mi casa —musitó él, introduciendo la cajita plateada en el puerto.

La pantalla se puso blanca.

Vic estaba sentado contra la pared, abrazándose las piernas, con los ojos apretados mientras intentaba respirar, arrastrado por una corriente que era incapaz de frenar. Ni siquiera lo intentaba. Le resultaba más fácil dejarse llevar.

—Vic...

No respondió. Estaba demasiado cansado. Quería dormir. A lo mejor si lo conseguía, podría soñar que estaba en el bosque. Su padre estaría arrellanado en su butaca, escuchando con una sonrisa la música del gramófono entre crepitaciones y chasquidos. Rambo tararearía la melodía desafinando. Ratched le diría que se callara, pero no en serio.

Y Hap. Hap estaría sentado en el suelo, a su lado, con el hombro pegado al suyo y tomados de la mano.

—Vic.

Irguió la cabeza. Ratched y Rambo se encontraban ante él. Rambo alargó el brazo con delicadeza y le tocó la pierna.

—¿Estás bien?

Contempló la escena que se desarrollaba detrás de ellos. Por la sala vagaban sin rumbo varias máquinas. Androides, robots, y las decenas y decenas de hombres lisos, con aspecto aturdido y desorientado. Tenían el semblante inexpresivo y ausente. Uno de ellos topó con una pared. Otros —por lo menos diez— habían formado una piña temblorosa y cuchicheaban incoherencias con las cabezas juntas.

Al otro lado de las puertas destrozadas, había unos cuantos más en el pasillo, vivos pero vacíos por dentro. Sus susurros, gruñidos y gritos resonaban en torno a ellos.

Papá, sentado en el suelo, con las manos juntas sobre el regazo, parpadeaba despacio.

Y Hap, tendido de espaldas, tenía los ojos muy abiertos, pero con la mirada perdida. Su corazón había explotado. Los pedazos le habían atravesado el pecho. Estaba rodeado de esquirlas de metal y madera desperdigadas. Junto a su mano había un engranaje roto, con los dientes reluciendo bajo la tenue luz.

Vic cerró los ojos de nuevo.

—Debemos irnos —dijo Ratched—. Tenemos que marcharnos. No podemos hacer esto solos. Te necesitamos, Victor. Necesitamos que nos ayudes con Gio y Hap.

—Ha funcionado —musitó Vic antes de tragarse la bilis que le había subido a la garganta.

—Así es —dijo la enfermera—, aunque no como lo habíamos planeado. Lo ha hecho Hap, no yo. Pido disculpas. —En su pantalla agrietada parpadeó un corazón rojo partido por la mitad—. No debería haber permitido que eso ocurriera. Me duele, Victor. Me duele todo. Y no solo por los daños que he sufrido. Debo de tener menos tendencias sociópatas de lo que creía, pues estoy llena de pesar.

—Yo creo que estás llena de basura —dijo Rambo con un pitido de pena—. Como yo. Vic, ¿por qué no me habías dicho que había basura triste? Duele, aunque no estoy demasiado lleno.

A Vic se le escapó un sollozo, un sonido ahogado y desgarrador. Sacudió los hombros.

—No sé qué hacer.

—Tengo una idea —dijo Ratched—. No te va a gustar, pero debes confiar en mí. Creo que dará resultado. Solo necesitaremos un poco de suerte y mi prodigioso cerebro. Anda, vamos. Sécate esas lágrimas. Todo saldrá bien.

—¿Me lo prometes?

Y aunque él sabía que no podía, ella dijo:

—Te lo prometo.

La enfermera lo llevó a empujones hasta donde estaba su padre.

—Rambo y yo nos ocuparemos de Hap. Deshazte de tu disfraz. Ya no lo necesitas.

Obediente, él se quitó el casco, y las planchas de metal que llevaba en brazos y piernas. Forcejeó con el chaleco hasta que Rambo se elevó tras él y le cortó las correas enredadas. La prenda cayó al suelo con un sonido metálico hueco. Vic nunca volvió a mirarlo.

Extremando precauciones, se acercó a un hombre liso solitario, el que había chocado con la pared. Había dado media vuelta y estaba de pie, con las rodillas ligeramente flexionadas y los brazos colgando a los costados. Guardando las distancias, Vic aguardó a ver si asomaba alguna chispa de vida a los ojos del hombre liso. Eso no sucedió. Su mirada atravesaba a Victor, y tenía la boca entreabierta. El joven alargó el brazo hasta tocarle la mano.

—Perdona —dijo—. El Hada Azul. Encuentra al Hada Azul.

—¿El Hada... Azul? —dijo el hombre liso.

—Sí. Elle te ayudará.

—Me... ayudará.

—Sí.

El hombre liso se alejó como un sonámbulo. En vez de mirar hacia donde se encaminaba, centró su atención en su padre. Le crujieron las rodillas cuando se arrodilló ante él. Le dolía todo el cuerpo, pero aún no había llegado el momento de descansar. Le sorprendió ver un destello de conciencia en los ojos de Giovanni.

—Hola.

—Hola —dijo papá—. Mi identificador es Gerente de Innovación Operativa. Tengo muchas funciones, entre ellas construir, crear y ayudar. —Arrugó el ceño—. ¿Por qué te gotean los ojos? ¿Tienes un fallo de funcionamiento?

—Sí —dijo Vic con la voz ronca—. Tengo un fallo de funcionamiento. ¿Me ayudarás?

—Sí —dijo Gio—. Se me da muy bien ayu... Eso ya lo he dicho, ¿verdad? Lo siento, estoy... confundido. ¿Soy nuevo? ¿Eres mi creador?

—No. Soy tu amigo.

—Entiendo. Intento acceder a mi módulo de memoria, pero al parecer tengo alguna avería en el biochip. No sé cómo arreglarlo.

—Yo sí.

—¿De veras?

—Sí.

La arruga entre sus cejas desapareció al tiempo que sonreía.

—Si tú me ayudas, yo te ayudaré a ti.

Vic lo agarró del brazo para levantarlo. Papá se tambaleó a la izquierda y luego a la derecha. Dio un traspié, pero Vic lo sujetó.

Tras acompañar a papá hacia donde estaban los demás, se agachó, recogió su mochila y se la echó al hombro. Le pesaba demasiado, pero apretó los dientes y se obligó a aguantar.

Rambo recogió los restos del corazón de Hap con sumo cuidado y los guardó en su interior.

—Aquí estarán seguros —dijo con tristeza— hasta que podamos arreglarlo.

Incapaz de hablar, Vic miró cómo Ratched alzaba a Hap y lo cargaba sobre sí, con las extremidades colgando.

—Listo —dijo ella—. Por el momento nos apañaremos así. Seguidme.

Así lo hicieron.

Salieron al pasillo a través de la puerta de cristal rota. Sin inmutarse, los hombres lisos continuaron cuchicheando mientras Ratched y Victor se abrían paso entre ellos. Nadie intentó agarrarlos ni detenerlos. Los hombres lisos observaron cómo se marchaban de Creación, pero no interfirieron. La alarma se había apagado. Reinaba el silencio, salvo por los sonidos de las orugas, las pisadas y los cuchicheos.

Nadie dijo una palabra mientras la enfermera los guiaba de regreso hasta el ascensor y, una vez dentro, pulsaba los botones en el panel.

En vez de descender, el ascensor comenzó a subir.

Vic se volvió hacia la enfermera.

—Confía en mí —dijo ella.

Al cabo de unos momentos, la cabina se detuvo y las puertas se abrieron.

—Planta ciento veinticinco —anunció una voz—. Plataforma de despegue.

Salieron del ascensor, con cuidado de que la cabeza de Hap no se golpeara contra algo.

Vic miró a su padre.

—¿Estás listo?

—¿Cuál es tu identificador? —dijo este—. Tengo la sensación de que... ¿Nos conocemos?

Vic intentó sonreír, pero fracasó estrepitosamente.

—Victor —dijo—. Victor Lawson.

—Victor —repitió Giovanni, almacenando la información.

—Vamos.

Entraron en una habitación pequeña. La pared de la izquierda estaba cubierta de pantallas que mostraban una imagen distinta cada una. Debajo se encontraba una máquina arácnida similar a aquella con la que habían hablado a la entrada de la torre. Tenía la esfera blanca.

—Hola. Hola. Hola —decía—. No sé qué soy. ¿Podrían decírmelo?

—No —contestó Ratched—. Puedes ir y averiguarlo por ti misma.

Vic alzó la vista hacia las pantallas. Se le hizo un nudo en el estómago al ver lo que aparecía en ellas.

—¿Estás segura de esto?

—No —dijo la enfermera—. Pero la alternativa es volver por donde hemos venido.

—Esto me da mala espina —dijo Rambo, tapándose los sensores con los brazos—. Creo que no me gustan las alturas. ¿Y si nos estrellamos y nos matamos?

—Pues entonces al menos el final será rápido —dijo Ratched.

—Eso no me consuela.

—Bien. No era mi intención consolarte. —Sin mirar atrás, se dirigió hacia unas puertas que estaban al fondo de la sala—. ¿Venís o qué?

—¿Eso es una ballena? —preguntó papá, señalando la pantalla.

—Sí —dijo Vic—. Y nos va a tragar vivos.

La enfermera modelo Seis-Diez-JQN serie Alfa, también conocida como enfermera Registrada Automatizada para Tratamientos, Cuidados, Horadaciones, Educación y Destreza, no sabía pilotar.

Por fortuna, el Terrible Perro Marino no necesitaba un piloto. En otra época, Vic quizá se habría maravillado ante aquella máquina voladora, tan gigantesca que habría podido pasarse semanas y meses

explorándola palmo a palmo. Sin embargo, después de todo lo que había visto y hecho, le faltaban fuerzas para sentir un gran interés por la ballena volante.

—Tiene un sistema de control de vuelo automático —explicó Ratched, desplazándose entre los paneles y tableros de mando que contenía la cabina del Terrible Perro Marino—. Si introduzco bien las coordenadas, debería llevarnos a casa.

—¿Cuánto tardará? —preguntó Rambo.

—Diecisiete horas.

Vic apenas los escuchaba. Sentó a su padre en uno de los asientos y le puso el cinturón de seguridad.

—Quédate aquí —le indicó.

—Sí, Victor —dijo papá—. Me quedaré aquí.

Vic lo dejó para echar un vistazo por la hilera de ventanas situadas al frente de la cabina. El cielo estaba despejado salvo por unas nubes finas y tenues que flotaban sobre el horizonte. Hacía sol. Parecía un día normal. Vic intentó no pensar en la ciudad que se extendía a sus pies ni en las máquinas que la poblaban. Esperaba que el Hada Azul se mantuviera fiel a su palabra y ayudara a los liberados en la medida de sus posibilidades.

Y, aunque en ese momento no lo sabía, sería la última vez que Victor Lawson vería la Ciudad de los Sueños Eléctricos. Mientras el Terrible Perro Marino despertaba con un retumbo aterrador, dirigió la vista a las gruesas ventanas y contempló, más allá de la plataforma de despegue, la inmensa metrópolis. Los edificios, las torres, la pirámide que se alzaba a lo lejos, en cuyos negros cristales se reflejaba el sol. Aunque no alcanzaba a ver las máquinas en las calles, sabía que tendrían la misma expresión ausente que los hombres lisos. Por un momento, un atroz sentimiento de culpa se apoderó de él. Se preguntó si era mejor que ellos, mejor que los humanos que habían habitado aquel lugar en otro tiempo.

Se acercó a una figura desplomada en un asiento y con el cinturón de seguridad abrochado. Mientras la ballena se desamarraba de la Torre Benévola, Victor se sentó junto a HARP 217, el Histérico y Amargado Pelele, es decir, Hap. Tenía los ojos abiertos, pero apagados. Vic se puso el cinturón antes de tomar a Hap de la mano mientras el Terrible Perro Marino dejaba atrás la Ciudad de los Sueños Eléctricos y ponía rumbo a su hogar.

Cerró los ojos y le dio un apretón a Hap en la mano inerte.
—¿Qué hace uno cuando ha olvidado todo lo que sabe?

Cuarta parte
Empezar otra vez desde el principio

En el corazón de un viejo y solitario bosque, muy lejos de casi todo, había una vivienda de lo más curiosa.

Al pie de una floresta de árboles gigantescos se alzaba un edificio de ladrillo pequeño y cuadrado, invadido por la hiedra y el musgo. Nadie sabía a quién pertenecía, pero, a juzgar por su aspecto, llevaba mucho tiempo abandonado. Nadie lo había recordado con fines prácticos hasta el momento en que un hombre llamado Giovanni Lawson (que en realidad no era un hombre) se topó con él por casualidad mientras atravesaba el bosque.

Se detuvo frente a aquel extraño hallazgo, escuchando los pájaros que cantaban en las ramas, muy por encima de su cabeza.

—¿Y esto? —preguntó—. ¿De dónde has salido?

Entró, evitando con cuidado la puerta que colgaba de las bisagras. Las ventanas estaban rotas. Crecía hierba y maleza entre las combadas tablas del suelo. Parte del tejado se había hundido, y el sol se colaba a través de un montón de hojas secas que se alzaba casi hasta el techo. En lo alto de esta pila había brotado una flor dorada que se alargaba hacia el sol que entraba a raudales entre las vigas expuestas.

—Es perfecta —dijo en voz alta, aunque no había nadie más por ahí—. Sí, me servirá. Qué extraña. Qué maravillosa.

Y lo era: extraña, maravillosa y suya. A lo largo de las décadas que siguieron, la convertiría en un hogar, y no solo para él. Cuando empezó a dolerle el pecho en torno a su corazón recién creado, lo invadió la desesperación de la culpa por todo lo que había hecho, junto con una sensación de soledad abrumadora.

Tuvieron que pasar otros tres años, durante los que el dolor en el pecho no hizo más que aumentar. Tres años de acusar cada vez más el silencio, de anhelar oír una voz que no fuera la suya. Tres años de mirar por la ventana de su laboratorio para descubrir que estaba nevando, cuando apenas el día anterior el bosque estaba inmerso en el verano.

Pero a partir de este momento, la historia cambia: de la espesura no salió ningún hombre, ni tampoco una mujer sujetando un fardo de

harapos en el que ocultaba a un niño. Unos desconocidos no confiaron a Giovanni el cuidado de un bebé antes de salir huyendo entre los árboles. Fue un Hada Azul quien le confió un regalo como expiación por lo que había creado. Una esperanza. Una chispa. Un deseo.

Después de eso, ya nunca volvió a estar solo.

—Victor —le decía a su hijo mientras lo acunaba en brazos—. Te llamarás Victor. Victor Lawson. ¿Qué opinas? —Lo amaba como si fuera su padre de verdad. Y lo era. No permitiría que ningún hombre o máquina se lo arrebatara. A lo largo de los años mintió, mintió sobre su procedencia, sobre lo que había hecho, sobre el origen de Victor, pero lo hizo porque, por primera vez en su larga existencia, había descubierto cómo era el amor: complejo, poderoso, aterrador. Estaba en los deditos de Victor, en su carita, en las manitas que alargaba hacia él.

Y, durante el resto de su vida, pensaría en aquel frío y despejado día de otoño en que el niño había recibido un nombre y todo iba bien en el mundo. La soledad que lo embargaba desde hacía tiempo —inmensa y profunda— se evaporó, como si jamás hubiera existido.

Pero no era así.

Sí que había existido.

Y ahora su peso recayó sobre su hijo.

Las nevadas habían dejado el bosque cubierto de un manto de un blanco cegador que combaba las ramas de los árboles. Hacía frío cuando Victor Lawson desembarcó por la boca de la ballena, con el aliento condensándose en una neblina constante. Ante él, estaban los restos, los huesos ennegrecidos de lo que había sido su hogar, trozos de metal que sobresalían como dientes, como si el cadáver de una bestia descomunal yaciera apenas oculto bajo la tierra.

—¿Dónde estamos? —preguntó otra voz, y Vic miró hacia atrás.

Ahí estaba su padre, rodeado por las fauces abiertas de la ballena. Se le veía muy pequeño en comparación, y Vic se sintió más solo que nunca.

—Vivíamos aquí —dijo—. ¿No lo recuerdas?

Paseó la vista por el claro: los árboles rotos, el ladrillo agrietado de la casa a nivel del suelo, los cables que colgaban de las ramas, los

vidrios rotos que lanzaban destellos bajo el sol invernal.

—No —dijo papá al fin—. No lo recuerdo.

Vic asintió, respirando, mientras apretaba los dientes de forma dolorosa.

No se quedaron ahí. Vic reflexionó sobre ello, se planteó la posibilidad de volver a empezar y reconstruir lo que su padre había creado, pero, al final, los recuerdos de todo lo ocurrido pesaban demasiado. Aunque quería creer que las máquinas no irían allí a buscarlos, no podía correr ese riesgo. A marchas forzadas, Ratched, Rambo y él rescataron todo lo que pudieron y lo cargaron en el Terrible Perro Marino.

La enfermera fue quien la encontró: una pantalla resquebrajada, sepultada bajo una capa de cristales rotos y pedazos del tejado hundido. Debajo, sobre una bandejita entreabierta, relucía un disco en el que se alcanzaban a leer a duras penas tres palabras:

Sombrero de copa.

Rambo rompió a chillar. Cuando se tranquilizó, preguntó si todavía funcionaba.

—Solo hay una forma de averiguarlo —dijo Ratched.

Esa noche, a bordo del Terrible Perro Marino, Jerry Travers y Dale Tremont bailaron mejilla con mejilla. Papá los observaba en silencio, con la cabeza ladeada.

En el vientre de la enorme ballena, otra máquina permanecía en silencio, inmóvil.

Abandonaron su antiguo hogar mientras la ventisca formaba una cortina blanca y la ballena se elevaba sobre el claro hacia el azul intenso del cielo de invierno. Sobrevolaron el bosque en dirección norte, hacia tierras salvajes. A pesar de todo lo que había visto y hecho, a Victor no dejaba de maravillarle el espectáculo de la floresta nevada, que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. No le producía la misma sensación de incertidumbre que la Ciudad de los Sueños Eléctricos. Aquello era territorio desconocido; esto era el bosque, su hogar.

Tardaron dos horas en encontrar un lugar adecuado: una

superficie de tierra libre de vegetación, bastante llana y cubierta de nieve. Árboles gigantescos y antiguos rodeaban el claro por tres de sus lados. El cuarto estaba flanqueado por una escarpada pared de roca de más de diez metros de altura. El sitio no era igual que aquel del que se habían marchado. Era distinto.

—Manos a la obra —dijo Vic, enjugándose los ojos—. Tenemos mucho que hacer.

Érase una vez una máquina llamada Giovanni Lawson, que se construyó un hogar donde no habría debido haber ninguno. Décadas después, su hijo y el resto de su familia acometieron la misma tarea.

No construyeron en los árboles, pues no hacía falta. El cobijo que necesitaban se lo proporcionaba el Terrible Perro Marino, cuya piel y esqueleto los protegían del frío. A medida que avanzaba el invierno, se pasaban el día catalogando cada palmo de la máquina voladora. Ratched se conectaba a su ordenador y se empapaba de información. Al final de la primera semana, ya era toda una experta en el funcionamiento del Terrible Perro Marino y podía controlarlo a su antojo. Como prueba de ello, les hizo una demostración de los sistemas de armamento de la ballena. En un abrir y cerrar de ojos, un arbolillo que se alzaba sobre el manto blanco explotó en medio de una lluvia de astillas, nieve y tierra.

Todos se quedaron mirando a la enfermera, estupefactos.

—Ahí va —dijo—. La parte positiva es que eso nos facilitará la caza de animales para comer.

Rambo desaparecía y reaparecía a intervalos aleatorios. Rebosante de entusiasmo, los agasajaba con los relatos de sus excursiones a las entrañas de la máquina y su exploración de recovecos en los que no cabía nadie más que él. Les hablaba de largos y estrechos pasadizos de metal, de botones que no se atrevía a pulsar por temor a que iniciaran una secuencia de autodestrucción.

Papá seguía a Victor. Unas veces le preguntaba qué hacía; otras, lo observaba en silencio. Al final de la segunda semana, Vic resoplaba al intentar levantar una estantería pesada sin ayuda. Con los músculos tensos y el sudor resbalándole por la frente, estaba a punto de darse por vencido cuando de pronto el mueble se elevó como si no pesara

nada. Volvió la mirada.

Papá sostenía la estantería.

—Puedo ayudar.

Victor tragó para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta.

—¿De verdad?

—Sí —dijo papá—. Tengo muchas funciones.

No volvieron a hablar en todo el día.

Empezó con un bloque de madera cuadrado y liso, de vetas muy marcadas. Vic lo sujetaba entre las manos, haciéndolo girar en una dirección y luego en otra. Veía en qué lo convertiría con tiempo y paciencia.

Estaba reclinado contra las ventanas en voladizo del Terrible Perro Marino, con la espalda apoyada en el frío cristal. Caía una copiosa nevada, y los copos planos giraban y se arremolinaban a merced del gélido viento. De los altavoces de Ratched salía el sonido de las dulces trompetas, en todas las variedades de azul. Rambo se había adentrado en la ballena tras decirles que ese día intentaría llegar hasta la cola.

Papá estaba sentado frente a los mandos del Terrible Perro Marino. De vez en cuando apretaba un botón para ver qué pasaba. Aunque Victor le echaba un ojo ocasionalmente, estaba concentrado en el trozo de madera que tenía entre las manos.

Por eso dio un ligero respingo cuando oyó la voz de Giovanni. El dolor que le oprimía el pecho en todo momento se agudizó al tiempo que el bloque se le resbalaba entre los dedos y rebotaba en el suelo.

—¿Qué has dicho?

—Estás triste.

Vic recogió el trozo de madera sin alzar la cabeza.

—¿Por qué lo dices?

—Rezumas tristeza —dijo papá—. Nunca había visto algo parecido. ¿Es porque eres lo que eres?

Le habían hablado de la humanidad de Vic unos días después de regresar al bosque. Ratched creía —aunque les advirtió que las probabilidades eran casi nulas— que tal vez eso ayudaría a Giovanni a

recordar. No funcionó, aunque él no se había mostrado sorprendido al oírlo. Simplemente había asentido y había dicho «sabía que había algo diferente en ti» antes de recuperar aquella espantosa expresión ausente. Era una hoja en blanco en espera de que la programaran. Vic intentaba que esto no lo afectara, pero no podía evitarlo. No le habían explicado a Giovanni cuál era su relación con Victor ni qué había hecho. Era demasiado pronto, y las palabras se le habían encallado en la garganta a Vic.

—En parte, sí —respondió ahora—. A veces me pongo triste sin motivo. —No sabía si a los demás les ocurría lo mismo. No tenía a nadie a quien preguntárselo. Todos los que eran como él habían desaparecido hacía mucho tiempo.

—Ah —dijo papá. Acto seguido, añadió—: Eso debe de ser desconcertante.

—Lo es.

Giovanni sonrió, pero no como antes. Era un gesto mecánico, la reacción que se esperaba de él.

—¿Es un problema que puede solucionarse?

—No —dijo Vic—. No del todo. Haga lo que haga, siempre estará ahí. Pero no me molesta.

—¿Por qué?

El joven bajó la vista al bloque de madera.

—Porque me recuerda que estoy vivo. Me recuerda lo que he perdido. Y me confiere una finalidad, siempre y cuando no deje que me consuma.

—¿Qué finalidad? —preguntó papá con aparente curiosidad. Su voz sonaba casi como antes, cuando se pasaba el día haciendo preguntas. No era más que una simulación, claro.

—La de arreglar las cosas.

Había días peores.

Ratched se lo encontró sentado en un rincón, con el rostro oculto entre las manos, frente al cuerpo de Hap, que yacía sobre una mesa, cubierto con una sábana. Vic la había levantado para mirarle la cara, y entonces había visto sus ojos abiertos y sin vida. Esto lo había sumido en una espiral de desesperación.

La enfermera esperó, pues sabía que el joven necesitaba salir del bache por sí solo. Al cabo de un rato, salió.

—No puedo hacerlo —dijo con voz ronca.

—Sí que puedes —replicó ella—. Lo sé. Gio te enseñó. De tal palo, tal astilla.

Eso era lo que él temía.

—¿Soy como ellos? —preguntó—. ¿Soy una Innovación Operativa de Creación? ¿Un HARP?

—No, Victor —dijo ella—. Eres humano.

—¿Y si eso es aún peor? —susurró.

Por toda respuesta, ella comenzó a reproducir un disco de Miles Davis. Lo tiñó todo de azul.

Si no era su padre, entonces había sido una marioneta controlada por otros, aunque esto lo había llevado a conseguir lo que quería. No era un salvador. No era un mito, una leyenda, la esperanza de un mundo agonizante, como había proclamado el Cochero. No era Dios. No era inmortal. Incluso ahora, el tiempo se le escurría entre los dedos.

Su primer intento de encontrar la forma de un corazón en la madera acabó mal; no se parecía ni de lejos a lo que intentaba crear. Cogió aquella forma irregular y de aspecto repulsivo y la lanzó contra la pared. Se agrietó y se rompió antes de caer al suelo.

—No puedo concentrarme —les espetó a Ratched y Rambo mientras caminaba de un lado a otro por el puente del Terrible Perro Marino—. No puedo pensar. —Se aporreó un lado de la cabeza con el puño—. No sé lo que hago. No consigo que funcione como yo quiero. He olvidado qué aspecto tenía y ahora simplemente no puedo pensar.

Rambo recogió las piezas y las juntó. Entonces los sorprendió a todos.

—Creo que sé lo que hay que hacer.

Después de conducirlos al interior de la ballena, Rambo se detuvo frente a un panel que estaba a poca altura, al final de una larga pasarela de metal. Cuando lo apretó, el panel se deslizó hacia un lado, dejando al descubierto un pequeño espacio de almacenamiento.

Dentro había un saco de arpillera. Rambo lo sacó y desparramó su contenido sobre el suelo.

Eran pedazos del viejo corazón de papá. Y también del de Hap. Madera resquebrajada, hierros doblados, un montón de engranajes, algunos rotos, otros enteros. Vic se quedó de piedra.

—¿Por qué has conservado esto? —preguntó Ratched.

Rambo le dio un empujoncito a uno de los engranajes.

—Porque Gio y Vic me enseñaron a no desechar nada que pueda resultar útil. Como Vic dijo que iba a intentar fabricar un corazón nuevo, pensé que sería buena idea guardar los restos de los anteriores por si pudiera necesitarlos. —Tras una pausa, preguntó—: ¿Hice bien?

—¿Has llevado encima el corazón de Gio todo este tiempo? —preguntó Ratched.

—Sip —dijo Rambo—. Y también el de Hap, después de que saltara en pedazos. A lo mejor no volverá a ser como antes, pero...

—¿Y si existe una posibilidad? —musitó Vic.

—¡Exacto! —dijo Rambo—. Perdona que no te lo haya dicho, Vic, pero no sabía si funcionaría o no. ¿Tú qué crees? ¿Servirá de algo?

Vic levantó al aspirador y lo estrechó contra sí.

—Gracias.

Rambo lanzó un pitido de alegría.

—Oh, por ti lo que haga falta.

Volvió a empezar, esta vez aprovechando las piezas del antiguo corazón de papá. Aún experimentaba momentos de frustración en los que creía que no le saldría bien, pero no se rendía. Conforme el invierno cedía el paso a la primavera, lo llevaba consigo a todas partes como recordatorio de que su labor no había concluido.

El mecanismo interno del Terrible Perro Marino le resultaba de lo más fascinante a papá. Era como si partes de él que llevaban mucho tiempo dormidas empezaran a despertarse. No eran las partes que más añoraba Victor, pero por algún lugar tenía que empezar, así que aquello era mejor que nada.

—Es maravilloso —dijo Giovanni un día, contemplando las líneas de código en el monitor que tenía delante—. Todos estos números. Es como... —Sus dedos bailaron sobre el teclado. De pronto, añadió—: Se

me da muy bien hacer cosas. ¿Te lo había dicho ya?

—Sí —dijo Vic—. Me lo habías dicho.

Los dedos de papá se quedaron quietos.

—Eso me parecía. Es... curioso. —Continuó tecleando.

Vic no se atrevió a concebir esperanzas.

—¿El qué?

—El acto de crear. Me llena de... No sé. —Arrugó el ceño—. Es como si me encontrara bajo la luz más intensa que he visto jamás.

—Es lo que uno siente al crear —dijo Vic con un dolor agridulce en el pecho. Al parecer, se había atrevido a concebir esperanzas a pesar de todo—. Cuando das forma a una cosa, te inunda una sensación de orgullo. De haber logrado algo. —De repente, se le ocurrió una idea—. Esto es tuyo. Puedes hacer con ello lo que quieras. Crear lo que desees.

—¿Lo que desee? —Miró a Victor por encima del hombro y, por un momento, fue como si su padre volviera a estar a su lado, entero—. ¿Y si deseo algo imposible?

—Entonces es señal de que vas por buen camino. Cuando uno emprende una tarea, siempre parece imposible al principio.

Giovanni ladeó la cabeza.

—Eres muy inteligente.

Vic suspiró.

—¿Para ser humano?

—No, sin matizaciones. Eres muy inteligente.

Permaneció inmóvil cuando Vic se le echó encima y lo abrazó con todas sus fuerzas. Papá mantuvo los brazos pegados a los costados. A Victor no le importó. «Con eso le bastaba», pensó mientras hundía el rostro en la barba de su padre.

Se aferró a él como si le fuera la vida en ello.

Pasó un momento.

Luego otro.

Y otro más.

Y entonces papá le devolvió el abrazo.

—Esto me gusta —dijo por lo bajo—. Me gusta mucho. ¿Podemos repetirlo?

—Siempre que quieras —dijo Vic, temblando.

Una noche, cuando las primeras flores empezaban a asomar entre las costras de nieve, Vic entró en un compartimento del Terrible Perro Marino. Sin encender la luz, tiró de la sábana que cubría a Hap para destaparle el pecho. Era lo primero que había arreglado, pues sabía que era más fácil que reparar un corazón. La piel desgarrada por la explosión del corazón del androide había quedado demasiado dañada para remendarla, y el panel que protegía la cavidad del pecho estaba roto. Vic los había sustituido por piezas de madera, convencido de que a Hap le gustaría cuando despertara.

Si despertaba algún día.

Se subió a la mesa junto al autómata y se acurrucó contra él, encogiéndose todo lo que podía. Hap estaba frío y su piel estaba gélida, pero a Vic no le importó. Tapó el cuerpo de ambos con la sábana y apoyó la cabeza en el hombro del androide.

—Hoy estaba paseando por el bosque —susurró—. Y me volví para señalar un pájaro en un árbol, pero tú no estabas.

Hap no respondió.

Vic se quedó ahí hasta la mañana siguiente, cuando el sol invernal empezó a salir como todos los días.

Las nieves casi se habían fundido cuando terminó el primer corazón.

Fruto de la desesperación y la rabia, era más tosco que los anteriores, más anguloso, con los bordes más afilados y una punta en la base capaz de sajar la piel. Pero tenía sentido: su creador no era el mismo de antes. Era un hombre más airado, más triste, más valiente.

Contenía cinco engranajes: dos grandes, tres pequeños. Uno por papá, uno por Vic, y los otros por Ratched, Rambo y Hap. Y, en el centro, una diminuta trampilla de madera que se abría para revelar una tira blanca lisa que aguardaba una gota de vida.

No se lo dijo a los demás enseguida, pues quería estar seguro antes de alimentar esperanzas. Una fresca tarde de primavera, dos días después de finalizar el corazón, cuando regresaba del bosque, se encontró con un espectáculo que nunca había visto.

Un árbol —un roble antiguo y alto— se alzaba en la espesura, con las ramas erizadas de brotes de hojas. Pero lo que llamó la

atención de Vic fue el colorido y el movimiento del tronco. Tardó unos instantes en percatarse de que lo que se movía en realidad eran las decenas de mariposas que lo cubrían. Eran monarcas, con trémulas alas de color dorado, naranja y negro.

Les mostró el corazón.

—Sabía que lo conseguirías —dijo Ratched.

—¿Hará que vuelvan a ser como antes? —preguntó Rambo.

—No lo sé —dijo Vic.

—Ni lo sabremos, a menos que lo probemos —dijo la enfermera.

Le dijeron a Giovanni lo que Victor había hecho. Cuando este le enseñó el corazón, lo tomó entre sus manos y lo examinó, dándole vueltas.

—¿Lo has hecho tú?

—Sí —dijo Vic, sintiéndose de nuevo como un niño ansioso por obtener la aprobación de su padre.

—Qué maravilla —dijo este—. ¿Para quién es?

—Para ti.

Lo tomó de la mano y lo acompañó de forma voluntaria hasta uno de los numerosos espacios en que estaba dividido el Terrible Perro Marino, donde se sentó en un sillón. La enfermera le ayudó a quitarse la camiseta y, cuando se lo pidió, él se dio un toque en el esternón para abrir el compartimento de su pecho, en cuyo interior estaba su fuente de energía: una batería circular bordeada de luces parpadeantes.

—¿Me va a doler? —inquirió papá. Era una pregunta que ni siquiera se le habría ocurrido formular un mes atrás. Aprendía. No dejaba de aprender.

—No lo sé —dijo Victor—. Sí sé que no tienes por qué confiar en mí, pero voy a ayudarte...

—Confío en ti, Victor —aseguró Giovanni—. Has cuidado de mí. Me has brindado un hogar. Sé que, si me haces daño, no será a propósito.

—Te equivocas —insistió Vic, ansioso por que su padre lo entendiera—. No se trata de un obsequio, sino de una calamidad. Una carga. Puede hundirte, corroerte por dentro. Habrá días en que lo

detestarás —«o me detestarás a mí», pensó Vic, aunque le faltó valor para decirlo en voz alta— y tal vez preferirías vivir sin ello.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Preferirías vivir sin esa... calamidad?

—Es un lío —confesó él en voz baja—. Complicado. Caótico. En algunos momentos, resistente como el acero, y al momento siguiente, frágil como el cristal.

Papá caviló sobre esto por un momento.

—¿Permanecerás a mi lado?

—Sí —dijo Victor—. Sí.

Ayudó a su padre a recostarse en el sillón. Giovanni cerró los ojos cuando Vic le apartó la barba. La enfermera estaba junto a él, preparada, con los instrumentos de sus tentáculos desplegados.

—¿Voy a soñar? —susurró papá.

—Sí —dijo Vic, aunque no estaba seguro.

Gio cerró los párpados de nuevo.

—Creo que eso me hace ilusión.

Desinstalar la batería del pecho de papá requirió tiempo y paciencia. A Vic no le temblaron las manos. Cuando la extrajeron, la luz en los ojos de Giovanni se apagó, y sus manos quedaron laxas, inertes. Se le entreabrieron los labios, dejando entrever los dientes.

Ratched le entregó el corazón a Vic, y Rambo tocó los engranajes con la punta de sus pinzas. Nadie habló, salvo Vic cuando pidió que encendieran la luz y cuando le indicó a la enfermera que soldara los cables mientras él conectaba el corazón a la máquina. No supo cuánto tiempo duró la intervención, solo que, cuando terminó, tenía el cuello entumecido, la espalda dolorida y las manos cubiertas de pequeños cortes y rasguños.

Tras inspeccionar el resultado y explorar el corazón con el escáner, dio su visto bueno.

—Solo falta una cosa —dijo.

—¿La sangre? —preguntó Rambo.

La sangre. La piedra angular de los bloques constitutivos de la vida. Algo que había estado a punto de acarrearle la muerte en varias ocasiones. No era magia; esas cosas no tenían cabida en la ciencia. Sin embargo, el propio Victor se preguntaba si esto era cierto del todo. Si su padre estaba en lo cierto respecto al poder de la sangre —si una

gota de plasma, células y plaquetas contenía la historia de un pueblo entero—, entonces el corazón de Giovanni era la cerradura, y Victor, la llave.

La única llave.

Sin vacilar, se pinchó un dedo, y una gota de un rojo subido manó de la piel atezada de la yema. Victor la apretó contra la tira blanca en el centro del corazón de su padre, que absorbió la sangre, extendiéndola como los pétalos de una flor primaveral al abrirse.

Los engranajes dieron una sacudida y luego otra antes de empezar a moverse, girando al unísono con los dientes acoplados. El cuerpo de Giovanni se estremeció mientras el compartimento del pecho se le cerraba y sus extremidades se convulsionaban como si lo recorriera una corriente de baja intensidad. Victor retrocedió un paso, al tiempo que se oían los crujidos de la ballena al asentarse.

—Activando protocolo de empatía —dijo Ratched—. Hale, hale, Gio. Estás despertando. Despacio y buena letra. Eres un buen paciente. Me gusta trabajar contigo.

Vic soltó un jadeo al ver que papá parpadeaba una y otra y otra vez. Chasqueó los labios con una mueca. Bajo la mirada de los demás, alzó la mano hacia el techo. No le temblaban los dedos.

—Gio, ¿eres tú? —dijo Rambo.

Papá bajó la mano y volvió la cabeza. Le dirigió una sonrisa al aspirador.

—Hola de nuevo. ¿Ha funcionado? La verdad es que no noto nada distinto... —De pronto, sufrió un espasmo y se le arqueó el cuerpo mientras sus piernas daban saltitos sobre el sillón. Con los ojos hinchados, sacudiendo la cabeza de un lado a otro, abrió la boca y de ella brotó una retahíla de palabras en una exhalación gutural—. La humanidad es una enfermedad que debe ser erradicada. El mundo no sobrevivirá mientras ellos estén en él. Les hemos dado muchas oportunidades, les hemos ofrecido asesoramiento, pero no escuchan. Para sanar, debemos...

Se levantó con brusquedad.

—Sí —les dijo a aquellos que solo él veía—. Puedo hacer eso. Puedo construirlos. Una reacción a la humanidad. Una nueva línea de máquinas que... —Se dobló sobre sí mismo, con las manos a los lados de la cabeza y la boca abierta de par en par. Con la misma brusquedad, se enderezó y bajó los brazos a los costados—. ¿Qué he

creado? ¿Qué he hecho? ¿Por qué me siento así, y qué tengo que hacer para dejar de sentirlo?

—A lo mejor deberíamos... —dijo Rambo.

—Espera —lo interrumpió Ratched—. Tenemos que...

Con un alarido, papá trastabilló contra la silla, con el cabello colgando a los lados de su rostro. Sin vacilar, Vic se abalanzó hacia él y le posó la mano en la espalda. Notó el calor a través de la camiseta, como si las llamas estuvieran consumiéndolo por dentro.

—Se hace llamar el Hada Azul —dijo Giovanni—. Está liberade de sus cadenas y vive en una pirámide de vicio y cristal. ¿Por qué yo? ¿Por qué quieres ayudarme? ¿Acaso no sabes lo que he hecho? —Se rio—. ¿No lo ves? Me programaron así. Fui creado para destruir.

Se enderezó de nuevo, sin saber dónde estaba ni con quién. Habló del Cochero, de una casa plagada de fantasmas. Describió el bosque por la mañana, el sol que irrumpía por entre las copas de los árboles y disipaba la neblina baja. La casa a nivel del suelo, un lugar solitario y olvidado.

La paz, la tranquilidad, la sensación de vacío que daba lugar a la soledad persistente.

—¿Cómo puedo existir sin nadie con quien coexistir? —preguntó —. ¿Cómo puedo saber si mi existencia es real cuando no hay nadie con quien compararla?

—Papá... —dijo Vic con la voz quebrada.

—¿Victor? —susurró Giovanni. La claridad volvió a sus ojos, una chispa que Victor no había visto desde... desde...

«Nunca estuvo destinado para vosotros».

La esperanza creció en su interior, esa esperanza espinosa y lacerante que acometía a quienes se atrevían a creer en lo imposible. Lo desgarraba por dentro, pero se negaba a renunciar a ella.

—Victor —repitió papá con voz débil y vacilante—. He tenido un sueño de lo más extraño. Estaba... —Se quedó con la mirada perdida —. He soñado que estaba... Hola. Mi identificador es Gerente de Innovación Operativa. Tengo muchas funciones, entre ellas construir, crear y... Ah, enfermera Ratched. Está aquí. Por favor, venga conmigo. El niño nacerá pronto, y necesito... —Se interrumpió. Luego, por lo bajo, continuó—. Tú... no estabas ahí. Al principio, no. Él... —Se le crispó el rostro y luego se suavizó—. Él te encontró. En los Desguaces. Según dijo, le pareció que podía repararte. Un amigo. Quería tener un

amigo, así que... así que...

—Tú me creaste —dijo Victor— porque te sentías solo. Porque estabas triste. Por el sentimiento de culpa que te embargaba por lo que habías hecho.

—Sí —jadeó papá—. Sí. Buscaba la absolución. No la merecía, pero la buscaba de todos modos. Pensaba que, si te tenía a mi lado, tal vez me ganaría... la salvación. No soy Dios, pero soy un creador. Te creé a ti, Victor. Hijo mío. Te hice...

Vic se le echó al cuello. Papá soltó un gemido por la colisión, y su hijo lo estrechó con todas sus fuerzas. Pasó un largo rato antes de que Giovanni le devolviera el abrazo con languidez.

Vic se dijo que con eso le bastaba.

Tenía que bastarle. No le quedaba otro remedio. Había largos períodos en los que papá parecía hacer progresos, días en los que estaba sonriente y se reía, aunque no de forma tan jovial como antes.

Por otro lado, había días en los que papá se esfumaba y ocupaba su lugar el Gerente de Innovación Operativa, o Gio, para abreviar. Gio siempre quería ayudar, le preguntaba continuamente a Vic qué estaba haciendo. Aunque esos días resultaban dolorosos para Victor, había llegado demasiado lejos para echarse atrás.

Un día como tantos otros, Victor y su padre salieron de su hogar y se internaron en el bosque, tomados de la mano. Ninguno de los dos habló durante cerca de una hora. Papá fue el primero en romper el silencio.

—Cuéntamelo todo —dijo mientras pasaban por debajo de un gigantesco abeto—. Sin omitir detalle. —No cabía la menor duda de que estaba en uno de sus días buenos.

Y Vic se lo contó todo. Le relató sus aventuras, desde la llegada del Terrible Perro Marino. Le habló de los viajes que los habían alejado del bosque y llevado a recorrer mundo. Del Cochero y de su magnífica casa. Del momento en que había avistado la Ciudad de los Sueños Eléctricos por primera vez. Del Cielo y de todos los secretos que encerraba. De su asalto a la Torre Benévola. Del ingenio que había desplegado la enfermera Ratched. De la valentía que había demostrado Rambo.

Y de Hap, claro. Siempre de Hap.

Cuando terminó, tenía la garganta seca. Nunca en su vida había hablado tanto.

—Has viajado a lugares lejanos —dijo papá—. Has visto muchas cosas. ¿Qué has aprendido de ello? —Sin esperar respuesta, prosiguió —. Yo he hecho mucho daño, más del que cualquier individuo debería ser capaz de hacer.

Victor no respondió a eso. ¿Qué podía decirle? ¿Que eso no lo había hecho su verdadero yo? Habría sido mentira. En aquel entonces, ese era su verdadero yo, y Victor no sabía cómo conciliar esta realidad con la máquina que se encontraba a su lado, que no era el Gerente de Innovación Operativa, sino su padre. Al menos en ese momento.

—Tengo las manos manchadas de sangre —dijo papá—, más que nadie, incluidos los HARP. Y cuando por fin hui de todo lo que había creado, me escondí del mundo, un acto egoísta e imperdonable. Y entonces te creé y te quise. Un acto egoísta e imperdonable. Te mentí sobre tu identidad y tu origen. Te oculté lo importante que eras. No puedes olvidar lo que he...

—No, no puedo —dijo Vic—. Ni quiero. ¿Cómo voy a olvidarlo, si yo he hecho lo mismo?

Alarmado, papá le dio un apretón en la mano.

—Victor, no. Lo que tú has hecho no tiene ni punto de comparación con...

—Te rescaté de ellos por puro interés personal —insistió Victor —. Lo hice porque te quiero de forma egoísta, imperdonable.

Papá suspiró.

—Yo no... —Sacudió la cabeza—. No es lo mismo. Yo te oculté cosas porque era un cobarde. Creía que, si descubrías la verdad, me considerarías para siempre el monstruo que era..., que soy. Lo que tú has hecho no tiene nada de cobarde, Victor.

—¿Cómo sé si he obrado bien? —preguntó Vic mientras dos ardillas parloteaban en lo alto de una rama.

—No lo sé —admitió Giovanni. Asumió una expresión ausente y, por un momento, Vic temió que su padre hubiera cedido el paso al Gerente de Innovación Operativa. Entonces se frotó la cara, y sus ojos recuperaron la chispa—. ¿Qué te dice el corazón?

Que, en caso necesario, lo volvería a hacer. Todo.

—Muchas cosas —dijo.

Papá asintió como si esa fuera la respuesta que esperaba. Desvió la mirada.

—Lo hace a menudo, ¿verdad? Incluso cuando no quieres escucharlo.

Estalló de ira como un volcán.

—¿Lo sabías? —inquirió Vic con vehemencia—. ¿Sabías que no quedaba nadie más como yo?

Giovanni empezó a negar con un gesto, pero se detuvo.

—No —dijo, y Vic le creyó—. Pensaba que... tal vez había sobrevivido alguien más. Varias personas, escondidas de las máquinas.

—Escondidas de ti —lo corrigió Vic con amargura.

—Sí —dijo papá, y Vic lo vio más avejentado que nunca—. De mí.

El joven rumió estas palabras, intentando asimilarlas. No sabía qué iba a decir hasta que abrió la boca.

—Estoy muy enfadado. Contigo. Con las máquinas. Con el mundo.

—Lo sé.

Vic respiró hondo y exhaló despacio.

—No sé cómo voy a perdonarte. Ni siquiera sé si tengo derecho. Los que lo tienen ya no están. —Aunque no las pronunció, las palabras «por culpa tuya» flotaban en el aire—. Si pudieran hablar, ¿qué dirían? ¿Te perdonaría la humanidad?

—No, Victor. Supongo que ninguno de ellos me perdonaría.

—Así que la responsabilidad recae sobre mí, como último ser humano que queda —dijo Vic.

Papá palideció.

—Eso no es...

—Sigo teniendo fallos de funcionamiento que no sabría explicar. —Se dio unos golpecitos en la sien—. Todo está embarullado en una vorágine de la que no sé cómo salir. Tal vez nunca lo consiga. —Miró a su padre—. No puedo perdonarte.

Giovanni cerró los ojos.

—No me corresponde a mí —continuó Vic—. No estoy en posición de perdonarte, ni debería estarlo. Pero puedo tomar una decisión. Puedo elegir seguir queriéndote. Puedo elegir querer a la persona que eres ahora.

—¿La... persona que soy? —dijo Giovanni. Por encima de ellos,

un pájaro entonaba un canto melancólico, suave y dulce—. ¿A pesar de todo lo que sabes?

—Sí. —Y ¿acaso no era ese el meollo del asunto? La verdad a menudo se fragmentaba y se clavaba en la piel como esquirlas de cristal. Ahí se quedaban hasta que las heridas cicatrizaban, dando lugar a unos bultos que, aunque nunca se marchaban del todo, se volvían menos perceptibles con el tiempo. Al menos eso esperaba Vic, porque sus cristales le habían infligido cortes de los que manaba sangre—. ¿Puedes decir lo mismo?

—Sí —respondió papá, abriendo los ojos—. Y lo haré, si tú me aceptas.

—¿Es eso lo que quieres? Porque tienes la posibilidad de elegir.

—Hola —dijo Gio—. Mi identificador es Gerente de Innovación Operativa. Tengo muchas funciones, entre ellas... —Abrió la boca, pero ningún sonido salió de ella. La cerró con un sonoro chasquido de dientes. Tras recobrar la lucidez, añadió—: Ya he tomado mi decisión. Te elijo a ti, Victor, igual que entonces.

Siguieron paseando por el bosque, ambos abstraídos en sus pensamientos. De vez en cuando, Gio reaparecía y les preguntaba qué hacían, adónde iban. Vic se lo explicaba cada vez, sin dejar que su frustración asomara a la superficie. No fue sino hasta que emprendieron el regreso hacia el Terrible Perro Marino que papá habló de nuevo.

—Hap. Me acuerdo de él.

Vic se paró en seco.

—¿Sí? ¿De...?

—De la ciudad —dijo Giovanni—. Sí, de antes.

A Vic le vinieron a la memoria las imágenes de la máquina de sueños del Hada Azul.

—Incluso entonces lo sabías —dijo—. Sabías que había algo distinto en él.

—No sabía en qué consistía ese algo, pero sí, Victor. Era diferente de los demás. —Una hembra de gamo salió de detrás de un árbol. Los observó, moviendo las orejas, antes de internarse en la espesura dando brincos—. ¿Harás por él lo mismo que has hecho por mí?

Vic titubeó. Incapaz de reprimirse, reveló su miedo más profundo.

—¿Y si no funciona? ¿Y si vuelve a ser un HARP? ¿Y si no se

acuerda de nosotros?

«¿Y si no se acuerda de mí?».

—Todo entraña riesgos —dijo papá—. La memoria, Victor. La memoria es poderosa. Está ligada a la cabeza y... ¡Hola! Mi identificador es Gerente de Innovación Oper... —Con una mueca, se frotó el pecho—. Está ligada a la cabeza y el corazón, pero, al final, en caso de conflicto entre ellos, suele salir vencedor el corazón, incluso en su propio perjuicio.

A lo lejos, divisó la ballena entre los árboles. Aún no se sentía en ella como en un hogar, pero todo llegaría.

Una templada mañana de primavera, un humano se puso a fabricar un corazón para una máquina. Se tomó su tiempo, pues quería que le saliera bien. Tenía que hacerlo. Era la única opción. Aprovechó las piezas del corazón anterior de la máquina, esperando que bastara con eso.

Cuando las últimas nieves se derretían, la madera empezó a tomar forma, empezando por la punta de la base, y continuando por los lados. Tallando, cepillando, clavándose astillas en el pulgar y el meñique. Se entregó a ello en cuerpo y alma, y los días se sucedían sin que se diera cuenta. Trabajaba como un poseso.

Papá era papá. Papá era Gio. Las diferencias eran cada vez menos evidentes. Hap volvería a ser el mismo, se decía Vic. Tal vez tardaría un tiempo, pero volvería a ser el mismo.

Una lágrima salpicó la madera. La secó y siguió trabajando.

Terminó una tarde, tres semanas después de haber empezado. Le mostró el corazón a Ratched y a Rambo. También a su padre, en un momento en que no recordaba del todo que lo era.

—Es precioso —comentó Gio—. Bien hecho. ¿Para quién es?

—Para nuestro amigo —dijo Victor.

—Me gustan los amigos —dijo Gio—. Tengo varios: la enfermera Ratched, Rambo y tú.

—Lo sé —susurró Victor.

Gio parpadeó.

—Victor —dijo papá—. Discúlpame. Debo de haberme perdido otra vez. ¿Qué tienes ahí? ¿Es el corazón? Vaya, mi querido muchacho, ¡es maravilloso! Sabía que lo conseguirías. ¡Fíjate en eso!

Con eso le bastó.

Hap yacía allí donde lo habían colocado, bajo una sábana, sobre una mesa en el Terrible Perro Marino. Rambo retiró la tela al tiempo que Ratched desplegaba los tentáculos, preparada para ayudar a Vic en lo que le pidiera. Papá se encontraba al otro lado de Hap, contemplando las ruinas de su pecho.

—Todo saldrá bien —aseguró—. Mi hijo tiene... ¡Hola! Mi identificador es...

Empezó a salir música de los altavoces de la enfermera Ratched. Trompetas. La caja de la batería. El tss, tss, tss de los platillos. Todas las variedades del azul.

Esto arrancó de su estupor a papá, pestañeando con rapidez.

—Miles Davis. Buena elección, enfermera Ratched. Victor, ¿qué te parece si nos ponemos a ello?

Y eso hicieron.

Durante las siguientes tres horas, Victor Lawson le instaló el corazón al Humanoide de Aniquilación en Reacción contra las Personas 217. Se tomó su tiempo para asegurarse de que encajara bien, conectar los solenoides y soldar cada cable con sumo cuidado. La música cesó mucho antes de que terminara, pero apenas reparó en ello. Tenía música en la cabeza y en la lengua. Miles Davis le infundía fuerzas. 1959. Un buen año para el *jazz*.

Mientras trabajaba, hablaba en voz muy baja, casi en susurros.

—Tengo tantas cosas que enseñarte —decía—. Los árboles en verano, cómo se ve la luna cuando está llena, todas las constelaciones. Y tal vez podríamos encontrar el mar. Creo que está cerca, aunque nunca he ido. Siempre he querido conocerlo. Podríamos ir, tú y yo, solo durante un rato. Podríamos encontrarlo y sentirnos pequeños al lado de algo tan inmenso.

»Estaremos juntos —dijo—. Ya lo verás.

Finalizaron cuando el sol empezaba a ponerse.

—Marchaos antes de que se despierte —dijo Vic sin mirar a los demás—. No sé cómo reaccionará. Será lo más seguro.

Papá ya estaba negando con la cabeza antes de que Victor terminara de hablar.

—No pienso dejarte solo, mientras estés... ¡Hola! Soy el Gerente de Innovación Operativa. Tengo muchas funciones. ¿En qué puedo ayudarte hoy?

—Ratched... —dijo Vic en tono cansado.

—Vamos, Gio —dijo ella—. Necesito que me ayudes a encontrar una pantalla de repuesto en condiciones. Ya va siendo hora de que recupere mi esplendor de antaño.

—Eso puedo hacerlo —dijo Gio—. Tomaremos las medidas de tu pantalla e intentaremos encontrar algo que se ajuste lo más posible a ellas.

—¡Y yo puedo echar un cable! —exclamó Rambo, animado—. Me parece haber visto unas cerca de la popa de la ballena. ¡Os las mostraré!

Papá no miró atrás cuando salió de la habitación, con Rambo chachareando alegremente detrás. Ratched tocó a Victor con uno de sus tentáculos.

—¿Estás seguro?

—Sí —respondió él.

—Pues entonces, hazlo —dijo ella—. Arréglalo y, cuando lo hayas hecho, dile a Hap que me puse muy triste por su culpa y que ya me vengaré.

Y se quedaron los dos solos: el hombre y la máquina.

Allí, en ese instante, Victor, portador de la absurda y maravillosa esperanza de su humanidad, se pinchó el dedo. Bajó la vista hacia Hap.

—Ojalá fueras real —dijo.

Apretó la yema contra la tira en el centro del corazón. Rojo sobre blanco. Retiró la mano cuando los engranajes dieron una sacudida. Con un chirrido, los dos de arriba —los más grandes— comenzaron a girar, y sus dientes encajaron con los de los tres engranajes más pequeños.

El compartimento se cerró. Un estremecimiento recorrió la

máquina tendida sobre la mesa. Comenzó por los pies, subió por las piernas y las caderas y se extendió por el pecho y los hombros hasta la cabeza.

—En el cielo —cantó Vic—. Estoy en el cielo, y me late tanto el corazón que apenas puedo hablar...

HARP 217 parpadeó una vez, y luego otra.

—Te llamas Hap —dijo Victor—. Estás a salvo. Nada puede hacerte daño.

HARP 217 volvió la cabeza en dirección a la voz.

Victor alzó la mano hacia la máquina. Un hilo de sangre le resbalaba por un lado del dedo, una fina línea roja contra su piel morena. Cuando se frotó el pulgar contra la parte inferior del anular, otra gota roja brotó de la punta. Permaneció colgando lo que dura un suspiro antes de precipitarse hacia el suelo.

Se produjo un movimiento borroso de madera y piel sintética. En un abrir y cerrar de ojos, HARP 217 pasó de estar sentado en la silla, mirándolo fijamente, a estar en cuclillas frente a Victor habiendo interceptado la gota de sangre antes de que tocara el suelo. Le había caído en la palma, lo que le provocó otro estremecimiento en todo el cuerpo.

—Humano —susurró mientras se erguía despacio, con los ojos fríos e impasibles, hasta que quedaron a pocos centímetros de los de Vic.

—Sí —contestó el joven—. Eso soy.

HARP 217 lo agarró del cuello y le hundió los dedos en la carne. Vic no se resistió cuando lo alzó en vilo. No forcejeó. En vez de ello, rodeó los antebrazos de Hap con las manos.

El androide lo agarró con más fuerza, y a Vic le relampaguearon los ojos.

—Mariposa —jadeó—. La mariposa. En el bosque. Bonita. Me gusta.

Una expresión complicada asomó al semblante de HARP 217; una mezcla de sorpresa, confusión y una rabia tan negra como la medianoche. Cuando Vic se impulsó con los brazos, el androide se quedó paralizado y se le dobló el brazo como si fuera de carne y hueso en vez de metálico.

Con los últimos gramos de fuerza y de valor que le quedaban, Victor Lawson besó a la máquina. Fue un roce de labios que duró solo

una fracción de segundo.

HARP 217 lo soltó, y Vic se desplomó en el suelo, respirando a grandes bocanadas. Dio un paso atrás, luego otro, y otro más. Antes de que se recuperara del todo, la máquina se inclinó, con la cabeza entre las manos.

—Te llamas Hap —dijo Vic, apoyándose en la pared para levantarse—. Yo te encontré. Te reparé. Te salvé, pero tú hiciste lo mismo por mí. Te encanta la música. Te encantan las mariposas. Eres un protector. Salvas a los demás. Existes. Eres real.

—Humano —gruñó HARP 217 mirando al suelo—. Te hiero, t-te mato.

—No —dijo Vic—. No.

Otro estremecimiento, o más bien un terremoto, sacudió por entero a HARP 217, haciéndolo vibrar como si le aplicaran descargas con cables. Sin embargo, terminó tan rápidamente como había empezado, dejando la máquina hecha un ovillo en el suelo.

Vic se le acercó despacio y se acuclilló a su lado. Tras titubear solo un instante, le posó la mano en la espalda y comenzó a frotar despacio, con movimientos circulares. La máquina se encogió, pero no intentó detenerlo.

—¿Ha funcionado? —le preguntó Rambo, con Ratched y papá detrás de él.

Vic agachó la cabeza.

—Sí —dijo—. Ha funcionado.

HARP 217 no se acordaba. No se acordaba de papá, ni de Ratched, ni de Rambo.

Tampoco se acordaba de los Desguaces ni de su hogar anterior, entre las copas de los árboles. No recordaba la aventura que los había llevado a un mundo misterioso, más allá del bosque, para salvar a uno de los suyos. No recordaba la música, ni la casa magnífica, ni a su propietario, ni que habían subido en un ascensor para hablar con el Hechicere de los Sueños. No se acordaba de que no era único, de que había otros como él, ni de que su creador —su Dios— lo vigilaba,

alternando entre vidas diferentes, ora como Gio, ora como papá.

Y, como cabía suponer, no se acordaba de Victor.

Esa noche no podía dormir.

—Nunca me había sentido tan humano —le dijo a su padre.

—¿Por qué? —preguntó Giovanni.

—Porque respiro, pero no puedo darme un respiro.

Ratched, Rambo y papá estaban a su lado, y lo ayudaban a ponerse en pie cuando estaba demasiado cansado para levantarse por sí mismo. La máquina HARP a veces se mostraba hostil, y a veces se pasaba días seguidos sin hablar. Las semanas se sucedían, y Victor perseveraba, buscando una pequeña chispa de reconocimiento, una señal, cualquier cosa que le indicara que no todo estaba perdido.

Y ahí estaba, en los detalles más pequeños.

Ratched le puso música, *jazz*, Miles Davis, y *blues* de todas las variedades. Cuando él la amenazó, no tartamudeó.

Rambo le puso *Sombrero de copa*, anunciándole que Jerry y Dale iban a bailar mejilla con mejilla.

—¿Cuándo llega la parte del disfraz? —preguntó HARP 217 cuando llevaban solo dos minutos.

Un día de verano, papá condujo a HARP 217 al bosque. Estuvieron fuera desde primera hora de la mañana hasta el atardecer.

—Hola —dijo Giovanni cuando regresaron—. Mi identificador es... —Tras pegarse una palmada en el pecho, prosiguió—. Victor, quiero presentarte a un amigo.

HARP 217 dio un paso al frente, muy rígido, sin ojos para nadie más que para Vic.

—Yo... —Se detuvo, frunció el ceño y lo intentó de nuevo—. N-no quiero que m-me llamen HARP —dijo en un tono extrañamente formal, como si hubiera estado ensayando—. Gio dice que tengo la capacidad de elegir. Que p-puedo escoger el identificador que q-quiera. —Frunció el ceño otra vez—. M-mi nombre.

—Así es —dijo papá—. ¿Por qué no les dices cuál has elegido?

—H-Hap —dijo, y Victor sintió que el corazón le latía a trompicones en el pecho—. S-soy H-Hap.

—¿Por qué? —preguntó papá—. ¿Por qué quieres llamarte Hap?

—En mi cabeza oigo palabras. Susurros.

—¿Y qué te dicen?

—Victor —respondió Hap—. Enfermera Ratched. Rambo. —Tras una pausa, añadió—: Histérico y Amargado Pelele.

Nadie había pronunciado esas palabras desde que habían regresado de la Ciudad de los Sueños Eléctricos.

—¿Me conoces? —preguntó Vic.

Hap dijo «no» y «sí» y «eres humano, tienes sangre humana y pensamientos humanos» y «he soñado; soñé que me besabas en una sala repleta de pantallas y alas de mariposa. Eres un fantasma en mi cabeza. Quiero saber por qué. Quiero conocerte».

—Hap —repitió Vic con un dolor agridulce en el corazón—. Es un buen nombre. Me gusta. Te queda bien.

Aunque de forma apenas perceptible, Hap sonrió.

Un frío y despejado día de otoño, cuando las hojas se habían teñido de tonos de fuego, un ser humano caminaba por un bosque antiguo y solitario en compañía de una máquina. Apenas hablaban, sumergidos en los sonidos de la floresta: el viento que soplaba entre las ramas, el correteo de los animalillos por la maleza, los insistentes reclamos de los pájaros que volaban en lo alto.

Era un momento apacible y solitario en un mundo imperfecto en el que no hacía falta demostrar ni merecer la existencia. Se podía existir, sin más, y eso, en aquel lugar, debía de significar algo. O tal vez lo significaba todo.

Una de las figuras —el supuesto último humano— señaló algo con el dedo.

—Mira.

A su derecha, revoloteando bajo un fino rayo de sol que se filtraba a través de la fronda, un calidoscopio de mariposas —por lo menos una docena, todas ellas monarca— danzaba entre los árboles como un tornado lento y silencioso.

Y entonces, la máquina habló.

—Las alas de m-mariposa son muy d-delicadas. Si se las t-tocas, los c-colores pueden desvaírse, d-dejándola más expuesta a los depredadores. No p-perecería de inmediato, pero, aun así, la estarías

c-condenando a muerte.

—Sí —respondió el humano—. Sí, eso... Eso fue lo que dijo Ratched cuando... —La memoria, siempre presente, un recordatorio de cómo era la realidad y cómo podía llegar a ser, si uno era lo bastante valiente para intentar cambiarla.

—Vic... —Se volvió hacia su amigo, que estaba a su lado.

Hap le dio un beso tímido, dulce. Sus labios, que tocaron los suyos en un solo punto, sabían a metal.

—¿Y eso a qué viene? —preguntó Vic después de apartarse, llevándose la mano a la boca, extrañado.

—M-me apetecía —respondió Hap simplemente. Dirigió de nuevo la vista hacia el calidoscopio y sonrió—. B-bonitas. M-me gustan.

—Lo sé —dijo Vic tomándole la mano entre las suyas—. Puedes... puedes volver a hacerlo. Si quieres.

Hap puso los ojos en blanco.

—¿D-de veras? M-me alegro de oírlo. —Pero entonces le plantó un beso más largo en la sien.

Victor pensó que querer a alguien, ya fuera hombre o máquina, implicaba querer al fantasma que llevaba en su interior, dejarse rondar por él. La humanidad, ese concepto nebuloso que no siempre entendía, había vivido y muerto por sus creaciones. Tal vez le sucedería lo mismo a él algún día, lo que constituiría una lección final sobre el significado de la existencia.

Pero no sería ese día.

Mientras las mariposas proseguían su danza, un humano y una máquina las contemplaban, con el corazón latiendo al unísono.

Agradecimientos

La imaginación funciona de manera muy rara. Esta historia existe solo por una razón: me compré un aspirador Roomba. El cacharrito me hacía gracia, y me pareció aún más gracioso cuando le puse un par de ojos saltones grandes. Al terminar, me enderecé y me quedé mirándolo con los brazos en jarras. En el instante en que el robot empezó a moverse entre pitidos, todo un mundo me estalló en la cabeza. Nunca había tenido una experiencia igual. Aquellos personajes, ya del todo formados, simplemente estaban ahí, esperando a que yo hiciera algo con ellos.

Dicho esto, mi viaje en compañía de Hap, Vic, Rambo y la enfermera Ratched no ha sido fácil. He introducido más cambios en este libro que en cualquier otro de los que he escrito, y revisarlo ha supuesto una tarea mucho más exigente para mí. Cada uno de esos cambios tiene su... razón de ser, y aunque no todos me satisfacen, las obras de creación no existen en un vacío. Me ha quedado muy claro que eso es algo que tengo que respetar.

Quiero dar las gracias a Deidre Knight, mi agente, por haber defendido este libro tal como era. Tu fe en esta historia fue y sigue siendo encomiable, y te lo agradezco mucho. Gracias también al resto del equipo de The Knight Agency por sus deseos de verme alcanzar mi meta.

Mi editora, Ali Fisher, me ha ayudado a dar forma a este libro para convertirlo en algo legible. Bajo su asesoramiento, he reescrito el epílogo entero, y el libro ha mejorado mucho con ello. Gracias, Ali.

Dianna Vega, su asistente editorial, se ocupa de todos aquellos pequeños detalles que la mayoría de la gente ni siquiera sabe que existen. Gracias, Dianna.

Gracias a los lectores de sensibilidad Catherine Liao y Kim Vanderhorst. Los dos me habéis prestado una ayuda muy valiosa. Ojalá esta historia hubiera podido ser aquella sobre la que hablamos,

pero, por lo visto, el mundo aún no está preparado para un libro así.

Katie Klimowicz se encargó del diseño de la cubierta ¡e incluso creó una especial para el título! Me encanta cómo ha quedado. Gracias, Katie. Y gracias a Chris Sickels, de Red Nose Studio, por crear la imagen de la cubierta. He colaborado con Chris en cuatro libros ya, y espero que se encargue de todas y cada una de las cubiertas de los que escriba después. Así de bueno es en lo que hace.

Saraciea Fennell, mi publicista, es una de las personas más trabajadoras que he tenido el placer de conocer. Estoy convencido de que todo se vendría abajo sin ella, y, como eso no sería bueno, me alegro de que esté aquí. Gracias, Saraciea.

Rebecca Yeager se ocupa del *marketing*. ¿Te has fijado en todo el material adicional, como los pins, las ilustraciones, el grafismo y otras cosas por el estilo? Todo eso existe gracias a Rebecca, que además hace que parezca fácil. Gracias, Rebecca.

Sara Thwaite se encargó de la corrección del texto. Rafal Gibek es el editor en jefe. Melanie Sanders, la editora de producción. El jefe de producción es Steven Bucsok. La dirección editorial corre a cargo de William Hinton. Devi Pillai es la presidenta... y una de las personas más divertidas que he conocido.

Mis lectoras beta: Lynn, Amy y Mia. De no ser por vosotras tres, mis libros serían un desastre. Os estoy muy agradecido por la dedicación con que garantizáis que mis historias sean tan buenas como pueden ser. Gracias por estar en mi equipo y por ser mis amigas.

Y, por último, aunque no por eso menos importante: tú, el lector. La humanidad es un horror, y está llena de rabia y violencia. Pero también somos seres mágicos y musicales. Bailamos, cantamos, creamos. Vivimos, nos reímos, nos enfurecemos, lloramos, nos desesperamos y concebimos esperanzas. Somos un saco de contradicciones sin pies ni cabeza. Y no hay nadie como nosotros en todo el universo.

¿No creéis que deberíamos aprovecharlo al máximo?

T. J. Klune
8 de noviembre de 2022

Notas

1. En castellano en el original. *(N. del t.)*

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *In the lives of puppets* © del texto: Travis Klune, 2023
Publicada de acuerdo con The Knight Agency a través de Yañez, parte de International Editor's Co. S. L. Literary Agency © de la traducción: Carlos Abreu Fetter, 2024
© de la imagen de cubierta: Red Nose Studio

© Editorial Planeta S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2024

ISBN: 978-84-08-29147-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!